CULTURA e identidad obrera Colombia 1910-1945

cinep

CULTURA
e identidad obrera

Colombia 1910-1945



MAURICIO ARCHILA NEIRA

cinep

Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945

Por Mauricio Archila Neira

Tabla de contenido

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a todas las personas e instituciones que hicieron posible el desarrollo de esta publicación. Al CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular) le debo mis reconocimientos por apoyarme económicamente en el trabajo de campo y en la edición de este libro. A sus miembros les agradezco la calidez humana con que me han acogido, además del estímulo expresado a través de sus cuestionamientos y sugerencias a mi trabajo. En particular debo destacar el decidido apoyo que he recibido de su director, Francisco De Roux, las valiosas orientaciones de Fernán Gonzalez, las brillantes intuiciones de Javier Serrano, la deuda teórica que tengo con Fernando Rojas, el inicial estímulo de mis colegas del antiguo equipo laboral y el reciente de los integrantes del programa sociedad y cultura, y el apoyo de todo tipo que he recibido de Marta C. García.

La Universidad Nacional, de la cual hago parte con orgullo, fue muy generosa al otorgarme tres años de comisión para adelantar mis estudios de Doctorado en el extranjero y luego el año sabático para escribir la tesis. A los colegas de la Facultad de Ciencias Humanas, y en particular del Departamento de Historia, les debo agradecimientos por su permanente aliento en mis labores docentes e investigativas, y en particular el respeto por mis "carretas" teorico-metodológicas. En concreto debo mencionar la deuda académica y de amistad que tengo con Guillermo Hoyos, Abel López, Medófilo Medina, Julián Arturo, Jaime Arocha, Rocío Londoño, Dario Acevedo, Salomón Kalmanovitz, Juan José Echavarría y Bernardo Tovar. Aunque los numerosos estudiantes que han pasado por mis cursos no lo hayan percibido, sus preguntas, cuestionamientos y reconocimientos han marcado momentos importantes de mi investigación.

A la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY), en la sede de Stony Brook, y en particular a su Departamento de Historia, le debo mi gratitud por aceptarme como estudiante, brindándome apoyo económico durante los cuatro años que estuve allí. En particular debo reconocer los aportes académicos de los profesores Brooke Larson, Clara Lida, Steve Stein, Gary Marker, Said Arjomand, Herman Levobics, Román de la Campa y Ernesto Chinchilla. Renglón aparte lo merece mi Directora de Tesis, Barbara Weinstein, quien, dedicando más del tiempo requerido por la Universidad para estas labores, cuidadosamente leyó todos los borradores, me estimuló y me hizo pertinentes sugerencias. A todos ellos, lo mismo que a mis colegas de estudios de

postgrado, van mis más cálidos agradecimientos. Los intercambios académicos y las interminables charlas con quienes compartieron esos años de estudios en Stony Brook hicieron de mi labor investigativa una actividad compartida. Mención especial merece la solidaridad brindada por Fred Evans, Amparo Hofman, Julie Franks, Eric Hoffman, Sonia Ospina, Alberto Flórez, Claudia Montilla, Telmo Peña, Pilar Amaya, Suzy Bermudez y Enrique Mendoza, este último desafortunadamente lejos de nosotros.

Los diálogos con otros historiadores extranjeros especialistas en Colombia o en el tema laboral me fueron también de gran utilidad. Me refiero a Klaus Meshkat, Ian Roxborough, David Sowell, Gary Long, Daniel James, John French y, especialmente, Michael Jiménez, Catherine Le Grand y Charles Bergquist, con quienes además comparto el deseo del hacer más humano y democrático el oficio del historiador. Rubro aparte merece Daniel Pecaut quien hizo el prefacio de esta publicación por su generosidad y sus agudos comentarios. Este prefacio fue traducido amablemente por Mario Calderón pocos años antes de ser asesinado junto con su esposa Elsa Alvarado y el padre de ella en circunstancias que no quisiéramos recordar pero que no olvidaremos.

A lo largo de los casi diez años que dediqué a esta investigación son muchas las personas que han colaborado de una u otra forma para su terminación. Sin las casi cien personas que aceptaron ser entrevistadas, difícilmente hubiera podido tener la riqueza testimonial que encierra este texto. Sus historias están de alguna forma recogidas a lo largo de las apretadas páginas de este texto, del cual ellos y ellas son, en cierto sentido, coautores.

En Medellín conté con la entusiasta colaboración de los investigadores Ana María Jaramillo y Jorge Bernal. Con ellos no solamente emprendimos aventuras paralelas de investigación, sino que compartimos entrevistas e interpretaciones. Los talleres y seminarios sobre historia obrera organizados conjuntamente me fueron de gran utilidad para aterrizar mis ideas y para construir puentes con los trabajadores. Sin la eficaz ayuda en la revisión de los periódicos del período estudiado realizada por Mauricio García, Ernesto Rey, Mauricio Romero, Pilar Rueda, Marta Martínez, Sonia Camacho y Elsy Castillo, tal vez me hubiera gastado unos años más en culminar este trabajo. Sus lecturas de la prensa están también presentes en este texto.

La presente edición virtual mantiene la original de hace casi veinte años, salvo algunas correcciones de erratas. Finalmente quisiera agradecer a todas aquellas personas que de una u otra forma me acompañaron en los largos años de investigación. Cada una de ellas sabrá encontrar en estas páginas sus huellas.

Mauricio Archila Neira

Bogotá, noviembre de 2010.



PREFACIO

El libro de Mauricio Archila constituye una contribución descollante a la historia de la formación de la clase obrera en Colombia.

Cimentado en una documentación impresionante y en numerosos testimonios orales, el autor nos entrega un cuadro extraordinariamente rico en el que aparecen la diversidad de mentalidades, de culturas y de motivaciones propias de los trabajadores, las que fueron apareciendo durante los albores de la industrialización y de los intercambios internacionales.

La originalidad más notable de la obra reside en el relieve dado a los modos de sociabilidad y de cultura en el momento de describir la vida de los trabajadores. Para ello, Mauricio Archila se coloca bajo la sombra tutelar de los grandes historiadores ingleses de la clase obrera, particularmente de E. P. Thompson y de E. Hobsbawm.

Estos nos enseñaron que la conformación de la clase obrera no podía ser analizada ni como la simple resultante de procesos económicos, ni como un problema de organización o de "conciencia", porque también se trata de la aparición de estilos de vida, de interacciones, de reconocimientos mutuos a través de los cuales se transmiten tradiciones y valores, se elaboran otros, se definen relaciones de subordinación, simultáneamente con relaciones de resistencia, frente a las disciplinas y los sufrimientos que acompañan a los avances de capitalismo.

En un libro anterior, sobre la "cultura radical" de Barrancabermeja, ya Mauricio Archila había tomado esta vía de investigación, al describir la vida cotidiana de la población de esta ciudad petrolera, sus solidaridades y sus revueltas frente a la todopoderosa Tropical Oil Company. En su nueva obra, en la que se abarca el conjunto del país, el autor estudia, por supuesto y con una gran precisión, el nacimiento del sindicalismo y las intervenciones políticas de los trabajadores. Pero también aporta, nuevamente, muchos elementos sobre aspectos varios de su sociabilidad y su cultura. Se trata, por tanto, de una obra muy renovadora.

A partir de ella se nos permite conocer mucho mejor el mundo de los artesanos de antes de 1930: la defensa de sus destrezas, la preocupación por su independencia, su estar imbuidos por las tradiciones del liberalismo radical, así

como también su apertura ecléctica hacia los temas libertarios y anarquistas. Además, podemos captar mejor las dimensiones de la presencia de círculos y sociedades católicas que emergieron en aquellos tiempos, y no sólo en Medellín.

El trabajo nos hace percibir el ascendiente del paternalismo en las empresas y, al respecto, la actitud ambivalente de las obreras y los obreros. Ofrece igualmente una muy bella descripción de sus vidas fuera del trabajo, de sus distracciones, de sus relaciones familiares y de la distribución de funciones masculinas y femeninas.

La obra muestra muy bien cómo, por lo menos en ciertos contextos como el de Medellín, las libertades inherentes a esos momentos de diversión son cada vez más negadas a medida que se consolida, más allá de las disciplinas del trabajo, una ética autoritaria que también quiere regir la vida privada. A los ojos de las élites, todo lo que no sea tiempo dedicado a producir es tiempo para la degradación social.

Las huellas de resistencia, discernibles en ciertos momentos de la vida extralaboral, no bastan para falsear la preponderancia de esa mentalidad dominante. Mauricio Archila señala cómo los militantes socialistas o libertarios, a veces, adoptan por cuenta propia ese moralismo ambiente. Y los mismos trabajadores interiorizan, frecuentemente, esos valores.

Se sabe, gracias al libro de Luz Gabriela Arango, hasta dónde pudo llegar, en ciertas grandes empresas industriales, la condescendencia a la destrucción de la vida personal.

Con la misma precisión, Mauricio Archila explora las primeras peripecias de las organizaciones sindicales, religiosas y políticas a las cuales adhieren ciertos sectores de trabajadores. Estas organizaciones fueron, a veces, resultado de la propia iniciativa de los trabajadores. Pero, en otras oportunidades, ellas fueron suscitadas por toda suerte de categorías sociales interesadas en encuadrar a los artesanos y a los obreros o de lograr su apoyo.

Pero, realmente, hasta 1930 y aún después, son pocas las acciones obreras que se inscriben en el marco de tales organizaciones. Ni los movimientos que se califican de socialistas, ni la Confederación Obrera Nacional, ni -según parece- las corrientes anarquistas ejercen influjo estable sobre aquéllas o aquéllos que se lanzan a huelgas audaces y azarosas.

He aquí un motivo más para seguir el razonamiento de Mauricio Archila acerca de la elaboración de una "identidad" construida a partir de la experiencia inmediata del trabajo o de las solidaridades locales y, al mismo tiempo, a partir de las tradiciones artesanales. Sin embargo, también aparecen, entreveradas, otro tipo de figuras de identidad colectiva, asociadas a los partidos tradicionales.

Por medio de la Acción Social Católica, se mantiene la referencia al partido conservador. Y por medio de los partidos "socialistas" y del PSR se trasluce una cierta continuidad en la ligazón al partido liberal. Después de 1930, y sobre todo después de la "Revolución en Marcha", esta identidad liberal se remoza en buena parte de las masas populares urbanas.

Mauricio Archila señala, entonces, cómo éstas tienen la impresión de entrar en una nueva era mientras que los sucesivos gobiernos liberales se muestran muy reticentes a conceder derechos y muy distantes de ese populismo que, aquí o allá, impregna -en otros países latinoamericanos- el encuentro provisional entre clases populares y nación.

La identidad de clase en Colombia queda destinada, por un buen período, a ser el remolque de la identidad partidista tradicional. Durante los años 1936-1945 el partido comunista no hace mas que apersonarse de este hecho, lo cual le permite encontrar, al fin, algún asidero en el mundo urbano.

Como toda obra importante, el libro de Mauricio Archila suscita nuevos interrogantes:

Si bien el autor no cesa de insistir en la heterogeneidad de los trabajadores y, al igual que todos los historiadores que tratan sobre la constitución de la clase obrera, insiste en la importancia y en el papel destacado de los artesanos, entregándonos para el efecto datos de la mayor importancia, quedan sin embargo dos cuestiones un poco en suspenso:

Primera: la forma como se reivindican por parte de ciertos grupos de artesanos la solidaridad y la organización. Asistimos a la revuelta de los sastres, en 1919, pero uno quisiera saber si éstos mantenían relaciones permanentes entre ellos. La misma pregunta valdría para el caso de los tipógrafos, los panaderos, los albañiles, los zapateros, etc.

Segunda: el eventual influjo de los artesanos en el conjunto de las grandes empresas. Porque en la Europa del siglo XIX, el influjo de los artesanos sobre las fábricas fue posible ya que -en Francia- la fábrica dependía de talleres dispersos o porque -en Inglaterra- los obreros de oficio tenían un estatuto muy específico en la fábrica.

Mauricio Archila sólo menciona de paso los modos de organización del trabajo en las empresas. A pesar de que disponemos de ciertas monografías sobre obreros y obreras no calificadas, no sabemos mucho sobre los trabajadores más calificados. Permanece, entonces, una cierta dificultad para saber si los modos de acción de los artesanos tuvieron algún impacto en las grandes fábricas.

Mauricio Archila enfatiza además, admirablemente, el eclecticismo de lenguajes de los sectores contestatarios: vestigios de las asociaciones radicales,

resurgimiento de pensamientos filosóficos, mezclas de humanismo con socialismo (a veces con respeto por la propiedad privada), con posiciones libertarias y con dosis de marxismo (después de 1917).

Todo esto coexiste tranquilamente. Así lo prueban ciertos escritos de Ignacio Torres Giraldo. Como lo afirma Archila, se está lejos de las corrientes doctrinarias, anarquistas y otras, fuertes en otros países de América Latina. La casi inexistencia de trabajadores extranjeros podría explicar esta distancia, pero mejor la explicaría un cierto provincialismo colombiano proveniente, más que de una tardía inserción en el comercio internacional, de una reflexión política limitada a los debates del partidismo tradicional y a las disputas sobre el fundamento religioso del orden social.

Y para moderar las audacias doctrinales, tanto de los trabajadores como de las élites, se añade el hecho de que en Colombia no haya dominado una economía de enclave que -por reacción- obligara a plantear, con urgencia, la cuestión del Estado Nacional. El "radicalismo" de los trabajadores de Barrancabermeja o de la antigua zona bananera de Santa Marta no se difunde más allá; aislado, no logra adquirir forma organizativa lo suficientemente poderosa como para oponerse a las empresas que operaban en las dos zonas. Las comprobaciones de Mauricio Archila constituyen, entonces, una introducción muy útil a la relación entre las prácticas, las representaciones y las teorizaciones sociales.

Una última anotación, relacionada con el contenido de la cultura obrera en cuanto tal: Sin duda alguna, esta cultura incluye elementos de resistencia y, en cualquier caso, no se abstiene de ejecutar acciones de resistencia. Al leer el trabajo, sin embargo, uno se sorprende frecuentemente de todo lo que dicha cultura toma, incluso en el caso de los artesanos, de la cultura profesada por las élites dirigentes. El metodismo inglés, al cual E.P. Thompson consagra una parte importante de su gran obra, tiene un significado no menos ambivalente.

Una de las diferencias, entre muchas otras, está en que en Colombia (reiteramos) esta cultura está profundamente penetrada por las viejas concepciones partidistas. Entonces, la articulación entre la evolución de la cultura de los obreros y la evolución de sus orientaciones políticas después de 1930 se puede entender de dos maneras opuestas: o como dos fenómenos independientes en donde la entrada a la República liberal no obstaculiza la consolidación de una cultura específica; o como las dos caras de un mismo fenómeno, en donde la cultura obrera siempre anduvo mezclada con la cultura partidista. Pero en esta segunda hipótesis, la constitución de la identidad obrera queda condenada a permanecer inacabada y frágil.

Yo tengo la impresión de que Mauricio Archila no elige ninguna de las dos hipótesis. Es el lector quien debe hacerlo. De todos modos mucho aprenderá.

Daniel Pecaut

(Traducción de Mario Calderón)

París, Agosto de 1991



INTRODUCCION



Cuando los investigadores sociales hablamos de 'clase obrera', parecería que nos referimos a un mismo objeto de estudio. En este campo aparentemente nos ponemos de acuerdo, al menos más rápido que cuando nos referimos al campesinado o a la 'burguesía'. Sin embargo, en la medida en que iniciamos alguna discusión sobre la clase obrera, inmediatamente se hacen evidentes los distintos contenidos que cada uno le atribuye a esas dos palabras: Para algunos es simplemente la expresión social de la variable económica 'fuerza de trabajo' o, de una manera un poco más humana, de la 'mano de obra' creada por la Revolución Industrial. Para otros, privilegiando la dimensión política, es el moderno 'proletariado'. Para otros, finalmente, apartándose de definiciones tan restrictivas o utópicas, simplemente es parte de los 'trabajadores', es decir, del conjunto de los sectores productivos de una sociedad.

Pero si la definición hace aflorar diferencias, la precisión de los sectores que en ella se incluyen amenaza con convertirse en una nueva Torre de Babel. El uso del lenguaje nunca ha sido ingenuo entre los investigadores sociales. Por ejemplo, hablar de 'fuerza de trabajo' no responde solamente a un sesgo económico: refleja una tendencia a 'cosificar' o 'reificar' a una clase social, a convertirla en un simple factor de producción. Insistir en el 'proletariado' refleja la adhesión a un proyecto revolucionario en el que la clase obrera es la llamada a sepultar el capitalismo para redimir a toda la humanidad.

Por lo anterior nos parece importante partir de una delimitación conceptual que, sin enredarse en minucias semánticas, haga explícito nuestro proyecto investigativo y nuestro particular entendimiento del oficio del historiador.

Por el concepto **obreros** entendemos a todos aquellos trabajadores, del campo o la ciudad, que laboran directamente los medios de producción y que dependen básicamente de un salario para reproducirse. En esta definición caben desde los asalariados de los talleres artesanales --históricamente los primeros en ser designados como 'obreros'--, hasta los jornaleros agrícolas, pasando por los trabajadores manufactureros, los de los medios de transporte y de la minería. El énfasis en lo productivo deja de lado a otros sectores asalariados tales como empleados de 'cuello blanco', profesionales, educadores y mandos medios de las empresas. La insistencia en la relación salarial excluye a los trabajadores que viven básicamente de su propiedad, por pequeña que ella sea. Por tanto, dueños de talleres y campesinos no asalariados quedan por fuera de nuestra definición. En todo caso una delimitación de categorías como la que proponemos ubica un conglomerado social homogéneo, lo que es un valioso instrumento para la explicación histórica (1).

Ahora bien, por **clase obrera** entendemos algo más que la simple sumatoria de esos obreros: La **clase** es un resultado histórico al que llegan los trabajadores asalariados cuando las condiciones económicas y políticas y el proceso cultural de identificación lo permiten. La sensación de pertenencia a la clase obrera no es resultado mecánico de la industrialización, ni siquiera de la proletarización de artesanos o campesinos. Tampoco es algo que se construye exclusivamente en los sitios de trabajo, aunque allí resida su especificidad. Pertenecer a la clase es identificarse como un nuevo conglomerado social que da sentido a quienes comparten unas condiciones de explotación similares. Se trata, por tanto, de un proceso histórico que no se puede planear a-priori, y cuyo resultado no necesariamente va a generar un comportamiento revolucionario. Finalmente, se hace referencia a algo que se construye, a una actividad permanente de quienes se identifican como clase obrera (2).

Una tal aproximación a la clase obrera permite verla en constante movimiento y en permanente interacción con otras clases, a las que obliga a identificarse en la medida en que ella hace lo propio. Por supuesto que nuestra perspectiva tiene en cuenta que ninguna clase, y menos la obrera, es un conglomerado uniforme. La diferencia es parte del movimiento en el que permanentemente están las fuerzas sociales. En particular, la clase obrera se conforma a partir de diferentes regiones, sectores económicos, grados de calificación, géneros, predominio étnico, inclinaciones políticas o religiosas y estatus (3). Pero también, dialécticamente, se van haciendo presentes los elementos comunes que tienden a trascender esas diferencias, sin anularlas, para construir una clase con proyección nacional. Entre ellos tenemos, además de los procesos socio-económicos y políticos, las tradiciones heredadas del artesanado, rasgos comunes en las culturas populares regionales, similares condiciones materiales de existencia, solidaridad, formas organizativas y luchas convergentes.

Antes de seguir adelante conviene hacer una última aclaración conceptual de gran importancia para nuestra investigación: así como planteamos una definición dinámica y no-esencialista de clase obrera, así vemos a las otras clases, dominantes y subordinadas, en la sociedad colombiana de la primera mitad del siglo XX. Tomemos, por ejemplo, el caso de los sectores dominantes: es muy difícil hablar de una clase burguesa para fines del siglo XIX y aún comienzos del XX. Al contrario del caso europeo, en América Latina los sectores que podrían ser catalogados como 'burgueses' no lograron sino una identidad alrededor del proyecto exportador. Pero allí también estaban articulados otros grupos como los terratenientes, o los grandes mineros. Más aún, desde tiempos coloniales los sectores sociales dominantes diversificaban la inversión haciendo muy difícil precisar a qué clase en particular pertenecían. Los lazos familiares que se establecían entre ellos terminaban fundiendo estos grupos en élites locales y regionales. En Colombia los partidos liberal y

conservador no expresaron nítidamente intereses de clase, sino más bien fueron la representación de alianzas de esas élites regionales alrededor de algunos puntos, como el religioso, que las polarizaba. Serán los gremios económicos de terratenientes --desde principios de siglo--, de cafeteros --en los años veinte--, y luego --en los cuarenta-- de industriales y ganaderos, los que irán expresando los intereses de estos sectores sociales (4).

Por ello, a lo largo de este texto preferimos hablar de 'élites', y no de burgueses o de terratenientes a secas. Estos, como sucedía con los obreros en los primeros decenios del siglo XX, no tenían una identidad de clase definida. A medida que los asalariados van construyendo su identidad, también los sectores de las élites se ven obligados a hacerlo, con resultados algo diversos. En este punto se nos viene a la mente la ilustrativa metáfora de E. P. Thompson para explicar la existencia de conflictos sociales sin clases constituidas como tales: el campo de fuerza societal. Así como un imán va agrupando en dos polos las limaduras metálicas, así los conflictos van agrupando a los sectores sociales en dos polos según el momento histórico, sin que haya aún una identificación precisa de intereses: pueblo contra aristocracia en la Inglaterra del siglo XVIII; pueblo contra élites en la América Latina del siglo XIX. Desafortunadamente, por la especificidad de nuestro tema de investigación, no podremos prestarle atención a los procesos de identificación de otras clases. Es claro, eso sí, que la construcción de identidades no es una mera contemplación de espejos o un acto aislado de las clases sociales, sino un resultado de la diaria confrontación con los grupos antagónicos y de la colaboración con los potenciales aliados. Podemos resumir diciendo con Eric Hobsbawm que las clases "nunca están hechas en el sentido de quedar terminadas, siempre están en construcción" (5).

1. Tendencias Historiográficas

Hechas las anteriores precisiones conceptuales, podemos abordar el tema sobre el cual gira nuestra investigación: la formación de la clase obrera colombiana. Entre los estudiosos de la historia obrera del país hay un consenso en cuanto a la cronología. Comúnmente se asume que el nacimiento de la clase obrera se produjo a principios del siglo XX, con el desarrollo transportador y manufacturero. Los orígenes propiamente dichos se prolongan hasta comienzos de los años treinta cuando se inicia su consolidación como clase. Este gran período formativo concluye, según el acuerdo de los historiadores laborales, hacia 1945. Ese año fue no sólo el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría a nivel internacional, sino un momento de aguda confrontación social en el plano interno que llevó a la crisis al sindicalismo hasta el momento construido. Como toda selección cronológica, la nuestra tiene sus limitaciones pues, por ejemplo, deja de lado los primeros brotes de La Violencia,

cuyas raíces yacen en años previos. Pero 1910-1945 conforma un período homogéneo en el que se gestó la clase obrera colombiana (6).

Si ante la cronología hay consenso, en la reconstrucción de los procesos ocurridos en la etapa formativa de los obreros colombianos afloran las grandes divergencias. Por ello creemos conveniente hacer a continuación una sintética presentación de las principales hipótesis explicativas sobre el proceso de formación de la clase obrera, intentando agruparlas en grandes tendencias historiográficas, reconociendo sus aportes empíricos y metodológicos.

La primera historia publicada sobre clase obrera fue la de Miguel Urrutia, en 1969. Anteriormente existían crónicas parciales o lecturas políticas aún inéditas. El trabajo de Urrutia, ubicado en una perspectiva desarrollista común en latinoamérica en esos años, prácticamente sentó las bases del debate. Para este economista-historiador, la clase obrera colombiana surgió con rasgos de debilidad por ser una mano de obra poco calificada que enfrentaba continuamente un exceso de oferta. Por ello, según el autor, la alternativa que le quedaba a los trabajadores para adquirir mayor capacidad de negociación fue conseguir el apoyo del Estado, como parece suceder entre 1930 y 1945.

Desde una perspectiva política diametralmente opuesta, Edgar Caicedo (1971) reivindica también la variable política como la que otorga fortaleza a una clase débil por el contexto socio-económico. Pero en el caso de Caicedo, no era la alianza con el Estado la que maduraría a la clase obrera, sino la aparición de su vanguardia política: el Partido Comunista creado en 1930. Caicedo, militante de ese grupo, excluye a los movimientos socialistas anteriores de la categoría de vanguardias políticas, pues no eran partidos leninistas. Con este autor el énfasis se coloca no tanto en las determinaciones socio-económicas, aunque no están ausentes del todo, sino en la acción política de las vanguardias. Es, pues, una expresión de la tendencia historiográfica 'voluntarista', que explica la historia en términos de aciertos o errores de unos cuantos líderes. En la misma perspectiva se encuentra el trabajo de Gustavo Almario (1984) sobre los petroleros. Por tener filiación política opuesta al Partido Comunista, hace una revisión de los errores y aciertos de este grupo, llevando a un extremo aún más lamentable la explicación voluntarista. Finalmente, hay que decir que aunque teóricamente la obra de Ignacio Torres Giraldo, Los Inconformes (1973), se ubica en la matriz leninista --y por tanto participa de este 'voluntarismo' histórico--, la riqueza empírica y la experiencia directa que ella transmite la hacen un texto sobresaliente y de forzosa consulta para todo investigador laboral (7).

Un par de trabajos recientes intentan tomar distancia de las explicaciones voluntaristas, especialmente del leninismo que la alimenta, pero insistiendo en variables similares. En una clara ruptura con las tesis de Lenin, el investigador alemán Klaus Meschkat (1982) termina invirtiendo el argumento de Caicedo: el Partido Comunista fue el que sacrificó la relativa independencia del naciente

proletariado colombiano, expresada en los grupos socialistas previos, especialmente el Partido Socialista Revolucionario que funcionó entre 1926 y 1930.

Por su parte Alfredo Gómez (1980), privilegiando lo ideológico, reivindica al anarquismo como la fuente de independencia de la clase obrera colombiana en los años veinte. Con la derrota política de esta corriente y el ascenso del liberalismo al poder en 1930, las tendencias moderadas se apoderarían de ella hundiéndola en una crisis (8). De una forma u otra, tanto estos autores como los explícitos seguidores de la perspectiva leninista siguen atribuyendo a una minoría politizada o ideologizada la fortaleza de la clase. Si en Urrutia era la alianza con el Estado la que daba poder de negociación a una mano de obra poco calificada, en éstos es una fuerza política, así sea a nombre del proletariado, el factor externo que fortalece a la clase obrera en su etapa formativa. En contra de estas tendencias que enfatizan la variable política externa a la clase, combinando un determinismo económico con un voluntarismo en las acciones, se publicó en los años setenta el trabajo de dos teóricos neo-marxistas: Víctor Manuel Moncayo y Fernando Rojas. Para ellos la historia de la clase obrera, y en general la de toda la sociedad colombiana, se explica como una consecuencia lógica del proceso de acumulación de capital. El Estado mismo es un resultado de esa lógica. En la medida en que la acumulación capitalista fue requiriendo más control del movimiento obrero, el Estado procedió por la vía represiva o cooptativa, siendo más exitosa la segunda. De esta forma, la relativa autonomía que gozaba la clase obrera en los años veinte se perdió por la acción estatal que a su vez respondía a la lógica de acumulación. Aunque los autores intentan distanciarse del determinismo de anteriores interpretaciones, en la práctica caen en uno nuevo: las abstractas leyes de la acumulación de capital. La posibilidad de acción autónoma de los individuos y las clases se reduce casi a cero, pues, hagan lo que hagan, el resultado será el inexorable triunfo del capital. Esta perspectiva, sin embargo, cumple un papel importante al desmitificar las 'conquistas' obreras y denunciar el sentido controlador de la legislación laboral (9).

Más recientemente Charles Bergquist (1986) ha hecho un intento, desde una perspectiva histórica, por superar tanto el voluntarismo como el exagerado peso de la variable política en el comportamiento obrero. En un ambicioso trabajo comparativo de cuatro países latinoamericanos, el historiador norteamericano señala que la historia de la clase obrera no es responsabilidad exclusiva ni de los líderes o partidos de izquierda, ni de la racionalidad de las clases dominantes ni del Estado. La explicación reside en la lógica de la economía exportadora que estaba vigente en el subcontinente a principios del siglo XX. Para hacer una explicación del caso colombiano --pues también trabaja los de Argentina, Chile y Venezuela--, Bergquist da un paso conceptual discutible: decide hablar simplemente de 'trabajadores', incluyendo en esa

categoría a campesinos y artesanos independientes. Según el autor, la lógica cafetera cambió el énfasis de la producción a la comercialización precisamente en los años veinte y treinta. Por tanto, el marco del conflicto social no se sustentó en la esfera de la producción --lo que facilitaba las luchas colectivas--, sino en la del mercado, lo que favoreció los métodos individuales de ascenso enmarcados en los partidos tradicionales. Lo que sucedió claramente a los trabajadores cafeteros afectó al conjunto de la clase obrera, pues ellos eran su columna vertebral (10). A pesar del 'determinismo' cafetero que se respira en la obra de Bergquist, no se puede negar el cuidadoso acercamiento que el autor hace a las variables culturales en ese 'hacerse' de la clase obrera, así como el indudable valor de su intento comparativo.

Finalmente debemos mencionar el exhaustivo trabajo del sociólogo francés Daniel Pecaut. En 1973 había publicado un libro seminal sobre el sindicalismo. El reciente texto de 1987 avanza sus hipótesis originales, enmarcando la historia laboral en la del conjunto de la sociedad colombiana. Con una gran capacidad de síntesis, va construyendo una interpretación histórica de la vida reciente del país, en la que se articulan sintomáticamente el Orden y la Violencia. Para Pecaut, también la clase obrera colombiana surge con debilidades, derivadas en últimas de las estructuras de dependencia. El escaso peso del sector manufacturero y la baja tasa de sindicalización son síntomas de esa debilidad. Durante la etapa formativa, la clase va adquiriendo tres 'orientaciones' que tienen que ver con las condiciones generales de la sociedad: una que privilegia la negociación 'económica'; otra la presión 'política' sobre el Estado; y una última, que surge en los años cuarenta con el gaitanismo, que enfatiza lo 'social'. En 1945 la clase obrera se hallaba escindida por esas tres orientaciones o lógicas de comportamiento. A pesar de la riqueza del argumento, del que aquí presentamos sólo un aspecto, Pecaut no atribuye la importancia debida a los factores culturales y demás elementos constitutivos de la clase obrera desde sí misma. Incluso en la construcción de esas lógicas de acción, es poca la intervención que les deja a los obreros como tales (11). Sin embargo, no es ninguna exageración afirmar que tanto el trabajo de Pecaut como el de Bergquist han vuelto no sólo a renovar el debate sobre la historia obrera, sino a señalar el destacado papel que esa clase jugó en la vida del país.

En la producción historiográfica sobre clase obrera colombiana se nota que los autores, de una forma u otra, han señalado tanto los factores estructurales y/o la acción voluntarista de los líderes como las claves explicativas. Los obreros mismos, por tanto, son mostrados como elementos más o menos pasivos en la construcción de su propio destino. No hay explícitas referencias a las dinámicas internas de construcción de la clase obrera, sus formas de resistencia o adaptación a la opresión, sus valores y expresiones culturales y, en últimas, al proceso de construcción de identidad, aunque es justo reconocer que Bergquist y Pecaut aportan muchos elementos en este

sentido. Siguiendo el paradigma elaborado por Emilia Viotti da Costa para explicar las tendencias historiográficas laborales en América Latina, diríamos que en Colombia abundan los estudios 'estructuralistas' y hacen falta aquellos sobre la 'experiencia' de los trabajadores (12).

Por tanto, hacen falta estudios que, sin olvidar los elementos 'estructurales' en la construcción de la clase obrera, den cuenta de ese 'hacerse' de la clase a sí misma. Coincidimos con Bárbara Weinstein cuando señala, en su réplica a Viotti da Costa, que los factores estructurales no tienen significado fuera de la 'experiencia' de los trabajadores y que, definitivamente, los primeros no determinan su acción. Privilegiar la segunda es la forma de traer los estudios sobre clase obrera nuevamente al terreno de la historia (13).

Es desde esta perspectiva que nos hemos acercado al objeto de investigación: la formación de la clase obrera colombiana. Como problema central hemos seleccionado el de la construcción de **identidad de clase** que se elabora en la experiencia de los obreros, sin olvidar los condicionamientos estructurales. Es además un proceso que requiere de la permanente actividad de quienes se identifican como clase obrera.

Debemos ahora explicar brevemente cómo llegamos teóricamente a la formulación de este problema y a convertirlo en el núcleo de nuestra investigación.

2. La Identidad de Clase como Problema

En los escritos de los fundadores del marxismo, y particularmente en su versión leninista, se planteó una polaridad en el comportamiento de la clase obrera que ha marcado a los estudiosos laborales marxistas y no-marxistas. Se trata de la oposición entre la experiencia inmediata y la conciencia crítica de ella; entre el economicismo que impregna la primera, y la acción revolucionaria que es consecuencia de la segunda. Se supone que si la clase obrera logra romper con la inmediatez y 'toma conciencia', puede cumplir su papel histórico como destructora del capitalismo. Es desde esta preocupación que se origina el debate sobre la conciencia de clase que queremos dilucidar.

Como dice Eric Hobsbawm en un artículo dedicado al tema (1972), el fenómeno de la conciencia de clase es un producto de la era industrial moderna. En las sociedades pre-capitalistas existía, cuando más, una auto-identificación superestructural sin relación con la base material. Hobsbawm, siguiendo a G. Luckacs, distingue entre el conjunto de ideas empíricas y sicológico-afectivas que tienen las clases en el capitalismo y que constituyen la conciencia 'espontanea' o **en sí**, y la construcción teórica de un proyecto de sociedad por conquistar, o sea la conciencia 'adscrita' o **para sí**. En términos operativos, para

los obreros la primera sería la conciencia sindicalista o economicista, y la segunda coincidiría con un proyecto socialista. Aunque Luckacs y Hobsbawm reafirman la historicidad de la conciencia, no se apartan de la matriz leninista, pues la siguen postulando como un producto externo a la experiencia obrera. La conciencia 'adscrita' no surge de la generalización empírica de la vida inmediata: es una construcción teórica exterior a ella (14). Además, a pesar de la supuesta complementariedad de las dos formas de conciencia, se valora más a la segunda, arrojando una sombra de sospecha sobre la 'espontánea' pues ella se hallaría inmersa en la lógica capitalista.

El leninismo también dejó planteados dos aspectos colaterales a la teoría de la conciencia de clase que son aún más problemáticos para los estudiosos laborales: la posibilidad de 'falsa' conciencia y la existencia de una 'aristocracia' obrera. Si la conciencia 'adscrita' es un proyecto político, eventualmente se puede dar el caso de que éste no sea revolucionario, e incluso que asuma un programa 'burgués'. Esto es lo que se designa como 'falsa' conciencia. Lo que se quiere recalcar con este apéndice al leninismo es la necesidad de un partido político de vanguardia que encarne la 'verdadera' conciencia (15).

Pero si se asume consistentemente la historicidad de la conciencia --espontánea o adscrita--, como lo sugiere Luckacs, no tiene sentido hablar de 'verdadera' o 'falsa' conciencia, sino de productos ubicados espacio-temporalmente. Hoy en día, con la crisis del socialismo 'real', es todavía más insostenible pensar en un modelo único de sociedad futura, y máxime en una sola vanguardia depositaria de ese proyecto. La hipótesis de la 'aristocracia' obrera, por lo menos en los términos de los problemas de conciencia que desarrollamos, confunde más de lo que aclara. Puede que sea una categoría útil para ilustrar distinciones dentro de la clase obrera, pero realmente no explica diferencias en su comportamiento político. Según la perspectiva leninista, un sector de la clase obrera es 'comprado' o 'traiciona' al resto, adoptando la conciencia burguesa o la 'falsa' conciencia. ¿Cómo se genera esta 'aristocracia'? Para unos es fruto de un diferencial 'salarial' (Hobsbawm, 1964); para otros es reflejo de la autoridad que unos pocos trabajadores integrados al orden fabril tienen sobre otros obreros (Foster, 1974); finalmente, para otros es la pervivencia de los privilegios artesanales o de la mano de obra calificada (Sewell, 1974). En estas explicaciones es obvio que el problema no es tanto la 'aristocracia' obrera sino las diferencias dentro de la clase obrera. Esto para no mencionar versiones simplistas que catalogan a las clases obreras de los países desarrollados como 'aristocracia', por participar supuestamente de las ganancias imperialistas. Como dice H.F. Moorhouse, en una revisión crítica del tema (1978), la postulación de una 'aristocracia' obrera no sólo es imprecisa empíricamente y contradictoria teóricamente, sino superflua para el leninismo, pues para explicar la presencia de una 'falsa' conciencia basta con encontrar, por ejemplo, la predominancia del economicismo (16).

Pero aquí no concluye nuestra reflexión sobre los aportes y límites del pensamiento marxista sobre la clase obrera. La cuestión reside en la misma concepción de la conciencia, al menos en la vertiente leninista. El meollo del problema para esta tradición --que ha aportado indudablemente al conocimiento de la historia obrera--, es que la conciencia de clase es en últimas algo que viene desde el exterior de la clase misma. Ella termina siendo un producto universal y casi uniforme en el que la clase misma tiene poco que ver. En el fondo esta teoría es la sustentación de la necesidad del partido de vanguardia.

Contra esta vertiente fue que E. P. Thompson enfocó su ya clásico estudio sobre la formación de la clase obrera inglesa (1963). Trabajando temas similares a Hobsbawm, Thompson postuló otra matriz explicativa alternativa: su supuesto es que la conciencia de clase no puede ser planeada, sino que ésta surge de la confrontación entre las tradiciones heredadas por la clase obrera y la situación material que ella enfrenta. La conciencia de clase, en términos operativos, genera la identidad de un nuevo conglomerado social con intereses distintos a los de los sectores dominantes. Para Thompson la conciencia de clase deja de ser el producto único y universal que debía aplicarse a todas las sociedades en donde estuviera vigente el capitalismo. Ella responde a procesos específicos y, por ende, no es uniforme, ni se construye linealmente, tal como lo ilustra el autor para el caso inglés previo a la crisis del movimiento cartista. Desde concepciones parecidas William H. Sewell (1974) y Joan Scott (1974) llegan a conclusiones similares para los trabajadores franceses de Marsella, el primero, y de Carmaux, la segunda (17).

Sin embargo, aún en este novedoso enfoque, del que nos hemos nutrido en esta investigación, hay cierta externalidad de la conciencia. Las tradiciones culturales y políticas que llegan a los obreros ingleses fueron aportadas por miembros de otras clases. Pero en Thompson esa externalidad es ocasional y, a diferencia del postulado leninista, no es su principal característica.

Ello nos lleva a una última reflexión sobre la conciencia de clase. Cuando se habla de conciencia se busca significar una ruptura o al menos un distanciamiento con la realidad inmediata. El capitalismo, como todo modo de producción, fetichiza las categorías sobre las que se construye, presentándolas como 'naturales'. Es difícil, a partir de la mera experiencia, hacer la crítica de esa realidad oculta. Por ello el acto de 'toma de conciencia' requiere, si no el aporte de elementos externos --los llamados intelectuales orgánicos--, al menos un distanciamiento de la experiencia. Pero entonces la vida cotidiana queda bajo sospecha y no es muy clara la participación de los sujetos en la construcción de **su** conciencia de clase. Por estas connotaciones, no queremos centrar la investigación en el problema de la conciencia de clase, sin que ello signifique que la desechamos. Por el contrario, buscamos una forma más creativa de abordarla.

Desde inquietudes similares, George Rudé se interroga no ya sobre la conciencia sino acerca de la **ideología** que subyace en la protesta popular. El autor percibe la complejidad de esta categoría:

> "Ideología, por supuesto, presenta un mayor problema, pues cada escritor en las ciencias sociales ... la usa en su propia manera. Algunos (desde la Ideología Alemana de Marx), la ven como una forma de 'mistificación' o de 'falsa realidad'; otros la definen estrictamente en términos de un conjunto de valores o de creencias políticas; otros, de nuevo, favorecen un acercamiento más elástico en el cual mitos, 'actitudes' y lo que los franceses llaman 'mentalidad', tienen su parte" (18).

Rudé, evidentemente, se inclina por la última versión. A renglón seguido hace la distinción entre ideología 'inherente' --una especie de ideología de "leche materna"-- o el cuerpo de ideas tradicionales populares basado en la experiencia directa, la tradición oral y el folclor, e ideología 'derivada', constituida por el conjunto de ideas políticas, religiosas o filosóficas prestadas de otros grupos sociales. Claro que él aclara que no hay una distinción tajante entre ellas y que no hay ninguna superioridad de una sobre otra. Además de reproducir la antinomia entre experiencia y distancia crítica, Rudé le agrega la de tradición vrs. proyecto político. Finalmente, el autor es claro al indicar que la ideología popular no es exclusiva de ninguna clase sino que pertenece al conjunto que conforma al pueblo en cada revuelta. Aunque indudablemente hay una reformulación creativa del concepto ideología, se sigue remitiendo a una construcción externa a la experiencia. Además, el énfasis en las 'ideas' (inherentes o derivadas) parece excluir sentimientos o imágenes que son importantes en la formación de la clase (19). Por ello tampoco enfocaremos nuestro estudio según las categorías desarrolladas por Rudé.

Nos resta escudriñar las implicaciones que tendría trabajar el problema desde la perspectiva de **cultura obrera**. Ya E. P. Thompson decía que la conciencia de clase era más un producto político y cultural que un resultado mecánico de la explotación económica o de la opresión política. Hobsbawm y Rudé, por su parte, en el momento de definir la conciencia espontánea o la ideología inherente acudían a las expresiones culturales para darles contenido. Desde los trabajos de Thompson en la historiografía laboral europea, norteamericana y aún latinoamericana, han proliferado los estudios sobre cultura obrera, como una alternativa al paradigma leninista. El concepto de cultura parece superar las limitaciones de externalidad que veíamos en la conciencia o la ideología. La **cultura** es la intersección entre lo que acumula la clase en su experiencia y lo que recibe prestado de afuera. Pero, si para el caso inglés la herramienta resultó útil, no se puede decir lo mismo para otros, incluso en países desarrollados como Estados Unidos (20). Para América Latina las cosas son más complejas, haciendo aún más difícil la aplicación del modelo thompsoniano.

Al contrario de lo hallado en Europa o Estados Unidos a partir de la revolución industrial, en América Latina los conglomerados obreros no fueron abundantes en población y, sobre todo, fueron muy recientes. Por ello no es posible hablar con propiedad de una 'cultura obrera' como tal, pues no hubo ni la cantidad, ni el tiempo para que se formara. Los casos más cercanos, como serían Buenos Aires, Santos-Sao Paulo y algunas regiones mineras y petroleras, antes que negarla, confirman esta hipótesis. Por tanto, lo que encontramos en el subcontinente son culturas populares, en las que los obreros contribuyen con su experiencia sin dejar de pertenecer al conjunto de las clases que conforman el pueblo en las distintas coyunturas.

Hablar de **cultura popular**, además, implica tener presente otros componentes sociales diferentes a los de clase como tal, por ejemplo factores étnicos, regionales, generacionales o de género, entre otros. Ello constituye una ventaja pues alberga expresiones de lo social diferentes de las marcadas por la posición ante los medios de producción, pero nos deja sin solucionar el problema de la construcción de una clase, en este caso la obrera. Las culturas populares son difíciles de precisar, pues por ser 'populares' pertenecen a muchos grupos sociales y a ninguno en exclusividad. Por si fuera poco, las relaciones entre la(s) cultura(s) popular(es) y su contraria, la cultura de élite o dominante, son cambiantes: a veces antagónicas, a veces complementarias. La hipótesis de M. Bakhtin sobre la existencia de una circularidad cultural en ciertas coyunturas históricas fue magníficamente ilustrada por Carlo Ginzburg al reconstruir el mundo intelectual de un molinero italiano 'hereje' en el siglo XVI (21). En América Latina, con debilidad tanto de las élites como del mismo Estado, y con fronteras aún imprecisas entre las clases, es fácil entender que hubo, y tal vez sigue habiendo, circularidad cultural. Por todo ello esta categoría parece perder capacidad explicativa para el estudio de la formación de las clases obreras del subcontinente. Sin embargo, no la desecharemos antes de ver su posible utilidad para entender comportamientos obreros en América Latina. Para ello nos apoyaremos en una rápida revisión de algunos estudios de caso sobre trabajadores asalariados del subcontinente.

Los trabajadores de la caña de azúcar del Caribe, según Sidney Mintz (1973), sufrieron a lo largo del siglo XX no sólo la pérdida de los medios de producción, sino de los valores comunitarios tradicionales, los que eran una dimensión de las culturas populares agrarias. La individualización acompañó a la proletarización de estos trabajadores. Para Mintz los asalariados de la caña de azúcar caribeños actuaron revolucionariamente, pero no se identificaron de esa forma. La presencia de estos fenómenos, inversos a la situación obrera común --conciencia revolucionaria pero acción reformista--, le lleva a postular la existencia de una 'conciencia transicional' en esa área latinoamericana, por lo menos hasta los años cincuenta (22).

Otra es la situación en las regiones andinas, como lo describe Florencia Mallon (1983 y 1986) en su análisis de los mineros de Cerro de Pasco en el Perú. Allí el proceso de proletarización no destruye los lazos que los trabajadores tienen con las comunidades rurales de donde provienen. La respuesta de esas comunidades a la presencia del capitalismo, vía las multinacionales, es lo que da origen a formas contradictorias de conciencia, según la autora. Los trabajadores a veces se identifican como miembros de colectividades rurales, y a veces como modernos obreros. Por el peso cultural de las comunidades, Mallon concluye que la conciencia de los asalariados de Cerro de Pasco en la primera mitad del siglo XX no es ni campesina a secas, ni la clásica asignada al proletariado, ni tampoco es 'transicional' o 'inmadura', sino simplemente la expresión histórica de los condicionamientos y de la forma como se identifican los trabajadores (23).

June Nash (1979), analizando a los mineros bolivianos, ofrece otra perspectiva: para ella no existe conciencia 'contradictoria' sino 'ecléctica'. La cultura 'chola' --expresión del mestizaje-- permite a los mineros bolivianos identificarse con las comunidades y asumir, al mismo tiempo, ideas revolucionarias sin ningún conflicto. Las contradicciones en la conciencia de los mineros las encuentra Nash en la relación con las minas: de dependencia por un lado y de rebeldía por el otro (24). De esta forma no hay ni la supresión de aspectos de la cultura popular vistas en el Caribe, ni contradicción entre ésta y una conciencia revolucionaria, sino complementariedad. La sospecha que queda es si el caso boliviano es tan excepcional que impide su generalización al resto del subcontinente.

En los tres casos señalados, que reflejan la riqueza de los estudios sobre el tema en América Latina pero no son los únicos, hay diversas aproximaciones a las relaciones entre culturas populares, principalmente rurales, y conciencia de clase. Pero nótese que en todos ellos el elemento clave para explicar los comportamientos obreros es la **identificación** de ellos como individuos, miembros de comunidades, obreros, y eventualmente como revolucionarios. Exploremos un poco más esta dimensión de la conciencia, que ha estado apareciendo continuamente en nuestras reflexiones.

Dos investigaciones recientes sobre sectores urbanos obreros son de utilidad en el ejercicio que nos proponemos: se trata de los estudios de John French sobre los obreros de Sao Paulo (1985), y de Daniel James sobre los trabajadores argentinos en general (1988). Ambos autores tocan las relaciones entre clase obrera y los movimientos populistas de cada país. French distingue entre experiencia e ideología revolucionaria y entre líderes y bases para entender mejor los fenómenos de conciencia. Pero ésta no es un producto externo: "Mi investigación demuestra que los trabajadores son siempre concientes de su clase, de cierta oposición esencial de intereses, pero manejan esta percepción en muy diferentes formas" (25). Desde esta perspectiva el

populismo varguista, puesto que es un resultado de la confrontación social, pudo ser una alternativa de identidad de los trabajadores.

El tema del estudio de Daniel James es explícitamente la relación entre la clase obrera argentina y el peronismo. Aunque en alguna sección, para explicar las contradicciones dentro del peronismo, acude a la distinción entre experiencia --o 'conciencia práctica'-- e ideología formal, el elemento clave a lo largo de su trabajo es la **identidad** de la clase obrera. El peronismo no es definido en términos de 'falsa' o 'verdadera' conciencia --de ese debate se sustrae inteligentemente James--, sino como una expresión histórica que sirvió para identificar a los trabajadores argentinos. Para el autor, en cierto sentido la clase obrera argentina, "fue constituida por Perón; su autoidentificación como una fuerza social y política dentro de la sociedad nacional fue... construida por el discurso político peronista" (26). Si la clase obrera se volvió peronista no fue por fatalidad económica, o por capricho de las élites, y menos por 'traición' de los líderes, sino porque Perón le ofreció los elementos de identidad que ella necesitaba. De esta forma James trae los estudios sobre clase obrera y populismo al terreno de la historia y nos refuerza la importancia de la dimensión de identidad para entender los comportamientos de los obreros y de las otras clases.

Llegamos así al punto que queríamos ponderar: la escogencia de la variable identidad como núcleo explicativo de la formación de la clase obrera colombiana. La construcción de la identidad es algo que hace la clase misma, pero ubicada en determinadas condiciones materiales, y por presión de imágenes externas fruto del mismo conflicto social. La identidad tiene que ver con tradiciones heredadas y nuevos hábitos generados por los contextos de explotación y opresión. Es algo que se alimenta de las culturas populares regionales, pero con las particularidades que los trabajadores asalariados aportan. La construcción de la identidad, en fin, es un proceso creativo en el que tanto los individuos como los grupos locales y regionales colaboran.

Aunque un estudio sobre la identidad de clase parece ser la solución a los problemas de 'externalidad' de la conciencia o de la ideología, de la 'vaguedad' de la cultura, no está exento de problemas. La principal dificultad que encontramos reside en la diversidad de identidades que tienen los individuos y las colectividades que conforman una clase. Los trabajadores asalariados colombianos, por ejemplo, se pueden identificar como pertenecientes a una nación, miembros de étnias, hombres o mujeres, nacidos en una región, barrio o municipio, militantes de un partido político, practicantes de una religión e incluso fanáticos de un equipo de fútbol, para sólo citar unos ejemplos. En ese contexto ¿qué significa hablar de **identidad de clase**?

Ante esta pregunta tenemos una doble respuesta: por una parte, hay identidades más totalizantes que otras, es decir que ofrecen más sentido a la

existencia de individuos y colectividades. No es lo mismo sentirse perteneciente a una étnia, por ejemplo, que ir todos los domingos al estadio a apoyar el equipo de fútbol favorito. Pero la posibilidad de dar sentido a la existencia tiene que ver con las coyunturas históricas, lo que es la segunda parte de nuestra respuesta. A través del tiempo las identidades más totalizantes han ido variando. Los procesos de Independencia y la desmembración de Hispanoamérica en innumerables Estados, dio prioridad a la identidad nacional. Los conflictos limítrofes internacionales la harán aparecer en posteriores coyunturas. La debilidad de los Estados nacionales y las lealtades con los caudillos de cada región, reforzó las identidades regionales a lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el XX. En los años veinte la aparición de 'cinturones de miseria' en las ciudades dio origen a imágenes negativas de los trabajadores asalariados. Estos debieron acudir a una identidad de clase para garantizar su existencia como tales. En los años cuarenta el populismo gaitanista pondrá al orden del día la identidad como pueblo, la que en los años sesenta y setenta revivirá en las luchas cívicas y barriales. Recientemente las identidades étnicas y de género han cobrado una importancia que no se les atribuía a comienzos de siglo, obligando a los investigadores sociales a ser más sensibles con estas dimensiones (27). La lucha por la democracia y por la defensa de los derechos humanos, la preocupación por el medio ambiente, los movimientos pacifistas y antinucleares, y la defensa de minorías homosexuales, ofrecen nuevas identidades a medida que la humanidad se acerca al año 2.000.

Si hemos asumido que la clase obrera es una construcción histórica, el mejor camino para comprenderla es analizando la evolución en su identidad. Tal vez hoy en día no sea tan importante definirse como clase, pero ciertamente en los años veinte y treinta fue la alternativa para lograr las condiciones mínimas de existencia, algunas de las cuales eran ser respetado como un ser humano y ser aceptado como parte de la nación. La pertenencia a un conglomerado llamado clase obrera daba sentido a la existencia de muchos trabajadores que eran tratados como parias. Era, y tal vez aún lo siga siendo, una alternativa totalizante.

En síntesis, para culminar estas reflexiones teóricas, hemos encontrado en el estudio de la identidad de clase una alternativa explicativa de los comportamientos en la formación de la clase obrera. La conciencia, aún en las versiones no leninistas, requiere de una cierta externalidad con relación a la experiencia. Algo similar ocurre con la ideología, con la complicación adicional de remitirnos al mundo de las ideas. En América Latina es difícil hablar de culturas 'obreras', por lo que hay que recurrir a las culturas populares. Pero por su amplitud se requiere de elementos de identidad propiamente obreros para entender los comportamientos de ellos. Recientes trabajos sobre trabajadores latinoamericanos así lo sugieren. La identidad de clase fue presionada tanto desde fuera, como desde las necesidades de los trabajadores. Por ello, para

éstos, fue la alternativa de pertenencia social más totalizante en la primera mitad del siglo XX.

3. Aspectos Metodológicos

Con la inquietud sobre el problema de identidad de clase en mente, iniciamos la búsqueda de las fuentes apropiadas. En primera instancia recurrimos a la gran prensa nacional y regional para detectar las imágenes que las élites transmitían sobre los obreros. Adicionalmente este tipo de prensa nos ofreció información sobre el contexto histórico en el que surgía la clase obrera, así como sobre sus condiciones de existencia y sus luchas reivindicativas. Con base en esa información construimos el apéndice sobre conflictos huelguísticos entre 1919 y 1945, que es una serie histórica laboral que hacía falta en nuestro medio.

Otro tipo de documentación usada fue la correspondencia oficial --por ejemplo la del Ministro de Guerra de la última administración conservadora--,y de diplomáticos norteamericanos, que reposa en los Archivos Nacionales de Washington. Aunque estas fuentes brindan alguna información factual, sesgada por quien la proporciona, nos llama la atención el tipo de imágenes que proyectan de los obreros y sus distintos comportamientos. Con la misma intención hicimos la revisión del *New York Times*.

Para precisar aspectos socio-económicos de la sociedad colombiana e ilustrar mejor las condiciones materiales de existencia de los trabajadores, recurrimos a las escasas pero ricas fuentes estadísticas históricas. Merece aquí destacar el esfuerzo de los gobiernos liberales, a partir de mediados de los años treinta, por conocer la situación real de la clase obrera. La Contraloría General de la República adelantó unas encuestas en las grandes ciudades que concentraban obreros, permitiendo una información de primera mano sobre sus condiciones de existencia. También hicimos uso de recientes trabajos cuantitativos sobre el período 1910-1945, complementando la información estadística histórica.

Para balancear las anteriores fuentes, acudimos a la documentación que nos podía mostrar otro lado de la moneda. Revisamos así la prensa 'obrera' --definida así por dirigirse a los trabajadores más que por ser elaborada directamente por ellos--, existente en las bibliotecas públicas. Tuvimos además la suerte de tener acceso a algunas colecciones privadas de periódicos, como *La Humanidad*, publicado entre 1925 y 1927 en Cali. La prensa aquí considerada 'obrera' fue muy rica en auto-imágenes, tradiciones y nuevos valores, así como en información sobre organizaciones y conflictos. Por su carácter agitacional y

educativo era poco lo que proporcionaba en cuanto a estas últimas dimensiones (la gran excepción fue el *Diario Popular* en los años cuarenta).

Cercanas a lo anterior están las novelas y crónicas sobre la vida obrera y urbana a principios de este siglo. En particular fueron de mucha utilidad los textos testimoniales de sindicalistas y dirigentes de izquierda. En este punto tuvimos también la fortuna de tener acceso al trabajo inédito de Ignacio Torres Giraldo, titulado Anecdotario. Después de hacer un contraste con otras fuentes, pudimos extraer la rica información sobre aspectos cotidianos que ellas encierran.

Finalmente, presionados por la necesidad de buscar más información sobre dimensiones excluidas de las historias oficiales --aún las de partidos de izquierda y sindicatos--, acudimos a la técnica de la entrevista con cerca de cien obreros y obreras de base, activistas o dirigentes políticos.

Al recurrir a la historia oral buscábamos tres objetivos básicos: a) Complementar el conocimiento histórico con una información que difícilmente aparece en las otras fuentes consultadas; b) Contar con más voces en nuestra reconstrucción histórica, especialmente aquellas silenciadas en las versiones oficiales; y c) La historia oral nos parece un buen camino para propiciar ese diálogo entre académicos y obreros, que hace parte de nuestra concepción del oficio del historiador.

A pesar de lo anterior, no nos hacíamos ilusiones sobre los alcances de estas técnicas y, por el contrario, siempre tuvimos presentes sus limitaciones, de las que tampoco están exentas las fuentes escritas, como veremos a continuación.

Aunque los historiadores, como los científicos sociales en general, buscamos un conocimiento **verdadero**, en este caso del pasado, también es cierto que las verdades históricas son siempre parciales y expuestas a la permanente crítica. Por tanto, aunque perseguimos la verdad, no pretendemos alcanzarla de una forma absoluta. Tradicionalmente se ha considerado a las fuentes escritas, especialmente aquellas con menores mediaciones temporales o de distintos sujetos, como las más creíbles. No vamos a disputar ese supuesto. Lo que queremos argumentar, siguiendo a quienes han reflexionado sobre estos aspectos, es que la llamada historia oral cuenta con credibilidad propia (28).

Las fuentes orales ofrecen la forma como los sujetos percibieron los hechos, sin mucha precisión factual o detallada información --aunque siempre hay excepciones a la regla--. Por tanto, ellas son subjetivas por definición, lo que no las hace inválidas para el conocimiento histórico. Incluso se puede argumentar que las tradiciones orales reproducen, sin tantos filtros, las voces de los sujetos excluidos por las historias de los vencedores. Pero la subjetividad no está ausente en las fuentes escritas, aún en aquellas aparentemente más

rigurosas. Lo que en primera instancia aparece como una desventaja --la subjetividad-- se puede convertir en la gran ventaja de la historia oral.

Finalmente, dos dificultades adicionales surgen ante las técnicas de la historia oral: a) la participación, también subjetiva, del historiador; y b) la selectividad de la memoria que se refleja en las entrevistas. Ante la primera dificultad basta con recordar que el historiador también interroga los documentos escritos según las preguntas que guían su investigación. Un documento puede ser leído de distinta forma por cada uno de los investigadores que lo consultan, e incluso según las distintas etapas investigativas de un mismo historiador. La posible intromisión exagerada del entrevistador se puede controlar con técnicas de tema libre o preguntas abiertas. Por último, desde nuestra experiencia podemos afirmar que, en condiciones normales, los entrevistados terminan hablando de lo que quieren hablar. Habrá silencios --producidos por temores, inhibiciones culturales o desconocimiento del entrevistador--, pero aún esos silencios son informaciones que dan origen a ricas reflexiones. ¿Por qué no se habló lo relativo a la vida sexual, o incluso a la vida de pareja en obreros y obreras? ¿Por qué las mujeres se resistían a las entrevistas aduciendo que no tenían nada que contar? ¿Por qué, en fin, se habla poco de la Violencia? El que el entrevistador fuera externo a los grupos obreros, como fue mi caso, tuvo sus problemas --reducidos a la falta de confianza--, pero también ventajas --es más fácil hablar con un forastero sobre cosas que a un vecino le molestarían. Además, en cualquier caso hay formas de reducir la falta de confianza: involucrándose más con la comunidad, acompañándose de alguien conocido, etc. En síntesis creemos que esta es una dificultad de todo trabajo histórico, básese éste en fuentes orales o escritas.

La segunda dificultad es más problemática pues toca la médula del oficio del historiador, y no se resuelve con la aplicación de nuevas técnicas. Como dice E. Hobsbawm (1985), en una reflexión sobre las nuevas tendencias historiográficas, "el punto es que la memoria no es tanto grabar como un mecanismo selectivo, y la selección está, dentro de límites, continuamente cambiando" (29). En otras palabras, la memoria individual y colectiva escoge recuerdos según el significado que le da al presente. Por ello, en contraste con la aparente fijación en el tiempo del documento escrito, la fuente oral está siempre cambiando.

Sin embargo, estas prevenciones contra la memoria deben ser matizadas. De una parte, la inmovilidad de lo escrito es discutible, pues los hallazgos del presente siempre dan nuevo sentido a lo consignado, para no hablar del problema lingüístico estrictamente. Por otra parte, para quienes han practicado las técnicas de la historia oral es claro que en las narraciones de varios testigos comienzan a aflorar elementos comunes que son más o menos fijos. La selectividad de la memoria, finalmente, aunque afecta la reconstrucción histórica, la hace siempre preocuparse por el presente. Por todo ello las fuentes

orales son favorables para el tipo de temática que queremos abordar: identidad, imágenes, representaciones, conciencia e ideología.

Pero para nosotros no tiene sentido polarizar las fuentes en escritas y orales, aduciendo una supuesta superioridad de unas sobre otras. Por el contrario, hay que insistir en su complementariedad, cuando se pueden utilizar ambas. Aunque no ofrecen la misma información, y tienen diversos grados de credibilidad, no son excluyentes. Como dice Philippe Joutard, ambas deben someterse a la gran herramienta del conocimiento histórico: la crítica de las fuentes. Así, los vacíos de la una pueden ser llenados por la otra. Incluso vale la pena señalar, siguiendo a Hobsbawm (1985), que para el historiador la gran preocupación no radica en tener 'buenas' fuentes, pues todas ofrecen problemas, sino en contar con un modelo interpretativo en el que las piezas del 'rompecabezas' se articulen coherentemente (30).

Hechas estas consideraciones conviene ahora, rápidamente, hacer explícito el uso que hicimos de las fuentes orales. Utilizamos la entrevista individual, aunque en ocasiones fue colectiva, con base en preguntas abiertas que en muchos casos eran sólo una invitación al libre recuerdo de los entrevistados (31). Las preguntas abarcaban los temas de esta investigación: origen del trabajador y vinculación laboral; vida cotidiana en los sitios de trabajo y fuera de ellos; participación en organizaciones y movilizaciones; imágenes de los patrones, políticos, gobernantes y de ellos mismos. Las entrevistas fueron mínimo de una hora y media, pero las hubo más extensas. Salvo dos, las demás fueron grabadas. Una vez seleccionados los sitios para el estudio local de la formación de la clase obrera, se utilizaron los contactos previos con grupos obreros y populares para escoger a los candidatos para las entrevistas, los que básicamente eran trabajadores y trabajadoras de base de las primeras generaciones. Algunos de ellos nos sugerían otros nombres, y en un par de oportunidades entrevistamos al azar. La lista de entrevistados refleja una variedad de profesiones, perspectivas políticas y actividades económicas. Aunque pretendíamos privilegiar a los trabajadores y trabajadoras de base, no podemos reclamar total éxito en esta tarea. Finalmente las entrevistas se transcribieron, y convertidas en documento reposan en los archivos del CINEP. Además, apartes de las entrevistas, organizadas temáticamente por el autor de estas notas, han sido publicadas por la misma institución en la serie CONTROVERSIA (32). Las referencias a las entrevistas utilizadas en este texto aparecen más extensamente en las publicaciones mencionadas. Intentamos mantener al máximo la fidelidad del testimonio llevando a cabo una labor de edición mínima para hacerlas entendibles.

4. ¿Estudios de Caso?

Las preguntas que nos han guiado en esta investigación hasta ahora, las hemos dirigido al conjunto de la clase obrera colombiana. La ausencia de estudios desde la perspectiva propuesta explica además esa opción. Sin embargo, el análisis de la construcción de la identidad de clase con proyección nacional, quedaría trunco si no incorpora la dimensión local y regional. Estas últimas dimensiones no sólo preceden cronológicamente a la nacional, sino que continúan siendo parte de las identidades de los conglomerados sociales contemporáneos. Generalmente los estudios sobre la clase obrera la veían desde el principio como una clase nacional, dejando de lado la riqueza tanto de los matices locales y regionales, como del mismo proceso que trascendió esas identidades.

Por ello era necesario asumir la perspectiva local y regional en nuestra investigación. De acuerdo con nuestra propuesta de oír múltiples voces en la reconstrucción histórica, no podíamos desconocer las de algunas comarcas. Además, el estudio de las diferencias locales y regionales permitía poner en práctica el método comparativo, tan útil para el oficio del historiador. En la medida de lo posible también intentamos hacer comparaciones no sólo con situaciones latinoamericanas, sino europeas y aún norteamericanas.

Pero la incorporación de la variable regional no significa que hayamos hecho un estudio clásico de casos. Las ciudades seleccionadas servían para ilustrar nuestras hipótesis con un matiz regional o local, pero el énfasis de la investigación siguió siendo el conjunto de la clase obrera colombiana.

La selección de los sitios para un estudio más cuidadoso de la formación local de la clase obrera respondió a razones metodológicas y de orden práctico, como sucede en toda investigación. Aunque nuestra definición de clase obrera no excluye a los trabajadores asalariados rurales, no nos fue posible seleccionar un sector que los expresara, como sí pudimos hacer con otros sectores como petroleros, transportadores, artesanos y obreros manufactureros. Por ello, aunque nuestra investigación versó más sobre la clase obrera 'urbana', no desconocemos la importancia de los sectores rurales en su formación, y a ellos haremos continuas referencias utilizando las fuentes y el material disponible.

Las cuatro ciudades seleccionadas expresaban al menos uno de los sectores obreros que nos interesaba mirar con cuidado, reflejaban tres de las culturas populares regionales más importantes en la formación de la clase obrera, y ofrecían vinculaciones con grupos obreros locales. Además de Barrancabermeja, el gran centro petrolero del país situado sobre el Río Magdalena, escogimos a Barranquilla, Medellín y Bogotá. Barranquilla, principal puerto fluvial y al mismo tiempo marítimo, mostraba un grupo de trabajadores del transporte bastante consolidado, además de los obreros

manufactureros. Culturalmente ella es la síntesis de la Costa Atlántica. Medellín, por su parte, fue hasta los años cincuenta el epicentro del desarrollo industrial del país, y por tanto concentraba un importante sector de obreros manufactureros, además de otros trabajadores típicamente urbanos. La región antioqueña, además, ha tenido en Medellín su principal centro desde el siglo XIX.

El estudio de Bogotá era casi obligatorio, no sólo por su papel como capital del país sino por albergar la mayor población obrera. Además Bogotá contó desde tiempos coloniales con un importante sector de artesanos que contribuyó decisivamente en la formación de la clase obrera colombiana. Finalmente esta ciudad, a pesar de ser el centro político-administrativo colombiano, culturalmente siguió siendo la expresión de la región andina circunvecina, agregando otro matiz diferente a las culturas populares vistas en las otras ciudades.

Con esos cuatro sitios cubrimos no sólo los distintos sectores obreros 'urbanos' sino más de la mitad de la clase obrera del momento. Las tres culturas populares regionales recogidas se complementaban con el 'cosmopolitismo' propio de una zona de frontera que se expresaba en Barrancabermeja. Por todo ello creemos que, con la combinación de estudios locales y una visión general, tenemos una buena aproximación a las diferencias de la clase obrera y, al mismo tiempo, a sus elementos comunes.

5. Contenido del libro

La presentación final de este texto está organizada en cuatro grandes partes, de acuerdo a un esquema más temático que cronológico, aunque indudablemente, tratándose de un trabajo histórico, esta dimensión nunca va a estar ausente. La primera parte, que abarca el primer capítulo, es una descripción general de las principales tendencias socio-económicas y políticas de Colombia entre 1910 y 1945. La intención de esta sección es ofrecer el contexto general en el que la clase obrera se formó.

La segunda parte, que cubre tres capítulos, responde a la necesidad de acercarnos a las experiencias obreras en la vida cotidiana. La aproximación a esa cotidianeidad no se hace con la mirada ingenua del cronista, sino con la perspectiva crítica del historiador que busca descubrir allí los sutiles mecanismos de dominación y resistencia. Un capítulo está dedicado a las características de la clase obrera, las tradiciones heredadas, los sectores que la componían, los niveles de calificación y una consideración sobre el proceso de proletarización. Los otros dos capítulos intentan reconstruir los principales aspectos de la vida cotidiana de los trabajadores, tanto en los sitios de trabajo

como fuera de ellos, centrándose en las cuatro ciudades seleccionadas. Se analizan los mecanismos paternalistas que imperaban en las primeras empresas, la racionalización de la producción y la lucha por el control de la jornada laboral y del tiempo libre de los trabajadores.

La tercera parte, que incluye también tres capítulos, busca reconstruir las principales etapas en las luchas de la clase obrera en su proceso organizativo. En consecuencia, está estructurada en un orden cronológico, destacando los principales subperíodos en la etapa formativa de la clase obrera colombiana. En esta parte se pone atención también a las respuestas que empresarios, Estado y otros sectores populares dieron ante la acción de los obreros. Aunque el enfrentamiento laboral y la creación de organizaciones gremiales y políticas hacen parte de la cotidianeidad, por la importancia que tienen en la formación de la clase obrera merecen un tratamiento aparte. La información presentada es una apretada síntesis de la riqueza documental encontrada. El lector encontrará en al Apéndice sobre huelgas una visión de conjunto de las menciones que se hacen en estos capítulos.

Finalmente la cuarta parte, que abarca solamente el capítulo final, condensa el núcleo temático de este libro: la construcción de la identidad obrera. A partir de consideraciones sobre las imágenes que las élites proyectan de los trabajadores asalariados, y las que ellos mismos construyen de sí mismos, nos acercamos al problema de su identidad de clase. Esta sección, por tanto, articula las anteriores, dándoles un sentido conclusivo.

NOTAS

(1) Aunque reconocemos la validez de las críticas de Charles Bergquist a los prejuicios de las historiografías liberal y marxista sobre los trabajadores rurales, creemos que incluir a obreros y campesinos en una misma categoría de clase no sólo diluye diferencias materiales, sino también culturales, perdiendo fuerza explicativa (Labor in Latin América. Stanford: Stanford University Press,1986, Capítulo 1) (Hay una versión española de Siglo XXI Editores, 1988).

(2) Esta perspectiva, que se remonta a Eduard P. Thompson (The Making of the English Working Class. New York: Vintage Books, 1966), recientemente ha sido reformulada por historiadores como Daniel James (Resistance and Integration. Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

(3) Cuando hablamos de 'status' pensamos en la distinción que Gareth Stedman-Jones hace entre trabajadores 'respetables' y 'casual labor' en Londres en el siglo XIX (Outcast London. Oxford: Claredom Press, 1971). Como verémos luego, una distinción similar existió en los orígenes de la clase obrera colombiana.

(4) Para la formación de las élites en el período colonial es sugestiva la Historia Doble de la Costa, de Orlando Fals Borda, especialmente el primer volumen (Mompox y Loba. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979). Para períodos más recientes véase también Salomón Kalmanovitz (Economía y Nación. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1985) y Daniel Pecaut (Orden y Violencia. 2 Vols., Bogotá: Editorial Cerec, 1987).

(5) E. P. Thompson, "Eighteen Century English Society: Class Struggle Without Class?", Social History, No. 3 (May 1978) (Hay versión española en una compilación publicada por Editorial Crítica-Grijalbo, 1979) y Eric Hobsbawm ("La Formación de la Clase Obrera Inglesa", El Mundo del Trabajo. Barcelona: Editorial Crítica, 1987, p. 238).

(6) Tres trabajos sobre la clase obrera colombiana coinciden a grandes rasgos en la periodización, aunque por diferentes razones: Miguel Urrutia (The Development of the Colombian Labor Movement. New Haven: Yale University Press, 1969) (Hay versiones en español publicadas por la Universidad de los Andes en 1969 y la Carreta, en los años 70) Edgar Caicedo (Las Luchas Sindicales en Colombia. Bogotá: Ediciones Ceis, 1971) y Daniel Pecaut (Política y Sindicalismo en Colombia. Medellín: Ediciones la Carreta, 1973).

(7) Gustavo Alamario, Historia de los Trabajadores Petroleros. Bogotá: Cedetrabajo, 1984, e Ignacio Torres Giraldo, Los Inconformes. 5 Vols., Bogotá: Ediciones Margen Izquierdo, 1973. El trabajo de Torres Giraldo fue escrito mucho antes, pero no fue publicado en su totalidad sino hasta 1973. En la casa de su hija Urania yacen cantidad de obras inéditas de este autor, las que ojalá algún día sean publicadas.

(8) Klaus Meschkat, "Movimientos Sociales y Partido Revolucionario". Mimeo. 1982 y Alfredo Gómez, Anarquismo y Anarco-sindicalismo en América Latina. Barcelona: Editorial Ruedo Ibérico, 1980. Meschkat adelanta una investigación sobre la confrontación de las tácticas revolucionarias y represivas en los años veinte a la que remitimos al lector para tener una visión más amplia de su propuesta.

(9) Las Luchas Obreras y el Derecho Laboral en Colombia. Medellín: Ediciones la Carreta, 1978. El origen de esta escuela de la 'derivación lógica del capital' está en el teórico ruso Pasukanis. La polémica iniciada por estos autores en nuestro medio fue muy estimulante a fines de los años setenta, cuando la crisis de la izquierda se hizo evidente. Sin embargo, como señalan Michael Hall y Paulo Pinheiro, "un problema con tales acercamientos, como irónicamente lo comenta Castoriadis, es que los trabajadores entran en la pelea 'exactamente en el sentido en que los actores en el teatro recitan un libreto que se les ha dado previamente y actúan gestos predeterminados, en los que --no importa si actúan bien o mal-- ellos no pueden prevenir que la tragedia corra a su inexorable fin" ("Elements for an Interpretation of the Early Brazilian Labor Movement". Mimeo, 1982, p. 4).

(10) Labor in Latin America, capítulo 5.

(11) Ver obras citadas 1973 y 1987. La segunda obra, Orden y Violencia, no es una historia obrera propiamente dicha, sino una sobre el conjunto de la sociedad colombiana.

En la parte en que Pecaut habla de las tradiciones artesanales, disminuye su peso en la clase obrera (p. 235). En nuestro capítulo segundo desarrollamos el argumento opuesto.

(12) Emilia Viotti da Costa "Experience versus Structures", ILWCH No. 36, Otoño 1989, pp. 3-24.

(13) Bárbara Weinstein, "The New Latin American Labor History" ILWCH No. 36, Otoño 1989, pp. 25-30.

(14) "Class Consciousness in History" en I. Meszaros, Aspects of History and Class Consciouness. New York: Herder and Herder, 1972 (Hay versión española en la compilación El Mundo del Trabajo). Hobsbawm introduce, sin embargo, serios matices al leninismo. El, por ejemplo, insiste en que la conciencia 'socialista' no es automática ni inevitable. Además, que la llamada espontánea refleja lo que la clase piensa. George Luckacs también matiza esta perspectiva diciendo: "La conciencia no se encuentra fuera del desarrollo histórico. No tiene que esperar que el filósofo la introduzca al mundo" (Historia y Conciencia de Clase. México: Editorial Grijalbo, 1983, p. 84.). El alcance de esta concepción se ve aún en historiadores como David Montgomery quien afirma: "la conciencia de clase fue algo más que un inmediato producto de la diaria experiencia. Ella fue también un proyecto" (The Fall of the House of Labor. Cambridge: Cambridge University Press, 1987, p.2.).

(15) John Foster hace uso de estas categorías en la explicación de las diferencias entre tres aldeas obreras en Inglaterra durante el siglo XIX (Class Struggle and the Industrial Revolution. New York: St. Martin's Press, 1974).

(16) Eric Hobsbawm, Labouring Men. New York: Basic Books, 1964; John Foster, Class Struggle ...y William Sewell Jr. "The Working Class of Marseille Under the Second Republic" en Peter Sterns y Daniel J. Walkowitz (Eds.) Workers in the Industrial Revolution. New Brunswick: Transaction Books, 1974. En una reconsideración de la aristocracia obrera, Hobsbawm insiste en que ella era algo cultural ante todo, pero reafirma la utilidad de la categoría (Mundo del Trabajo, ya citado). Ver también H.F. Moorhouse, "The Marxist Theory of Labour Aristocracy", Social History, Vol. 3 No. 1, (enero 1978), pp. 61-82.

(17) E.P. Thompson, The Making ... William Sewell, "The Working Class of Marseille..." y Joan Scott, The Glassworkers of Carmaux. Cambridge: Harvard University Press, 1974. Hay historiadores no-marxistas que para evitarse complicaciones descartan el problema de la conciencia de clase. Trygve Tholfsen, por ejemplo, habla de varias clases obreras en un mismo país, y por tanto de varias conciencias... (Working Class Radicalism in Mid-Victorian England. New York: Columbia University Press, 1977).

(18) "Ideology and Popular Protest" in The Face of the Crowd. Atlantic Highlands: Humanities Press, 1988, p. 197.

(19) Ibid pp. 198-200. Ver también "Marxism and History" y "European Popular Protest and Ideology on the Eve of the French Revolution" en el libro citado en la nota anterior. Según Viotti da Costa, en la nueva historiografía "la ideología algunas veces llega a ser el vínculo crucial entre experiencia y protesta. Pero la verdadera noción de ideología ha sido reformulada. Ideología es vista como un completo proceso social de 'interpelación'" ("Experience vrs...", p. 7). Luisa Passerini, en un artículo sobre la clase obrera italiana durante el fascismo, habla de **ideología del trabajo**, la que abarca desde la valoración de todo trabajador hasta el orgullo de las habilidades especializadas de los artesanos ("Work Ideology and Working Class Attitudes to Fascism" en Paul Thompson (Ed.) Our Common History. Atlantic Highlands, Humanities Press, 1982, p. 62).

(20) Uno de los autores norteamericanos que ha desarrollado más esta perspectiva es Herbert Guttman, pero incluso él reconoce las dificultades de aplicarlo a su país. Guttman, además, parece aislar lo cultural de la clase obrera misma, al ligarlo principalmente al trabajo y no al trabajador (Work, Culture and Society in Industrializing America. New York: Vintage Books, 1977).

(21) Mikhail Bakhtin, Rabelais and his World. Bloomington: Indiana University Press, 1984 y Carlo Ginzburg, The Cheese and the Worms. New York: Penguin Books, 1982. Ambos han sido traducidos al español.

(22) Sidney Mintz, "The Rural Proletariat and the Problem of Rural Proletarian Consciousness" en June Nash y Juan Corradi (Eds) Ideology and Social Change in Latin America. Vol I, 1973.

(23) Florencia Mallon "Labor Migration, Class Formation and Class Consciousness among Peruvian Miners: The Central Highlands, 1900-1930" en Michael P. Hanagan y Charles Stephenson (Eds.) Proletarians and Protest. Westport: Greenwood Press, 1986; y The Defense of Community in Perú's Central Highlands. Princeton: Princeton University Press, 1983. Dos estudios paralelos enfatizan uno de los dos polos señalados por Mallon. Para Norman Long y Bryan Roberts (Peasant Cooperation and Capitalist Expansion in Central Perú. Austin: University of Texas Press, 1978), los trabajadores de la Sierra Peruana, sean obreros o no, siguen inmersos en la lógica de la producción campesina. Para Adrian de Wind, por su parte, los trabajadores mineros eran claramente proletarios, aunque mantuvieran lazos con la tierra ("From Peasant to Miners: The Background to Strikes in the Mines of Perú", Science and Society, 39, 1, (Primavera, 1975), pp. 44-72).

(24) June Nash, We Eat the Mines and the Mines Eat Us. New York: Columbia University Press, 1979. Un año después Michael Taussig publicó un trabajo comparativo sobre Colombia y Bolivia en donde privilegió casi exclusivamente las variables culturales en la resistencia a la proletarización (The Devil and Commodity Fetishism in South America. Chapel Hill: University of North Carolina Press).

(25) "Industrial Workers and the Origin of Populist Politics in the ABC Region of Greater Sao Paulo, Brazil, 1900-1950" Ph.D. Dissertation, Yale University, 1985, p. 571.

(26) Resistance and..., p. 38. Ver también p. 263. Otro importante estudio laboral que toca la relación entre experiencia y política, entre bases y dirigentes, es el de Peter Winn, Waivers of Revolution. New York: Oxford University Press, 1986.

(27) Al contrario de Emilia Viotti da Costa, que señala que los estudios laborales y de género marchan por vías separadas ("Experience vrs...", pp. 17-18), June Nash insiste en que eso no es cierto, al menos tan categóricamente, pues hay un creciente interés en historiadores de ambos géneros por integrar esas dos dimensiones ("Gender Issues in Latin American Labor" ILWCH No. 36, Otoño, 1989, pp. 44-50). La importancia del elemento étnico en las identidades populares ha sido resaltado por antropólogos como Jaime Arocha y Nina S. de Friedeman (De Sol a Sol. Bogotá: Ed. Planeta, 1986). Para las diversas identidades de los habitantes de barrios ver María del Carmen Feijoo, Las Luchas de un Barrio y la Memoria Colectiva. Buenos Aires: CEDES, 1984, pp. 30-34.

(28) Paul Thompson, The Voice of the Past. Oxford: Oxford University Press, 1978 y Philippe Joutard, Esas Voces que nos Llegan del Pasado. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

(29) "History From Below --Some Reflexions" en Frederick Krantz (Ed.) History From Below. Montréal: Concordia University Press, 1985. p. 66. El mismo Hobsbawm reconoce la falta de reflexión sobre estos aspectos metodológicos. En América Latina toma vigor esa reflexión adelantada por comunicadores sociales, antropólogos, sociólogos e historiadores. Ver la revista Tarea No. 11, Nov. 1984 y Víctor Acuña (compilador) Historia Oral e Historias de Vida. San José: FLACSO, 1988.

(30) Joutard, Esas Voces..., pp. 376-383 y E. Hobsbawm, "History From Bellow...", pp. 69-70.

(31) Paul Thompson en la introducción al libro ya citado Our Common History, menciona diversas técnicas orales, con sus pros y contras.

(32) Ver Aquí Nadie es Forastero, Controversia Nos.133-134. Bogotá: CINEP, 1986; Barranquilla y el Río, No. 142, Bogotá: CINEP, 1987 y Ni Amos ni Siervos, Nos. 156-157, Bogotá: Cinep, 1989.



1

ANTECEDENTES HISTORICOS



"Colombia dio un salto de la mula al avión" es una expresión común que condensa los rápidos cambios vividos durante la primera mitad de este siglo. La frase no puede ser más gráfica pues el país que sobrevivió a la Guerra de los Mil Días se representaba en la mula, principal vehículo de transporte en una agreste geografía que cubría 1'141.748 kilómetros cuadrados.

El territorio nacional estaba casi despoblado pues en tres cuartas partes era tierra baldía. La existencia de tres cordilleras, continuación de los Andes, daba origen a cinco regiones naturales --la Andina propiamente dicha, la Costa Atlántica, las selvas de la Costa Pacífica, los llanos de la Orinoquia y la selva pluvial Amazónica-- prácticamente incomunicadas unas de otras salvo por las caravanas de recuas y los escasos 1.500 kilómetros de tendido ferroviario. Por eso Colombia era considerado un país no sólo desintegrado en regiones, sino aislado del resto del mundo (1).

El contraste con lo sucedido a fines de los años 40 es evidente: no sólo existía ya el transporte aéreo --para continuar con la imagen inicial-- sino una aceptable red ferroviaria y de carreteras que integraban a las diversas comarcas (2). La imagen pintoresca de la Colombia poblada de campesinos sería reemplazada rápidamente por las desgarradoras representaciones de la miseria de los migrantes a la ciudad o, peor aún, por las dramáticas fotos de la gran insurrección del 9 de abril de 1948. Casi imperceptiblemente se habían transformado las aldeas coloniales en modernas ciudades con crecientes desequilibrios creados por la inmigración indiscriminada de gentes de los campos. Paralelamente, el país vivía profundos procesos de transformación de sus estructuras económicas y políticas, procesos éstos que constituyen el transfondo en el que surge la clase obrera colombiana.

1. Agroexportación e Intentos de Unidad Nacional

En 1847, casi treinta años después de la ruptura formal con España, los artesanos de la capital y de otras aldeas dieron los primeros pasos para organizarse. Ellos, como el resto de habitantes de lo que hoy es Colombia, sentían que poco o nada había cambiado desde los tiempos coloniales. Pero al contrario de otros pobladores urbanos, no querían transformaciones rápidas, especialmente en materias de comercio exterior, y por ello se asociaron para defender sus intereses. Aunque contaron con el apoyo de algunos militares

liberales, su lucha no tuvo mucho eco. Ciertamente, para muchos neogranadinos se impuso el afán por superar las herencias coloniales. Y no les faltaban razones: salvo el cambio de autoridades y de algunos impuestos, parecía que nada nuevo hubiera traído la Independencia. La economía seguía a la deriva, sin encontrar el producto que la ligara en forma permanente al mercado mundial, y estaba restringida por la excesiva carga tributaria y los monopolios estatales que, lejos de desaparecer, se habían reforzado. La hacienda continuaba siendo la principal unidad económica para abastecer los limitados mercados regionales, arrastrando consigo formas de producción aún ancladas en la retención de la mano de obra. Y aunque posiblemente esas formas de producción constituían respuestas racionales a los problemas enfrentados por los hacendados, eran una expresión más del atraso general que mostraba la producción agropecuaria. El sistema político se alimentaba de las relaciones de lealtad entre el patrón y los trabajadores, dentro de un clientelismo tan profundamente arraigado que aún hoy en día subsiste en ciertas áreas rurales (3). Las barreras geográficas terminaban favoreciendo la relativa autarquía de las haciendas y el aislamiento de regiones enteras. La única institución que trascendía claramente el ámbito local era la Iglesia Católica, cuya estrecha relación con el Estado se mantenía a pesar de intentos de los radicales por distanciarlos. Con ingerencia en la vida publica y privada, la Iglesia fue la manzana de discordia para los sectores de la élite colombiana del momento. No es extraño, por tanto, que el origen de los partidos Liberal y Conservador haya sido precisamente el debate en torno a las relaciones entre la Iglesia y el Estado (4).

A mediados del siglo XIX la generación nacida durante las gestas de Independencia, influida por la ideología utilitarista, presionaba un ambicioso programa de reformas tendiente a vincular la economía colombiana al mercado mundial. Entre las reformas propuestas descollaban la supresión de algunos monopolios estatales --siendo el del tabaco el más importante--, la adopción formal del librecambio, la liberación de esclavos y la posibilidad de venta de las tierras indígenas (5). Todas las medidas parecían garantizar una rápida conexión con el comercio internacional. Pero el resultado no fue el que se esperaba:: La escasez de capitales, las burdas técnicas de producción y de control de calidad y los altos precios del transporte hicieron que los productos exportados fueran poco competitivos. Después de breves "booms", uno tras otro (el tabaco, el añil, el algodón y la quina, para mencionar los principales) perdieron rentabilidad en los mercados europeos.

Si en el plano económico había dificultades, el panorama político se tornaba aún más oscuro para la élite. Sin un proyecto muy claro de sociedad, sus distintos sectores se enfrentaron en continuas guerras civiles sin conseguir un consenso definitivo. Las causas de los conflictos eran los debates del momento: relaciones Iglesia-Estado, proteccionismo o librecambio, federalismo

o centralismo, sin que faltaran los enfrentamientos regionales que matizaron prácticamente todas las guerras civiles del siglo pasado.

Hacia 1880 todo parecía indicar que las reformas liberales habían fracasado en el plano económico y político. El país aún no encontraba un producto de exportación que lo ligara establemente al mercado mundial, las regiones se habían desintegrado aún más --en 1863 era sólo una Federación de estados soberanos--, y los habitantes seguían profundamente polarizados en relación al problema religioso. En esas condiciones nació la propuesta de Rafael Núñez, un radical arrepentido, quien con el grito de "Regeneración o Muerte" derrotó a sus antiguos colegas y consagró formalmente la unificación nacional. Para disminuir tensiones religiosas, Nuñez devolvió viejos privilegios a la Iglesia. Se daban así las bases de lo que los politólogos llaman una Democracia Oligárquica (6).

Imperceptiblemente un nuevo producto de agroexportación se iba consolidando, creando por primera vez las condiciones para el anhelado consenso en los sectores de la élite. Introducido desde el siglo XVIII por Venezuela, el café lentamente se expandía por las zonas templadas de los valles interandinos, integrando el disperso territorio nacional(7). Aunque se trataba de un producto con demanda asegurada, por su calidad de café suave, no estaba al margen de los ciclos de la economía mundial. Pero el consenso elitista era sumamente precario, como se hizo evidente en la guerra civil que abarcó el cambio de siglo, la Guerra de los Mil Días, donde las élites demostraron que existían muchas contradicciones por resolver.

A pesar de la creciente expansión territorial del cultivo del café, especialmente hecha por colonos, todavía a comienzos de este siglo Colombia era un país de regiones aisladas. Las cadenas clientelistas agrupadas en las dos colectividades políticas tradicionales ofrecían un panorama que el sociólogo francés Daniel Pecaut ha llamado 'dominación fragmentada' (8). En ese contexto de debilidad de las élites se entienden no sólo las luchas fratricidas sino la débil respuesta a la expansión imperialista, como se vio con la pérdida de Panamá en 1903 y la entrega de sectores extractivos (agrícolas y mineros) y de medios de transporte al capital externo.

Calcando el énfasis desarrollista de Porfirio Díaz en México, el general Rafael Reyes (1904-1909) intentó, con pobres resultados, sentar las bases de un sistema de vías que interconectara regiones. Los incentivos que otorgó a algunos empresarios permitieron el inicio de la industria textil, especialmente en la región antioqueña, así como de otras industrias de bienes de consumo. A pesar de estas proyecciones modernizantes, Rafael Reyes siguió siendo, cultural e ideológicamente, un gobernante anclado en el siglo XIX. Continuando el patrón clientelista, por ejemplo, Reyes otorgó las concesiones para la explotación del petróleo a dos compadres suyos. En un intento de concordia

política buscó apoyo en los sectores liberales, hasta el momento excluidos de la gestión pública. Pero ese mismo propósito levantó recelos dentro de sus copartidiarios conservadores, forzándolo a cerrar el Congreso y a gobernar dictatorialmente. Para el final de su período se creó un nuevo proyecto bipartidista, la Unión Republicana, con el objetivo de hacerle oposición. El general Reyes desapareció del escenario público en 1909, dejando a los Republicanos el espacio para hacer la Reforma Constitucional que él había ideado.

En 1910 se dieron pasos hacia la modernización de la carta constitucional. El dirigente de la Unión Republicana, el empresario antioqueño Carlos E. Restrepo, llegó a la Presidencia en ese año (9). La convulsionada década de los diez sorprende a Colombia intentando curar las heridas de la rivalidad interpartidista. Los gobernantes de ese decenio: José Vicente Concha (1914-1918) y Marco Fidel Suárez (1918-1921), estuvieron lejos de interpretar los nuevos vientos que soplaban para la economía del país a raíz de la Primera Guerra Mundial. La posibilidad de sustitución de importaciones, impulsada por el cierre de los mercados europeos, fue vista por estos gobernantes como un fenómeno simplemente coyuntural. La élite seguía compartiendo los criterios liberales de no intervención estatal en la economía. El asesinato del dirigente liberal Rafael Uribe Uribe, defensor acérrimo de la intervención estatal, privó a su partido de un lúcido reformador. Los artesanos, ahora apoyados por la naciente clase obrera, serán los únicos que clamarán, sin mucho éxito, por leyes proteccionistas (10).

El decenio de los veinte va a significar el momento de cambio en la orientación de la economía y de la sociedad en general, sin que la élite ceda en su empeño exportador y en la concepción liberal del desarrollo económico. Una vez superada la temporal crisis fiscal, fruto del descenso de los precios del café en la posguerra, lo que produjo amplias protestas populares e incluso brotes de sublevación en las filas de la policía y el ejército, los siguientes gobiernos conservadores presenciarán un auge económico sin precedentes (11).

Varios factores ayudaron en esta verdadera 'Danza de los Millones' en que se convirtieron los años veinte. En primera instancia, los Estados Unidos pagaron, a partir de 1923, los veinticinco millones de dólares como indemnización por la pérdida de Panamá. En segunda instancia, se vivió un flujo de créditos externos que alcanzó en 1928 la cifra de US$ 167'557.740. La presencia de una misión financiera, presidida por el profesor E. Kemmerer, favoreció el otorgamiento de créditos desde 1923 y dio pautas para la reforma del sistema fiscal, la creación de un banco central emisor y la reorganización de los ministerios. Finalmente, los buenos precios del café ayudaron a la credibilidad del país frente a la banca internacional (12). Fue en realidad una época de prosperidad, pero al debe, como lo denunciaron oportunamente los liberales.

Los gobiernos conservadores de Pedro Nel Ospina (1922-1926) y Miguel Abadía Méndez (1926-1930), fieles a la 'vocación exportadora' del país, decidieron invertir el grueso de esos dineros en el desarrollo del sistema de transportes. En la ampliación de la red ferroviaria y de carreteras, así como en la adecuación de puertos, radicó la transformación dinámica de la economía colombiana. Buscando favorecer la actividad exportadora se sentaron las bases para un amplio mercado interior. El establecimiento de un presupuesto balanceado y de un banco estatal para la emisión monetaria, aconsejados por la misión Kemmerer, ayudaron a canalizar la prosperidad del momento (13).

Sin embargo, los últimos gobiernos conservadores debieron enfrentar nuevos problemas. Al abrigo del crecimiento de vías de comunicación se produjo una perceptible migración de los campos a las ciudades. La creciente demanda que estas inversiones arrastraban no se vio acompañada de una adecuada oferta alimenticia, lo que generó presiones inflacionarias. Por primera vez se hizo evidente que el atraso de las estructuras agrarias era un problema para el crecimiento armónico de la economía. Los hacendados respondieron aduciendo escasez de brazos y reforzando las ataduras de la mano de obra, con lo que se aceleraron las contradicciones sociales en el campo. En el corto plazo, la solución estatal fue la Ley de Emergencia de 1926, la que permitió la importación de productos agrícolas con bajos aranceles. Se superó así temporalmente la crisis inflacionaria, pues urgía la modernización de las estructuras agrarias. Incluso un ministro Conservador, José A. Montalvo, habló en 1928 de la necesidad de una adecuada división de la tierra y hasta dio los primeros pasos para recuperar baldíos ilegalmente apropiados (14).

El incremento de la demanda, fruto de la acertada inversión en obras públicas, permitía que las ramas productivas con destino interno contaran con un mercado más amplio. La creciente presencia de trabajadores asalariados no sólo significaba mayor demanda agregada: ellos también eran una fuerza social que encarnaba un nuevo tipo de relaciones sociales (15). Si el Estado, en manos conservadoras, había logrado superar con solvencia problemas críticos como la crisis fiscal, la ausencia de vías de comunicación o la coyuntural inflación, ante la llamada 'cuestión social' encontró un límite que no pudo superar.

Enfrentando una situación de creciente ilegitimidad por parte de muchos sectores de la sociedad (trabajadores asalariados principalmente, pero también campesinos e indígenas y sectores medios urbanos), el conservatismo perdió terreno político para las cruciales elecciones de 1930. La división en dos candidaturas y el errático comportamiento de la Iglesia --cuyos jerarcas vacilaron en apoyar a uno u otro candidato-- dieron al traste con la intención de prolongar la llamada 'Hegemonía Conservadora'.

Los liberales, por su parte, en una astuta estrategia que combinaba la participación en ciertos niveles de la gestión estatal con la oposición al

conservatismo, salieron beneficiados de esa crisis de legitimidad del Estado. Divididos en dos fracciones desde la guerra de los Mil Días, podían ejercer la doble táctica ya mencionada. José C. Mariátegui, en una aguda visión de la situación colombiana, escribía así en 1929: "...contra esa política, se agitan en Colombia los liberales divididos en dos corrientes: una intelectual, que se contenta con el ejercicio de su facultad crítica; otra impulsiva, movida en parte por cierta nostalgia de los tiempos de beligerancia heroica del liberalismo, y que por esto representa quizá la tradición del Partido" (16). De una parte estaba el sector **guerrerista** alimentado, como dice Mariátegui, por las glorias militares --cuyo mejor exponente fue el General Benjamín Herrera, candidato presidencial en 1922--, sin un proyecto político que fuera más allá de la oposición al conservatismo. En su afán por derrocarlo buscó aliados entre los núcleos radicales obreros, aceptando tácticamente sus reivindicaciones sociales. Pero realmente estaba lejos de ser un sector revolucionario. Con la derrota electoral del conservatismo en 1930 este sector prácticamente desapareció. Otra era la situación del sector **civilista**, más elaborado intelectualmente, como lo señalaba el pensador peruano, de donde saldrían los dirigentes del siguiente período. Para los civilistas, que se caracterizaban también por privilegiar los métodos pacíficos de oposición, la caída del conservatismo debía producirse gradualmente, pues corría el riesgo de arrastrar consigo el conjunto del sistema de dominación. Por ello, la salida que ellos vislumbraban era conceder algo a los nuevos sectores sociales, modernizando la sociedad pero a cambio de estabilidad en el conjunto de la dominación. Finalmente éste fue el criterio que se impuso cuando el candidato Enrique Olaya Herrera subió a la presidencia en 1930.

2. Industrialización y Modernización Estatal

Una vez instalado el primer presidente liberal después de casi cincuenta años, éste tuvo que enfrentar inmediatamente los efectos de la Gran Depresión mundial. Colombia, al finalizar 1928, sufrió una abrupta interrupción del crédito externo bajo acusaciones de tentativas nacionalistas en el manejo petrolero por parte del gobierno de Abadía Méndez (17). El descenso en los precios del café, desde octubre de 1929, agudizó en el país la recesión que se cernía sobre el mundo capitalista e, inmediatamente, se produjo una baja en el monto de la importaciones reales. Las exportaciones, por el contrario, mantuvieron una relativa estabilidad en valor debido al oro y al aumento en la cantidad de café exportado. Los productos como el banano y el petróleo no corrieron con la misma suerte(18). Enrique Olaya Herrera heredó no solamente una crítica situación económica sino un conjunto de políticas contraccionistas para enfrentar la crisis. Una de ellas fue la rápida reducción del gasto público, que arrojó al desempleo a parte de los asalariados recientemente vinculados a

las obras públicas. La ortodoxia en política económica, la única que conocía la élite en el momento, tuvo que ser forzosamente transformada por medidas anticíclicas a partir de 1932. Factores externos como la crisis de convertibilidad de la libra esterlina y la devaluación del dólar, y presiones internas, especialmente de sectores cafeteros, obligaron al gobierno a adoptar una flexible política cambiaria y a expandir el crédito público. Las consecuencias de estas medidas fueron devaluación e inflación, que favorecieron a los exportadores, pero perjudicaron a los sectores asalariados. El éxito de esas políticas anticíclicas se consolidó en 1935 con la recuperación de los precios del café. La moratoria en la deuda externa, adoptada de común acuerdo con otros países latinoamericanos y con la aceptación de la banca norteamericana, colaboró también en la recuperación económica.

Lentamente las élites abandonaban en la práctica el dogma 'laissez-fairiano' para acercarse, aunque en forma aún tímida, a una mayor intervención estatal. El impacto de la Depresión y el conflicto limítrofe con Perú fueron definitivos en este proceso. Cuando aún se vivían los crudos efectos de la depresión, los colombianos se despertaron el primero de septiembre de 1932 con la noticia de la invasión de Leticia, el puerto colombiano sobre el Amazonas, por parte de unos doscientos peruanos (19). Ante la necesidad de defender el pedazo de territorio invadido, el gobierno obtuvo poderes especiales del congreso para orientar el gasto público. Pero más importante fue el efecto nacionalista que este hecho generó en la población colombiana. Como irónicamente lo señala Fluharty Lee Vernon, el problema de Leticia hizo que los colombianos cambiaran de enemigo de un día para otro: éste ya no era la Depresión sino los peruanos ! (20).

El impacto de la crisis mundial en la industria colombiana ha sido motivo de un largo debate que no es del caso detallar acá (21). En lo que casi todos los académicos están de acuerdo es que el proceso de industrialización se aceleró marcadamente en los años 30. Desde fines del siglo XIX se establecieron algunas industrias al abrigo de la actividad comercial (22). La cervecería Bavaria, fundada en 1889 por un comerciante de ascendencia alemana, Leo S. Kopp, marcó el inicio de la moderna manufactura en el país. Luego le seguirían los establecimientos textileros de Medellín y Barranquilla, las industrias de cementos y productos de la construcción en Bogotá y los de alimentos, bebidas y tabaco en los principales centros urbanos del país.

Para 1930 se puede decir que la industrialización no era el fenómeno aislado y 'exótico' que denunciaban los sectores tradicionales de la élite, sino un proceso dinámico que estaba produciendo transformaciones en Colombia.

La industria, por las condiciones de los capitales allí invertidos, fue hasta los años 40 una actividad altamente concentrada y manejada por nacionales.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la intervención estatal dejará de ser retórica para convertirse en una realidad, aun cuando tímidamente utilizada. La fundación del Instituto de Fomento Industrial (IFI) a fines de los 30, y el desarrollo de algunas fabricas de productos químicos y bienes de capital, hizo que el optimismo de los empresarios aumentara, llegando a levantar voces que insinuaron la completa industrialización del país en pocos años. Sin embargo, era aún muy temprano para pensar en autosuficiencia manufacturera cuando el grueso de esta actividad permanecía centrada en bienes de consumo no durables y había gran limitación en escalas y capitales, como lo reflejó el Primer Censo Industrial realizado precisamente en 1945. Para ese año el país en general vivía una crisis coyuntural, siendo Barranquilla el caso extremo. El gremio de empresarios, recientemente agrupado en la ANDI (Asociación Nacional de Industriales), presionó por políticas proteccionistas (23).

A pesar del incipiente desarrollo manufacturero, éste era suficiente para dinamizar la economía y cuestionar a sectores tradicionales como minería y, especialmente, la producción agropecuaria, agudizando las tensiones entre los sectores de la élite. Durante los años 20 y 30 había quienes consideraban 'exóticas' las relaciones laborales encarnadas en el desarrollo industrial (24). Pero, a pesar de esas voces cada vez más aisladas, lo que estaba al orden del día era la modernización de las estructuras agrarias, como ya se venía exigiendo desde los años 20. La denuncia del atraso agrario no fue sólo de parte de intelectuales y políticos, sino especialmente de colonos y arrendatarios de algunas zonas cafeteras, quienes pusieron en jaque a los sectores terratenientes. Durante el gobierno de Olaya Herrera, sectores liberales decidieron presentar a la opinión pública un proyecto de reforma agraria --más radical que el aprobado posteriormente en 1936--, mientras el Ejecutivo, coyunturalmente, repartió entre los colonos predios apropiados ilegalmente, particularmente donde el conflicto era más agudo (25).

La transformación de las estructuras agrarias hacía parte, entre otros proyectos, del intento modernizador de Alfonso López Pumarejo, quien llevó a la práctica el pensamiento que el ala civilista del liberalismo venía pregonando desde los años 20. Como pasos previos a la modernización estatal, él planteó las reformas tributaria y electoral. La primera cambió el énfasis de los ingresos estatales derivados del comercio exterior por un sistema de tributación directa que afectaba a las propiedades. La reforma electoral buscaba controlar la posibilidad de fraude y crear un sistema de cociente para permitir un acceso más balanceado a los distintos cargos elegidos. Una vez sentadas esas bases para una nueva legitimidad del Estado, López abordó la tarea de reformar la Constitución aprovechando que en 1936 cumplía 50 años de vigencia. Tres aspectos sobresalen en esta reforma: la redefinición de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la posibilidad legal de la intervención estatal en la economía y la consagración de la función social de la propiedad territorial. La Ley de

reforma agraria --ley 200 de 1936-- no será sino un apéndice de esa reforma constitucional. Ella pretendía presionar a los terratenientes para que modernizaran la producción agropecuaria mediante la distante amenaza de expropiación, sin que realmente buscara modificar sustancialmente la situación de colonos y arrendatarios. Paradójicamente, lo que produjo fue su expulsión de las haciendas, pues los terratenientes estaban temerosos de que les disputaran las tierras. En todo caso esta retórica ley logró frenar temporalmente el malestar social en los campos, entregando un pequeño porcentaje de las tierras en conflicto (26).

Las políticas agrarias de los siguientes gobiernos liberales reforzarán más el incentivo a la producción a través del crédito y la tecnología, de difícil acceso a los campesinos, olvidando la posibilidad de distribución de tierra. De esta forma, las expectativas de reforma agraria abiertas a principios de los años 30 se cerraron definitivamente a mediados de los 40, en la ante-sala de la Violencia (27).

La intención de darle una legitimidad al Estado se hizo manifiesta no sólo en las reformas electoral y tributaria, sino en la separación entre Iglesia y Estado, y en la posibilidad legal de intervención de éste en la economía. Pero más allá de los cambios legales, lo más importante en la primera presidencia de Alfonso López fue su propuesta de incorporar a las crecientes masas asalariadas y a los sectores medios urbanos en el sistema político. Aunque Olaya Herrera había sentado las bases legales para la convivencia entre el capital y el trabajo, fue López el encargado de hacerla realidad.

Se superaba así la desconfianza que los nuevos sectores sociales habían mostrado ante la gestión estatal de los últimos gobiernos conservadores. Sin necesidad de destruir el sistema bipartidista, ni de acudir a nuevos partidos populistas, y menos a las costosas revoluciones vistas en otros países latinoamericanos, el liberalismo colombiano lograba superar sin grandes traumatismos la crisis de legitimidad del Estado (28). Ello no significó, sin embargo, una estabilidad en la democracia. Si el gobierno de López fue exitoso en controlar el peligro de una revolución social, un nuevo y poderoso enemigo surgió a su derecha. Esta incluía sectores de su mismo partido, el grueso del conservatismo, la Iglesia Católica y algunos grupos empresariales (29).

La antigua división entre Civilistas y Guerreristas en el seno del Partido Liberal fue reemplazada por una moderna polarización en dos grandes bloques de izquierda y derecha, con un pequeño centro del que hacía parte el mismo López. Por su parte el Partido Conservador, dirigido con mano férrea por Laureano Gómez, fue creando lentamente un clima de guerra civil, calcando el ejemplo de los falangistas españoles de quienes Gómez era profundo admirador. La abstención electoral Conservadora en 1934, con la intención de socavar la legitimidad del gobierno liberal, fue seguida de una prédica anti-

estatal que rayó, no pocas veces, en abiertos llamados a la contrarrevolución. Si en los años veinte el peligro de destrucción del Estado provenía del naciente socialismo, en los treinta se originó en el poderoso bloque que se opuso a las reformas lopistas. La alinderación de la Iglesia, herida por las reformas, en especial de aquellas que menoscababan sus privilegios educativos, con el frente derechista dio un sabor de guerra santa a la confrontación. Finalmente, para acabar de enturbiar las de por sí ya revueltas aguas políticas, sectores empresariales, preocupados por las promesas de reforma agraria y de intervención estatal, decidieron agruparse en la Asociación Patriótica de Empresarios Nacionales (APEN). Esta agrupación haría oposición al gobierno, sin mucho éxito electoral. Se iban incubando así los gérmenes del odio interpartidista que alimentará la Violencia de finales de los 40 y comienzos de los 50. Ante el temor de una mayor polarización de los sectores de la élite, López declaró una 'pausa' en el proceso reformista, en diciembre de 1936 (30). Se ponía así freno a la dinámica transformadora del gobierno de la llamada 'Revolución en Marcha'.

Su sucesor, el periodista Eduardo Santos (1938-1942), se caracterizaría por continuar al pie de la letra dicha 'pausa'. Enfrentando nuevas condiciones creadas por la Segunda Guerra Mundial, especialmente las derivadas del disminuido comercio exterior, el nuevo gobierno hizo realidad la intervención estatal con la creación del IFI y con la política cafetera. En este último aspecto, el problema de superproducción se agudizó a fines de los años 30, propiciando un acuerdo internacional de cuotas que finalmente se firmó en noviembre de 1940. La política del 'Buen Vecino' impulsada por el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, encontró en Eduardo Santos una total sintonía. De esta forma, Colombia ingresó en la órbita norteamericana recibiendo en contraprestación mayor asesoría militar, crecientes inversiones y créditos norteamericanos (31).

En 1942 se produjo el retorno de Alfonso López a la presidencia, lo que inaugurará un período de creciente crisis política, bien capitalizada por la oposición conservadora, que terminará en el hundimiento de los gobiernos Liberales. El transfondo del conflicto fue el temor de las élites por la estrecha relación que el Estado había construido con los sectores asalariados del campo y la ciudad. La oposición, a la que ahora se le sumaron los sectores medios urbanos, acudió a todos los instrumentos disponibles para derrocar al Presidente: desde el ataque verbal inmisericorde hasta los intentos de golpe militar como el de julio de 1944 (32).

López, lejos de profundizar el proceso reformista, se replegó, incrementando el desencanto de las masas populares con el liberalismo y con el mismo presidente. Parecería que el ímpetu modernizador se había agotado en las reformas de su anterior administración. Ahora la intención era claramente conciliadora, buscando vanamente reestablecer el consenso entre los sectores de

la élite. Después de ausencias temporales del país y de continuas amenazas de renuncia, Alfonso López finalmente se vio obligado a dejar el cargo en julio de 1945, para ser sucedido durante el año restante por Alberto Lleras Camargo. Con el ánimo de apaciguar los ánimos, éste logró hacer lo que su antecesor había propuesto, sin mucho éxito, antes de su retiro: gobernar en coalición con los conservadores. Dos características adicionales se destacan de este último año de gobierno Liberal: la creciente frustración de las masas populares y el inicio de la guerra fría en el plano interno. Los sectores asalariados y campesinos, incorporados a la política durante la "República Liberal', se encontraban en 1945 con un balance desfavorable en cuanto a sus condiciones de vida y a las promesas abiertas en 1930, especialmente con relación a la reforma agraria. Jorge E. Gaitán, candidato liberal de corte populista, fue quien capitalizó ese descontento ganando el apoyo de las masas consideradas 'peligrosas' por el conjunto de la élite. El otro candidato fue el oficialista Gabriel Turbay. Pero el que en últimas salió ganando de la frustración social fue el conservatismo, que se logró imponer ante la inevitable división liberal. En las elecciones de 1946 ganó el Conservador Mariano Ospina Pérez, repitiéndose inversamente la historia de 1930: el partido de gobierno dividido era reemplazado por la oposición (33). Luego se iniciaría el intento de 'conservatizar' la estructura estatal, produciendo fricciones que desembocarían en la Violencia.

Paralelamente, a nivel internacional, la Guerra Fría estalló cuando aún no terminaba la Segunda Guerra Mundial. En Colombia, como en el conjunto de América Latina, ella se tradujo en la ofensiva interna de las élites contra la movilización obrera y campesina (34). La oposición conservadora encontraba así una herramienta política para acabar de destruir la estrecha relación entre los sectores asalariados y el Estado: habiendo fracasado en este intento por las vías de hecho, lo había conseguido por el camino electoral. Como lo señala el sociólogo Daniel Pecaut, en Colombia orden y violencia han marchado paralelos durante gran parte de su historia. Si en los 30 se había superado la crisis de legitimidad del Estado, a mediados de los 40 triunfaba temporalmente la contrarrevolución, poniendo freno a los ímpetus reformistas de los sectores urbanos y agrarios movilizados en esos años. Decimos temporalmente porque Gaitán venía canalizando ese descontento social y todo parecía indicar que llegaría a la presidencia en 1950. Su asesinato, el 9 de abril de 1948, cortará abruptamente no sólo este proceso sino la historia contemporánea del país. Los traumatismos de estos cambios se harán evidentes en la orgía de violencia que vivió el país hasta los años 60, y que parece revivir en el presente (35).

3. Urbanización y espacios obreros

Colombia no dio el salto de la mula al avión --volviendo a la imagen inicial-- sólo en términos económicos y políticos. Muchas dimensiones de la

vida cambiaron en la primera mitad del siglo XX. Una de ellas fue el aspecto demográfico, el que vamos a examinar a continuación. El país, como el resto de latinoamérica, presenció un rápido crecimiento demográfico. Si entre 1905 y 1935 la tasa de crecimiento poblacional fue de 1.2% anual, entre 1935 y 1964 subió a 2.47%. Las cifras de los censos de población son más elocuentes: en 1905 Colombia tenía 4'132.632 habitantes; en 1912, 5'072.604; 5'855.077 en 1918; y 7'851.000 diez años más tarde. El censo de 1938 arrojaba una población de 8'701.816 y el de 1951, 11'584.172 (36).

A pesar del rápido crecimiento poblacional, que ubicaba a Colombia en cuarto lugar en América Latina después de Brasil, México y Argentina, ésta tenía grandes extensiones prácticamente desocupadas. De sus cinco regiones naturales, sólo dos estaban pobladas: la zona andina y la costa atlántica. En concordancia con el pausado crecimiento económico, el proceso de urbanización fue lento hasta los años 50. Si en 1938 sólo el 29% de la población vivía en áreas urbanas, para 1951 ya era el 40%, y en 1964 será el 52% (37). Sin embargo, hay que ser cuidadosos con estas estadísticas. Ellas no implican mecánicamente un proceso de modernización propiamente dicho como lo sugieren algunos teóricos (38). De una parte, es difícil definir los grandes conglomerados poblacionales de principios de siglo como modernas ciudades en términos de funciones y servicios. Muchas de ellas eran, hasta bien entrado el siglo XX, más bien grandes aldeas. De otra parte, por ser principalmente epicentros de migración interna de los campos, nuestras ciudades hasta el presente siguen siendo culturalmente muy campesinas (39). Con todo, se puede hablar de un lento proceso de urbanización, propiciado por la industrialización.

Conviene en este punto mirar más en detalle los cuatro centros obreros en los que realizamos el trabajo de campo, para ilustrar las especificidades de los procesos anteriormente descritos.

A. Bogotá

La capital política del país desde los tiempos coloniales está ubicada en el altiplano de la Cordillera Oriental. Esto hacía difícil su acceso, manteniéndola aislada del resto del mundo, como continuamente se quejaron los viajeros. El abrumador peso de la Iglesia Católica y la vida provinciana que se respiraba, eran otros aspectos que llamaban la atención de los visitantes (40). En 1904, un inglés resumía lo que parecían ser las principales características de la ciudad: deficiencia en los servicios públicos, escasez de sitios de diversión, exagerado peso del clero en la vida cotidiana y agudos contrastes sociales (41).

La creciente vinculación al mercado mundial, facilitada por medios de comunicación como el ferrocarril, las carreteras y luego el avión, junto con la apertura cultural fruto de las migraciones, superaron el tradicional aislamiento

de la ciudad. El acelerado crecimiento espacial tomaría la forma de una gran herradura, rompiendo la estrecha aldea de 30 cuadras que era la Bogotá de comienzos de siglo (42).

En términos de población, la ciudad pasó de 121.257 habitantes en 1912 a 143.994 en 1918 y a 235.421 diez años más tarde. En el censo de 1938 tenía 330.312 habitantes y en 1951, 715.250. Además del crecimiento vegetativo, ella se vio beneficiada por la migración de los campos, especialmente de la circunvecina región cundi-boyacense (43).

Pero en donde se observó más claramente el proceso de modernización de la ciudad fue en la ampliación y mejoramiento de los servicios públicos. El alcantarillado, en manos públicas desde los tiempos coloniales, fue canalizado subterráneamente desde principios de siglo. Paralelamente el Acueducto, una vez municipalizado en 1914, inició un eficiente proceso de ampliación. Algo similar ocurrió con la unificación de las empresas de energía y alumbrado público, pero aquí la municipalización culminó sólo hasta 1959. En cuanto al transporte, aunque la temprana nacionalización del tranvía favoreció su crecimiento ordenado, a partir de los años 30 se convertirá en un caos debido a la proliferación de empresas privadas de buses. El teléfono será municipalizado en 1940, modernizándose pocos años más tarde (44).

Para los años 30 Bogotá contaba con una estructura urbana más compleja y diferenciada. El centro dejó de ser el sitio de residencia de la élite, que se movió para el norte, aunque continuó siendo el punto de convergencia política, comercial y cultural. El oriente y el sur fueron los sitios de poblamiento popular, mientras el occidente fue el albergue del desarrollo fabril de la ciudad. Como a finales del siglo XIX no existían muchos espacios para la diversión masiva, a lo largo del siglo XX se fueron diseñando grandes parques, contando algunos con diversiones mecánicas y lagos para remar (45).

El espectáculo popular de más acogida en Bogotá desde los tiempos coloniales era la corrida de toros, para la que se construían entablados temporales. En 1931 se inició la construcción de una moderna plaza de toros que, junto con el estadio de fútbol iniciado en la misma época, serán los grandes espacios de concentración de masas. En cuanto a diversiones en recinto cerrado, Bogotá contaba a fines del siglo XIX únicamente con dos teatros. Para comienzos de este siglo se establecieron los primeros cinematógrafos que, por la buena acogida que tuvieron, proliferaron por toda la ciudad. Pero las diversiones seguían siendo escasas y giraban en torno a los cafés, para los intelectuales, y las 'chicherías' --sitios de venta de la tradicional bebida de maíz fermentado--, para los sectores populares. En los años 20 la ciudad contaba con cerca de 750 expendios de 'chicha' para preocupación de la élite que los veía como lugares anti-higiénicos y como focos de descontento social (46).

Como ya se dijo, los sectores populares vivieron hacinados en el oriente y el sur de la ciudad, pero también en algunos barrios del norte y el occidente, en habitaciones por lo general de una sola pieza --las 'tiendas'-- o en casas de paredes de barro y techos de paja --las llamadas 'chozas' --. Hacia 1920 existían cerca de 18 barrios de ese estilo, designados según los prejuicios de la época como barrios 'obreros'. La gente que se quedó en los espacios desocupados por la élite cuando se fue para el norte tuvo que subdividir las habitaciones en 'inquilinatos', parecidos a los 'conventillos' de Buenos Aires (47). La cercanía de estos sectores populares al centro político y comercial, no sólo de Bogotá sino del país, preocupó a la élite, obligándola a desarrollar un programa de traslado de esas habitaciones a la periferia de la ciudad. Era, sin embargo, una solución pasajera al problema de vivienda popular. El municipio, obligado por ley en 1918 a construir viviendas 'obreras', lo hizo con escaso éxito en un par de barrios. Las grandes industrias, al contrario de lo que sucederá en Medellín, no se preocuparon por dotar de habitaciones a sus trabajadores, siendo la Iglesia la abanderada en ofrecer vivienda popular dentro de una clara perspectiva paternalista. El barrio de San Javier, creado por el sacerdote José María Campoamor, será el mejor ejemplo de los esfuerzos del clero por ofrecer ese servicio a los bajos estratos de la población y, al mismo tiempo, por construir comunidades religiosas ideales. De esta forma, para 1948 se hablaba de la existencia de 22 barrios 'obreros' en el sur y de 21 en el occidente de la ciudad, mientras los del centro-oriente desaparecían parcialmente (48).

Las principales actividades de la ciudad estaban marcadas por su carácter de centro político-administrativo del país. Bogotá será, por tanto, el sitio privilegiado de desarrollo, no sólo de la burocracia estatal sino del comercio y la actividad bancaria. A su sombra proliferó también la actividad usurera, negocio floreciente para los años 40 (49).

El desarrollo ferroviario, que había ayudado a romper el aislamiento de la capital, fue también punto de atracción para la mano de obra. El tendido ferroviario para comunicar a la ciudad se inició en 1889, y en 1920 ya contaba con trenes en las cuatro direcciones. Los otros medios de transporte urbanos --tranvía, buses y taxis--, incrementaron el peso de la población asalariada del sector transporte en la capital del país. Otra actividad que marchaba paralela a la expansión espacial fue la construcción, que congregaba también importantes cantidades de trabajadores. A su vez la expansión de la construcción estimuló la formación de empresas relacionadas con ella, como talleres de carpintería, explotación de canteras, ladrilleras y las modernas fábricas de cemento, en las que la ciudad fue pionera desde 1909 (50).

Bogotá también, desde los tiempos coloniales, albergó el mayor contingente de artesanos del país. En los años diez se hizo más evidente el proceso de diferenciación dentro del artesanado. Fue precisamente en ese decenio que algunos comerciantes decidieron crear establecimientos

industriales, aprovechando los circuitos comerciales ya establecidos. Con excepción de algunos intentos por fundar ferreterías o fábricas de productos químicos, la industria capitalina, como la del país, se centró en los bienes de consumo no durables, destacándose la de alimentos y bebidas, cementos y, en menor medida, textiles. Aunque las técnicas eran rudimentarias al principio, a partir de 1905 se observó el uso de energía eléctrica en calidad de fuerza motriz de la maquinaria industrial. La industria cervecera integró desde el principio otras fases de la producción, como envases y tapas, en grandes conglomerados económicos. Para los años 40 la capital desplazaba en importancia industrial a Medellín (51).

En lo que se refiere a las expresiones culturales, la ciudad continuará con la marcada segregación social de los tiempos coloniales. La cultura popular bogotana es heredera de la cultura mestiza del altiplano cundi-boyacense, aunque a mediados de siglo diera signos de ruptura con el provincialismo que la caracterizaba. Como sucede con otras áreas mestizas andinas, en el altiplano colombiano la Iglesia Católica tendrá una gran presencia en la vida cotidiana. Basta con señalar que para principios de siglo había casi un templo por cada cuadra, y que los grandes eventos de la ciudad giraban en torno a las festividades religiosas (52).

La élite, por su parte, intentaba mantenerse tan distante del pueblo como fuera posible. Se perpetuaba así el sistema colonial de castas. Incluso en términos de lenguaje había una gran diferencia entre los 'cachacos', o bogotanos pudientes, y los 'guaches', como se llamaba al pueblo en general. Por ejemplo, para José María Samper, en el 'cachaco' se "halla connaturalizada la sal andaluza combinada con cierta nobleza mental castellana" (53). La élite bogotana reaccionaría con vehemencia contra la creciente inmigración de los campos y la transformación urbana que ello significaba. Lo curioso es que quienes hacían esa crítica, señalaban al mismo tiempo la ausencia de un espíritu regionalista en el capitalino (54). Por donde se mire se llega a la misma proyección aristocrática que se trató de vender desde épocas antiguas al designar ufanamente a la ciudad como la 'Atenas Suramericana'. La contraparte de ese desprecio elitista será un profundo resentimiento popular que estallará con crudeza en momentos como el 'Bogotazo' de abril del 48.

Lentamente la colonial aldea que era Santa Fe se fue transformando en la desproporcionada ciudad de Bogotá. Aunque para los años 40 era una urbe menos provinciana y más secularizada, las profundas diferencias sociales fueron un permanente caldo de cultivo de la protesta popular.

B. Medellín

Medellín ha sido el epicentro de la pujante región cafetera de occidente desde fines del siglo pasado, después de competencia política y comercial con otras ciudades antioqueñas. Para 1905, según una publicación de la época, ella era el "centro obligado de numerosas transacciones diarias" a nivel local y nacional (55). Al contrario de Bogotá, que tuvo el altiplano para expandirse, esta ciudad nació encerrada en el Valle de Aburrá.

Sin embargo la capital de la región antioqueña era, a principios de siglo, todavía una aldea provinciana y aislada. Su único medio de transporte era la mula y el acceso a los puertos era aún más difícil que para Bogotá. Pero Medellín contaba con un rico comercio regional alimentado por la minería y la pequeña propiedad cafetera que caracterizó al occidente del país. La actividad comercial era, pues, el atractivo de la ciudad, motivando su crecimiento demográfico hasta colocarla en el segundo lugar en el país (56). Para 1905 su población era de 58.815, llegando en 1918 a 79.146. En 1938 contaba con 168.266 habitantes y en 1951 se había duplicado a 358.189. Por la carencia de espacio para expandirse, ella será una de las ciudades colombianas más densas. Físicamente se asemejó desde el principio a un gran embudo (57).

La inicial importancia comercial de Medellín, y luego su desarrollo industrial, la obligarán a romper las barreras geográficas que la aislaban. En los años veinte por fin se cumplía el sueño de comunicación férrea con el Río Magdalena y paralelamente se iniciaba la construcción de la carretera al mar. Al contrario de la bogotana, la élite antioqueña mostró más preocupación por la suerte de la ciudad y de sus sectores populares. Desde un principio se enfrentó a la necesidad de dotar de adecuados servicios públicos a los distintos barrios que la componían. La creación, en 1899, de la Sociedad de Mejoras Públicas fue definitiva para su transformación urbanística. Bajo su tutela, en 1925 Medellín se dotó de un plan de Alcantarillado y Acueducto, contando con agua potable, energía eléctrica, teléfonos, correos y sitios públicos de diversión. El problema energético era crucial para una ciudad que fue la cuna de la industrialización en el país. La topografía del Valle de Aburrá favorecía el sistema de energía hidráulica y por ello los industriales tomaron cartas en el asunto garantizando el abastecimiento de ella para sus industrias, pero deteriorando la calidad del servicio público. En 1919 se había formado la empresa de tranvías eléctricos que cubrió por unos cuantos años eficazmente las principales zonas de la ciudad (58).

La iniciativa privada se hizo también presente en el diseño de espacios abiertos para la diversión, como el Bosque de la Independencia. También en Medellín la distinción social marcaba no sólo el sitio de residencia, sino también la forma de distracción. Por ejemplo, los sectores populares seguían acudiendo

masivamente al Circo España, construido en 1895, en donde se presentaban variados espectáculos como toreo, boxeo y cine (59).

La distribución espacial siguió los patrones coloniales: el centro continuó siendo, hasta épocas recientes, albergue de las clases altas y medias, mientras los sectores populares se veían relegados a las laderas montañosas, sin acceso a los servicios públicos. Las viviendas populares eran por lo común de pésimas condiciones, como las de Bogotá. En 1938, cerca del 61% de las familias 'obreras', con 6.6 miembros en promedio --el mayor del país--, vivían en viviendas de una o dos habitaciones (60). Ante el hacinamiento y las deficientes condiciones higiénicas de esas viviendas, se requerían soluciones oficiales. Pero el concejo, enredado en la rivalidad partidista, hizo poco en la práctica. Ante la inoperancia municipal, fueron las grandes industrias las que asumieron la responsabilidad de otorgar habitaciones a sus trabajadores. De esta forma las empresas textiles dieron origen a verdaderos barrios 'obreros'. Aunque esa vivienda no fue siempre la mejor, era claro que la élite empresarial mostraba más preocupación por la situación de sus trabajadores que en el resto del país. La Iglesia ofreció también habitación a los jóvenes migrantes en unos internados designados 'Patronatos'(61).

La actividad comercial fue la esencia del crecimiento de la ciudad, y ella a su vez se concentraba alrededor de la zona central llamada Guayaquil. Allí confluían la plaza de mercado, los talleres artesanales, algunos edificios de vivienda, los terminales de buses intermunicipales y la estación del tren, así como los sitios de diversión. Guayaquil fue una ciudad dentro de la ciudad y, en contraste con el puritanismo de las élites antioqueñas, allí se respiraba una sociedad abierta y permisiva. Si en Bogotá las gentes se dispersaban en sus ratos de ocio en las innumerables 'chicherías', en Medellín tenían allí el sitio privilegiado de encuentro. Para los años 40 se inició el desmantelamiento de esa zona por temor a que terminara devorando al resto de la ciudad (62).

También en la capital antioqueña las principales actividades que concentraban trabajadores asalariados giraban en torno a la industria, la construcción y el transporte, en el que se destacó la eficiente empresa departamental "Ferrocarril de Antioquia". La artesanía tuvo menor desarrollo que en otras ciudades del interior. Pero en cambio, Medellín se destacó desde el principio por la pujanza de sus industrias. El sector más dinámico fue sin lugar a dudas el textil, iniciado en debida forma a principios de siglo. Ubicándose en municipios del mismo Valle de Aburrá, las nacientes industrias podían abastecerse de energía y de mano de obra. Paralelamente se desarrollaron las industrias de alimentos, bebidas y tabaco, esta última constituida desde el principio por un gran monopolio, Coltabaco. Aunque el ritmo de expansión fabril disminuyó en los años 20, para los 30 hubo un renacimiento especialmente en la rama textil, en donde también se vivió un acelerado proceso

de concentración que arrojó dos grandes conglomerados para los años 40: Coltejer y Fabricato (63).

En esos años la ciudad dio el paso hacia la industria metalmecánica y cementera. Con ese desarrollo manufacturero no es de extrañarse que cuando los industriales del país decidieron agruparse para presionar al Estado en 1944, lo hayan hecho en esa ciudad, designándola como su sede permanente (64).

En cuanto a las expresiones culturales, Medellín, como la región antioqueña, mostraron unos rasgos específicos. En 1923 un articulista describía pintorescamente los principales rasgos culturales de los habitantes de esa región: valoración del trabajo, apego a lo tradicional y marcado individualismo. En 1930, ante la creciente agitación social por el desempleo, la élite regional repetía ese estereotipo del pueblo antioqueño: "laborioso, honrado, activo, respetuoso de las leyes, la armonía y la equidad social"(65). Como lo ha señalado la literatura, uno de los valores que distinguió a los colonizadores de esa zona fue la valoración del trabajo. En una forma diferente al estereotipo hispanoamericano, en Antioquia las expresiones de la cultura popular apreciaban hasta hace poco el esfuerzo individual y el trabajo manual. Ello se ha prestado a las más absurdas interpretaciones de corte racista o sicologista. En realidad la explicación reside en la economía de pequeña escala --minera, comercial o agrícola-- que caracterizó a la región hasta bien entrado el siglo XX. Allí, al contrario de lo sucedido en otras partes del país, el trabajo manual y el comercio nunca fueron considerados como oficios indignos (66).

La prédica religiosa se amoldó inteligentemente a esas condiciones, reforzando el apego típico antioqueño a los valores tradicionales. Por ello en Medellín, más que en otras ciudades del interior, la cultura popular va a estar marcada por la presencia eclesial. A principios de siglo era común tener un cuadro del Sagrado Corazón en todos los hogares, y también en las fábricas. Eso no era sino una expresión más de la religiosidad popular. Allí la vida cotidiana giraba en torno a la familia (67). El tradicionalismo cultural antioqueño se expresó también en política pues en esa región, por lo menos hasta mediados de este siglo, el Partido Conservador fue mayoría.

Por compartir una misma ética del trabajo y una valoración religiosa similar, en esta región, más que en otras del país, fue más fácil tender un puente cultural entre los empresarios y los trabajadores. En las primeras generaciones no existía la marcada distinción en lenguaje, forma de vestir y costumbres que surgiría años más tarde. Esa cercanía de empresarios y obreros es lo que el sociólogo Alberto Mayor ha llamado 'la lección moral del empresario' (68). Por su parte la Iglesia antioqueña será, en el contexto del país, la que más articuladamente desarrolle una estrategia de captación de los trabajadores asalariados, especialmente textileros. Estos aspectos tendrán profundas consecuencias en las luchas de resistencia de los trabajadores

antioqueños. Si el crecimiento de Medellín aparece como más armónico que el de las otras ciudades, ello no quiere decir que las contradicciones sociales desaparecieron. Por el contrario, ellas seguirán presentes a pesar de los esfuerzos de la élite empresarial y del clero por controlarlas.

C. Barranquilla

El desarrollo de Barranquilla va a ser diferente del de las ciudades analizadas, y en gran parte ello se debe a su privilegiada ubicación geográfica: situada en la desembocadura del Río Magdalena en el Océano Atlántico, ella va a ser el principal puerto fluvial y, desde 1936, marítimo del país. Sin fecha oficial de fundación y sin mucho pasado colonial, la ciudad saltará al escenario nacional durante el desarrollo exportador (69). Desde ese momento iniciará una disputa con las ciudades vecinas, Cartagena y Santa Marta --ellas sí con abolengo colonial--, ganándoles la supremacía regional.

Atraídos por la creciente prosperidad de Barranquilla, muchos comerciantes y transportadores se trasladaron allí. Una vez consolidada su posición en la región costeña y en el Río Magdalena a fines del siglo XIX, ella enfrentó la tarea de convertirse en puerto marítimo también, lo que finalmente consiguió con la apertura de Bocas de Ceniza en 1936. El transporte aéreo también la tuvo como su cuna en los años diez. Por todo ello, hacia los años 30, se tenía la sensación de que era la ciudad del futuro. El crecimiento demográfico así lo confirma: de los 17.000 pobladores que parecía tener en 1881, pasó a 40.115 en 1905, a 64.543 en 1918 y 152.348 según el censo de 1938. En 1951 contaba ya con 269.875 habitantes (70). En parte debido a ese atractivo, se convirtió en el lugar de las oportunidades para los migrantes de las zonas cercanas. Incluso atrajo también a algunos de los pocos extranjeros que llegaron al país: en 1938 era la segunda ciudad en número de inmigrantes, por encima de Bogotá y Medellín, y por debajo sólo de Cúcuta (71).

Siendo el comercio exterior el motor del desarrollo de la ciudad, la distribución espacial se organizó en torno a él. En la parte cercana al río se edificaron los terminales fluviales, y luego también marítimos, en torno a los cuales se agruparon los trabajadores (72). En Barranquilla ni el clero, ni los empresarios, ni el municipio emprendieron seriamente la tarea de dotar de vivienda a los obreros. En los barrios populares, construidos en terrenos poco aptos para vivir, los servicios públicos brillaban por su ausencia. Para 1946 sólo el 30% de los trabajadores vivían en habitaciones propias, lo que explica también el auge que tuvo en la ciudad el movimiento social de 'inquilinos' que exigía arriendos baratos y en buenas condiciones. De esta forma, al mismo tiempo que crecía aceleradamente, Barranquilla aumentaba también rápidamente sus ya notorios contrastes sociales. Mientras los sectores populares

se apretaban en deficientes viviendas, en la zona vagamente designada como 'Barrio Abajo', las élites vivían cómodamente en las áreas elevadas, perfectamente planificadas, como el famoso Barrio el Prado (73).

Por su apresurado crecimiento, la ciudad no contará con amplios parques, siendo las playas los únicos sitios abiertos a la diversión pública. En los años 30 se construyó el Estadio Municipal. Sin la tradición cultural de Bogotá o Medellín, Barranquilla contaba con un solo teatro a comienzos de siglo. El cinematógrafo también encontró allí seguidores y para 1923 se contaban en la ciudad seis establecimientos de ese tipo (74). Lo mismo que en las ciudades del interior, la diversión popular masculina era el consumo de alcohol, ron y cerveza principalmente, pero acompañado del estilo festivo característico de los caribeños. Allí la vida prácticamente giraba y sigue girando en torno al Carnaval de febrero.

Las actividades económicas dependían del desarrollo portuario de la ciudad en una forma tan estrecha que los ciclos del comercio exterior marcaban los ritmos de expansión o depresión de ellas. La industria no escapó de esa dependencia. Cuando Barranquilla estaba en pleno crecimiento, muchas industrias de alimentos, bebidas y textiles se hicieron presentes, especialmente en los años 20. En los años treinta tuvo también una importante rama química y en materia textilera fue la segunda ciudad del país. Tan promisoria parecía, que los empresarios italo-brasileños Matarazzo establecieron a mediados de los 40 una gran empresa textil allí. Sin embargo, el auge industrial local no duró mucho. Para los años de la Segunda Guerra Mundial se presentaron los primeros síntomas de una crisis prácticamente irreversible. Con el descenso de la actividad comercial, fruto del conflicto mundial, los puertos se resintieron. Barranquilla, al contrario de Bogotá y Medellín, no contaba con un amplio mercado regional, siendo más vulnerable a los ciclos de la economía mundial. El descuido oficial fue también responsable de la crisis pues no estimuló suficientemente el cultivo del algodón por favorecer su importación, y no prestó adecuado mantenimiento al Río y a las dotaciones portuarias (75). Por las difíciles condiciones de navegabilidad, el transporte fluvial perdió terreno frente al ferroviario y especialmente frente al de carreteras, con clara complicidad oficial. Para mediados de los años 40 el efímero auge industrial barranquillero comenzaba a esfumarse, dejando a sus gentes en las mismas, o peores, condiciones. Los contrastes sociales se harían más insoportables aún. A la de por sí dramática situación de los obreros durante el período de la Segunda Guerra Mundial se le sumó la migración de los asalariados de la recientemente clausurada Zona Bananera. En esas condiciones no era de extrañar que las masas urbanas locales se hayan volcado abrumadoramente en favor del candidato Jorge E. Gaitán en las elecciones del 46 (76). Si no reaccionaron más violentamente se debe a las condiciones culturales, las que analizaremos a continuación.

Barranquilla no tuvo un pasado colonial y esclavista como sus vecinas Cartagena y Santa Marta. Su historia comienza en la República, ligada al auge comercial y del transporte. Los valores de tolerancia y cosmopolitismo se van a respirar allí con más intensidad que en ninguna otra gran ciudad del país. La élite de este puerto no tenía las pretensiones aristocráticas de las de otras ciudades de rancio abolengo. Como es común en el mundo cultural caribeño, en la costa el peso de la Iglesia Católica era menor y servía para dar forma a prácticas externas de sincretismo religioso --que integraban elementos africanos con la religiosidad popular católica. No hubo, por tanto, el rígido control de la vida cotidiana que se observaba en las regiones andinas. La jerarquía eclesiástica costeña, por su parte, no demostró interés por el mundo laboral.

Culturalmente, Barranquilla expresaba una sociedad más abierta, mostrando el doble carácter de ciudad receptora y centro difusor de nuevos valores e ideologías. Por ser puerto fluvial y marítimo, era el lugar privilegiado para el encuentro de muchas corrientes de pensamiento. Tanto los migrantes internos como los extranjeros, y la trashumante presencia de marineros y agentes comerciales, contribuyeron a esa apertura cultural. Allí se conocían antes que en el resto del país tanto los inventos y novedades científicas, como las nuevas ideologías revolucionarias (77).

Además, desde fines del siglo XIX la ciudad se fue convirtiendo en el polo de atracción de toda la región costeña, presentándose ella misma como su mejor síntesis cultural. Por ejemplo, las tradiciones de los dispersos puertos del Río Magdalena y de las poblaciones vecinas convergen en esa explosión caribeña de euforia colectiva que es el carnaval. Los barranquilleros, como los habitantes de la costa en general, son dados a resolver sus conflictos con herramientas tan sutiles como la informalidad y la risa. El sociólogo Orlando Fals Borda habla de la existencia de un 'ethos no-violento' que impregna la vida cotidiana de esa región (78). Allí no se presentó el fanatismo por las creencias religiosas o políticas que se observó en el interior del país. Por el contrario, la actitud festiva y burlesca ante las situaciones difíciles hizo que la costa estuviera relativamente al margen durante las grandes guerras civiles del pasado. Los mismos entrevistados se definían como "un pueblo pacífico y folclórico". Políticamente lo anterior se traducía en un clima de mayor tolerancia, aunque con preferencias liberales. La 'extroversión' del barranquillero le permitió jugar un papel de liderazgo en la difusión tecnológica y cultural durante la primera mitad de este siglo. Esto, junto con el optimismo sobre el papel económico de la ciudad, le daba un orgullo muy especial, identificándolo con la suerte de ella (79).

Si el desarrollo industrial de Barranquilla puede ser considerado como 'artificial', es indudable que se debe a su estrecha articulación con la actividad portuaria, la médula de su historia. Precisamente por su protagonismo en el

movimiento del comercio exterior, Barranquilla será epicentro de la lucha obrera entre 1910 y 1945 (80).

D. Barrancabermeja

El último sitio seleccionado como área de estudio directo fue Barrancabermeja, que hasta 1910 era un pequeño puerto sobre el Río Magdalena ubicado a 111 metros sobre el nivel del mar y con una temperatura media de 29 centígrados. Aunque su existencia fue señalada por los cronistas desde el siglo XVI, especialmente por sus pozos naturales de petróleo, pasará mucho tiempo antes de que vuelva a figurar en los anales de la historia. Después de la guerra de los Mil Días, algunos empresarios pusieron sus ojos en Barranca --como se le conoce familiarmente--, con el ánimo de conseguir la concesión oficial para explotar sus yacimientos petroleros. Sin embargo, ninguno de ellos contaba con los capitales requeridos para dicha aventura.

Las empresas norteamericanas estaban interesadas pero, por los sucesos que condujeron a la separación de Panamá, ellas no eran vistas con buenos ojos por el pueblo colombiano. En 1905 el entonces presidente, Rafael Reyes, otorgó la concesión a un astuto empresario, su compadre Roberto de Mares, quien escasamente conocía la región. Esperando nuevos vientos en las relaciones con los Estados Unidos, Roberto de Mares, después de muchos trucos legales, consiguió trasladar la concesión a una empresa norteamericana. La beneficiaria fue la Tropical Oil Company, subsidiaria de la Standard Oil Company. Aunque el traslado se inició en 1916, un año después de la normalización de relaciones diplomáticas con Estados Unidos, sólo se hizo efectivo, en términos legales, en 1921, con la construcción de la refinería. En 1923 se daba inicio al oleoducto, administrado por otra subsidiaria de la Standard, la Andian. Paralelamente, en 1922, Barrancabermeja era elevada a la categoría de municipio, partiendo con ello en dos su historia (81).

El auge petrolero atrajo contingentes de inmigrantes, especialmente de la Costa Atlántica, pero también del interior. De los 415 escasos habitantes que tenía en 1907, o los 900 de 1914, dio un abrupto salto a casi 12.000 en 1927. El Censo de 1938 arrojó las cifras de 9.433 hombres y 5.958 mujeres para un total de 15.401 (82).

Sobra decir que allí la vida va a estar marcada, por lo menos hasta 1950, por la actividad petrolera. Desde su arribo, La Tropical Oil impuso su propia organización espacial. En Barrancabermeja propiamente dicha se ubicó la refinería y el puerto, mientras la explotación del crudo se hacía en el Centro, ubicado a 15 kilómetros y comunicado por el ferrocarril de propiedad de la multinacional. El caserío que era Barrancabermeja a principios de siglo se transformó en un gran campamento minero. La multinacional facilitó la

vivienda de los trabajadores en áreas claramente diferenciadas. Los solteros vivían hacinados en grandes galpones, expuestos a las inclemencias del tiempo. Los casados habitaban pequeñas casas comunicadas unas con otras. Mientras, los técnicos y funcionarios extranjeros vivían en cómodos barrios que calcaban el diseño urbanístico norteamericano. Para agudizar más las diferenciaciones, estas viviendas estaban protegidas por cercas y alambres, y por un contingente de celadores. Los ciudadanos colombianos, e incluso las autoridades locales, requerían de un permiso especial para ingresar allí (83).

En un principio la multinacional monopolizó el comercio local por medio de los 'comisariatos', los que vendían artículos de primera necesidad a precios subsidiados. Posteriormente, hacia la década de los 40, otorgó directamente la alimentación a los trabajadores, estableciendo casinos para las distintas categorías de vinculados. Las condiciones de vida en Barranca eran bien difíciles para los nacionales. En esas primitivas condiciones de existencia, la única diversión para los trabajadores era el consumo de alcohol asociado a la prostitución, como es común en las economías extractivas. Por ejemplo, para los años 20 se habla de 46 bares o cantinas, y en 1952 los misioneros jesuitas denunciaban, exagerando ciertamente, la existencia de 500 establecimientos de ese estilo. En algunas ocasiones pasaba el circo, y hasta se construyó una plaza de toros y un par de teatros (84).

Aunque desde el principio hubo un pequeño comercio limitado por los 'comisariatos', sólo hasta los años 50 se puede hablar del desarrollo de sectores económicos independientes de la actividad petrolera. En el plano político sucedió otro tanto. Prácticamente nada se hacía sin la aprobación de la multinacional. Ella era, en últimas, la que ponía y quitaba alcaldes e incluso llegó a contar con un cuerpo de la policía nacional a su servicio, además de los vigilantes privados con que disponía. Hasta la Iglesia Católica, no muy afectuosa con los directivos norteamericanos, recibió generosas donaciones de la Tropical Oil. Los ladrillos de algunos templos, por ejemplo, le fueron regalados por ella (85).

Esta no es una historia nueva. Lo mismo sucedía en la Zona Bananera del Magdalena y en Centroamérica con la United Fruit, en Cerro de Pasco en Perú, y en las petroleras de México y Venezuela. Aquí como allá las autoridades locales fueron subyugadas por el poder de las multinacionales. Ello no significa que los trabajadores hayan aceptado pasivamente la omnipresencia de la Tropical Oil Co.. Las mismas condiciones de estos enclaves generaron formas culturales que alimentaron sus luchas de resistencia.

Las tres ciudades hasta ahora analizadas conservaron básicamente una identidad con la región a la que pertenecían. En Barrancabermeja, por el contrario, la población nativa fue rápidamente desbordada por los inmigrantes. Aunque hubo un predominio del elemento costeño --lo que se reflejará en las

formas religiosas locales--, su presencia no eliminó otros componentes regionales. Esa mezcla hizo que nadie se sintiera legítimo heredero de costumbres autóctonas y que, por tanto, se aceptaran más fácilmente otras visiones de la vida. Allí se respiraba un clima de informalidad y tolerancia en la vida cotidiana (86). En esta especie de 'tierra de nadie', todo recién llegado era aceptado. Por eso desde épocas tempranas, los barranqueños se identificaron como un "pueblo cosmopolita" (87).

Aunque en ese sentido su situación no era muy diferente de la de los pueblos de frontera, existía un rasgo que marcaba su especificidad: la explotación petrolera. En un municipio como Barranca, en donde casi la mitad de su población trabajaba directamente con la multinacional y el resto dependía indirectamente de ella, era muy difícil estar al margen del mundo laboral. Sus habitantes, hasta el día de hoy, repiten orgullosos el título que el poeta Guillermo Valencia le otorgara a la ciudad en su gira política de 1930: la 'Universidad del Trabajo'. Hasta los años 50 eran los obreros petroleros quienes daban identidad al municipio (88). Por eso mismo, mientras se respiraba un ambiente de tolerancia política, la cercanía del conflicto laboral colocaba a los barranqueños en posiciones cercanas a las de la izquierda (89).

La inexistencia de sectores medios dejaba al descubierto los dos polos de la contradicción social: la multinacional de un lado y los petroleros del otro. Las débiles autoridades locales se alineaban generalmente con la primera, mientras al resto del pueblo le era más lógico sumarse a los trabajadores. Algunos profesionales, por ejemplo, organizaron un círculo cultural llamado los 'Saturnales', pero en vez de dedicarse al solipsismo literario, se encargaron de enseñarles a los obreros oratoria, periodismo y hasta sindicalismo (90). Sólo en los años 40 comienza a formarse una pequeña élite local, la que será reforzada años más tarde con el ingreso de técnicos colombianos luego de la nacionalización de la concesión petrolera.

El gran peso obrero en la cultura popular barranqueña hizo que fuera mirada con recelo por las autoridades centrales, quienes se encargaron de alimentar la leyenda negra sobre la ciudad. Para muchos colombianos, incluso sectores asalariados de otras regiones, Barranca era un puerto perdido en el Río Magdalena, infestado de prostitutas y de 'comunistas' (91). Será un largo trayecto el que le esperará a los trabajadores barranqueños para remontar esos prejuicios.

4. Síntesis

Resumiendo el contenido de este capítulo podemos decir que Colombia sufrió transformaciones en todos los órdenes a fines del siglo XIX y comienzos

del XX. Políticamente se gestaron las bases del Estado nacional: primero bajo la Hegemonía Conservadora, hasta los años veinte, y luego bajo la República Liberal, hasta 1946. Económicamente, con la consolidación del café como producto de exportación, se inició un lento proceso de ampliación del mercado nacional. Posteriormente las coyunturas internacionales exigieron la sustitución de importaciones, generando las bases de la industrialización, motivando así mismo la migración de los campos a las grandes aldeas coloniales que simultáneamente se van transformando en ciudades. De ellas seleccionamos cuatro para un estudio más detallado: dos del interior, Bogotá y Medellín, una de la costa, Barranquilla, y el centro petrolero sobre el Río Magdalena, Barrancabermeja. Ese es, condensadamente, el contexto en el que surgió la clase obrera. Veamos a continuación su configuración.

NOTAS

(1) DANE, Colombia Estadística, 1986. Bogotá: Ed. DANE, 1986, p. 19. Catherine Le Grand, Colonización y Protesta Campesina, 1850-1950. Bogotá: Ediciones Universidad Nacional, 1987, p. 21

Alberto Pardo P., Geografía Económica y Humana de Colombia. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1972, p. 48. Luis Ospina V., Industria y Protección en Colombia, 1810-1930. Medellín: Ediciones E.S.F., 1955, p. 352. La cifra del tendido ferroviario es para 1922.

(2) En 1951 se contaba con 13.899 kilómetros de carreteras (2.223 pavimentados); en 1936 se había duplicado en tendido ferroviario a 3.616 kilómetros.(Ibid. pp. 405 y 419).

(3) Salomón Kalmanovitz, Economía y Nación. Capítulo 2. Michael Jiménez desarrolla convincentemente el argumento de que las formas de utilización de la tierra y de la mano de obra en las haciendas cafeteras hasta los años 30 eran respuestas racionales a los problemas enfrentados por los hacendados. ("Traveling far in Grand Father's Car..." H.A.H.R. 69:2, 1989, pp. 185-219.). James Henderson gráficamente dice: "en los aislados mundos de la Colombia regional, el patrón era omnipresente, una suerte de demiurgo cuya influencia se sentía en cada parte de la vida".(When Colombia Bled. Alabama: The University of Alabama Press, 1985, p. 63.).

(4) Daniel Pecaut, Orden y Violencia. pp 55-56 y Fernán González, Partidos Políticos y Poder Eclesiástico. Bogotá: CINEP, 1977.

(5) En Colombia se presentó desde los tiempos coloniales una tendencia a la privatización de las tierras indígenas, salvo en algunas zonas del occidente. Cuando se adelantaron las reformas liberales de medio siglo, la tierra comunal estaba ya en claro proceso de desintegración. Colombia, pues, sigue un patrón similar al descubierto por Brooke Larson para la región de Cochabamba en Bolivia. (ver Colonialism and Agrarian

Transformation in Bolivia, Cochabamba, 1550-1900. Princeton: Princeton University Press, 1988.).

(6) En este aspecto la historia colombiana se acerca a la mexicana, pues ambas vivieron en el siglo pasado una polarización por las relaciones Iglesia y Estado. En ambos países la expropiación de las tierras eclesiásticas condujo a enfrentamientos internos. Sin embargo los resultados políticos diferirán.(Ver Michael Meyer y William L. Sherman, The Course of Mexican History, New York: Oxford University Press, 1979, capítulo 6.). El famoso escritor colombiano José María Vargas Vila huyó del país en lo crudo de ese conflicto. Según una comentadora, lo hizo "no tanto por la persecución de Nuñez como por la intolerancia de una sociedad pacata, conservadora y clasista, que nubló su niñez de amargos recuerdos".(Prólogo de Consuelo Triviño a José M. Vargas Vila, Diario Secreto, Bogotá: Arango y El Ancora Editores, 1989, p. 36.). El mismo escritor dirá en una de sus reflexiones: "Por qué el destino, que me dio la más noble y la más santa de las madres, me dio la más pequeña y la más ruin de las patrias? Tumba de ... clérigos bastardos" (Ibid p. 87). Sobre el sistema político ver Alexander Wild, "Conversations among gentlemen: Oligarchical Democracy in Colombia" en Juan Linz y Alfred Stepan, The Breakdown of Democratic Regimes in Latin America. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1978.

(7) Véase Marco Palacios, Coffee in Colombia, Cambridge: Cambridge University Press, 1980 y Charles Bergquist, Coffee and Conflict in Colombia, Durham: Duke University Press, 1978. (De ambos textos existe traducción al español).

(8) Orden y Violencia p. 89. Ver también C. Le Grand, Colonización ... p. 43

(9) Darío Mesa, "La Vida Política después de Panamá" en Jaime Jaramillo U., Manual de Historia de Colombia, Vol III, Bogotá: Colcultura, 1978, pp. 83-176; y Humberto Vélez, "Rafael Reyes, los Inicios del Estado Moderno en Colombia", Lecturas Económicas, No. 21 (1986), pp. 59-80.

(10) Vargas Vila escribirá así sobre el último de los presidentes mencionados: " Hoy se ha posesionado a la presidencia de Colombia Marco Fidel Suárez; es un gramático musilaginoso y mediocre, tipo perfecto de los grandes hombres de Colombia...[allí] la mediocridad es una virtud necesaria a la victoria". (Diario Secreto. pp. 90-91.). Suárez debió renunciar a la presidencia en 1921 por negocios oscuros con los usureros. En marzo de 1919 los sastres de Bogotá marcharon en protesta contra la importación de uniformes militares por parte del gobierno. La manifestación terminó en masacre, constituyéndose en el baño de fuego del movimiento laboral (Miguel Urrutia, Historia del Sindicalismo Colombiano, Bogotá: Ed. Universidad de los Andes, 1969, pp.92-94.).

(11) *El Espectador* 10 oct. - 10 dic., 1918 y *El Tiempo* 20-28 En., 1922. En este último conflicto, los soldados acantonados en Tunja abandonaron los cuarteles gritando "Viva la Libertad", "Viva el Pueblo". El hecho preocupó tanto al gobierno --pues socavaba las bases materiales de su dominación--, que envió apresuradamente, y en forma no clara,

dineros para pagar los sueldos de la tropa. Ver Carlos Uribe C., Los años Veinte en Colombia, Bogotá: Ediciones Aurora, 1985, cap. 2. El café pasó de 27 centavos de dólar la libra en 1918 a 15 en el 21.(Informe de Gerencia, Revista Banco de la República, 1971, p. 177.).

(12) Aunque se había pactado ese pago desde 1915, los tímidos intentos por controlar la explotación petrolera en 1919 produjeron la amenaza de no pago por parte de los Estados Unidos. Para una breve historia petrolera véase Jorge Villegas, Oligarquía y Petróleo, Bogotá: El Ancora Editores, 1982. Para aspectos financieros ver Guillermo Torres G., Historia de la Moneda en Colombia, Medellín: Ed. FAES, 1980, pp.291-292. El profesor Kemmerer había estado de asesor anteriormente en Filipinas y Egipto, en 1917. En ese mismo año fue asesor también de Carranza en México. Luego fue a Guatemala, Sur-Africa, Chile y ahora Colombia.(*The New York Times*, 6, dic.,1925). Su presencia en el país contribuyó a abrir las puertas del crédito externo. "Desde entonces", comentaba el mismo periódico, "el crédito de Colombia en los mercados internacionales ha sido favorecido". (4, marzo, 1926). Los precios del café fueron: 24.94 centavos de dólar por libra en 1924, 28.49 en el 26 y 27.26 en 1928.(Informe de Gerencia..., p. 177.).

(13) En la Memoria del Ministro de Obras Públicas de 1926 se señala que de los 25 millones de dólares recibidos por la pérdida de Panamá, 16'209.327 se habían invertido en vías de comunicación (Angela de López, "Algunos Aspectos de la Administración Pedro Nel Ospina", Revista de Sociología U.N. No. 14, 1978, p. 80.). La mayoría de los créditos fueron contraídos para obras de infraestructura. Según Hugo López, la inversión bruta fija no-agrícola se concentró en transportes (44%) e industria (25%).("La Inflación en Colombia en la Decada de los Veinte" Cuadernos Colombianos, No. 5, 1975.).

(14) Michael Jiménez, "Traveling..." pp 208 - 219 y C. Le Grand, Colonización ... pp. 134-138.

(15) En 1924 dos abogados, Alfonso López (futuro presidente) y Moisés Prieto (en ese entonces socialista), actuando como delegados de la empresa de energía de Bogotá, el primero, y de los trabajadores, el segundo, "... estuvieron de acuerdo en que con el desarrollo industrial del país, las organizaciones obreras están viviendo conflictos como el presente, que anuncian cambios en las relaciones sociales considerados exóticos entre nosotros por la generalidad de las gentes, pero no por esto dejan de reclamar una atenta consideración de sus fundamentos y probables proyecciones, si se quieren encontrar para los problemas que tales cambios habrán de suscitar, soluciones bien informadas en el interés colectivo" (*El Espectador*, 12, nov., 1924).

(16) José C. Mariátegui, Temas de Nuestra América, Lima: Ediciones Amauta, 1975, p.155. En un comentario posterior agregaba que además de la tendencia abstencionista de un sector liberal, había también otro sector en favor de la participación electoral. " Esta tendencia corresponde, seguramente, a la fracción pacifista del Partido Liberal, dividido en dos corrientes, una de las cuales, nostálgica de empresas bizarras,

preconiza la vía revolucionaria, mientras la otra se inclina a la conquista legal de la opinión." (Ibid. p. 156).

(17) En ese año el Ministro Montalvo propuso un decreto petrolero que daba mayor control estatal en la explotación del crudo. Las compañías norteamericanas dijeron que eso era una política poco amistosa y comenzaron a hacer presión para su anulación (*The New York Times*, 20, feb., 1928). El decreto fue retirado en junio, pero ya se había producido la perdida de confianza de la banca internacional.(ibid 3,junio; 31, julio; 7, agosto y 9 y 23 de septiembre, 1928.). El mismo periódico atribuyó esos intentos a presiones nacionalistas de los trabajadores.(Ibid. 4, marzo y 31, julio, 1928).

(18) De 23 centavos de dólar por libra en septiembre de 1929 se bajó a 16 centavos en sólo dos meses. Los peores precios, sin embargo, se darán entre 1932 y 1935, siendo cercanos a los 10 centavos (Informe de Gerencia, p. 177). Ver José A. Ocampo y Santiago Montenegro, Crisis Mundial, Protección e Industrialización, Bogotá: Cerec, 1984, especialmente los dos primeros capítulos.

(19) El nacionalismo exaltado por el gobierno populista de Sánchez Cerro en Perú parece haber incitado a algunos habitantes de la vecina región de Loreto a invadir Leticia. (Sobre el populismo de Sánchez Cerro ver Steve Stein, Populism in Perú, Madison: University of Wisconsin Press, 1980.). En Colombia la paranoia anti-comunista llevó a la gran prensa a anunciar en primera instancia un supuesto levantamiento 'comunista' en Leticia. Luego se corregiría esta primera información. (*El Tiempo*, 1 de septiembre de 1932.). Pocos años antes se habían pactado los límites en zonas reclamadas no sólo por Perú y Colombia, sino por Ecuador y Brasil también. (Alberto Pardo, Geografía..., p. 44.).

(20) The Dance of the Millions, Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1957, p. 45. El *New York Times* señalaba que no cabía ninguna duda del total apoyo ciudadano que había recibido el gobierno de Olaya Herrera en el conflicto internacional.(30, oct., 1932.)

(21) Los primeros debates se remontan a los años 60 cuando Mario Arrubla (Estudios sobre el Subdesarrollo Colombiano, Medellín: Oveja Negra, 1968) aplicó las categorías dependentistas al caso colombiano. Un buen resumen de esa perspectiva está en Bob Sutclife, "Imperialism and Industrialization in the Third World" en Roger Owen y Bob Sutclife, Studies in the Theory of Imperiaslism, London: Longman Ed., 1972, pp. 171-192. Otros autores, compartiendo el énfasis externo en el proceso de industrialización discutían su cronología. Oscar Rodríguez (Efectos de la Gran Depresión en la Industria Colombiana, Bogotá: Oveja Negra, 1981), insistía en que las condiciones estaban dadas desde los años 20. Jesús A. Bejarano ("El Fin de la Economía Exportadora e Inicios del Problema agrario", Cuadernos Colombianos, Nos. 6-8, 1975-1976), terció en el debate llamando la atención sobre los procesos históricos que condujeron a la industrialización. Posteriores estudios insistieron en privilegiar factores internos como el crecimiento de la demanda o el papel de los empresarios. (Fernando Botero, La Industrialización en Antioquia, Medellín: Ed. C.I.E., 1985.) Recientemente José A. Ocampo y Santiago Montenegro, Crisis Mundial..., han ilustrado la combinación de

factores externos e internos, incluyendo las políticas oficiales, en la industrialización de los años 30. Salomón Kalmanovitz desarrolla históricamente esa aproximación (Economía y Nación, capítulos 4 y 5). Más recientemente Juan José Echavarría ("External Shocks and Industrialisation in Colombia, 1920-1950", Ph.D. tesis, Oxford University, 1989) revisa muchos de los argumentos ya aceptados. En su estudio no encuentra una estrecha relación entre la economía cafetera y la industrialización, así como un papel muy destacado de los empresarios. Reviviendo, con abundancia estadística, los argumentos externos, señala que no fue la ampliación de la demanda, sino precisamente su contracción, fruto del shock generado por la Depresión, la que dio el impulso industrializador de los 30. Como se observa, el debate está aún lejos de cancelarse.

(22) El caso bogotano y antioqueño no va a estar muy distante de la inicial industria en Sao Paulo analizada por Warren Dean. (The Industrialization of Sao Paulo, 1880-1945. Austin: University of Texas Press, 1969.).

(23) Alberto Mayor, "Historia de la Industria Colombiana", en Alvaro Tirado (Editor). Nueva Historia de Colombia, Volumen V, Bogotá: Editorial Planeta, 1989. Ver también Fred Rippy, The Capitalists and Colombia, New York: The Vanguard Press, 1931. En 1944, Gabriel Durán C., director de la delegación colombiana para la Conferencia Interamericana de Desarrollo, en Estados Unidos, dijo: "...nuevas industrias planeadas o en construcción harán autosuficiente a Colombia en productos manufacturados en 3 o 5 años." (*The New York Times*, 1, junio, 1944.). Sin embargo, la industria estaba aún atrasada. El 75% de los establecimientos censados en 1945 empleaban menos de 10 obreros. (Contraloría General de la República, Primer Censo Industrial de Colombia, 1945, Bogotá: Ed. de la Contraloría, 1947, p. 520.). Para las presiones proteccionistas empresariales ver Eduardo Sáenz, "Industriales, Proteccionismo y Política en Colombia", Monografías del Desarrollo Empresarial, No. 13 (1989), pp 15-16.

(24) Para la prensa Liberal de los años 20 ésa era la limitación fundamental del gobierno conservador. *El Espectador* denunciaba que "los gobernantes no saben en qué consiste la cuestión social" (14 de agosto de 1927). Recordar también la nota 15 de este capítulo.

(25) Según Catherine Le Grand, el mapa de invasiones de tierra en los años 30 coincide con el de usurpaciones. (Colonización ... pp 153 y 197-198.). Ver además a Charles Bergquist, Labor in Latin América, capítulo quinto y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 146-151.

(26) Medófilo Medina, Historia del Partido Comunista. Bogotá: Ed. Ceis, 1980, cap. 2; Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 152-153; C. Le Grand, Colonización ... p. 218 y Darío Fajardo, Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia, Bogotá: Oveja Negra, 1986.

(27) El presidente Alberto Lleras (1945-1946) confesaría, en un discurso ante la Sociedad de Agricultores Colombianos (SAC) que poco había hecho la 'República

Liberal' por los campesinos: "Entre el 75% de nuestros conciudadanos y el resto de la sociedad, no hay canales de intercambio directo. A quince minutos de Bogotá hay campesinos que pertenecen a otra época, a otra clase social y a otra cultura, separados de nosotros por siglos." (citado por James D. Henderson, When Colombia Bled. p. 54; existe versión en español).

(28) Daniel Pecaut sostiene que sólo hasta los años 40, y como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, se hará realidad en el país la intervención del Estado en la economía. "Si el 'intervencionismo' hubiera estado verdaderamente a la orden del día, habría chocado con el 'liberalismo' de las clases dominantes" (Orden y Violencia p. 185). Colombia en todo caso aparece como una excepción en la América Latina convulsionada en los años 30 por dramáticos cambios como el ascenso del Sánchez-Cerrismo y Aprismo en Perú, el fin de la República Vieja en Brasil, la corta revolución Socialista y el gobierno de Frente Popular en Chile, la caída de Machado en Cuba, la resistencia de Sandino en Nicaragua, la rebelión campesina en El Salvador y, en fin, la misma radicalización del General Lázaro Cárdenas en México (Ver Pablo González C, América Latina, Historia de Medio Siglo, México: Siglo XXI, 1977).

(29) Alvaro Tirado Mejía, Aspectos Políticos del Primer Gobierno de Alfonso López P., Bogotá: Procultura, 1981 y Medófilo Medina, "Los Terceros Partidos en Colombia", Estudios Marxistas, No. 18 (sept- dic., 1979) pp. 3-31.

(30) Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas en Colombia, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1987, capítulo 14. El autor designa a la de izquierda como "popular" y a la de derecha como "burguesa conservadora". Laureano Gómez en realidad no fue fascista o nazi en sentido estricto. Su catolicismo y la reverencia por la tradición hispánica lo mantuvieron alejado de esas concepciones. Pero era admirador confeso de la Falange española --la versión hispánica del fascismo!. Algunas pequeñas fuerzas abiertamente simpatizantes de Mussolini o de Hitler proliferaron al margen del conservatismo. (David Bushnell, Santos y la Política del Buen Vecino, Bogotá: El Ancora Editores, 1985). Ver también Daniel Pecaut, Orden y Violencia pp. 273-283.

(31) José A. Ocampo y S. Montenegro, Crisis Mundial... p. 78. Para la política externa de Santos ver el libro ya citado de D. Bushnell. Los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio muestran la preocupación de los Estados Unidos por la situación del país y las simpatías de políticos y militares con las potencias del Eje. Con el ánimo de convertirla en el celador del Istmo de Panamá, Colombia recibió generosos créditos para mejorar el armamento (Colombia Nazi, Bogotá: Ed. Planeta, 1986, pp. 291-314.).

(32) Renán Vega, Crisis y Caída de la República Liberal, 1942-1946. Ibagué: Ed. Mohan, 1988, pp.57-63. En términos de Pecaut, lo que preocupaba a las élites era la ciudadanía política que López había otorgado a los sectores urbanos, punto sobre el que volveremos en el último capítulo (Orden y Violencia. pp. 352-353). Según Galvis y Donadio, el embajador norteamericano comunicó días antes al gobierno los rumores de golpe militar, pero López caminó hacia 'la trampa' (Colombia Nazi, pp. 316-332).

(33) Renán Vega, Crisis y Caída... y Thomas C. Tirado, Alfonso López P., el Conciliador. Bogotá: Ed. Planeta, 1986. Un síntoma de esa frustración fue la creciente abstención electoral. Si en 1939 el 46.4% de los posibles votantes ejercieron su derecho, para 1945 sólo el 39.4% lo hizo. (D. Pecaut, Orden y Violencia, pp. 346-352.).

(34) Leslie Bethell e Ian Roxborough, "Latin America between the Second World War and the Cold War", Journal of Latin American Studies, mayo de 1988, pp. 167-189.

(35) La literatura sobre la Violencia es tan abundante que nos limitamos aquí a mencionar solamente las obras de síntesis. La primera fue el clásico estudio de German Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña L., La Violencia en Colombia, 2 tomos, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1963 y 1964. En los años 70 se destaca el libro de Paul O'Quist, Violencia, Conflicto y Política en Colombia, Bogotá: Ed. Banco Popular, 1976. Recientemente el trabajo de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, recoge la producción contemporánea (Pasado y Presente de la Violencia, Bogotá: CEREC, 1987).

(36) Alberto Pardo P., Geografía ... p. 60 y Contraloría General de la República, Anuario Estadístico 1935, Bogotá: Contraloría, 1935, p. 95.

(37) C. Le Grand, Colonización ... p. 21 y A. Pardo P., Geografía ... p. 81.

(38) Nos referimos a los clásicos trabajos de la escuela de Gino Germani. Para el caso colombiano William Paul Mc Greevey ha dicho que el crecimiento demográfico y la urbanización son variables explicativas del crecimiento económico, dentro de su teoría de la 'transición'. An Economic History of Colombia, 1845-1930, Cambridge: Cambridge University Press, 1971, p.280. (Existe traducción en español).

(39) Este es un tema desarrollado por los antropólogos urbanos, especialmente Julián Arturo, "The Formation of Industrial Workers in Bogotá", Tesis de Master, Universidad de la Florida, 1987, capítulo 1.

(40) El experto agrícola norteamericano, Wilson Popenoe, decía a mediados de los años 20: "había una sensación de aislamiento en ese lugar que era nueva para mí." ("Round about Bogotá", The National Geographic Magazine, feb, 1926, Vol XLIX, No 2. p. 127). Otro experto norteamericano que estuvo investigando 4 años en Colombia recalcaba la misma sensación de soledad que se experimentaba allí. (Frank Chapman, "Over the Andes to Bogotá" ibid, oct. 1921, Vol XL, No.4, pp. 253-373.). Véase también las crónicas de viajeros recopiladas por Carlos Martínez, Bogotá, Vol II, Bogotá: Ed. Escala, 1978. Jorge Brisson, uno de los viajeros, decía que había 32 iglesias en la ciudad, casi una por cuadra.(pp. 104-105).

(41) Ibid. p. 120. Chapman tenía una visión más positiva, aunque insistía en los contrastes sociales ("Over the Andes..." p. 372).

(42) Rafael Serrano, En Aquella mi Ciudad, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1981, p. 27. El área ocupada por la ciudad pasó de 294 hectáreas en 1851 a 2.514 en 1938 y a 8.084

veinte años más tarde (Julián Arturo y Jairo Muñoz, "La Clase Obrera de Bogotá", Maguaré, No. 1, 1981, p. 122.).

(43) Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, Tomo III, Bogotá: Villegas Editores, 1988, p.58. En 1951, sólo el 30% de los Bogotanos había nacido en la capital (Julián Vargas y Fabio Zambrano, "Santa Fe y Bogotá: Evolución Histórica y Servicios Públicos" en varios, Bogotá 450 Años: Retos y Realidades, Bogotá: Ed. Foro e IFEA, 1988, p. 28.). Del total de migrantes en 1964, 25.3% provenían del vecino departamento de Boyacá y 35.2% de Cundinamarca. (A. Pardo, Geografía... p. 62.).

(44) Julián Vargas y Fabio Zambrano, "Santa Fe y Bogotá..." pp. 11-92 y Empresa de Teléfonos de Bogotá, Telefonoticias, dic. 1988, pp. 1 y 4.

(45) Julián Vargas y F. Zambrano, "Santa Fe y Bogotá..."pp. 27-28; Julio Barriga, Del Bogotá de Ayer y de Antier, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1987, pp. 17-12 y 66-76; y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 115.

(46) Fabio Zambrano, ibid., pp. 104 y 134-135; Antonio Gómez, Bogotá, Bogotá: Ediciones ABC, 1938, pp. 96 y 113.; y Julio Barriga, Del Bogotá ... pp. 60-62. Sobre las 'chicherías' opina el historiador Germán Mejía que existían como sitios de reunión popular desde los tiempos coloniales, y que no pocas veces se fraguaron allí revueltas ("Bogotá, Condiciones de Vida y Dominación a Finales del Siglo XIX", Boletín de Historia, Vol 5, Nos. 9-10, 1989, p. 38.). La élite los consideraba unos "antros sucios y pestilentes" (Rafael Serrano, En Aquella ..., p. 68; véase también Antonio Gómez, Bogotá, p. 92.).

(47) Según Germán Mejía, en 1891 Bogotá tenía casi 10.500 viviendas. De ellas 720 eran de dos pisos; 3.700 casas de un piso; 4.730 'tiendas' y 900 'chozas'. ("Condiciones de Vida..." p. 33). En su entrevista, Manuel Abella (Bogotá, 1988) recordaba haber vivido en una de esas habitaciones de una sola pieza, con 2 por 4 metros de superficie, reuniendo allí camas, cocina y comedor. Una descripción similar hace el escritor José A. Osorio Lizarazo en la novela 'Casa de Vecindad', publicada originalmente en 1930 (Ver sus Novelas y Crónicas, Bogotá: COLCULTURA, 1978.). Una rica descripción de esos núcleos habitacionales se encuentra en Camilo Tavera, Habitaciones Obreras en Bogotá, Bogotá: Casa Minerva, 1922 y en la crónica del mismo Osorio Lizarazo "Mansiones de la Pobrería" (Novelas ... p. 308). Ver también el artículo "Las Urbanizaciones y el Problema de los Barrios Obreros", aparecido en *El Tiempo* 15, En., 1926.

(48) En 1912 se había iniciado la construcción de viviendas en tierras donadas por comerciantes de San Victorino. Para 1914 el barrio Ricaurte tenía 10 casas 'obreras' y proyectaba construir unas 70 más (David Sowell, "The Early Labor Movement: Artisans and Politics in Colombia, 1832-1919", Ph.D. Dissertation, University of Florida, 1986 pp. 321-322.). En 1934 el Instituto de Acción Social, controlado por los liberales, había construido 110 casas de arriendo en el barrio Acevedo y Tejada (*El Espectador* 22, nov, 1934.). Para 1936, el mismo Instituto había adelantado la construcción de otras casas en el barrio San Cristóbal, al sur de la ciudad (ibid. 1, junio, 1936). Años más tarde cambió

de nombre por el de Caja de Vivienda Popular (Ibid, 7, marzo, 1942.). Según otro jesuita, el Padre Campoamor quiso hacer de Villa Javier "una ciudad de Dios, donde no se cometiera pecado." (Entrevista con el Padre E. Guarín, Bogotá, 1987). Otros entrevistados confirmaron el carácter casi monacal de la vida de ese barrio (Entrevistas con María B. Romero, Helena de Sánchez y Carlos Pardo, Bogotá, 1988.). Ver también el informe del exconcejal Alvaro Sanclemente sobre barrios 'obreros' en 1948, incluido en Julián Vargas y F. Zambrano, "Santa Fe y Bogotá ..." pp. 378-379. En 1943 el alcalde Sanz de Santamaría ofreció dar la mayor cantidad de dinero que hasta el momento se había dado para la construcción de viviendas populares. Al final del año se habían construido 152 casas en el barrio Modelo del Norte. (*El Espectador* 1, feb y 12 de oct. de 1943.).

(49) Así lo denunciaba José A. Osorio L., Novelas... pp. 376-382.

(50) Pedro Ibáñez, Crónicas de Bogotá, Vol IV, Bogotá: Ediciones ABC, 1951, pp. 612-613. Alberto Pardo P., Geografía ... pp. 398-402; Luis Ospina V., Industria y Protección ... p. 344

(51) Gustavo Vargas M., Colombia 1854: Melo, Los Artesanos y el Socialismo, Bogotá: Ed. Oveja Negra, 1976 y David Sowel, "Artisans and Politics...". Véase Luis Ospina V, Industria y Protección... capítulos 6-8 y Carlos Martínez, Bogotá [Crónicas] pp 138-140.

(52) Carlos Uribe C., Los Años Veinte ..., pp. 55-58 y Rafael Serrano, En Aquella ... pp. 64 y 116.

(53) Citado por Antonio Gómez, Bogotá, p. 116. Este autor definiría a Bogotá como una ciudad de blancos! (p. 128). Según Enrique Valencia ("El Movimiento Obrero en Colombia" en Pablo González [compilador] Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano, Vol 3, México: Siglo XXI Eds, 1984, p.28), 'guaches' era como se designaba a los guerreros muiscas. Para una colección de estereotipos, tanto del aristócrata bogotano como de los sectores populares, ver Alberto Pardo, Geografía... pp. 176-177. David Sowell señala que para mediados del siglo XIX se manifestaba una clara diferenciación social entre 'guaches' y 'cachacos' ("...Artisans and Politics..." p. 135).

(54) La élite, según Camilo Pardo Umaña, "con escepticismo y lástima hacia ellos, mira cómo ha sido invadida su ciudad por millares y millares de provincianos que nunca llegarán a comprenderla" (Haciendas de la Sabana, Bogotá: Ediciones Kelly, 1946, p. 25). El autor concluía: "El bogotano es bogotano y nada más que bogotano, a pesar de lo cual ignora completamente el regionalismo, posiblemente a causa de cierta presunción íntima de superioridad" (p. 24). Una visión similar en Tomás Rueda Vargas, La Sabana y Otros Escritos. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.

(55) *Boletín Comercial*, Medellín, No. 2, agosto de 1905.

(56) "En Medellín la vida transcurría gratamente y sus calles eran lugares seguros para todo el mundo a cualquier hora...." recuerda Rafael Ortiz (Estampas de Medellín Antiguo, Medellín, p. 74). La primera maquinaria textil llegó a la ciudad físicamente, a

lomo de mula, en 1904, y tuvo que ser rearmada en talleres de la ciudad.(Hernán Dario Villegas, "Facetas Sociales de la Formación del Proletariado Antioqueño" Tesis de Grado, Universidad de Antioquia, 1988, p.24.).

(57) Constanza Toro, "Medellín: Desarrollo Urbano, 1880-1950" en Jorge O. Melo (coordinador). Historia de Antioquia, Medellín: Ed. Presencia, 1988. p. 299. Desde tempranos años se insinuaba esa tendencia: "la población del Valle de Aburrá está tan concentrada como en pocas localidades del mundo". (*Boletín Comercial*, 1905).

(58) Constanza Toro, "Medellín...". pp. 299-300 y Hernan D. Villegas, "Facetas ..." p. 21 y 27.

(59) Mientras la élite asistía al Bosque de la Independencia en las horas de la mañana, los sectores populares sólo podían hacerlo por las tardes (Patricia Londoño, "Vida Cotidiana en el Siglo XIX" en Jorge O. Melo, Historia de Antioquia, pp. 249-250.). Según la historiadora Constantine A. Payne, había una gran distinción entre las actividades de la clase alta y las de las clases bajas que se concentraban en la zona de Guayaquil ("Crecimiento y Cambio Social en Medellín, 1900-1930", Estudios Sociales, No. 1, 1986 pp. 188-189 y 251).

(60) Hernán D. Villegas, "Facetas..." pp. 44-48. Según el diario conservador *La Defensa*, los trabajadores vivían en chozas primitivas o en habitaciones de una sola pieza. "Ambas son del todo anti-higiénicas, pero las segundas lo son tanto para el cuerpo como para el alma" (19, marzo, 1920). Ver además, Francisco de Abrisqueta "Las condiciones y el Costo de la Vida de la Clase Obrera de Medellín", Anales de Economía y Estadística, Tomo III, Suplemento No. 6, 1940, p.57. Cerca del 60% de las familias de trabajadores vivían en arriendo (ibid p. 63). El hacinamiento de las viviendas populares fue denunciado desde principios de siglo (Véase, por ejemplo, *La Defensa* 2, marzo, 1920.).

(61) Mientras la minoría conservadora del concejo denunciaba que nada se había hecho (*La Defensa*, 11, oct., 1923), la mayoría Liberal se ufanaba de haber construido casas en el Barrio Manrique (*El Correo Liberal*, 8 ag, 1924). Según otro periódico liberal, antes de 1931 se construyeron sólo 60 casas, entre 1931 y 1938 otras 83, y en 1939 solamente unas 122 (*El Diario*, 23, nov. 1939.). La situación en los años 10 era denunciada así: "Las habitaciones que la empresa alquila a las obreras son unas verdaderas cobachas húmedas, oscuras y sin enladrillar, y demasiado estrechas para el número de personas que en ellas habitan: desdicen mucho de los dueños de una fábrica que cuenta por millonadas sus utilidades" (*El Luchador*, 3 junio, 1919). Fernando Gómez presentaba un panorama más positivo de las viviendas de Fabricato (Biografía Económica de las Industrias de Antioquia, Medellín: Ed. Bedout, 1946, p. 53).

(62) María Orrego y otras, "Guayaquil, Historia del Más Tradicional Sector Popular de Medellín", Tesis de Grado, Universidad Autónoma de Medellín, 1986, pp. 20 y 48; y C.A. Payne, "Crecimiento y Cambio..." p. 188.

(63) Manuel Restrepo, "Historia de la Industria Antioqueña" en Jorge O. Melo, Historia de Antioquia, pp. 197 y 203, y Santiago Montenegro, "Breve Historia de las

Principales Empresas Textileras", Revista Universidad Nacional, 1982, No. 12, p. 52; Jorge Bernal y Ana M. Jaramillo, Sudor y Tabaco, Bogotá: Ed. Sintracoltabaco, 1988, pp. 30-31 y Alberto Mayor,"Historia de la Industria"..., p. 340.

(64) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 298 y Alberto Mayor, "Historia de la Industria..." p. 342.

(65) J. Tobon Quintero, "Emigración Antioqueña" *El Correo Liberal*, 14, abril, 1923, y editorial de *El Correo Nacional*, 21, marzo, 1930.

(66) La recién elegida Flor del Trabajo de Medellín decía que, "mi vida será como siempre consagrada al trabajo que dignifica y enaltece, al trabajo sustentáculo único de los jóvenes pobres, arma que los defiende de la miseria y de los halagos de una vida desarreglada" (*El Correo Liberal*, 2, mayo, 1924). Un editorial del *Correo Liberal* resumía así su visión: "el comercio repudiado antes por los aristócratas ha venido a convertirse en aristocrático entre nosotros" (6, dic., 1926). Charles Savage afirma que el secreto de la industrialización antioqueña fue la valoración del trabajo manual. El autor reproduce una frase de Tomás Carrasquilla: "En Antioquia ... el espíritu de trabajo es un himno de épicas proporciones" ("Social Reorganization in a Factory in the Andes", M.I.T. Monograph No. 7 (1964), pp. 2-3. Sin embargo, como lo señala Juan José Echavarría, en términos cuantitativos no se puede hablar de una superioridad de los empresarios antioqueños en comparación con los bogotanos ("External Shocks..." p 127.)

(67) Alberto Mayor, Etica, Trabajo y Productividad en Antioquia, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1984, Capítulos 3 y 4 y Anita Gómez, Medellín en los años Locos, Medellín: Ed. Universidad Bolivariana, 1985, pp. 28 y 105.

(68) Martín Emilio Suárez decía en su entrevista (Medellín, 1987) que, "aquí en ese tiempo, un superintendente trabajaba por igual con los trabajadores, no se sabía cual era el superintendente". Ver también Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., pp. 270-281.

(69) Así lo señalaban en 1922 los historiadores José R. Vergara y F. Baena, Barranquilla, su Pasado y su Presente, Barranquilla: Ed. Banco Dugand, 1922, p. 243.

(70) Theodore Nichols, "El Surgimiento de Barranquilla", Barranquilla: Cámara del Comercio, sin fecha, p. 7. Ver también Vergara y Baena, Barranquilla, su Pasado... pp. 98-99. Eduardo Posada C., Una Invitación a la Historia de Barranquilla, Bogotá: CEREC, 1987, pp. 76-77. El autor insiste, sin embargo, en que la apertura de Bocas de Ceniza fue una ilusión más que trajo frustración a los barranquilleros. Para datos demográficos: Theodore Nichols, Tres Puertos, Bogotá: Ed. Banco Popular, 1973, p. 293 y DANE, Colombia Estadística 1986, p. 514.

(71) Contraloría General de la República, Censo General de Población 1938, Bogotá: Ed. Contraloría, 1942, p. 148. En 1951 el 37% de los habitantes de la ciudad eran inmigrantes internos, casi tres cuartas partes de ellos provenían de zonas costeñas (Eduardo Posada, Una Invitación... p. 87).

(72) Aunque en una encuesta hecha a obreros en 1946 se decía que el 94% de sus viviendas contaba con servicios de agua y alcantarillado, y el 83% de energía, parece que la realidad era bien diferente (Rafael Bernal, " Las Condiciones Económico-Sociales y el Costo de Vida de la Clase Obrera en la Ciudad de Barranquilla", Anales de Economía y Estadística, Anexo, 1948, p. 73).

(73) Ibid p. 65. En los años 20 floreció la lucha por arrendamientos baratos con la Liga de Inquilinos fundada por el anarquista peruano Nicolás Gutarra. Aunque él fue expulsado del país, la lucha de inquilinos siguió por muchos años (Entrevista con José Ortega, Barranquilla, 1986). El barrio del Prado fue construido por el empresario norteamericano Karl A. Parish en asocio con los hermanos Rosa y otros dos norteamericanos más. (Eduardo Posada C. "Un Empresario en los Años Veinte", Boletín Cultural y Bibliográfico, No. 8, 1986, pp. 4-20).

(74) Vergara y Baena, Barranquilla, su Pasado... segunda edición 1946, pp. 483-494.

(75) Theodore Nichols, Tres Puertos ... pp. 265-266; Vergara y Baena, Barranquilla, su Pasado... segunda edición, pp. 172-173; Adolfo Meisel, "¿Por qué se Disipó el Dinamismo Industrial de Barranquilla?" Lecturas de Economía, No. 23, 1987, pp. 71-73 y E. Posada, Una Invitación... cap. 2.

(76) Emilio Latorre (Transporte y Crecimiento Regional en Colombia, Bogotá: Cider-Cerec, 1986), dice que para 1947 los ríos transportaban 29% de la carga y las carreteras el 36%. El transporte ferroviario, que era la alternativa en los años 40, comenzó a perder peso ante las carreteras (p. 80). La despreocupación ante el cambio en el transporte fluvial no fue exclusiva del Estado. Los mismos empresarios no percibieron los cambios, como lo anticipaba Osorio Lizarazo en la novela Barranquilla 2132, publicada en 1932. (Barranquilla: Tipografía Delgado, p.13.). Ver Rafael Bernal, "La Alimentación de la Clase Obrera en Barranquilla", Anales de Economía y Estadística, No. 73, 1952, pp. 59-60. Barranquilla fue la ciudad con más alto porcentaje de votos por Gaitán, el 71% del total (D. Pecaut, Orden y Violencia, p. 394.).

(77) Un ejemplo del aporte cultural de los extranjeros lo constituyen los catalanes Ramón Vinyes y Javier Auqué, quienes, entre otros negocios, establecieron una librería que sirvió de punto de convergencia del grupo literario del que surgiría Gabriel García Márquez. Sobre Vinyes, este último dijo ,"el sabio catalán, el hombre que leyó todos los libros...".(Javier Auqué L. "Una Librería que hizo Historia", Lecturas Dominicales, *El Tiempo*, 30 de agosto de 1987.). Los primeros y más importantes núcleos anarquistas van a estar ubicados en la costa. (Alfredo Gómez, Anarquismo y Anarco-Sindicalismo...).

(78) Orlando Fals Borda, El Presidente Nieto, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1984; y Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha, De Sol a Sol, Bogotá: Ed. Planeta, 1986, pp. 430-431. El crítico literario Jacques Gillard caracteriza así la cultura costeña: "... se habla, a propósito de los habitantes de la Costa Atlántica, de una humanidad infinitamente menos inhibida que los habitantes del altiplano, acostumbrada a burlar las

autoridades, inclinada a resolver sin violencia los conflictos sociales y a recurrir preferiblemente a diversas formas de resistencia pasiva o a las armas del diálogo y de la irrisión." ("Surgimiento y Recuperación de una Contracultura en la Colombia Contemporánea", Huellas, No. 18, 1986, p. 42.).

(79) Entrevistas con Ramón de la Hoz y Roberto Insignares, Barranquilla, 1986. "Aquí la costa es diferente, pues aquí Liberales y Conservadores andábamos más o menos juntos.... Barranquilla ha sido una ciudad que no ha tenido esos odios políticos, hemos vivido en concordia" (Entrevista con Manuel de la Hoz, Barranquilla, 1986).

(80) A. Meisel, "Por qué se Disipó..." p. 78. La historia social de Cartagena en este siglo tiene características similares a la de Barranquilla (Pedro Amuray y Múnera "Aspectos Principales de la Historia del Movimiento Obrero de la Ciudad de Cartagena de Indias" MS, Cartagena, 1987, pp. 1-4).

(81) Martiniano Valbuena, Memorias de Barrancabermeja, Bucaramanga: Ediciones El Frente, 1947, p. 275 y Miguel Santiago Reyes, "Apuntes para una Memoria de la Concesión De Mares" Revista de Mares, No. 119, sept-oct., 1983, pp. 4-15.

(82) Según el periódico *La Voz del Obrero* (No. 85, 1937), 50% de los trabajadores provenían de la costa, 20% de Antioquia, 20% de Santander y el resto de otras zonas del interior. Ver Universidad de Los Andes, Plan de Ordenamiento Urbano, Bogotá: Ed. Universidad de los Andes, 1969, Vol I, pp. 8-9 y Gustavo Almario, Historia de los Trabajadores Petroleros, p. 42 y Censo 1938, p. 78.

(83) Antonio Mebarack recordaba que "cuando llegué a Barranca era una aldea ribereña" (Entrevista, Barrancabermeja, 1985.). "Con la llegada de la Tropical todo se transformó," agregaba Rafael Núñez en su entrevista (Barrancabermeja, 1985). Véase también el relato novelado de Gonzalo Buenahora, Sangre y Petróleo, Bogotá: Ed. Nueva Colombia, 1970. La situación de Barranca no difiere mucho de la aldeas petroleras venezolanas descritas por Charles Bergquist, Labor in L.A., p. 226.

(84) M. Valbuena, Memorias, p. 150. El balance en cuanto a aspectos higiénicos y de salud era pobre, según recordaba el médico Gonzalo Buenahora (Entrevista, Bogotá, 1985.). La multinacional insistía en que desde el principio había recibido elogios por las condiciones en que tenía a sus trabajadores (Véase el informe del representante de la Tropical Oil Co. en Bogotá al embajador norteamericano, Archivos Nacionales en Washington --de ahora en adelante citados N.A.W.-- 821.5045/13 del 27 de octubre de 1924.). Ver además Gonzalo Buenahora, La Comuna de Barranca. Bogotá: Ed. Leipzig, 1972, p. 71; Manuel Briceño, Los Jesuitas en el Magdalena, Bogotá: Editorial Kelly, 1984, p. 358 y entrevista con Roberto Váldez, Barrancabermeja, 1985.

(85) Gonzalo Buenahora, en su entrevista (Bogotá, 1985), decía que con una llamada del gerente de la Tropical al Gobernador se nombraba o se tumbaban alcaldes. Ver también Manuel Briceño, Los Jesuitas ..., p. 172

(86) Así lo señalaba Gonzalo Buenahora en un libro escrito después de la huelga del 38 (Huelga en Barranca, Bogotá: sin editorial, 1939, p. 31.).

(87) El dirigente socialista Raul E. Mahecha mandó desde Barranca un telegrama que se iniciaba así: " El PUEBLO COSMOPOLITA de esta ciudad, organizado rápida y vigorosamente para contrarrestar la opresión yanqui..." (*El Tiempo*, 7 de feb, 1923). Esa misma expresión salió continuamente en las entrevistas realizadas en Barrancabermeja. Similares características presentaba la región cafetera de Cundinamarca para los años 30. Michael Jiménez habla de una cultura de resistencia campesina en la región (Ver su prospecto para la publicación de su tesis, MS, 1987, p. 15). También hay procesos parecidos en la zona de colonización caqueteña (Alvaro Delgado, Las Luchas Sociales en el Caquetá, Bogotá: Ediciones CEIS, 1987, pp. 43-44.).

(88) Martiniano Valbuena, Memorias p. 276. Un embolador entrevistado en Barrancabermeja (1985), Luis A. Rojas, decía: "Barranca es un pueblo trabajador, ..., Barranca es obrero." Allí sucedía algo parecido a lo ocurrido en Tampico, México, en donde, para los años veinte, el conjunto de la población se sentía 'proletaria'. (S. Lief Adleson, artículo publicado en Elsa Frost y otros, El Trabajo y los Trabajadores en la Historia de México, México: El Colegio de México, 1978.). Culturalmente el barranqueño se asemejaba al petrolero venezolano como lo describe Bergquist (Labor in L.A., pp. 237-238). Pero al contrario del caso venezolano, los barranqueños permanecerán aislados del conjunto de la clase obrera hasta los años 30.

(89) Un entrevistado decía, "como es un medio social y económico más desviado hacia el pueblo, de ahí el sentimiento de izquierda de los barranqueños" (Pedro R. Galindo, Barrancabermeja, 1985). Ver también entrevista con Jorge Matéus) En el capítulo final retomaremos los aspectos de la cultura barranqueña y su impacto en el resto de la clase obrera colombiana.

(90) Gonzalo Buenahora, La Comuna de Barranca, pp. 72-73. Este es un buen ejemplo de la 'circularidad cultural' de la que hablábamos en nuestra Introducción.

(91) El cronista contemporáneo bogotano Julio Barriga, En Aquella ..., reproduce un conjunto de prejuicios de la élite 'cachaca' hacia el Barranqueño; ver por ejemplo p. 140.

2

LAS PRIMERAS GENERACIONES OBRERAS



En los años veinte Colombia parecía por fin estar saliendo del letargo colonial. La aparente monotonía de la vida de sus aldeas y campos, interrumpida ocasionalmente por el estallido de las guerras fratricidas, se vio transformada abruptamente. A esta época se la conoce como "los años del ruido". Y, en verdad, nuevos ruidos se oían, provenientes de distintas fuentes: sirenas de la fábricas, bocinas de los carros, pitos de los ferrocarriles, música de la vitrolas y, allá en el fondo, el creciente clamor de la protesta social. Las élites contemplaban asustadas el despertar de puños en alto, gargantas vociferantes, banderas con tres ochos inscritos sobre un fondo rojo --ocho horas de trabajo, ocho de estudio y ocho de descanso--, y la presencia de piquetes de huelguistas que rompían la endeble paz social que vivía el país. Los nuevos discursos reclamando la transformación social se oían no sólo en las ciudades sino también en los más apartados puntos de su dispersa geografía.

¿Quiénes fueron esos hombres y mujeres que, aunque escasos en número, lograron paralizar importantes sectores de la economía colombiana? ¿Qué características tenían aquellos cuya irrupción como clase desafiaba el orden social vigente? ¿De dónde surgieron los obreros y qué tradiciones los ayudaron en su conformación como una nueva colectividad social? Estos son los interrogantes que nos proponemos abordar en este capítulo.

1. Origen de los Obreros

En Colombia, al contrario de lo sucedido en el Cono Sur y en el Caribe, la fuerza de trabajo asalariada fue abrumadoramente nativa. A pesar de que algunas voces elitistas pidieron una política de incentivo a la inmigración externa, la realidad fue otra. Para 1938 había 66.418 extranjeros viviendo permanentemente en el país, es decir, menos del uno por ciento de la población total. Sectores empresariales, apoyándose en la abundante oferta de trabajadores colombianos y en prejuicios raciales, se opusieron a la implementación de políticas de inmigración. En los años 20 y 30 se adujeron también razones de seguridad nacional para limitar el ingreso de extranjeros 'peligrosos'. Durante la Segunda Guerra Mundial, el antisemitismo de algunos sectores de la élite hizo más estrechas aún las leyes de ingreso al país (1). Incluso los mismos trabajadores no estuvieron exentos de prejuicios raciales, como sucedió en Barrancabermeja con el grupo de Jamaiquinos traídos por la Tropical Oil (2).

Aunque hay diferencias regionales y por tipo de actividad, se puede decir que el grueso de la clase obrera colombiana tenía orígenes rurales. Las obras públicas, especialmente las relacionadas con el transporte, fueron frecuentemente la vía de escape de los trabajadores de las haciendas. Lo mismo sucedía con los enclaves mineros o agrícolas, como lo ilustra el caso de Barrancabermeja (3). El Estado mismo favoreció el desplazamiento de campesinos a las nuevas actividades que requerían trabajadores asalariados, facilitando el transporte con tarifas subsidiadas o permitiendo su enganche, forzándolos a presentarse a los nuevos sitios de trabajo. El servicio militar, que arrancaba a las gentes de sus raíces para dejarlos dos años después sin ánimos de regresar al campo, fue otra contribución indirecta del Estado a la creación de fuerza de trabajo disponible para las nuevas actividades económicas (4).

La industria manufacturera, especialmente la textilera en Antioquia, aparentemente presenta características diferentes en el origen de su mano de obra. Los Anuarios Estadísticos de Medellín en los años diez indican que más del 50% de los obreros y obreras textileras procedían de la misma ciudad o de los municipios del Valle de Aburrá, algunos de ellos sedes de las nacientes fábricas (5). Un estudio reciente sobre hojas de vida de las grandes empresas de Medellín y Bogotá para los años 50, confirma esa tendencia: 14.8% de los trabajadores provenían de Medellín y 50.3% de los alrededores. La información para Bogotá es relativamente diferente: 12.6% de los trabajadores de grandes industrias venían de Bogotá misma y 24.6% de municipios cercanos (6).

De cualquier forma, es difícil hablar de una clase obrera de origen 'urbano'. ¿Cómo se podría hablar de lo 'urbano', cuando ni siquiera existían urbes propiamente dichas? Para los primeros años de este siglo lo que encontramos, como ya se dijo, eran aldeas grandes aún muy ruralizadas, al menos culturalmente. En ese orden de ideas, haber nacido en ciudades como Bogotá o Medellín no era garantía de un origen 'urbano'. Las primeras generaciones obreras mantuvieron alguna forma de relación directa con la tierra y nunca cortaron los lazos familiares con sus lugares de origen rurales. En algunos casos, los jóvenes que se vinculaban a las nacientes industrias lo hacían con el ánimo de aportar más ingresos a sus familias aún ubicadas en el campo o en áreas semi-rurales. Pero en Colombia, al contrario de lo ocurrido en países con fuerte población indígena, la relación de los trabajadores asalariados con sus lugares de origen en los campos no fue a través de las comunidades sino de las familias nucleares, en una perspectiva no colectiva sino individualista (7).

Si bien se puede decir que los trabajadores colombianos tenían un origen mediato o inmediato rural, no es menos cierto que su constitución cultural y organizativa como clase dependió del contacto con los artesanos. Estos últimos tampoco deben verse como productos típicos de modernas urbes. En las aldeas medievales o coloniales, ellos cumplían funciones complementarias a las economías agropecuarias circundantes. Es necesario romper la dicotomía entre

lo tradicional (el campo) y lo moderno (la ciudad), si se quiere entender el proceso histórico de gestación de la clase obrera y, en general, la evolución colombiana desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Es mejor pensar no en una dicotomía de dos polos claramente diferenciables, sino en un continuo de los campos a las aldeas. Estas, lentamente, se convierten en ciudades, aunque mantengan elementos rurales en sus expresiones culturales.

El peso del artesanado en la naciente clase obrera dependerá además de su previa existencia allí donde ella nace. En Barrancabermeja, por ejemplo, es difícil hablar de tradiciones artesanales, a no ser las que trajeran los inmigrantes. Otro será el caso de ciudades como Medellín y especialmente Bogotá, en donde, desde los tiempos coloniales, tuvieron asiento obrajes y artes manuales (8). Los artesanos de Bogotá cobraron especial relevancia a mediados del siglo XIX, cuando exigieron abiertamente leyes proteccionistas. Al abrigo del los clubes políticos creados por la generación radical --las Sociedades Democráticas-- los artesanos se fueron organizando. Cuando se hizo evidente que sus demandas chocaban con el librecambismo de los radicales, los artesanos buscaron alianzas con sectores militares, apoyando decididamente la corta revolución de 1854, dirigida por el General José M. Melo. Tanto las Sociedades Democráticas, ideológicamente liberales pero con influencias socialistas utópicas, como sus antagonistas, las conservadoras Sociedades Populares o Patrióticas, no fueron organizaciones gremiales propiamente dichas. Su carácter era más el de clubes políticos de estirpe jacobina, las primeras, y clerical, las segundas.

En todo caso, después del fracaso de la revolución de 1854 ambas formas organizativas desaparecieron, dejando a los artesanos la alternativa de agruparse en Sociedades de Mutuo Auxilio o en Sociedades Secretas en ciertas regiones. Políticamente, después de esa irrupción a mediados del Siglo XIX, los artesanos quedaron al albedrío del sistema clientelista, militando en cualquiera de los partidos tradicionales. Hasta los años diez de este siglo los artesanos no volverán a intentar expresiones políticas autónomas. De esta forma el bipartidismo ganó adherentes, y los artesanos consiguieron algunas prebendas a través de los canales regulares del clientelismo (9). Todo ello estuvo acompañado de una creciente diferenciación al interior del artesanado.

Algunos sectores artesanales más calificados y con poca competencia externa, como los joyeros, ciertos sastres de alta costura y los talabarteros, continuaron con su próspero arte, satisfaciendo las necesidades de la élite. Otros sufrieron desplazamientos por las importaciones, o se vieron enfrentados a la limitación de los mercados locales como consecuencia de las crisis de los productos de exportación previos al café. Estos últimos sectores, que eran la mayoría, no estaban muy calificados y fueron los que vieron más debilitada su capacidad de presión política (10). La diferenciación del artesanado se hizo evidente a principios del siglo XX. En 1902 un viajero inglés comentaba que

"nada tiene que envidiar Bogotá al extranjero en materia de oficios manuales de zapatería, sastrería, talabartería, carpintería y ebanistería, pues los artesanos de la capital son muy hábiles operarios en estos oficios y sus artefactos son de primera calidad. La mecánica, la cerrajería y la hojalatería sí están bastante atrasadas"(11). Los artesanos más expuestos a la competencia externa acudieron a aisladas formas de protesta, como la revuelta en Bucaramanga contra los comerciantes alemanes en 1883 o la destrucción de gran parte de las lámparas públicas de Bogotá en 1893 para protestar contra el gobierno. El significado de esas luchas no fue una oposición a la modernidad sino una protesta para exigir condiciones competitivas para sus productos o respeto al artesanado. Incluso algunas fuentes oficiales y diplomáticas atribuyeron cierta influencia anarquista a los eventos de Bogotá. Según esas fuentes los insurrectos, liderados por una Sociedad de Artesanos, llevaban banderas negras y gritaban "Viva la Comuna!" (12).

En los años diez los gobiernos conservadores, en vez de apoyarse en el artesanado local, acudieron al exterior para proveerse de puertas, ventanas y uniformes militares. Esto llevó a los artesanos a protestas como la de marzo de 1919 en Bogotá, que culminó con varios muertos y heridos. Pero en esos años ya contaba el artesanado con un aliado que no tenía a mediados del siglo XIX: la naciente clase obrera. Con una industria aún dominada por el taller artesanal, era posible no sólo una alianza de los dos sectores sino una fusión de intereses, como en realidad sucedió. Con excepción de los dueños de los talleres, el grueso del artesanado era muy similar en sus características a las primeras generaciones obreras (13). En la medida en que sus intereses coincidían, el artesanado no sólo aportaba tradiciones a la clase obrera sino que la lideró en sus primeras luchas. En Colombia, como había sucedido antes en Europa y en otras partes de América, zapateros, sastres y tipógrafos fueron los primeros dirigentes obreros. Por las condiciones de su oficio estaban siempre reunidos, disponiendo de tiempo para leer o discutir colectivamente, mientras gozaban de aceptación de amplios sectores de la población (14).

Antes de avanzar más, consideremos las principales tradiciones culturales que el artesanado aportó a la clase obrera en formación. Para ello debemos tener presente, por una parte, que las tradiciones eran transmitidas básicamente por los líderes artesanos y obreros. Por otra parte, esas tradiciones no eran exclusivas de los asalariados urbanos: campesinos y colonos radicalizados, así como algunos intelectuales, las compartían también.

2. La Herencia Cultural del Artesanado

La primera gran tradición que recibieron los obreros era consecuente con la religiosidad popular que, aunque con diferencias regionales, predominaba en

el país a comienzos de siglo. Lo que reivindicaban los artesanos y los primeros núcleos obreros no era tanto la dimensión espiritual del catolicismo sino la proyección social del cristianismo en general. Claro que hubo artesanos y obreros, influidos por el clero, que reflejaban un acercamiento tradicional y espiritualista, pero fueron aislados y no causaron gran impacto social en los primeros años (15). En los otros casos, más que enfatizar los elementos de resignación y mantenimiento del orden establecido, lo que el artesanado reclamaba como tradición era la rebeldía de Jesús y los Profetas, las denuncias contra la riqueza y la vida colectiva de los primeros cristianos. "Los evangelios," decía un periódico obrero en los años 20, "tienen los principios básicos del comunismo; comunista teórico fue el pensamiento de Jesús y sus discípulos". Otro periódico socialista, por la misma época, señalaba lo que se apropiaba del cristianismo: "... tenemos la Filosofía de Cristo en el apostolado,... somos discípulos de Kempis frente a los débiles y hambrientos... luchamos por los tristes y los pobres porque bebimos el agua de la justicia en la fuente viva de León Tolstoy". Era, pues, manifiesta la intención de vincular las reivindicaciones sociales con la más poderosa tradición de Occidente. Por ejemplo los dirigentes socialistas María Cano e Ignacio Torres Giraldo, en un panfleto dirigido a los obreros, después de reconocer las denuncias contenidas en los escritos de León XIII, agregaban: "proclamamos la verdad de Cristo, ... el socialismo es todo lo bueno que señalaron las religiones antiguas"(16).

No sólo hubo una apropiación de la dimensión profética y social del cristianismo, sino que el mismo lenguaje religioso invadió los primeros discursos obreros. Continuamente se designaba a la acción política como 'apostolado', a las ideologías revolucionarias como 'catecismos obreros', al dirigente 'apóstol' o 'mártir' y se hablaba de la solidaridad como de la 'hostia común' (17). Incluso las referencias a los dirigentes internacionales del movimiento obrero se hacían parodiando un lenguaje religioso. "Padre nuestro que estás en los cielos de nuestra gratitud..." empezaba una 'oración' para recordar a Lenin. A María Cano se le escribieron versos que imitaban rezos a la Virgen María (18).

Aunque no se desecha una intención política en el uso de este lenguaje religioso --podía ser una forma pedagógica de llegar a los sectores populares--, es indudable que los artesanos y primeros núcleos obreros compartían elementos de la religiosidad popular. Posteriormente, con la abierta presencia de las ideologías revolucionarias en el país, ese sabor religioso en el lenguaje obrero irá desapareciendo (19).

Como decíamos anteriormente, lo que se reivindicaba no era propiamente el catolicismo, y menos la tutela moral del clero, sino un cristianismo amplio, pluralista y con proyección social. Por eso se aceptaban también tradiciones disidentes en materia religiosa. En El Líbano, Tolima, los artesanos transformaron las sociedades teosóficas en clubes socialistas (20). Aunque la

masonería se caracterizaba por su elitismo, también hay evidencia de alguna influencia en dirigentes obreros (21). Más común fue la práctica espiritista, como fue el caso de la hermana de María Cano. En los años 30, formas de religiosidad popular rechazadas por la Iglesia Católica, como la actividad de adivinas y pitonisas, fueron comunes en el mundo obrero (22).

La relación con los grupos protestantes fue todavía más ambigua. En general los artesanos y los obreros de las primeras generaciones los defendían contra los ataques del catolicismo, como lo hicieron en el siglo pasado los radicales. A su vez, los protestantes respondían facilitando no pocas veces sus imprentas para la publicación de periódicos obreros (23). Pero, igualmente, los trabajadores miraban con sospecha a estos grupos religiosos, supuestamente financiados por las naciones más poderosas y, sobre todo, opuestos a la religiosidad popular (24).

La búsqueda de un cristianismo más social les condujo, lógicamente, a enfrentamientos con la jerarquía eclesiástica y con el clero en general. En este sentido, la apropiación del cristianismo derivó en un anticlericalismo, mas no estrictamente en un ateísmo. En los años diez, cuando la protesta artesanal renació, la Iglesia respondió generalmente defendiendo el orden establecido. Los jóvenes dirigentes laborales, aún imbuidos de un lenguaje religioso, respondieron con duras diatribas anticlericales. Torres Giraldo, por ejemplo, comenzó su carrera política atacando al clero desde el periódico *El Martillo*, fundado en Pereira en 1916. "Cuando los rayos justicieros del Hacedor del Universo", decía el joven Torres Giraldo, "se envíen al pedazo miserable de tierra colombiana, estamos seguros de que caerán sobre los que manejan las riendas del gobierno y también sobre aquellos que en el nombre de Dios, calumnian, corrompen y degradan. Si esto no sucede, no existe Dios!". A pesar de los duros ataques al clero, el periódico sobrevivió por 38 números, lo que se consideró como un éxito en la Colombia del momento (25).

En los años 20, denuncias de este estilo pululaban en los periódicos obreros. Las críticas a la 'simonía' --comercialización de los sacramentos por parte del clero--, ocuparon también bastantes páginas de los primeros órganos de propaganda obrera. La reproducción de textos de connotados anticlericales como Diderot, Voltaire, Renán, Zolá y, el más conocido de todos, el escritor colombiano José M. Vargas Vila, era un lugar común en la prensa obrera (26). En otros casos el ataque a la Iglesia no fue propiamente por darle la espalda al mundo obrero, sino por inmiscuirse en él. "La llamada Acción Social Católica", decía un periódico socialista de Medellín, "es una trampa tendida a los obreros por el capital conservador y por los payasos de ese capitalismo que visten la túnica de Cristo para negociar con ella" (27).

Bien fuera por razones doctrinarias o por razones prácticas, el anticlericalismo transmitido por los artesanos guardaba una estrecha relación

con el librepensamiento de la tradición radical. El mismo Torres Giraldo escribía en 1916: "nuestra labor no tiene como objeto propagar una religión: tampoco atacarla... [Aunque] estamos alejados de toda creencia, tampoco somos ateos... Nuestra labor está muy lejos de ser anti-cristiana, pero sí es anti-católica, nuestra labor es liberal". En una reciente entrevista el intelectual Francisco Socarrás señala que su generación, nacida a principios de siglo, aunque tuvo dificultades para acceder a las nuevas ideas, se caracterizó por el espíritu de protesta reflejado en consignas como: "Abajo Dios, Abajo el Papa!"(28). Los anarquistas colombianos de los años 20 fueron más lejos en su denuncia anti-clerical: " la base absurda sobre la que descansan todos los fanatismos religiosos tiene que ser derribada por el libre análisis, los dogmas reemplazados por las creencias de la ciencia y los instrumentos de todas las tiranías desmenuzados por la fuerza creadora de los libertarios" (29).

Por la vía del librepensamiento, los obreros heredaron la otra gran tradición que les transmitieron los artesanos: el radicalismo liberal. Este, más que la afiliación al Partido Liberal, era un conjunto de valores contestatarios anclados en la Revolución Francesa. Los primeros núcleos obreros creerán en la razón como fuerza de cambio. "La razón es como el viento: apaga una antorcha y aviva un incendio", rezaba el encabezamiento del periódico obrero *Claridad* en los años 20. La fe en la razón implicaba una confianza en un gradual avance hacía la modernidad. *El Socialista* anotaba en su primer editorial: "...Siempre seguirá el ímpetu renovador del progreso, transformándolo todo, con su perenne laborar que destruye y crea, que demuele [sic] y erige, que aniquila y libera" (30). Quienes expresaban sus opiniones en esos periódicos se sentían el resultado de esa modernidad creada por un progreso definido abstractamente. Por eso los primeros núcleos obreros y sus tutores artesanos, más que mirar con temor los avances técnicos y científicos, los divulgaban con entusiasmo (31).

En términos políticos, artesanos y obreros se sentían herederos de las grandes revoluciones que avanzaron hacia el mundo moderno. Por ello, antes de cantar la Internacional, en los Primeros de mayo se cantaba la Marsellesa. Aún en la Convención Socialista de 1920, ella fue el himno oficial. Dicho evento enarbolaría también como lema el grito de los revolucionarios franceses: 'Libertad, Igualdad y Fraternidad'! (32). No es extraño tampoco que la Revolución Mexicana fuera más conocida en nuestro medio que la Soviética, y que continuara ejerciendo fascinación años más tarde. Como en muchas partes de América Latina, Pancho Villa, y en menor medida Emiliano Zapata, eran los héroes que alimentaban la imaginación popular (33).

La herencia racionalista llevará a los círculos artesanos y obreros a concurrir a grupos de estudio y clubes culturales, como lo habían hecho sus antepasados en las Sociedades Democráticas. Las tradiciones radicales fueron también alimentadas por la literatura que circulaba a pesar de la censura política y eclesiástica (34). El artesano Manuel Abella recordaba, en la entrevista

que le hicimos, al menos dos libros que marcaron su orientación política: Las Ruinas de Palmira y La Religión al Alcance de Todos (35). En los años 20 surgirían escuelas racionalistas que difundieron además el pensamiento socialista y anarquista, del que nos ocuparemos posteriormente.

Pero lo que los obreros adoptaron no fue tanto una abstracta ideología liberal, cuanto un conjunto de valores y actitudes radicales ante la vida. Esto se aprendía más en la casa y en la vida cotidiana que en los libros. Al dirigente comunista antioqueño Gilberto Mejía le impresionó mucho el que su padre lo llevara de pequeño a mitines políticos liberales. "Todo eso me demostró que mi padre era un viejo liberal, radical, de tendencias socialistas". La asistencia a funerales de dirigentes políticos, o las procesiones a los cementerios laicos, acompañados de discursos en donde se exaltaban los valores radicales, marcaron también las mentes de los futuros dirigentes obreros. En algunos casos fueron también las mujeres de la familia, la madre o las tías, las que alimentaron en las mentes infantiles los mitos radicales. Así como las familias conservadoras transmitían rígidamente sus valores y tradiciones, las familias radicales hacían otro tanto con los suyos. Gilberto Mejía reconoce que a él como a muchos niños de hogares liberales, "se nos enseñaba a gritar 'Viva el Partido Liberal Ateo', y no íbamos nunca a misa ni se rezaba rosario por las noches como en las casas de las familias conservadoras" (36). Claro que el Partido Liberal no era ateo ni el Conservador era totalmente clerical, pero así funcionaban, hasta hace poco, los estereotipos en la confrontación bipartidista.

La identificación con las grandes figuras liberales era el recurso pedagógico más común para transmitir los valores de esta tradición. Una de esas figuras fue el ya mencionado escritor Vargas Vila. Hijo de un convencido liberal, de niño fue muy religioso. Para los años 80 era ya un radical confeso, por lo que tuvo que huir del país para no regresar hasta cincuenta años más tarde, por el corto período de quince días. Su radicalismo, que rayaba a veces en anarquismo, marcó con un tinte anti-norteamericano --mas no propiamente anti-imperialista-- el discurso de los primeros agitadores obreros (37).

Pero las juventudes no sentían especial fascinación por este escritor de figura lúgubre y pequeña estatura. Ellas preferían identificarse con las glorias militares del liberalismo: los generales Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe. Siendo ambos las figuras más sobresalientes del radicalismo después de la Guerra de los Mil Días, encarnaban tendencias diferentes en el Partido Liberal. Herrera era la cabeza visible del sector guerrerista, mientras Uribe Uribe orientó el ala civilista hasta que fue brutalmente asesinado en 1914. Ese mismo hecho le dio un aura especial, a los ojos de las juventudes radicales. Confesándose él mismo como católico, se distanció de la Iglesia al insistir en la fraternidad y la justicia social como las máximas expresiones de la religión. Su ejemplo fue inspiración para los artesanos y obreros. El joven aprendiz de sastre, Ignacio Torres G., formó en Pereira un grupo iluminado por su figura. En 1922 los

socialistas de Medellín crearon el centro 'Uribe Uribe' para la difusión doctrinaria (38). Para ese año, los grupos socialistas del país adhirieron casi unánimemente a la candidatura del otro caudillo liberal, el general Herrera. Su muerte, un año después, dejará al liberalismo sin figuras destacadas hasta el triunfo electoral en 1930.

Estos valores liberales, por tanto, serán un elemento constitutivo de las tradiciones obreras (39). Transmitida por distintos medios como los libros y los círculos de estudio, los hogares y los ritos cotidianos, la tradición radical va siendo apropiada por los nacientes grupos obreros. "La tolerancia y la libertad de pensamiento", decía un periódico obrero en 1916, "son las bases sobre las cuales descansa la prosperidad y el engrandecimiento de las sociedades obreras"(40). Obviamente no todos los sectores obreros se apropian de igual forma de dicha tradición. En regiones políticamente liberales, como Barranquilla y Barrancabermeja, habrá por ellas una mayor simpatía que en las ciudades del interior. Pero una actitud similar se encuentra entre los grupos artesanales, de la construcción y del transporte en ciudades como Medellín y Bogotá. De la influencia radical no escaparon ni las regiones más conservadoras, ni los sectores obreros más controlados por el clero. Además, el ascenso liberal de los años treinta alimentó un cierto mesianismo de Enrique Olaya y de Alfonso López, a quienes se les veía como los conductores de la anhelada transformación social (41).

Aunque hubo una amplia apropiación de la tradición radical, los obreros desde el principio rechazaron la dimensión individualista que ella implicaba. *El Socialista* decía: "desechada de la Revolución Francesa, la única idea que hasta hoy la evolución del pensamiento ha vencido --el individualismo--, el socialismo colombiano acepta todos los grandes principios en que se funda la democracia" (42). Por esa puerta abierta --énfasis en lo colectivo más que en lo individual--, los nacientes grupos obreros se acercaron a la tercera gran tradición heredada del artesanado: la preocupación por lo social, o un socialismo en el sentido amplio. Nos referimos no a un cuerpo doctrinario determinado sino a un conjunto de valores y actitudes, relacionadas con las tradiciones ya vistas, que recogían primitivamente los anhelos y reivindicaciones de artesanos y obreros. Un antiguo periódico obrero de un puerto sobre el Río Magdalena decía: "a las filas he dicho, soldados del proletariado sin denominación política ... a construir el ejército rojo de los inconformes, a demoler todo lo que se oponga a nuestros propósitos, a destruir lo que se oponga a nuestro natural derecho de vivir mejor "(43).

Aunque el pensamiento socialista es tardío en nuestro medio --según David Sowell sólo aparece en el siglo XX--, desde mediados del siglo XIX había en los artesanos una preocupación por lo social y una proyección colectiva hacia el futuro. En todo caso, el llamado socialismo de los años 10 y comienzos de los 20 se inscribía dentro de las grandes luchas sociales de la humanidad, desde la

gesta de Espartaco hasta las revoluciones mexicana y rusa, sin descontar a la Revolución Francesa. "El Socialismo es siempre la encarnación de un ideal redentor; de un principio sapiente y de un evangelio sublime" (44).

A mediados del siglo pasado habían llegado las primeras ideas socialistas utópicas, difundidas con entusiasmo por los jóvenes radicales. La élite colombiana, que estaba al tanto de lo que sucedía en Europa, generó una ideología anti-socialista antes de que ese pensamiento se consolidara en el país (45). Ese anti-socialismo --anclado en tradiciones católicas e hispánicas-- surgió casi simultáneamente a la conformación de los partidos Liberal y Conservador. Esta última colectividad tachaba al liberalismo de socialista y anti-cristiano. A mediados del siglo pasado José Eusebio Caro, uno de los fundadores del Partido Conservador, escribió un diciente poema a propósito de la elección del Liberal José Hilario López:

> "...Eso es el socialismo. El Socialismo que, a su fealdad queriendo disfrazar, El, hijo de la ambición y el ateísmo, de libertad se atreve y Cristianismo la estirpe a reclamar."(46)

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, algunos autores, influidos por la doctrina social de la Iglesia, escribieron sobre un socialismo católico. Por esa misma época fue que Rafael Uribe Uribe comenzó a hablar del 'Socialismo de Estado', que no era más que una apelación a la intervención estatal (47). La existencia de una ideología anti-socialista, incluso antes del arribo del marxismo o el anarquismo al país, se convertiría en una formidable barrera para la difusión de esas corrientes revolucionarias de pensamiento.

En los años 10, sin embargo, con la reactivación de la protesta artesanal, el socialismo encontraría terreno abonado para su difusión. Pero, según los grupos artesanos, "no es aquel que toca los límites del anarquismo. No es la violación de los derechos de los demás". Continuando las prédicas de Uribe Uribe, ellos hablarán de un 'Socialismo Proteccionista' (48). Aún en aquellos círculos influidos por el clero, en donde se condenaba formalmente esa moderna ideología, había un reconocimiento de la existencia de la cuestión social y de la necesidad de darle soluciones (49).

La tradición socialista, pues, llegaba eclécticamente, alimentada por elementos cristianos, racionalistas y evolucionistas. En 1910 un periódico obrero mostraba tempranas simpatías con el pensamiento de Jaurés. En 1920 el periódico El Socialista, al mismo tiempo que defendía la propiedad privada y la existencia del capital, publicaba manifiestos del grupo Espartaco, de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, o exaltaba a Lenin, a quien llamó "el Salvador de Cadenas". En otras ocasiones se combinaban encendidas alabanzas de caudillos liberales con citas de Marx o de Lenin (50). Ese mismo eclecticismo permitió que en los primeros años convivieran en el socialismo colombiano diversas corrientes ideológicas. Este fue el clima en el que Jorge Eliecer Gaitán

escribió sus Ideas Socialistas, que constituyen el mejor ejemplo de esta tradición en el país (51).

Todavía en 1928, algunos periódicos obreros seguían apelando indiscriminadamente a los "anarquistas, socialistas y comunistas" (52). Pero para ese momento el pluralismo y la tolerancia política cedían terreno al dogmatismo, que hizo antagónicos los distintos proyectos revolucionarios, como veremos en los capítulos 4 y 5.

Para resumir podemos decir que lo que heredaron los primeros núcleos obreros fue una amalgama de tradiciones cristianas, racionalistas y socialistas, que les serán de mucha utilidad cuando enfrenten las condiciones de trabajo. Aunque no son las únicas tradiciones aportadas por los artesanos --las habrá también organizativas y de uso del tiempo libre-- sí son las que marcan el nuevo panorama cultural de los trabajadores recientemente venidos de las áreas rurales (53). Amoldadas a las condiciones regionales y a la vida cotidiana de los distintos oficios, estas tradiciones constituyen un terreno común sobre el cual la clase obrera va resistiendo a las condiciones de explotación y de dominación, construyendo simultáneamente su identidad.

3. Las Primeras Generaciones Obreras

Para los primeros años de este siglo, desafortunadamente, no se cuenta con muchas fuentes estadísticas confiables sobre el número y los rasgos de los trabajadores asalariados (54). Sin embargo, se puede hacer alguna aproximación cuantitativa teniendo presentes las limitaciones de la información disponible.

Sólo hasta del censo de 1938 aparecen cifras sobre población asalariada. Antes, lo que figura en estadísticas oficiales es la población económicamente activa (PEA), que incluye obreros propiamente dichos, empleados, trabajadores independientes, campesinos y empresarios. A veces se distinguía entre trabajadores por cuenta propia y los dependientes de un patrón. En 1912 únicamente se contó la PEA masculina, que era del orden de 1'385.246 (el 75% concentrada en actividades agropecuarias) (55). Para 1918 la PEA del país, después de excluir a empresarios y trabajadores independientes, era 1'153.445. Otros cálculos históricos, en este caso del DANE, arrojan para el mismo año 1'278.401 trabajadores 'por cuenta ajena'. Esos mismos cálculos hablan de una población activa de 516.270 en la industria manufacturera, 148.469 en transporte y comercio y 22.634 en actividades extractivas (56).

En el censo de 1938 la PEA fue de 4'487.585 de los cuales el 74% estaba en actividades agropecuarias, el 11.7% en industria, el 1.7% en actividades extractivas y el 1.4% en transportes. Según las estadísticas históricas del DANE,

en ese mismo año había 1'833.692 trabajadores por 'cuenta ajena' (57). Al estudiar con cuidado las cifras, que ya permiten distinguir distintas categorías de personal empleado, se puede concluir que el artesanado era el sector asalariado más numeroso. Esta tendencia era ya evidente en las primeras estadísticas de Medellín, en 1905 y 1916, y de Bogotá en los años 10 (58). Si se toma la categoría censal 'peones y obreros' encontramos que para 1938 la industria manufacturera tenía 150.254, la minería 45.034, construcción 75.255 y transportes 28.806. Lo anterior arrojaría un total de 299.349 'obreros y peones' en actividades no-agropecuarias. Si agregamos el número de artesanos, aproximadamente unos 350.000, nos daría un total de casi 650.000 trabajadores asalariados urbanos, menos del 10% de la población total (59).

Si bien la clase obrera era pequeña cuantitativamente, su importancia cualitativa radicaba en la presencia en los sectores más dinámicos de la economía. El gran peso del artesanado explica, incluso numéricamente, el impacto de sus tradiciones en el conjunto de la clase obrera. Llama la atención que el sector transportes, siendo el más reducido en cantidad, ocupó el liderazgo organizativo del movimiento obrero entre 1910 y 1945. La industria manufacturera, el segundo sector en términos cuantitativos, ocupará un papel protagónico sólo desde finales de los años 30 (60).

A pesar de las limitaciones estadísticas, se puede hallar evidencia de una importante presencia femenina en la naciente clase obrera, especialmente en la rama manufacturera. Por las diversas fuentes consultadas, orales y escritas, tenemos la impresión de que el trabajo femenino en los inicios de la industria era una prolongación de la economía familiar, todavía centrada en la agricultura. Así como en Europa un siglo antes, en Colombia los jefes de familia enviaban a sus hijas, y también a sus hijos jóvenes, primero al servicio doméstico y luego a las nacientes manufacturas, con el fin de abaratar costos y allegar más ingresos a la economía familiar. Sectores tradicionales, como agricultura, minería y artesanado, siguieron siendo actividades predominantemente masculinas. En cambio, las nuevas industrias tendían a abastecerse de mano de obra femenina en sus primeras fases. Las familias campesinas o artesanas confiaban sus hijas a los industriales mientras la Iglesia las vigilaba en los llamados Patronatos. Así los empresarios se beneficiaban, pues contrataban una mano de obra joven, disponible a aprender el oficio y supuestamente más dócil, a la que le pagaban considerablemente menos que a los varones adultos. Esta situación fue denunciada continuamente por los periódicos obreros de la época. El escritor Luis Tejada decía que los patrones preferían a las mujeres, pues "las asimilan a bestias de carga que no poseen derechos ni necesidades, ni siquiera sensibilidad humana; que nacieron sólo para trabajar y sufrir y que por eso lo más natural es conseguir de ellas todo el trabajo posible "(61). Pero bien pronto se darían cuenta los empresarios de que la mano de obra femenina no era tan dócil como suponían. La decidida

participación de ellas en los movimientos de protesta cuestionaría esta pretensión patriarcal, heredada de la colonia (62).

En ramas como las de trillado de café, procesamiento del tabaco, alimentos y textiles, la mano de obra femenina fue mayoritaria, especialmente en las ciudades del interior. En 1929 en Medellín, por ejemplo, las mujeres eran el 72% de la fuerza de trabajo en las industrias textiles, el 95% en las trilladoras y el 71% en las fábricas de tabaco. En promedio, las mujeres eran el 68% de la fuerza laboral manufacturera de la ciudad (63). Los testimonios así lo corroboraron. Un textilero recordaba que "muchas mujeres había cuando yo entré a la fábrica a trabajar; eran más mujeres que hombres". Los hombres vinculados a esas industrias, en un principio, se encargaban de los trabajos que requerían más fuerza física o que eran mirados como oficios más calificados y/o que eran los mejor remunerados. En el caso de la industria cervecera, además de la mano de obra femenina directamente empleada, hubo vinculación indirecta de muchas otras haciendo los 'capachos' o forros de hojas para las botellas (64).

Según el censo de 1938, el trabajo femenino predominaba todavía en estas ramas a nivel nacional: industrias de fibras (86% del total de asalariados), sombreros de fieltro y paja (85%), tabaco (79%), molinos y trilladoras (79%), sastrería y modistería (63%) y textiles (61%). El porcentaje en otras ramas, como cervecería, imprentas y alimentos en general, era cercano al 30% (65).

En 1945, el 36% del total de asalariados de la industria eran mujeres. Sin embargo para esa época ya era evidente la disminución del trabajo femenino en la economía formal. En la cervecería Bavaria se pasó de un 27% de mano de obra femenina en 1937 a sólo un 3% en 1953. Según reciente estudio de hojas de vida en algunas grandes industrias de Medellín y Bogotá para los años 50, únicamente las industrias textiles (Coltejer y Fabricato) mantenían una proporción de trabajo femenino mayor del 50%. Coltabaco empleaba entre el 9 y el 12% y Cementos Samper el 1.8% (66).

Parece que, aunque no existen muchos estudios específicos sobre este problema, en el desplazamiento de la fuerza de trabajo femenina pesaron factores de conquistas laborales y de menor calificación. La consecución de tiempo remunerado para maternidad pudo haber influido en ese desplazamiento, por ejemplo (67). Recuérdese que a las primeras obreras les exigían ser solteras, y que empresarios y curas vigilaban celosamente su celibato. En Medellín, en los años diez, el 90% de las textileras eran solteras (68). Otro factor que pudo incidir fue el de los cambios tecnológicos que vivieron muchas industrias en los años 30 y 40: como se requería mano de obra más calificada, las condiciones educativas de la época sugerían que era factible encontrarla entre los varones. Este argumento, sin embargo, no es muy sólido, pues de hecho ya se contaba con mano de obra femenina capacitada en la

misma práctica. Una razón adicional fue el cambio de valoración de las trabajadoras no sólo por parte de los empresarios sino de sus mismas familias: al tiempo que los empresarios cuestionaban la supuesta docilidad de las mujeres, el hecho de que sus ingresos dejaran de ser una parte complementaria de la economía familiar, para adquirir una posición central, hizo que reaccionara la mentalidad patriarcal, que quería nuevamente relegar a la mujer al hogar o a actividades similares. Pero si unas puertas se cerraban, ellas presionaban por abrir otras. En el sector oficial, por ejemplo, desde los años 40 comenzaron a ascender lentamente las mujeres a los altos rangos de la administración pública. La presencia femenina se hace evidente en la franja de empleados, secretarias por ejemplo (69). La impresión que tenemos es que es en este momento en que la mujer entra al mundo laboral como ser independiente, y no como hija o hermana, es decir como apéndice que era de la economía familiar bajo la vigilancia patriarcal.

Lo anteriormente señalado es aplicable a las ciudades del interior, que concentraban el grueso del proletariado urbano. En el caso de Barranquilla, por la importancia de la actividad portuaria en su economía, la participación de la mujer en la fuerza de trabajo fue débil desde el principio. En los años 40, según muestreos de la Contraloría, mientras Medellín tenía un 25% de mano de obra femenina, y Bogotá un 35%, Barranquilla sólo contaba con 19% (70).

En Barrancabermeja, como ya se señaló, la gran mayoría de los trabajadores petroleros era población masculina soltera. Hubo sin embargo alguna vinculación femenina, especialmente a actividades similares al trabajo doméstico (aseadoras, lavanderas, cocineras, etc.). En el pliego presentado por el sindicato (Unión Sindical Obrera, USO) en diciembre de 1935, se pedía la jornada de ocho horas para las mujeres vinculadas a la empresa. El conflicto de 1938 estalló en parte debido a la expulsión de una mujer que intentó organizar un sindicato de aseadoras y lavanderas al servicio de la multinacional (71). Para 1947, sin embargo, las mujeres eran el 2% de los integrantes del sindicato de la USO y menos del 1% del de la Shell. A pesar del clima de tolerancia que allí se respiraba, se pensaba que el trabajo petrolero era básicamente masculino. Pero durante la década de los 40, en Barranca como en otras zonas del país, las mujeres presionaron por su ingreso a la fuerza laboral (72).

En general se puede concluir que la mujer hizo temprano su ingreso en la industria, como una prolongación de la economía familiar, para ser posteriormente desplazada y luego relegada de nuevo al hogar o a actividades relacionadas con lo doméstico. Sin embargo, desde los años 40 presionó su ingreso a la economía formal, ocupando en esta oportunidad cargos en el sector de empleados (73).

Mucho de lo dicho sobre la mujer se puede extender a los jóvenes. El uso del trabajo infantil en las primeras industrias fue bastante extendido. Según los

anuarios estadísticos de Medellín para los años 10, los obreros y obreras estaban mayoritariamente por debajo de los 25 años, e incluso un 10% tenía menos de 15 años. Por las condiciones de la economía familiar, los jóvenes de ambos sexos eran enviados a las industrias, pero también a otras actividades económicas que empleaban asalariados no muy calificados. Todavía en 1945 se mantenía una mano de obra muy joven, al menos en la industria manufacturera. Según el Censo Industrial de ese año, 4.7% del personal ocupado tenía 15 años o menos, 27.9% estaba entre los 16 y los 20 y 23.7% entre 21 y 15. O sea que el 55% de la clase obrera industrial continuaba estando por debajo de los 25 años, siendo proporcionalmente más joven la mano de obra femenina. Pero el proceso de desplazamiento de la mujer de la fuerza laboral corría paralelo con la mayor edad de los trabajadores contratados (74).

Nos resta escudriñar un último aspecto, central para la caracterización de las primeras generaciones obreras: la calificación de la fuerza de trabajo. La impresión que arroja la primera literatura sobre el tema es que la clase obrera, en sus inicios, era poco calificada (75). Ello era una consecuencia de las características ya señaladas: orígenes rurales, mano de obra joven y/o femenina y procesos tecnológicos simples. Pero nuevos estudios sugieren que no era tan poco calificada como se suponía.

Parte del problema radica en definir qué es mano de obra calificada. Si se iguala calificación con educación formal, o simplemente con saber leer y escribir, se puede llegar a conclusiones exageradas, por decir lo menos. Es cierto que los obreros y obreras manufactureros tenían altos índices de alfabetismo. En 1938, 65% de los trabajadores antioqueños sabían leer y escribir. En 1946, el índice de alfabetismo en los trabajadores barranquilleros era del 76%. Según el Censo Industrial del 45, el 87.9% de los trabajadores industriales eran alfabetas, siendo Antioquia y Atlántico los de mayores índices, mientras Cundinamarca estaba cerca del promedio. La misma tendencia se encuentra en las hojas de vida obreras estudiadas por Juan J. Echavarría para los años 50. En Bogotá los trabajadores de las grandes empresas analizadas por él tenían sólo un 4% de analfabetismo, y en Medellín era menos del 1%. Pero una cosa es saber leer y escribir, lo que a veces significaba simplemente saber firmar, y otra cosa es ser calificado. Las mismas estadísticas de Echavarría muestran que con excepción de Coltabaco, (sedes de Medellín y Bogotá), que tenía un 50% de sus trabajadores con estudios de primaria para los años 50, los otros grupos obreros escasamente habían pasado por la escuela (76).

El caso de Ignacio Torres Giraldo es ilustrativo de la débil correlación entre educación formal y calificación. A pesar de tratarse de una persona sin ningún grado de escolaridad formal, que aprendería sus primeras letras con una hermana, llegó a ser no sólo un sastre calificado sino secretario del Partido Comunista y uno de los más prolíficos escritores políticos del país (77).

Es cierto que la escolaridad es una variable aproximada de la calificación, pero indudablemente esta última es más compleja. Si la calificación de la mano de obra tiene que ver con el manejo de conocimientos y destrezas específicas aplicados a procesos tecnológicos, es necesario tomar otra perspectiva. Desafortunadamente no se cuenta con estudios históricos que permitan ilustrarla empíricamente, por lo que debemos recurrir a una explicación hipotética (78).

Consideremos en primera instancia los artesanos, un sector que proyectaba la imagen de ser mano de obra calificada a pesar de la gran diferenciación interna que necesariamente se presentaba. Había oficios como los de joyeros, plateros, sastres de alta costura y tallado de madera, que requerían conocimientos y destrezas muy específicos y complejos. Pero el común del artesanado no estaba en esas circunstancias: los procesos tecnológicos de la sastrería, carpintería, zapatería y otras ramas no eran tan complejos y por ello, con el desarrollo de industrias paralelas, tendían a ser absorbidos por éstas. En un lugar intermedio estarían actividades como la tipografía, en donde existían oficios que exigían calificación y otros que no (79). En la mayoría de los casos, la evidencia lo sugiere, el oficio se aprendía en la práctica, y relativamente en poco tiempo.

Algo similar a lo que acontecía con la mayoría del artesanado ocurría con la construcción. Los 'maestros' enseñaban rápidamente el oficio a los aprendices, aunque el ascenso era difícil por las restricciones propias del gremio (80). Dada la situación tecnológica en actividades como las del transporte (especialmente en la construcción de carreteras, tendidos ferroviarios y adecuación de puertos), minería y petróleos, la necesidad de mano de obra calificada parecía ser aún menor, al menos en las primeras épocas. En el transporte, sin embargo, se requería mano de obra calificada para posiciones de responsabilidad, de manejo de los medios de transporte o de reparación mecánica. En las petroleras y la minería, la mano de obra nacional no sólo era poco calificada sino incluso analfabeta (81).

Para la industria manufacturera las cosas son más complicadas. En la producción de bienes de consumo no durables, que era la que predominaba hasta los años 40, los procesos tecnológicos no eran muy sofisticados y reproducían prácticas artesanales en mayor escala. Salvo oficios específicos, como el 'cocinero' en la industria cervecera, por lo general los conocimientos necesarios en las primeras épocas se aprendían también en el mismo sitio de trabajo y en poco tiempo. Cuando se requería mano de obra calificada se acudía a extranjeros, como fue el caso de la industria cervecera de Bogotá y la textil de Barranquilla (82). De esta forma, en los primeros años casi que se identificaba calificación con la categoría de 'empleado' de cuello blanco.

En industrias de productos químicos, que comenzaron a surgir para los años 30, la complejidad de los procesos tecnológicos sí requería calificación. Tal fue el caso de Laboratorios Picot en Barranquilla, fundada en 1932. Para 1946 contaba con 100 trabajadores, todos ellos considerados como calificados. Con el tiempo, esa tendencia se extendió a otras ramas industriales ya que las transformaciones tecnológicas de los años 30 y 40 requerían de mayor calificación de la mano de obra (83).

Por ello, el clamor por una educación técnica apoyada por el Estado creció desde los 40. Anteriormente las grandes empresas, en ausencia de una política oficial en ese sentido, apoyaron a instituciones eclesiales como las escuelas técnicas de los salesianos, o proporcionaron esa educación en sus propios establecimientos (84). Sólo hasta 1956, finalmente, se fundará el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), tomando como modelo el SENAI brasileño. Lo anterior es un elemento más para ilustrar el lento proceso de calificación de la fuerza laboral colombiana, al menos en términos comparativos con otros países latinoamericanos.

Por las consideraciones hechas es difícil hablar del predominio de una mano de obra calificada en los sectores no artesanales. Pero no por ello se puede pensar que los obreros eran una fuerza laboral ignorante (en realidad era bastante alfabetizada), y mucho menos que fuera fácilmente manipulable.

Lo anterior nos conduce a efectuar una pequeña digresión, necesaria en aras a garantizar el orden de nuestras hipótesis. Se trata de los procesos de resistencia a la proletarización y el impacto que tuvieron y tienen en la clase obrera. Por resistencia a la proletarización entendemos todas las acciones, concientes o inconcientes, individuales o colectivas, que realizan los obreros para evitar ser desposeídos totalmente de los medios de producción y depender básicamente del salario para su reproducción.

4. La Resistencia a la Proletarización

Como lo ilustran los estudios de Catherine Le Grand, para la zona bananera, y de Charles Bergquist, para los cafeteros, el proceso de proletarización en Colombia distó mucho de ser lineal y definitivo. Por medio de distintas tácticas, que iban desde el aferramiento a la economía familiar y el recurso a la economía informal hasta la preservación del acceso a la tierra y de los pequeños talleres o negocios, reconstituyendo temporalmente el campesinado o el artesanado, la clase obrera colombiana se resistió a la proletarización con diversos grados de éxito. Aunque, como dice Bergquist, esas tácticas fueron predominantemente individualistas --lo que a nuestros ojos reafirma los valores liberales heredados por los obreros--, también se

manifestaron formas colectivas de resistencia, especialmente en los primeros años. Siendo éstas básicamente inconcientes, remiten al mundo cultural en el que surge la clase obrera. La persistencia de la economía informal, que se interconecta por muchos lados con la formal, ilustra no sólo la lentitud del proceso de proletarización sino la activa participación de los trabajadores, bien sea oponiéndose directamente o bien atenuando sus consecuencias (85).

Durante los años estudiados hubo ciertamente un proceso de proletarización --sin el cual no podríamos estar hablando de clase obrera--, pero no fue tan extendido ni lineal como se entendía tradicionalmente, y esto es lo que nos interesa resaltar. Por motivos tanto económicos (hambre y miseria en los campos) y sociales (opresión en las haciendas), como políticos (guerras civiles y violencia) y culturales (expectativas ante la vida en las ciudades), muchos trabajadores rurales se desplazaron a las obras públicas o a las ciudades, especialmente a partir de los años 20. En el caso de los artesanos, la proletarización tomó más fuerza en los oficios menos calificados y más expuestos a la competencia industrial (86). Pero ni para los migrantes rurales, ni para los trabajadores urbanos, se trató de una proletarización completa y definitiva. Tal vez aquí radica la distinción en estos procesos entre países dependientes como Colombia y países más desarrollados. En las economías dependientes, resistirse a la proletarización no era retroceder hacia un pasado que desaparecía sino acudir a una alternativa de sobrevivencia que tenía un espacio económico (87).

La resistencia a la proletarización operada entre 1910 y 1945 sugiere dos tipos de actitudes en los trabajadores colombianos que es necesario desarrollar brevemente para completar el cuadro en el que surge la clase obrera. La primera actitud tiene que ver con la racionalidad económica del trabajador colombiano y latinoamericano en general. La segunda, con el sueño de contar con una actividad independiente o sin patrones.

Los trabajadores se resisten a la proletarización porque el trabajo asalariado no cubre las necesidades para su reproducción. Si los obreros seguían pensando en términos de economía familiar, lo hacían no sólo por remanentes culturales sino por física necesidad. Según los estudios de la Contraloría en los años 30, en la familia obrera bogotana, con 5.2 miembros en promedio, los jefes de hogar aportaban sólo el 67% de los ingresos familiares. En Medellín, con un promedio de 6.6 miembros, ellos escasamente contribuían con el 60% de tales ingresos (88). De ahí surgía tanto la necesidad de enviar a los hijos e hijas a trabajar desde temprana edad, como la de conseguir otras fuentes de ingresos complementarios en lo que se conoce como 'rebusque'.

Así, trabajadores de origen rural reciente recurrían a lotes de tierra cercanos, a huertas caseras o por lo menos al mantenimiento de animales domésticos en sus estrechas viviendas, para proporcionarse algunos alimentos

básicos. Cuando existían las posibilidades, los obreros se apropiaban de baldíos, como sucedió en Barrancabermeja en los primeros años de la explotación petrolera (89).

Si el acceso a un pedazo de tierra cercana se hacía difícil por la expansión de las ciudades, los trabajadores asalariados debían recurrir a formas más urbanas de atenuar la proletarización. Así florecieron en los llamados barrios obreros, los pequeños comercios y talleres atendidos por distintos miembros de la familia. El trabajo extra en la misma empresa, o en otro oficio, era otra alternativa. Evidentemente el 'rebusque' no se limitó a estos ejemplos, pero nos haríamos interminables si pretendiéramos agotar sus modalidades, que son tantas cuanto creativa es la mente popular cuando de sobrevivir se trata (90).

No sobra señalar que la economía informal, en general, jugó un papel funcional en el desarrollo del capitalismo en países dependientes. Lo que no ofrecía el capital o el Estado en la reproducción de la fuerza de trabajo, se lo 'rebuscaron' los obreros en alguna medida.

Pero el trabajador colombiano de las primeras generaciones se resistía a la proletarización no sólo por necesidades económicas, sino también por su legado cultural. El o ella querían ser dueños de su trabajo. Por el pasado agrario o artesanal, los trabajadores heredaron el sueño de ser 'independientes', es decir, laborar por cuenta propia. Esto, aunque parece ser una visión retrospectiva hacia el pasado anclada en valores muy individualistas, tiene también una gran proyección futura en términos de control de los procesos productivos.

Las características de los trabajadores antioqueños, según un periódico regional de los años 20, bien pueden ser aplicadas al conjunto de los trabajadores colombianos:

> "El trabajador antioqueño, aún el que se ocupa en labores manuales, quiere mejorar todo el día de situación, emanciparse, ocupar el puesto del patrón, muchas veces sin el esfuerzo y sin la capacidad necesarias para desvincularse a todo trance de su carácter de dependiente; si agricultor, aspira a ser propietario y a laborar su propia parcela, por sí o por medio de obreros; si empleado de comercio entra en el aprendizaje para buscar la manera de competir con quien se emplea; si obrero industrial, estudia las máquinas y los presupuestos, sin estudiar muchas veces el consumo para montar el taller de oficio en que está empleado. Además todo trabajador manual anhela redimirse de la carga del esfuerzo físico y trasplantarse a otro oficio..." (91).

En unos casos el sueño de independencia se pospuso en un permanente peregrinar de una industria a otra, de un oficio a otro, del sector formal al informal y viceversa. Esta movilidad de la primera mano de obra, común entre los varones solteros, se convertía también en una táctica para atenuar los efectos de la proletarización (92).

En unos pocos casos el sueño se hizo realidad, como le sucedió a un zapatero entrevistado por nosotros: "Yo salí de la fábrica [Grulla],... salí a independizarme, a trabajar por mi cuenta". Las razones del retorno de algunos artesanos a sus talleres fueron distintas, pero lo importante no era la explicación sino hacerlo: para un entrevistado fue el rechazo a ser controlado en su trabajo; en otros, los intentos de controlarles el tiempo libre y la disciplina laboral que abolía los 'lunes de zapatero'; finalmente, para otros, el motivo fue simplemente el temor a la impersonalización en la fábrica (93). Pero quienes pudieron retornar a una actividad independiente fueron la minoría: la mayoría permaneció solamente con el sueño de autonomía que entorpecía, eso sí, cualquier intento patronal por controlar a los obreros.

Cuando afirmamos que los trabajadores colombianos se resistían a la proletarización mirando más al presente (sobrevivencia o mejoramiento de las condiciones económicas) o al futuro (anhelando controlar su trabajo) que al pasado, lo hacemos no sólo para diferenciar los procesos de proletarización en los países del centro y de la periferia, sino para criticar aquella sospecha tradicional de una actitud reaccionaria en dicha resistencia. Hemos visto que por medio de tácticas más individuales que colectivas, y más defensivas que ofensivas, los trabajadores colombianos se opusieron a la proletarización (94). Si no siempre tuvieron éxito total, al menos contribuyeron a moldear el proceso y le pusieron su propio ritmo, posponiéndolo a veces hasta lo imposible. De esta forma articulaban en la práctica el conjunto de tradiciones heredadas.

Una mano de obra de origen rural, joven y/o femenina, poco calificada pero no ignorante, formó el nuevo contingente social que tanto preocupó a la élite y al Estado en los primeros decenios de este siglo. Con el tiempo, esas características de las primeras generaciones obreras se modificarían en detrimento de la mano de obra femenina y juvenil. La calificación, que en un principio fue privilegio de ciertos artesanos, comenzó a extenderse, aunque no al ritmo de otros países latinoamericanos.

Anclados en tradiciones transmitidas por los artesanos --cristianismo social, radicalismo liberal y pluralismo socialista--, los obreros colombianos hicieron irrupción en el escenario nacional en los primeros decenios de este siglo. Apoyados en esas tradiciones, y por razones de diversa índole, los trabajadores asalariados entorpecieron el proceso de proletarización. Para entender mejor el comportamiento de esta nueva clase, conviene realizar un recuento cuidadoso de la cotidianeidad en las diversas esferas de su existencia, pues allí encontraremos claves interpretativas que no se expresan en los discursos formales recogidos por la prensa o por otras fuentes informativas.

NOTAS

(1) *El Correo de Colombia*, de Medellín, en un editorial en que se analizaba a los trabajadores antioqueños, concluía que "resultaría favorable eso de que vinieran elementos con una mentalidad distinta y sobre todo extranjeros porque ellos pueden traer importantes conocimientos para mejorar las industrias" (6 dic., 1926). Ver también Censo de 1938, p. 143. Para 1964 la proporción era incluso menor, pues en una población cercana a los 18'000.000 había sólo 74.053 extranjeros. El saldo, comparado con los colombianos emigrantes, era también menor (Pardo Pardo, Geografía... pp. 62-63). Durante los años 20 y 30 se produjeron una serie de expulsiones de agitadores obreros, según el recuento de Germán Mejía y Juan C. Eastman, "Comunismo, Socialismo y Anarquismo en Colombia Durante la Década de los Veinte: el Caso de los Extranjeros", MS, Bogotá,1983. Para el Ministro de Relaciones Exteriores de Santos, Luis López de Mesa, los judíos tenían una"orientación parasitaria de la vida." (Galvis y Donadio, Colombia Nazi, p. 245.)

(2) Entrevista con Arturo Solórzano, Barrancabermeja, 1985. La Tropical Oil Co. sostenía que los 'yumecas', como se les conocía, tenían "fácil inteligencia", eran fuertes y dóciles a las órdenes, se comunicaban más fácilmente con las directivas norteamericanas y, por la barrera del lenguaje, les era más difícil integrarse a movimientos de protesta. Aunque los barranqueños los rechazaron aduciendo estas razones, no faltaron también quienes esgrimieron argumentos para "mantener la pureza de la sangre" (Martiniano Valbuena, Memorias..., p. 208.)

(3) Manuel Abella decía que su familia emigró de Boyacá, "por el hambre y la miseria."(Bogotá, 1988.) El papá de Eugenio Colorado era un campesino cundinamarqués a quien "la situación económica crítica le obligó a emigrar a Bogotá" (Bogotá, 1988). Anécdotas similares se encuentran en las entrevistas con Marco A. Arias y Luis E. Bolívar (Medellín, 1987) y Edelmira Ruiz de Sánchez (Bogotá, 1988). Los ferroviarios aprovecharon la presencia del ferrocarril en sus aldeas para vincularse laboralmente (Entrevistas con Luis F. Torres y Gustavo Díaz R., Bogotá, 1988; y Martín E. Suárez, Medellín, 1988). "En Barranca, como en toda ciudad minera, había afluencia de gente para buscar trabajo" (Entrevista con Antonio Mebarack, Barrancabermeja, 1985). Erasmo Egea decía que a él, como a mucha gente de la costa, lo 'engancharon' en un puerto del Río Magdalena, Magangué. "Cogían una lista, lo que llamaban enganche para ir a trabajar... Tocaba ir a trabajar. Entonces ponían un aviso: 'se necesitan trabajadores en la Troco' y eso llovía la gente" (Barrancabermeja, 1985). Nótese que Egea da dos versiones de los sistemas de contratación: uno el 'enganche', que en la costa se llamaba también 'matricula'; y otro, la contratación por medio de avisos.

(4) Entrevistas con Miguel Farfán, Abraham Cadena y Miguel Buitrago, Bogotá, 1987 y 1988. La violencia política también fue causa de inmigración. "La guerra [de los Mil Días] es hoy elemento muy principal, por ella se ha acumulado una gran masa de población consumidora de todos los lugares del departamento en Medellín; y como no es industrial esta ciudad, no halla ocupación productiva esa inmigración compuesta por hombres laboriosos, y se han dedicado como es natural al comercio" (*La Patria*, 9 junio,1902).

(5) Jorge Bernal, "Características de la Primera Generación de Obreros Antioqueños", Relecturas, No. 5, 1987, p. 11.

(6) Juan José Echavarría, "External Shocks..." p. 164b. En una muestra del 3% de los trabajadores de Bavaria en 1945, el 42% había nacido en poblaciones de Cundinamarca, el 30% de Boyacá y sólo el 18% en Bogotá mismo. Para 1953 la situación era similar (Orlando Grisales, "El Problema de la Productividad del Trabajo en la Industria: Bavaria", Monografía Sociológica No. 4, 1981, p.18.).

(7) Julián Arturo sostiene estas hipótesis aún para los años 70. ("The Formation...", capitulo 1.) Algunos empresarios antioqueños reconocían que "a nuestras empresas [llegan jóvenes] de pueblos cercanos, de familias que tienen 8 a 10 hijos, a solicitar trabajo porque el jornal del padre no alcanza." (*La Defensa*, 5 oct., 1929.) Para los casos boliviano y peruano ver June Nash, We Eat the Mines... y Florencia Mallon, The Defense of Community...

(8) Las artesanías sobresalieron en la zona andina desde los tiempos coloniales, especialmente en el oriente (Socorro, San Gil, Tunja y la misma Santa Fe de Bogotá). En 1850 Socorro parecía ser una de las ciudades más pobladas del país y un pujante centro comercial.(Alberto Pardo P., Geografía ... p. 61.). En 1880 Bogotá contaba con 371 talleres artesanales, siguiéndole Medellín con 119. (Alberto Mayor, "Historia de la Industria...", p. 316.)

(9) Estos eventos son narrados por Miguel Urrutia, The Development..., capítulo 3; Gustavo Vargas Martínez, Colombia 1854...; y Germán Colmenares, Partidos políticos y Clases Sociales. Bogotá: Ediciones Universidad de Los Andes, 1968. Véase además Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas, capítulos VI y VII y la citada tesis de David Sowell "...Artisans and Politics..." pp. 343-348 y 363-367.

(10) David Sowell, ibid., pp. 348-350. A los últimos parece referirse Jaime Jaramillo Uribe cuando dice que a mediados del siglo XIX la mano de obra artesanal de Bogotá era escasa y poco eficiente. ("Perfil Histórico de Bogotá", Historia Crítica, No. 1, enero-junio, 1989, p. 13.)

(11) Carlos Martínez, Bogotá (Crónicas) p. 121.

(12) Alvaro Tirado Mejía, Aspectos Sociales de las Guerras Civiles en Colombia. Bogotá: Ediciones Colcultura, 1976, pp. 75-77 y 453-487 y Julián Vargas y Fabio Zambrano, "Santa Fe y Bogotá...", p. 58. Sobre los sucesos de 1893 en Bogotá volveremos en el último capítulo.

(13) *El Espectador*, 10 oct., 1916 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá... p. 209. Todavía para los años veinte se oían voces artesanas pidiendo proteccionismo. En 1928 el Centro Obrero Católico de Manizales se dirigió al Congreso de la República pidiendo control a las importaciones. (*Unión Colombiana Obrera*, 11 agosto, 1928.) Un año más tarde un grupo de artesanos de Medellín solicitaba protección contra el libre comercio pues, según ellos, el pequeño taller estaba decayendo. (*El Correo Nacional*, 24 junio, 1929.)

Ver también a Miguel Urrutia, The Development ... pp. 92-94. Luis Ospina V. dice que en Bogotá, a principios de siglo, la empresa típica era pequeña en escala y situada generalmente en el centro de la ciudad, como los talleres artesanales (Industria y Protección... p. 399).

(14) Para el caso europeo ver el magnífico artículo de Eric Hobsbawm y Joan Scott, "Zapateros políticos" en Hobsbawm, El Mundo del Trabajo, pp. 156-171. El artesano, según entrevista con Gilberto Mejía (Medellín, 1988), "era un elemento que por sus condiciones de trabajo leía mucho". Mejía, en su libro testimonial, señala que los zapateros eran proclives al anarquismo. (El Comunismo en Antioquia. Medellín: Ediciones Pepe, 1986, pp. 40-43) Un testimonio similar da Carlos Hernández en su trabajo dentro del ejército. De los cuatro reclutas que logró enrolar en su círculo rebelde, uno era zapatero. "En el local de trabajo se reunían los artesanos del gremio y de ellos escucharía las primeras palabras sobre sindicalismo y luchas reivindicativas". (Mi Trabajo en el Ejército y otros Frentes de Lucha. Bogotá: Librería Editorial, 1977, p. 29) En un testimonio sobre la actividad de Torres Giraldo se recordaba que cuando él era sastre en Cali organizó, en su propio taller, "la Sociedad de la Aguja, entidad gremial de sastres asalariados que realizaba programas culturales y reuniones de lectura sobre autores como Vargas Vila, Víctor Hugo, y escritos aparecidos en la revista 'Le Monde' de Henri Barbusse, editada en París, y la revista 'América', editada en Nueva York" (Octavio Valverde en Varios, María Cano y su Epoca. Medellín: ENS-IPC, 1988, p. 68). El mismo Torres Giraldo reconocía que el ambiente de los talleres artesanales y de las tertulias radicales de Pereira en los años 10 lo habían hecho revolucionario (Anecdotario, documento inédito, pp. 16-17).

(15) Un ejemplo del catolicismo tradicional de algunos artesanos se encuentra en el *Boletín del Círculo de Obreros*, editado semanalmente en Bogotá. En 1918 (No. 16) alabó al clero por su acción durante la epidemia de gripa que azotó a la ciudad. Un año más tarde realizó una convocatoria para apoyar al Papa por la pérdida de los Estados Pontificios (No. 34, 1919).

(16) *Sanción Liberal*, 27 junio, 1928. Luis Vidales, destacado dirigente comunista, habla en uno de sus escritos, en los años 40, de Cristo como mártir de los pobres y hace referencia a los textos de los primeros cristianos, condenando las riquezas (La Insurrección Desplomada, Bogotá: Alberto Estrada Editores, 2a edición, 1979). Desde los primeros intentos obreros de organizarse independientemente, se reivindicaba como propio el pensamiento de Cristo (ver *El Partido Obrero*, No. 10, 1916). Las citas de *La Humanidad*, 16 abril, 1925 y 27 julio, 1927. Respondiendo a una encuesta lanzada por *El Socialista*, un obrero ingenuamente confesaba que "aunque no he leído a Engels, Kropotkin, Trotsky, al gran Lenin, ni a Carlos Marx, soy socialista revolucionario ideológico porque desde que amo a Dios profundamente y a mi prójimo y a mí mismo, creo que toda persona de buen sentido debe luchar por el bienestar de toda la familia humana" (1 mayo, 1928). Estos intentos caen en lo que Eric Hobsbawm designa como la "invención" de tradiciones para identificar y cohesionar nuevos conglomerados sociales (Ver The Invention of Tradition...).

(17) En una de las pocas entrevistas que María Cano dio a la prensa, se ve el uso cotidiano del lenguaje religioso por parte de la dirigente socialista. Allí, por ejemplo, reivindicaba a los 'verdaderos' discípulos de Cristo. Más adelante decía textualmente: "tengo fe absoluta en mi Evangelio... Bien se ha dicho sabiamente que la voz del pueblo es la voz de Dios" (*El Relator*, Cali, 6, junio, 1927).

(18) Más adelante se designaba a Lenin como la brújula y la guía de los hombres en la tierra, términos aplicados popularmente a Jesús (*La Humanidad*, 7, nov., 1927). En sus memorias, escritas mucho más tarde (posiblemente en los 60s), Torres Giraldo criticaría esa "mezcolanza horrible de Cristo y Lenin" que hacían los primeros socialistas, él entre ellos, aunque en sus escritos tardíos no lo reconozca (Anecdotario, p. 55). Sobre María Cano se dijo: "...y vuestro nombre, María, será el SIGNO VINCI grabado en la roja bandera que se ostenta flamante y majestuosa por todo lo ancho y todo lo largo de este jirón de tierra...eres la brújula de los que amasan pan cada día... o la rosa de los vientos que dirige el barco de la emancipación social" (*La Humanidad*, 10 ag., 1927).

(19) Un periódico socialista de Medellín publicó una parodia del credo católico con la clara intención de hacer la denuncia política del candidato presidencial conservador Pedro Nel Ospina. El tono irónico se aleja del uso tradicional del lenguaje religioso. Comenzaba así la parodia: "Creo en el nacionalismo poderoso [referencia al sector nacionalista conservador, M.A.] creador del fraude y de la farsa; y en Pedro Nel su único hijo, nuestro futuro dictador, que fue concebido por obra y gracia de la Concentración Conservadora; nació de la santísima intervención del clero ..." (*El Luchador*, 19 de mayo de 1922). *La Voz del Obrero* de Buga, dijo que el socialismo de Gaitán era 'cristiano' (No. 87, 1932). En 1941, el periódico de los petroleros barranqueños reprodujo la 'Carta Abierta a Cristo' del líder sindical mexicano Vicente Lombardo Toledano (*La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, 1 junio, 1941).

(20) Gonzalo Sánchez, Los Bolcheviques del Líbano (Tolima), Bogotá, Ediciones Pandora-ECOE, 1981. Ese fenómeno no fue exclusivo de Colombia. El líder popular nicaragüense, Augusto Cesar Sandino, fue también seguidor del teosofismo y pertenecía a las logias masónicas (Dorothea Melcher, "La Solidaridad Internacional con Sandino, 1928-1930" MS, Caracas, 1987).

(21) Entrevista con Ramón de la Hoz, Barranquilla, 1986. A través de un tío tuvo acceso a una logia masónica. Algo similar sucedió con Gilberto Mejía (Entrevista, Medellín, 1988). En una revisión de las Logias y personajes vinculados a ellas en Colombia, no se encontró ninguna referencia a círculos artesanos o a dirigentes destacados obreros. Americo Carnicelli, menciona sólo a personajes de la política y la sociedad como miembros de las logias: Nicolás Esguerra, Luis E. Nieto Caballero, el general Benjamín Herrera y Leo Kopp entre otros (Historia de la Masonería Colombiana. Bogotá, 1975).

(22) Carlos Uribe C., Los Años Veinte..., pp. 36-43 y Gilberto Mejía, El Comunismo ... p. 17. En las crónicas urbanas de Osorio Lizarazo aparecen varias pitonisas y adivinas vinculadas a los grupos obreros. Una de ellas, Julia Ruiz, había sido

monja y cuando dejó la comunidad se convirtió en una radical anti-clerical. Luego convivió con el anarquista Biófilo Panclasta ("La Vida Misteriosa y Sencilla de Julia Ruiz", Novelas..., pp. 314-317; ver también *Claridad*, No. 52, 1928). En sus escritos anecdóticos al final de su vida, Torres Giraldo denunciaba escandalizado la presencia de hechiceros y adivinos en las filas del Partido Comunista de los años 30. Para él eso era otro 'lastre artesanal' (Anecdotario, pp. 48-49 y 123-124).

(23) Esto fue lo que ocurrió en Cali entre Torres Giraldo y los Evangélicos (Ibid pp. 64-65).

(24) Tal fue la posición del mismo Torres Giraldo, y del PC posiblemente, ante una propuesta liberal de apoyar a los protestantes contra el 'feudalismo católico'. Torres G. argüía que el catolicismo era la religión del pueblo (Ibid. pp. 110-111).

(25) El extremo ateísmo, aunque sí existió en intelectuales y dirigentes obreros, estuvo lejos de ser una tradición artesana como lo sugiere A.G. Quintero Rivera para Puerto Rico ("Socialist and Cigar Maker: Artisans' Proletarianization in the Making of the Puerto-Rican Working-Class", Latin American Perspectives, 37-38, Vol X, No. 2-3, 1983, p. 28) Para el caso colombiano ver *El Martillo*, No. 1, 1916 y Anecdotario, pp. 22-23. El grupo de Torres Giraldo, llamado por el clero como los 'Ravacholes', fue condenado a un año de prisión por sacrilegio!. Torres escapó en esa ocasión de ser encarcelado iniciando su carrera política en la defensa de sus compañeros (ibid. pp. 18-25).

(26) De los periódicos obreros consultados, tal vez *El Socialista* fue el más anti-clerical, igualando esa lucha con la anti-estatal. El periódico no ahorró páginas en su cruzada, llegando a publicar pruebas de la negación de la divinidad de Jesús (25 mayo, 1928). En un artículo en forma de plegaria, se contrastaba el legado de Jesús con lo que hacía el clero: "Tú sembraste la semilla del amor y en los campos ha nacido la cizaña del odio ... y las bocas que tú enseñaste a modular bendiciones, barbotan asquerosas, injurias agresivas. Y el camino que Tú abriste, ellos lo han llenado de estiércol" (*Claridad*, 10, marzo, 1928). Por la misma vena, *La Humanidad* decía: "si Cristo rompiera la vetusta roca del bueno de José de Arimatea y pudiera pasearse por los templos, es seguro, que la simonía de los fariseos le obligase a blandir de nuevo su látigo sobre la espalda de los réprobos" (20 julio, 1925). En los años 30, la organización creada por Jorge E. Gaitán, la UNIR, continuaría la campaña anti-clerical y de denuncia de la simonía (Véase, por ejemplo, *Unirismo*, No. 32, 1935). El ateísmo de Vargas Vila surge de su búsqueda espiritual, de la desolación y soledad en que vivió (Diario Secreto, pp. 35, 45-46). En 1914 escribía en París que "una terrible obsesión de la muerte me posee... afirmo mi ateísmo... quiero que se sepa que muero ateo como he vivido" (Ibid. p. 74). Más adelante explicaría la lógica de su ateísmo: "ser Dios de sí mismo es la única manera de hacer tolerable a Dios, sin menguas ni esclavitud [pues] Dios y libertad se excluyen" (p. 93).

(27) *El Luchador*, 8 junio, 1922.

(28) *El Martillo*, No. 2, 1916. Marta Herrera y otros, "Formar Docentes con Buen Criterio (Entrevista a José Francisco Socarrás)", Educación y Cultura, No. 7, 1986. Los

dirigentes socialistas de los años veinte también se referían al clero en términos duros: "Sanguijuelas del pueblo" los llamada Vicente Adamo; "Hipócritas, pérfidos, embusteros y traidores" los catalogaba el inmigrante griego E. Priftis. (Germán Mejía y Juan C. Eastman, "Comunismo, Socialismo..." pp. 5 y 24).

(29) *La Voz Popular*, 1925, citada por Alfredo Gómez, Anarquismo ... p. 39.

(30) *Claridad*, 13 abril, 1928. *La Humanidad* decía: "... tenemos el sentido de la lógica en el templo de la diosa Razón" (4, julio, 1925; véase también 20 junio, 1925). "Todo se precipita hacia el más allá de la armonía universal: es decir hacia las ideas modernas".(Artículo escrito por E. Priftis en *La Humanidad*, 23 mayo, 1925; ver también *El Socialista* 10 feb., 1920).

(31) *Claridad*, en los años 20, dedicó páginas enteras a alabar establecimientos que utilizaban moderna tecnología y trataban bien a sus trabajadores. Un periódico conservador obrero describió en detalle mejores procedimientos para las cosechas y alabó el taylorismo (*UCO*, 24 marzo, 1928).

(32) *Partido Obrero*, No. 10, 1916; *El Socialista*, 1 mayo, 1920 e Ignacio Torres G., Los Inconformes, Bogotá: Editorial Margen Izquierdo, 1973, Vol III, p. 665. David Sowell curiosamente señala que la adhesión de los artesanos al golpe militar de Melo en 1854 se hizo desde una perspectiva 'reaccionaria', para preservar los privilegios ("...Artisans and Politics..." pp. 166-167).

(33) Entrevista con Manuel Hernández, Barrancabermeja, 1985 y Vargas Vila, Diario Secreto, pp. 80-82. En 1935, *Claridad* (No. 139) publicó el Plan de Ayala con el ánimo de mostrarle al gobierno el camino de la transformación agraria. Torres Giraldo señala que el proyecto de reforma constitucional levantado por la izquierda liberal a mediados de los años treinta, "tiene influencia de la Constitución mexicana expedida en 1917" (Los Inconformes, Vol IV, p. 281).

(34) En la capital del país fue famoso, en la segunda mitad del siglo XIX, el círculo literario del dirigente radical José María Rojas Garrido (Luis M. Mora, Croniquillas de mi Ciudad. Bogotá, Ed. Banco Popular, 1936, pp. 50-54). Sobre la censura, un entrevistado dijo: "se combatían especialmente las obras de Vargas Vila porque eran obras profundamente anticlericales y antieclesiásticas... por ejemplo el Jesús de Renán, esas cosas así, los escritores como Renán o libre pensadores, enciclopedistas franceses, no se podía leer eso, eso lo condenaba la Iglesia" (Gilberto Mejía, Medellín, 1988).

(35) Entrevista, Bogotá, 1988. En la biografía del dirigente agrario Juan de la Cruz Varela, de próxima publicación, Rocío Londoño muestra la influencia de esa literatura en su formación revolucionaria.

(36) Gilberto Mejía, El Comunismo ... p. 18. Torres Giraldo habla también de su padre como un liberal radical del que aprendió mucho (Anecdotario, p. 11). La asistencia a ritos funerarios liberales fue la experiencia personal de Guillermo Hernández

Rodríguez, primer secretario del Partido Comunista (Entrevista, Bogotá, 1988). La prensa socialista continuamente registraba esas peregrinaciones (Ver *El Luchador*, No. 199, 1922, y No. 238, 1923). En los años 40 aún seguía esa costumbre. El concejal comunista Angel M. Cano, por ejemplo, hizo una visita al Cementerio Universal de Girardot en 1942. (*El Diario Popular*, 10, sept., 1942). Sobre la influencia familiar, un entrevistado dijo: "Mi madre y una tía ... me dormían contándome cuentos ... la mayor parte eran los tradicionales de Caperucita Roja y todo, pero instintivamente, porque ellas lo estaban viviendo, lo sentían todavía, (me contaban) cuentos de la guerra y yo fui formando una mitología verdaderamente revolucionaría en mi mente infantil" (Jorge Regueros Peralta, Bogotá, 1988).

(37) Aunque su prolífica obra fue censurada en Colombia y despreciada por los intelectuales, los obreros y campesinos "recitaban aquellas terribles frases lanzadas contra Núñez y los conservadores" (Consuelo Triviño, prólogo al Diario Secreto de Vargas Vila, pp. 12-13). La cálida recepción que le hicieron los estudiantes de Barranquilla durante su breve estadía en el país fue una muestra de su popularidad (Ibid. pp. 17-18 y 205). El mismo se proclama radical y acérrimo defensor del individualismo (pp. 108 y 206). Curiosamente esto lo acercó al anarquismo. En 1922 escribió: "Aquel que no sabe destruir, no sabrá nunca crear; no hay nada más fecundo que las entrañas de una ruina" (p. 137). A lo largo de su vida fue admirador de anarquistas como Luis Bonafoux y Pompeyo Gener (pp. 97-98 y 121). Parece que, por su parte, los anarquistas españoles se inspiraron en sus panfletos (pp. 13-14). Su revista Némesis fue un órgano de propaganda anti-yanki (pp. 53, 58 y 91). Vargas Vila fue amigo de José Martí (pp. 157-158).

(38) Rafael Uribe U., Pensamiento político, Bogotá: Ed. Populibro, 1976, pp. 160 y 198. Según Torres Giraldo, los 'Ravacholes' tenían una mezcla de radicalismo uribista, socialismo y anarquismo catalán (Anecdotario pp 16-25). En los años 30 se publicará en Honda el periódico *Ravachol* que proclamaba una "intransigente rebeldía" (No. 1, 14 de sept., 1937). Ver también *El Luchador*, 15 junio, 1922.

(39) El dirigente liberal Armando Solano se declaraba, en 1928, socialista, pues a sus ojos el socialismo era el resultado lógico del liberalismo (*Claridad*, No. 51, 1928).

(40) *El Partido Obrero*, 11 marzo, 1916.

(41) En una ciudad poco obrera y conservadora como Popayán hubo también expresiones radicales en su cultura popular en los años 10 (Ignacio Torres G. Anecdotario, pp. 36, 42-43, y 53-54). Sobre el renacer de las tradiciones radicales en los años treinta ver Richard Stoller, "Alfonso López and the 'Revolución en Marcha'", ponencia al XV Congreso de LASA, Miami, 1989.

(42) 14 feb., 1920. Gaitán llevará a su máxima expresión la ruptura con el individualismo, desde una tradición aún liberal (Ver, por ejemplo, *La Voz del Obrero* [Buga], No. 82, 1932).

(43) Tomado de *El Pueblo* de Girardot (*El Luchador*, 19 mayo, 1922.) Como se señala en la Introducción, este fenómeno es lo que George Rude designa como ideología 'inherente', para diferenciarla de la 'adscrita' o proveniente del exterior (Véase Ideology and Popular Protest).

(44) *El Socialista*, 13 de sept., 1920. Ver además David Sowell, "...Artisans and Politics...", pp. 166-167 y 357-363.

(45) "Colombia ofrece la particularidad que antes de que hubiera socialismo ya había anti-socialismo" (Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas... p. 139).

(46) Reproducido por *El Siglo* 5, agosto, 1936.

(47) Rafael Uribe Uribe, Pensamiento Político y Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas, pp. 185-186. Raul E. Mahecha se declaraba heredero de una tradición socialista cristiana. (Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, 1929. El Movimiento Revolucionario Latinoamericano. Buenos Aires: Revista Correspondencia Sudamericana, 1930, pp. 133-134.)

(48) *El Partido Obrero*, 29 enero, 1916.

(49) Véase por ejemplo *Boletín Círculo de Obreros* Nos 35,42-43, y 49 de 1919. El artículo 'La Cuestión Social' señalaba la existencia de malos salarios, desnutrición, altas tasas de interés, etc. Se decía que la situación del campo era aún peor que la de la ciudad. Pero la solución, según el articulista, era la reglamentación de la tasa de interés y el fomento de las virtudes cristianas entre empleados y empleadores! (Ibid., No. 206, 1922).

(50) Jorge Regueros Peralta en su entrevista (Bogotá, 1988), insistía en que el eclecticismo se debía a que hasta los años 30 el socialismo colombiano no tenía una teoría que lo sustentara. La admiración por el socialismo europeo era manifiesto desde los años diez. "Las teorías de Jaurés van evolucionando el cerebro de Francia y levantando poderosamente el colectivismo universal" (*El Comunista*, No. 1, 1910). En 1928 los obreros eran ya escépticos de esas teorías. Un obrero, respondiendo a la mencionada encuesta lanzada por *El Socialista*, decía que admiraba el 'socialismo evolucionista' de Jaurés y Kautsky, porque era humano, pero lo rechazaba por utópico y "por notar en la diafanidad de su fondo un no sé qué de infantilismo franciscano" (1 de mayo de 1928). Ver además Ibid, 26 feb, 1920; 5 y 7 abril, 1920; y *El Luchador*, 9 enero, 1923 y 29 feb., 1924.

(51) En un comentario sobre la aparición de un libro del dirigente Socialista Tomas Uribe Márquez, se ilustraba el eclecticismo del socialismo criollo de los 20: "inspirado en el espíritu de clase y siendo su objetivo el servir un ideal de revolución, campea en vibradora arrogancia el lenguaje viril de los hijos de Anarkos, y sobre la aguda espiral de los principios de Marx y Lenin, flamea el oriflama rojo de la libertad" (*La Humanidad*, 26, junio, 1926) El libro se llamaba Rebeldía y Acción y fue escrito en forma de catecismo. Para Gaitán el socialismo era simultáneamente la solución a las injusticias y el mejor medio de desarrollo del país. Pero al contrario de los marxistas, él

creía más en la evolución que en la revolución, así mismo defendía el papel transformador del liberalismo. (Richard Sharpless, Gaitán of Colombia, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1978, p. 49.)

(52) En la famosa encuesta sobre por qué la gente se consideraba socialista, unos se declararon anarquistas, otros simplemente socialistas y unos pocos comunistas. El periódico pretendía llegar a todos esos sectores.(*El Socialista* 1, mayo, 1928.)

(53) En este punto diferimos de Daniel Pecaut cuando dice que "el artesanado, que progresa al lado de la industria, no proporciona ni sus tradiciones ni sus obreros calificados y en consecuencia le hacen falta al movimiento obrero los principios de defensa que animaron al comienzo a los movimientos europeos" (Orden y Violencia, p. 235) Es cierto que el artesanado no aporta sus trabajadores calificados y seguramente no transmitió las mismas tradiciones de los artesanos europeos, pero sí aportó tradiciones propias que servían de defensa a los obreros colombianos como hemos visto.

(54) Salvo algunas estadísticas de Medellín a principios de siglo, había poco interés oficial por estudios sobre las condiciones obreras. En los años 30, la Contraloría General de la República inició una admirable investigación en las principales ciudades, ayudada por técnicos españoles y alemanes. En los años 50, bajo gobiernos conservadores, ese interés desaparecería.

(55) Alberto Pardo P., Geografía ..., p. 72.

(56) Jesús A. Bejarano, "El Fin de la Economía ....", p. 257 y DANE, "Colombia Económica, 1923-1929", Boletín Mensual de Estadística, No. 300, julio, 1976, p. 129. En 1925 la PEA total se contaba en 2'505.000, de los cuales el 68.6% se ubicaba en las ramas agropecuarias dejando unos 788.000 en los otros sectores. Hugo López ha calculado para 1929 la PEA por sectores así: minería 51.000; construcción, 63.000; e industria manufacturera, 101.000 ("La Inflación...", pp. 95-96). Según el mismo autor entre 1925 y 1928 la fuerza de trabajo aumentó en 140.000 personas de las cuales el sector agropecuario absorbió el 42.4%, minería 7.8%, industria 11%, construcción 12.2% y otros sectores 26.4%. La industria fue la más dinámica con las mayores tasas de empleo (Ibid. p. 96). Jesús A. Bejarano, utilizando otras fuentes, habla de 53.528 asalariados y empleados en la Industria Manufacturera para 1929 ("El Fin de la Economía..." p. 551).

(57) Censo de Población 1938, p. 151 y DANE, "Colombia Económica..." p. 129.

(58) Daniel Pecaut afirma que entre 340 y 370.000 eran artesanos mientras los obreros eran unos 100.000 (Orden y Violencia, p. 197) En los estudios de la Contraloría se ve que para las grandes ciudades las profesiones de mayor número de encuestados estaban ligadas a los sectores artesanales. Las entrevistas confirman esa apreciación. "En el año 30 prácticamente el desarrollo industrial era artesanal" (Gilberto Mejía, Medellín, 1988.) "El Artesanado era el grupo [obrero] más poderoso en los primeros años" (Jorge Regueros P., Bogotá, 1988). Ver también Jorge Bernal, "Características ...", p. 9 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 191.

(59) Censo de 1938, pp. 157-165. Si incluimos los 831.712 'obreros y peones' vinculados a las actividades agropecuarias, nos da casi 1'500.000, una tercera parte de la PEA de ese año.

(60) Los trabajadores colombianos del transporte, especialmente portuarios y ferroviarios, fueron desde el principio el sector más combativo de la clase obrera, lo que parece diferir de lo sucedido en Estados Unidos, en donde sólo hasta los años 20 se lanzaron a la lucha reivindicativa. (David Montgomery, The Fall of the House of Labor, pp. 399 y ss.) Los ferroviarios del área de Sao Paulo también parecen vincularse tardíamente al movimiento laboral (John French, "Industrial Workers ...", p. 26). En el censo de 1938 se incluyeron los trabajadores de los pequeños talleres en la industria manufacturera, pues cuando se separan esas categorías en 1945, el número de obreros de esa rama se reduce a 115.617 (Primer Censo Industrial, 1945, p. 441).

(61) *El Correo Liberal*, 20 junio, 1924. Para el caso europeo sucedía algo similar en las primeras fases de la industrialización. "En la economía familiar asalariada el trabajo de las hijas continuó siendo definido por las necesidades de sus familias" (Joan Scott y Louise A. Tilly, Women, World and Family, New York: Holt, Rinehart and Winston, 1978, p. 106. Ver también los capítulos 2, 4 y 6 de esa misma obra).

(62) Ignacio Torres G. explicaba la gran participación femenina en las huelgas generales de Medellín de mediados de los años 30, diciendo que como la mujer estaba menos cercana a la política, podía oír con más apertura el discurso revolucionario (Huelga General en Medellín, Medellín: Ediciones Vientos del Este, 1976, pp. 55-56).

(63) Jorge Bernal, "Características...", pp. 10-11 y DANE, "Colombia Económica: 1923-1929" pp. 144-146.

(64) Entrevistas a Luis E. Bolívar y Fabiola Roldán, Medellín, 1987 y a Salustiano Pulido, Eliécer Pérez y Abraham Cadena, Bogotá, 1988. Ver también Grupo Cultural Vikingos, La Perseverancia un Barrio con Historia, Bogotá: Dimensión Educativa, 1988.

(65) Censo 1938, pp. 157-165.

(66) Censo Industrial, 1945, p. 441 y Orlando Grisales, "...Bavaria..." p. 17. En otra cervecería similar en Bogotá, Germania, un entrevistado narraba que a su madre y a otras trabajadoras las "echaron injustamente sin reconocerles ninguna prestación social" (Eliécer Pérez, Bogotá, 1988). El estudio de las hojas de vida en Juan José Echavarría, "External Shocks...", p. 164a.

(67) En la prensa de los años 40 aparecen peticiones de mujeres trabajadoras para que se les reconozca el auxilio de maternidad (*Diario Popular*, 8 abril, 1943). En la Conferencia Nacional de Mujeres de 1945 se pidió igualdad de derechos con los varones trabajadores y auxilio de maternidad (ibid. 13, feb, 1945). Un reciente estudio que explora rigurosamente la evolución de la mano de obra en Fabricato es el libro de Luz Gabriela Arango, Mujer, Religión e Industria, Medellín: U. de Antioquia - U. Externado, 1991.

(68) "La mayoría éramos solteras, entrábamos allá solteras". (Entrevista con Bárbara de Restrepo, Bogotá, 1988). Jorge Bernal, "Características ..." p. 14. La empresa de Teléfonos de Bogotá, de propiedad inglesa hasta los años 40, no dejaba a sus trabajadoras casarse (*El Espectador*, 9 de abril, 1937). En Coltejer y Fabricato el 83.4% de trabajadores y trabajadoras eran solteros (Juan José Echavarría, "External Shocks...", p. 164a.)

(69) En 1941 por primera vez una mujer llegó al cargo de Oficinista Mayor después de 17 años de servicios oficiales (*El Espectador* 7, enero, 1941). La primera audiencia judicial practicada por una mujer fue en el mismo año (Ibid. 1, abril, 1941).

(70) Rafael Bernal, "Las condiciones... Barranquilla", 1948, p. 26.

(71) Paradójicamente en las entrevistas con Antonio Meberack, Arturo Solórzano y Ezequiel Romero (Barrancabermeja, 1985) se afirmó que hasta los años 50 no había mujeres empleadas en las petroleras. Ver también *El Espectador*, 27 de nov., 1935 y Gonzalo Buenahora, Huelga en Barranca. pp. 48-49. El sacerdote Montoya, conocido por su anti-comunismo, se opuso a la sindicalización de las lavanderas (*La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, Nos. 80 y 82, 1937). Denunciando la situación de las mujeres que trabajaban como 'sirvientas' de los norteamericanos los comunistas decían que eso rompía a la familia proletaria pues el padre estaba en las petroleras y la madre de 'sirvienta' quedando los hijos abandonados (*El Bolchevique*, No. 45, 1935).

(72) Contraloría General de la República, Primer Censo Sindical de 1947, Bogotá: Ed.Contraloría, 1949, pp. 66-67. Las mujeres en Barranca ingresaron como secretarias a la categoría de empleadas. Su entrada al mundo sindical tomará más tiempo (Entrevista con Ezequiel Romero, Barrancabermeja, 1985.)

(73) Perry Anderson señala muy resumidamente cuatro etapas del trabajo femenino en la Europa industrializada: ingreso a la fuerza laboral en la temprana industrialización; luego,hasta la Primera Guerra Mundial, la mujer fue reemplazada por los hombre en las industrias y confinada al hogar; posteriormente, entre las dos guerras, el servicio doméstico desapareció sin que hubiera alternativa para el trabajo femenino; y finalmente después de la Segunda Guerra, se produjo el ingreso masivo de la mujer a posiciones de 'empleados' y al sector terciario ("The Common and the Particular", International Labor and Working-Class History, No. 36, Fall 1989,p. 33). En Colombia parecen darse más apretadamente las dos primeras fases, la tercera se da paralelamente a la cuarta, que se insinúa desde los años 50, aunque no en las proporciones europeas.

(74) Jorge Bernal, "Características..." p. 12. Tres entrevistados afirmaron haber ingresado al mundo laboral antes de cumplir 14 años (María C. López, Esperanza Hernández y Antonio Pineda, Medellín,1987). Bárbara de Restrepo señalaba que en las industrias textileras de Bogotá también "muchas muchachas entraron de 14 años" (Entrevista, Bogotá, 1988). Para estadísticas posteriores Paul Hermberg, "El Costo de Vida de la Clase Obrera de Bogotá", Anales de Economía y Estadística, No. 1, Tomo I, 1938,p. 11. Ver también los otros estudios de la Contraloría ya citados para Medellín

(1940, p. 14), Barranquilla (1948, pp. 27-28) y Censo Industrial, p. 441. Según Juan J. Echavarría, sólo Coltejer y Fabricato habían contratado un alto porcentaje de trabajo infantil en los primeros años (24.2%), las otras empresas estaban por debajo del 3%. ("External Shocks...", p. 164a.)

(75) El primero en afirmarlo fue Miguel Urrutia en su obra ya citada, colocando esa hipótesis como explicación de la debilidad del movimiento obrero colombiano. Bárbara Weinstein critica este tipo de enfoque que pone toda la explicación de los cambios en las relaciones laborales en el Estado, desconociendo otros mecanismos de control y de resistencia obrera ("Expanding the Scope of Latin American Labor History: Industrialization, Worker-training and Social Control in Sao Paulo", MS, 1984, pp 2 y siguientes).

(76) Basado en ese supuesto, Juan José Echavarría insiste en que la mano de obra de las industrias analizadas era calificada ("External Shocks...", pp. 160 y 164A). Ver además Francisco Abrisquieta "Condiciones ... Medellín", p. 21. Antioquia fue tradicionalmente el departamento más alfabetizado (Alberto Pardo P., Geografía ... p. 94). Para el caso barranquillero ver Rafael Bernal, "Condiciones ...Barranquilla", pp. 29-30 y Censo Industrial, pp. 517-519. Una entrevistada dijo haber estado 6 meses en una escuela en donde se le enseñó de todo, pero escasamente aprendió a leer, a escribir y a sumar "un poquitico" (María C. López, Medellín, 1987).

(77) El dice que el complejo de ignorancia lo llevó a leer mucho e incluso a asistir a cuanta clase pudiera, aún a nivel universitario (Anecdotario, pp.14-15 y 35).

(78) Según el Censo Industrial, las actividades mejor remuneradas son las que más altos índices de alfabetismo muestran, con la excepción de 'minerales no-metálicos', es decir petróleo (pp. 517-518). Generalmente los estudios históricos laborales colombianos no pasan de vagas referencias, como la de Urrutia, frente a la falta de calificación de la fuerza de trabajo.

(79) David Sowell insiste en la imagen de mano de obra calificada que proyectaban los artesanos en el siglo XIX ("...Artisans and Politics", pp. 4-5 y 286). Osorio Lizarazo en su novela 'Casa de Vecindad', ubicada en los años 30, coloca un personaje, 'la obrerita', que trabaja como dobladora en una imprenta a pesar de haber estudiado mecanografía, redacción y matemáticas en una escuela normal secundaria (Novelas... pp. 34-39). En sus estudios de caso en los años 60, Charles Savage insiste en que los sastres se consideraban mano de obra calificada y que el aprendizaje del oficio les consumía cerca de diez años (Sons of the Machine. Cambridge: the MIT Press, 1986, pp. 156 y 170).

(80) El gremio de constructores exigía una 'matrícula' o licencia para ejercer como 'maestro'. Parecía ser, pues, un control de la oferta de trabajo (Entrevista con Roberto Insignares, Barranquilla, 1986).

(81) Erasmo Egea decía que en los años 20 él era uno de los pocos que sabía leer y escribir. "... En el 30 ya fue llegando gente de Antioquia, y de todas partes, pero al

principio era puro analfabetismo... había un 60% de analfabetas o más" (Barrancabermeja, 1985).

(82) Los historiadores barranquilleros Vergara y Baena explicaban, con tonos racistas, el porqué de la baja calificación de los trabajadores colombianos: "La causa es bien conocida: es la inconstancia típica de nuestra población y su indiferencia ante las cuestiones técnicas y abstrusas... Y este mal endémico colombiano hecho de inconstancia y de despego por el trabajo técnico, que se manifiesta especialmente por la trashumancia y la alternabilidad de los trabajadores, nos lleva a la cuestión fundamental: la carencia de educación técnica..." (Barranquilla ...2a edición, p.169).

(83) Los salarios en el Laboratorio Picot " permitían a los trabajadores atender, sin mayores preocupaciones, a su tarea diaria y dedicarle todo su entusiasmo y sus conocimientos en cada ramo, a colaborar con los directores de la empresa en la gigantesca tarea de convertirla en la mejor de Colombia" (Ibid. p. 176). Una anécdota ilustra la percepción de los cambios tecnológicos en una industria cervecera de Bogotá: "El viejo Clemente Piñuela... no sabía leer ni escribir; entonces pusieron unas máquinas modernas en las cuales había que anotar presiones, temperaturas y él, como no sabía leer, entonces la empresa lo pensionó y me dieron ese chance..." (Entrevista con Salustiano Pulido, Bogotá, 1988).

(84) Los artesanos a lo largo del siglo XIX habían presionado al Estado, exigiéndole educación técnica (David Sowell, "...Artisans and Politics", pp. 111, 202, 206-212 y 242). Durante la Regeneración se intentó enviar a cinco aprendices al extranjero para que después transmitieran sus conocimientos al resto del artesanado. En 1893 se fundaron paralelamente el Instituto Nacional Artesano y el Instituto Salesiano en Bogotá (ibid. pp 261-262 y 277; y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 190). Desde fines del siglo XIX la Sociedad de San Vicente de Paul de Medellín venía impartiendo educación técnica y religiosa al mismo tiempo (Reglamento de la Sociedad de San Vicente de Paul, Medellín, 1890). La élite colombiana distó mucho de la racionalidad observada por otros grupos empresariales como el de Sao Paulo, que desde los años 40 presionó para la formación de una institución de educación técnica, SENAI (Bárbara Weinstein, "Expanding the Scope...").

(85) Catherine Le Grand ha mostrado cómo los trabajadores bananeros, con la crisis de la United Fruit Co., a partir de los años 30, adquirieron los baldíos abandonados por la multinacional, reconstituyendo por largo tiempo el campesinado en la zona ("Campesinos y Asalariados en la Zona Bananera de Santa Marta, 1900-1935", Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 11, 1983, pp. 235-250). Charles Bergquist ilustra la exitosa resistencia de los trabajadores cafeteros a la proletarización hasta los años 50: "Entre 1920 y 1950 muchos trabajadores y pequeños productores cafeteros gradualmente emergieron victoriosos en la batalla por liberarse de los opresivos sistemas precapitalistas de trabajo y ganar control de los medios de producción cafeteros" (Labor in L.A.,p. 311). Sin embargo, a partir de los años 50 se aceleraría el proceso de proletarización de esos trabajadores (ibid p. 371). Coincidimos con Bergquist en su descripción del predominio de valores liberales en la clase obrera

colombiana, pero tenemos otra explicación para su adopción por parte de los obreros (pp. 263 y 368-375). Julián Arturo cuestiona las aproximaciones dualistas que oponen excluyentemente los sectores formal e informal, pues según sus hallazgos los trabajadores, en los años 70, se mueven permanentemente de un sector al otro ("The Formation..." p. 64).

(86) Algunos de los artesanos prefirieron ir a trabajar a las industrias para asegurar un ingreso estable y prestaciones sociales (Entrevistas con José D. Gómez, Eduardo Palacio, y Norberto Velázquez, Medellín, 1988). Eugenio Colorado se mostró muy agradecido por el mejoramiento de sus condiciones de vida al pasar de una zapatería a una industria del calzado (Entrevista, Bogotá, 1988).

(87) Indudablemente hubo desesperación en los artesanos desplazados por la industria, pero el hecho de que hubiera la posibilidad de retorno la hacía menos dramática que en el caso europeo. En ese sentido las reflexiones que Osorio Lizarazo pone en un personaje, un tipógrafo desempleado, son más fruto de su pesimismo filosófico que de una realidad extendida (Novelas..., p. 71). Ese pesimismo se reafirma cuando el protagonista concluye: "En lo único que creo es que el mundo esta mal hecho y que es preciso dejarlo así" (ibid p. 82). Hay, sin embargo, otras referencias históricas que hablan de una crisis de los tipógrafos (Luis M. Mora, Croniquillas, p. 45).

(88) Paul Hermberg, "Condiciones... Bogotá", pp. 3 y 23. Julián Arturo dice que, en los años 70, los trabajadores encuestados en Bogotá y Zipaquirá sólo cubrían el 80% de los ingresos familiares ("The Formation..." Cap. 4o.). Francisco de Abrisquieta, "Condiciones... Medellín", pp. 13 y 24. Los cálculos de Juan J. Echavarría coinciden con estos datos. El 68% de los trabajadores de Bogotá tenían entre 2 y 5 dependientes, mientras el 53.6% de los de Medellín tenían 6 o más dependientes ("External Shocks..."p. 164c.).

(89) Luis E. Bolívar, antiguo textilero, decía: "como estas casas tenían un solar, yo mantenía legumbres ahí sembradas, (en mi) huerta casera" (Entrevista, Medellín, 1987). Para el caso de Bogotá véase Osorio Lizarazo, Novelas... pp. 305-306 y Antonio Gómez, Bogotá, p. 92. Para Barrancabermeja ver entrevista con Elba de Vélez, 1985. En este caso no se observó una reconstitución campesina, sino una reserva económica para las crisis o el desempleo por parte de los petroleros.

(90) Una anécdota ilustra una de las miles formas de 'rebusque': "yo trabajaba por mi cuenta entre los años 50 y 58. Me tuve que ir por allá a vender medicina por el (Río) Magdalena con un hermano que no era médico graduado sino 'tegua', y entonces él me dijo: 'la única solución es esto: pues yo receto lo que tú me lleves'. Y así me defendí hasta que volví a trabajar en el 58" (Entrevista con César Ahumada, Barranquilla, 1986).

(91) El Correo de Colombia, 6 dic., 1926.

(92) Un entrevistado contaba que antes de ingresar como textilero trabajó en ferrocarriles, en harineras, en otras industrias textiles, fue vendedor de almacenes, celador y hasta tuvo su propio negocio de ventas (Entrevista con Miguel Buitrago,

Bogotá, 1988). Las textileras eran más estables que los otros grupos de trabajadores (Juan J. Echavarría, "External Shocks...", p. 164a.)

(93) Entrevistas con Eduardo Palacio, Norberto Velázquez e Israel Hernández, Medellín, 1988. Este último decía también que había regresado al oficio por "amor al arte".

(94) El comunicador social Luis Gonzaga Motta, apoyándose en los trabajos de A. Mattelard, hace esa distinción entre formas 'defensivas' y 'ofensivas' de resistencia ("Cultura de Resistencia y Comunicación Alternativa Popular en Brasil", en Elizabeth Fox, Comunicación y Democracia en América Latina. Lima: Desco-Clacso, 1982, p. 75).



3

VIDA COTIDIANA EN LOS SITIOS DE TRABAJO



El 13 de febrero de 1920, la mayoría de las trabajadoras de la fábrica de Tejidos de Bello --una población situada a menos de 15 kilómetros de Medellín-- decidían, en contra de la minoría de varones que allí laboraban, irse a la huelga. El conflicto inmediatamente llamó la atención pública no sólo por ser liderado por mujeres --destruyéndose en la práctica el mito de su docilidad--, sino por la denuncia del tipo de vida que se llevaba dentro de la industria. Una mirada a las peticiones de las huelguistas revela las duras condiciones de trabajo en una de las empresas pioneras en el desarrollo industrial del país: Además de la elevación del salario en un 40% --en la fábrica se ganaba $1.50 semanal, casi la mitad del promedio nacional-- y del reconocimiento salarial en caso de enfermedad, las mujeres exigían la nivelación con los varones bajo la consigna 'a igual trabajo, igual salario'. Y si las peticiones remunerativas no parecen sorprendentes, veamos las otras: destitución de dos vigilantes que habían abusado de las trabajadoras; supresión de las multas y castigos en la fábrica; disminución de la jornada diaria laboral, que rayaba en las 11 horas; y, finalmente, permiso para permanecer calzadas durante el tiempo de trabajo!.

No difiere mucho este panorama de lo que sucedía en los principios de la industrialización en Europa. Si esto ocurría en una moderna fábrica cerca de Medellín, ¿qué se podía esperar en las industrias situadas en distantes comarcas, o en las obras públicas, o peor aún en las haciendas? Aunque eventualmente las trabajadoras consiguieron la mayoría de lo que pedían, su situación distaba de ser ideal (1). Lo sorprendente no es que jóvenes de ambos sexos hayan seguido acudiendo a las fábricas en búsqueda de empleo; al fin y al cabo el panorama era similar en todas ellas y las necesidades económicas seguían vigentes. Lo que nos llama la atención es que hoy en día trabajadores y trabajadoras de base recuerden esas épocas como los años dorados, a pesar de las inhumanas condiciones de trabajo. Por ejemplo una textilera que entró a trabajar a la empresa de Bello por la época de la huelga recordaba que el dueño tenía fama de tacaño pues no permitía que las trabajadoras estuvieran calzadas en la fábrica porque dizque se le gastaba el piso!. Pero más adelante, en la misma entrevista, decía que el dueño era un 'viejazo' que las trataba bien ! (2). Sólo un cuidadoso estudio de las condiciones de trabajo y de la racionalidad de las relaciones laborales nos permite resolver los dilemas que plantea la memoria obrera y entender en mejor forma la cotidianeidad en la que se gestó la clase obrera.

1. Relaciones Paternalistas

Si hay un elemento común en todas las entrevistas que hicimos a trabajadores y trabajadoras de las primeras generaciones, éste es que fueron contratados sin muchos requisitos. Ello era lógico, en un momento como el que vivía la economía colombiana en los años 20. Las nacientes industrias, los ferrocarriles y puertos, las obras públicas, la explotación petrolera y la construcción estaban en plena expansión, compitiendo entre sí, y con los sectores tradicionales, por la captación de la mano de obra. Por ello, en los años veinte, Colombia vivió tal vez su único período de pleno empleo (3). Aunque para los años de la Gran Depresión el desempleo hizo su aparición, especialmente en las obras públicas, el dinamismo de los nuevos sectores de la economía se mantuvo, arrojando tasas positivas de crecimiento del empleo total (4). Además los bajos requerimientos de calificación de la fuerza de trabajo en los primeros años explica la facilidad de contratación que los entrevistados recordaban.

En Barrancabermeja, la Tropical Oil Co. aceptaba fácilmente a los que acudían voluntariamente, y en momentos de escasez de mano de obra recurrió al tradicional 'enganche'. "Entonces", recordaba un petrolero, "había la facilidad para la cuestión del empleo y no exigían tantas recomendaciones; a veces le decían al trabajador que mostrara las manos; si estaban callosas eso era suficiente para entrar". "En esa época había trabajo. No era sino llegar a Barranca y usted quedaba automáticamente trabajando", comentaba otro entrevistado. Un último, finalmente, agregaba que lo único que exigía la multinacional era un examen médico: "fui de buenas porque a los tres días de estar aquí ya estaba trabajando y no había problemas de ninguna naturaleza, no exigían preparación, lo único era que saliera el examen médico y ya estaba el puesto asegurado" (5).

A lo largo del Río Magdalena sucedía algo parecido con la contratación de braceros. Aunque, por conquista obrera, entre 1937 y 1945 fueron los sindicatos los que determinaron la contratación del personal, como se verá en el capítulo 6, la facilidad de ingreso era similar a la de las actividades extractivas (6).

En las ciudades las cosas no eran diferentes para las primeras generaciones obreras. Un antiguo albañil recuerda así su ingreso al oficio, en la Bogotá de los años diez: "Me paré en una esquina y pasó un Maestro, un albañil, y me dijo, '¿usted quiere trabajar'?. Yo le dije 'sí,como no'. Me llevó a trabajar a un solar que estaban haciendo ahí ...donde hoy es la Plaza de las Aguas". Los pequeños talleres artesanales procedían de igual forma. Un carpintero antioqueño recordaba que en esa época "todo el mundo era llamado 'venga y aprenda'; y donde uno llegaba seguro que ahí mismo [encontraba trabajo] ... no había problema" (7).

Los ferrocarriles jugaron un gran papel en las apartadas regiones colombianas, empleando jóvenes campesinos de las haciendas. Aunque no era requisito, sí era útil tener familiares en la empresa ya que ello agilizaba el proceso de contratación (8). Cuando se dio el proceso de nacionalización del sistema ferroviario, se hizo necesario contar con un 'padrino' político para ser contratado allí. Esta característica del sistema clientelista era tradicional para todo empleo público (9).

En las nacientes industrias el panorama no era diferente al ya descrito para otros sectores. Los requisitos de ingreso para las primeras generaciones de obreros se reducían a una recomendación (de un familiar, un sacerdote o una autoridad política), y al examen médico (que servía para determinar las condiciones físicas del aspirante y la edad). Aún cursando ya el año de 1941, lo único que se le pidió a una aspirante para ingresar a una fábrica textilera fueron esos dos requisitos (10).

En Medellín, más que en ninguna otra ciudad estudiada, convenía mucho tener familiares ya vinculados a las empresas o, en su defecto, haber nacido en un municipio que gozara de buena fama (11). Hasta bien entrado el siglo XX había una gran informalidad en la contratación de nuevo personal. Una antigua trabajadora de la mencionada fábrica de Bello afirmó que a ella no le exigieron firmar ningún tipo de contrato :"eso no se firmaba nada, eso llegaba uno y pedía el trabajo y [le decían]'camine'..." (12).

A estas alturas conviene preguntarse el por qué de los pocos requisitos para ingresar al mundo laboral. Una explicación reside en la baja calificación que exigían las actividades económicas que se contrataban con los trabajadores asalariados. Pero hay también otra explicación que responde a las relaciones laborales y, en últimas, a las formas culturales imperantes en la época: Lo que buscaban los empleadores era crear **lazos personales** con sus empleados, ya que por la pequeña escala en la que funcionaban muchos de esos establecimientos esto era favorable. No obstante esta consideración, el sistema de contratación con escasísimos requisitos también se hizo evidente en las grandes empresas y aún en actividades extractivas y de transporte.

Pero, a pesar de que existían oportunidades de trabajo, no todos los aspirantes entraban. Esto hacía que el trabajador, al conseguir empleo, se sintiera escogido no por un impersonal sistema de selección sino por la generosa concesión del empresario. Por ello, quienes ingresaban a las primeras empresas se sentían agradecidos con los patronos. Estos, a su vez, confiaban más en la impresión que les dejaba el conocimiento directo del trabajador por medio de entrevistas y recomendaciones que en sofisticados exámenes de admisión.

Así, desde el momento de la contratación se iniciaba una relación personal que se alimentaría continuamente durante los primeros años de la industrialización del país. Al igual que en la economía de hacienda, el objetivo seguía siendo reforzar las lealtades de los trabajadores, aunque ahora los sistemas de trabajo eran formalmente más libres (13). Existen muchos ejemplos de esta identificación operada entre los primeros trabajadores y sus empresas. Un textilero antioqueño decía: "Coltejer me dio a mí y yo le di a Coltejer toda la vida". Un ferroviario, también antioqueño, recordaba la gran motivación con la que se laboraba en las primeras épocas: "nosotros no sabíamos sino trabajar con ese ánimo, con esa voluntad que tenía uno para trabajar ... nosotros, con tal de que la empresa progresara ... no pensábamos en nada" (14). Todavía en los años 60, Charles Savage encontró vigentes esos lazos personales en sus estudios de caso en Antioquia. Según el autor, los empresarios contrataban no individuos sino familias. Así se entiende que un viejo trabajador "hable aún de la factoría como 'mi casa', de la empresa como 'mi familia' y del patrón como si fuera 'un padre'" (15). Los lazos familiares actuaban en estos casos como formas de control social.

Si la contratación creaba lazos familiares, el paternalismo de los primeros empresarios los reforzaba cotidianamente. En Bogotá los trabajadores recordaban con nostalgia al fundador de Bavaria, el comerciante alemán nacionalizado Leo S. Kopp. Se dice que cuando 'don Leo', como lo llamaban los trabajadores, viajaba a Alemania cada dos o tres años, traía regalos para cada uno de sus trabajadores!. Pero el mito sobre su bondad iba aún más lejos: se recuerda que no sólo construyó un hospital, sino que cuando algún trabajador se enfermaba, o una mujer iba a dar a luz, él mismo los llevaba en su carro. "Patrones como ése son muy difíciles de conseguir ahora", concluye quien contaba esas anécdotas. La fama de 'don Leo' se hizo extensiva a su hijo, Guillermo Kopp: "ese era una plata, el pan del pobre; a todo pobre que llegaba le daba trabajo, era muy bueno, noble y conciente". Como su padre, él también solía dar regalos a sus trabajadores, especialmente en Navidades, y les prestaba plata en situaciones difíciles (16). La situación era tal, que muchos de la gran empresa cervecera de Bogotá la llamaban 'Mamá Bavaria' (17). Algo similar ocurría con otra gran empresa bogotana: Cementos Samper. Los dueños, señala un testigo, eran muy atentos con los trabajadores. Los saludaban a cada uno por su nombre, tuteándolos e inquiriendo por sus vidas como si se tratara de viejos conocidos (18).

Si ello sucedía en Bogotá, caracterizada por el elitismo de sus sectores empresariales, en Medellín, con una menor distancia entre pueblo y élite, las lealtades de los trabajadores para con las empresas eran aún más intensas. El paternalismo hizo también carrera en las primeras empresas de textiles, especialmente cuando una familia, los Echavarría, controlaba las principales industrias. "Los Echavarría, recuerda un textilero, cuando eran dueños de esto,

eran muy buenos porque siempre nos daban muchos kilitos [de tela] regalados". De acuerdo con las tradiciones católicas, la Navidad era el tiempo privilegiado para el paternalismo. En las primeras épocas, los Echavarría solían hacer una gran fiesta en Diciembre para sus trabajadores y luego cerraban las fábricas por varios días, con lo que todo el personal salía a vacaciones colectivas. El día de la fiesta, según se recuerda, se mataban varios cerdos y las esposas de los dueños repartían canastas con comida y regalos para los trabajadores y sus familias. Cómo serían de impactantes esas festividades que, muchos años después, los trabajadores y trabajadoras las recuerdan con lujo de detalle. Recordando lo que hizo Fabricato en el municipio de Bello, alguien decía: "Fabricato fue la madre de todo el pueblo" (19).

En el caso de las multinacionales concentradas en actividades extractivas, la dependencia de los trabajadores hacia ellas se incrementó por razones obvias. En la práctica, empresas como la United Fruit Co. o la Tropical Oil Co. no sólo adelantaban la explotación agrícola o petrolera de la zona, sino que monopolizaban casi todas las actividades económicas locales. En Barrancabermeja, la Troco controlaba el transporte con su propio ferrocarril, y el comercio por medio de almacenes que vendían a precios subsidiados (los llamados Comisariatos) (20). Por similares motivos, a la United Fruit Co. se la conoció en Colombia y en Centro América como 'mamita Yunai' (21).

En nuestro país, al igual que en otras partes de América Latina, las multinacionales debieron copiar los sistemas de contratación y las relaciones laborales nativas de principios de siglo. A pesar de provenir de países con una mayor racionalidad capitalista, las condiciones internas las obligaban a acudir al enganche de trabajadores y a desarrollar lazos familiares con sus empleados, por lo menos en sus primeras épocas. La Tropical Oil Co. no fue una excepción. Además del ya mencionado 'enganche' forzoso de trabajadores costeños, la multinacional reprodujo el sistema de trabajo basado en cuadrillas, bajo el mando de un capataz, generalmente un norteamericano (22). Estos capataces, como sus homólogos rurales, tenían gran autonomía en la organización del trabajo de sus súbditos: nadie se podía mover de un frente a otro de trabajo sin su consentimiento; sin consultar previamente con la gerencia, subían o bajaban el salario de sus trabajadores, reforzando la dependencia de éstos para con sus jefes. Como anotaba un testigo: "Si uno le caía bien a los gringos, le aumentaban; si uno le caía simpático al gringo podía progresar" (23).

Además, por las difíciles condiciones de explotación de los pozos petroleros, la organización basada en cuadrillas era la única alternativa viable. En la práctica el petrolero de las primeras generaciones se identificaba era con su cuadrilla, y no con la gran multinacional. Era el capataz el que lo conocía y el que cumplía las funciones de patrón. Se lograba así la atomización de los trabajadores en forma similar a como acontecía con el sistema de contratación indirecta practicado por la United Fruit Co. en la zona bananera, pero tal vez

con una organización del trabajo más eficiente, al menos para las necesidades de la explotación del crudo. Aunque en sentido estricto la relación con los mandos medios era distinta de la de los patronos, unas y otras se sustentaban a principios de siglo en el mismo paternalismo (24).

A veces el trato familiar, los caprichosos aumentos de salario y los regalos navideños no fueron suficientes para el mantenimiento de la lealtad de los trabajadores. Se necesitaba también un discurso que reforzara cotidianamente la imagen de la empresa como una gran familia. La religión católica fue el contexto ideológico que enmarcaba la búsqueda del sentimiento de familia, de comunidad entre el capital y el trabajo. Aunque la presencia del catolicismo fue más fuerte en donde la cultura popular lo permitía, como en el interior del país, también tuvo influencia en apartadas zonas como Barrancabermeja, a pesar de que los directivos de la Tropical no lo compartieran. La posibilidad de construir una comunidad en las empresas se enmarcaba en la declaración de la Conferencia Nacional de Obispos de 1920: "Justicia y caridad en los patronos; respeto y sumisión en los obreros" (25).

La presencia de sacerdotes en las grandes fábricas era común en las ciudades del interior durante los primeros años de la industrialización. Unicamente en el anterior contexto se entiende que los empresarios, afanados por la utilización al máximo de las jornadas laborales, permitieran interrupciones por motivos religiosos, tales como charlas con los sacerdotes, la celebración de la misa o la realización de Ejercicios Espirituales (26). La existencia en los sitios de trabajo de pinturas religiosas, especialmente del Sagrado Corazón, mostraba la labor vigilante de la religión en la cotidianeidad laboral (27).

La devoción a los santos no sólo era permitida, sino fomentada por los primeros empresarios, especialmente los del interior. Por ejemplo, la fiesta de la Virgen del Carmen era celebrada con entusiasmo por trabajadores y empresarios. En esas oportunidades estos últimos solían mostrar el rostro agradable del paternalismo, permitiendo la celebración de bailes y entregando regalos a los trabajadores. Las Navidades, las Primeras Comuniones y las grandes festividades del santoral católico eran los momentos privilegiados para construir esa idea de la empresa como una gran familia (28). Por ello los empresarios estuvieron dispuestos a perder incluso tiempo laboral, sabiendo que obtendrían mayor lealtad de la mano de obra. De hecho, según el Censo Industrial de 1945, en Colombia se perdía casi el 21% de las jornadas laborales por fiestas religiosas, mientras sólo el 0.5% por huelgas (29).

La ideología de la "gran familia" tomó más fuerza en Antioquia, entre otras cosas, por las razones culturales ya vistas. "El personal de Fabricato", recordaba alguien cándidamente, "era un personal muy piadoso, muy creyente, yo no sé, como tan uniditos, tan bueno". Refiriéndose a las primeras

generaciones, otro decía: "en el tiempo en que nosotros trabajábamos, yo no sé, o sería arrodillados que seríamos nosotros, pero nosotros vivíamos muy amañados en Fabricato, vivíamos contentos" (30). Seguramente no todos los trabajadores y trabajadoras colombianos de la época suscribirían estas expresiones, pero ellas son sintomáticas de lo que pasaba a principios de siglo en algunas empresas.

Incluso las primeras leyes laborales se elaboraron en ese contexto paternalista. En Bogotá el Concejo Municipal aceptó la donación de unos terrenos para iniciar la construcción de un barrio 'obrero'. Posteriormente, en 1918, se consagraría a nivel nacional la exigencia de construir dichos barrios con parte de los presupuestos municipales. En 1915, un año después del asesinato de Rafael Uribe Uribe y en tributo a su memoria, se consagró como ley su propuesta de protección en casos de accidentes. Pero en materia legal fueron los empresarios antioqueños los que marcaron la pauta paternalista. A fines de los años 10 se presentó en el plano regional un proyecto para crear la Oficina de Inspección de Fábricas, encargada de visitar mensualmente los establecimientos de más de 10 trabajadores. En dichas visitas se revisaría que hubiera 'matronas' que vigilasen a las trabajadoras en cada sitio de trabajo, que existiera un reglamento de moralidad e higiene en los talleres, que se cumplieran las disposiciones legales sobre trabajo infantil y femenino y, finalmente, que se evaluaran las relaciones entre jefes y trabajadores, y entre obreros y obreras (31). Como se observa, la intención moralista era evidente. Nótese además que los empresarios antioqueños aceptaban cierta vigilancia, pero a nivel regional, oponiéndose a cualquier intervención del Estado central.

En 1925 la Asamblea del Departamento de Antioquia perfeccionó la reglamentación sobre Inspección de Fábricas para "garantizar la salubridad, seguridad, moralidad y justicia en ellas". En ese mismo año de 1925 se creó oficialmente en Antioquia el oficio del 'Abogado de los pobres'(32). Aunque seguía presente la preocupación moralista, estas disposiciones legales tenían también la intención de controlar la protesta laboral que hizo irrupción a fines de los años diez. En el plano nacional el control del movimiento laboral fue lo que predominó desde 1920, siendo la reglamentación sobre las huelgas lo más elaborado en materia legal (33).

Sorprende hablar de protesta laboral en un ambiente impregnado de paternalismo y de imágenes idílicas de comunidad entre capital y trabajo, pero precisamente lo que buscaba el paternalismo era ocultar las duras condiciones en las que trabajaron las primeras generaciones de obreros y obreras. Paternalismo y opresivas condiciones laborales no eran sino dos lados de una misma moneda. Mientras las segundas abarcaban la cotidianeidad laboral, el primero se encargaba de suavizarlas temporalmente.

2. ¿Un Capitalismo Salvaje?

Lo que hemos descrito en las páginas anteriores eran sólo instantes en los ritmos de la producción. Pero la cotidianeidad laboral era otra cosa muy distinta del paraíso que el paternalismo quiso presentar. Eso, en el fondo, no lo ignoraban ni los trabajadores ni los empresarios.

Las relaciones laborales colombianas no surgieron de la noche a la mañana. Brotaron enraizadas en las condiciones sociales imperantes en los campos y en las aldeas. La clase obrera, desde el principio, mostraría que estaba dispuesta a crear un nuevo 'contrato social'. Multas, suspensiones, destituciones sin motivo y aún castigos físicos hacían parte de una cotidianeidad laboral que los trabajadores estaban dispuestos cambiar. En 1918 los trabajadores del Ferrocarril de la Sabana, en Bogotá, elevaron su voz contra esos abusos, que ellos designaban como de **mal trato** por parte de los empresarios. En 1926, los trabajadores de una apartada fábrica textil, de capital franco-belga, denunciaban la supervivencia de una especie de 'peonaje a deudas' en la fábrica. Los escasos $3.00 semanales que ganaban no les alcanzaba para pagar las multas y el arriendo de las habitaciones facilitadas por la empresa. Dos años antes habían tenido que recurrir a la huelga para disminuir la jornada de trabajo de 13 a 10 horas! (34).

En 1926, una denuncia firmada por 'un obrero' hablaba de las pésimas condiciones de trabajo que soportaba en la cervecería Los Andes y llamaba a luchar por "la abolición del menosprecio con que se nos ha venido mirando". En 1928 se acusaba a la fábrica de Tejidos de Samacá (en el Departamento de Boyacá) de 'tratar mal' a los trabajadores y de tener largas jornadas de trabajo, poca higiene y bajos salarios. Una trabajadora de Coltabaco de Bucaramanga ratificaba en su entrevista que en las primeras épocas hubo persecución sexual de las trabajadoras por parte de algunos administradores. Hasta en 1937, los obreros de un molino en Bogotá se quejaban de que el patrón les pegaba; y los trabajadores de la extracción del oro en la costa Pacífica denunciaban que se les seguía tratando como esclavos (35). Estas denuncias, sin embargo, eran sólo la punta del iceberg: en muchas empresas en donde no se pudo denunciar la situación laboral, las condiciones eran iguales o peores precisamente por la ausencia de canales de expresión.

En los primeros años de la industrialización del país, los empresarios nacionales y extranjeros no sólo combinaban el paternalismo con las prácticas despóticas en el uso de la mano de obra. Con la intención de extraer la máxima ganancia en el corto plazo acudieron también a formas de explotación propias de las fases primitivas del capitalismo, dentro de una lógica de explotación de la plusvalía por la vía absoluta. De esa combinación de prácticas laborales coloniales y del temprano capitalismo europeo, surgieron las relaciones sociales que caracterizaron las primeras fases de la industrialización colombiana.

El súbito descenso de los salarios nominales, las largas jornadas de trabajo, la contratación indirecta de la mano de obra, el predominio del pago por tareas, el pago en vales que se redimían sólo en los almacenes de las empresas, la ausencia de toda seguridad social, las pésimas condiciones higiénicas de los establecimientos, los despidos injustificados, las multas y castigos físicos, la persecución sexual de jóvenes y mujeres trabajadoras y, en fin, el despótico trato a los obreros, eran facetas comunes en las relaciones de trabajo de los primeros decenios de este siglo. Si a este oscuro panorama le agregamos la ausencia de conquistas obreras ya logradas en Europa --mejores salarios, mayor nivelación entre sexos, pago de dominicales y vacaciones, derechos por maternidad, aceptación de los sindicatos y de la negociación colectiva, etc.-- tendremos un panorama laboral bien pobre, mas no excepcional en América Latina para ese momento.

A continuación, veamos con un poco más de detalle las condiciones laborales en las cuatro ciudades estudiadas:

En Bogotá y Medellín, para los primeros decenios de este siglo, había una buena proporción de menores de 15 años trabajando en pequeños talleres y en las incipientes industrias. En 1929 un grupo de empresarios antioqueños --propietarios de prestigiosas industrias textiles, de alimentos y bebidas, de calzado, y de trilladoras de café-- se opusieron a un proyecto de limitar la edad de ingreso al mundo laboral. Aduciendo razones paternalistas y moralistas decían:

> "... hace pensar este proyecto que, de convertirse en ley, todos los niños y niñas menores de 18 años que trabajen en nuestras fábricas, que no tengan labores fáciles para ocuparse, o que no hayan recibido la instrucción elemental, quedarán vagando por las calles y expuestos al crimen y a la corrupción..."

Los empresarios, además, señalaban que se perdería la capacitación de trabajadores y trabajadoras que habían entrado a las empresas con 12 años o menos y que para la fecha de aprobarse la ley no hubiesen cumplido aún los 18 años (36).

El trabajo femenino, ya analizado cuantitativamente en el capítulo anterior, era aún más incómodo que el de los jóvenes varones. Además de compartir con ellos las oprobiosas condiciones laborales, debían soportar las insinuaciones sexuales de jefes, vigilantes y hasta de los mismos obreros. El novelista Osorio Lizarazo, describiendo a un personaje designado paternalistamente como 'la obrerita', concluye: "la mujer que pretenda vivir de su trabajo, sólo de su trabajo, tiene que luchar mucho, mucho más que un hombre" (37).

Las jornadas laborales en la naciente industria excepcionalmente estaban por debajo de las nueve horas diarias. Las élites se oponían, en los primeros

años de la industrialización, a la disminución de la jornada de trabajo, argumentando razones moralistas. Por ejemplo, en un artículo aparecido en un periódico conservador en 1920 se decía que acortar la jornada de trabajo favorecía la multiplicación de los vicios pues el trabajador dispondría de más tiempo libre. En 1926, otro articulista conservador iba más lejos: Según él, la jornada de 8 horas trastocaba el orden natural, ya que el día se hizo para trabajar y la noche para descansar. Descansar en el día era prostituirlo. En forma típica antioqueña, concluía apelando a los ancestros:

> "Nuestros abuelos, los que fecundaron el campo, esos viejos honrados y escrupulosos, creadores de riqueza, no dieron descanso a su brazo, ni el ocio vil reposó en su vida, ni fueron al mitin, ni exigieron derechos, ni pidieron reivindicaciones, y con todo eran felices, más felices que los obreros de ahora a quienes ofuscan las luces falsas de un ideal engañoso encendido por los sectarios de la venganza y el libertinaje."

En 1927, un editorial del mismo periódico rechazaba no sólo la jornada de 8 horas, sino incluso la disminución de 12 a 10 horas diarias:

> "Lo más conveniente para el pueblo trabajador sería un aumento del salario y no la rebaja de horas de trabajo; serían dos horas que se dedicarían al ocio infecundo, cuando no a la cantina y a otros entretenimientos malsanos en que dilapidarían el producto de su trabajo" (38).

Por la misma vena, empresarios antioqueños --los líderes de la industrialización del país--, se opusieron a la implantación del salario mínimo, invocando en este caso argumentos del liberalismo económico: "La cuestión del salario debe arreglarse por libre acuerdo entre patronos y obreros ... No siempre los más altos salarios, son más favorables para la subsistencia del obrero, pues éste por ganar más, muchas veces se dirige a los lugares más malsanos" (39). En consecuencia el establecimiento del salario mínimo deberá esperar hasta los años 50 para su aprobación.

Las condiciones ambientales en las fábricas y talleres por lo general distaban de ser aceptables desde el punto de vista de higiene básica. Las altas temperaturas, la falta de ventilación, e incluso la misma fragilidad de las construcciones de talleres y fábricas fueron motivos de permanente queja por parte de los primeros trabajadores. Un obrero de la fábrica de vidrios integrada a la cervecería Bavaria recordaba así las condiciones de trabajo:

> "Eso se trabajaba era con carbón y diga usted ese calor ...y acose y eche rastrillo...y los del envase, el jefe de envase acosándolo a uno; 'mire que no tengo vapor, que está muy bajito'; y uno échele carbón y rebulla, y ahí era cuando el carbón salía malo, entonces uno lavado en sudor..."

En las textileras antioqueñas las cosas no eran mejor. Un trabajador recordaba que el "ambiente era muy pesado". A pesar de tener las ventanas abiertas, "eso era un completo infierno ...era un calor tremendo. Las condiciones [eran] sumamente inseguras; [había] mucho accidente" (40).

En esas condiciones ambientales, además de los accidentes propios del trabajo, se presentaron con el tiempo problemas respiratorios. Además, la apresurada construcción de locales para albergar la maquinaria, ocasionó no pocos derrumbamientos. En 1927, por ejemplo, un deslizamiento de tierra arrasó con una parte del muro de la fábrica textilera antioqueña Rosellón, dejando algunos muertos y numerosos heridos. Dos años después la empresa aún no había reconocido ningún tipo de indemnización a los afectados, lo que los condujo a un conflicto huelguístico (41). Esta situación se sumaba a la permanente denuncia de los trabajadores por la ausencia de algún tipo de seguridad social.

En las primeras épocas, cuando un trabajador era expulsado de la empresa quedaba en la calle, sin un centavo, a no ser sus escasos ahorros personales. Por eso la amenaza de ser arrojado del trabajo era un arma muy eficaz de control de la mano de obra por parte de los empresarios. "En esa época," recuerda una textilera, "eran muy delicados; por nada lo echaban a uno". A ella misma la suspendieron por alegar con las supervisoras (42).

Además de las suspensiones y de las amenazas de expulsión, se acudía al sistema de multas y hasta a castigos físicos en aras de controlar la mano de obra. "En el taller", recuerda Eugenio Colorado de sus épocas de zapatero, "el patrón de uno le echaba fuete ... si uno no hacía las cosas bien como se las ordenaba". Y aunque estas prácticas fueron más comunes en los talleres artesanales, no estuvieron ausentes en las industrias (43).

Si a este deprimente cuadro se le agregan caprichosas exigencias, como la del dueño de la fábrica de Bello de prohibir el uso de calzado durante el trabajo, se tiene un panorama que distaba del que idílicamente proyectaban los empresarios. Un textilero antioqueño recordaba así las primeras épocas:

> "La humillación más tremenda es la de las empresas en el año 30 para atrás, 40 para atrás... usted si pasaba de aquí, allí lo suspendían 12 horas o un día. Si usted conversaba con un amigo o una amiga, téngalo en cuenta que se iba un día para la casa; si a usted lo veían siquiera mascando le abrían la boca ... o lo echaban o lo suspendían o le recortaban el día de trabajo" (44).

Es cierto que desde los años treinta las cosas comenzaron a cambiar debido a presiones de abajo y a transformaciones en la racionalidad empresarial. Pero el cambio no fue tan rápido ni uniforme como se esperaba. En 1934 un ingeniero y pequeño empresario describía críticamente el panorama de las industrias antioqueñas:

> "...no es defensable [sic] la manera como se explota a los obreros y obreras en algunas fábricas antioqueñas. No hay equidad para con ellos y los jornales no guardan relación con las utilidades que detentan las compañías ... con estos sistemas de injusticia social es como se fomenta el comunismo" (45).

En otros sectores menos reglamentados que las fábricas las cosas no eran sustancialmente mejores. En la construcción, por ejemplo, no existía prácticamente límite en la jornada de trabajo. Un antiguo albañil barranquillero decía que los asalariados de ese sector trabajaban de "cotorra a cotorra", lo cual no es sino una expresión local del tradicional trabajo de 'sol a sol' de los esclavos. Las condiciones laborales eran aún más opresivas, si cabe la expresión, que en la industria manufacturera. Así lo recuerda el mismo albañil:

> "Si el tipo descansaba más de media hora entonces ahí mismo venía el 'juete' (era un tipo que llamaban el capataz) y ese decía, '¿qué hubo, qué hace? A trabajar'... no había preaviso, ni carta de despido, ni junta de reclamos, ni nada de lo que hay hoy en día ... Quienes ayer sufrieron todas esas inclemencias saben que eso era terrible, eso era doloroso ... al tipo lo botaban como a un perro; no había médicos, no había medicina. Si se cortaba la mano le ponían un poco de cal y un poco de gasa y para la casa" (46).

Los trabajadores del transporte estaban también en difíciles condiciones. Los tranviarios, y posteriormente los choferes de bus, tenían más de diez horas de trabajo intenso conduciendo y controlando el pago de la tarifa. Las primeras épocas de los ferroviarios fueron también duras. Uno de ellos recordaba lo que le tocó vivir a su padre, antiguo empleado de una empresa inglesa:

> "El fue maquinista; en esa época no había prestaciones, no había ninguna clase de vacaciones... no se pagaban horas extras... se trabajaba desde las seis de la mañana hasta las dos o tres de la mañana del siguiente día viajando... Así trabajó mi papá 29 años [hasta] cuando lo botaron ... entonces no le pagaron ninguna clase de indemnización, absolutamente ninguna" (47).

Algo similar ocurría con los trabajadores del Río Magdalena, por lo menos hasta mediados de los años 30. En un relato novelado, un dirigente obrero describe así las condiciones de ellos:

> "El contraste entre las comodidades, la alimentación del capitán y de los pasajeros, y las de la tripulación era aberrante. La marinería ni siquiera tenía derecho a comer en mesa. Ni platos, ni cubiertos, ni siquiera agua filtrada. Cada hombre tenía que sacar el agua del río con una pequeña lata o tarro que atado a una cuerda llevaba siempre consigo, lo mismo que una cuchara de palo o de totumo para sacar las porciones de carnes de la peor calidad. Las condiciones de alojamiento tampoco eran mejores. Durmiendo encima de la carga, sobre bultos de arroz o de café, de cemento o cueros de res, con riesgo de sufrir graves lesiones o caerse los arrumes, lo cual era frecuente como

consecuencia de la permanente trepidación de los motores ... o cuando el buque chocaba contra los troncos o los bancos de arena" (48).

En Barrancabermeja, los trabajadores también soportaron en los primeros años de la explotación petrolera opresivas condiciones laborales. Un cronista de la ciudad, que distaba de ser tachado de comunista, escribía que los sitios de vivienda de los trabajadores, "no fueron otra cosa que tambos mal cubiertos en que los trabajadores improvisaban sus camas ... expuestos al sereno, a la humedad, y al efecto de los violentos cambios de temperatura, a los vendavales, a las lluvias y a las tremendas plagas". Sobre la alimentación en los primeros años señalaba que, "estaría en un error quien creyera que la comida para esta esforzada falange de trabajadores sería una admirable reparación contra tantos sacrificios" (49).

Se repetía, pues, la historia que otros trabajadores contaban en las industrias, medios de transporte o la construcción, con el agravante de tratarse de una economía de enclave en un clima malsano. El médico Gonzalo Buenahora, que consumió parte de su vida en el puerto petrolero, recordaba que los trabajadores allí, "vivían en condiciones completamente antihigiénicas e infrahumanas". En contraste, la Tropical Oil Co. consideraba sus relaciones laborales como un modelo. Un informe de un directivo de la multinacional al embajador norteamericano, a raíz de la huelga de 1924, concluía así: "permítame decirle que el trabajo de la Tropical Oil Company en Barrancabermeja, y especialmente el trato a los empleados, ha sido objeto de elogio por parte de gentes imparciales que han visitado la concesión" (50).

Por más paradójico que parezca, muchos trabajadores de base de las industrias, medios de transporte, construcción y enclaves extractivos, aceptaban la propaganda de la empresa como la gran familia, a pesar de vivir las oprobiosas condiciones laborales ya descritas. La misma trabajadora que se quejaba de que el dueño de la fábrica de Bello no las dejara ir calzadas, concluía la entrevista diciendo que, "allá no lo trataban mal a uno, allá no trataban mal a nadie. Lo único eran los vigilantes que ahí acosaban un poquito". Esta contradicción en la memoria de los entrevistados de base, que podría llevar a algunos estudiosos a proferir acusaciones de 'falsa conciencia', 'inmadurez política' o 'atraso ideológico', merece una explicación más histórica, alejada de todo voluntarismo.

Por supuesto que los trabajadores sentían la explotación --tanto la sentían que iban a la huelga para luchar contra ella--, pero también sentían el impacto del paternalismo de los primeros empresarios. Los trabajadores y trabajadoras de las primeras generaciones resolvían la contradicción con una lógica similar a la que llevó a los Comuneros de Santander en 1781 a gritar "Viva el Rey y Muera el Mal Gobierno!". Para muchos trabajadores los empresarios eran 'buenos', mientras los mandos medios eran los 'malos' (51).

Los obreros no percibían las relaciones de poder en las empresas y miraban con simpatía al patrón que aparecía poco por los sitios de trabajo, mientras condensaban el descontento con quienes ejercían directamente la autoridad. "El trato era bueno", señalaba un trabajador de Bavaria, "lo que pasa es que hay el intermediario, el capataz que quiere dárselas de más papista que el Papa; pero los dueños en sí eran buenas personas". Un trabajador cementero agregaba, "había mucha humillación de los mandos medios porque finalmente en ese tiempo los dueños eran sólo los Samperes....[ellos] pagaban muy barato, pero eran muy puntuales y muy serios, muy educados,...nos respetaban mucho". Los vigilantes parecían ser los culpables del despotismo en las fábricas. Una textilera recordaba:

> "Allá lo controlaban a uno también; allá cierto que no se iba sino a trabajar, casi no se podía conversar porque en ese tiempo había mucha vigilancia. En un salón tenían un jefe y un supervisor. El jefe no se entendía sino con estadística de personal; el supervisor se dedicaba a mirar cuál trabajadora hacía pereza ... eso se pasaba a toda hora [caminando] para aquí y para allá [para] que uno no conversara casi con nadie; en ese tiempo era tremendo" (52).

Incluso los trabajadores petroleros distinguían entre las directivas norteamericanas y los capataces extranjeros y nacionales. En 1937 los trabajadores de la Texas Petroleum en Puerto Boyacá denunciaban "el trato soez y brutal con que algunos empleados de la compañía tratan a los trabajadores". Los de la Tropical Oil, más o menos por la misma época, pedían que "los capitanes colombianos y los jefes gringos den buen trato a sus compañeros subalternos" (53). Pero en el momento de la verdad no pocos preferían a los extranjeros sobre los nacionales. Los primeros, al fin y al cabo, estaban distantes de los odios políticos y de las tensiones regionales que envolvían a los colombianos. Un militante de izquierda así lo reconocía:

> "Los gringos para mí prácticamente eran excelentes personas porque con uno prácticamente no se metían desde que uno fuera constante allá en el trabajo y estuviera todos los días y entregara todas las cosas a su debido orden; si uno era veraz en el informe que se presentara, no tenía uno problemas con ellos. En cuestiones de regionalismos, de política, ellos directamente no se metían. Con ellos el trabajo era mucho mejor que con el nativo...[Cuando] el jefe llegó a ser todo colombiano, entonces vino la discriminación y la persecución en todas las formas" (54).

El paternalismo que se respiraba en las relaciones laborales de la época marcaba incluso la forma de exigir reivindicaciones. Un articulista de un periódico conservador antioqueño suplicaba a los dueños de las fábricas, en 1919, para que a las "obreritas se les rebaje la jornada de trabajo de 10 horas diarias, las multas exageradas y se les permita llegar tarde por los peligros a que se ven expuestas". (No era la primera vez que los miembros de la élite se

referían a las trabajadoras con el uso del diminutivo, que denotaba una patriarcal compasión.) En el mismo año el Círculo de Obreros del Padre Campoamor agradecía al presidente de la República de esta forma: "El Círculo guardará en sus anales con perpetua gratitud estas palabras del Excelentísimo señor Don Marco Fidel Suárez ... que demuestran interés y cariño por nuestra clase obrera". Algunos obreros usaron también el tono de súplica en sus demandas. En 1924, por ejemplo, un grupo de obreros bogotanos escribió al Congreso de la República solicitándole control de precios, terminando así su petición: "en vuestras manos está la salvación del pueblo colombiano" (55).

Un boletín clerical resumía lo que para los sectores de la élite eran las ideales relaciones laborales en los años veinte: Los empresarios debían evitar que el trabajo perjudicara el cuerpo o el alma de los trabajadores; debían pagar el salario 'justo'; permitir que los trabajadores cumplieran los deberes religiosos; socorrerlos en caso de necesidad; no despedirlos sin causa 'justa'; y, finalmente, "darles buen ejemplo". Por su parte, los deberes del trabajador se reducían a dos: "trabajar en la forma acordada durante las horas convenidas y abstenerse de lo que pueda perjudicar al patrón" (56). Esa ideología clerical y empresarial caló en sectores obreros, especialmente en el interior del país. Muchas obreras textileras decían orgullosas que en todo el tiempo de trabajo, en algunas casi 30 años, no cambiaron de oficio. Otras se preciaban de haber obedecido sin replicar nunca. "Nosotras éramos como muy dóciles en ese tiempo", recuerda una. Finalmente, un trabajador textilero resumía diciendo: "nosotros fuimos más humillados en asuntos de trabajo en ese tiempo" (57).

Sin embargo, ese ideal de comunidad entre empresarios y trabajadores se fue desmoronando lentamente. Los obreros comenzaron a percibir la conexión entre caridad y explotación, entre paternalismo y despotismo, entre los mandos medios y los empresarios. Con consignas como "no pedimos caridad sino justicia", o la más radical "las libertades no se piden, se toman", se inició lentamente el desenmascaramiento del paternalismo (58). Este sería también criticado por las nuevas concepciones empresariales de organización industrial, como veremos en la sección cuarta de este capítulo. Con nostalgia, y tal vez con algo de envidia, algunos trabajadores de base entrevistados contrastaban las primeras épocas con el presente: "los empresarios de ahora se tienen que dejar dominar, en ese tiempo nos dominaban". Lacónicamente otro decía: "la gente respetaba más a los jefes en ese tiempo" (59). Un largo proceso debió recorrer la clase obrera para romper el cascarón paternalista que, al mismo tiempo que la protegía, la explotaba.

3. La percepción obrera de los salarios

Antes de seguir adelante conviene hacer un pequeño excursus sobre la situación salarial de los trabajadores, pues ofrece también contrastes entre la realidad y la memoria. La utilidad del ejercicio reside no sólo en la importancia de la reivindicación salarial en la movilización obrera, sino en lo que enseña en cuanto a la percepción de sus condiciones de existencia. Una frase común en las entrevistas --"en ese tiempo el salario alcanzaba más que hoy"-- nos planteó un nuevo dilema: ¿ era realmente mejor el poder adquisitivo de los salarios en los primeros decenios de este siglo?, ¿o simplemente se trata de una mala jugada de la memoria por aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor"? En todo caso, queda la pregunta central de ¿ cómo fue la percepción obrera de la explotación? (60). Sólo una atenta mirada a la evolución salarial nos permite acercarnos en términos históricos a este aparente dilema --que lo es más para el investigador que para los entrevistados--, y por esa vía entender mejor el panorama ideológico y cultural en el que la clase obrera fue adquiriendo su identidad como tal. Desafortunadamente, y es bueno advertirlo desde un comienzo, el análisis de la evolución salarial tropieza con la escasez de estadísticas consistentes y comparables. Sin embargo, a pesar de la precariedad cuantitativa, con lo que existe se pueden ilustrar nuestras reflexiones.

Tanto las series históricas de salarios recopiladas por Miguel Urrutia y Mario Arrubla, como las construidas recientemente por Juan José Echavarría, muestran para sectores asalariados industriales y oficiales un permanente proceso de ascenso entre 1920 y 1945, con un descenso durante los años de la Gran Depresión (61). Lo anterior en términos de salarios nominales, pues los cálculos de salario real muestran un panorama menos optimista. Urrutia y Arrubla, en estimativos del salario real de obreras industriales de Medellín, señalan que entre 1923 y 1934 hubo un lento aumento de los salarios reales, con excepción de 1926, año de una marcada inflación. Durante los años de la Depresión, paradójicamente el descenso del salario nominal fue acompañado de uno más abrupto aún en los precios de la canasta de consumo. Para el período de la Segunda Guerra Mundial se presenta la tendencia al descenso o estancamiento de los salarios reales, lo que es confirmado por otra serie construida por los autores para trabajadores del Oriente colombiano, incluidos los de Bogotá. Las series de salarios reales trabajadas por Juan José Echavarría para obreros manufactureros de Bogotá y Medellín entre 1925 y 1950, confirman las tendencias ya señaladas (62). En síntesis, aunque el panorama salarial no fue del todo positivo, tampoco permite hablar de un deterioro permanente del poder adquisitivo. Si hubo momentos críticos (1926, 1934 y los años de la Segunda Guerra Mundial), la tendencia general fue al lento aumento del salario real. Pero por ser éste un concepto estadístico, que depende del año base, no refleja totalmente las condiciones de reproducción de los trabajadores. Así lo comprendieron también algunos técnicos de la entidad oficial de estadística en

los años 30, la Contraloría General de la República, cuyos estudios muestran otro panorama.

En un reciente ejercicio, calculado para el Medellín de 1921, se ve que si el jornal promedio era de $0.43 y una canasta familiar de 21 productos básicos costaba en promedio $1.10 diarios, el poder adquisitivo de los trabajadores escasamente cubría el 39% de lo que requería. Hay que recordar que entre 1919 y 1922 el país sufrió una fuerte crisis por el descenso de los precios internacionales del café. De ello dio testimonio la prensa obrera del momento. Por ejemplo, en 1919 y 1920 el *Boletín del Círculo de Obreros* se quejaba del alto costo de la vida exigiendo, como era propio de la mentalidad de la época, la apertura de comercios para 'obreros' a precios más baratos. Como los artesanos del siglo XIX, los obreros seguían atribuyendo a los especuladores el crecimiento en el costo de vida (63).

Según estadísticas históricas del DANE, en 1929 en Medellín todavía muchas industrias pagaban un mínimo de 50 y aún 30 centavos. En la industria textil antioqueña los hombres ganaban en promedio $1.43 en 1926, $1.69 en 1927 y $1.72 en 1928. Mientras tanto la mujeres, para los mismos años, ganaban $0.67, $0.73 y $0.81 (64).

A finales de los años 30 las políticas liberales, orientadas a integrar el mundo obrero, mostraron un interés por sus condiciones objetivas. De esta forma la Contraloría General de la República, con ayuda de técnicos alemanes y españoles, emprendió la labor de realizar encuestas que reflejaran las condiciones de vida de los obreros. Lo primero que llama la atención de esos estudios --que se adelantaron en Bogotá, Medellín, Barranquilla, Honda y Manizales-- es el peso que tenían los alimentos en el conjunto de los gastos obreros. En las familias de Bogotá el porcentaje era del 66%, en Medellín del 64% y en Barranquilla del 63%. Ello parece sugerir que la mano de obra vivía cerca del nivel de subsistencia (65). En otro estudio sobre condiciones alimenticias de los trabajadores de Bogotá para fines de los años 30, se señalaba que en su mayoría estaban desnutridos, con excepciones como la de Bavaria, cuyos promedios salariales eran de los más altos del país. En 1940 las directivas del Ferrocarril de Antioquia, otro de los sectores mejor remunerados, contrataron una investigación que encontró, además de una alta mortalidad infantil en las familias obreras, problemas de nutrición y alimentación. En 1949 la Contraloría concluía así el estudio sobre las condiciones alimenticias de los obreros de Barranquilla: "más del 50% de la población obrera examinada tiene un peso inferior al que corresponde por su edad y talla ... éste es uno de los más fehacientes testimonios de insuficiencia alimenticia entre la población de la ciudad" (66).

Para 1946, el economista Rafael Baquero hizo cálculos del 'salario vital' --el que requiere mínimamente una familia obrera para vivir una existencia

humana--, concluyendo que sólo tres grupos obreros de Bogotá --mineros, tabaco y bebidas-- y sólo el 11% de los trabajadores de Medellín, tenían salarios por encima de ese mínimo. El ejercicio académico no era sino un reflejo de las abundantes denuncias de la prensa obrera del momento. *El Diario Popular*, órgano del Partido Comunista, periódicamente criticó el alza en el costo de vida durante la Segunda Guerra Mundial. Como era tradición en los sectores obreros, se señaló a la especulación como el principal causante, exigiendo al gobierno el control de precios (67). Presionada por las organizaciones obreras, la administración de Eduardo Santos decidió en 1942 controlar algunos productos de primera necesidad. El periódico comunista respondió alabando las medidas, pero señalando dimensiones más profundas del problema: " estos actos de intervencionismo estatal, tan reñidos con los vetustos principios manchesterianos ... han sido recibidos con entusiasmo por todo el pueblo colombiano, pero no son suficientes [pues] se trata de un problema de tierra", para concluir apelando nuevamente a una reforma agraria que resolviera estructuralmente el problema (68).

Queda claro, por tanto, que a pesar del aumento de los salarios reales las condiciones de reproducción de los trabajadores distaban de ser las ideales. ¿Cómo entender, pues, la contradicción que plantea la memoria obrera sobre los salarios? No creemos que todo se resuelva diciendo que lo que los obreros percibían era el aumento de los salarios nominales y que esa fue la imagen que les quedó. Algunas aclaraciones conceptuales son muy útiles para resolver el contraste entre la evidencia empírica y la percepción de los trabajadores de base sobre el poder adquisitivo de sus ingresos durante los primeros decenios de este siglo.

Ante todo, los obreros de base entrevistados hablan de ingresos y no exclusivamente de salarios. Además, los cálculos de poder adquisitivo de los salarios se hacían generalmente por los jefes de familia, asumiéndolos como los únicos aportantes de ingresos para el hogar, lo cual no era real. Según los estudios de la Contraloría, los hijos y la esposa aportaban el 33% del ingreso familiar en Bogotá, 40% en Medellín y 50% en Barranquilla, porcentajes nada despreciables (69). Finalmente, pensando en términos de familia ampliada, no se puede desconocer el peso de los lazos con familiares y compadres que permanecían viviendo en zonas rurales. Estos miembros de la familia ampliada abastecían con productos agropecuarios a los hogares urbanos, productos que no entraban en las estadísticas de ingresos.

Estas precisiones conceptuales, sin embargo, no resuelven el dilema que nos ocupa. Es necesario esbozar una explicación que, incluyendo factores ideológicos y culturales, trascienda las explicaciones de carácter cuantitativo. Ante todo, lo que los entrevistados reflejan no parece ser la captación 'objetiva' del poder adquisitivo de sus ingresos, incluso familiares, sino una percepción subjetiva de un 'bienestar' en el pasado. Generalmente la comparación con las

condiciones previas que vivían en los campos arrojaba un balance positivo para los nuevos asalariados. Todavía en las entrevistas hechas por Savage en los años 60, los obreros de las pequeñas industrias antioqueñas comparaban el trabajo en las fábricas con la situación en los campos, favoreciendo a las primeras. El trabajo solitario del campesino, de sol a sol, expuesto a las inclemencias del tiempo y en condiciones de hambre, había quedado atrás al ingresar a las industrias. Un entrevistado por Savage decía: "aquí hay abrigo y calor, mejores garantías y más camaradería" (70). El simple hecho de ganarse un salario otorgaba un orgullo especial a los primeros trabajadores asalariados, dándoles una sensación de bienestar que permeaba todos los aspectos de su existencia.

Finalmente, volviendo sobre el argumento central en nuestra exposición, el paternalismo de las primeras empresas jugó un papel central en la percepción de los trabajadores de base de sus primeras épocas. Los lazos de lealtad que se construían desde el momento de contratación explican frases conformistas de los entrevistados: "[Aunque] era muy poquito el jornal en ese tiempo ... allí nos sosteníamos toda la gente [sic] que estábamos trabajando en las fábricas, fuera poquito o fuera bastante" (71).

Lo sucedido en el conflicto laboral de Coltabaco en 1939 es ilustrativo del peso del paternalismo en la percepción de ciertos trabajadores sobre sus condiciones de vida. Coltabaco desde sus inicios, en los años diez, fue presentada como la empresa modelo en relaciones laborales. Con su expansión a nivel nacional, la ideología de gran comunidad de intereses, construida en el contexto antioqueño, se diluyó. Los trabajadores de otras sedes, especialmente los de Bogotá, iniciaron la desmitificación de Coltabaco como la empresa modelo. En 1939 organizaron un sindicato, lo cual era considerado como una ofensa por los empresarios, y elaboraron un pliego de peticiones que fue obviamente desatendido por éstos. El resultado fue un conflicto huelguístico en Marzo de 1939, que abarcó sólo a la sede de Bogotá. La reacción obrera en otras ciudades fue bien diferente: en Medellín, por ejemplo, todos los trabajadores de la planta firmaron una declaración, oponiéndose no sólo al movimiento huelguístico sino denunciando que la sola fundación de un sindicato era "sencillamente una ingratitud y una injusticia a la empresa". Todos los asalariados antioqueños de Coltabaco concluían señalando que "estamos íntegramente satisfechos de las condiciones que disfrutamos como trabajadores de la empresa a la cual servimos con orgullo". Sólo 14 años más tarde surgiría la primera seccional del sindicato en Medellín, aún en forma inestable (72).

Aunque hay factores culturales para explicar la actitud de los trabajadores antioqueños --que no fue exclusiva de ellos, pues los de otras sedes hicieron declaraciones similares--, lo que interesa destacar aquí no es tanto las diferencias regionales cuanto el peso del paternalismo en la percepción obrera de su existencia. En todo caso, como lo ilustra la huelga de Coltabaco, el paternalismo comenzaba a resquebrajarse. Ello se debía en gran parte a la

presión militante de sectores obreros, pero también a nuevos elementos en el manejo del Estado y en los sectores empresariales que lo cuestionaban. Es necesario considerar este otro polo para entender lo que ocurría en la cotidianeidad laboral.

4. Hacia una nueva racionalidad empresarial

Las empresas colombianas nacidas a finales del siglo XIX, comenzaron a vivir cambios internos a partir de los años 30. No sólo las crecientes demandas obreras presionaban la renovación: ella era necesaria si se querían aumentar las ganancias. Incluso la misma Depresión marcó una preocupación para los sectores competitivos que querían seguir en el mercado. Paralelamente, las nuevas teorías de organización industrial, como el Taylorismo, comenzaron a ocupar una mayor proporción en los pénsums universitarios (73). Algunas industrias buscaron el aumento de la productividad a través de cambios tecnológicos, electrificándose y modernizando la maquinaria. También se aceleraron los procesos de concentración industrial y se produjo la transformación de muchas empresas en sociedades anónimas. Todo ello significaba un distanciamiento entre los empresarios y sus trabajadores.

Pero esos cambios tecnológicos requerían una nueva organización empresarial, como ya se venía predicando en otras partes del mundo y lo repetían las cátedras universitarias, especialmente en las facultades de ingeniería. La llegada de nuevas generaciones de empresarios y de tecnócratas a las industrias, socavó la vigencia de las relaciones familiares que cimentaban el orden paternalista. Uno de los primeros objetivos de los tecnócratas fue la reducción de costos para aumentar la rentabilidad. Por ello, rasgos típicos del paternalismo de los primeros años fueron desapareciendo. Los regalos personales y las continuas fiestas, los barrios mantenidos con grandes erogaciones por las empresa, el tiempo perdido en actividades religiosas, fueron desapareciendo. El patrón que conocía a sus trabajadores se hizo cosa del pasado. Ahora los obreros enfrentaban una distante administración que rechazaba el orden paternalista y atomizaba a los trabajadores como fichas de un gran conglomerado que ya no se podía concebir en términos familiares (74).

De este proceso no escapaban ni las actividades extractivas de enclave, ni las empresas transportadoras, privadas o públicas. Aunque de una forma desigual, en unas ramas más rápido que en otras y en unas regiones más intensamente que en otras, los empresarios, después de la Gran Depresión, iniciaban el tránsito hacia una lógica de explotación moderna anclada en la extracción de la plusvalía por la vía relativa.

La adopción de nuevas tecnologías presionó también la contratación de mano de obra calificada, o más disciplinada. La contraparte de este proceso de racionalización de la producción fue el ofrecimiento de mejores salarios, lo que se reflejó en las series ya contempladas. La cervecería Bavaria, pionera en esta transformación, decidió en Mayo de 1934 pagar a sus trabajadores un sobresueldo, una 'prima', correspondiente al deterioro por el costo de vida según estadísticas oficiales. Por ello la remuneración en la flamante sociedad anónima fue de las más altas de la industria colombiana (75).

Las empresas textileras antioqueñas no se quedaron atrás y a principios de la Segunda Guerra Mundial elevaron los salarios, por iniciativa propia, entre un 10 y un 20%. La prensa conservadora alabó la medida usando la terminología tradicional: "Los obreros deben estar agradecidos ... y colaborar en el engrandecimiento de la obra" (76).

Desde los años veinte se oyeron voces elitistas llamando a dar participación a los trabajadores por medio de acciones de las empresas. Con esta idea corporativista se esperaba tener mayor cohesión en las fábricas y disminuir la presión salarial, ya que los trabajadores serían también 'dueños' de las empresas. Tal pareció ser el caso de la empresa textilera Rosellón después de los conflictos huelguísticos de mediados de los años treinta (77).

Pero no todos los sectores empresariales entendían los cambios, especialmente aquellos que pretendían incentivar la productividad por medio de una mejor remuneración salarial. La prensa elitista, por ejemplo, comenzó a denunciar la existencia de una 'aristocracia' obrera en aquellas empresas en donde los trabajadores ganaban mejores salarios. Esta acusación sería incluso recogida de forma simplista por algunos sectores de izquierda, preocupados por la aparente pasividad de los asalariados de las grandes empresas (78).

Otra dimensión de la nueva racionalidad empresarial fue la búsqueda de una economía concertada con los trabajadores, que superara los tradicionales lazos familiares. En pequeña escala la Tropical Oil la había intentado en Barranca desde los años 30: el llamado Plan de Cooperación propuesto por la empresa en esa época consistía en la creación de comisiones mixtas --de trabajadores y directivas-- para dirimir los conflictos laborales (79). Pero fue durante la Segunda Guerra Mundial que se dieron las condiciones para hablar de una economía concertada a nivel nacional: las restricciones económicas que planteaba el conflicto mundial exigían el concurso de los trabajadores. Estos, por su parte, estaban dispuestos a hacer sacrificios en aras del triunfo de las fuerzas aliadas, especialmente a partir de 1941, con el ingreso de la Unión Soviética y de los Estados Unidos a dicho bloque.

En 1942, los sectores organizados de la clase obrera percibieron la coyuntura como la más propicia para el desarrollo económico. El Partido

Comunista decía: "el actual momento es un momento único, que no volverá a presentarse nunca, para impulsar el desarrollo independiente de la economía nacional". Para el impulso de este 'capitalismo nacional' los obreros ofrecían su concurso asumiendo parte de los costos. En 1943 las organizaciones obreras diseñaron un plan de 'colaboración obrero-patronal' tendiente a propiciar el crecimiento industrial, mejorando en el largo plazo las condiciones laborales. En la euforia del avance de los aliados no sólo se habló de la coexistencia pacífica de capitalismo y socialismo, sino que se planteó que los Estados Unidos, en contraprestación por los sacrificios de la guerra, ayudarían a la industrialización del país. En 1945 la propuesta de colaboración se cristalizó en reuniones conjuntas entre obreros, representados por la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), y empresarios, agrupados recientemente en la Asociación Nacional de Industriales (ANDI). El presidente de esa Asociación señaló, en una de las primeras reuniones conjuntas, que "la colaboración entre obreros e industriales es útil y patriótica", ya que ella traería no sólo mejores salarios sino la "paz social". Para fines de 1945, sin embargo, los obreros denunciarían que lo segundo sí se alcanzó, gracias a su sacrificio, pero que la contraparte salarial aún no se veía. El fin del conflicto mundial no había representado para los trabajadores el fin de las restricciones reivindicativas y antes, por el contrario, había significado el inicio de una ofensiva patronal en su contra. Se creaban así las condiciones para la gran confrontación social que estallaría en Diciembre de 1945 con la huelga de los trabajadores del Río Magdalena, que veremos en el penúltimo capítulo (80).

Según el sociólogo Daniel Pecaut, los industriales colombianos, aferrados al liberalismo económico, eran reticentes a agremiarse para ejercer presión colectiva sobre el Estado, ya que temían que ello desatara una intromisora intervención estatal. Por eso tuvo que ser el Estado mismo el que los obligó a superar la atomización al dotarse de una expresión colectiva. Los grandes empresarios antioqueños se colocaron al frente de la ANDI, que en poco tiempo aprendió a ejercer presión mancomunada, como en el caso de la exigencia de una política proteccionista para la industria nacional. Para ello contaron con apoyo de los obreros, por las ventajas que dicha política les traía. Pero más interesante, desde nuestro punto de vista, fue la presión que ejercieron en 1945 sobre el Estado para suprimir recientes leyes laborales que a sus ojos propiciaban un menor productividad de los trabajadores colombianos. Concluían los empresarios su pronunciamiento así: " es evidente que un menor rendimiento en el trabajo representa incremento en los costos de producción y coloca a las industrias en difíciles condiciones para defenderse de la competencia extranjera, lo que a su vez perjudica también a los trabajadores" (81).

De esta forma los nuevos enfoques empresariales trascendieron el nivel local para convertirse, por medio de la organización gremial, en políticas

nacionales, aunque ello no significó que siempre tuvieran éxito. La presión política para que se controlara al movimiento obrero y para que el Estado asumiera mayores costos de la reproducción de la fuerza de trabajo --como la seguridad social o la educación técnica-- será una característica común a partir de la segunda mitad de los años 40. De esta forma los sectores empresariales continuaban su permanente búsqueda de mayores ganancias, dotándose de una racionalidad acorde con esos objetivos.

El Estado, por su parte, colaboró vacilantemente en esos propósitos. Durante la gestión liberal (1930-1946), como ya vimos, el Estado oscilaba entre políticas abiertamente librecambistas y propuestas de apoyo a la industrialización. En realidad lo que concentraba su atención en materia económica era la situación cafetera, pero en más de un aspecto ayudó a los empresarios, tal vez sin proponérselo directamente. Tal fue el caso del abaratamiento en los costos de producción, que significaba la nacionalización de muchos servicios públicos. El proceso de municipalización de servicios (como la energía eléctrica, el acueducto, el teléfono y el mismo aseo), no sólo evitaba costosas inversiones de las empresas para proveerse de ellos, sino que al desprivatizarlos los universalizaba, mejorando en muchos casos su calidad.

En materia de transporte público, sin embargo, no se llegó tan lejos como en otros servicios. En Bogotá, la empresa municipal manejó los tranvías hasta cuando fueron desplazados por el caótico servicio privado de buses. El transporte fluvial, a pesar de las peticiones obreras y de propuestas de agentes estatales, nunca se nacionalizó. Lo más destacado en este punto fue el proceso de nacionalización de los ferrocarriles, proceso que culminó en los años 50 y que hoy en día está de regreso hacia la privatización. Aunque en la primera mitad de este siglo la red ferroviaria había crecido, conectando los grandes centros productivos con los puertos fluviales o marítimos, subsistían muchos problemas que exigían racionalización. Cuando no eran los distintos diámetros de los rieles, eran los diferentes tipos de administración (privados, departamentales y nacionales). Pero lo que era loable en teoría, nacionalizar el servicio unificándolo, resultó discutible en la práctica: el proceso de nacionalización significó, en algunos casos, el reemplazo de eficientes administraciones privadas o departamentales por una despreocupada burocracia estatal. Pero será peor aún cuando se trate de una burocracia movida por las pasiones del sectarismo político, como efectivamente sucedió en los años cincuenta. Los mismos trabajadores, que lucharon por la nacionalización, en algunos casos sufrieron consecuencias negativas al perder privilegios conquistados localmente (82). A pesar de los problemas concretos, pasos como la municipalización de servicios públicos y la nacionalización del ferrocarril significaron una creciente racionalización por parte del Estado y de los sectores gremiales que lo presionaban. Frente a ello, cabría preguntarse nuevamente por las respuestas

que dieron los trabajadores a estos procesos de racionalización de la producción y de cambio lento en las relaciones laborales.

Frases como la de un antiguo trabajador cervecero condensan la percepción de los obreros de las primeras generaciones sobre los cambios operados: "Don Guillermo Kopp ... era muy bueno, muy noble y conciente; entraron esos otros y ahí se acabó todo". O esta otra de un trabajador textilero antioqueño a propósito de los Echavarría :"... desafortunadamente cambiaron la administración y ya fueron acabando con todas esas cosas buenas para los trabajadores; muchos lamentamos que eso hubiera cambiado de dueños, porque el cambio se sintió inmediatamente" (83). Estos recuerdos reflejan la nostalgia de las épocas en que los patronos tuteaban a los trabajadores, los reunían para darles regalos, les construían casas, pero también los obligaban a trabajar sin descanso con sueldos de subsistencia y en pésimas condiciones ambientales. Son sentencias que también añoran las relaciones paternalistas que imperaban en las primeras empresas y, en ese sentido, miran hacia un pasado que desaparece. Pero no nos podemos confundir con la apariencia. Esas frases, pronunciadas a veces con ingenuidad, proyectan también una resistencia contra los nuevos intentos por controlar más eficientemente la mano de obra.

La nueva organización empresarial implicaba la ruptura de los esquemas de maestro-aprendiz que aún subsistían en muchas actividades económicas, el uso intensivo del tiempo sin distracciones --incluso religiosas--, la desaparición de la camaradería en los sitios de trabajo (pues eso disminuía la productividad) y, finalmente, la exigencia de nuevos conocimientos técnicos que invalidaban las tradicionales enseñanzas de los maestros, favoreciendo la especialización de tareas y la estandarización de movimientos. Como bien lo señala Charles Savage al describir la sospecha con que los viejos miraron la llegada de los tecnócratas a las fábricas: "los trabajadores vieron a los 'doctores' actuando, en palabras de Octavio Paz, como hijos de las máquinas y ellos sintieron que los 'doctores' esperaban que ellos actuaran de la misma forma" (84).

La dificultad de los trabajadores antiguos para aceptar los cambios en la organización empresarial se debía no tanto a una actitud conservadora de aferrarse al pasado, cuanto a la necesidad de preservar las posibilidades de autonomía en los procesos de trabajo, lo que el sistema paternalista permitía a pesar de las opresivas condiciones que lo enmarcaban.

5. La lucha por el 'control'

Aunque desde hacía años autores marxistas como Charles Bettelheim llamaban la atención sobre las diferencias entre los aspectos jurídicos de la propiedad y el efectivo control de los medios de producción, ha sido con los

estudios de Harry Braverman y David Montgomery que esta perspectiva ha cobrado vigencia en los estudios sociales (85). Según los últimos autores, lo que está en juego en muchos conflictos laborales no es precisamente la disputa por la propiedad de los recursos productivos, cuanto la lucha por el control de la producción, y por ende de los ritmos de trabajo. De esta forma, el enfrentamiento por el control de esos ritmos se extiende a todas las dimensiones de la vida cotidiana de los trabajadores. El balance de este conflicto no puede ser determinado 'a priori' y requiere de un análisis histórico. Muchos artesanos, por ejemplo, aunque formalmente fueron desposeídos de sus medios de producción, conservaron control sobre procesos tecnológicos en las primeras industrias. Precisamente los nuevos métodos de organización industrial buscaban, entre otras cosas, abolir la relativa autonomía de estos trabajadores tradicionales.

La reciente crítica de Michael Burawoy a la visión de Braverman sirve para precisar nuestra perspectiva. Según Burawoy, es necesario hacer una distinción entre relaciones **en** la producción y relaciones **de** producción, distinción que arroja resultados diferentes en términos de la lucha por el control: si se habla de relaciones **EN** la producción, el control que está en juego es simplemente control del oficio o una autonomía en los procesos de trabajo. Pero si se trata de una disputa sobre las relaciones **DE** producción, lo que entra en juego es algo más de fondo, control obrero que remite al Poder Obrero (86). Aunque la distinción es útil, y nos hace precisar que vamos a hablar más en el sentido de la primera acepción, no nos deja totalmente satisfechos ya que de alguna forma sigue reflejando la antinomia tradicional del leninismo entre lucha económica y política, y sobre todo por cuanto separa las dos formas de conflicto por el control de manera ahistórica, dándole a la primera una connotación despectiva, mientras a la segunda se le considera el 'deber ser' de la lucha obrera. Es cierto que hay diferencias cualitativas entre ellas, pero ¿ por qué no pensar en que ambas pueden ser dimensiones de un mismo fenómeno? Históricamente es difícil imaginar que una clase obrera pueda llegar a pelear por el poder sin tener la experiencia cotidiana de conseguir mayor control de los procesos de trabajo. A nuestros ojos, sólo aceptando la mutua relación entre esos tipos de conflicto, sin asignarle una superioridad a uno sobre el otro, se enriquece el acercamiento histórico al problema. Al fin y al cabo ambas formas de control afectan, a su manera, los derechos de los propietarios.

En nuestro recuento ya hemos señalado cómo el sueño de 'independencia', o mayor autonomía de trabajo, era uno de los motivos de la resistencia de los trabajadores a la proletarización. Quisiéramos ahora retomar el argumento para llevarlo más lejos, al señalar no sólo la actitud defensiva de los trabajadores ante la pérdida de autonomía en el trabajo, sino la posición ofensiva de éstos al buscar más control de los procesos productivos y, en general, de todas las dimensiones de su vida cotidiana. Así podremos entender

frases que salieron permanentemente en nuestras entrevistas, como la de esta antigua textilera:

> "...entonces ya me mandaron para [la sección de] 'lisos', cuestión que me aburrió mucho. Yo trabajaba muy bueno en [la sección de] 'telares'; es que es muy bueno llegar una a un oficio y QUE UNO SE MANDE SOLO Y NO DONDE LO ESTEN MANDANDO" (87).

La lucha por el control al interior de las empresas se desató desde el principio, por el tipo de orden que debía primar: si las normas de los artesanos y los ritmos naturales de vida del precapitalismo, o si más bien la ética capitalista con su adagio del "tiempo es oro". Por ejemplo, desde la fundación de la cervecería Bavaria en 1889 sus trabajadores fueron de los mejor pagados del país. A cambio se les exigía una férrea disciplina, la que provocó protestas desde esas tempranas épocas (88). Pero será a partir de los años veinte cuando el conflicto sobre las normas de trabajo adquirirá dimensiones de confrontación social. Las empresas, especialmente aquellas que van implementando las teorías de organización industrial, se van convirtiendo en verdaderas escuelas de formación de trabajadores disciplinados. "Bajo la dirección de la Tropical Oil Co.", escribía un cronista de Barrancabermeja, "nuestros hombres han aprendido a trabajar con seriedad y puntualidad porque [ahora] no se llega cuando se quiere sino cuando el reloj lo manda, con un imperio que no retrocede" (89).

Uno de los primeros brotes del conflicto por el control fue alrededor de la jornada de trabajo. La lucha obrera y las exigencias de un 'manejo científico' de los procesos productivos permitieron su recorte, ofreciendo más tiempo libre a obreros y obreras. Sin embargo, eso significaba aprovechar al máximo el tiempo laboral, suprimiendo distracciones e interrupciones innecesarias, lo que terminó reforzando un sistema de vigilancia más estricto en los sitios de producción, ya no tanto con intenciones moralistas. A una trabajadora textil la sancionaron por demorarse en el baño pintándose las uñas. Otra recordaba:

> "Si uno no estaba por ahí en media hora ya con los delantales puestos y todo, hasta lo suspendían, no podía ni hablar una palabra, ni comerse una naranjita, ni peinarse antes de que tocaran la salida" (88).

El simple movimiento a otra sección de la fábrica, el charlar en el sitio de trabajo, o el descansar aunque fuera brevemente, interrumpía el ritmo cada vez más estandarizado del trabajo. Por ello la lucha por el **control del oficio o del puesto** era asunto de todos los días. Corriendo riesgos, los trabajadores se ingeniaban la manera de romper las endiabladas cadenas de producción. Un cervecero recordaba: "claro, uno conversaba y miraba; todo era que no se fueran a acabar los tiquetes; si salían cervezas sin tiquetear eso sí era un problema" (91). Aunque la resistencia cotidiana era básicamente individual, también se presentaron luchas colectivas por manejar el tiempo de trabajo. La huelga

significaba precisamente no sólo la interrupción abrupta de los ritmos de producción, sino la imposición temporal del control obrero. Los conflictos laborales a partir de los años 20 comenzaron a exigir más autonomía en el tiempo de trabajo, pero también fuera de él. Los petroleros de Barrancabermeja, en el pliego de peticiones que precedió a la huelga de 1938, exigían, entre otros puntos, "completa libertad para que los obreros lean cualquier prensa y puedan discutir y charlar libremente" (92). La libertad para ellos no era solamente algo para conquistar en los sitios de trabajo, sino en otras dimensiones de la vida. Su lucha era más totalizante de lo que los investigadores a veces les atribuimos.

Con el tiempo la presión obrera logró cierta flexibilidad en los horarios sin que se afectara la producción, como temían los empresarios. Esto sin mencionar los permisos sindicales conquistados a mediados de los años 40. Así los obreros adquirieron la sensación de un mayor control de su tiempo.

Para 1945 las condiciones de trabajo se habían mejorado sustancialmente (93). Una mirada, por ejemplo, a las reivindicaciones conseguidas por los ferroviarios de Antioquia en 1941, es ilustrativa (máxime si se compara con lo que pedían las obreras textileras 20 años antes): jornada de 8 horas, 5 días de vacaciones por cuatro meses trabajados, aumentos salariales y pagos semanales, higiene en los campamentos, médico permanente para el hospital que ya existía, desplazamiento gratis de los trabajadores en el ferrocarril, estabilidad laboral, privilegio a la antigüedad y reconocimiento del sindicato (94). Aunque aún restaba mucho por conquistar, era claro que el contexto laboral se había modificado: de un énfasis en elementos básicos que aseguraran la existencia de la clase obrera como tal se pasó a una lógica reivindicativa más moderna, como lo ilustra el pliego de los ferroviarios. Ya no se habla tanto de 'trato justo' sino de sofisticados sobresueldos. El proceso, obviamente, distaba de ser lineal, y mucho menos de haber culminado para mediados de los años cuarenta.

6. Resumen

A lo largo de estas páginas hemos analizado algunos aspectos de la vida diaria en los lugares de trabajo, quedando por fuera el detallado recuento de los procesos específicos de producción, que por su extensión sería imposible realizar en este escrito. Alrededor de algunos dilemas surgidos de la memoria obrera hemos estudiado elementos centrales de la cotidianidad laboral. Las relaciones laborales, por ejemplo, estuvieron marcadas por un paternalismo inicial que se grabó en la memoria de los trabajadores de las primeras generaciones. Sin embargo, detrás de ese rostro amable del patrón subyacía un sistema tradicional de explotación que combinaba métodos despóticos de manejo de la mano de obra de estirpe colonial, con primitivas técnicas capitalistas de extracción de la plusvalía. Para explicar esa contradicción, los

obreros recurrían a la lógica de distinguir entre los patrones 'buenos', y los mandos medios 'malos', salvando el paternalismo de los primeros empresarios.

Los salarios, si bien aumentaron en términos nominales y reales, con momentos de baja (1926, 1934, y 1939 a 1945), por lo general no superaban el nivel de subsistencia. Sin embargo, los obreros recordaban los ingresos recibidos en los primeros años como abundantes. En realidad ellos pensaban más en ingresos familiares que individuales, y sobre todo en términos de un bienestar fabril en comparación con las previas condiciones en los campos o en los talleres artesanales.

El paternalismo y las lealtades familiares con las empresas se fueron rompiendo no sólo por presión obrera, sino por transformación de la patronal y del mismo Estado. Las nuevas tecnologías y teorías de 'manejo científico' de la producción socavaban el orden tradicional en las empresas, colocando nuevos problemas a los trabajadores. Estos no sólo miraban con nostalgia la desaparición del paternalismo, sino que luchaban por preservar cierta autonomía de trabajo y por controlar los distintos aspectos de su vida. El panorama laboral indudablemente cambió entre 1920 y 1945, sin que ello significara un balance totalmente positivo para los obreros. La lucha por el control seguía vigente no sólo en los sitios de trabajo, sino en todas las otras dimensiones de la vida cotidiana, en una confrontación más sutil y a veces más intensa, como veremos en el siguiente capítulo. De esta forma la clase obrera colombiana construía lentamente su identidad como tal.

NOTAS

(1) Ver *El Tiempo*, 14 febrero, 18 marzo, 1920; *El Espectador*, 12 febrero -11 Marzo, 1920; y *El Socialista*, 14 febrero y 11 marzo de 1920. Ver también Ignacio Torres Giraldo, Los Inconformes Vol III, pp. 124-125, y el recuento hecho por Jorge Bernal, "Características...", pp 15 en adelante.

(2) Entrevista con María Concepción López, Medellín, 1987. Esto no quiere decir que la industria colombiana contemporánea no tenga rasgos de capitalismo 'salvaje,' como lo ilustró la huelga de Indupalma en 1977. (Ver Equipo Laboral CINEP, "Las Huelgas del Mandato Claro" Documentos Ocasionales No. 41, 1985.)

(3) En Antioquia, en los años veinte, se dio un curioso desplazamiento de mano de obra. Con la crisis de 1919-1920 el desempleo forzó a muchos trabajadores antioqueños a migrar a otras regiones, entre ellas Barrancabermeja. (*El Correo Liberal*, 19 sept.,1920; 16 abril y 14, julio 1921; y 17 Julio, 1922.) Allí fueron tratados mal y eventualmente expulsados. (*La Defensa*, 16 sept.,1924 y *El Correo Liberal* 7 feb., 1927.) Paralelamente se denunciaba la escasez de brazos en el Departamento y se inició un enganche de trabajadores boyacenses para las obras públicas, que se suprimió por quejas de éstos. (*El Correo Liberal*, 2, dic, 1926, 28, enero y 11, feb., 1927.)

(4) Hugo López, "La Inflación..." pp. 95-103. Para el período 1925-1950, el empleo creció a una tasa del 1.8% anual, discriminado así: 1925-1930, 1.8%; 1930-35, 2.1%; 1935-40, 1.9%; 1940-45, 1.8%; y 1945-50, 1.4%. Nótese el sorprendente crecimiento en los años de la Gran Depresión. Por sectores, la industria fue el más dinámico para todo el período, siendo agricultura el extremo opuesto (Juan José Echavarría, "External Shocks...", p. 141.).

(5) Entrevistas con Jorge Matéus, Arturo Solórzano y Rafael Nuñez, Barrancabermeja, 1985. Según este último, era tan informal el sistema de contratación que si moría un trabajador, alguien podía suplantarlo usando su nombre. Ver también entrevista con Erasmo Egea, Barrancabermeja, 1985.

(6) Un entrevistado comentaba cómo fue contratado en el Río Magdalena: "Entonces yo pregunté a los directivos del sindicato que por qué no me daban trabajo a mí. Me dijeron, 'hombre usted está muy pelado'. Yo Dije, 'pero si [contrataron a] Lácido que es de la misma edad mía'. Entonces me dijeron, 'si aceptas la prueba pasas y si no, no'. 'Bueno vamos a buscar la prueba'. Me pusieron a alzar un bulto de maíz de 8 arrobas, yo lo alcé y comencé a trabajar" (Julio Morón, Barranquilla, 1986.).

(7) Entrevistas con Manuel Abella, Bogotá, 1988, e Israel Hernández, Medellín, 1987.

(8) Tanto Gustavo Díaz Raga como Luis F. Torres ingresaron al Ferrocarril de la Dorada, administrado por ingleses en un principio, por la presencia de sus padres y hermanos en la misma empresa.(Entrevistas, Bogotá, 1988.).

(9) Entrevistas con Aristóbulo Marulanda y Roberto Duque, Medellín, 1988.

(10) Entrevista con Zoila R. Valencia, Medellín, 1987. En su caso las recomendaciones las firmaron el alcalde, el cura párroco y las profesoras de la escuela de la población de Cisneros, de donde provenía. Aún en 1951, Marco A. Arias entró a Coltejer con sólo la recomendación (Entrevista, Medellín, 1987.).

(11) Manuel Vargas entró a Coltejer porque una hermana de él ya estaba empleada allí. Luis E. Bolívar contaba que el jefe de personal de la empresa textil Sedeco lo aceptó por provenir del municipio de Titiribí. Al aceptarlo le dijo: "cómo me gusta la gente de allá; me gustan los trabajadores de allá..." (Entrevistas, Medellín, 1987.).

(12) Entrevista con María C. López, Medellín, 1987. Según ella, los directivos apuntaban la fecha de ingreso pero no se firmaba contrato.

(13) Michael Jiménez al describir el sistema de arrendamiento utilizado en las grandes haciendas cafeteras de Cundinamarca señala que dicho sistema beneficiaba a los empresarios, "en formas diferentes a la sola reducción de los pagos salariales. Dicho sistema aseguraba una mano de obra fiel... [y] reforzaba una lealtad y relación personal a la hacienda entre los trabajadores" ("Traveling Far...", p. 210.).

(14) Entrevistas con José B. Ocampo y Jesús A. Gaviria, Medellín, 1987 y 1988.

(15) Charles Savage Jr. "Social Reorganization...", p. 3. Ver también del mismo autor, Sons of the Machine, pp. 43-45.

(16) Entrevistas con Luis A. Moreno y Abraham Cadena, Bogotá, 1988. A don Leo S. Kopp se le venera como una especie de santo por las gentes que acuden a su tumba a solicitar milagros.

(17) Entrevistas con Tomás C. Peláez y Lucía Botero, Medellín, 1987. Para el caso de Bavaria, Eliécer Pérez, Bogotá, 1988. Cuando algunas empresas se convirtieron en sociedades anónimas, otorgaron acciones a sus trabajadores, reforzando su lealtad. En 1933 Fabricato regaló acciones a 13 trabajadores de la empresa. Dos años después la mayoría de los trabajadores de Fabricato se dirigen al Congreso de la República criticando los impuestos al algodón y hablando en favor de los empresarios. (*La Defensa*, 8 ag., 1933 y *El Diario*, 9 nov., 1935.)

(18) Entrevista con José N. Torres, Bogotá, 1988.

(19) Entrevista con Celso A. Gómez, Medellín, 1987. Todavía en 1947 había expresiones de esa cercanía entre trabajadores y los Echavarría. La revista *Life* (19 de septiembre de 1947), mostraba fotos de ellos compartiendo un plato de fríjoles durante el almuerzo con sus trabajadores en la cafetería de Coltejer. (Mencionado por Eduardo Sáenz, "Industriales, Proteccionismo...", p. 30.)

(20) "Allí se conseguía de todo", decía la viuda de un petrolero, "claro que era barato ... no era muy caro y no había sino eso, nada más". (Entrevista con Elba de Vélez, Barrancabermeja, 1985).

(21) Ricardo Melgar, El Movimiento Obrero Latinoamericano, Madrid: Alianza Editores, 1988. Para lo sucedido en la Zona Bananera del Magdalena ver Judith White, Historia de una Ignominia, Bogotá: Ed. Presencia, 1978.

(22) Entrevista con Erasmo Egea, Barrancabermeja, 1985. Las multinacionales debieron someterse a las condiciones laborales imperantes en América Latina. Tal fue el caso de Cerro de Pasco en Perú (Florencia Mallon, The Defense of Community...). Bárbara Weinstein muestra, para el caso de la explotación del caucho en el Amazonas Brasileño, el fracaso de los intentos de racionalización de la producción impuestos desde fuera. (The Amazon Rubber Boom...).

(23) Entrevista con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985. Arturo Solórzano (Barrancabermeja, 1985) decía: "los gringos no estaban pidiéndole aprobación a la gerencia ni a nadie para aumentarle a usted [el sueldo]... eso era Palabra de Dios".

(24) Arturo Solórzano (ibid) señalaba que aunque hubo capataces despóticos, no había problema si el trabajador cumplía su deber. "Cualquier tipo que fuera altanero, pues claro, le llamaban la atención ... yo no tengo que hablar nada de malo de los americanos porque todos era muy correctos".

(25) *La Defensa*, 17 feb. y 12 de marzo, 1920.

(26) Entrevista con Fabiola Roldán, Medellín, 1987. Los testimonios sobre la presencia de sacerdotes en la cotidianeidad laboral, especialmente en Antioquia, abundan: "Había unos curas muy buenos que iban a decir misa allá en la empresa... decían unas misas muy bonitas", recordaba Tomás C. Peláez. Marta Franco decía que, "a mí me gustaba conversar con [los sacerdotes]...pero tenía que dejar de trabajar porque no podía trabajar y conversar". En Fabricato, según Fabiola Roldán, había misa los sabados, "para que el personal saliera de una vez con la misita del domingo". Antonio Pineda agregaba: " A las 12 había misa para el personal que salía y a las 11 para el que entraba ... no abrían la puerta hasta que no terminaba la misa" (Entrevistas, Medellín, 1987.). Los Retiros Espirituales eran practicados en las primeras industrias del interior, pero en Bogotá encontraron resistencia por parte de los trabajadores (Entrevistas con Fabiola Roldán, Medellín, 1987 y Edelmira Ruiz de Sánchez, Bogotá, 1988.).

(27) Para el caso antioqueño ver Alberto Mayor, Etica, Trabajo ..., pp. 309-312. En Bogotá sucedió algo similar: "siempre tenían en las centrales telefónicas un cuadro del Sagrado Corazón. En esa época iba un sacerdote a inaugurar cada central" (Entrevista con Carlos E. Escobar, Bogotá, 1988.).

(28) La empresa de Cementos Samper ofrecía a sus trabajadores comida y cerveza el día de la fiesta del Carmen. (Entrevista con José N. Torres, Bogotá, 1988). En Coltejer, tanto directivos como trabajadores salían en procesión en esa fecha. En las Primeras Comuniones la empresa ofrecía regalos a las familias de los trabajadores (Entrevista con Luis E. Bolívar, Medellín, 1987.).

(29) Censo Industrial, 1945, p. 107.

(30) Entrevistas con Fabiola Roldán y Luis E. Hernández, Medellín, 1987.

(31) Iván Darío Osorio, Historia del Sindicalismo Antioqueño, 1900-1986. Medellín: IPC, 1987 p. 21 y Darío Acevedo, "El Primer Partido Socialista de Colombia, 1917-1923", Trabajo de curso, Universidad Nacional, Medellín, 1985, pp. 76-77. En 1918 se visitaron 50 establecimientos y para 1919 el número subió a 60 (ibid p. 79.). La inspección de fábricas en Medellín fue una política de carácter regional que ilustraba la racionalidad empresarial de la élite antioqueña, sin que significara la aceptación de la intervención del Estado central, rechazada a la sazón por los empresarios de todo el país. Para la construcción del primer barrio 'obrero' de Bogotá ver David Sowell, "...Artisans and Politics", pp. 320-322.

(32) *La Defensa*, 3 de marzo, 1925 y *El Correo Liberal*, 17 jul., 1925.

(33) El estallido del movimiento huelguístico a fines de 1919 y principios de 1920 presionó la promulgación de leyes que controlaran la protesta obrera (*El Tiempo*, 8 y 13 mayo, y 25 agosto, 1920 y *El Espectador* 26 ag. y 23 nov, 1920.). Pero tanto las leyes proteccionistas de los trabajadores como las de huelgas tenían poco efecto práctico. Daniel Pecaut afirma que " se ha podido comprobar que nadie hacía caso a estos textos" (Orden y Violencia, p. 104.).

(34) *El Espectador*, 3 sept. 1918; 21 y 28 agosto, 1924; 13 ene.; 2 y 3 feb, 1926.

(35) *La Humanidad*, 19, abril, 1926 y *Claridad*, 4 dic. 1928. Ver también entrevista con Nieves López hecha por Jorge Bernal en Bucaramanga, 1987. Para las últimas denuncias ver *El Espectador* 4 de feb y 15 de marzo, 1937.

(36) *La Defensa*, 5 oct., 1929.

(37) Novelas... p. 39. Sobre diferencias salariales ver Luis Ospina V. Industria y Protección p.410 y Censo Industrial 1945, pp. 500-504.

(38) *La Defensa*, 12 Marzo, 1927. La propuesta fue discutida por la Asamblea Departamental de Antioquia, sin claros resultados. (11, abril, 1927). Ver también el mismo periódico, 26 de Marzo, 1920 y el artículo de Joaquín Ramírez, "La Jornada de Ocho Horas", 1, marzo, 1926.

(39) Ibid. 10, oct. 1923. Entre los firmantes estaba el expresidente Carlos E. Restrepo, y notables empresarios como Carlos Cock, Alejandro Echavarría, Félix de Bedout, Emilio Robledo y Emilio Restrepo, este último dueño de la ya mencionada fábrica de Bello.

(40) Entrevistas con Eliécer Pérez, Bogotá, 1988 y Manuel Vargas, Medellín, 1987.

(41) *El Correo de Colombia*, 27, abril, 1927 y 18, abril, 1929.

(42) Entrevista con Genivera García, Medellín, 1987. Bernardo Medina recordaba así las condiciones laborales: "Era una época en que no había ninguna clase de prestaciones sociales para los trabajadores. Por ejemplo yo trabajé 25 años como obrero en sastrería y de ese trabajo salí como si hubiera entrado el primer día, sin ninguna garantía, sin ninguna prestación social, con la añadidura del desgaste por el esforzamiento del trabajo" (Entrevista, Barranquilla, 1986.).

(43) Entrevistas con Eugenio Colorado, Bogotá, 1988 y Zoila Valencia, Medellín, 1987. En el artículo de Jorge Bernal se amplían las causales de castigo en las primeras fábricas antioqueñas ("Características...", pp. 17-18).

(44) Entrevista con Luis E. Hernández, Medellín, 1987.

(45) Declaraciones de José M. Mejía en *El Diario*, 8, feb, 1934.

(46) Entrevista con Roberto Insignares, Barranquilla, 1986.

(47) Entrevista con Luis F. Torres (Bogotá, 1988). Ver también entrevista con el tranviario José F. Valencia, Medellín, 1988.

(48) El relato del dirigente sindical del Río Magdalena, Eduardo Vanegas, está citado en Amanda Gómez y Berta Malpica, "Historia de la Organización y la Lucha de los Trabajadores del Río Magdalena (1935-1945)", Tesis de Grado, Universidad Nacional, 1984 p. 174. Otro entrevistado confirmaba que a los tripulantes "les servían en una olla la

yuca, el plátano y la carne. Tenían que meter la mano, no daban ni cuchara" (Eduardo Noriega, Barranquilla, 1986.).

(49) Martiniano Valbuena, Memorias... p. 150. Ver también la descripción que hizo Gonzalo Buenahora en su entrevista (Bogotá, 1985.).

(50) Carta de Geo S. Schweickert, octubre 27 de 1924 en N.A.W 821.5045/13. Esta carta es un valioso documento no sólo por la información sobre la huelga, sino por la actitud despectiva con que la multinacional veía no sólo a sus trabajadores sino al mismo gobierno colombiano.

(51) Los empresarios, mientras otorgaban regalos a los trabajadores, ordenaban reprimir el menor brote de descontento. Así lo ilustra el diario de don Jorge Echavarría en Anita Gómez, Medellín en los Años Locos... pp. 67-68. Ese mismo personaje revela rasgos ocultos del empresariado antioqueño, como el coqueteo con el fascismo en los años 20 y el racismo (Ibid pp. 31 y 44-45.).

(52) Ver respectivamente entrevistas con Luis A. Moreno y José N. Torres, Bogotá, 1988 y Lucía Botero, Medellín, 1987. Otro entrevistado señalaba que en Fabricato y Rosellón los vigilantes eran unos verdaderos capataces y "el vigilante que más gritara era al que más caso se le hacía" (Manuel Vargas, Medellín, 1987).

(53) *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, 7 ag. y 30 oct. de 1937.

(54) Entrevista con José Acosta, Barrancabermeja, 1985.

(55) *La Defensa*, 24 oct., 1919; *Boletín del Círculo de Obreros* #13, 1919 y *El Tiempo*, 21 julio, 1924.

(56) *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 208, 1922.

(57) Entrevistas con Fabiola Roldán y Antonio Pineda, Medellín, 1987. Ver también las entrevistas con Luis E. Hernández y Lucía Botero, Medellín, 1987. Esta última duró 32 años en el mismo oficio!.

(58) *El Luchador*, 19, mayo, 1922. El periódico usaba la primera consigna apoyando la campaña de rebaja de la jornada de trabajo. La segunda consigna fue común a la prensa influida por el socialismo revolucionario. El periódico *Vanguardia Obrera* de Mahecha y *El Rebelde* de María Cano ostentaban esa consigna (Ver NAW 821.5045/13 e Ignacio Torres G., María Cano, Mujer Rebelde, Bogotá: Ed. La Rosca, 1972, p. 40).

(59) Entrevistas con Antonio Pineda y Martín E. Suárez, Medellín, 1987.

(60) Hemos tenido cuidado de hablar de 'explotación' pues es un concepto complejo. Siguiendo a E.P. Thompson, creemos que ésta trasciende la mera percepción de la expoliación económica y remite a aspectos de autoridad y de malestar de los trabajadores (The Making..., capítulo 6).

(61) Miguel Urrutia y Mario Arrubla, Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia, Bogotá: Ed. Universidad Nacional, 1970, pp. 47-55 y Juan José Echavarría, "External Shocks..." p. 150. Un vicecónsul norteamericano, H. W. Carlson, señalaba que los salarios habían perdido entre el 30 y el 40% de su poder adquisitivo entre 1929 y 1933 (Comunicación de feb. 10 de 1933, N.A.W. 821.504/62.). Un entrevistado petrolero recordaba que durante el gobierno de Olaya Herrera el salario bajó de $1.20 a $1.00 (Manuel Hernández, Barrancabermeja, 1985.). En 1935 los trabajadores del municipio de Medellín sufrieron un descenso del salario nominal por problemas presupuestales. (*El Espectador*, 3 ag., 1935).

(62) Urrutia y Arrubla, "Compendio..." pp. 74-76, Juan J. Echavarría, "External Shocks...", pp. 144-157 y Hugo López, "La Inflación...", pp. 97-102. En 1943 el periódico conservador *La Defensa* decía que para que una familia obrera pudiera vivir adecuadamente necesitaba un incremento del 24% en los salarios en comparación con 1938 (13, julio, 1943.). Daniel Pecaut utiliza las mismas series de Urrutia y Arrubla para concluir que desde 1934 la clase obrera sufrió un creciente proceso de 'explotación' (Orden y Violencia, p. 229.). Echavarría, por su parte, se va al otro extremo al decir que el desarrollo colombiano no se dio con base en salarios baratos, tal vez con la excepción de los primeros años ("External Schocks...", p. 157).

(63) Los cálculos de 1921 en Jorge Bernal, "Características...", p. 16. Osorio Lizarazo en la novela 'La Casa de Vecindad' hace el recuento de los gastos normales del protagonista, un artesano desempleado: $0.10 para el desayuno; $0.25 para el almuerzo; $0.20 para la comida; $0.10 para cigarrillos y fósforos, lo que arrojaba un total de $0.65 diarios, más o menos $20.00 al mes. El arriendo de la pieza le costaba cerca de $8.00 mensuales. Para estos gastos requería ganar al menos un peso diario y ya se vio que el promedio era de $0.50 (Novelas... pp. 6-8). En 1937 una canasta familiar obrera típica costaba $24.31, a lo que habría que agregarle los gastos de arriendo, transporte y entretención, lo que exigiría ganarse más de los $1.50 diarios (Los datos de la canasta en Grisales, Orlando, "...Bavaria", p. 21.). Ver también *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 24, 1919 y No. 3, 1920 y *La Humanidad*, No. 80, 1927. Las denuncias de los artesanos del siglo XIX en David Sowell, "...Artisans and Politics", pp. 143-163 y 248-249.

(64) DANE, "Colombia Económica, 1923-1929..." pp. 144-147. Medellín no fue la ciudad más afectada por la inflación de los años veinte --en 1926 tuvo su punto máximo de crecimiento de precios de productos alimenticios con un índice de 128--. Otra fue la situación de Barranquilla y de Bogotá que tuvieron índices máximos de 136, la primera, en 1926, y 166, la segunda, en 1929 (Ibid p. 147).

(65) Paul Hermberg, "Condiciones... Bogotá", p. 35, Francisco de Abrisqueta, "Condiciones...Medellín", p. 2 y Rafael Bernal, "Condiciones...Barranquilla", p. 53. Las estadísticas levantadas por Juan J. Echavarría coinciden con las tendencias de estos estudios ("External Shocks...", p. 144).

(66) Rafael Bernal, "La Alimentación... Barranquilla" p. 59. Para Bogotá ver Francisco Socarrás, "La Alimentación de la Clase Obrera en Bogotá", Anales de

Economía y Estadística, Tomo II, No. 5, 1939. Los cálculos de ingresos de Bavaria en Orlando Grisales, "...Bavaria", pp. 27-28. Para la investigación sobre el Ferrocarril de Antioquia ver *El Espectador*, 30 abril, 1940.

(67) Rafael Baquero, "El Costo de la Vida Obrera en Colombia", Mes Financiero y Económico, No. 100, 1946, pp. 233- 235. Según el mismo autor los salarios en los campos eran aún peores (Ibid. p. 236). Para las denuncias sobre el creciente costo de vida ver *Diario Popular*, 7 y 28 enero, 1942, y *La Voz del Obrero* [Barrancabermeja] No. 350, 1944. Los intelectuales entrevistados denunciaron la existencia de salarios por debajo de los niveles de subsistencia (Entrevistas con Gonzalo Buenahora, Guillermo Hernández R. y Jorge Regueros P., Bogotá, 1985 y 1988.).

(68) *Diario Popular* 11, feb., 1942. Ver también 15, enero, 31, marzo, 9 y 22 de abril, 1942 y 21, ag., 1944. En 1945 el Gobierno, presionado por los trabajadores, organizó el control de precios (Ibid 23 de enero, 1945). No faltaron los sectores empresariales que señalaron que el problema del poder adquisitivo de los salarios radicaba en que los trabajadores consumían mucho en alcohol, lo cual dista de lo que se concluye de los estudios de la Contraloría sobre los gastos obreros (*El Tiempo*, jul 30, 1924 y *El Espectador*, mayo 19, 1930).

(69) Ver estudios de la Contraloría para Bogotá p. 23, Medellín p.24 y Barranquilla pp. 32-33. Los trabajadores antioqueños fueron los que más introyectaron estos valores de la economía familiar, como se desprende de este testimonio: "El hombre que hace una cosa sin contar con su esposa, con los hijos, nunca va a hacer nada ... Yo converso con ella, 've, cómo te parece que voy a hacer esto..' Entonces nos ponemos a pensar, nos saldrá bien o nos saldrá mal; así nos ponemos de acuerdo" (Entrevista con Luis E. Hernández, Medellín, 1987).

(70) "Social Reorganization...", 1964, p. 10. Algo similar encontró Lilian Breslow Rubin en familias de trabajadores blancos de San Francisco (USA) en los años 60. A pesar de las difíciles condiciones de vida, éstos se sentían mejor que sus antepasados (Worlds of Pain, New York: Basic Books Inc., 1976, p.210).

(71) Entrevistas con Tomás C. Peláez y Luis E. Hernández, Medellín, 1987.

(72) Jorge Bernal y Ana María Jaramillo, Sudor y Tabaco, pp. 84-85. *El Espectador* 25 a 30 de marzo, 1939. La prensa regional exaltaba a Coltabaco como empresa modelo (*El Diario*, 24, ag., 1934).

(73) Este proceso ha sido ilustrado por Alberto Mayor (Etica, Trabajo...) en el análisis del impacto de la Escuela de Minas en Medellín. Ch. Savage habla de la llegada en los años 50 de un grupo de ingenieros, los 'doctores', educados en el taylorismo en las universidades del país, a administrar pequeñas fábricas (Sons of the Machine, pp. 103 ss.). En el caso latinoamericano, los empresarios paulistas iban más adelante que sus homólogos de otras regiones en los intentos de racionalización de la producción (John French,"Industrial Workers..." pp. 204 y ss.).

(74) Charles Savage ilustra el cambio introducido por los 'tecnócratas' con esta anécdota: a su llegada los trabajadores intentaron llamarlos como tradicionalmente lo hacían con los patronos, con el uso del 'don'. Un ingeniero bruscamente respondió: "Yo no soy Don Ramón, yo soy el Doctor García"(Sons of the Machine, p 109 y también pp. 52-57 y 101-107.). Peter Winn describe procesos parecidos con el cambio generacional en la fábrica de los Yarur en Santiago de Chile (Ver Weavers of Revolution, Caps. 1, 2, 5-7).

(75) Orlando Grisales señala que los hombres estaban 11% por encima de los promedios nacionales de salario en la rama de bebidas y las mujeres 15% ("...Bavaria", pp. 27-28). El técnico de la Contraloría, Francisco de Abrisqueta, alabó la actitud de la cervecería ("El Reajuste Mensual de Salarios del Consorcio Bavaria", Anales de Economía y Estadística, Tomo IV, No. 5, 1941.). Para los trabajadores la 'prima' llegó a ser mayor que el sueldo. Todavía en 1945 el sector de bebidas era uno de los que más proporción de prestaciones tenía sobre el salario (casi un 20%), y sólo lo superaba la rama petrolera (Censo Industrial, 1945, p. 111).

(76) *La Defensa* 7 abril, 1942. Días más tarde el mismo periódico elogiaba a Coltejer en estos términos: "Coltejer significa esfuerzo, patriotismo, triunfo ... es una consigna de trabajo y una bandera de triunfo" (15, Oct., 1942). Charles Savage señala que los 'doctores' buscaban a través del incentivo salarial un cambio de los trabajadores en su "identificación con lo tradicional, menos eficiente y con las rutinas menos racionales" (Sons of the Machine, p. 105). La colaboración de los trabajadores por medio de mejores salarios había sido intentada con éxito por empresas químicas barranquilleras como Laboratorios Picot en los años 30 (Vergara y Baena, Barranquilla ... p. 176).

(77) *Unión Colombiana Obrera*, 12 mayo, 1928. *El Diario*, 28 ag., 1937. Las huelgas, en junio de 1935 y enero de 1936, habían tenido que ver con aumentos salariales, aunque la segunda exigía el cambio de ciertos directivos y mejor trato a los trabajadores (*El Tiempo*, 15 a 22 junio, 1935 y *El Espectador*, 16 enero a 3 feb., 1936).

(78) Editorial de *El Espectador*, 2 mayo, 1941. Ver entrevista con Gilberto Mejía, Medellín, 1988.

(79) *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, 4 sept., y 30 oct., 1937. Todavía en 1944 la gerencia insistía en que esa era la adecuada respuesta a las peticiones obreras (ibid, 25 marzo, 1944). Ver también Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 267.

(80) *Diario Popular*, 6 en., 26 feb. y 23 mayo de 1942; 1 junio y 17 oct. de 1945. Ver Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 321-323.

(81) *El Espectador*, 4 sept., 1945. El pronunciamiento parece orquestar la ofensiva patronal en el contexto de la Guerra Fría, como veremos luego. Para las presiones proteccionistas véase *Diario Popular*, 31 mayo, 1944 y Eduardo Sáenz "Industriales, Proteccionismo y Política en Colombia...". Una visión de conjunto de la organización industrial en Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp.174-175, 181 y 294.

(82) Así lo denunciaron los ferroviarios entrevistados, Gustavo Díaz R. y José F. Torres, Bogotá, 1988, y Martín E. Suárez y José L. Villegas, Medellín, 1988. En 1942 *El Espectador* llamaba abiertamente a la municipalización del transporte urbano (5, nov., 1942).

(83) Entrevistas con Abraham Cadena, Bogotá, 1988 y José B. Ocampo, Medellín, 1987. Algo similar encontró Savage en sus entrevistas: "a nosotros nos gustaban las cosas como estaban. Gozábamos estando en contacto con los patrones...era mucho mejor trabajar para [ellos]" (Sons of the Machine, p. 108).

(84) Ibid. p. 109. Los 'doctores' estaban sorprendidos pues pensaron que con el incentivo salarial los trabajadores cambiarían, pero eso no fue un proceso fácil (pp. 105-110).

(85) Charles Bettelheim, Las Luchas de Clase en la URSS (Primer Período), México: Ed. Siglo XXI, 1976; Harry Braverman, Labor and Monopoly Capital, New York, Monthly Review Press, 1974 y David Montgomery, Workers' Control in America, Cambridge: Cambridge University Press, 1979. Según Montgomery el taylorismo proponía la reorganización industrial en cuatro aspectos: "1) Planeación central y dirección de las sucesivas fases en la fabricación; 2) sistemático análisis de cada operación distinta; 3) detallada instrucción y supervisión de cada trabajador en la ejecución de su tarea particular; y 4) pagos salariales cuidadosamente designados para inducir al trabajador a hacer lo que se le indica" (p. 114).

(86) La crítica de Buraway está desarrollada por Fred Evans,"The New Information Technologies and Democratization of the Work Place", Paper al encuentro de filósofos radicales, New York, nov. 1989. La crítica de Buroway se dirige contra los que confunden "una nostalgia por el pasado [con] una nostalgia por el futuro" (ibid. pg. 29).

(87) Entrevista con María Rosa Lalinde, Medellín, 1987. El énfasis es nuestro.

(88) David Sowell, "...Artisans and Politics", pp. 35-36.

(89) Martiniano Valbuena, Memorias..., pp. 276-277. Esta frase, escrita en los años 40, remite al análisis de E.P. Thompson sobre el uso del reloj para imponer la disciplina de trabajo: "una difusión general de relojes está ocurriendo en el momento exacto en que la revolución industrial demanda una mayor sincronización del trabajo" ("Time, Work-discipline, and Industrial Capitalism", Past and Present, No. 38, 1967, p. 69.).

(90) Entrevista con Genivera García y Zoila Valencia, Medellín, 1987. Véase también Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., pp 374-382 y Jorge Bernal, "Características...", pp. 17-18. Zoila Valencia agregaba: "es que cuando eso nosotras éramos muy bobitas y como muy temerosas".

(91) Entrevista con Abraham Cadena, Bogotá, 1988. José D. Gómez habla de una experiencia similar en la fábrica de calzado Grulla (Entrevista, Medellín, 1987). Ver

también las entrevistas con Edelmira Ruiz de Sánchez, Bogotá, 1988, y Manuel Vargas, Medellín, 1987.

(92) Gonzalo Buenahora, Huelga en Barranca, pp. 48-49. Pedro R. Galindo complementaba diciendo que la Troco no dejaba leer prensa obrera. Vigilantes y la policía al servicio de la multinacional se encargaban de que eso se cumpliera (Entrevista, Barrancabermeja, 1985).

(93) En una encuesta hecha en Bogotá en 1983 a obreros y empleados, el 76.4% de los encuestados prefería "acortar el tiempo de almuerzo durante la jornada de trabajo para salir más temprano"! (ANIF, "El Uso del Tiempo Libre en Bogotá", Documentos ANIF, 1985, p. 25.).

(94) *Unión y Trabajo*, No. 200, 1941. El periódico era el órgano oficial del sindicato de los trabajadores del Ferrocarril de Antioquia.

4

EL USO DEL TIEMPO LIBRE



Los trabajadores urbanos colombianos de mediados de este siglo, como sus antepasados campesinos, también se levantaban al amanecer; pero, en contraste con aquellos, no era el monótono sonar de las campanas de la Iglesia lo que los despertaba, sino el impaciente ruido de las sirenas de las fábricas. En realidad los ritmos de vida de las grandes ciudades y centros productivos que concentraban asalariados se habían modificado en favor de una nueva concepción del tiempo. El imperio del reloj, sin embargo, no se consiguió de un momento a otro y, por el contrario, encontró una tenaz resistencia entre los obreros aún anclados en los ritmos 'naturales' de existencia.

La lucha por el predominio de una disciplina capitalista de trabajo tenía que ver con las jornadas de trabajo, pero implicaba también una reorganización del tiempo libre, terreno en el cual se vivió una ardua y sutil confrontación social. De esta forma, distintas visiones del trabajo y el descanso se confrontaron durante los años de formación de la clase obrera, exigiendo de ella definiciones que serán definitivas en la construcción de su identidad (1).

Aunque en los primeros decenios era poco el tiempo libre que les quedaba a los obreros, ese escaso tiempo fue desde el principio motivo de conflicto. Para los asalariados varones era el momento de diversión, socializando las penas y esperanzas de la vida laboral. En algunos casos fue también el rato para estudiar o para actividades económicas complementarias. Para las mujeres trabajadoras era el comienzo de la segunda jornada de trabajo, en el hogar. En cambio para los empresarios era un tiempo dilapidado en diversiones que perjudicaban la disciplina laboral. Para la Iglesia Católica, la inmoralidad amenazaba los ratos de ocio. Para el Estado, en el tiempo libre era cuando se fraguaban las rebeliones y para los revolucionarios cuando se 'alienaba' a las masas. Aunque con distintos enfoques, todos parecían coincidir en que el mayor tiempo libre de los trabajadores podía ser problemático. Los trabajadores, por su parte, siguieron aferrados a las formas tradicionales de diversión, al menos hasta que no surgieron otras que las reemplazaran. Lo que estaba en juego, así no todos los 'jugadores' lo percibieran, eran distintos ritmos de vida. La riqueza de esta confrontación, a veces olvidada por los estudiosos de los movimientos sociales, es lo que nos ocupará en este capítulo.

1. Formas tradicionales de Diversión Popular

Los primeros asalariados heredaron de los artesanos no sólo tradiciones culturales y formas organizativas, sino también maneras de emplear el escaso

tiempo libre que les quedaba. En ausencia de otros espacios de diversión accesibles para los estratos sociales bajos, éstos acudían a sitios de socialización en donde el consumo del alcohol era la principal entretención.

A finales del siglo XIX, cuando las actividades productivas campesinas o artesanales eran predominantemente de carácter familiar, el momento de descanso giraba también en torno al hogar. Hasta ese momento, hombres y mujeres populares parecían compartir esos ratos de entretenimiento. Pero en la medida en que se fue reemplazando la producción familiar por la fabril, separando el trabajo del hogar, también los sitios de diversión se fueron alejando del ámbito familiar. Una de las primeras consecuencias de esa separación entre trabajo y hogar fue el alejamiento de la mujer de los sitios de entretención, relegándola al hogar. En Colombia, como en otras partes del mundo occidental, la 'masculinización' de esos lugares no era sino un reflejo de la 'masculinización' de la sociedad industrial. A pesar de que paradójicamente la mujer ocupara un notorio porcentaje de la fuerza de trabajo, las normas patriarcales seguían asignándole el hogar como su sitio 'natural' de actividad (2). Las diferencias de género adquieren, por tanto, una nueva dimensión.

La inicial identificación entre actividades productivas y vida hogareña impedía hacer una clara distinción entre trabajo y descanso, por lo menos como los pretendían los defensores de la nueva disciplina de trabajo capitalista. En consecuencia, lo primero que debieron atacar estos sectores fue la extendida costumbre de consumir alcohol mientras se trabajaba, ya que los artesanos consideraban que beber era una parte del trabajo en los talleres. En muchos de ellos el alcohol era parte del pago y, como decía un entrevistado, "el mismo maestro le enseñaba a uno a tomar trago" (3).

Pero en el país, el consumo del alcohol durante la jornada de trabajo era una práctica común no sólo entre artesanos: en los primeros decenios de este siglo se extendía a todos los sectores asalariados. Incluso no faltaron los casos en que fueron las empresas las que facilitaron el consumo alcohólico en los sitios de trabajo. Las cervecerías, por ejemplo, casi que obligaban a sus trabajadores a beber de 2 a 4 cervezas diarias, pues eso era lo que se les daba en las cortas interrupciones del trabajo en la mañana y en la tarde. Bien fuera por la fuerza de la costumbre, bien por presión de las empresas, o como medio para sobrevivir las extenuantes jornadas de trabajo, el hecho es que el consumo del alcohol en los sitios de trabajo era bastante extendido en los inicios de la industrialización colombiana (4).

La estricta disciplina que se trató de imponer en las fábricas y en los medios de transporte buscaba precisamente diferenciar el trabajo del descanso. Los trabajadores varones, cada vez más atomizados en los sitios de trabajo, soportando la vigilancia de patrones y subalternos, buscaban refugio después del trabajo en los bares, tabernas o 'tiendas', para compartir el rato con sus

colegas. La mujeres trabajadoras, por el contrario, se retiraban a los hogares o a los 'patronatos' (internados para obreras regentados por la Iglesia), a realizar labores domésticas. En los sitios de diversión masculina, los trabajadores, además de socializar los sucesos del día al calor de unos 'tragos', oían la música popular regional (ya que, al menos en el interior, la música era más para oír que para bailar). De esta forma se oía el tango en Medellín, las rancheras en Bogotá, los ritmos caribeños en Barranquilla y Barrancabermeja, o en general los boleros y la música popular llamada 'de carrilera' o 'guasca'. En algunas ocasiones se hacían también apuestas en los prohibidos juegos de azar y de naipes. Según las regiones se pasaba el rato jugando billar o 'tejo. Este último, practicado especialmente en la región cundi-boyacense, tenía orígenes precolombinos, por lo que era considerado por las élites como un entretenimiento 'bárbaro y salvaje'(5).

La prostitución era también un fenómeno que rondaba los espacios de diversión populares a donde acudían los obreros varones y que, de paso, reforzaba la 'masculinización' de los sitios de diversión pues las mujeres que allí iban arriesgaban ganarse la condena social. Aunque floreció más en las economías extractivas, como Barrancabermeja, en realidad fue algo extendido por todo el país. En Medellín, epicentro de una cultura popular muy influida por el catolicismo, los círculos moralizadores de la élite denunciaban en los años 30 las dimensiones preocupantes que, a su juicio, había adquirido el fenómeno (6). Por su parte la prensa de izquierda denunció permanentemente la hipocresía de los sectores dominantes que, mientras condenaban públicamente la prostitución, la favorecían clandestinamente (7).

En todo caso, lo que se vivía en los sitios de diversión tradicionales del pueblo a principios de siglo era un ambiente que no puede reducirse al mero consumo alcohólico. Fue desde estas primitivas trincheras que los trabajadores resistían la imposición de los ritmos capitalistas de trabajo.

Por supuesto que existían diferencias locales en las formas de diversión, e incluso en el tipo de bebida alcohólica ocasionalmente consumida. En Bogotá, a principios de siglo, la bebida más popular era la 'chicha'. La élite capitalina desde el siglo XIX luchaba por erradicar los sitios de consumo, las 'chicherías ', consiguiendo alejarlas al menos del centro de la ciudad. Luego enfiló baterías contra las antihigiénicas condiciones de preparación de la bebida. En los años 20 se intentó promocionar una bebida preparada higiénicamente, la 'maizola', que fue un fracaso porque la gente no la consumió. La élite entonces decidió hostigar a los establecimientos controlando sus condiciones sanitarias, restringiendo los horarios de venta y apoyando decididamente a las cervecerías para que encontraran un sustituto. Al principio las cervecerías no corrieron con suerte pues el consumo de la 'chicha' era 7 veces superior que el de sus productos. Pero a fuerza de prohibiciones, y con el relativo éxito de una clase de cerveza llamada 'Cabrito', el consumo de la 'chicha' en algo disminuyó. En el

departamento de Cundinamarca, por ejemplo, se pasó de 73.8 litros ingeridos por persona en el año de 1937, a 66.5 en 1942. Ello, sin embargo, no era suficiente. La élite, finalmente, recurrió a la total prohibición de la venta de la popular bebida en los años 40, lo que no quiere decir que su consumo haya desaparecido en la práctica (8).

Pero en Bogotá los obreros, y demás sectores populares, consumían también otras bebidas distintas de la chicha y la cerveza. Para mayor preocupación de las autoridades, un aguardiente de caña destilado clandestinamente tenía abastecidos todos los expendios populares de bebidas alcohólicas, desplazando al producto oficial de las rentas departamentales (recuérdese que desde los tiempos coloniales el aguardiente era una renta estatal, y que desde 1910 pasó a ser administrada por los departamentos). El jefe de los destiladores clandestinos --o 'cafuches'-- era el legendario Papá Fidel, quien tenía organizada una red de distribución ilegal que abarcaba incluso a miembros de la policía y funcionarios de las rentas departamentales. A pesar de los intentos de suprimir el aguardiente clandestino, Papá Fidel --a quien nunca se capturó a pesar de que todo el mundo sabía que habitaba en las faldas de los cerros tutelares de la ciudad-- abasteció hasta su muerte a Bogotá. Su entierro, que se recuerda como uno de los más concurridos en la ciudad, fue un indicio más de la popularidad que otorgaba este tipo de economía informal (9).

En Medellín el reinado del aguardiente --conocido popularmente como 'guaro'-- permanece hasta el presente inalterado. Pero a diferencia de la dispersión de sitios de consumo alcohólico de otras ciudades, la capital antioqueña contaba con un espacio privilegiado: su zona central, llamada Guayaquil. Por ser el punto de convergencia del transporte urbano e intermunicipal, Guayaquil albergaba comercios, talleres artesanales, hoteles y vivienda popular. Había, además, sitios de diversión, bares y cantinas en tal abundancia que prácticamente cada gremio u oficio tenía su sitio de reunión privilegiado. Hubo sin embargo una percepción diferente de ese espacio: para los trabajadores antioqueños, Guayaquil, lejos de ser el sitio de perdición y delincuencia que proyectaba la élite, fue un ámbito seguro y acogedor donde pasaban sus ratos libres (10).

En Barrancabermeja y en las ciudades de la Costa Atlántica, con las que la primera estaba culturalmente ligada, el consumo de cerveza, aguardiente y especialmente ron, fueron los predominantes. Sin embargo, en Barrancabermeja el consumo alcohólico y las actividades que lo rodeaban adquirieron tales proporciones que preocuparon a las autoridades centrales. Lo mismo que en las economías de enclave y en los pueblos de reciente colonización, el centro petrolero albergaba una amplia zona para el entretenimiento de los trabajadores alrededor de la Calle de la Campana. Allí había de todo: bares, prostíbulos y casas de juego. Desde los años veinte los trabajadores de El Centro --lugar de extracción del crudo, ubicado a 15 kilómetros del puerto-- eran traídos en el

ferrocarril de la multinacional cada quince días, los fines de semana del pago. Durante dos días, Barranca parecía una gran feria en la que los petroleros gastaban parte de sus ingresos. Los famosos 'sábados grandes', como se les conocía, sólo desaparecieron en los años 50 con el desplazamiento de la vivienda de los trabajadores de El Centro a la misma Barrancabermeja (11).

Los 'sábados grandes', que eran fomentados por la multinacional, alimentaron también estereotipos cuya consecuencia fue aislar a los trabajadores de Barranca del conjunto de la clase obrera y del país. Desde los años veinte se denunciaba en la prensa elitista que "las amigas y la bebida son los tormentos de los trabajadores de Barrancabermeja", o que " las enfermedades venéreas y el alcoholismo consumen al pueblo de Barrancabermeja". Se construía así la **leyenda negra** sobre Barranca, a la cual nos referimos anteriormente (12).

Pero los estereotipos construidos con base en los hábitos de uso del tiempo libre no se circunscribían a los trabajadores petroleros. Por ejemplo, el consumo de la 'chicha' también fue utilizado para denigrar de los trabajadores del interior. En 1919 la Asamblea de Cundinamarca decía que el consumo de la bebida creaba problemas en ese departamento, diferentes de los de Antioquia o Cauca que eran "pueblos más vigorosos". Nueve años más tarde un senador costeño insistía que en la Costa Atlántica no había el alcoholismo del interior, pues en estas zonas "los trabajadores viven una vida que los conduce a la degeneración y al crimen merced a la base alimenticia que es la chicha". Lo cierto es que, al momento de hacer balances, el consumo de bebidas alcohólicas era similar en todas las regiones, según lo denunciaba desde los años diez el político liberal Rafael Uribe Uribe (13).

Algo similar ocurría con las prácticas de descanso de los artesanos y trabajadores de la construcción. Aunque estos tradicionalmente combinaban la bebida con el trabajo, no es menos cierto que la élite hizo un manejo exagerado, y por ende estereotipado, de esas prácticas. Desde los tiempos coloniales, los artesanos se resistían a trabajar los lunes (el 'santo lunes' europeo, que en Colombia se conoció como el 'lunes de zapatero'). Con ello se reafirmaban no sólo los ciclos 'naturales' de vida de los primeros trabajadores, sino también sus sueños de independencia. Un artesano bogotano escribió en 1867 que como ellos no tenían quién los mandara, ellos podían escoger cuándo trabajar y cuándo descansar (14). Pero el 'lunes de zapatero' no fue exclusivo de los artesanos: en los principios de la industrialización, trabajadores asalariados del transporte, enclaves extractivos y hasta de las nacientes industrias se ausentaban del trabajo los lunes, o llegaban tarde, rindiendo menos ese día. Con el tiempo la rígida disciplina impuesta en las fábricas y medios de transporte fue reduciendo cada vez más esa práctica, sin que desapareciera del todo. El mayor éxito en esta labor lo reportaron las industrias textiles antioqueñas, en donde la imagen del trabajador --y de la trabajadora, especialmente en las

primeras generaciones-- fue la de una persona que se abstenía del consumo alcohólico, como lo reflejaron ampliamente nuestras entrevistas (15).

Como se puede observar, hay diferencias reales, por regiones y por oficios, en las formas de entretenimiento. Pero también es claro que las élites, en aras de transmitir valores anti-alcohólicos, exageraron el consumo popular fomentando estereotipos para distanciar unos trabajadores de otros. Desde finales del siglo XIX los artesanos reaccionaron contra ese intento. En 1892, en medio de una crisis económica que afectaba a los gremios artesanales, un miembro de la élite bogotana acusó a los artesanos de ser los responsables de su propia miseria pues por consumir bebidas alcohólicas no prestaban atención a sus familias. Las organizaciones artesanales de la ciudad presionaron al gobierno, incluso apelando a la rebelión, para que obligara al escritor de esa acusación a retractarse (16).

La clase obrera retomará la defensa de una imagen positiva de los trabajadores, oponiéndosela a los estereotipos de la élite, aunque con métodos menos violentos. Los trabajadores asalariados señalaban, como lo hizo el líder ferroviario Díaz Raga en su entrevista, que por el comportamiento de unos pocos no se podía condenar al conjunto de la clase. Además las estadísticas sobre consumo alcohólico mostraron que había mucha exageración en las denuncias de la élite: Cuando se miran con atención los datos sobre gastos obreros en los años 30 y 40, se nota que era pequeña la proporción de los egresos en el rubro de bebidas --alcohólicas y no-alcohólicas-- y cigarrillos. Dentro del total de gastos de alimentación --que ocupaban 2/3 de los gastos totales--, dicho rubro ocupaba sólo el 8.8% en Barranquilla, el 10.6% en Medellín y el 11.6% en Bogotá. Contrasta, por lo tanto, esta baja proporción con las escandalizadas denuncias de la élite.

En realidad los sectores moralizadores utilizaban amañadamente las estadísticas globales sobre el consumo de alcohol por ciudades o regiones. De una parte, no se señalaba el incremento de población de esas áreas, y, por otra parte, no se diferenciaba el consumo popular del de la élite, que también consumía bebidas alcohólicas. Con una doble moral, los sectores elitistas atacaban la 'chicha' o el aguardiente pero poco o nada decían del whisky, la ginebra u otras bebidas importadas. Al mismo tiempo que se buscaba erradicar las chicherías del centro de Bogotá o de acabar con Guayaquil en la capital antioqueña, los periódicos elitistas alababan la apertura de elegantes 'cafés' o tabernas, aprobando en la práctica el consumo de alcohol para los estratos superiores.

Además, en algunos casos se llegó también a favorecer las bebidas fermentadas, con excepción de la 'chicha', para erradicar a las destiladas como el aguardiente. Por ejemplo, un periódico conservador antioqueño prefería el

consumo de cerveza sobre el del aguardiente, al que consideraba "una bebida morbosa" (17).

Lo que se pretende con estas reflexiones no es ocultar la realidad del consumo alcohólico popular, y por ende obrero, sino colocarlo en sus justas proporciones. La existencia de prejuicios y estereotipos en contra de sectores obreros y regiones enteras fue utilizada por la élite para reforzar sus valores e imponer la disciplina de trabajo. Las élites temían no sólo la indisciplina creada por prácticas como el 'lunes de zapatero', sino también la existencia de espacios en que los obreros, especialmente varones, socializaran su inconformidad con el orden laboral. Por ello las campañas anti-alcohólicas y moralizantes tenían desde el principio un claro sello de clase (18).

2. Las Campañas Moralizadoras

Desde comienzos de siglo cuando Rafael Uribe Uribe, haciendo eco de las campañas mundiales de temperancia, inició la lucha anti-alcohólica, diversas fuerzas sociales lo apoyaron, aunque persiguiendo diferentes objetivos. En 1934, un vocero de los sectores eclesiales y empresariales antioqueños colocaba en términos muy claros los intereses de quienes lideraron las campañas moralizantes en el país:

> " Es punto de meditación, no la jornada limitada de las ocho horas sino más bien las horas de vagancia, las horas de desocupación. El empleo de este tiempo es el que ha de dar al hombre que vive del sudor de su frente la tranquilidad de conciencia, la salud de su cuerpo y el reposo para las nuevas jornadas. No ha sido el trabajo el que ha diezmado la raza. Ha sido el tiempo del desempleo, cuando libre de labores y abandonado a su ignorancia, sin importarle al Estado, ni a la ley, ni a los patronos, va de taberna en taberna alcoholizándose" (19).

Como se ve, para los años treinta lo que preocupaba a los círculos moralizadores no era tanto la disciplina en las fábricas --más o menos impuesta, como ya vimos-- sino el tiempo libre. En aras de reforzar nuevos hábitos de trabajo se acudió a una terminología moralizante, enraizada en tradiciones católicas pero con nuevos componentes: de una parte, el discurso de los movimientos prohibicionistas norteamericanos y europeos se hizo presente en el país; de otra, también llegaron los ecos del positivismo que alimentó en el siglo XIX a las élites latinoamericanas con teorías social-darwinistas sobre la 'degeneración' de ciertas 'razas'. El mismo Uribe Uribe no escapó a esas influencias: en un discurso pronunciado a comienzos de siglo estampó una frase que repetirían permanentemente los círculos moralistas: "el alcoholismo es el cáncer social que nos devora y que está haciendo **degenerar** con vertiginosa

rapidez **la raza**, no tan sólo en sus calidades físicas, como mentales y morales" (20). Así, con la mira puesta en la denuncia de los efectos del alcoholismo, se cayó en cierto racismo.

A pesar de la convergencia de sectores eclesiales y empresariales, especialmente en las ciudades del interior, había diferencias de énfasis en las campañas moralizantes. Para la Iglesia Católica el problema era básicamente moral: el abandono de valores religiosos que conllevaba la práctica alcohólica tendría devastadoras consecuencias, a sus ojos, para la reproducción de las familias obreras. Así se denunciaba este hecho, desde principios de siglo:

> "Basta un simple llamamiento a vuestra propia observación para haceros caer en cuenta de cómo, en las víctimas del alcoholismo, la severidad de los principios morales se va relajando hasta sustituir esos dictámenes por máximas y asertos que parecen inspirados en la barbarie de razas aún salvajes, o en el degradante sensualismo de Epicuro" (21).

El alcoholismo era un vicio, un 'pecado', cuyas consecuencias se sentirían en futuras generaciones, según el clero. Los empresarios, por su parte, privilegiaban las implicaciones laborales y políticas de dicha práctica, aunque sin abandonar el lenguaje moralista. La élite antioqueña, nuevamente, fue la pionera en la lucha anti-alcohólica. Desde 1856 había conseguido a nivel regional condenar la vagancia, una de cuyas definiciones era la ebriedad habitual. A fines del siglo XIX se crearon, en asocio con el clero regional, 'Juntas o Sociedades de Temperancia', las que florecieron especialmente en las áreas rurales. En 1905 se llevó a cabo la primera Asamblea Anti-alcohólica en Medellín, en donde se le dio forma organizativa a la campaña. En 1915 disposiciones regionales limitaron la edad para la compra de bebidas alcohólicas y reglamentaron el expendio de licores en sitios públicos. En 1922 se consiguió, a nivel nacional, una ley que castigaba la vagancia y el exceso de alcohol. Un año después se impuso, en el ámbito regional, la ley seca. Aunque la élite bogotana secundó los pasos de la antioqueña, centró su lucha en la prohibición de la 'chicha' (22).

Otros elementos, fundamentalmente de carácter político, estaban igualmente presentes en la campaña. Por ejemplo, desde los tiempos de Rafael Uribe Uribe los liberales habían denunciado la imposibilidad de que el Estado, en manos conservadoras, liderara la lucha, pues parte de sus rentas provenían de ese rubro. A medida que la confrontación interpartidista se tornaba más aguda, los llamados a abstenerse del consumo alcohólico se incrementaban. "Por cada copa de aguardiente", decía un periódico Liberal antioqueño, "que un liberal se tome, está sosteniendo a su peor enemigo y eso no es sólo a costa de su dinero sino de su salud, de su sangre, del bienestar de su familia y aun de su propia vida" (23).

Para acabar de complicar las cosas, los mismos organismos encargados de la función vigilante del Estado no estaban exentos del consumo. En 1923, por ejemplo, el Director de la Policía de Bogotá prohibió el ingreso de 'chicha' a los cuarteles. De esta forma se entiende que la prensa Liberal dijera: "para acabar con el alcoholismo hay necesidad antes de que el Estado deje de ser alcohólico" (24).

Las campañas moralizantes de la élite, con rasgos políticos, no se limitaron a la lucha contra el alcohol, sino que invadían todos los espacios obreros en donde hubiera peligro de subversión de los valores dominantes. En Medellín, en 1939, se lanzó una furiosa campaña contra las casas de juego y de apuestas. Durante unos años se prohibió su funcionamiento en la ciudad, lo que las obligó a camuflarse. Viendo el fracaso de la prohibición, se suprimió la medida en 1944. No hay que olvidar que durante el período estudiado, las loterías eran una de las fuentes de ingreso departamental, aunque en Antioquia se suprimieron también temporalmente (25).

La tradicional posición de la Iglesia como la rectora de la cotidianeidad colombiana la llevó continuamente a intervenir en la vida pública y privada de los ciudadanos, máxime si estos pertenecían a los estratos sociales bajos. El temor al contagio de virus infecciosos motivó la limitación del acceso a los sitios de baños públicos, especialmente en Medellín. También le preocupaba a la Iglesia que en esos sitios, así como en los bailaderos, se relajaran las costumbres sexuales tan celosamente vigiladas por ella. Por la misma vena, el uso de vestidos diarios considerados insinuantes, o aun de vestidos de baño o de deporte por parte de las mujeres, fue permanente motivo de condena eclesial. Por supuesto que el peso del control de la sexualidad por parte del clero fue más fuerte allí donde la cultura popular lo permitía, como fue el caso antioqueño. Una textilera que vivió en un Patronato, recordaba que "las Hermanas nos decían que no saliéramos con los novios a andar, que los hombres eran muy malos" (26).

Con espíritu de cruzada, la Iglesia no descansó en su afán moralizante. Obras de teatro y películas que tuvieran un simple beso también sufrieron los efectos de la nueva Inquisición. Así sucedió con las obras teatrales de la 'Tórtola Valencia', en 1924, o con 'La Casta Susana', en 1927; o con películas como 'Salomé' y 'La Princesa de Judea' en 1924, 'El Sexto Mandamiento' en 1941 o 'La Corte del Faraón' en 1944, para mencionar sólo algunas entre las que aparecieron en la prensa de la época. Algunas obras literarias, consideradas por la Iglesia como pornográficas, también fueron condenadas (27).

Pero las censuras eclesiásticas, con apoyo tácito de la élite conservadora, no se limitaron a materias morales. También tenían una dimensión ideológica y política que reflejaba la intención de los sectores moralistas por controlar todos los aspectos de la vida de los trabajadores. En 1909, un órgano de prensa

religioso se mostraba escandalizado por la difusión de 'malas lecturas', es decir aquéllas que se oponían a las enseñanzas religiosas o al orden político vigente:

> "Es una verdadera inundación. La venta de libros, pero sobre todo de libros baratos, se ha convertido en la infatigable sucursal del escándalo. Una cantidad de novelas ilustradas de 5, 10 y 20 centavos salen diariamente de las imprentas e inundan toda la provincia. De cada una se imprimirán 50,000 (!) ejemplares... llegándose a un número de corrupción verdaderamente aterrador, más de 500.000 almas pervertidas por cada una de esas producciones inmundas.
>
> Estas obras circulan en todas las manos. El niño las lee en el colegio, el obrero las lleva al taller y el padre de familia más religioso se ve imposibilitado para defender su casa de esta nueva peste" (28).

La Iglesia Católica actualizaba continuamente el Indice de libros condenados por Roma. Además de las clásicas obras de escritores anticlericales, socialistas o anarquistas, las listas de libros atacados se engrosaba con los autores locales o con periódicos completos, como sucedió con la prensa liberal nacional y regional. En este caso, sin embargo, la prohibición obró en forma contraproducente pues excitó la curiosidad de los lectores, incluso de conservadores practicantes como don Jorge Echavarría (29). De esta forma, los libros más leidos fueron en muchas oportunidades los condenados. La sospecha de la Iglesia hacia la lectura era tal que era prohibido para los católicos leer la Biblia. Contrasta esta actitud eclesial con el entusiasta estímulo que círculos socialistas y anarquistas daban a la lectura. Mientras un boletín clerical advertía que "sin licencia eclesiástica los libros son malos", un periódico socialista decía:

> "El libro y la lectura son vinos generosos que despiertan gratos recuerdos, y es divino incienso al través de cuyos recuerdos blancos y vaporosos, las cosas idas resurgen ante nuestros ojos, trayendo consigo rumores, suspiros y besos y toda la esencia voluptuosa del Nirvana" (30).

Si en algún aspecto fue clara la intención política de los círculos moralistas, fue en este punto. De una forma no muy explícita, los círculos eclesiales y empresariales denunciaban, como si se tratara de la misma subversión, el consumo alcohólico, la lectura de periódicos prohibidos o la prédica socialista. En 1927, escribía así un periódico conservador:

> "Esos que allí veis son en su mayoría los asiduos clientes de las cantinas, los que mantienen en zozobra a sus patrones, los que a cada paso hacen la huelga sin fundamento. Hace algunos días eran pocos. Apenas si concurrían a las conferencias del jefe unos cientos. Hoy son más de mil. La acción de periódicos impíos, de hojas sueltas, de conferencias desenfrenadas y el dinero de muchos agitadores sin conciencia, han hecho crecer el número" (31).

Pero vale la pena detenerse un momento para considerar el impacto de estas campañas moralizantes en los grupos obreros. Para este análisis acudimos, básicamente, a la revisión de prensa obrera de la época, lo que al menos nos indica la respuesta de los líderes a la ofensiva moralizadora. Se puede decir que, en general, los periódicos obreros, y las organizaciones que los respaldaban, se sumaron a la campaña anti-alcohólica en los años 20, sin compartir sus connotaciones morales y racistas y con una concepción política muy diferente. Claro que existieron matices diferentes en los periódicos obreros, según las ideologías que los alimentaban.

Los círculos obreros católicos hacían eco de las condenas moralistas de la Iglesia. Un periódico de esa corriente decía: "de nada le servirá al obrero que le suban los jornales, si los dedica al juego, a la bebida ... y a la perversión moral". El alcohol, para los obreros católicos, era el causante de la destrucción de los hogares --"separa al padre de los hijos, al marido de la esposa"--, además de producir innumerables enfermedades que incluían desde desórdenes digestivos hasta epilepsia, pérdida de la inteligencia y, sobre todo, "de buenos sentimientos" (32). Los obreros liberales, siguiendo la posición de su partido, enfatizaron la oposición a las rentas estatales: "si [el pueblo] que bebe, se embriaga y se degenera [!] ... se abstiene de consumir alcohol... vendrá la bancarrota y la caída del gobierno seccional".

Los círculos anarquistas y socialistas de los años veinte retomaron ese énfasis político llevándolo más lejos. El periódico socialista *La Humanidad* decía: "El obrero que bebe aguardiente es un esclavo tributario del gobierno que lo explota y envenena"; por su parte, los anarquistas llamaban a abstenerse del alcohol "primero para que no degrades tu personalidad y segundo para que boicoteando el vil alcohol contribuyas a mermar la renta con que se paga el burgués" (33). En todo caso el peso de la tradición radical se hacía presente aun en los grupos de izquierda, como lo evidenciaba la permanente publicación del famoso discurso de Uribe Uribe contra el alcoholismo (34).

En los años treinta los periódicos de izquierda disminuyeron las referencias a las campañas de temperancia, para centrarse en problemas políticos de álgido debate. Fue entonces la prensa de corte sindical la que continuó la denuncia del alcoholismo. En el periódico de los ferroviarios de Antioquia se decía que el alcoholismo era "un peligro individual y un azote social", pues estaba asociado a la pobreza, la locura y la criminalidad. El gobierno, ahora en manos liberales, que debía castigar el exceso de alcohol, no lo hacía pues se regía por el criterio de "que haya rentas aun cuando el pueblo se arruine en el garito y la taberna". Algo similar expresaba el periódico de los petroleros de Barrancabermeja a fines de los años treinta: para ratificar la nueva perspectiva de los dirigentes obreros barranqueños, se decía que "en nuestro club ha quedado totalmente prohibida la venta de bebidas alcohólicas ... Nosotros que atacamos implacablemente la pésima costumbre de nuestros

compañeros en querer vivir en un completo estado de embriaguez, tenemos que dar un ejemplo con los hechos: guerra al alcohol y guerra al libertinaje!"(35).

En los años treinta y cuarenta, los periódicos sindicalistas también se sumaron parcialmente a los otros objetivos de las campañas moralistas locales. La acción de la élite antioqueña contra las casas de juego fue secundada por el periódico de los ferroviarios: "Rogamos a nuestros compañeros que se abstengan por completo de concurrir a las casas de juego... pues allí se queda la honra, el honor y el jornal... Obreros! vivid convencidos de que sólo el pan que se gana con el sudor de la frente y en el yunque del trabajo, es el que sirve de alimento espiritual y material a vuestros hijos". La ofensiva de la élite bogotana contra la 'chicha' fue también apoyada por algunos periódicos obreros, y en los años cuarenta la organización confederal de los obreros, la CTC, se sumó abiertamente a ella (36).

Al apoyar aspectos de las campañas moralizantes, los círculos obreros no escaparon de las ambigüedades que las acompañaban. El mismo ardor con el que se combatían bebidas populares como el aguardiente o la 'chicha', no se notaba cuando de bebidas más elitistas se trataba. *La Humanidad* de Cali decía que la historia del aguardiente era "una de vergüenza, corrupción y ruina"; mientras, publicaba en las mismas páginas propagandas de vinos. Un periódico obrero de orientación clerical insistía en que "las bebidas fermentadas como el vino y la cerveza pueden usarse pero en forma moderada". Otro periódico, de corte liberal, mientras atacaba duramente a las chicherías, alababa la apertura de tabernas (37). En todo caso la prensa obrera, especialmente la de izquierda en los años veinte, reflejaba un actitud más tolerante con ciertos tipos de bebidas alcohólicas, lo que no dejaba de ser un poco ambiguo. El periódico *Claridad*, por ejemplo, en 1928, mientras censuraba sitios de diversión populares, escribía animadamente sobre una serie de cafés a donde acudía un "público de buen tono ... poetas, artistas, pintores, filósofos, comerciantes y bohemos de recia estructura espiritual" (38).

Pero la principal ambigüedad en la que cayeron los periódicos obreros residía en la misma imagen de obrero que se transmitía en las campañas moralizantes: las referencias a la 'degeneración de la raza' no eran la mejor proyección de los sectores populares. Sin embargo, tenemos la impresión de que la prensa obrera, aún la inspirada por el clero, no compartía la idea de que el pueblo colombiano, y dentro de él la clase obrera, hiciera parte de las 'razas degeneradas'. Un periódico sindicalista, tomando distancia del discurso elitista, decía: " no compartimos las tesis que sostienen algunos coterráneos de que nuestro pueblo ha perdido la vitalidad de otros días por el alcohol", y concluía agregando que "son las corporaciones obreras las únicas que deben afrontar la solución de este problema social y a contribuir a esa campaña viene nuestro periódico" (39).

Lo que la prensa obrera intentó señalar desde los años diez fue que el proletariado colombiano no estaba 'degenerado' sino que, por el contrario, era el llamado a redimir al país. Pero para poder cumplir esa misión, debía superar los vicios que afectaban a algunos de sus miembros. "El bebedor es un esclavo sin valor y sin honor"; pero es al bebedor al que se ataca, no a la clase en su conjunto, como lo hacían los sectores elitistas. Por ello las organizaciones obreras, desde un principio, exigían que sus directivos dieran ejemplo en la abstención alcohólica (40). Era, pues, parte del debate por la imagen que proyectaba la élite de la clase obrera y la que ésta construía de sí misma, como ampliaremos en el último capítulo.

Finalmente, los periódicos obreros siempre buscaron ofrecer alternativas de recreación, poniendo un mayor énfasis en las salidas positivas y no tanto en la negatividad de la condena. Un líder socialista de Medellín, después de analizar el desarrollo de la campaña anti-alcohólica en la región, concluía que para contrarrestar el consumo entre los obreros se debían promover "espectáculos baratos, habitaciones alegres y cómodas, bibliotecas, clubes y círculos deportivos" (41).

Algunos miembros de las élites también comprendieron que a fuerza de prohibiciones y condenas no era mucho lo que se lograría, y que era necesario desarrollar, como lo pedían los obreros, espacios alternativos de uso del tiempo libre. El dirigente Liberal Armando Solano decía en 1926 que la lucha contra el alcoholismo "no debe adelantarse con leyes y decretos, sino en la escuela creando una nueva generación de antialcohólicos sin violencias" (42).

Si los resultados de las campañas moralizadoras no habían sido alentadores para los sectores que las promovían, el énfasis positivo parecía ofrecer mejores perspectivas. El conflicto por el control de los ritmos de vida de los trabajadores se desplazaría del pantanoso terreno de las condenas al más promisorio de las alternativas de diversión y aprovechamiento del tiempo libre.

3. Las Nuevas Formas de Diversión

Lo primero que se le ocurrió a la élite como instrumento complementario en la lucha por la moralización del tiempo libre fue convocar al pueblo a conferencias. Esa era la forma preferida en que la élite buscaba comunicarse con los artesanos desde el siglo XIX. A mediados del siglo pasado, en los locales de la Sociedad de Artesanos de Bogotá se oyeron vibrantes conferencias de jóvenes radicales sobre los pro y contras del proteccionismo o las ventajas del socialismo. Algunos intelectuales y dirigentes de las asociaciones de artesanos concurrían a esos eventos. La práctica la continuaron los oradores políticos como Uribe Uribe y más recientemente Jorge Eliécer Gaitán, cuyos discursos de

los viernes en el Teatro Municipal eran seguidos con atención por los obreros. Pero el éxito de esas conferencias políticas no se extendió a las de temas morales, en gran parte porque se hacía con una clara intención paternalista por parte de las élites. En 1924, por ejemplo, en Medellín se habló de la bondad de ciclos de conferencias 'culturales' para los obreros, en las cuales miembros de la élite podrían "contribuir hablando contra el alcoholismo, la prevención de las enfermedades venéreas y el estímulo del ahorro" (43). Probablemente para los obreros estas conferencias eran repetición de los sermones que oían periódicamente en las iglesias y por ello no concurrieron masivamente. Por lo tanto, había que buscar alternativas realmente atractivas.

Para principios de siglo, los espectáculos en los que había participación masiva eran los circos y las corridas de toros, pero aún ellos fueron acusados de favorecer el consumo alcohólico. Lo mismo se decía de las ferias y carnavales locales. Como criticaba el mismo Rafael Uribe Uribe, "en Colombia no hay feria, ni romería, ni fiesta alguna pública o particular que no se celebre sin apurar grandes copas de licor" (44).

Aprovechando la recepción que tenían desde los tiempos coloniales las representaciones teatrales religiosas o las improvisaciones cómicas, se intentó popularizar el teatro sin mucho éxito, posiblemente por los altos costos de las entradas. El género dramático había sufrido una politización a lo largo del siglo XIX, especialmente después de 1886. Vargas Vila incluso incursionó en el genero escribiendo una tragedia que, como toda su obra, fue censurada. Haciendo eco de la labor adelantada por los anarquistas en otras latitudes, especialmente la de Pietro Gori en Argentina y González Prada en Perú, en Colombia a principios de siglo se intentó escribir teatro popular. Según Osorio Lizarazo, un temprano socialista, Jacinto Albarracín, "pensando en que el teatro era el mejor vehículo para que le llegara al pueblo el conocimiento de su propia miseria, representó dos dramas, de títulos humildes, enruanados: 'La Hija del Obrero' y 'Por el Honor de una India'. Un aviso aparecido en un periódico anarquista de Barranquilla era más explícito en el uso político del teatro:

> "Ponemos en conocimiento de todos los amantes y simpatizadores [sic] del arte teatral, que el 'Grupo Artístico de la Federación' pondrá en escena en breve el Drama y Prologo 'Primero de Mayo' de Pietro Gori. También se pondrá en escena la misma noche 'El Redentor del Pueblo' por Alfonso Marsillach, obra satírica en un acto" (45).

A pesar de que el teatro nunca llegó a las amplias masas, sectores politizados de la clase obrera lo siguieron utilizando. En 1934, por ejemplo, la gran prensa hablaba de la existencia de una 'Compañía Obrera de Dramas y Comedias de Bogotá', a la que se le canceló la presentación de la obra española 'Juan José' (46). Posteriormente serán los sindicatos los que crearan sus grupos teatrales y 'culturales'. El cine, en cambio, tuvo más acogida popular desde el

principio. La Iglesia se opuso inicialmente al espectáculo como tal, considerando que "es malo para la vista, es escuela de vicios, destruye la inocencia y hace gastar dinero inútilmente". Pero el espectáculo tuvo popularidad a pesar de la crítica eclesial. Por ello los círculos moralizadores optaron más bien por censurar las películas 'inmorales'. En Medellín, además, la Sociedad de Mejoras Públicas buscó ofrecer películas 'instructivas' a precios más bajos, para 'purificar' el espectáculo (47).

El cine que tuvo acogida entre los obreros era diferente del que le gustaba a la élite. En ausencia de un cine nacional, el mexicano fue el que más atracción despertó en la población trabajadora. Así lo confirma un textilero antioqueño entrevistado:

> "Yo tuve un tiempo en que salía de la fábrica, por ejemplo salía a las dos de la tarde, llegaba y almorzaba, y en la fábrica me invitaban a tal cine... me fui acostumbrando [de tal forma] que no podía dejar el cine ya ... A mí me gustaba el cine mexicano ... era muy bueno" (48).

Pero el cine, a pesar de su alta popularidad --que se correspondía con sus bajas tarifas--, no era la alternativa de entretenimiento según las élites. El hecho de que fuera una diversión en recinto cerrado --ideal para el clima frío de Bogotá--, no cumplía los requisitos de un descanso físico y espiritual. Además la élite siguió viendo con sospecha el espectáculo, precisamente por su popularidad. Pero para buscar promover diversiones al aire libre se tropezaba con la ausencia de espacios abiertos en las aldeas colombianas de principios de siglo, ya que para esa época únicamente comenzaban a diseñarse parques para la recreación masiva en ciudades como Bogotá y Medellín.

Además de las tertulias callejeras, ahora aparecieron los 'paseos' dominicales de toda la familia. En ellos se llevaba comida (los famosos 'piquetes' bogotanos), se oían las retretas de las bandas musicales e incluso se montaba en los novedosos carruseles. Las peregrinaciones a sitios de culto religioso, como el cerro de Monserrate en Bogotá, siguieron contando con popularidad, pero ahora se organizaban también paseos allí. A veces el solo hecho de caminar la ciudad --a principios de siglo era posible hacerlo por la poca extensión de ellas y por la seguridad que aún ofrecían--, o el desplazarse a poblaciones cercanas, era entretención (49). El desarrollo de los transportes, el ferrocarril y los automóviles principalmente, acortaron las distancias para desplazarse a nuevos centros vacacionales. Sitios como Puerto Berrío o Girardot, y poblaciones intermedias, se convirtieron en sitios de descanso --de 'veraneo'-- de las ciudades del interior (50).

Sin embargo, estas diversiones seguían siendo costosas y requerían de tiempo libre en fines de semana o vacaciones, lo que aún no había sido conquistado por muchos sectores obreros. Se necesitaba, por lo tanto, de una diversión que no implicara muchos costos y que se amoldara tanto a las

jornadas de trabajo como a las condiciones espaciales de las ciudades, es decir, que se pudiera practicar cerca de los sitios de trabajo. La respuesta estaba en algo que era privilegio de la élite hasta el momento: el deporte.

Hasta los años veinte, el único 'deporte' practicado por los sectores populares, especialmente en el interior, era el 'tejo', y el único que era espectáculo era el boxeo. Pero tanto uno como otro eran considerados 'salvajes' y 'bárbaros' por las élites (51). Sólo con la difusión del fútbol a nivel nacional, y del el béisbol para la Costa, el deporte será un fenómeno masivo. El fútbol fue traído al país por los europeos y por miembros de la élite que habían estado en el viejo continente. Los primeros equipos giraban en torno a los colegios de varones o a los exclusivos clubes de la élite. Pero hacia los años 30 comenzó la apropiación masiva del fútbol haciéndolo, hasta nuestros días, el más popular. La élite se sintió obligada a ofrecer espacios para ver y practicar el espectáculo. En los años treinta se inició la construcción de estadios y, paralelamente, se dotó a los barrios 'obreros' de canchas deportivas. En Bogotá por ejemplo, en 1934 se inauguró una cancha en el barrio Tejada y en 1942 se construyeron dos "gimnasios obreros para fomentar el espíritu deportivo y mejorar la condición física de los trabajadores" (52).

Este proceso no pasaba desapercibido para los empresarios, quienes vieron una doble ventaja en apoyar la difusión de deportes masivos: estos ofrecían una diversión 'sana', facilitando la imposición de la disciplina de trabajo, y podían reforzar los lazos de dependencia de los trabajadores con las empresas. Tal vez por ello, rápidamente las grandes empresas construyeron canchas de fútbol, financiaron equipos y hasta intentaron organizar campeonatos internos. En algunos casos las fábricas construyeron también clubes en climas más templados, para que sus trabajadores practicaran los deportes. Este apoyo empresarial era una de las formas como las nuevas generaciones de patronos o tecnócratas intentaban restablecer el diálogo con los trabajadores (53).

Las empresas extranjeras no se quedaron atrás en ese importante paso. Más aún, en muchos casos fueron las primeras en impulsar los deportes masivos, especialmente el fútbol. Así sucedió con la empresa inglesa del Ferrocarril de la Dorada. En Barrancabermeja, la Tropical Oil Co. organizó en 1931 un equipo llamado 'El Obrero' y años más tarde crearía un Centro Juvenil para entretener a la juventud a través del deporte (54).

En algunos casos fueron los sindicatos los que debieron presionar a las empresas para que apoyaran la práctica deportiva. Tal fue el caso de Cementos Samper, según testimonio de un trabajador.

Es necesario anotar que, como sucedía con las diversiones tradicionales, en un principio la mujer estuvo excluida de la práctica de los deportes. Los

círculos moralistas, con el clero a la cabeza, se oponían a dicha práctica aduciendo que eran dañinos para su organismo! A pesar de esa oposición la mujer, hacia los años cuarenta, comenzó a practicar el basquetbol y la natación, lo que preocupaba aun más al clero por los atuendos que se usaban para ello (55). Poco a poco ese espacio sería también lentamente conquistado por la mujer.

Así como el deporte ofrecía ventajas para los empresarios, era también útil para los trabajadores no sólo por el descanso físico que ofrecía sino por favorecer la camaradería entre ellos. Muchos dirigentes obreros se iniciaron como líderes deportivos en sus empresas. Charles Savage ilustra, para un período posterior, el forcejeo entre patronos y trabajadores por apropiarse de esta actividad que ganaba cada vez más aceptación en el país (56).

El interés por presentar alternativas de diversión a trabajadores y trabajadoras llevó a las empresas a crear los 'Secretariados Sociales', en los años cuarenta. Estos, que eran en realidad departamentos de relaciones laborales, fueron asumidos por profesionales de la recientemente creada carrera de trabajo social. Además de ofrecer conferencias y cursos de capacitación, organizaban fiestas y reinados, ocupando parte del tiempo libre de obreros y obreras. Era también una forma 'moderna' de reemplazar el paternalismo, ofreciendo válvulas de escape de las tensiones laborales. La institucionalización de bailes y reinados en las grandes empresas buscaba reforzar aún más la dependencia de los trabajadores hacia ellas. El Secretariado Social de Fabricato, por ejemplo, organizaba un reinado interno a partir de las candidatas de cada una de las secciones, finalizando con "un baile muy hermoso en el corredor de la fábrica", según una entrevistada; "eso era una fiestaza" (57).

Desde el siglo XIX los gremios artesanales realizaban festivales con el objetivo de recolectar fondos y de entretener a sus afiliados. Las primeras organizaciones obreras continuaron esta tradición y para fines de los años diez se propagó la costumbre de elegir en las grandes ciudades la reina de los trabajadores, llamada la 'Flor del Trabajo'. Los distintos gremios obreros postulaban sus candidatas y, lo mismo que la reina de los estudiantes, por votación directa era elegida la que obtuviera la mayoría. Las candidatas eran señoritas generalmente de familias obreras o artesanas, pero también podían ser postuladas mujeres de la élite que hubieran realizado obras de caridad con los sectores de bajos recursos. La elección de la Flor del Trabajo, generalmente en los Primeros de Mayo --cuyos rituales veremos con detenimiento en el último capítulo-- era una fiesta que congregaba a gremios obreros y a otros sectores de la población urbana. Era presidida por miembros de la élite, en compañía de los tradicionales dirigentes artesanos. En 1924, por ejemplo, el expresidente Carlos E. Restrepo coronó a la Flor del Trabajo de Medellín con estas palabras: "... sois la espiritualización del músculo, el perfume del sufrimiento, la poesía y la idealidad de la fatiga jornalera. Mujer de virtud y de trabajo, mostráis a las

mujeres cómo pueden dignificarse y honrarse". Una de las primeras acciones de la elegida fue convocar a los trabajadores de la ciudad a una fiesta de máscaras "para que los obreros disfruten un día, siquiera, de alegría" (58). Como se ve claramente, se trataba de una institución inmersa en el paternalismo con que se miraba al mundo obrero en los primeros decenios de este siglo.

Un año más tarde, en la misma ciudad se eligió a María Cano, una señorita de apellidos elitistas --los dueños del segundo periódico del país, *El Espectador*--, pero sin muchos recursos económicos ella misma. Su inquietud por los obreros era literaria, pero con la elección como Flor del Trabajo de la capital antioqueña se propuso conocer el mundo laboral. En un principio lo hizo con la misma perspectiva caritativa de sus predecesoras. Impulsó, por ejemplo, la creación de la Casa 'Obrera' en la ciudad, convirtiéndola en centro cultural y también en restaurante y albergue de gentes de bajos recursos. Pero después de un viaje a la población minera de Segovia, algo no muy común en una mujer de la época, María Cano comenzó a politizar su discurso, sin perder la fuerza vitalista que la caracterizó. En su quinta gira por el occidente del país, la Cano pronunció una frase que sería recordada por generaciones de obreros: "Soy mujer y en mi entraña tiembla el dolor al pensar que pudiera concebir un hijo que fuera un esclavo". Rápidamente se integró a los movimientos socialistas, de los cuales fue una de sus máximas figuras, algo también poco común en una sociedad patriarcal que excluía a la mujer de la política.

Con sus giras por todo el país, María Cano superó el marco regional y comenzó a ser llamada la Flor **Revolucionaria** del Trabajo. A donde fue, recibió entusiastas manifestaciones de apoyo de los obreros y otros sectores populares. Aunque no fue fácil cambiar una institución anclada en el paternalismo, ella lo hizo con mucha imaginación. En esas circunstancias, los dirigentes socialistas, después de algunas vacilaciones, decidieron oficializar la institución, pero "con carácter ideológico y agitacional". La Flor del Trabajo contaría además con autonomía de la dirección socialista y con la asesoría que decidiera (59). Si bien lo que los dirigentes socialistas oficializaron en realidad fue la labor de María Cano, y no tanto los reinados obreros en sí, en todo caso era un paso novedoso pues rompía los esquemas bolchevizantes difundidos internacionalmente.

Con los cambios ideológicos del socialismo, a fines de los años veinte, desapareció esta curiosa práctica, nunca vista con buenos ojos por la ortodoxia revolucionaria. María Cano, por su parte, también cayó en desgracia ante los nuevos dirigentes del comunismo y, hasta su muerte en 1963, nunca volverá a ocupar el destacado papel que jugó en los años 20.

En los años treinta ya no se vuelve a mencionar la elección de Flores del Trabajo, sino de 'madrinas' de sindicatos y, luego, cuando los Secretariados Sociales se organizan, de 'reinas' de las fábricas. Las fiestas obreras no se vuelven a mencionar en la prensa de izquierda, pero sí en la sindical, salvo en

los años cuarenta cuando los comunistas convocaron a festivales electorales para "animar la votación" (60).

Otra forma distinta de pasar el tiempo libre fue la religión. Era común en las primeras generaciones obreras la asistencia a la misa dominical y a otras prácticas religiosas en los templos, como rosarios y novenas. Las procesiones eran también muy concurridas por trabajadores y trabajadoras. Incluso no faltaron los casos, especialmente en las ciudades del interior, en donde los trabajadores emplearon los fines de semana o las cortas vacaciones en prácticas religiosas intensas, como los Ejercicios Espirituales o los Cursillos de Cristiandad. Pero, obviamente, la religiosidad trascendía los templos haciéndose presente en los hogares de los trabajadores. De forma individual o colectiva, en las familias obreras, especialmente del interior, se rezaban a lo largo del día oraciones, trisagios, rosarios o novenas. Más común en las primeras generaciones que en las siguientes, más frecuente entre las mujeres que entre los varones, la práctica religiosa ocupó lapsos de tiempo no despreciables. Ello era consecuente con la religiosidad popular que había heredado la clase en su origen.

En síntesis, tanto en eventos en recinto cerrado (el teatro, el cine y los bailes), como en las actividades en espacios abiertos (los paseos y deportes), la clase obrera aprendió nuevas formas de entretención. Aunque con un marcado sesgo masculino, estas diversiones alejaron en mayor medida a los trabajadores de las prácticas tradicionales de descanso, que las prédicas moralistas. Pero aún quedaba mucho tiempo libre para obreros y obreras, lo que preocupaba a los empresarios y a los círculos moralizantes. Paralelamente la disciplina de trabajo se imponía, aunque no sin resistencias, como lo hemos señalado, conquistando aún más el espacio donde el trabajador podía ser dueño de sí mismo (61).

A pesar de ello, la clase obrera iba construyendo valores que le daban identidad y desarrollaba actividades colectivas que favorecían su cohesión. Si bien la confrontación social seguía en un terreno más sutil que el de la diversión, el balance de este proceso no fue del todo negativo para la naciente clase.

4. ¿Más Trabajo después del Trabajo?

'Ocho horas para lo que queramos' fue una de las consignas por las que luchaba el movimiento obrero a nivel mundial. En Colombia, para los años cuarenta, esa consigna sonaba a ironía. Aunque se había conquistado la jornada de ocho horas, al menos legalmente, el tiempo libre no era en realidad para lo que quisieran los trabajadores. Bien fuera por presión económica, o por la introyección de la ética de trabajo, o simplemente por la división de labores en

la familia obrera, muchos trabajadores y trabajadoras empleaban su tiempo 'libre' no precisamente en lo que se puede considerar como diversión. Así la conquista de mayor tiempo libre, lejos de favorecer el ocio, tan temido por los círculos moralistas, dio origen a distintas formas de complementar ingresos, atender a los 'deberes' del hogar o simplemente 'matar el tiempo'.

A. Oficios domésticos y "rebusque"

Esta situación fue mucho más marcada en el caso de la mujer. Desde tiempos coloniales ella, como madre o como hija, era la encargada de los oficios domésticos. Esa práctica continuó en los hogares de estratos bajos hasta nuestros días. Incluso en las economías de enclave, en donde los núcleos familiares eran muy débiles, la división de tareas en el hogar seguía la tendencia tradicional, según se concluye de este testimonio:

> "El trabajo normal de una mujer en una casa de familia era: levantarse a las 4 o 5 de la mañana para preparar el desayuno para el marido que se iba para el trabajo; después irse a lavar la loza y la ropa que se hubiera acumulado durante la semana y levantar a los niños por ahí a las 6 de la mañana, darles el desayuno y mandarlos para la escuela; el resto del día, como no había radio ni televisión, entonces barrer, por ahí un ratico hablar con las vecinas; al medio día otra vez la comida del marido; después se repetía la faena, por la tarde otra vez atender al marido, mandarlo al trabajo y esperar el pito de las 4 p.m. que terminaba la jornada" (62).

De los oficios domésticos no escapaban ni las mujeres vinculadas formalmente a las industrias. Ya fuera en los patronatos o en los hogares, las trabajadoras realizaban una doble jornada de trabajo, sin que la segunda se le reconociera. Véase, por ejemplo, este recuerdo de una antigua textilera:

> "Yo trabajaba toda la noche en la casa, toda la noche haciendo oficio y, en el rato que me quedaba, yo bordaba cinco costuras en el año, que en el Servicio Social me las dibujaban... Cuando salía a las 6 de la tarde [de la fábrica] me acostaba un ratico y dormía hasta las 11 de la noche, a las 11 me levantaba a hacer el oficio de la casa y si me quedaba un ratico al amanecer me ponía a bordar" (63).

Como se ve la cotidianeidad de las trabajadoras era bastante monótona. Así lo confirma la literatura de la época. Osorio Lizarazo, en la novela ya citada, escrita en 1930, describe que cuando la 'obrerita' llegaba del trabajo, se encerraba en su pieza y mientras hacía la comida, por demás no muy abundante, solía reprender a su hijo de cuatro años. Finalmente, después de comer apagaba la vela que iluminaba la habitación y se dormía para reiniciar al

alba del otro día el ciclo (64). Contrasta esta rutinaria vida con la variada diversión de la que gozaban los varones artesanos u obreros.

La irrupción de la radio comercial a partir de los años treinta, ofreció compañía a las mujeres mientras realizaban los oficios domésticos. Los gustos musicales y la inclinación por los melodramas rápidamente serían canalizados por el novedoso medio de comunicación. Las grandes empresas, comprendiendo la importancia de la radio, pronto patrocinaron programas que llegaron a tener buena sintonía, como los de Coltejer y Fabricato en Medellín (65).

Como se vio cuando hablamos de la resistencia a la proletarización, los obreros colombianos recurrieron también, desde tempranas épocas, a las diversas formas del 'rebusque' para complementar ingresos. Según las tradiciones heredadas, y las posibilidades reales con que disponían, muchos trabajadores utilizaban sus ratos libres en huertas caseras, autoconstrucción, pequeños comercios o talleres familiares (66). Un textilero recordaba cómo empleaba su tiempo libre:

> "El domingo, que era el único día que tenía de descanso. Yo [lo que hacía] era llegar y darle vuelta a una huertecita que yo tenía allá en la casa; tenía una huertecita y cogía cafecito... otras veces [iba] a buscar leña para que la señora hiciera de comer, arreglarle leña porque en ese tiempo no teníamos energía eléctrica".

Otro mencionaba la autoconstrucción de vivienda:

> "Yo no tenía más diversión; me iba para la casa y cuando ya estaba haciendo mi casita, la mayor parte del tiempo, yo tenía momentos, había días en que madrugaba a las tres de la mañana con dos o tres velas, las prendía y me ponía a trabajar en la casa" (67).

En ausencia de la huerta casera, se recurría a otras formas de 'rebusque' como el pequeño comercio. En Barrancabermeja "no era común que el trabajador tuviera su tierra, pero se encontraba uno que otro que salía de su trabajo y tenía su tienda". Otros acudían al taller artesanal. En Medellín, por ejemplo, "había trabajadores que salían del trabajo, se iban para la casa, almorzaban y salían a un taller de carpintería o de cerrajería ... empleaban el tiempo sobrante de la empresa en carpintería". Un textilero antioqueño se empleaba en cualquier cosa durante su escaso tiempo libre:

> "Yo salía [de la fábrica] a las 4 am, me acostaba a dormir, me levantaba a las 12, almorzaba y me iba a trabajar en cualquier cosa. A las cinco me volvía a la casa, comía y me venía para la empresa ... yo hacía cualquier cosa al contrato y ahí me ganaba unos centavitos más" (68).

Con el paso de los años las grandes empresas, al mismo tiempo que aceptaban el recorte de la jornada de trabajo, implementaban turnos y/o pagaban horas extras. Con estas últimas, las empresas se evitaban contratar nuevo personal, reforzando la dependencia de los trabajadores. Estos por su parte ganaban ingresos adicionales y no se dispersaban 'rebuscando'. Pero esta nueva racionalidad, entroncada en la organización 'científica' de la producción, no llegaba a las pequeñas empresas y talleres artesanales en donde aún predominaban los métodos primitivos de extracción de la plusvalía. En todo caso, el tiempo 'libre' de los trabajadores, especialmente los de las grandes empresas del interior, se volvía tiempo adicional de trabajo. La imposición de los hábitos de trabajo y de la disciplina capitalista aparentemente triunfaba allí donde tenía condiciones materiales para hacerlo.

B. Las virtudes del ahorro

Para reforzar aun más el aprovechamiento del tiempo se acudió al estimulo del ahorro. Desde el siglo XIX los artesanos venían escuchando conferencias sobre sus bondades y hasta contaron con instituciones orientadas a ese fin. En Bogotá, por ejemplo, en la dura coyuntura económica de medio siglo, se creó, con el apoyo de otros sectores de la ciudad, la Caja de Ahorros, que facilitó crédito a los artesanos durante la crisis (69). Las Sociedades de Ayuda Mutua que florecieron a finales de ese siglo, también buscaban estimular el ahorro entre sus miembros, pero como prevención ante las calamidades. A lo largo de ese período los sectores moralistas siempre contraponían la virtud del ahorro a los vicios derivados del alcoholismo. A principios del siglo XX los periódicos clericales lo seguían repitiendo:

> "El orden, base de solidez en la familia y en la sociedad, debe ser amigo del obrero, debe librarlo de las tabernas y lugares de perdición; [el obrero] debe acostumbrarse a ser económico y previsor mirando el mañana, para guardar algo del sobrante hoy" (70).

Con ese objetivo, el sacerdote José María Campoamor inició en Bogotá, en los años diez, la Caja de Ahorros del Círculo de Obreros. El jesuita, de origen español, fue un defensor acérrimo del ahorro, aconsejando a todo el que se le acercara abrir una cuenta en dicha entidad. Además, el primer requisito de quienes iban a usar los servicios prestados por el Círculo de Obreros --vivienda en el Barrio San Javier, educación, o empleo--, era abrir una cuenta de ahorros. En el Boletín de la organización se publicaron permanentes apelaciones al ahorro. A las clases altas se les decía que un depósito en las Cajas de Ahorro no era una limosna, sino una ayuda a la acción social de la Iglesia que además las favorecía económicamente. A los trabajadores se les recalcaban las virtudes del ahorro recurriendo incluso a una ingeniosa teoría de 'capital humano': si los obreros tienen en su trabajo un capital, en vez de destruirlo con los vicios,

debían invertir hacia el futuro ahorrando (71). Rápidamente la iniciativa del Padre Campoamor se difundió por todo el país, conformando el que hoy en día es uno de los grupos financieros más poderosos de la economía nacional.

El estímulo al ahorro no fue, sin embargo, privilegio de los círculos clericales o empresariales. Desde los orígenes del socialismo en el país, sus dirigentes lo defendían con similar vehemencia. Periódicos de esa tendencia, como *El Luchador* de Medellín o *La Humanidad* de Cali, eran publicados por cooperativas obreras de ahorro y crédito. El dirigente de izquierda, Ignacio Torres Giraldo, siempre se consideró defensor del ahorro, y en sus memorias menciona haber escrito un opúsculo exaltándolo (72).

La presión de muchos sectores llevó al gobierno nacional a instaurar, en los años veinte, una cátedra en las escuelas primarias denominada 'ahorro'. En 1928 se dictaría la ley 124 para fomentarlo (73). En los años treinta, los grandes sindicatos y sus poderosas cooperativas serán los encargados de continuar la campaña en pro del ahorro entre sus afiliados. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Círculo de Obreros volvió a dirigir una convocatoria a los colombianos exhortando al ahorro, que tal vez había disminuido por las penurias económicas. La convocatoria concluía recalcando las ventajas que los círculos moralistas veían en él: ofrecía equilibrio social, otorgaba bienestar a la clase obrera y defendía a la sociedad de las arremetidas de la "revolución social" (74).

Aunque en estos pronunciamientos sólo se veía la perspectiva patronal sobre el ahorro, el hecho de que también fuera defendido por núcleos obreros, incluso de izquierda, sugiere otras dimensiones del fenómeno. El ahorrar, además de favorecer a los trabajadores en los momentos críticos futuros, daba una sensación de control y proyectaba una imagen diferente del obrero. En los sectores que llevaban una vida más disciplinada, por ejemplo los textileros antioqueños, el ahorro sirvió para el mejoramiento de sus condiciones de vida. Sin embargo, para la mayoría de los asalariados, la vida diaria se seguía rigiendo por la ley de que se gastaba lo que se ganaba (75).

C. Las tareas de la educación

Si la necesidad del ahorro no despertó entusiasmo en todos los sectores obreros, otra forma de reforzar el aprovechamiento del tiempo sí tuvo mayor éxito: la educación. Su necesidad fue uno de los consensos de la época. Incluso, desde mucho antes, los artesanos venían exigiéndola. El desacuerdo comenzaba cuando de precisar el tipo de educación se trataba.

Para los socialistas, herederos de tradiciones racionalistas, ella era el principal medio para conquistar la libertad: "Queremos que los hombres sean

libres, pero antes queremos que se eduquen, que piensen, porque nunca es libre el hombre que no piensa!". Los anarquistas criollos opinaban de forma similar, introduciendo un matiz más antiestatal: "... esas masas, por la incompetencia de los gobiernos y la corrupción de los políticos, son totalmente ignaras [sic] de todo derecho civilizado y de todo reclamo justiciero. Ellas no tienen la culpa. Si se les instruyera, otra sería la suerte del proletariado". Todavía en 1935, en periódicos sindicalistas se oían ecos de la crítica al Estado por no dar instrucción al proletariado (76).

Tanto el socialismo como el anarquismo de los años veinte defendían el papel liberador de la educación, especialmente para la mujer, supuestamente más oprimida debido a la ignorancia. En los años treinta se seguía insistiendo en el papel liberador de la lectura y el estudio. Con una dosis de idealismo, el periódico de los braceros de Barrancabermeja decía: "Obreros, juntad la suma de deberes imperiosos que os oprimen y haced la República de Platón; comprended que podéis llegar a esa cumbre por la lectura, por la meditación, por los libros; el estudio os mostrará esa precisa senda" (77).

Como un ejemplo de lo señalado un dirigente obrero, Evangelista Priftis, resumía así la tarea educativa del socialismo en Neiva:

> "Nuestro programa en síntesis es éste: en primera línea procuraremos la adquisición de la Casa del Pueblo, donde los obreros todos puedan reunirse en su propio hogar. Fundaremos una escuela laica para los hijos de los trabajadores y otra nocturna para obreros mayores. Estableceremos una sala de maternidad y asilo para ancianos. Procuraremos la formación del Barrio Obrero bajo condiciones higiénicas y cómodas. Especializaremos nuestro empeño en la emancipación de la mujer, organizando centros feministas; fundaremos una biblioteca popular con obras escogidas y estableceremos un centro de estudio y cultura. Procuraremos de [sic] formar obreros dignos y concientes mejorando su condición moral y material. **Queremos educar a las masas populares** !" (78)

Los grupos obreros clericales defendían la educación como el principio moralizador de las costumbres. "Es necesario educar para que se evite la 'chicha' y muchas malas costumbres ... así se formará la verdadera familia en el espíritu cristiano", decía el boletín del Padre Campoamor en 1919. Nueve años más tarde, otro periódico de orientación clerical señalaba que "la escuela es un sitio sagrado para los obreros ... la escuela es un sitio que todos los obreros debemos amar puesto que en ella se nos dice que seamos buenos y que seamos dignos de nuestro nombre de obreros". Al contrario de la prensa radical, que apelaba a la posibilidad de liberación colectiva ofrecida por la educación, la prensa religiosa insistía en su dimensión individual. Era, pues, una forma de ascenso social: "Obreros, la instrucción no es dinero pero da dinero ... la instrucción no es riqueza pero sí la proporciona". Finalmente, para la visión católica la educación

era la forma de hacer del obrero un 'hombre digno' (79). De esta manera quedaban retratados los dos polos entre los que oscilaba el entendimiento obrero de la educación.

A pesar de las diferencias conceptuales se puede ver que el énfasis en una educación más ideológica --católica o radical-- en los años veinte, se suaviza a partir de los años 30, enfatizándose más la necesidad de una capacitación técnica. Se retomaba así la exigencia de los artesanos del siglo XIX. Veamos brevemente dicha evolución.

Con una visión no exenta de mesianismo, la prensa socialista y anarquista de los años veinte privilegiaba la dimensión política de la educación. Cuando de programas concretos se trataba, se hablaba de una instrucción libre de todo fanatismo, que combinara las ciencias exactas y las sociales, y sobre todo que transmitiera ideas revolucionarias. Un periódico anarquista invitaba a las organizaciones obreras a enseñar "desde el alfabeto hasta las teorías científicas que sirven de base a los conocimientos modernos". A renglón seguido las invitaba a conformar 'atenéos culturales' en sus locales (80).

Los círculos católicos no se quedaron atrás y lanzaron la iniciativa de escuelas confesionales, las que tuvieron acogida en las ciudades del interior. En 1920 la Acción Social Católica de Medellín ofreció educación nocturna a los obreros. En 1921 se dio un paso más: la Juventud Católica estableció el Centro Docente Católico de Obreros para los afiliados a la Acción Social. Con el tiempo ese Centro se transformaría en las Escuelas Dominicales, a las que acudirían miembros de la élite a enseñarle a los obreros. Con una similar intención, el Padre Campoamor estableció en Bogotá un Instituto Nocturno Obrero, junto con algunas escuelas para niños de estratos bajos. Paralelamente convocaba permanentes conferencias públicas, "en las que se expone la doctrina Cristiana y se inculca la observancia de los mandamientos" (81).

Esta polarización ideológica era explicable en los años veinte, dada la vigorosa irrupción del socialismo. El catolicismo comenzó a ver que la 'cuestión social' no era algo distante del país y que, por el contrario, amenazaba con conquistar el mundo obrero. Pero en los años treinta la retórica ideológica cedió un poco en la prensa obrera. La educación que se ofrecía, y que se exigía, tenía un acento menos político y mas técnico, aunque la preocupación central seguía siendo la alfabetización de los trabajadores. Las organizaciones católicas apoyaron los institutos nocturnos para obreros, desarrollando paralelamente escuelas agrícolas y talleres para la enseñanza técnica, en Bogotá y Medellín. En 1928 un periódico clerical alababa la fundación del Centro Popular de Cultura y de la biblioteca en una barrio obrero de la capital. Diez años más tarde la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín daba educación y servicio médico gratis a los obreros como un servicio social. Se les enseñaba redacción, aritmética y también se les instruía en cómo formar organizaciones obreras

católicas. En el mismo año los jesuitas que trabajaban en la educación en Medellín rendían este significativo informe: aunque las Escuelas Nocturnas "eran más o menos frecuentadas; más o menos difundidas, al menos ellas existen". Los jesuitas veían necesario superar el nivel de simple alfabetización para formar 'bachilleres obreros'. Agregaban, "no [es] el bachillerato que prepara al alumno para estudios de medicina o ingeniería, sino para ser un excelente obrero, jefe de taller y director de fábrica". El pénsum, sin embargo, no reflejaba el nuevo énfasis técnico que se proponía. Las Escuelas Nocturnas sobrevivieron y en 1944 asistieron a la ceremonia de clausura de actividades 2.500 obreros que habían pasado por ellas. Aunque no hay información precisa sobre el número de obreros enrolados en esos programas, no parece que fueran muchos, con la excepción de los de Medellín. Allí las escuelas clericales reunieron casi un 20% de los obreros de la ciudad (82).

Los periódicos obreros de izquierda en los años treinta habían disminuido un poco la retórica ideológica con relación a la educación, e incluso apoyaban la fundación de escuelas nocturnas obreras, especialmente cuando surgían por la iniciativa de los trabajadores mismos. Desde 1925 se había apoyado el establecimiento de una escuela nocturna para obreros en Puerto Tejada, con estímulo de las autoridades municipales. Pero más entusiasmo se reflejó al año siguiente cuando el Sindicato Agrario de Palmira fundó la Escuela María Cano para la educación de los trabajadores. En 1932 se fundaba en Montería, sede de movimientos agrarios desde los años 10, una escuela nocturna, una biblioteca y una Caja de Ahorros para obreros (83).

La gran prensa nacional y regional publicó continuamente noticias sobre la fundación de centros educativos por parte de la élite para alfabetizar al pueblo. Como era propio del paternalismo de la época, a éstos centros se les llamaba 'centros obreros'. En 1922 se estableció uno en Zipaquirá y otro en Cali, este último dirigido por el joven intelectual de la élite Germán Arciniegas. En 1923 el Sindicato Central de Bogotá proponía crear un colegio modelo para los hijos de obreros, usando los nuevos métodos pedagógicos. Para dirigirlo se proponían los nombres de Germán Arciniegas y Agustín Nieto Caballero, este último director de un colegio de la élite que había implementado nuevos métodos de enseñanza.

Durante los años treinta, establecimientos de ese estilo fueron respaldados por los sindicatos. En 1937, por ejemplo, el sindicato de los petroleros de Barrancabermeja, la USO, impulsó la creación de un instituto obrero en donde se educara en "la cultura obrera y el estudio de los problemas sociales que estén directamente ligados con la existencia de los sindicatos". Dicho instituto buscaría primero la alfabetización, pero también ofrecería capacitación para los que superaran esa etapa. Hacia 1935 se habló de establecer una 'universidad sindical' en Bogotá, con el fin de capacitar en el sindicalismo a los trabajadores. Las clases serían gratuitas mas no la matrícula. La propuesta

parece que no pasó del papel. En 1942, en cambio, los trabajadores de la construcción de la capital fundaron, con apoyo de las autoridades locales, un Instituto Nocturno de Educación Obrera en el barrio Ricaurte (84).

En la medida en que los requisitos de calificación de la mano de obra se elevaban, se requería un cambio de énfasis en la educación: de la simple alfabetización a una educación más técnica. Pero aún ésta estaba acompañada de un gran componente humanista. En los años veinte, cuando se hablaba de una educación superior a la alfabetización, se mencionaba el titulo de 'bachiller' para los obreros. En los años treinta se habló de universidades sindicales y populares, sin que cristalizaran los proyectos. Finalmente, en 1944 los comunistas lanzaron la iniciativa de establecer en Bogotá una universidad obrera. Conforme a la propuesta, se pensaba que los estudiantes serían financiados por los sindicatos o por algunos Concejos Municipales y los profesores darían clases 'ad-honorem'. En efecto, en Agosto del año siguiente el ministro Dario Echandía pomposamente la inauguraba. No parece haber durado mucho, y desconocemos el pénsum que desarrolló, pero sospechamos que se trataba de una mezcla de sindicalismo con materias clásicas (85).

Por distintos motivos, desde ideológicos hasta económicos, y con diferentes patrocinadores, políticos o religiosos, la educación fue ocupando un papel cada vez más central en la vida de la clase obrera, absorbiendo crecientemente su tiempo libre. La recomendación que hacía el Sindicato de Ferroviarios de Antioquia a sus afiliados, en los años treinta, bien puede reflejar la tendencia común de la clase obrera: "dediquémosle a la lectura sana e instructiva 5 minutos cada día y todos estaremos educándonos y utilizando nuestro tiempo de una manera efectiva". Los hábitos de vida iban indudablemente cambiando y la educación era una de las razones. Un trabajador cervecero decidió cambiar el juego de 'tejo' y su afición por la cerveza en los ratos libres, por el estudio: "Así hice un curso aquí en Bavaria. Pero haciendo esfuerzos, saliendo a las 6 de la mañana a estudiar tres horas para hacer las tareas ... eso me quedaba pesado pero ahí tenía que hacerlo" (86).

El imperativo de la educación calaba en la clase obrera de tal forma que si no disponía de instituciones cercanas para hacerlo, recurría al aprendizaje por correspondencia, especialmente desde los años 40. Algunos obreros textileros, ferroviarios y petroleros, reconocieron en sus entrevistas haber usado estos mecanismos de auto-educación. Aunque aparentemente la presión económica podía explicar esa necesidad, los resultados no se reducen a un mejoramiento salarial o a un ascenso laboral. La búsqueda de conocimientos producía también trabajadores críticos, como lo ilustra el testimonio de vida de un petrolero, militante comunista:

> " Yo no tuve la oportunidad [de estudiar]. Llegué aquí y como me tocó trabajar de turno no pude ir a la escuela porque la escuela era de noche y cuando me

tocaba de tarde [el turno] no podía asistir a clase. Cuando estaba amaneciendo trabajando de 10 de la noche a 6 de la mañana tampoco podía; de día asistía una vez. Entonces la señorita me dijo que no podía seguir estudiando porque no podía asistir sino una semana; ella se comprometió a seguirme dando clases, lo que ella pudiera y eso me preparó un poquito ... Yo sé leer pero escribir casi no. Yo aprendí a leer fue estudiando, y estudiando literatura marxista; cuanto libro del Partido [Comunista] todo me lo iba estudiando. Un libro que cogía por la mañana a las 2 de la tarde me lo había terminado" (87).

Sabiendo que la educación era algo que trascendía las escuelas, las distintas corrientes ideológicas que se movían en la clase obrera ofrecían alternativas para integrar entretención con instrucción. En 1926, por ejemplo, los socialistas respondieron a las Escuelas Dominicales de los círculos católicos con la organización de los 'Domingos Rojos'. Iniciados en el fortín socialista de Bogotá, el barrio La Perseverancia, estas actividades buscaban congregar obreros, alejándolos del consumo de bebidas embriagantes, propiciando un espíritu de camaradería. En 1928, en la misma Bogotá, por iniciativa de un grupo de artesanos se creó un Centro Social, libre de condicionamientos ideológicos o religiosos, con el fin de ofrecer diversión sana a los trabajadores.

En los años treinta los comunistas organizaban en los barrios de trabajadores de las principales ciudades unas jornadas de venta de su prensa, a las que llamaban los 'sábados rojos'. Por su parte la Acción Social Católica, para "prevenir la infiltración comunista", organizó las 'semanas sociales', las que consistían en ciclos de conferencias de temas sociales condensadas en pocos días. La propuesta había sido calcada de la experiencia europea, especialmente española (88). (Además de estas actividades, existían otras que absorbían parte del tiempo libre de los trabajadores y eran altamente educativas: la organización gremial y/o la militancia política, de las que nos ocuparemos en siguientes capítulos.)

El Estado, por su parte, especialmente después del ascenso Liberal en 1930, mostró creciente interés por el problema educativo. En la primera administración de López Pumarejo el Ministerio de Educación impulsó la publicación de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, que divulgó la obra de importantes escritores nacionales. En 1936 el entonces alcalde de Bogotá, Jorge E. Gaitán, había organizado por primera vez una Feria del Libro. En 1938 se abrió al público de la misma ciudad el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. Al abrigo de este impulso a la educación popular, un grupo de intelectuales liberales --Jorge E. Gaitán, Francisco Socarrás, Luis López de Mesa, Guillermo Nanetti, Otto de Greiff y Carlos Lozano entre otros--, decidieron ir a las fábricas a dictar conferencias sobre temas de actualidad. Pomposamente, y con intención de copiar la experiencia peruana de los años veinte, llamaron a esta iniciativa la 'Universidad Popular'. En 1937 el intelectual liberal Guillermo

Nanetti fundó el Instituto para la Cultura de los Obreros Fidel Cano, que funcionaría en Bogotá en las horas de la tarde (89).

En menor escala en Barrancabermeja sucedió algo similar con el grupo de intelectuales llamado 'Los Saturnales'. Aunque orientado hacia la actividad literaria en un principio, por la fuerte presencia obrera en el puerto terminó ofreciendo cursos de oratoria, de periodismo y hasta de sindicalismo. 'Los Saturnales' serían también los encargados de traer brillantes figuras nacionales e internacionales, de las letras y la política, para que dictaran conferencias a los petroleros (90).

En otras partes se fundaron centros culturales para obreros. En 1937, por ejemplo, se fundó un Centro Literario Obrero en la población de Zipaquirá. En 1941 el maestro José Rozo Contreras inició, en conjunto con la Banda Nacional, una serie de 'conciertos pedagógicos' en las fábricas de Bogotá. El objetivo del programa, que contaba con apoyo oficial, era "inculcar en los obreros el sentido musical". Los 'conciertos' se iniciaron en la fábrica de Bavaria, con la asistencia de trabajadores y empresarios (91). De los años cuarenta en adelante, las grandes empresas buscaban canalizar la promoción educativa y cultural de sus trabajadores a través de los Secretariados Sociales. Una textilera recordaba que allí, "hacían conferencias y nos enseñaban relaciones humanas ... de ahí salieron muchas niñas que no sabían leer ni escribir, a desempeñar puestos de empleadas". La capacitación que ofrecían esos Secretariados abarcaba diversas actividades para atraer a las mujeres trabajadoras, cuyo proporción era aún alta en la industria textil. Era una forma agradable de pasar el tiempo libre, como lo recuerda otra textilera:

> "Como nosotras teníamos en la fábrica el Servicio Social, nos íbamos para allá y allá nos enseñaban a hacer culinaria, bizcochos; yo aprendí de todo... nos enseñaban a bordar, enseñaban bizcochería, la culinaria muy completa, enseñaban a hacer malla; entonces pasábamos muy bueno, contábamos cuentos y todo, pasábamos muy bueno" (92).

En todas estas variadas formas educativas, individuales o colectivas, sindicales o políticas, técnicas o ideológicas, culturales o religiosas, se fue respondiendo al clamor obrero por mayor instrucción. Aunque a lo largo del período estudiado se insinuaron cambios de una educación más ideológica a una más técnica, este proceso estaba aún en sus inicios. Los avances electorales de la izquierda y la misma preocupación del Estado Liberal por la educación popular, despertaron nuevamente temores de los círculos clericales y conservadores, dando origen a nuevas cruzadas ideologizantes. Pero lentamente se iba imponiendo la necesidad de una educación que capacitara técnicamente a la mano de obra, a la que crecientemente se le exigían mayores niveles de calificación.

5. A manera de resumen

A lo largo de este capítulo se ha visto la transformación de las formas de uso del tiempo libre de los trabajadores. Por herencia de los ciclos 'naturales' de vida del precapitalismo y por ausencia de diversiones, las primeras generaciones de trabajadores acudían a los sitios de consumo de bebidas embriagantes como principal entretención. A las mujeres trabajadoras, se las seguía relegando al mundo del hogar en sus "ratos libres".

La lucha anti-alcohólica, como en general las campañas moralizadoras, tuvieron desde el principio un marcado sello de clase. La lucha por el predominio de valores elitistas y de una disciplina de trabajo implicaba la reorganización del tiempo libre. Pero para que las campañas moralizadoras tuvieran éxito, debieron superar el énfasis negativo de la condena, ofreciendo formas de entretención alternativa. Espectáculos como el cine o deportes como el fútbol van a calar en la clase obrera, exigiendo atención de las autoridades públicas y de los empresarios.

Paralelamente se venía desarrollando una dinámica, al interior de la clase obrera, hacia un mayor aprovechamiento del tiempo libre. La necesidad de 'rebuscar' más ingresos, ahorrar y educarse, fue ocupando más tiempo de los trabajadores, disminuyendo el tan temido ocio. El predominio de los valores de ascenso individual parece confirmar la hipótesis de Charles Bergquist sobre una transformación en la clase obrera colombiana que va de valores más colectivos en los años 20, a un mayor individualismo desde los años 30 (93).

Aunque este proceso dista de ser definitivo y mucho menos uniforme --importantes diferencias regionales y por tipo de actividad u oficio aún subsisten--, es un hecho que para mediados del siglo XX se habían producido sensibles modificaciones en la concepción del tiempo y en los ritmos de vida de los trabajadores (94). Estos últimos, sin embargo, no fueron pasivos ante los cambios. Unos, aquéllos vinculados a formas más tradicionales de producción, se resistían de manera a veces primitiva a la imposición de la disciplina capitalista de trabajo; otros, generalmente vinculados a modernas actividades económicas, se amoldaron a los cambios sin dejar de imponerles un sello propio. Antes de extraer conclusiones sobre el significado de estas transformaciones, es necesario considerar otras actividades, centrales en la gestación de la clase obrera y en la construcción de su identidad: las luchas reivindicativas y las formas organizativas que, dicho sea de paso, ocupaban también una buena proporción del tiempo libre -- y también laboral-- de los trabajadores. Esto será lo que nos ocupará en los siguientes capítulos.

NOTAS

(1) Además del artículo de E. P. Thompson, "Time, Work- Discipline..." véase el estudio de caso desarrollado por Roy Rosenzweig, Eight Hours for What We Will. Cambridge: Cambridge University Press, 1983, pp. 1-2. Las sirenas de las fábricas marcaron el ritmo de vida en las ciudades según los testimonios (Ver entrevistas con Arturo Solórzano, Barrancabermeja, 1985 y Abraham Cadena, Bogotá, 1988). El caso de Bavaria en Bogotá es también desarrollado por el Grupo Cultural Vikingos, Perseverancia..., pp. 26-27. José A. Osorio Lizarazo, en la novela 'Hombres sin Presente', hace referencia al impacto de las sirenas de las fábricas en la vida cotidiana de los habitantes de Bogotá en los años cuarenta (Novelas..., p.150).

(2) Sobre la evolución de estos sitios no conocemos aún un estudio histórico completo. Parece, sin embargo, que para el siglo XIX se denunciaba la existencia de las chicherías en el centro del país, indicando la incomodidad de la élite hacia estos establecimientos. Las mujeres del pueblo acudían a esos sitios, los que eran en algunas ocasiones administrados por mujeres también. (Germán Mejía, "Bogotá: Condiciones..." pp. 38-39) Para la evolución norteamericana de los sitios de diversión ver Roy Rosenzweig, Eight Hours..., p. 45.

(3) Gilberto Mejía, entrevista, Medellín, 1988. Ver también Roy Rosenzweig, Eight Hours..., pp.37-40.

(4) Entrevistas con Salustiano Pulido y Luis A. Moreno, Bogotá, 1988. Para el trabajador de la construcción en Bogotá, el consumo de la chicha era parte de la dieta alimenticia (Alfonso García, Bogotá, 1988). Un trabajador cementero justificaba el consumo de la chicha por lo extenuante de la jornada de trabajo (José N. Torres, Bogotá, 1988). En un estudio de la Contraloría sobre la alimentación de los trabajadores bogotanos, se incluyó la 'chicha' como parte de la dieta diaria (ver Francisco Socarrás, "La Alimentación...", p. 44).

(5) Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 104. En Medellín se denunció la existencia de casas de juego desde inicios de siglo (*La Defensa*,, 5 marzo, 1926). Para actividades paralelas al consumo alcohólico ver entrevistas con José Domingo Gómez, Manuel Vargas, Luis E. Valencia, Aldemar Caro, Eduardo Palacio y Norberto Velázquez, Medellín, 1988, y Juan P. Escobar, La Calera, 1988.

(6) Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., p. 296. En 1935 se convocó en la ciudad un Congreso Antivenéreo para frenar la propagación de enfermedades contagiosas. El evento no contó con mucho apoyo clerical pues la Iglesia creía que hablar de esos temas era favorecer la prostitución (*El Diario* 25 y 26 de abril, 1935 y entrevista con Gonzalo Buenahora, Bogotá, 1985).

(7) Ver, por ejemplo, *La Humanidad*, 31 oct. y 21 nov., 1925.

(8) La evolución del consumo de la chicha en F. Zambrano, Historia de Bogotá, pp. 165-167 y entrevistas con Jorge Regueros Peralta, Alfonso García, Edelmira Ruiz de Sánchez, Eliécer Pérez y Salustiano Pulido, Bogotá, 1988. En zonas templadas se bebía un fermentado de caña, el 'guarapo'. El desplazamiento de las chicherías del centro de la

ciudad en *El Partido Obrero* 13, ab., 1916. Los intentos de sustitución por la 'maizola' en *El Tiempo* 19, junio, 1920. Las estadísticas de consumo en *El Espectador* 29, dic., 1942.

(9) Entrevistas con Eliécer Pérez y Alfonso García, Bogotá, 1988. Ver también Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 142. En el vecino municipio de La Calera también existían destiladores clandestinos de aguardiente (Entrevista con Juan P. Escobar y Pedro Guerrero, La Calera, 1988).

(10) Entrevistas con Gilberto Mejía, Roberto Duque, Jesús A. Gaviria y José F. Valencia, Medellín, 1988. Algunos colegas historiadores sugieren que San Victorino en Bogotá pudo jugar un papel semejante al de Guayaquil en Medellín.

(11) Entrevistas con Rafael Núñez, Elba de Vélez, Erasmo Egea, Arturo Solórzano, Luis A. Rojas, Ezequiel Romero y Antonio Mebarack, Barrancabermeja, 1985. Ver también las descripciones hechas por Gonzalo Buenahora, Sangre y Petróleo, p. 71 y Martiniano Valbuena, Memorias..., pp. 149-152. En 1926, en un pliego de peticiones los trabajadores exigían, entre otras cosas, "salida al pueblo los domingos" (*El Espectador* 29, enero, 1926)

(12) *El Tiempo* 30 julio, 1924 y *El Espectador* 19 mayo, 1930. El peso de la prostitución en la cultura barranqueña es indudable. Así lo refleja la novela de Jaime Alvarez, Las Putas también van al Cielo (México, Costa-EMIC Eds., 1984) en la que se cuenta el mito, conocido en Barranca, sobre una prostituta que murió virgen.

(13) *Boletín del Círculo de Obreros*, No. 17, 1919 y *Sanción Liberal* 15, mayo, 1928. Para Rafael Uribe Uribe, el flagelo del alcoholismo era común a todo el territorio nacional, sin distinciones. Según el político Liberal, los departamentos de Bolívar, Antioquia y Cundinamarca eran los de mayor consumo alcohólico (Escritos Políticos, p. 112.).

(14) Citado por David Sowell, "...Artisans and Politics", p. 43. La práctica del 'lunes de zapatero' la describen en sus entrevistas Jorge Regueros P., Bogotá, 1988, y Norberto Velázquez y Gilberto Mejía, Medellín, 1988.

(15) Lo que los discursos no lograban, lo conseguía el sistema de vigilancia de las empresas, que mantenía informados a los patronos de las actividades de los trabajadores fuera de los sitios de trabajo (Entrevista con Luis A. Bolívar, Medellín, 1987). Según Gilberto Mejía, era "excepcional el obrero que no llegara enguayabado los lunes al trabajo" (Entrevista, Medellín, 1988).

(16) D. Sowell, "...Artisans and Politics", pp. 272-274. Los prejuicios contra los artesanos encerrados en estos estereotipos siguieron haciendo carrera en la gran prensa a lo largo del período estudiado. En 1937 se decía que a pesar de las leyes anti-alcohólicas, en Antioquia seguían existiendo bebedores, especialmente entre los artesanos, sastres y zapateros. Estos, se decía, "han formado un clan u organización cuasi-masónica para evadir los controles" (*El Diario*, 7 dic, 1937).

(17) *La Defensa* 21, abril, 1941. Ver también José A. Osorio Lizarazo, Novelas..., pp 337-342. Ana María Jaramillo ("La Moralización de las Costumbres del Pueblo Trabajador Antioqueño", Re-lecturas No 5, octubre de 1987, p. 28) señala la crítica que algunos literatos y políticos hicieron a la doble moral regional. Para Bogotá se cuenta con algunos datos agregados de consumo total: en el primer semestre de 1929 se consumieron 72,000 botellas de aguardiente, 10,000 de ron y whisky y más de siete millones de litros de chicha (Patricia Londoño y S. Londoño, Nueva Historia..., Vol IV, p. 335). Para 1939 se menciona un consumo de 27 millones de litros de chicha, 21 de cerveza, 238.000 de aguardiente, 107.000 de vino, 83.000 de whisky y 69.000 de ron (Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 112.). Las estadísticas de la composición de gastos en los ya citados estudios de la Contraloría: para Bogotá, 1938, p. 41; Medellín, 1940, p. 56 y Barranquilla, 1948, p.53. En esta última, el análisis sobre condiciones alimenticias arrojó un crecimiento en consumo de bebidas embriagantes de 2.95 litros per cápita en 1939 a 4.68 en 1946 (Rafael Bernal, "La Alimentación...Barranquilla", pp. 63-64).

(18) "... el tiempo y los espacios de diversión eran arenas donde los obreros y los industriales luchaban alrededor de valores, conocimientos y la cultura que presidiría la vida de los trabajadores" (Roy Rosenzweig, Eight Hours..., p. 94). No faltan referencias a que en esos sitios se fraguaron movimientos obreros, especialmente en los primeros años. En Barrancabermeja, por ejemplo, cuando el líder socialista Raúl E. Mahecha regresó, a fines de 1926, se instaló en el bar 'El Tirol', en donde había camuflado una imprenta y desde donde restableció contactos con los dirigentes obreros de la región (Ver Gustavo Almario, Trabajadores Petroleros, p. 6). Luego la multinacional comenzó a infiltrar espías en esos bares y las asambleas tuvieron que realizarse en el monte hasta mediados de los años treinta, en que se legalizó la existencia del sindicato (Entrevista con Erasmo Egea, Barrancabermeja, 1985).

(19) *El Obrero Católico* 26 mayo, 1934 citado por A. Mayor, Etica, Trabajo... p. 377.

(20) Escritos Políticos, p. 107. El subrayado es nuestro. Para el impacto del darwinismo social en el país ver Carlos Uribe C., Los Años Veinte..., pp. 13 y 30-31.

(21) *Familia Cristiana*, 24 mayo, 1906, citada por Ana María Jaramillo, "La Moralización...", p.25.

(22) Para el caso antioqueño, *El Correo Liberal*, 19 marzo, 1921; 2 y 5 julio, 10 agosto y 24 septiembre, 1923. Ver también Ana María Jaramillo, "La Moralización...", pp. 25-28. Para el caso bogotano, además de lo dicho en la nota 8 ver Orlando Grisales, "...Bavaria", pp. 27-38.

(23) *El Correo Liberal*, 22 marzo, 1922. La prensa Liberal seguirá repitiendo las denuncias que oportunamente hiciera Uribe Uribe: "... esto seguirá así mientras se mantenga este absurdo y suicida punto de vista del interés del fisco: que los colombianos beban mucho para que la renta de licores produzca lo más posible; es la propaganda oficial de la ebriedad" (Escritos Políticos, p. 113).

(24) *El Correo Liberal*, 16 sept., 1920. La orden del director de la policía de Bogotá pretendía "subir el nivel moral e intelectual de la institución" (*El Espectador* 11, enero, 1923). Aunque la presión liberal logró disminuir el consumo de bebidas oficiales, el aguardiente de contrabando aumentó en consumo (*El Diario* 6, marzo, 1930).

(25) *El Diario*, 12 mayo, 1931; 5 y 15 julio y 8 agosto, 1939; *La Defensa*, 13 y 20 nov., 3 dic., 1942; 20 julio, 1943; y 13 enero, 1944.

(26) Entrevista con Esperanza Hernández, Medellín, 1987. Ver también Patricia Londoño y Santiago Londoño, Nueva Historia..., Vol IV, pp. 351-352 y 368.

(27) *La Defensa*, 18 y 22 sept., 1924; 7 abril, 1927; 31 oct., 1928; 23 junio, 1941 y 20 nov, 1944.

(28) *Familia Cristiana*, 14 mayo, 1909.

(29) Su diario fue recogido por Anita Gómez, Medellín... Años Locos, p. 85. Ver también entrevista con Gilberto Mejía, Medellín, 1988. Algunos periódicos antioqueños condenados por la Iglesia fueron *La Organización*, 7 abril, 1913 y *El Correo Liberal*, 8 ag., 1912. En 1929 el Arzobispo de Medellín condenó el libro 'Monografías Históricas' publicado por la Universidad de Cambridge, por considerar que tenía errores "históricos y religiosos" (*La Defensa*, 20 sept., 1929).

(30) *Boletín del Círculo de Obreros* No. 12, 1918 y *El Luchador*, 26 sept., 1918. Un textilero, orgulloso de su catolicismo, decía: "yo fui limpio en esas cosas de leer ... no llegué a coger un libro!" (Tomas C. Peláez, Medellín, 1987).

(31) *La Defensa*, 26 marzo, 1927.

(32) *Unión Colombiana Obrera*, 5 mayo; 9 y 30 junio, 1928. Desde los años diez la Iglesia antioqueña había llamado a conformar Juntas de Trabajadores Temperantes (*La Defensa* 26, marzo, 1920).

(33) *Sanción Liberal*, 10 abril, 1928. Para la visión socialista ver *La Humanidad*, 13 junio y 28 nov., 1925; y 16 oct., 1926. Ver también *Claridad*, 10 oct., 1932. La perspectiva anarquista en *Vía Libre* No. 2, 1925 y Alfredo Gómez, Anarquismo..., p. 88.

(34) Apareció publicado en *La Humanidad*, 30 oct., 1926 y en *El Sindicalista* No. 9, 1936.

(35) *Unión y Trabajo* No. 66, 1936. Ver también el No. 85, 1936 y *La Voz del Obrero* [Barrancabermeja], # 85 y 91, 1937. Una descripción que el último periódico hacía del alcohol se iniciaba así: "Yo soy el príncipe de la alegría, el compañero de todos los goces mundanos ... yo fabrico adulterios, hago nacer en el corazón pensamientos criminales, mancho hogares ... enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura ... yo acabo las familias ... hago perder la vergüenza, la dignidad y el honor ... yo soy el alcohol!" (Ibid No. 95, 1937). El tono usado no difiere mucho del de los periódicos clericales.

(36) *Unión y Trabajo* # 67, 1936. Ver también # 91, 1936; *Sanción Liberal*, 16 marzo, 24 abril y 5 junio, 1936; y *El Diario Popular*, 18 y 26, agosto, 1943.

(37) *La Humanidad*, 7 nov., 1925 y 19 junio, 1927; *Unión Colombiana Obrera*, 7 junio, 1928 y *Sanción Liberal*, 3 dic., 1936.

(38) 10 marzo, 1928. Ver también el del 24 abril, 1928. Meses más tarde el mismo periódico condenaría un sitio en donde tocaba una banda de jazz pues allí se consumía champaña, las mujeres andaban 'semidesnudas' y los hombres 'con caras de idiotas' (29 sept., 1928).

(39) *El Sindicalista* #2, 1936. Números más tarde, sin embargo, reproduciría el famoso discurso de Uribe Uribe (#9, 1936). Frases aparecidas en los periódicos obreros hacían eco continuo de ese discurso. Ver *La Humanidad*, 25 nov., 1925 --"los hijos del borracho son degenerados"--, *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, #95, 1937 --"El Alcohol envenena la raza"- y *Sanción Liberal*, 10 abril, 1928 --"El pueblo que bebe se degenera".

(40) *La Humanidad*, 29 mayo, 1926. Una disposición del Partido Socialista decía, "las organizaciones obreras no deben dar puestos de distinción... a individuos que ingieran aguardiente". *La Humanidad* #59, 1926.

(41) *El Luchador*, 3 julio, 1923.

(42) *La Humanidad*, 26 junio, 1926.

(43) *El Correo Liberal*, 21 marzo, 1924. Sobre las conferencias convocadas por los artesanos en Bogotá ver *El Tiempo*, 12 junio, 1935. En el mismo año el Grupo Marxista, de reciente fundación, invitaba a conferencias públicas (*El Espectador* 15, marzo, 1935). En Barrancabermeja las conferencias de literatos o políticos tuvieron mejor acogida entre los obreros (Entrevistas con Gonzalo Buenahora y Pedro R. Galindo, Bogotá y Barrancabermeja, 1985).

(44) Escritos Políticos, p. 108. El alcohol no era el único elemento criticado en esas fiestas, que por lo general eran de origen religioso. También había quejas de que la prostitución y los juegos de azar se hacían presentes (Patricia Londoño y S. Londoño, Nueva Historia..., Vol IV, p. 357.).

(45) *Vía Libre* #2, 1925 La referencia a Albarracín en José A. Osorio Lizarazo, Novelas..., pp. 426-427. Ver también el prólogo al Diario Secreto de José M. Vargas Vila, p. 9. Un artículo del estudiante de la Universidad Nacional Mario García, próximo a ser publicado, estudia con detalle la actividad teatral en Bogotá a fines del siglo XIX.

(46) *El Espectador*, 27 julio, 1934. Incluso en la cosmopolita Barrancabermeja los espectáculos 'culturales' no tuvieron acogida: "no los pude presentar porque no hubo gente, no les agradó" (Entrevista con Rafael Núñez, Barrancabermeja, 1985).

(47) *Boletín del Círculo de Obreros* # 195, 1922. La Juventud Obrera Católica, JOC, condenaba el cine como espectáculo, por considerarlo inmoral (*La Defensa* 18, sept.,

1924.). Para la censura de cine en Medellín y Bogotá ver *La Defensa*, 2 abril, 1924 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 135.

(48) Entrevista con Luis E. Bolívar, Medellín, 1987.

(49) En 1897 un extranjero decía que en Bogotá "... las diversiones son nulas... hay algunos parques y jardines públicos... y algunas bandas militares tocan en ciertos puntos y días, y está el paseo a Chapinero" (Crónica de Tomas Brisson en Carlos Martínez, Bogotá, p. 104.). Ver también entrevistas con Alfonso García, Miguel A. Farfán, Carlos Pardo, Helena de Sánchez, María B. Romero, Bogotá, 1988, y Zoila Valencia, Medellín, 1987.

(50) Entrevistas con Alfonso García, Bogotá y Martín E. Suárez, Medellín, 1988. Las grandes empresas facilitaban también sitios de recreo para paseos de sus trabajadores (Entrevista con Lucía Botero, Medellín, 1987). Los sindicatos no se quedaron atrás: el de los ferroviarios de Antioquia consiguió que para la noche de año nuevo la empresa prestara un tren para que los trabajadores y sus familias bajaran a Puerto Berrío (Aristóbulo Marulanda, Medellín, 1988). El paseo al Salto del Tequendama, cerca de Bogotá, fue también muy popular, a pesar de la cantidad de suicidios que allí se presentaron en los años veinte y treinta. (Entrevista con Alfonso García, Bogotá, 1988 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 118.)

(51) Carlos Uribe, Los Años Veinte..., pp. 41-42 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 104.

(52) *El Espectador*, 22 nov., 1934 y 26 nov., 1942. Ver también Patricia Londoño y S. Londoño, Nueva Historia...,Vol IV, pp. 367-368.

(53) Charles Savage, Sons of the Machine, p. 138. En la entrevista con Carlos E. Escobar (Bogotá,1988), se mencionó el apoyo que la empresa de teléfonos de Bogotá dio al deporte en general y la dotación de un club, cerca de Girardot, para el descanso de los trabajadores y sus familias.

(54) Entrevistas con Gustavo Díaz Raga, Bogotá, 1988, Rafael Núñez, Roberto Valdez, Pedro R. Galindo y Arturo Solórzano, Barrancabermeja, 1985. La prensa mencionó el equipo de fútbol 'El Obrero' (*El Espectador*, 22 julio, 1931), y 'El Juvenil' (*Voz del Obrero*, Barrancabermeja, # 350, 1944). El 'Centro Juvenil', una expresión del paternalismo de la Troco, desapareció en los años cuarenta por problemas con sus dirigentes (Entrevista con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985).

(55) Patricia Londoño y S. Londoño, Nueva Historia... Vol IV, p. 368. Vitelba Serrano hablaba de la creación de equipos de basquetbol en los años cincuenta y del apoyo que la empresa nacional de petróleos, Ecopetrol, dio a esa actividad (Barrancabermeja, 1985). La referencia a Cementos Samper en entrevista con José M. Torres, Bogotá, 1988.

(56) En el caso de 'La Blanca' descrito por el autor, los trabajadores se resistieron a participar inicialmente en un campeonato organizado por la empresa, pues sentían que era un espacio de ellos (Sons of the Machine, pp. 138-141). Ver entrevistas con Gustavo Díaz R., Bogotá y Juan P. Escobar, La Calera, 1988.

(57) Entrevista con María Rosa Lalinde, Medellín, 1987. Ver también las realizadas con Zoila Valencia y Luis E. Bolívar, Medellín, 1987. Para una evolución de la profesión de trabajo social en el país ver María E. Martínez y otras, Historia del Trabajo Social en Colombia, 1900-1945. Bogotá, Ed. Cuadernos Universitarios, 1981.

(58) *El Correo Liberal*, 2 mayo, 1924 y *La Defensa*, 30 sept., 1924. Gilberto Mejía decía en su entrevista que "esa cuestión de 'reina obrera del trabajo', eso era sagrado para ellos; en los barrios hacían bazares para la Casa del Obrero ... y entre todos nombraban la reina de la ciudad" (Medellín, 1988).

(59) *El Tiempo*, 4 abril, 1925 y *El Espectador*, 12 marzo, 1926. Para las giras de María Cano véase Ignacio Torres G, María Cano, Mujer Rebelde, e Iván Marín, María Cano en el Amanecer de la Clase Obrera. Bogotá, Ed. Ismac, 1985. La adopción oficial de la Flor Revolucionaria del Trabajo por el socialismo en *La Humanidad*, 29 oct., 1927.

(60) *La Voz del Obrero*, Barrancabermeja, #353, 1944 y *Diario Popular*, 20 dic., 1944. Un antiguo textilero recordaba que "en esa época los sindicatos hacían también muchas fiestas, muchos bailes... por ejemplo el Sindicato del Municipio [de Medellín] hacía muchos bailes en su sede" (Bertulfo Ocampo, Medellín, 1987). La clase obrera barranquillera, como en general la costeña, mantendría siempre una actitud alegre y abierta a la dimensión lúdica. A lo largo del período estudiado, y hasta el presente, ha participado con los otros sectores de la población en los famosos carnavales de la ciudad (Entrevista con Julio Morón, Barranquilla, 1986).

(61) Una encuesta sobre el uso del tiempo libre en Bogotá en 1983 arrojaba estos dicientes resultados: 22.6% de los encuestados desearía cambiar el tiempo libre por más trabajo, 24.1% por más estudio, mientras un 47.3% no lo cambiaría. A la pregunta de por qué no dispone de tiempo libre, 41.6% respondió que trabajaba demasiado, y 23.5% por los oficios domésticos (principalmente mujeres). Finalmente, algo que ilustra el contraste con las primeras generaciones, 35.9% quisiera usar su tiempo libre en estudio, 28.1% en recreación exterior y deportes, 19.6% en actividades culturales y 13.3% en más trabajo (Anif, "Uso del Tiempo Libre...", pp. 26-36).

(62) Entrevista con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985. Ver también las de Elba de Vélez y Vitelba Serrano, Barrancabermeja, 1985. Esta última se vinculó desde joven a un almacén, luego trabajó en un banco y finalmente en Avianca.

(63) Entrevista con Zoila R. Valencia, Medellín, 1987. Descripciones similares en las otras entrevistas con las textileras antioqueñas.

(64) Novelas..., p. 11.

(65) En Medellín, en los años treinta, dos de los programas de más sintonía eran patrocinados por Coltejer y Fabricato, respectivamente. En los años cuarenta, Coltejer patrocinó también programas de concurso (Patricia Londoño, "Vida Cotidiana en el Siglo Veinte" en Jorge O. Melo, Historia de Antioquia, pp. 246-248). En Bogotá en 1929 se inauguró la emisora la Voz de la Víctor que, junto con la posteriormente fundada Radio Santa Fe, arrastrarían la mayor sintonía. Los esfuerzos oficiales a través de la Radio Nacional, establecida en 1940, no lograron arrebatarles la popularidad (Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, pp. 103 y 138-139). La primera referencia al uso oficial de la radio parece ser en un mensaje a la nación de Alfonso López P. en 1935 (*El Espectador*, 22 feb., 1935). Sobre el uso cotidiano de la radio ver entrevistas con Abraham Cadena, Bogotá, 1988, Marco A. Arias, Zoila Valencia, Manuel Vargas y María Franco, Medellín, 1987.

(66) Esta dimensión fue común entre los trabajadores de base entrevistados, pero vale la pena destacar los textileros José B. Ocampo, Luis E. Hernández, Marta Franco, Zoila R. Valencia y Genivera García, Medellín, 1987.

(67) Entrevistas con Celso A. Gómez y Tomás C. Peláez, Medellín, 1987.

(68) Entrevistas con Ezequiel Romero, Barrancabermeja, 1985, Luis E. Bolívar y Celso A. Gómez, Medellín, 1987.

(69) David Sowell, "...Artisans and Politics", p. 30.

(70) *El Obrero* (órgano de la Congregación de Obreros de San José, Medellín), 11 Ag., 1911. Todavía en 1928 le hacían eco diciendo: "quitemos lo que de nuestro jornal destinamos para atender necesidades que no son indispensables... ¿Bebemos, fumamos o jugamos? Debemos dejarnos por completo de eso" (*Unión Colombiana Obrera*, 2 junio, 1928). El mismo periódico sugería que, para ahorrar, los trabajadores debían siempre separar una suma de sus ingresos para arreglos de la vivienda. Cuando ésta estuviera arreglada, ese dinero se podría ahorrar tranquilamente (28 julio, 1928).

(71) *Boletín del Círculo de Obreros* # 22, 1918 y # 40, 1920. Ver también entrevistas con María Betulia Romero, Helena de Sánchez, Carlos Pardo y el Padre Eustoquio Guarín, Bogotá, 1988. En Medellín se insinuó una propuesta similar a través de la Cooperativa de Ahorro, entidad que construiría casas para obreros con base en lo ahorrado (*La Defensa*, 23 julio, 1927).

(72) *El Luchador*, 23 enero, 1919 y *La Humanidad* #1, 1925. Ver también de Ignacio Torres Giraldo, Anecdotario, pp. 127-128.

(73) *La Defensa*, 19 enero, 1928 y Carlos Urbe C., Los Años Veinte..., p. 49. Véase también *El Diario*, 6 marzo, 1930.

(74) *El Espectador*, 27 marzo, 1941 y *Unión y Trabajo* # 83, 1936.

(75) Entrevistas con Alfonso García y Carlos Hernández, Bogotá, 1988; José Domingo Gómez, Eduardo Palacio, Norberto Velázquez e Israel Hernández, Medellín, 1987 y 1988. Algunos trabajadores antioqueños pudieron comprar vivienda con sus

ahorros, otros educar a sus hijos hasta los estudios universitarios, otros viajaron al extranjero y algunos compraron acciones de las empresas (Entrevistas con Fabiola Roldán, Zoila R. Valencia, Tomás C. Peláez y María R. Lalinde, Medellín, 1987).

(76) Para la visión socialista ver *La Humanidad*, 16 abril, 6 y 27 junio, 1925. El mismo periódico decía que la educación haría "desaparecer odios y vicios, suavizando las costumbres" (3 oct., 1925). Para la visión anarquista véase Alfredo Gómez, Anarquismo..., p. 39. Mírese también *El Escalpelo* #8, 1935.

(77) *Acción Obrera* # 1, 1934. *La Humanidad* tuvo una columna regular sobre problemas de la mujer y desde allí clamó por su educación. Véase, por ejemplo, 16 enero, 1926. *El Sindicalista* apelará a la elevación del nivel intelectual de la mujer, para "tener una alternativa al matrimonio que es su esclavitud" (# 6, 1936).

(78) Tomado de Juan C. Eastman y Germán Mejía, "Comunismo, Socialismo...", p. 23. Enfasis nuestro.

(79) *Boletín del Círculo de Obreros* #4, 1919 y *Unión Colombiana Obrera*, 1 mayo, 9 junio y 21 julio, 1928.

(80) *Voz Popular* (órgano del grupo Antorcha Libertaria de Bogotá), 9 nov., 1924, citado por Alfredo Gómez, Anarquismo..., p. 36. Un artículo aparecido en *La Humanidad* señalaba que el pueblo debía saber de todo: "antropología, etnografía, etnogenia, sociología y teorías del Estado" (12 sept., 1925).

(81) *La Defensa*, 8 oct., 1920 y 23 enero, 1921; y *Boletín del Círculo de Obreros* #1, 1918.

(82) *Boletín del Círculo de Obreros* #1, 1918; *Unión Colombiana Obrera*, 1 oct., 1928; *El Diario*, 19 agosto, 1937 y *La Defensa*, 18 sept., 1937. El pénsum propuesto por los jesuitas consistía en: filosofía, historia natural, retórica, física, química, algebra y trigonometría. Empresas como Coltabaco y Fabricato apoyaban la iniciativa. Para el balance sobre las Escuelas Nocturnas ver *El Espectador*, 23 nov., 1944.

(83) *La Humanidad*, 28 nov., 1925 y 16 oct., 1926; y *El Espectador* 24 junio, 1932. La división entre las vanguardias revolucionarias impidió una mayor difusión de escuelas de socialismo. Esa es, al menos, la versión crítica de *El Socialista*, 5 junio, 1932.

(84) Las referencias en *El Tiempo*, 2 marzo, 29 abril, 1922 y 18 nov., 1923; *La Voz del Obrero* (Barrancabermeja), # 87, 1937; *Claridad* # 135, 1935; y *Diario Popular*, 13 Ag., 1942.

(85) *El Tiempo*, 4 sept., 1920; *El Diario*, 19 Ag., 1937 y *Diario Popular*, 15 dic., 1944 y 24 Ag., 1945. El investigador Gary Long ha encontrado en los Archivos Nacionales de Washington referencias a esta Universidad Obrera.

(86) *Unión y Trabajo* #67, 1936 y entrevista con Eliécer Pérez, Bogotá, 1988.

(87) Entrevista con José Acosta, Barrancabermeja, 1985. Para la educación por correspondencia, entrevistas con Roberto Valdez, Barrancabermeja, 1985, Luis E. Hernández y Aldemar Cano, Medellín, 1987 y 1988.

(88) Las referencias en *El Espectador*, 15 mayo, 1926; *El Correo Nacional*, 14 junio, 1928; *El Bolchevique*, 12 abril, 1935 y *La Defensa*, 22 enero, 1938.

(89) *El Espectador*, 30 enero, 1937. Ver también Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, pp.136-137 y Carlos Uribe C., Los Años Veinte, pp. 102-103. Estos intentos nunca cuajaron en algo parecido a lo que funcionó en Perú en los años veinte bajo la coordinación de Haya de la Torre y Mariátegui (Denis Sulmont, El Movimiento Obrero Peruano, Lima: Ediciones Tarea, 1980, pp. 20-41).

(90) Entrevistas con Roque Jiménez, Flavio Vásquez, Barrancabermeja, y Gonzalo Buenahora, Bogotá, 1985. Ver también, de este último, La Comuna de Barranca, pp. 72-73.

(91) *El Espectador*, 6 abril, 1937 y 4 marzo, 1941.

(92) Entrevistas con María R. Lalinde y Fabiola Roldán, Medellín, 1987. Fabricato fue elogiada por inaugurar un club de trabajadores que era "un modelo de sana diversión y moralidad" (*La Defensa*, 25 oct., 1938).

(93) Charles Bergquist atribuye ese cambio a la transformación en la lucha de los trabajadores cafeteros, la médula del movimiento obrero colombiano (Labor in Latin America, pp. 310-314.). Para nosotros la explicación integra aspectos económicos y culturales, y sobre todo se aparta de la interpretación del autor sobre la determinación de la economía cafetera en la vida del país y de su clase obrera.

(94) Algo similar ocurrió en la Europa preindustrial, como lo señala E.P. Thompson en "Time, Work-Discipline...": "Por todas estas formas --la división laboral; la supervisión del trabajo; las multas; las campanas y los relojes; los incentivos monetarios; la prédica religiosa y la enseñanza escolar; la supresión de fiestas y deportes-- se fueron formando nuevos hábitos de trabajo y una nueva disciplina fue impuesta" (p. 90).

5

EXIGIENDO UN TRATO JUSTO: 1910-1930



En 1919 el país entero se disponía a celebrar el centenario de la batalla de Boyacá, que había sellado la Independencia con España. Por ese motivo el gobierno conservador, en manos de Marco F. Suárez (1918-1921), decidió importar uniformes de gala para que las fuerzas armadas los lucieran en las efemérides. Los sastres y artesanos en general se indignaron ante tal medida y decidieron organizar en Bogotá una marcha para exigir que tanto el vestuario como el equipo del ejército y la policía se adquirieran en el país. La fecha escogida para la movilización fue el 16 de marzo, y todo se haría de acuerdo con las tradiciones artesanas. El gobierno, para evitar una acción 'bolchevique' --como temía la élite en la época--, derogó el decreto de importación de uniformes sin avisar oportunamente a los organizadores de la protesta. Por lo tanto, ésta se llevó a cabo de acuerdo a lo planeado: miles de artesanos y trabajadores asalariados de la capital desfilaron pacíficamente por las principales calles de la ciudad, para luego dirigirse a la sede del gobierno a presentar sus peticiones. El presidente Suárez, un excelente gramático pero pésimo orador, respondió a las peticiones de la multitud con un lánguido discurso que pensaba concluir informando la derogación del odioso decreto. Como la muchedumbre congregada escasamente lo oía, varios manifestantes interrumpieron el discurso exigiendo que el orador hablara con voz más recia. El presidente Suárez, encolerizado, se retiró de la tribuna, lo que incitó a la muchedumbre a adoptar un tono más violento. En ese momento se lanzaron algunas piedras contra el Palacio de Gobierno, a lo que la Guardia Presidencial respondió con disparos de ametralladora. El balance de los trágicos hechos osciló, según las fuentes consultadas, entre 4 y 10 muertos, 12 a 15 heridos de gravedad y cerca de un centenar de presos. La sociedad en general se indignó por la masacre y exigió investigación de lo sucedido y castigo a los culpables. El gobierno demoró lo que más pudo la investigación y sólo hasta diciembre de ese año llevó a juicio al general responsable de la acción militar. Mientras tanto, se había implantado el Estado de Sitio y se había aumentado la persecución de ciudadanos supuestamente comprometidos en los hechos. Finalmente, como para ilustrar cuán poco le interesaban al gobierno las demandas artesanales, en ese mismo Diciembre volvió a firmar un decreto para importar de Inglaterra uniformes para la policía! (1).

Los hechos de Marzo de 1919 en Bogotá son significativos no sólo por lo que enseñan sobre la rígida respuesta oficial a las peticiones de los sectores populares, sino por la evolución misma de las formas de protesta de estos últimos. La manifestación de marzo fue el resultado de los esfuerzos, desde principio de siglo, por revivir la protesta artesanal, siendo al mismo tiempo la última del artesanado como tal. A partir de los años veinte el sector de

asalariados, que había surgido imperceptiblemente en los medios de transporte, las actividades extractivas y las modernas industrias, tomaría las riendas de la protesta popular. Aunque la clase obrera colombiana hizo su aparición tardíamente, no sólo con relación a los países capitalistas sino a los de la periferia, como los del Cono Sur, México, Cuba y el mismo Perú, recorrió rápidamente procesos que habían tomado muchos años en otras latitudes (2).

Para preocupación del Estado durante lo que restaba de la "hegemonía conservadora", la naciente clase obrera introduciría modificaciones a las organizaciones y formas de lucha heredadas de los artesanos, haciendo sentir su presencia. Dicho proceso será el que nos ocupará en este capítulo que, lo mismo que los dos siguientes, estará organizado cronológicamente.

1. La Herencia Organizativa del Artesanado

Existe consenso, tanto entre los estudiosos de problemas laborales como entre los trabajadores entrevistados, sobre el origen de las organizaciones de resistencia obreras, remontándolas a los artesanos (3). Según el minucioso recuento de David Sowell, después de la crisis de las Sociedades Democráticas en 1854, los artesanos se refugiaron en organizaciones clandestinas o en asociaciones de mutua ayuda. La primera asociación de ese tipo surgió en Bogotá en 1872 y subsistiría hasta 1920. Con el estímulo al ahorro aparecieron, a principios de este siglo, las cooperativas, ligadas generalmente a las mutuales. Aunque estas organizaciones indudablemente reforzaban el espíritu de solidaridad entre las gentes de pocos recursos, ésta se reducía a los momentos de calamidad. Además, no pocas veces integraban a miembros de las élites, como industriales o comerciantes (4).

En ausencia de una legislación más precisa, a las mutuales y cooperativas se les clasificó en el mismo rubro de los sindicatos hasta bien entrado el siglo XX. Tal vez ello explica que Miguel Urrutia haya considerado como el primer 'sindicato' a la Sociedad de Artesanos de Sonsón, establecida en 1909, cuando en realidad se trataba de una organización mutuaria religiosa que, además del apoyo mutuo, se proponía "rendir culto público a Nuestra Señora del Sagrado Corazón" (5).

Por el carácter de sociedades de ayuda mutua, los primeros sectores empresariales no sólo permitían su existencia, sino que muchas veces se afiliaban a ellas también. La Iglesia Católica, por su parte, las veía con buenos ojos, por lo que les había prestado todo su apoyo para difundirlas. En 1913 la Conferencia Episcopal decidió impulsar la Acción Social Católica, difundir entre los trabajadores la encíclica Rerum Novarum y respaldar la creación de sociedades mutuarias a lo largo y ancho del país. Aun en la Costa Atlántica,

donde hubo menor presencia clerical en la cotidianeidad laboral, la Iglesia ayudó a la creación de algunas mutuarias como la de Cristo Rey, que funcionó en Barranquilla a fines del siglo XIX. Sin embargo, la aparente despreocupación del clero regional por la situación social hizo que la naciente clase obrera de Barranquilla apareciera con una dinámica más secularizada, hasta el surgimiento del sindicalismo católico en los años cuarenta (6).

En el extremo opuesto estaba la Iglesia antioqueña, preocupada desde el principio por darle una orientación católica a la 'cuestión social'. La permanente actividad del clero antioqueño, y su eficiente coordinación, serán modelo para otras regiones. Desde 1882, por ejemplo, se había establecido en Medellín la Sociedad de San Vicente de Paul, orientada en un principio a socorrer a las familias más necesitadas. Pocos años después, buscando más eficacia en su ayuda, estableció escuelas nocturnas y talleres de enseñanza técnica para los trabajadores de la región (7).

El clero antioqueño también fue hábil en la transformación de las antiguas cofradías o asociaciones estrictamente religiosas, primero en sociedades mutuarias y luego en sindicatos católicos. Tal fue el caso de la Congregación de Obreros de San José, que funcionó por más de un siglo en Medellín. Fundada en 1846 por los jesuitas, concentró su labor originalmente en el culto a San José. En 1910 fue reactivada agrupando no sólo artesanos sino empleados y profesionales como médicos y abogados. Para 1912 había aumentado en número de afiliados afirmando, exageradamente, contar con 6.000, lo que significaría casi un 10% de la población de la ciudad. Organizaciones similares comenzaron a establecerse en toda la región antioqueña.

Además de la labor religiosa, las Congregaciones Obreras ofrecían servicios de alfabetización, biblioteca, cooperativa y caja de ahorro. Si no contaban con sede propia, la primera tarea era construirla, e incluso se habló también de promover la construcción de vivienda 'obrera' por parte de estas organizaciones. La Congregación de San José, la principal de ellas, contó desde los años diez con un periódico, *El Obrero*, que años más tarde se transformaría en *El Obrero Católico*. Del espíritu de sus afiliados a comienzos de siglo hablan estas estrofas del Himno de la Congregación:

> " Los Congregantes somos obreros
> y la esperanza del provenir
> no hacer más lunes, con el sufrir...
> Así, las barras, brocas, martillos,
> tantos talleres, tanto telar,
> serán plegaria que al cielo suba,
> y harán la dicha de nuestro hogar" (8).

En los años veinte, la Congregación de Obreros de San José se convertirá en la principal organización de la Acción Social Católica. De hecho, ambas serán dirigidas por el mismo sacerdote, el jesuita Germán Montoya. La Acción Social, creada bajo los auspicios de la Conferencia de Obispos en los años diez, fue apoyada decididamente por la Arquidiócesis de Medellín y por los empresarios de la región. Desde sus inicios buscó articular la acción de la Iglesia en el mundo laboral. En los años veinte coordinaba las Congregaciones Obreras, estimulaba las Escuelas Dominicales --en las que miembros de la élite daban voluntariamente instrucción a las gentes pobres-- y consolidaba el periódico *El Obrero Católico*. Aunque formalmente apolítica, en los años veinte la Acción Católica adelantará movilizaciones en favor de los sectores conservadores. La prensa liberal denunció que la intención de la Acción Católica era contrarrestar la influencia radical en las organizaciones obreras, llegando incluso a incitar a los empresarios para que expulsaran a trabajadores liberales o socialistas.

A comienzos de los años treinta la Acción Social Católica estimulará la fundación de Centros Obreros en cada parroquia, fusionando, cuando era posible, las organizaciones previas. Tal fue el caso de la Congregación de Obreros de San José, ahora designada como Centro Obrero con el mismo santo patrón. El de Medellín decía tener 2.600 afiliados --una cifra más realista que la de los años diez--, mientras los de las vecinas poblaciones de Amagá y Caldas reclamaban más de 500 cada una. En el área cubierta por la Acción Social funcionaron 37 Centros, 23 de ellos en zonas urbanas (9). Se sentaban así las bases del sindicalismo católico que surgiría a fines de los años treinta.

Pero la actividad de la Iglesia antioqueña en los primeros años de la formación de la clase obrera no se agotaba allí. Teniendo presente la gran proporción de mujeres vinculadas a la fuerza laboral, el clero, con el apoyo de sectores empresariales y de prestantes damas de la sociedad, organizó los Patronatos. Como lo indica su nombre, eran instituciones orientadas a la protección de las jóvenes provenientes de los campos a las nacientes industrias. Los Patronatos de Obreras, fundados en Medellín en los años diez, fueron administrados generalmente por comunidades religiosas. Además de la habitación y alimentación para las trabajadoras, esas instituciones ofrecían instrucción religiosa y moral, alfabetización y capacitación tanto para las industrias como para las labores hogareñas. Para todas estas actividades contaban con dormitorios, restaurante, enfermería, biblioteca, talleres, salones de conferencias y, por supuesto, templo. También se buscaba estimular el ahorro con el establecimiento de una Caja para tal fin, la que funcionaba en los mismos Patronatos. La financiación de estas entidades corría por cuenta de la Iglesia, los gobiernos departamental y municipal, algunos bancos y comercios, y las grandes industrias regionales (10).

Los Patronatos contaban con un reglamento que ordenaba la vida diaria de las trabajadoras hasta el más mínimo detalle: por ejemplo, para salir a la calle

a algo distinto de desplazarse a la cercana fábrica, se debía pedir permiso; las visitas de los novios eran por pocas horas los domingos; y para usar las cosas se debía firmar una hoja. Las trabajadoras que pasaron por allí, sin embargo, recordaban con agrado la vida en esas instituciones, tal vez con la excepción de las comidas. Una trabajadora rememoraba así un día común y corriente en un Patronato:

> "Nos levantábamos a las cuatro de la mañana para oír la misa y para irnos a Fabricato ..., desayunábamos y nos íbamos a trabajar. Cuando salíamos [de la fábrica] ya descansábamos y yo me mantenía ayudando allá.
>
> P. Entonces usted de la fábrica se iba inmediatamente para el Patronato?
>
> R/ Sí. Nos veníamos para el Patronato, descansábamos un ratico, después íbamos al lavadero a lavar la ropa o a ver si se había secado y nos sentábamos en las bancas a charlar, otras veces [asistíamos] a conferencias..." (11).

Al contrario de la Iglesia antioqueña, el clero del resto del país no desplegó una acción tan organizada y permanente para controlar el movimiento obrero. En Bogotá, por ejemplo, los esfuerzos clericales permanecieron descoordinados. La obra que descollaba era la del Padre José M. Campoamor, la que se había centrado en la promoción del artesanado a través del estímulo del ahorro. Por esta razón, su obra no se proyectaría sobre el moderno proletariado, como sucedía con la Acción Católica antioqueña. El Padre Campoamor fue un hombre más pragmático que teórico. Pensaba que con el Catecismo Astete bastaba para orientar su acción. Con gran carisma logró la colaboración de destacados miembros de la élite con el Círculo de Obreros que creó. Entre los benefactores de la obra, a principios de los años veinte, se contaban el Presidente Suárez, el Arzobispo de Bogotá, varios ministros del gabinete y políticos destacados, y empresarios como los Kopp, Michelsen y Mogollón. El Círculo de Obreros controlaba las cajas de ahorro establecidas por el Padre Campoamor, el Barrio San Javier, algunas escuelas nocturnas para adultos y diurnas para jóvenes de bajos recursos y, finalmente, unos internados para niñas provenientes de los campos. Aunque en su forma dichos internados se parecían a los patronatos antioqueños, no se orientaban hacia obreras sino a colaboradoras de la obra del Padre Campoamor, organizadas en una forma similar a una orden religiosa. De hecho ellas, a las que se les conoció por el nombre de las 'Marías', hacían de cajeras, profesoras, secretarias o cualquier otra actividad que el Círculo de Obreros requiriera (12). La jerarquía de la capital respaldó la obra del Padre Campoamor, pero parece que el resto del clero, incluidos muchos jesuitas, no estaban totalmente entusiasmados con la idea.

A fines de los años veinte, la Arquidiócesis de Bogotá apoyó temporalmente una organización llamada Unión Colombiana Obrera, la que llegó a contar con un periódico del mismo nombre. Salvo estas organizaciones y

algunas acciones aisladas de los párrocos, la Iglesia bogotana, como en general la del resto del país, estuvo al margen del mundo laboral, siendo hostil al sindicalismo al que consideraban un enemigo del catolicismo, por lo menos hasta los años cuarenta (13).

Todo parece indicar que, al abrigo del paternalismo que impregnaba la época, y por impulso clerical o empresarial, proliferaron las organizaciones asistencialistas en los primeros decenios de este siglo. Una noticia aparecida en la gran prensa en 1917 reflejaba esta tendencia: los jóvenes católicos de Bogotá, con el ánimo de organizar una sociedad de mutuo auxilio para los obreros, se reunieron a mediados de año "con líderes artesanos para nombrar la directiva de la organización"!. En forma similar, en Medellín la Juventud Católica organizó en el mismo año los círculos de obreros católicos con el fin de alfabetizar y promover la sana diversión entre los artesanos (14).

Muchas veces por tener un origen patronal, o por ser organizaciones que integraban a empresarios y trabajadores, el espíritu de colaboración de clases era el que las orientaba. Cuando los artesanos volvieron a presionar por políticas proteccionistas, a comienzos de siglo, lo hicieron por medio de la Unión de Industriales y Obreros (UNIO), fundada en 1904 (15). La alianza de trabajadores y sectores empresariales, no diferenciados totalmente de los maestros artesanales, se mantendría hasta bien entrado el siglo veinte. Lentamente, sin embargo, comenzaron a darse los primeros pasos para la formación de organizaciones, si bien no totalmente independientes de los empresarios, al menos distantes de ellos. En 1910, bajo los auspicios de UNIO, se habló en Bogotá de la creación de un partido obrero. Este, limitado a un programa proteccionista, consiguió apoyo de todos los sectores políticos de la capital con la excepción del conservatismo. En vista del buen desempeño electoral en 1911, los partidos liberal y republicano --este último fruto de una alianza bipartidista contra el General Reyes--, cortejaron al partido obrero con tanta eficacia que éste desapareció a los pocos meses. Su efímera existencia fue lo que motivó a Rafael Uribe Uribe a decir: "Es sensible que no haya todavía en Colombia el mentor suficiente para organizar un partido obrero" (16).

Pero la necesidad de una organización de trabajadores, independiente de los empresarios y de los partidos políticos tradicionales, iba cobrando adeptos a lo largo y ancho del país. En Cartagena un periódico obrero, en 1910, favorecía decididamente tal iniciativa. Según el mismo, "la organización o fundación del Partido Obrero obedece a la necesidad de aunar los puros elementos populares [para] dirigirlos hacia la consecución de prácticas puramente democráticas". Y finalizaba el periódico cartagenero anunciando que todos los que vivían en malas condiciones económicas y los excluidos políticamente formarían dicha organización (17).

En 1913 surgirá en Bogotá una organización que tomará distancia de los intentos comunes en la época. Se trataba de la Unión Obrera Colombiana, que pretendía superar las limitaciones de UNIO, a la que criticaba de estar dominada por los industriales. La nueva organización apelaba exclusivamente a los trabajadores y hablaba ya de 'explotación' por parte de los capitalistas. A través de su periódico, *La Unión Obrera*, fue aportando elementos iniciales para la identidad de clase de los trabajadores asalariados. Sin embargo, parece que esta organización no tuvo mucha acogida entre los trabajadores. Por mucho tiempo no se oyó de ella, hasta 1918, cuando convocó a una obra teatral. En 1919 volvió a figurar en la prensa pidiendo que los Primeros de Mayo fueran días festivos, o que se pagara el doble en caso de que se trabajara en ellos (18).

Mientras el país se conmocionaba por el asesinato de Rafael Uribe U., en 1914, los artesanos y trabajadores asalariados seguían madurando la idea de construir un partido independiente. La oportunidad surgió nuevamente en 1916 cuando cerca de 800 trabajadores de la capital convocaron a la formación de un Partido Obrero. El primer paso en esa dirección fue establecer un periódico del mismo nombre, cuyo director curiosamente era el mismo presidente de la antigua UNIO. En dicha convocatoria los firmantes, que se designaron simplemente como 'obreros colombianos', se mostraban desencantados con los partidos tradiciones. A la pregunta de qué perseguía el Partido Obrero, la respuesta era simple: " lo único que puede salvar al pueblo trabajador [es] la unión de todos los gremios en un solo y poderoso núcleo, y el olvido absoluto, perpetuo y creciente de las denominaciones políticas". Aunque propugnaban por un socialismo 'proteccionista', no querían llamar 'socialista' al nuevo grupo, "porque dada la confusión de los términos 'socialista' y 'anarquista' causaríamos hasta miedo." En otro artículo uno de los convocantes puntualizaba que no era por cobardía que no se llamaban socialistas, sino para evitar "que algunos politicastros fracasados vuelvan a ganar influencia entre los obreros" (19).

La organización rápidamente ganó adherentes en otros municipios del país. El periódico recibió mensajes de simpatía de núcleos 'obreros' de Barranquilla, Popayán, Honda, Icononzo y del mismo Medellín, donde funcionaba otro núcleo fuerte. Tanto en esas ciudades como en Bogotá, el componente principal de las organizaciones eran los artesanos. Aunque el Partido Obrero excluía a los empresarios, no faltaron frases elogiosas para algunos de ellos que "no utilizaban electoralmente a los obreros y les daban bienestar", como la familia Samper, don Pedro A. López y los Obregón. Desde un principio la nueva organización buscó aislarse de los partidos políticos existentes, esbozando un discurso anti-político y formalmente socialista. Se proclamaron abstencionistas diciendo "nuestro propósito redentor es el de no volver a las urnas por ninguna razón". Sin embargo, al año siguiente apoyarían a los Republicanos en las elecciones (20). La idea de independencia sucumbía nuevamente por la presión de la política tradicional colombiana.

El Partido Obrero, en todo caso, había colocado sobre el tapete un nuevo panorama. De una parte se notaba un cambio de énfasis en los gremios artesanales: se pasó de una preocupación excesiva en la lucha interpartidista a una mayor atención a los aspectos socio-económicos que vagamente designaban 'socialismo'. La nueva organización, además, intentó construirse no a partir de los sitios de residencia de los trabajadores, sino de los lugares de trabajo. Finalmente, la campaña que adelantó por la realización de los Primeros de Mayo --que veremos con más detalle en el último capítulo-- fue una importante contribución a la identidad de la clase obrera (21).

La búsqueda organizativa continuó por parte de los artesanos e intelectuales con la participación de incipientes núcleos de asalariados. En Bogotá, en 1918, se fundó una Confederación de Acción Social, de la que no se tuvo más noticias posteriormente. Por la misma época apareció el Sindicato Central Obrero de la misma ciudad, con mayor trascendencia que la anterior. En Medellín, también en 1918, surgiría la Sociedad de Luchadores, una cooperativa que tendría gran impacto en la organización obrera de la ciudad. La Sociedad fundó el periódico *El Luchador* con el objetivo de "mejorar el nivel intelectual y político de los trabajadores", para lo cual también impulsó la formación de centros culturales y de lectura en barrios de la ciudad (22). La ideología socialista se hacía cada vez más explícita en estas organizaciones.

También en algunas zonas rurales, en donde se venían dando conflictos entre colonos o arrendatarios y terratenientes, comenzaron a surgir organizaciones que se acercaban al socialismo. En 1915, por ejemplo, se habían fundado en una zona de colonización en la Costa Atlántica, cerca a Montería, la Sociedad de Obreros y Artesanos y un Centro Socialista. Además se creó una organización novedosa en el país: la Sociedad de Redención de la Mujer. En el establecimiento de esa red organizativa había trabajado sin descanso un inmigrante italiano establecido en la zona a principios de los años diez, Vicente Adamo. Tiempo después se le expulsaría del país por su actividad en favor de los colonos costeños. Propuestas organizativas similares se veían en otras partes del país (23). Tanto la difusión de lo que ocurría en Europa, especialmente en Rusia, como el incipiente movimiento huelguístico que se comenzó a vivir en el país, motivaron la búsqueda de más independencia organizativa.

En esas circunstancias, diversas agrupaciones 'obreras' de Bogotá convocaron a una asamblea nacional de trabajadores para enero de 1919. Por más de cuatro meses estuvieron deliberando en la capital del país y finalmente proclamaron la creación del Partido Socialista, cuya plataforma se difundió en mayo. Una iniciativa similar se presentaba en Medellín, impulsada por la Sociedad de Luchadores. El flamante Partido Socialista recibió la adhesión del núcleo de Medellín, así como del Directorio Socialista de Ciénaga y de la Sociedad Libertad Obrera de Montería, entre otros. En marzo de 1920 el nuevo partido decía contar con simpatizantes en las principales ciudades del país así

como en los puertos sobre el Río Magdalena, organizando la militancia en 29 zonas. Observando la lista de adherentes se ve que en algunos casos eran centros socialistas, pero en otros simplemente 'obreros'. Aunque no todos los núcleos adherentes funcionaron, el Partido Socialista de 1919 significó la primera organización de carácter nacional que apelaba a los trabajadores. Aunque con gran autonomía regional, pretendía dar una visión que trascendía los marcos locales o regionales (24).

El socialismo al que adhirieron los fundadores de dicho partido era definido en ese momento como un intento de transformación no violenta de la sociedad (vía redistribución del ingreso), dejando intacta la estructura de propiedad. Insistiendo en sus raíces cristianas, los socialistas del 19 tomaron distancia tanto del anarquismo como de la corriente bolchevique que comenzaba a contar con adeptos en el país. En cierta forma se reclamaban herederos del radicalismo liberal, como lo certifica el lema escogido por la colectividad política: "Libertad, Igualdad y Fraternidad". El pluralismo que desde el principio respiró el socialismo, permitió una ecléctica adhesión a los diversos movimientos socialistas internacionales: desde los avances laboristas ingleses o socialdemócratas alemanes, hasta los pasos dados en la revolución rusa. Internamente pretendía alejar a los trabajadores de los partidos tradicionales, así como de la influencia religiosa. Su programa clamaba también por la intervención estatal, la protección de la mujer, el pago justo al trabajo, la instrucción obligatoria y laica, la educación técnica, el matrimonio civil y la prohibición de todas las industrias de bebidas alcohólicas. Organizativamente funcionaba más como una confederación nacional de núcleos socialistas que como una organización rígidamente centralizada. Desde el principio contó con varios periódicos locales afiliados, siendo *El Socialista*, que se publicaba en Bogotá, su principal vocero (25).

A pesar de sus características conciliadoras, el Partido Socialista preocupó mucho a las élites pues por primera vez se presentaba una ruptura política con los partidos tradicionales y con el paternalismo que gobernaba el mundo laboral hasta el momento. *El Socialista*, en su primer editorial, lo expresaba claramente: "la frase falaz y el argumento interesado de los viejos partidos ya no tienen para el proletariado la seducción de la dádiva ofrecida, porque fueron defraudadas sus esperanzas de bien social, de mentida caridad, y de justicia igualitaria". Por tanto, no era de extrañar que inmediatamente la Iglesia y el Partido Conservador rechazaran la naciente organización. En este sentido, un periódico de orientación clerical condenaba por inmoral y ateo al socialismo colombiano, al que le trazaba estos antecedentes:

> " Desde hace años para subir y medrar [los socialistas] queréis poner a los obreros como peldaños y vais cambiando de nombre como cambiáis de camisas: al principio erais Industriales y Obreros, después Unión Obrera de

Colombia, más tarde Partido Obrero, y ahora como última novedad 'el socialismo'" (26).

Con los Liberales no fue la plataforma política la que despertó recelos, sino los rápidos avances electorales de los socialistas. En algunos centros de gran población de obrera, como Girardot, Ambalema, Cisneros y Segovia, o de agitación agraria como Viotá, La Mesa o La Palma, las listas socialistas obtuvieron la mayoría en las elecciones municipales de 1921. En otras ciudades como Medellín, Manizales y Honda, desplazaron del segundo lugar a las listas liberales. Ante estos avances el Partido Liberal decidió renovarse ideológicamente, adoptando puntos de la plataforma socialista e incluso en las convenciones partidistas de Ibagué, 1922, y Medellín, 1924, incluiría dentro de su programa algo que hasta el momento era característico de los partidos marxistas: la lucha contra la explotación del hombre por el hombre!. Finalmente el lanzamiento de la candidatura de su principal figura, el General Benjamín Herrera, consiguió arrastrar a muchos dirigentes socialistas a las toldas liberales, disolviendo en la práctica la organización política (27). Por tres años había subsistido el primer proyecto nacional de independencia política de la naciente clase obrera. Pero la urgencia de derrocar a los conservadores en el poder y la comunidad de tradiciones con el liberalismo explican la adhesión del incipiente socialismo al proyecto del Partido Liberal de principios de los años veinte.

La semilla, sin embargo, había quedado sembrada, y pronto renació. Los avances electorales del socialismo en áreas de concentración obrera o de agitación agraria mostraban los sitios en donde estaba abonado el terreno para su difusión. De hecho la gran acogida del socialismo a lo largo del Río Magdalena hizo que la élite la designara la zona 'roja' del país. Pero antes de continuar con esta historia, es conveniente volver un poco atrás para echar una rápida mirada al movimiento huelguístico, que jugó sin lugar a dudas un papel definitivo en la transformación organizativa de la clase obrera.

2. Irrupción del Movimiento Huelguístico

Para muchos países latinoamericanos, sin mencionar a Europa, el final de los años diez significó el despertar de los movimientos sociales. En Colombia también hubo una creciente agitación en las ciudades y en algunas zonas rurales. En estas últimas el conflicto se centraba en las parcialidades indígenas, en las áreas de reciente colonización y en la región cafetera de Cundinamarca y Tolima. Los indígenas, especialmente los del Cauca, liderados por Manuel Quintín Lame, luchaban por la preservación de su cultura y la recuperación de sus tierras. En las zonas de colonización el problema de las tierras baldías enfrentaba a quienes abrían nuevas áreas y los usurpadores de esos derechos.

Finalmente en las regiones cafeteras la crisis de las haciendas agudizó el descontento con las relaciones de trabajo que allí existían (28). Sin embargo, no se podía hablar de un movimiento agrario masivo, y menos que tuviera un cubrimiento nacional.

Pero la agitación no se limitaba a los campos: las ciudades o grandes aldeas vivieron también la presión de los sectores populares por mejores condiciones de existencia. El pueblo bogotano había adelantado a principios de siglo un exitoso boicot contra la empresa norteamericana del tranvía, seguido de movilizaciones contra la dictadura del General Rafael Reyes. En los años diez renació la protesta artesanal al exigir protección para los productos nacionales. En Medellín, en 1918, se había adelantado una movilización ciudadana contra el monopolio de la energía eléctrica. En los años veinte las grandes ciudades fueron escenario de protestas masivas contra el proyecto de pena de muerte y las leyes represivas del régimen conservador. También en esos años se produjeron movilizaciones contra el alto costo de vida, especialmente el punto de arriendo de vivienda, destacándose la agitación desarrollada por las Ligas de Inquilinos, en particular la de Barranquilla. Finalmente, con el auge de las obras públicas, las diversas regiones utilizarían los más variados e imaginativos medios --desde las simples marchas hasta boicots electorales y de impuestos-- para presionar al Estado en la búsqueda de beneficios locales. Punto culminante de esa lucha por mejores condiciones de vida, que generalmente culminaban en enfrentamientos con el régimen conservador, fue la movilización del pueblo bogotano, en junio de 1929, contra el grupo que manejaba la política local, al que en el argot se le designaba como la 'rosca' (29).

En medio de esa creciente agitación social fue que la clase obrera hizo su irrupción en el escenario público aportando, entre otras cosas, una novedosa forma de presión: la huelga. Aunque de ella se habló desde finales del siglo XIX, la primera reseñada históricamente fue la de los trabajadores fluviales de Barranquilla en Febrero de 1910. El motivo del conflicto parece haber sido el intento de rebaja salarial por parte de los empresarios del transporte por el Río Magdalena, la principal vía de comunicación en la época. La huelga rápidamente se generalizó a otros grupos asalariados de la ciudad, contando también con apoyo de otros sectores ciudadanos. Ante la presión masiva, los empresarios accedieron a negociar (30). En realidad, lo sucedido en Barranquilla no fue solamente la primera huelga en sentido moderno, sino la primera de carácter general (que trascendía talleres o gremios aislados), indicando los sectores líderes de la lucha obrera que se iniciaba.

A lo largo de los años diez se volvieron a mencionar movimientos de protesta de los trabajadores asalariados, principalmente entre los del transporte. En enero de 1918 nuevamente estalló un conflicto huelguístico en Barranquilla, el que se extendió a otras ciudades de la costa. En este caso fueron los

trabajadores ferroviarios los que se lanzaron a la protesta, exigiendo mejores salarios. Después de unos forcejeos violentos, en los que se reportaron tres muertos en Cartagena, los trabajadores consiguieron el aumento que pretendían (31).

En abril de 1919 se inició en forma el primer movimiento huelguístico del país, abarcando nuevas regiones y distintos sectores asalariados, sin descontar a los artesanos. Tanto las críticas condiciones económicas, ligadas a la temporal crisis cafetera de fines del decenio, como los nuevos vientos ideológicos provenientes de Europa y de otros países latinoamericanos, fueron factores decisivos en la coyuntura. El ciclo huelguístico, iniciado por los ferroviarios del interior, abarcó también a artesanos y asalariados de algunas industrias de la capital. Los trabajadores del sector oficial protestaron por el retraso en los sueldos, situación que se tornó aguda cuando personal de la policía o del ejército prácticamente se insubordinó por el mismo motivo.

El ciclo se prolongó hasta el principio del año siguiente. En sólo enero se produjeron 18 de las 31 huelgas contabilizadas para 1920, como se puede constatar en nuestro Apéndice. Aunque en términos comparativos con otros países latinoamericanos ese número de huelgas no parece significativo, en el ámbito nacional es indicio de alta combatividad. Según la información recogida en nuestra lectura de la prensa, y condensada en los Cuadros 1 y 3, 1920 fue uno de los años de más actividad huelguística en el período estudiado. Sólo fue superado por 1934 y 1937 con 37 conflictos y 1935 con 38. Sin embargo, este segundo ciclo huelguístico ocurrió quince años después, con mayor desarrollo industrial y una clase obrera más numerosa (32).

CUADRO 1

HUELGAS POR SECTORES ECONOMICOS, 1919-1929*

Año	Agricul-tura	Minería	Ind. Manufact.		Construcción	Trans-porte		Serv. Comunes		Gobierno	Subtotal		**TOTAL**
			A	B		A	B	A	B		A	B**	
1919		2	2	2		7				2	13	2	15
1920	1	2	6	7		12	1		1	1	22	9	31
1921			3		2	2	1			1	8	1	9
1922		1				2	1				3	1	4
1923			1	1		1	2		2	1	3	5	8
1924	1	2	6	1		4			3	1	14	4	18
1925		3	2			8	1			1	14	1	15
1926			2	2	1	8	1			1	12	3	15
1927			1	1		5	3				6	4	10
1928	1		2			6		1			10	-	10
1929			2		1	1	2				4	2	6
TOTAL	3	10	27	14	4	56	12	1	6	8	109	32	141

* FUENTES: Ver información de prensa resumida en el Apéndice

** **A.** corresponde a trabajadores asalariados; **B.** a trabajadores por cuenta propia. En los sectores en donde no se hace esa distinción se tuvieron en cuenta solamente los trabajadores asalariados.

El decenio de los veinte se inició con una huelga en la compañía inglesa del ferrocarril de La Dorada, anticipando las características de lo que serían los conflictos de ese momento. En diciembre de 1919, cerca de 500 ferroviarios orientados por el Sindicato Obrero de Honda --cuyos dirigentes eran el socialista Benedicto Uribe y el ex-clérigo Isaías Díaz-- presentaron un pliego de treinta puntos que reflejaban la lucha por mejores condiciones de vida. Ante la negativa de la empresa, los trabajadores acudieron al bloqueo de locomotoras y a la movilización permanente en los cercanos puertos sobre el Río Magdalena. El gobierno rápidamente movilizó 400 soldados y policías para controlar y eventualmente sustituir a los huelguistas. Afortunadamente en esa ocasión no se presentaron los hechos de violencia que se verán en posteriores huelgas. Aunque los trabajadores consiguieron parte del aumento salarial solicitado, y

una reducción de la jornada de trabajo a 9 horas, muchos de sus dirigentes estaban en prisión cuando el conflicto terminó. El gobierno, en prevención de futuras huelgas en este sector, decretó la creación de un batallón especial de soldados para contar con personal preparado para reemplazar a los huelguistas (33).

Otros conflictos en ferrocarriles y puertos se dieron a principios de 1920, así como en talleres artesanales y fábricas. Un ejemplo de lo acontecido en las últimas fue la ya citada huelga de las trabajadoras de la fábrica de Tejidos de Bello. En 1921 se presentaron 9 huelgas, dos de ellas por descenso del salario nominal. En 1922, año en que se superaba la crisis cafetera y fiscal, las huelgas descendieron a sólo 4 en todo el año, una de ellas por recorte del salario de nómina. Resaltó el conflicto en el Ferrocarril del Tolima, a principios de Octubre. En este caso el motivo no fue salarial o algo por el estilo, sino la solidaridad con unos trabajadores despedidos por denunciar al gerente de la empresa. Los ferroviarios de otras empresas amenazaron con generalizar el movimiento, con lo que el conflicto se resolvió favorablemente para los trabajadores.

En 1923 se presentaron 8 huelgas en el país, principalmente entre trabajadores vinculados a sectores artesanales. Sin embargo, las consecuencias inflacionarias de las políticas del General Pedro Nel Ospina, posesionado el año anterior, comenzaban a sentirse. Se iniciaba así otro ciclo huelguístico que se mantendría por un par de años. En abril de 1924 se dio una dramática huelga de tres días en el Tranvía de Bogotá. Ella comenzó como una moderada petición de reintegro de algunos trabajadores excluidos de la nómina. Ante la dura respuesta de la empresa, y el asesinato de un trabajador por un directivo de ésta, se radicalizó el conflicto incorporándosele más peticiones obreras. Con apoyo estudiantil se hicieron varias manifestaciones por la ciudad y finalmente los trabajadores consiguieron lo que pedían, especialmente el reintegro de los despedidos y un aumento salarial. A este conflicto le siguieron otros de asalariados de los transportes o de servicios públicos. Uno de ellos, el de barrenderos de Bogotá, fue acusado por la policía de ser una 'asonada', acusación común en la época para justificar la represión (34).

En agosto de 1924 estalló la huelga en la Fábrica de Tejidos de Suaita, Santander, de propiedad franco-belga, en donde los trabajadores se quejaban no sólo de tener 13 horas de trabajo diario, sino del endeudamiento y los malos tratos a los que se les sometía. Los trabajadores del periódico *Antioquia Liberal* también fueron a la huelga denunciando "el trato inicuo" que se les daba. Así, lentamente, la clase obrera exigía unas nuevas relaciones laborales.

A fines de 1924 los conflictos de trabajo adquirieron una proporción que preocupaba a las élites. En octubre estalló la primera huelga petrolera en Barrancabermeja, atrayendo la atención nacional e internacional, tal como se

desprende de los informes de la gran prensa y de los diplomáticos norteamericanos. Según esas fuentes, el clima que se vivía en el puerto era el de una Revolución Social!. Después de muchos días de forcejeos, no sólo contra la Tropical Oil Co sino también contra el gobierno, que se hizo presente con el Ministro de Industrias, los trabajadores consiguieron algunas de las reivindicaciones solicitadas. En contraprestación tuvieron que pagar la expulsión laboral y física de muchos trabajadores, especialmente antioqueños, y el encarcelamiento de sus dirigentes, entre ellos el socialista Raul Eduardo Mahecha.

En noviembre hubo otro paro, más corto pero no menos importante, en otra multinacional: La United Fruit Co.. La arrogante respuesta de la U.F.C. no fue muy distinta de la petrolera, contando en su favor con la división de los trabajadores debida a la diversa forma de contratación del personal. Por ese motivo la multinacional salió temporalmente beneficiada del conflicto.

Por el mismo mes cuatro grandes empresas de Bogotá y tres ferrocarriles del interior estaban en discusión de pliego de peticiones, lo que hizo aparecer ante la élite el fantasma de la huelga general. Un diplomático norteamericano informaba que "las empresas de energía eléctrica y de cementos aquí [en Bogotá] están al borde de una huelga que puede conducir a una parálisis general a lo largo de la ciudad" (35). Apresuradamente las siete empresas en conflicto lograron acuerdos con sus trabajadores, sin que el temor de la Revolución Social desapareciera del ambiente. Precisamente en ese año volvía a renacer la agitación socialista y los trabajadores del país se reunían con intenciones de organizarse políticamente, como veremos más adelante.

En 1925 estallaron 15 huelgas, 9 de ellas en el sector transporte. El año se inició con una nueva huelga en el Ferrocarril de la Dorada. Ante los anuncios de enviar el Batallón de Ferroviarios para reemplazar a los huelguistas, éstos dijeron "estar dispuestos a repeler violentamente la intervención oficial". Sin embargo, el arribo de las tropas obligó a los huelguistas a reintegrarse al trabajo sin haber conquistado los aumentos solicitados. Por el contrario, la empresa aprovechó para tomar represalias expulsando a los dirigentes del movimiento. En octubre del mismo año estalló un conflicto entre los trabajadores y los propietarios ingleses de la mina Frontino, en la población de Segovia, Antioquia. Como no tuvo solución favorable, los trabajadores continuaron la agitación invitando a María Cano, la Flor del Trabajo de Medellín, para que los acompañara en la denuncia, cosa que ella efectivamente hizo a principios del año siguiente (36).

Al culminar 1925 los tranviarios de Bogotá volvieron nuevamente a la huelga con el ánimo de impedir más reducciones de personal. La empresa, que por ser municipal era manejada por el Concejo de la ciudad, buscaba a todo costo destruir el sindicato. La policía fue llamada a intervenir, allanando no sólo

la sede de la organización sino las de todas las que planearan solidarizarse con los tranviarios, deteniendo a más de 40 dirigentes en una sola jornada. La policía incluso recibió ordenes de poner los tranvías en funcionamiento, acción que significó el daño de por lo menos 16 vehículos. La intransigente actitud de la empresa, apoyada por las autoridades locales, obligó a los huelguistas a un triste reintegro sin ninguna conquista. La mano dura con que se trató el conflicto hizo que los trabajadores la denunciaran como represión 'fascista' (37).

En 1926 nuevamente se presentaron 15 huelgas, destacándose la de braceros de Girardot, sobre el Río Magdalena, en junio y julio, y la de los ferroviarios del occidente del país, en septiembre. En el caso de los braceros, que debían enfrentar distintas empresas navieras, el gobierno dilató la intervención oficial, y cuando lo hizo fue declarando ilegal el paro. Los huelguistas recurrieron a la única alternativa que les quedaba: buscar la solidaridad de otros braceros. Ante la amenaza de huelga general en el Río Magdalena, las empresas accedieron a conceder algunas peticiones mínimas, evitando la radicalización del conflicto. La huelga de los ferroviarios, por su parte, fue ejemplar en muchos aspectos: en sólo dos días más de 5.000 trabajadores del Ferrocarril del Pacífico lograron paralizar el occidente del país, lo que forzó a la empresa a aceptar prácticamente todo lo exigido por los trabajadores. La simpatía que levantó la huelga cubrió no sólo sectores obreros y populares, sino miembros de la policía, para mayor preocupación de la élite que vio en ella un exitoso experimento de revolución social. La huelga había sido dirigida por un grupo de socialistas a cuya cabeza estaba Ignacio Torres Giraldo (38).

En 1926 había ocurrido el cambio de gobierno, con lo que se reforzaría el estilo autoritario para manejar los conflictos. Simultáneamente el proceso inflacionario lograba ser controlado por medidas de emergencia. Seguramente la conjugación de estos factores influyó en la disminución de conflictos manifiestos. Aunque el número de huelgas decreció, la duración promedio de ellas --como se observa en el Cuadro 2-- tendió a aumentar, sugiriendo una mayor dificultad en la negociación una vez se declaraba la huelga.

CUADRO 2

DIAS-HUELGA POR SECTORES ECONOMICOS, 1920-1929.*

AÑO	Agricul-tura	Minería	Ind. Manuf	Construc-	Serv. Comunes	Gobierno	Trans-porte	**TOTAL**	Duración Promedio (días/ huelga)
1920	1	6	71		3	2	51	134	4.32
1921			13	2		1	5	21	2.33
1922		1					13	14	3.50
1923			3		3	2	11	19	2.38
1924	2	10	32		7	2	16	69	3.83
1925		9	3			1	45	58	4.07
1926			21	1		3	35	60	4.00
1927			17				30	47	4.70
1928	29		4		7		81	121	12.10
1929			1	1			16	18	3.60
TOTAL	32	26	165	4	20	11	303	**561**	
dias/ huelga	10.6	3.57	4.58	1.0	2.86	1.83	4.97		4.52
Media									

* FUENTES: Ver Apéndice.

En 1927 se contabilizaron 10 huelgas, siendo la más destacada la de los petroleros de Barrancabermeja en los primeros días del año. El conflicto, que había quedado sin resolución en 1924, tomó fuerza con la visita que hizo a la población María Cano a fines de 1926. Aunque los dirigentes socialistas que la acompañaban trataron de posponer el conflicto, para asegurar una mejor preparación, los obreros se lanzaron a la huelga a los pocos días de partir María Cano y su comitiva. El pliego de peticiones reflejaba sencillamente las condiciones laborales que se respiraban en el puerto: incremento salarial del

25%, libre comercio de vestuario y alimentos, cese de despidos injustificados, comedores higiénicos y mejor alimentación, permiso a los dirigentes sindicales para desplazarse libremente y oír los reclamos de los afiliados y, finalmente, "no malos tratos por parte de los mandos superiores extranjeros". La multinacional, como lo había hecho en el 24, se negó a aceptar el pliego de peticiones. Cuando la huelga parecía morir por la intransigencia patronal y el apresuramiento obrero, un hecho violento le dio fuerzas nuevamente. El 22 de Enero los dirigentes de la lánguida huelga, entre ellos Raul E. Mahecha--que había regresado otra vez después de un año de prisión-- ofrecían una despedida al alcalde de la ciudad, quien había renunciado en solidaridad con los trabajadores. La policía intentó dispersar a la multitud congregada en el homenaje, disparando sobre ella con un resultado de al menos 10 muertos. Inmediatamente el gobierno decretó el estado de sitio en la región, enviando más tropa y nombrando un jefe militar en la zona. Para evitar los paros de solidaridad, se prohibió cualquier reunión de más de 8 personas y se encarceló a los dirigentes del movimiento. La militarización del Río Magdalena fue casi total. En esas condiciones los huelguistas regresaron al trabajo sin haber conseguido prácticamente nada (39). Lo sucedido en Barranca a principios de 1927 era una expresión del difícil clima laboral que se vivía y que desembocaría en la tragedia en las plantaciones bananeras del siguiente año.

En 1928 nuevamente se contaron 10 huelgas, la más importante de las cuales, sin lugar a dudas, fue la de la zona bananera. Puesto que este conflicto ha recibido atención histórica no nos detendremos en su descripción sino sólo en su significado. Desde los años diez, los trabajadores de la multinacional veían burladas sus peticiones con la disculpa de que había que consultar a la casa matriz en Boston. Sin embargo en los conflictos anteriores la U.F.C. había utilizado hábilmente la división entre sus trabajadores propiamente dichos --aquéllos vinculados directamente a ella como los de su ferrocarril--, y los vinculados indirectamente por medio de contratistas --la mayoría de los trabajadores de la plantación. Para 1928, sin embargo, los trabajadores habían logrado unos puntos de acuerdo básicos, que giraban en torno a la exigencia de cumplimiento de la legislación laboral vigente, en lo que se resumía el pliego presentado. La multinacional acudió, como en el caso de la Tropical Oil Co. esbozado anteriormente, a la lógica según la cual no se trataba de un conflicto laboral sino de orden público que correspondía al Estado, y no a ella, resolver. La intransigencia patronal hizo que el discurso agitacional de anarquistas y socialistas, instalados desde antes en la zona, tuviera acogida entre los trabajadores.

El conflicto, que estalló abiertamente en noviembre, se fue radicalizando, presentándose por parte de los trabajadores acciones de fuerza como el bloqueo de trenes y el saboteo a la producción. El gobierno aceptó la lógica de la multinacional y envió tropa para controlar a los huelguistas. Sin embargo, la

confraternización de los soldados con los huelguistas le llenaba de preocupación en un momento en que circulaban rumores de una posible intervención de tropas norteamericanas. Decidió, por tanto, cortar por lo sano y actuar como lo había hecho un año y medio antes en Barranca. Parece que los huelguistas no contaban con esto y por ello los posteriores eventos los tomaron por sorpresa. El gobierno procedió a declarar el estado de sitio y nombró un jefe militar para la zona, el tristemente celebre Carlos Cortés Vargas. Este militar, aprovechando la reunión de gran número de huelguistas en la estación del tren de Ciénaga, en la noche del 5 de diciembre, mandó disparar sobre la multitud. Aunque no se sabe con certeza el número de muertos, los cálculos más creíbles superan el centenar. En esas condiciones de terror los huelguistas volvieron al trabajo incluso con menor salario al que tenían antes del conflicto. Después de la masacre, el más mínimo brote de descontento en la zona bananera fue tajantemente reprimido con el envío de más tropas, encarcelamientos arbitrarios, prohibición terminante de cualquier reunión, elementos que fueron acompañados por algunas concesiones mínimas por parte de la multinacional (40).

Aunque la intransigencia patronal y la dura respuesta oficial fueron más evidentes en el caso de los conflictos con las multinacionales, también los trabajadores de empresas nacionales las enfrentaron. Tal vez ello desmotivó más a los obreros para lanzarse a la huelga en un momento en que la crisis económica comenzaba a aflorar. De hecho en 1929 sólo 6 conflictos fueron registrados por la prensa, y la tendencia a disminuir continuaría a principios de los años treinta.

Antes de concluir esta sección conviene resaltar las principales características que se esconden detrás de la apretada narrativa de los conflictos huelguísticos. Los sectores en donde recayó más la actividad huelguística fueron transporte e industria, aunque esta última aún mostraba gran peso del artesanado. En el fondo, el predominio de esos sectores indicaba las tendencias de desarrollo de la economía del país. Como es propio de las fases de gestación de la clase, las huelgas estallaron sin mucha preparación e incluso sin la existencia de formas organizativas que coordinaran la acción y canalizaran la solidaridad. En muchos casos tales organizaciones surgieron al calor de la lucha, para rápidamente desaparecer. Un obrero de Barranca comparaba esas primeras huelgas con unas 'asonadas', al menos por las características de enfrentamiento violento ya señaladas. Ignacio Torres habla de una huelga de lavanderas de Cali como de un 'motín'. De una u otra forma lo que se quiere señalar es que el conflicto laboral en esas primeras épocas estallaba sin muchas mediaciones. En momentos en que había poca legislación laboral y la acción del Estado en los conflictos oscilaba entre una mediación casi nula y una activa represión, las ideologías revolucionarias tuvieron acogida en sectores de la clase obrera (41).

En este clima de 'guerra social' triunfaba la parte que pudiera resistir más. Los empresarios contaban con el apoyo casi incondicional del Estado. Los trabajadores, por el contrario, debieron recurrir a las herramientas que tenían a su disposición: la radicalización de sus bases y la generalización de la solidaridad. Raul E. Mahecha diría, en 1929, que las huelgas en Colombia eran 'contagiosas' y que los trabajadores preferían la 'acción directa'. Aunque ambos elementos aparecieron en casi todos los conflictos de esos años, en aquéllos en los que se hizo efectiva la solidaridad obrera y ciudadana hubo mejores condiciones de éxito. La solidaridad, de hecho, brotaba casi espontáneamente en los primeros momentos de gestación de la clase obrera, pero no siempre se hizo presente, al menos en el momento oportuno. En algunos casos las dificultades de comunicación, especialmente en las zonas de enclave, impidieron una mayor expresión de solidaridad. El cruce de telegramas a raíz del conflicto de braceros en febrero de 27 es ilustrativo de esas dificultades: como los braceros de Girardot se quejaron de la falta de solidaridad durante su conflicto, los trabajadores de Cali respondieron con un telegrama que decía: "obrerismo del Valle no actuó cuando ustedes procedieron ... por total carencia de conocimiento [de] planes aisladamente desarrollados allá" (42).

La aparición de crisis económicas como la de fines de los años diez, o del fenómeno inflacionario sucedido a mediados de los años veinte, hacía previsible la generalización de los conflictos. Por eso los huelguistas concentraban energía en la movilización de las bases y en acciones que efectivamente garantizaran el éxito del movimiento. Las primeras huelgas ferroviarias o de braceros exigían el bloqueo de locomotoras o barcos, lo que implicaba una cierta dosis de violencia. En la huelga del 24 los trabajadores de Barranca posaron para la prensa blandiendo machetes o escopetas de fisto, armas anticuadas pero suficientes para aterrorizar a la élite. Mahecha reconocería el uso de una violencia defensiva por parte de los trabajadores en la huelga bananera. Una comunicación a los trabajadores de la zona bananera de antes de la huelga, supuestamente firmada por el dirigente socialista Tomás Uribe Márquez, llamaba a los trabajadores a organizar la 'acción directa' entorpeciendo las comunicaciones, atacando a los esquiroles y haciendo uso de otras formas de violencia que no debían derivar, advertía la comunicación, en una "rebeldía de guerra". Punto central tanto de la supuesta carta de Uribe Márquez como de la posterior acción obrera era la infiltración en la tropa para buscar la fraternización de los soldados (43). No debe desconocerse, sin embargo, que en los círculos socialistas se agitaba efectivamente un proyecto insurreccional, el cual consideraremos más adelante.

Por ahora basta decir que el uso de la violencia defensiva en las huelgas explicaba, para la élite, la utilización de mano fuerte por parte del Estado. Este manejo estatal, a su vez, producía aún mayor descontento en los obreros, desencantándolos temporalmente de los métodos pacíficos de negociación. Pero

en este ambiente de radicalización de los polos se escondían no sólo las debilidades del Estado para entender la 'cuestión social', sino de la misma clase obrera para utilizar en su favor esas condiciones. Por ello es muy simplista, por decir lo menos, considerar a la naciente clase obrera colombiana como revolucionaria a secas por el comportamiento demostrado en esos años. Aunque hubo indudablemente un heroísmo que reflejaba potenciales revolucionarios, no es menos cierto que su acción se debió en gran parte a la intransigencia patronal y a la estrechez de mirada de los agentes estatales. El que el movimiento huelguístico de los años veinte haya tenido rasgos anti-imperialistas se explica mucho por la arrogancia con que las multinacionales veían no sólo a los obreros sino al mismo gobierno nacional. La clase obrera colombiana surgió, como toda clase social lo hace, no en la contemplación de sí misma, como si se mirara en un espejo, sino en la confrontación con las fuerzas sociales opuestas. Es allí donde construye su identidad como un grupo social diferente (44). Por ello, importa tanto lo que viene de ella misma cuanto lo que toma de sus aliados o aún de sus antagonistas. Para entender mejor las fortalezas y debilidades de la clase conviene mirar nuevamente sus formas organizativas.

3. Los Primeros 'Sindicatos'

Al principio de este capítulo señalábamos el temprano predominio de las organizaciones mutuales y obrero-patronales con algunos tímidos intentos de independencia política. Este panorama se modificó en los años veinte, en parte debido a la irrupción del fenómeno huelguístico. Si según estadísticas oficiales en 1919 existían 27 organizaciones registradas como sindicatos, para 1929 se contaban más de 70, la mayoría en la rama de transportes y en actividades manufactureras artesanales. En verdad hasta la expedición de la legislación sobre sindicatos en 1931 difícilmente las organizaciones registradas bajo ese nombre podrían ser consideradas como tales. Como lo recordaba un antiguo dirigente de izquierda:

> " Esos sindicatos primarios (porque no se les puede llamar sindicatos aunque ese sea el término para denominarlos), no eran sindicatos a la moderna, eran una congregación de obreros para luchar contra el costo de la vida y por el mejoramiento de su situación. Era el tránsito de las organizaciones mutuarias del artesanado hacia las organizaciones de clase del proletariado, pero eso no estaba claro, era una cosa informe" (45).

En esas condiciones no era extraño que para cada huelga apareciera una organización distinta, o al menos con diferente nombre, representando a los trabajadores. Así sucedió con las cuatro huelgas de los asalariados del ferrocarril de La Dorada entre 1920 y 1925. En otros casos los supuestos

sindicatos eran desbordados por formas organizativas que se creaban en la coyuntura. En el conflicto de varias empresas de Bogotá a fines de 1924 se creó un Comité Organizador del Paro General, de inspiración anarquista, que en la práctica pasó a representar a los trabajadores ante los patrones. Aunque eventualmente fueron los sindicatos de empresa los que negociaron, el mencionado Comité fue el que coordinó el movimiento. Finalmente, en otros casos eran las organizaciones de segundo grado o federaciones las que adelantaban la negociación por encima de los sindicatos específicos. Tal fue el caso de la huelga ferroviaria del occidente del país en 1926.

Cabe preguntarse cómo se gestaron en esa época esos 'sindicatos primarios'. De una forma sesgada y exagerando el papel de los agitadores revolucionarios, un informe de un directivo de la Tropical Oil Co. sobre la huelga del 24 nos da pistas para responder la pregunta. Para el representante de la multinacional, Raul E. Mahecha era la causa del problema: " En Barrancabermeja [Mahecha] se ha dedicado a adelantar una labor de agitación para lo cual dirige un periódico semanal ... Este hombre se hace pasar por secretario de la Sociedad Unión Obrera, organización que ha estado compuesta hasta hace poco casi exclusivamente por dicho individuo y algunos otros no-obreros".(46) Sin desconocer el intento de las multinacionales por evadir el conflicto responsabilizando a los revolucionarios, es indudable que el informe refleja algo cierto: los sindicatos u organizaciones primarias de resistencia tenían un origen por lo general externo a las empresas en conflicto. No podía ser de otra forma en una época en que el paternalismo y los duros métodos de control de la mano de obra sofocaban cualquier protesta que surgiera del interior de los sitios de trabajo.

Nuestra hipótesis es que para los años veinte las antiguas sociedades mutuarias, los clubes políticos del artesanado e incluso sociedades secretas teosóficas o espiritistas, sirvieron de albergue para que los primeros asalariados expresaran su descontento con el orden vigente. En la práctica ellas se fueron transformando en sus organizaciones de defensa, o fueron generando agrupaciones coyunturales para atender los conflictos laborales. La rica tradición cultural y política de muchas sociedades artesanales les permitió jugar ese papel. Por ello era común encontrar que la Sociedad 'Obrera' de un municipio, integrada por artesanos y asalariados, fuera la que presentara las peticiones de los trabajadores en conflicto. En la primera huelga del Ferrocarril de La Dorada fue la Sociedad Obrera de Honda, en la que participaban socialistas, la que adelantó las peticiones de los ferroviarios. En Cali, la Sociedad de Iguales coordinó importantes luchas obreras y barriales a principios de los años veinte. En el caso del municipio cafetero de El Líbano (Tolima) las asociaciones artesanales habían encontrado terreno abonado en las semiclandestinas sociedades teosóficas. En general, en las grandes ciudades, ese papel también lo jugaron las llamadas Casas del Pueblo, que podían ser sitios

de reunión de clubes políticos populares de estirpe jacobina. Finalmente, el predominio en las estadísticas oficiales de sindicatos por oficio o gremiales reafirma tanto el peso artesanal en esas primeras organizaciones como la relativa externalidad a las empresas específicas (47).

Es necesario, sin embargo, matizar la externalidad de los primeros sindicatos, pues de lo contrario no se entendería el rápido y masivo apoyo que lograban para lanzar las huelgas como las de los 5.000 petroleros de Barranca o los casi 10.000 trabajadores de las plantaciones bananeras. Además éste era el argumento de la patronal para despreciar las peticiones obreras. La empresa británica del Ferrocarril de la Dorada contradictoriamente rechazaba los sindicatos por no ser de sus trabajadores, pero al mismo tiempo expulsaba de la empresa a los dirigentes de esas organizaciones. La Tropical Oil Co., en 1924, se negó en principio a aceptar el pliego de peticiones porque "el sindicato laboral local no representaba en ninguna forma a los trabajadores de la empresa" pero, por presión del Ministro de Industrias, aceptó negociar con los directivos de la organización, excluyendo eso sí a Mahecha. En 1927 volvió a argüir la misma disculpa provocando la huelga de enero. Al año siguiente, la U.F.C. se negó a negociar con los representantes obreros porque no los reconocía como sus trabajadores, pues estaban indirectamente vinculados a través de contratistas (48).

La relativa externalidad de los sindicatos iniciales, al mismo tiempo que era el resultado de las difíciles condiciones imperantes en las empresas, permitía la solidaridad de otros gremios y la expresión de ideologías revolucionarias. Por no contar con las restricciones del sindicalismo de empresa, las primeras organizaciones de defensa del proletariado eran más abiertas a la presencia de elementos externos que tenían una proyección que trascendía los límites de la fábrica o del taller artesanal. De esta forma fue posible que un dirigente socialista como Mahecha hubiera sido vocero de los trabajadores de la Tropical Oil, primero, y luego de los bananeros. Así lo recordaba un petrolero entrevistado:

> "Raul Eduardo Mahecha no sólo fundó el sindicato aquí, sino en otras partes del país ... Entonces la condición que él ponía era que el sindicato fuera abierto. Como al fin y al cabo Mahecha no era trabajador petrolero, ni de la zona bananera, ni era ferrocarrilero, ni era navegante, pero tenía sus ideas y con esas ideas armaba su organización, o las organizaciones, no sus sino las organizaciones."

Del mismo modo era posible que socialistas o anarquistas crearan organizaciones sindicales, a veces calcando simplemente los estatutos de otras similares del país o incluso del extranjero. Tal fue el caso de los sindicatos de sastres y aserradores de la ciudad de Barranquilla en 1928, según testimonio de un antiguo activista obrero (49). Este ejemplo ilustra además la flexibilidad con

que se organizaban los obreros en la época, en parte debido a la juventud de la clase obrera, pero también en parte por la ausencia de legislación precisa en este aspecto.

Los rasgos que caracterizaron al sindicalismo de los años veinte pueden llevarnos equivocadamente a hablar de un movimiento revolucionario a secas. Como en el caso de las huelgas, esas características reflejaban tanto del espíritu rebelde de la clase en sus orígenes, como la cerrada respuesta patronal y estatal a los primeros sindicatos. En realidad, una vez más debemos decir que el aparente revolucionarismo de las organizaciones obreras del momento encerraba profundas debilidades. La clase obrera era una minoría en el conjunto de la población, aunque contaba con gran poder para paralizar las actividades dinámicas de la economía. La misma inestabilidad organizativa no favorecía la lucha permanente por mejores condiciones de vida y por el control cotidiano en los sitios de trabajo. Por ello no es de extrañar que la clase obrera haya recibido con agrado la legislación de 1931 que garantizaba la existencia de los sindicatos. Además, aunque predominaba ese sindicalismo que hemos llamado externo, a mediados del decenio de los veinte hizo también aparición esporádica un sindicalismo a nivel de empresa. En este último la lógica de negociación se trasladaba a un terreno más estrechamente económico y en marcos más limitados.

Pero aún dentro de ese sindicalismo externo se presentó la dependencia hacia los agentes exteriores a la empresa, lo que eventualmente fue aprovechado por abogados laboralistas que los reemplazaron. Con un lenguaje formalmente revolucionario, estos abogados privilegiaban más los métodos legales que los de la acción directa. Las conquistas que arrancaron a algunas empresas hicieron que los obreros los vieran como más efectivos que los clásicos agitadores revolucionarios. Por tanto, en los años veinte, al lado de un sindicalismo con tendencias revolucionarias, pero con debilidades internas, comenzó a aflorar lentamente otro que privilegiaba la lucha económica en marcos más estrechos. De este último estaban cerca las organizaciones católicas, al menos en su filosofía. Ellas seguían siendo una mezcla de mutuarias y cooperativas, llevando incluso ambiguamente el título de sindicatos (50). Sin embargo, aún no había llegado la hora del sindicalismo católico.

En cualquier caso los sindicatos colombianos de los años veinte dependían en alto grado de las fuerzas políticas externas, especialmente anarquistas o socialistas, pero también liberales e incluso conservadoras o clericales. Por las condiciones socio-políticas de la época --crisis de la Hegemonía Conservadora--, las organizaciones de resistencia obrera no separaban la lucha por mejores condiciones de vida de la lucha contra el régimen político imperante. Por eso, como tendencia general, el sindicalismo de esa época era hostil al Estado y por tanto casi que espontáneamente politizado. En consecuencia, como lo reconocía un delegado de la Tercera Internacional en

1929, "en Colombia, todavía hoy, no hay separación orgánica entre los partidos y los sindicatos. Se trata naturalmente de una fase incipiente", concluía el observador.

La debilidad del sindicalismo de los años veinte se hizo evidente al final del decenio, cuando con la arremetida represiva del Estado prácticamente desapareció. A principios de los años treinta un dirigente comunista decía: "Hoy por hoy no existen sindicatos, sino pequeños núcleos o fracciones que sostienen el fuego revolucionario de la lucha de clases. Los sindicatos que existieron hasta 1929 han sido disueltos por la reacción gubernamental y la crisis económica" (51). Parte de la explicación de la crisis del sindicalismo de los primeros años radica en la trayectoria de las organizaciones políticas que decían representar a la clase obrera. Veamos pues esa evolución para completar el cuadro sobre los orígenes de la clase obrera colombiana.

4. Aparición del Socialismo Revolucionario

En los años veinte era común en los círculos elitistas responsabilizar a los llamados agitadores del fermento revolucionario que se vivía en el país. Más aún, con el ánimo de mostrar cuán exóticas eran las ideologías revolucionarias para nuestro medio, esos círculos se encargaron de acusar a unos cuantos extranjeros de su difusión. Esta disculpa, que sirvió para organizar una verdadera cacería de brujas en esos años, no tenía sustento en la realidad. En Colombia no sólo hubo una muy pequeña inmigración europea, sino que la tal presencia de agitadores internacionales fue casi nula. Las ideologías revolucionarias, por el contrario, circulaban por donde lo hacían las mercancías, y fueron difundidas en el país básicamente por elementos nacionales.

Según documentación oficial e información de la prensa de la época, los extranjeros implicados en actividades 'subversivas' fueron pocos y rápidamente controlados. La purga se inició en febrero de 1924, cuando se expulsó del país a un peruano acusado de anarquista, Nicolás Gutarra, el dirigente más destacado de la Liga de Inquilinos de Barranquilla. Gutarra era un ebanista que a su vez había sido arrojado de su país previamente por haber participado en un Comite Pro-Abaratamiento de Subsistencias (52). En 1925 el gobierno procedió a expulsar del país a un inmigrante ruso, Silvestre Savinsky, en cuya lavandería en Bogotá se reunía un grupo de jóvenes intelectuales simpatizantes del socialismo. En 1927 le tocó el turno al italiano Vicente Adamo, que había llegado al país en 1904 y desde 1915 se había instalado en la región costeña cercana a Montería. A Adamo no le valió la moderación de su discurso después de los años de cárcel a principios de los veinte, o el apoyo electoral dado a los liberales en 1925. Por la misma época el griego Evangelista Priftis, quien se había instalado en Neiva, fue amenazado con expulsión por su participación en

la Sociedad de Obreros Libres. Con Savinsky fue expulsado también el bactereólogo alemán Rodolfo Von Wedel. Años después Torres Giraldo lo recordaría como una persona de sólida formación marxista. En los años veinte también hubo procesos contra supuestos anarquistas como los españoles Mariano Lacambra y Elías Castellanos, y el italiano Genaro Turino. En todo caso la aparición de anarquistas extranjeros fue más común en los puertos de la costa, que en el interior (53).

Si la presencia de agitadores externos fue débil, lo mismo no puede decirse de la ideologías revolucionarias. Su difusión se facilitó por la existencia de tradiciones culturales artesanales como el radicalismo y la preocupación por la 'cuestión social', de las que ya hemos hablado. Estas tradiciones habían tenido expresión en los primeros intentos de organización política autónoma de la clase obrera, especialmente en el efímero Partido Socialista. Con su desaparición en 1922 no murió el socialismo: por el contrario, con el fermento del movimiento huelguístico, comenzaron a brotar en los principales centros obreros organizaciones que adherían a ideologías más revolucionarias. El moderado socialismo comenzó a ser reemplazado por versiones más radicales, influidas por el anarquismo y el mismo marxismo.

En un principio, la tendencia pluralista del socialismo criollo permitió la convivencia de las diferentes ideologías. Por ello no es extraño encontrar que un periódico como *El Socialista*, que se publicaba en Bogotá desde principios de los años veinte, alabara en las mismas páginas al gobierno laborista inglés y la actividad del grupo Espartaco de Rosa Luxemburgo y Karl Liebneckt; o que al mismo tiempo que defendía la propiedad privada como programa del socialismo colombiano, alabara a Lenin por suprimirla en la Unión Soviética. Se trataba, pues, de un eclecticismo, o tal vez de una simple confusión ideológica, que tenía la ventaja de dar cabida a las distintas concepciones sobre el papel de la clase obrera en el futuro de la sociedad (54). Con el paso de los años y la consolidación de los proyectos políticos, ese pluralismo irá desapareciendo para dar paso a un lenguaje más doctrinarista y excluyente. Pero en esto último la izquierda colombiana únicamente reproducía lo que se estaba dando a nivel mundial.

Con contadas excepciones, los historiadores del movimiento laboral colombiano no le han dado al anarquismo la importancia que merece en la formación de la clase obrera. Ignacio Torres Giraldo, por ejemplo, señala vagamente la existencia de núcleos 'apolíticos', catalogados por él como 'anarco-sindicalistas', al interior de la clase obrera. También menciona a un tipógrafo, Carlos F. León, como un 'anarquista'. Este, sin embargo, participó a nombre del socialismo en una lista electoral con el liberalismo de izquierda en 1925. Torres Giraldo finalmente habla de otros grupos de trabajadores tachándolos de anarquistas en una forma peyorativa (55).

Como ya hemos señalado, el accionar inicial de la clase obrera enfrentando el orden paternalista, y con ausencia de mediación estatal, favorecía la difusión del anarquismo. La inclinación a la acción directa, la proliferación de organizaciones temporales de defensa y la sospecha de lo político, producían una disponibilidad ante esa ideología. El discurso libertario tuvo su mejor momento a mediados de los años veinte, sin lograr las dimensiones que mostró en el Cono Sur, o incluso en Cuba, Perú y el mismo México.

En los periódicos genéricamente catalogados como socialistas, aparecían eclécticas referencias al discurso anarquista. Las proclamas anti-políticas fueron comunes en los periódicos obreros de los años diez. *El Martillo*, un periódico radical fundado por Torres Giraldo en 1916 en la ciudad de Pereira, publicó un artículo enviado desde Barranquilla que llamaba a alejarse de los predicadores religiosos o políticos:

> " Los trabajadores debemos rechazar las mentiras de los frailes, si queremos progresar y civilizarnos ... Existe otra plaga en la sufrida vida de los trabajadores: la de los políticos ... Digamos a los que hablan de Patria que los pobres no tenemos patria alguna. [Así] veréis que el enemigo común de los trabajadores se encuentra en todas las naciones, formado por el capital, el gobierno y el clero ... Hagamos nuestro el manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano."

En los años veinte ya aparecieron semanarios declaradamente anarquistas. En uno de ellos, *Vía Libre* --'Semanario de Sociología y Combate' publicado en Barranquilla--, la sección editorial exaltaba abiertamente el credo anarquista:

> " Anarquía! Palabra sublime! Voz dulce y grandiosa! Idea magnífica, grande, pura, bella! Vida libre sin Dios ni amo. Eso es anarquía... libertad plena, integral, es la que la anarquía ofrece al hombre. Oh Anarquía! Por ti se debe sacrificar todo: familia, amistades, amores, vida, todo, todo!" (56).

Para 1924 se había formado un grupo anarco-sindicalista, compuesto principalmente por tipógrafos, en la ciudad de Bogotá. El colectivo se llamaba Antorcha Libertaria (del cual hacía parte el ya mencionado Carlos F. León), y publicaba el periódico *La Voz Popular*. En otros gremios artesanales del interior se mencionó la presencia anarquista, especialmente entre sastres y zapateros. Pero indudablemente fue en la Costa Atlántica en donde se desarrolló más esa ideología. La simpatía se dio en algunos casos por medio de la difusión de escritos de famosos libertarios, en otros por la actividad de grupos teatrales como la Compañía de Opera Racali que hizo giras por el país llevando su mensaje. La formación de grupos anarquistas en la costa sirvió para su consolidación temporal en el país. En 1925 funcionó un círculo libertario en Santa Marta que publicó el semanario *Organización*, defendiendo la concepción

anarco-sindicalista. Este grupo tuvo incidencia en la huelga bananera del 28. Finalmente, en Barranquilla, el núcleo que publicaba *Vía Libre*, impulsó, sin mucho éxito, la creación de una Federación Obrera en la región costeña (57).

Pero más allá de estas organizaciones confesamente anarquistas, parece que el pensamiento libertario tuvo incidencia en los núcleos vagamente designados como socialistas. El periódico *La Humanidad*, dirigido por Torres Giraldo, en su primer editorial se declaraba heredero, además de otras tradiciones, "del gesto vindicador de Bakunin". Permanentemente aparecieron en sus páginas textos de Proudhon y Kropotkin. También en los primeros números dicho periódico insistía en la desaparición de los partidos y en la inutilidad de la lucha política, entendida como acción electoral. Otro caso típico de ese eclecticismo fue el del dirigente Evangelista Priftis. Al mismo tiempo que se declaraba seguidor de Marx y Engels, se sentía parte de todos los 'hijos de Anarkos'. La organización que impulsó, La Sociedad de Obreros Libres, era una mezcla de sociedad mutuaria y de sindicalismo libertario, con el objetivo expreso de luchar por la 'emancipación' de la mujer, elemento poco común en el discurso político de la época (58).

Hay además evidencia suficiente para señalar que hacia 1925 el anarco-sindicalismo logró imponerse como concepción en el Segundo Congreso Obrero. El evento, de hecho, fue convocado por una organización anarquista, Antorcha Libertaria, y a él asistieron delegados de esa tendencia como el italiano Filipo Colombo y el español Juan García. Aunque al año siguiente el anarquismo sería derrotado por la mayoría marxista en el Tercer Congreso Obrero, la semilla libertaria siguió presente en la organización política que brotó de dicho evento, el Partido Socialista Revolucionario. Un historiador llega incluso a sostener que Mahecha no estaba lejos del proyecto anarco-sindicalista. Su inclinación por la acción directa sugiere esta asociación. La intervención que hizo en la Primera Conferencia Comunista de Buenos Aires, en 1929, la inició diciendo: " Ustedes notarán que yo no traigo papeles, porque los soldados no traemos papeles nunca: mientras los otros discuten, nosotros accionamos". Sin embargo, el mismo Mahecha buscó diferenciarse explícitamente de los anarquistas, proclamándose socialista (59).

Aunque el anarquismo continuó expresándose en los núcleos obreros a fines de los años veinte, su peso ya había disminuido. En la Costa Atlántica, sin embargo, seguía vivo el fermento, dando origen a sindicatos como los ya mencionados de sastres y aserradores en 1928. En el Preámbulo de los Estatutos de su fundación --cuyos originales reposan en nuestro poder--, se dice:

> "Considerando que la sociedad actual está dividida en dos clases, poseedores y desposeídas. Que no puede haber un acercamiento armónico entre ambas partes, que permita el desenvolvimiento para la educación racionalista de obreros y campesinos, para alcanzar su total emancipación económica y

> política, aceptamos la lucha de clases, reconociendo que no hay nada en común entre la clase explotada y la clase explotadora, como finalidad el 'comunismo libertario' y como táctica de lucha la 'acción directa' que implica la exclusión de toda clase de política".

La derrota del Socialismo Revolucionario a fines de los años veinte, sería también el momento de crisis definitiva del anarquismo en Colombia. Sintomáticamente, el mencionado sindicato de sastres de Barranquilla solicitaría legalización en los años treinta suprimiendo de su nombre aquello de 'libertario'. Aunque se siguieron oyendo voces anarco-sindicalistas y ecos de esa concepción se sentían en los defensores del 'socialismo integral', su hora había pasado en el país, volviéndose casi leyenda por medio de personajes como Biófilo Panclasta. Como reconocimiento a esa corriente, en el Congreso de fundación de la CTC en 1936, le fue otorgado uno de los 15 puestos de la directiva. Pero en el congreso siguiente, ya no tendría delegados. Como en otras partes de América Latina, el anarquismo cedía terreno a las concepciones que integraban la lucha económica y la política. Por paradójico que parezca, fue el liberalismo --unido al anarquismo por la tradición racionalista--, el espacio político al que se acogerían los libertarios criollos de los años veinte (60).

Paralela a la pérdida de influencia del anarquismo en el país, se difundía con vigor la versión leninista del marxismo. Como se trataba más de una admiración de la revolución rusa que de una postura académica, hubo poca difusión de textos marxistas, conociéndose sólo manuales divulgativos. Los ecos de los sucesos de octubre de 1917 comenzaron a atraer simpatizantes, especialmente artesanos y jóvenes intelectuales, formándose grupos de adherentes en las principales ciudades del país. En Cali, por ejemplo, según cuenta Torres Giraldo, algunos clubes políticos como la Sociedad de Iguales fueron evolucionando hacia el marxismo, transformándose en 1925 en el Centro Comunista. El intelectual Neftalí Arce, estrecho colaborador de *La Humanidad*, será quien desde sus páginas hará una clara defensa del marxismo. En Medellín, por influencia del escritor Luis Tejada, se formaron también grupos de simpatizantes de la revolución bolchevique, a los que se uniría a mediados de los veinte María Cano. En Bogotá el mencionado Savinsky fundó un grupo de estudios a donde acudían intelectuales sedientos de noticias sobre la revolución rusa. Aunque se declaraban 'comunistas', los integrantes de estos grupos tenían una confusa mezcla ideológica de liberalismo, socialismo jauresiano, bolchevismo y hasta anarquismo. Como lo recordaba Regueros Peralta en su entrevista, en esa época nadie era marxista pues nadie había leido seriamente a Marx y menos aún se contaba con algún desarrollo creativo del marxismo como el de Mariátegui en Perú. Además esos grupos aún no llegaban directamente a la clase obrera. El núcleo de Savinsky en Bogotá, sólo después de muchos esfuerzos pudo vincular a un par de artesanos, los hermanos Abella (61).

Las tres tendencias señaladas, el socialismo reformista, el anarquismo y el bolchevismo, se disputarían en ese orden la orientación del naciente movimiento obrero en los años veinte. En Mayo de 1924, en medio de la creciente actividad huelguística, se reunieron en Bogotá dos eventos que marcarían cambios definitivos en la organización de la clase obrera. Los eventos, convocados paralelamente, serían el Primer Congreso Nacional Obrero y la Conferencia Socialista, la primera después de la desaparición del Partido Socialista. Por insistencia de algunos sindicatos de la capital, el Sindicato Central de Bogotá convocó en 1923 un Congreso Obrero de carácter nacional, con la idea más bien tradicional de presentar peticiones obreras a las autoridades. En efecto, el primero de mayo de 1924 se inauguró el Primer Congreso Obrero, con la presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas del país. Pero su orientación rápidamente tomó un rumbo diferente por las denuncias que se comenzaron a ventilar y seguramente por la influencia de la paralela Conferencia Socialista. Finalmente la propuesta de desvincular a la clase obrera de los partidos tradicionales fue derrotada por un estrecho margen, lo que llevó al retiro de los delegados más radicales, Mahecha entre ellos. Sin ese sector, el Congreso Obrero terminó aprobando una plataforma de sabor conciliador, en la que se exaltaba la labor de empresas como Bavaria. Lo que resulta claro es que aunque todavía se percibía el peso de ese socialismo ecléctico y reformista de finales de los años diez, las cosas estaban cambiando rápidamente.

Mientras el Congreso Obrero deliberaba en las horas de la mañana, la Conferencia Socialista se llevaba a cabo en la noche. Los delegados más radicales del Congreso Obrero acudían a ella, junto con los intelectuales socialistas del momento. Parece que el grupo de Savinsky fue el que jugó el papel líder en la organización y conducción del evento. Fueron ellos quienes propusieron la adhesión de la Conferencia a la Internacional Comunista. El sector más tradicional del socialismo --especialmente el del periódico *El Socialista*-- se opuso a la propuesta, derrotándola. La división dio también al traste con ese evento. Poco tiempo después morirían dos de los líderes intelectuales del socialismo, Luis Tejada y Francisco de Heredia, privándolo de sus más originales pensadores (62).

Para julio de 1925 fueron las fuerzas anarquistas las que tomaron la iniciativa para convocar el Segundo Congreso Obrero. *La Humanidad* adhirió a la propuesta, señalando que "si el Primer Congreso fue un fracaso, procuremos que el Segundo no lo sea". A renglón seguido el periódico protestaba por los rumores de que las autoridades civiles y eclesiásticas habían sido invitadas nuevamente. En realidad nada estaba más lejos de la intención de los anarquistas. Lo que sucedía es que, paralelamente, los círculos clericales habían convocado a un Congreso de Obreros Católicos, contando con el concurso de las autoridades.

En todo caso, el Segundo Congreso Obrero comenzó con una tónica radical bien diferente del anterior. Carlos F. León hizo el discurso inaugural y rápidamente se procedió a desconocer la 'Federación' surgida del Primer Congreso Obrero. Esta respondió airadamente negando la legitimidad del evento, aduciendo que no era obrero sino de intelectuales. El Segundo Congreso siguió su curso presidido por Raul E. Mahecha, Torres Giraldo y María Cano, contando también con la participación del líder indígena Manuel Quintín Lame. Después de casi un mes de deliberaciones se llegó al acuerdo de crear la Confederación Obrera Nacional (CON). En medio de llamados a la acción directa, al desconocimiento de los partidos políticos, triunfaba temporalmente el proyecto anarco-sindicalista. Con relación a la participación electoral, sin embargo, aunque se proclamó la abstención se dijo que en el caso de los concejos municipales dependía de las circunstancias concretas. También hubo acuerdos para impulsar la educación de la mujer y su participación política, la lucha contra el alcoholismo y la solución del conflicto agrario que, según Torres Giraldo, "fue el más desconcertante porque no hallamos una solución sincera y eficaz" (63). A pesar de sus limitaciones, el evento fue un paso definitivo en la organización y en la construcción de la identidad de la clase obrera.

Para 1926 era claro que la CON no era suficiente para expresar políticamente al proletariado. Aunque había librado algunas batallas con miras a rescatar el sentido del primero de mayo y por coordinar la solidaridad en las huelgas, la Confederación era una organización de fachada. Sin la presencia de los sectores más combativos de la clase obrera, los del transporte y de los enclaves, lo que quedaba de ella era el nombre y el formal reconocimiento por parte de la Internacional Sindical Roja. Paralelamente arreciaron las críticas al predominio anarco-sindicalista. *La Humanidad* denunció que ella había surgido como una copia de la Unión Sindical Argentina, y que "la doctrina anarco-sindicalista que el Segundo Congreso Obrero adoptó ... no ha surtido efecto". Había llegado el momento en que la convivencia del anarquismo y el socialismo bajo el mismo techo se hacía imposible. El Tercer Congreso Obrero, instalado a fines de 1926, fue el escenario de esa confrontación, en donde salió triunfante el sector llamado marxista. Los anarquistas, encabezados por Carlos F. León, se retiraron del evento. Los socialistas, dirigidos por el asesor sindical Juan de Dios Romero y el líder agrario Erasmo Valencia, fueron derrotados también cuando propusieron que la nueva organización que resultara del evento debía llamarse Partido Comunista (64).

En efecto, con la acogida de las tesis del sector 'marxista' en el Tercer Congreso, se procedió a la fundación de un partido político, el Partido Socialista Revolucionario (PSR), para que la CON se concentrara en una acción sindical. Continuando la senda radical del anterior evento, el PSR se declaró independiente de los partidos tradicionales y proclamó la abstención electoral, "que no es un invariable principio político, sino apenas es una táctica que se

adopta para abandonarla cuando convenga". A pesar de su adhesión a la Internacional Comunista, no fue considerado por ésta como un partido leninista y por tanto nunca fue aceptado oficialmente. Desde la discusión del nombre se vio la intención de la mayoría 'marxista': La idea era contar con una organización que integrara al mayor número posible de gente, con un cubrimiento realmente nacional; por ello, para evitar los temores hacia el 'comunismo', era mejor denominarla Socialista. Escribiendo en los años veinte, Torres Giraldo decía:

> "Nosotros hemos aconsejado un sistema de organización libre. Creemos que Colombia tiene una fisonomía de cierto modo propia y que no es buena táctica imponer predeterminado método usado en otras latitudes... somos internacionalistas en doctrina, pero creemos que los primero es crear y basamentar firmemente la nacionalidad".

Años más tarde reflexionaría el mismo autor de este modo: "... la base celular, la estructura monolítica, el tipo de partido uniclasista lo veíamos en perspectiva. Lo concreto, lo práctico y lo que parecía expedito, era la creación de un partido con base territorial y composición social popular". La intención de preservar una autonomía organizativa ante las instancias internacionales, sumidas cada vez más en la necesidad de imponer el modelo leninista, se hizo continuamente manifiesta en esos años. Cuando la Internacional Juvenil Comunista envió, a mediados de 1927, una encuesta para ser diligenciada por la CON, ésta respondió secamente: "el interrogatorio que se abre a consideración de esta Confederación ... a juicio de ella, no son [sic] premisas sintéticas de la doctrina marxista, sino y exclusivamente una faz pro-occidental y determinativa de la lucha mundial pro-liberación humana". Finalmente el cuestionario no se respondió y la Confederación envió como contestación un informe sobre las peculiaridades de la sociedad colombiana (65).

Tal vez por las características de ser un partido de masas y no de cuadros, federativo y no centralista, más popular que uniclasista, el PSR tuvo acogida en nuestro medio. Su crisis llevaría a los dirigentes revolucionarios también a cuestionar los sanos criterios de autonomía que sostuvieron en sus orígenes. En todo caso, el Socialismo Revolucionario representó la mejor expresión de las tradiciones heredadas por la clase obrera en los años 20.

El lenguaje usado por sus dirigentes era mucho más cercano al colombiano común y corriente que el posterior doctrinarismo comunista. María Cano hablaba con vitalismo reivindicando su papel como mujer rebelde. De Tomás Uribe Márquez, secretario del PSR, se decía que mezclaba la teoría socialista con leyendas, para hacerse entender de los campesinos. Alguien recordaba a Raul E. Mahecha así: "era un intelectual, pero naturalmente que en el trato con los trabajadores él se expresaba en forma perfectamente cálida, no usaba de figuras, iba al grano. El usaba un lenguaje para que todo el mundo lo

entendiera a pesar de que él era abogado". Mahecha mismo describía así su 'pedagogía':

> "Se necesita mucha astucia y mucho conocimiento de la sicología del nativo colombiano para arrastrarlo tras nuestras ideas, y valerse, como he dicho, de cuentos de 'aparecidos' o de 'hadas' (ya que es tan supersticioso) para, de cuando en cuando, resbalarle dos o tres palabras 'venenosas', como llaman ellos a nuestras ideas" (66).

Ese lenguaje sencillo fue el que también le permitió al socialismo revolucionario tener un impacto entre el ejército, logrando no pocas veces la fraternización de la tropa con los huelguistas. Un panfleto dirigido a los futuros reclutas enseñaba la sencillez y claridad del discurso socialista:

> " Si algún día caéis de los reclutadores, acordáos que Cristo enseñó a NO MATAR, y aunque os lo ordenen vuestros superiores, por ningún motivo ni en ningún caso, disparéis vuestros rifles para asesinar a vuestros hermanos los obreros... Todos somos pobres. CON BALAS NO SE CAMBIA EL HAMBRE DE NUESTRAS FAMILIAS" (67).

Pero esta pedagogía sencilla tenía sus límites. De una parte encerraba un cierto rechazo a la teoría, pues según Raul E. Mahecha "el trabajador colombiano está ya cansado de discursos largos y floridos... y espera solamente la hora en que se le indique tomar las armas... cada militante obrero no resuelve las cuestiones con teorías, sino que [sic] a machetazos o a sablazos". Más adelante el mismo dirigente decía que los revolucionarios colombianos y ecuatorianos "no podemos hablar de teorías, de dialéctica, porque todo eso es metafísica que nosotros no comprendemos, porque no tenemos la capacidad suficiente...". Por otra parte, los métodos de trabajo del PSR exajeraban el papel del dirigente como vocero de las masas. De esta forma se reproducían ciertos rasgos del caudillismo latinoamericano. Torres Giraldo se refiere al dirigente indígena Quintín Lame llamándolo 'caudillo', y el mismo Mahecha justificaba así su papel: " el colombiano, como casi todos los campesinos analfabetos o semialfabetos de la América Latina, sigue al caudillo que le es más simpático, y en este caso nos tocó a nosotros ponernos --después de amplia propaganda-- al frente de este verdadero ejército". No es extraño, pues, que los delegados de la Internacional Comunista vieran al PSR como un partido de jefes, de 'caudillos', con una base mayoritariamente campesina (68).

En todo caso el socialismo revolucionario despertaba crecientes simpatías populares, lo que preocupaba a la élite. El gobierno, particularmente, comenzó a considerar seriamente el peligro de una revolución socialista. El primero de mayo de 1927 las autoridades denunciaron la existencia de planes subversivos ligados a una gran huelga general. Y no estaba equivocado. El PSR, interpretando el momento como una coyuntura revolucionaria, comenzó a organizar una insurrección que pretendía articular el movimiento huelguístico

con acciones propiamente militares. En la propuesta insurreccional se percibía la prioridad política de derrocar al conservatismo sin aclarar mucho lo que pasaría luego, en caso de tener éxito. Esta imprecisión propiciaba el acercamiento del sector 'guerrerista' liberal.

En octubre de 1927 se llevó a cabo la Asamblea Socialista en el puerto La Dorada, sobre el Río Magdalena. Súbitamente la policía irrumpió en la reunión, a pesar de que ésta contaba con aprobación oficial, encarcelando a la mayoría de delegados. La reunión continuó en la prisión, obviamente con un tono más beligerante. En ese encuentro, el PSR decidió coordinar con el sector 'guerrerista' del liberalismo una insurrección, para lo cual se creó una organización secreta, el Comite Central Conspirativo, en donde tendrían asiento liberales y socialistas. Aunque existía consenso en el objetivo insurreccional, inmediatamente afloraron diferencias en cuanto al procedimiento. La tensión entre quienes privilegiaban la organización clandestina militar y los que enfatizaban la movilización de obreros y campesinos se cristalizó en las dos organizaciones paralelas, creando confusión en las filas revolucionarias. Mientras los dirigentes del Comité Conspirativo, CCC, clandestinamente organizaban la insurrección, los líderes del PSR en Bogotá celebraban acuerdos con los liberales, incluso para participar en elecciones, aduciendo que estaban preparando la huelga general. Los obreros, por su parte, no podían esperar más para exigir sus reivindicaciones, como sucedió en las huelgas contra las multinacionales en 1927 y 1928 (69). Pero antes de ver el resultado del proyecto insurreccional, que sellaría la suerte del socialismo revolucionario, consideremos brevemente sus relaciones con el liberalismo.

Aunque las alianzas con el Partido Liberal fueron crítica común al PSR, de ellas nadie estuvo exento a fines de los años veinte. Los anarquistas, los socialistas 'integrales' y otros disidentes del socialismo revolucionario también tuvieron acercamientos con el liberalismo. Incluso los dirigentes de la Internacional Comunista sugirieron esas alianzas como medida táctica para luchar contra las leyes represivas e impulsar la solidaridad internacional, en especial con Sandino y Nicaragua. Pero lo que en realidad se dio fue algo más que alianzas tácticas: tanto en la dirección del PSR tenían asiento los liberales 'civilistas' --Felipe Lleras, por ejemplo--, como en el CCC los 'guerreristas', caso del veterano de la Guerra de los Mil Días, el General Cuberos Niño. El periódico *Claridad*, del dirigente agrarista Erasmo Valencia, denunciaba que a las reuniones del partido, de las cuales fue excluido, se invitaban liberales y que en los organismos de consulta se incluía a conocidos personajes de la talla de Baldomero Sanín, Gabriel Turbay y Germán Arciniegas. Aunque puede haber exageración en muchas de esas acusaciones, el hecho es que, como lo dice Daniel Pecaut, "ni el movimiento popular ni el PSR han roto por completo sus ataduras con el Partido Liberal" (70).

Pero la cercanía entre socialismo y liberalismo no era en un sólo sentido: también personajes liberales vieron en el PSR la única alternativa viable para luchar contra la Hegemonía Conservadora. Muchos jóvenes radicales se mezclaron temporalmente en las filas socialistas. Pensadores como Sanín Cano o políticos como Gaitán alabaron las virtudes del socialismo, aunque no dieron el paso de militar en él. El momento más dramático en este sentido se produjo en 1928, cuando un miembro de la Dirección Liberal, Armando Solano, renunció a su posición para solicitar ingreso al socialismo. Para él, el liberalismo estaba siendo absorbido por los conservatismo, mientras el socialismo, que era continuación de los ideales liberales, "es el único partido capacitado para la oposición al régimen conservador" (71). De esta forma crecía la audiencia para un movimiento anti-conservador, temporalmente identificado con el socialismo. Por eso mismo se trataba de una 'revolución' con un sello más político que social, es decir más liberal que socialista, así el PSR fuera el que formalmente la encabezara.

Contrastaba la flexibilidad del socialismo revolucionario, al aliarse con los liberales, con el creciente sectarismo demostrado en las relaciones con sectores socialistas o anarquistas marginados de la organización. En ello hubo responsabilidad de parte y parte. El pluralismo que caracterizaba al temprano socialismo se fue perdiendo para dar paso a posturas más doctrinarias y rígidas, paralelas a la consolidación de los diferentes proyectos políticos. El núcleo que había propuesto el nombre de 'comunista' al partido creado en 1926, se había mantenido prudentemente al margen. Pero en 1928 las mutuas acusaciones se acrecentaron. Lo que antes era una diferencia de matices, se volvió ahora una guerra verbal. Si el PSR acusaba a Juan de Dios Romero y Erasmo Valencia de traidores, espías y otros epítetos por el estilo, estos últimos no se quedaban atrás en la respuesta. Romero, por ejemplo, criticaba a los dirigentes del socialismo revolucionario de dudosos manejos económicos, así como de usar chismes y calumnias para denigrar de sus opositores. El periódico *Sanción Liberal* los atacaba de charlatanes y entreguistas por manipular las expectativas populares en su propio beneficio. Finalmente Erasmo Valencia, desde una postura designada como 'socialismo integral' --cercano al anarquismo según nuestra perspectiva--, señaló que el programa del PSR era "una colcha de finalidades burguesas" y sus dirigentes eran simplemente "charlatanes y amarillistas" (72). Así, la división estaba consumada.

A fines de 1928 las fuerzas excluidas del P.S.R se agruparon temporalmente, no sin antes hacer un último llamado a la unidad de todos los socialistas, "porque el río social está a punto de desbordarse". Con el objetivo de convocar el Cuarto Congreso Obrero, y disputar de esa forma la legitimidad internacional de que gozaban el P.S.R. y la C.O.N., se reunieron sectores socialistas y anarquistas marginados de esas organizaciones. Como resultado de esos esfuerzos se creó temporalmente el Centro de Unidad de Acción Proletario,

del que no se volvió a oír en los años posteriores. Todo parece indicar que el proyectado Cuarto Congreso se llevó a cabo sin mucha resonancia, pues sólo se mencionó en 1932 un Quinto Congreso Obrero y Campesino. En los sectores disidentes había predominado más el criterio de polémica que el de construir alternativas reales (73).

Pero para fines de los años veinte el socialismo tenía enemigos más preocupantes que sus disidentes. Como ya señalábamos, en Colombia surgió primero una ideología anti-socialista antes que madurara propiamente el socialismo. La Iglesia Católica fue pieza central en la creación de esa ideología. El 'maldito socialismo', según los círculos clericales, sembraba la miseria al lanzar a los obreros a la huelga, y contribuía a crear el caos en el país. Por eso, estos grupos llamaban al Estado a usar mano dura contra los socialistas. Los militantes católicos, en muchas ocasiones, no se limitaron a las proclamas.

En 1920 la jerarquía eclesiástica había hablado de la necesidad de crear una organización paralela, la Unión Popular Católica de Colombia. En 1923 surgió en Medellín el grupo Unión Conservadora de Obreros, que salió derrotado en las elecciones de ese año. En 1924 miembros de la asociación Soldados de Cristo atacaron las oficinas del periódico *El Socialista* en Bogotá. Los integrantes de la Congregación de Obreros de San José de Medellín, con consignas como 'Viva Cristo Rey' y 'Viva la Religión', se tomaron varias veces las calles de la ciudad. En 1925 los círculos clericales de Bogotá y Medellín organizaron eventos paralelos al mencionado Segundo Congreso Obrero. El de Bogotá, coordinado por el Círculo de Obreros del Padre Campoamor, se llevó a cabo sin mucha trascendencia en el barrio Villa Javier, a pesar de la presencia de las autoridades civiles y religiosas. El de Medellín, organizado por la Acción Social Católica, contó con la participación de más de 400 obreros que desfilaron por la ciudad con las tradicionales consignas confesionales. Las conclusiones del evento solicitaban del gobierno leyes sobre accidentes de trabajo, salario mínimo y jornada de trabajo limitada, así como acción más decidida contra el alcoholismo. Finalmente pedían a las autoridades el establecimiento de Patronatos Obreros en todas las ciudades. En 1928 la jerarquía eclesiástica volvió a dar apoyo a la organización Unión Colombiana Obrera (74). Aunque el catolicismo militante aún no se hacía presente de la manera agresiva en que lo hará en los años treinta, ya daba sus primeros pasos. Los obreros colombianos, a pesar de su arraigada fe religiosa, se siguieron inclinando por el socialismo que reivindicaba a su modo el cristianismo. Ese era el panorama para los últimos años de ese decenio.

5. La Estrategia Insurreccional y la Crisis del PSR

En los años veinte el Estado, en manos conservadoras, había superado los principales retos a su gestión --la crisis fiscal, el desarrollo infraestructural y la espiral inflacionaria--, con la notoria excepción de la llamada 'cuestión social'. Tanto para los gobiernos conservadores como para el conjunto de la élite, la no-intervención del Estado en materias económicas seguía siendo el dogma, a pesar de que en la práctica se daban pasos en el otro sentido. Consecuente con las tradiciones liberales, el Estado en los años veinte consideraba que las disputas laborales debían resolverse entre las fuerzas económicas enfrentadas sin su intervención. Las invisibles leyes del mercado serían las que ajustarían los distintos factores de la producción, especialmente el capital y el trabajo. Ante una petición de control oficial de precios por un gremio obrero de Bogotá, el General Ospina respondió negativamente diciendo que tales acciones violentaban las leyes del mercado sobre las que se cimentaba el orden económico del país. Airadamente, el gremio de trabajadores señaló: "nosotros no creemos más en la intervención del gobierno como un medio para resolver nuestros problemas. De ahora en adelante, la acción de los trabajadores debe estar desligada de todo tipo de acción oficial" (75).

La negativa para desarrollar mecanismos de negociación estaba acompañada por otra concepción también propia de la época: cuando los conflictos revasaban el marco económico, se convertían en 'cuestión de orden público'. De esta forma el Estado terminaba interviniendo en los conflictos laborales por medio del Ministerio de Gobierno o, peor aún, de las Fuerzas Armadas. Las huelgas que comenzaban con simples peticiones, recogiendo incluso la escasa legislación laboral, derivaban en verdaderas batallas sociales en las que la única presencia estatal era la de la policía o el ejército. Por supuesto, para los obreros de los años veinte la imagen del Estado no fue la más positiva.

En el fondo, lo que esa combinación de liberalismo económico y autoritarismo político significaba era la exclusión de la naciente clase obrera del juego democrático. Como individuos, los obreros podían votar --los varones, pues las mujeres sólo tendrían derecho al voto en los años cincuenta--, pero no se les reconocían sus expresiones como clase. Por ello era lógico que los trabajadores desconfiaran de la capacidad conciliadora del Estado y aceptaran ideologías que predicaban la destrucción del orden vigente. Ahí está la raíz de la crisis de legitimidad del Estado que se observaba a fines del decenio de los veinte, de la que se aprovecharon los socialistas y especialmente el liberalismo.

Mientras tanto, sectores conservadores exigían del gobierno mano fuerte con los huelguistas. Un miembro de la élite de Cali se dirigía, en septiembre de

1926, al Ministro de Guerra Ignacio Rengifo, comentándole sobre la reciente huelga ferroviaria. El corresponsal se quejaba de que "la autoridad no tuvo medio para hacerse respetar cuando estalló la huelga". Al año siguiente el famoso escritor José E. Rivera --autor de la novela La Vorágine-- se quejaba ante el mismo ministro de que se enviara tropa de inclinaciones liberales a controlar las huelgas, por lo que exigía que a los puertos sobre el Río Magdalena se enviara más soldados y, sobre todo, que al menos "fueran enemigos del comunismo" (76).

Esta posición no era exclusiva de los círculos conservadores en el poder. Como ya veíamos, los círculos clericales también la exigían. En 1919, al inicio del ciclo huelguístico, un periódico de orientación católica decía :"es un brote anarquista que el gobierno con mano férrea debe destruir antes de que tome cuerpo, si no queremos ver desecha nuestra patria en un caos de tiranías, avaricias, desórdenes y crueldades". En 1928 otra organización agenciada por el clero hablaba de la existencia de núcleos apátridas, refiriéndose a la agitación socialista. Se dijo incluso que " la parte del liberalismo que es amiga y aliada del socialismo, ha olvidado la noción de patria... Combatamos en todos los campos al socialismo, si no queremos la guerra" (77).

También los empresarios nacionales y extranjeros apoyaron en ocasiones la retórica gubernamental, aunque con cierta distancia. En muchos conflictos eran los empresarios los que, antes de que el Estado lo hiciera, declaraban su ilegalidad. Acusándolos de ser movimientos políticos, los empresarios, especialmente los de las multinacionales, no acudían al Ministerio de Industrias, el responsable del mundo laboral, sino al de Gobierno o de Guerra, pidiendo protección para sus bienes y vidas. En la huelga bananera del 28 el cónsul norteamericano en Santa Marta llegó a solicitar intervención de los Marines porque las autoridades colombianas no daban suficientes garantías. Lo curioso es que los diplomáticos norteamericanos, un mes antes, sostenían que "el gobierno estaba exagerando el peligro subversivo para conseguir apoyo en sus políticas represivas" (78). Un mes más tarde serán ellos los que denunciarían por todas partes la existencia de un complot bolchevique, dirigido especialmente contra las multinacionales.

Por tanto, la relación que el Estado tenía en los años veinte con la clase obrera no sólo era resultado de los tradicionales dogmas de la élite, sino también de la presión de sectores políticos, empresariales y clericales, así como del mismo comportamiento de los trabajadores en la coyuntura. Por ello, aunque la tendencia dominante fue la combinación de liberalismo económico y autoritarismo, que excluían a la clase obrera, hubo también algunos tímidos intentos integradores. Sin violar el dogma librecambista el Estado, desde los años diez, dictó disposiciones para proteger al trabajador: la ley de accidentes de trabajo en 1916, modificada en 1925; la de habitaciones obreras en 1918; sobre seguro colectivo en 1921 y 1922; y sobre higiene social y descanso

dominical de 1926. Estas disposiciones se balanceaban con la reglamentación de las huelgas y su limitación en los sectores públicos, elaborada en la coyuntura de 1919-1920.

En 1924 se había dado un primer paso en la mediación oficial de los conflictos al crearse la Oficina del Trabajo, dependiente del Ministerio de Industrias. Esta oficina en realidad cumplió más un papel de recolector de información sobre los conflictos que de real mediador en ellos. Muchas veces su presencia fue tardía, y cuando llegaba era resistida por empresarios y trabajadores. La Oficina del Trabajo tuvo el mérito, sin embargo, de proponer un Código Laboral, idea que paradójicamente sería enterrada por los liberales en los años posteriores (79).

Este tímido intento conservador por modernizar las relaciones laborales ilustra una vez más la necesidad de matizar los procesos históricos, superando la fácil tendencia historiográfica de oponer liberales, asumidos como progresistas, y conservadores, vistos como regresivos. Coincidiendo cronológicamente con los intentos de controlar la explotación petrolera y la revisión de los títulos de tierras, ambas propuestas del ministro José A. Montalvo, se elaboraba el proyecto de Código Laboral. De esta forma se puede ver que la respuesta estatal a la presión de los movimientos sociales no fue siempre la simple represión. De hecho, el *New York Times* vio en los gestos del ministro Montalvo, un hombre doctrinariamente conservador, un nacionalismo supuestamente presionado por el movimiento huelguístico. La legislación petrolera, por ejemplo, fue atribuida "al deseo de la administración del Presidente Abadía de contrarrestar el ascendente sentimiento socialista, mostrando al pueblo trabajador que muchas de las reformas proclamadas por sus líderes pueden ser obtenidas sin agitación radical" (80).

A pesar de estos brotes nacionalistas y modernizadores --que alcanzaron a despertar temores en las élites y círculos norteamericanos--, la racionalidad conservadora seguía guiada por la combinación de autoritarismo y liberalismo económico. Esa lógica fue la que el liberalismo tomó como caballo de batalla a lo largo del decenio. Ya desde un famoso discurso de 1910, Rafael Uribe Uribe señalaba la urgencia de regular "las relaciones entre patronos y obreros". Un año más tarde insistiría en que era criterio del Partido Liberal propiciar una mayor intervención estatal que protegiera al trabajador y arbitrara en los conflictos laborales, abogando por la existencia de un código de trabajo. Finalizaba esta nueva intervención con un llamado a las élites para que se preocuparan de la 'cuestión social', porque de lo contrario "se corre el riesgo de que el dulce sueño social en que se arrullan, se interrumpa bruscamente por algún sobresalto desagradable, si no por una sacudida trágica". De alguna manera, el fantasma de una rebelión popular que tomaría venganza de las élites comenzaba a desvelarlas (81).

Ante ese peligro había respuestas de respuestas, y parece que la conservadora no fue la más apropiada. Según *El Espectador*, "el gobierno no acepta que los agitadores pueden hacer algo distinto de la mera revolución... y hace todos los esfuerzos posibles para demostrarles a éstos que el único medio permitido para alcanzar sus fines políticos es el uso de la violencia". La crítica liberal se centraba en que la actitud del gobierno desembocaba precisamente en lo que se quería suprimir: la revolución social. El mismo periódico señalaba en otro editorial: "El día que la lucha obrera tenga sus matices entre nosotros y reciba su bautizo de sangre, esa ola proletaria que se desea despedazar y que sólo se debiera encauzar, habrá adquirido poder, quizás superior al que le corresponde de acuerdo con la evolución económica y social del país". Para la prensa liberal la existencia de la clase obrera era inevitable y las contradicciones económicas del capital y el trabajo eran consecuencias del desarrollo del país. El Estado debía buscar la coexistencia armónica de las partes en conflicto. Claro que los periódicos liberales no desconocían la existencia de núcleos revolucionarios, pero los seguían considerando como una insignificante minoría 'exótica' al país (82). Lo que estaba en juego, por tanto, eran distintas concepciones del manejo estatal de los movimientos sociales. Con el triunfo Liberal de 1930 ese criterio se impondría con resultados definitivos no sólo para la clase obrera sino para el conjunto de la sociedad. Pero a mediados de los años veinte no todos los liberales compartían ese criterio 'civilista'.

El sector de los viejos combatientes de las guerras civiles del siglo pasado no se resignaba a esperar que el conservatismo entregara pacíficamente el poder. Con la irrupción del movimiento obrero, los viejos guerreristas encontraron un nuevo aliado para derrocar a la odiada Hegemonía Conservadora. El lenguaje abstencionista de los jóvenes socialistas los convenció para unir suertes en la empresa insurreccional. Tradiciones radicales comunes facilitaban el acuerdo, a pesar de que pensaran en distintos tipos de revolución. Para los guerreristas se trataba de desalojar del poder a los conservadores, mientras para los socialistas era el primer paso para una transformación radical de la sociedad. Estos últimos además pensaban que los guerreristas aportaban conocimientos militares y una base social más amplia. Pero sobre todo sentían que, con ellos o sin ellos, los liberales guerreristas se lanzarían a la revuelta, dejándolos sin una bandera de movilización importante. De esta forma la insurrección comenzaba a tomar figura para fines de los años veinte.

El gobierno conservador olfateó el ambiente político, exagerándolo un poco para conseguir apoyo, incluso del sector 'civilista' liberal. Dos años después del infructuoso intento de revivir la pena capital (en 1925), logró exitosamente la aprobación por el Congreso de una ley represiva conocida como la 'Ley Heroica'. El Partido Liberal, junto con el socialismo revolucionario, protestaron contra el atropello a la democracia, pero fue en vano. Ante un

periodista, el Ministro Montalvo reflejaba lo que era la percepción gubernamental de la coyuntura a mediados de 1928:

> "Estoy convencido de que el comunismo en Colombia está listo a estallar. En mi último viaje a la costa me convencí de la veracidad del movimiento, y aún sorprendí alarmantes circulares bolcheviques entre los trabajadores de las bananeras, los braceros de los distintos puertos, los obreros de los ferrocarriles y aduanas, los cuales se reunían de noche para tratar la formación de los comités..." (83).

Así, para fines de 1928 el proyecto insurreccional ganaba consenso entre diversos sectores políticos. En el mes de junio, el moderado periódico *El Socialista* de Juan de Dios Romero decía jubilosamente: "sentimos un inmenso regocijo [al] pensar que dentro de poco tiempo tres cuartas partes del pueblo colombiano van a ocupar sus puestos en la revolución armada ... bendita seas santa dinamita! Salud, guerrilla de tiradores! ... campesinos a las armas!". Meses más tarde el mismo periódico amenazaba con que, de aprobarse los proyectos 'Heroicos', habría una insurrección: " la consigna que se ha dado al pueblo es que en cuanto el ejecutivo haya sancionado estos decretos, estallará la revolución ... vamos a presenciar la contienda más sangrienta que pueda tener recuerdo la historia". En una supuesta carta del máximo dirigente del CCC, Tomás Uribe Márquez, se señalaba que un problema adicional que presionaba a los socialistas a lanzar la insurrección era la posibilidad de levantamientos seccionales sin ninguna preparación, como parecía estar sucediendo en el Tolima y Santander (84). En octubre finalmente se aprobó la Ley 'Heroica' y en noviembre estalló la huelga bananera, que parecía ser el preámbulo de la revolución social. Sin embargo, para los dirigentes conspirativos no era aún la hora propicia. Lo que sucedía es que había un acuerdo con los revolucionarios venezolanos que luchaban contra la dictadura de Vicente Gómez para hacer paralelos levantamientos en ambos países, y ellos aún no estaban listos. Todo parece indicar que la Internacional Comunista apoyaba una línea insurreccional para países sumidos en dictaduras (civiles o militares), en claro contraste con la orientación para aquellos regidos por regímenes más o menos democráticos.

Mientras tanto los cuadros del socialismo revolucionario seguían adelantando su labor amplia, mientras colaboraban clandestinamente con los planes insurreccionales. Según un documento secreto incautado por la policía a Torres Giraldo a mediados de 1928, el PSR contaba con 563 militantes, excluyendo a los de Bogotá, cubriendo 177 municipios. Había además cerca de 120 organizaciones gremiales o culturales que simpatizaban con el socialismo. Sin embargo, las contradicciones entre los diversos proyectos, básicamente polarizados en el privilegio de la huelga general insurreccional o en la acción militar conspirativa, seguían marcando la acción cotidiana del PSR. La concepción conspirativa se fue imponiendo a medida que la crisis conservadora se hacía más evidente. En julio de 1928 la Asamblea plenaria del Socialismo, que

se llevó a cabo clandestinamente en Bogotá, decidió armar al Partido. Con esa orientación, los dirigentes se dedicaron a la tarea insurreccional, descuidando trabajos amplios y cometiendo errores de seguridad. Ingenuamente se guardaban depósitos de armas o explosivos en sus casas o en sitios frecuentados de reunión. Eso facilitó la labor represiva del Estado. Desde abril de ese año se habían allanado las viviendas de 117 dirigentes revolucionarios. Torres Giraldo pagó varias veces cárcel en esos años; María Cano también estuvo retenida en Medellín; Tomás Uribe Márquez fue descubierto en Bogotá y puesto preso; algo similar sucedió con Quintín Lame, y la mayoría de las cabezas visibles del PSR. Los que quedaron al margen de las detenciones tuvieron un comportamiento igualmente errático. Presidida por Moisés Prieto, lo que quedaba de la dirección del Partido fue a entrevistarse con el gobierno en medio de la huelga bananera, sin lograr nada concreto. El desconcierto en las filas obreras crecía (85).

Para 1928 el gobierno estaba informado de la existencia del plan revolucionario, como consta en la correspondencia del Ministro Rengifo, pero no sabía los detalles de su realización. Por eso veía en cada huelga la simiente de la rebelión. A comienzos de 1929 se expandía la protesta a las zonas cafeteras, abarcando ya no sólo las grandes ciudades y el Río Magdalena, sino gran parte del territorio nacional. El gobierno lanzó una nueva ofensiva represiva y en febrero descubrió nuevas bombas, encarcelando a otros dirigentes socialistas y liberales guerreristas, el general Cuberos Niño entre ellos. Lo que quedaba del CCC decidió colocar como fecha del levantamiento el fin de julio, pues era la fecha acordada por los revolucionarios venezolanos. Mientras el socialismo se concentraba en los planes insurreccionales, el pueblo bogotano salía a las calles a protestar contra el grupo que controlaba la política local. En parte por ello se explica que los liberales 'civilistas' hubieran sido los dirigentes de un movimiento que en otras circunstancias hubiera seguido al socialismo.

Pocos días antes de la fecha señalada, los revolucionarios venezolanos pospusieron su levantamiento. El CCC intentó enviar la contraorden a los distintos puntos de la dispersa geografía nacional, pero no a todos llegó la noticia. De esta forma la noche del 29 de julio en algunos aislados poblados, campesinos, artesanos y asalariados se lanzaron armados a la Revolución Social. Los más dramáticos hechos tuvieron lugar en El Líbano, Tolima, donde más de doscientos revolucionarios pusieron en jaque por dos días a las autoridades locales. Allí, como en otros apartados municipios, los revolucionarios comprendieron rápidamente su aislamiento, replegándose luego como guerrilla por unos meses. Incluso en algunas ciudades, como en Palmira, cerca a Cali, alcanzó a presentarse la irrupción de 200 obreros ferroviarios a los talleres de la empresa, en búsqueda de armas (86). Fracasaba así la insurrección, mientras el

PSR se sumía en una crisis de la que saldría transformado en Partido Comunista.

Como sucedió con otros fallidos intentos revolucionarios en Europa o América Latina, se comenzó a mirar al modelo que había triunfado: el modelo bolchevique. Las críticas arreciaron por todos lados. Se denunciaban las alianzas con los liberales, la concepción conspirativa, el predominio campesino y otras cosas que años antes eran motivo de elogio aún por parte de los delegados de la Internacional Comunista. Para nosotros, dadas las tradiciones heredadas por el PSR y el tipo de proyecto organizativo que perseguía, así como las condiciones coyunturales que enfrentó, era difícil imaginar una respuesta diferente a la que dio (87). Algunos delegados de la Comitern criticaron que en el PSR predominasen los campesinos, artesanos e intelectuales, escaseando el elemento propiamente obrero. Aunque esto no tiene nada de extraño, dada la baja proporción numérica de asalariados, no significa que el PSR deba ser excluido como un elemento clave en la formación de la identidad de la clase obrera. Es difícil medir el impacto real del partido, al menos en términos cuantitativos. En materia electoral fue abstencionista, aunque en 1929 hubiera autorizado a algunos de sus integrantes a participar en alianzas electorales. Finalmente, en medio de la crisis organizativa y sin entender bien la euforia popular por la candidatura del Liberal Olaya Herrera, el PSR decidió dar un viraje en su táctica abstencionista. Con una campaña lanzada apresuradamente y teniendo a la mayoría de sus cuadros detenidos o en el exilio, el partido obtuvo un pírrico resultado: 416 votos, menos del 1% del electorado y casi el número de militantes con que contaba para mediados de 1928.

Según aguda observación de José C. Mariátegui en la coyuntura, "el PSR no se ha hecho ninguna ilusión respecto a su fuerza electoral... Ha querido únicamente proclamar la autonomía de la política obrera" (88). En todo caso el impacto del socialismo revolucionario no se puede medir por esos pocos votos. Los recuentos de la prensa de la época, las fotografías tomadas en las giras de María Cano, las memorias de amigos y enemigos, y el mismo movimiento huelguístico, son testimonios de una gran simpatía por el PSR. Sectores intelectuales, campesinos, artesanos y obreros vieron en él la posibilidad de luchar contra el orden vigente. Si bien fue el intento más autónomo que tuvo políticamente la clase obrera en el momento, no significó la ruptura definitiva con el bipartidismo, especialmente con el liberalismo. Aunque los socialistas habían liderado la protesta social en los últimos años del decenio, su desaparición del escenario público para 1929 dejó un vacío que fue hábilmente llenado por el liberalismo 'civilista', que volvió a presentarse en las elecciones de 1930 como la alternativa popular.

Todavía en 1928 los dirigentes liberales se mostraban preocupados por el éxito que iba cosechando el PSR, produciéndose una pequeña desbandada del liberalismo hacia la joven organización política. Mentes más reposadas, como

Alfonso López Pumarejo, señalaron en el momento la necesidad de darle un viraje al liberalismo para rescatar el espacio perdido. Decía López en una carta que se hizo pública:

> " María Cano nos ha colocado a usted y a mí, como a los otros Liberales de Colombia ... en una posición muy desairada. Confesémoslo cándidamente. Nosotros los liberales jamás nos habríamos atrevido a llevar al alma del pueblo la inconformidad con la miseria... En condiciones muy adversas, luchando con todo género de resistencias, Uribe Márquez, Torres Giraldo y María Cano adelantan la organización de un nuevo partido político que lleva trazas de poner en jaque al régimen conservador" (89).

Sin embargo, para 1930 el Socialismo Revolucionario ya no era peligro para el liberalismo, que se aprestaba a ascender al gobierno. A última hora, y aprovechando tanto la división conservadora como la crisis del socialismo, el Partido Liberal había lanzado a un candidato moderado, Enrique Olaya Herrera, que triunfó en las elecciones de febrero de ese año. Una nueva concepción de las relaciones laborales se impondría, salvando el sistema de dominación de una crisis más profunda. El PSR, que tanto había contribuido a la caída de la Hegemonía Conservadora, no pudo recoger sus frutos. En una profunda revisión de su conducta pasada, y para conseguir la aprobación de la Internacional Comunista, el Partido se transformó en una organización más leninista (90). Sin embargo, la trayectoria del socialismo revolucionario había mostrado que los sectores populares que allí se expresaron no sólo distaban de ser pasivos, sino que en su despertar podían arrasar con el orden vigente.

6. Resumen

A lo largo de este capítulo, el primero que dedicamos a la reconstrucción de las luchas obreras, hemos visto la evolución de las incipientes formas organizativas, hasta desembocar en unos sindicatos primarios. Políticamente el anhelo de independencia de artesanos y primeros asalariados culminaba en la creación del Partido Socialista Revolucionario, la mejor síntesis de las tradiciones heredadas por la clase obrera y de los aportes de las ideologías revolucionarias por ese entonces en boga. La aparición de la protesta popular, y especialmente de la huelga, indicaba la irrupción definitiva de la 'cuestión social' en el país.

La intransigencia patronal y la dura respuesta estatal --que combinaba liberalismo económico y autoritarismo con tímidos intentos integradores-- radicalizaron las luchas laborales. Estas, de por sí, mostraban la espontánea respuesta obrera a las duras condiciones de trabajo y desenmascaraban el orden paternalista de las fábricas y talleres. La solidaridad en los conflictos arrojó

positivos resultados reivindicativos, haciendo palidecer a la élite ante la temida rebelión popular. Viendo el fantasma bolchevique por todos lados, el gobierno conservador instigó una insurrección que socialistas y liberales venían preparando secretamente. La insurrección fracasó, dejándole de paso el terreno abonado a la alternativa moderada del ala 'civilista' del liberalismo. Con mucho acierto Charles Bergquist dice: "la insurgencia de los trabajadores colombianos a finales de los veinte desconcertó y le quitó crédito al régimen conservador, envalentonó a la izquierda revolucionaria, y forzó al Partido Liberal a modernizar su filosofía social y redescubrir su vocación para gobernar" (91).

La crisis política que se insinuaba en Colombia a fines de los años veinte, al contrario de los sucedido en otras partes de América Latina, fue superada sin recurrir a violentas guerras civiles o incluso a la creación de partidos de clases medias. El liberalismo ejercerá el doble papel de expresar políticamente a los sectores urbanos y de modernizar las estructuras de dominación. El socialismo, que había jugado un papel definitivo en ese proceso, no pudo recoger totalmente los frutos de su accionar. De esta forma mostró simultáneamente las fortalezas y puntos débiles de una expresión política autónoma de la naciente clase obrera. Por su parte el Partido Conservador, que había derrotado militarmente los intentos insurreccionales, tampoco pudo saborear la victoria (92). Fue el liberalismo, que estuvo al margen de los grandes conflictos de los años veinte, el que salió beneficiado en tan crucial coyuntura.

NOTAS

(1) *El Espectador*, 15 marzo; 28 abril; 2-26 ag.; 13 y 16 dic., 1919; Ignacio Torres G., Los Inconformes, pp. 678-679; Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, pp. 210-212; y David Sowell,"...Artisans and Politics...", p. 332.

(2) El caso colombiano no fue excepcional: por el contrario, la mayoría de los procesos de formación de la clase obrera en latinoamérica estaban en similar o más embrionaria situación. Para estos aspectos comparativos ver Hobart Spalding, Organized Labor in Latin America, New York: Harper and Row, 1977; Julio Godio, Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano, Vol I, México: Ed. Nueva Imagen, 1980; y Charles Bergquist, Labor in Latin America...

(3) Desde los pioneros estudios de Miguel Urrutia, The Development..., y Torres Giraldo, Los Inconformes..., esta continuidad ha sido señalada por los estudiosos de la historia laboral colombiana. Los testimonios también la reiteran. Gilberto Mejía, en su entrevista (Medellín, 1988) decía: " ... al principio el sector artesanal era el más instruido de la clase obrera, al artesanado le gustaba leer y conversar; y fue la base de las primeras organizaciones revolucionarias de este país."

(4) David Sowell, "...Artisans and Politics...", pp. 245 y siguientes. Ver también entrevistas con Gilberto Mejía, Medellín, 1988, Jorge Regueros P. y Guillermo

Hernández R., Bogotá, 1988. *La Humanidad* hizo una defensa del cooperativismo sugiriendo que se extendiera por todo el país (12 nov., 1927)

(5) Iván Darío Osorio, Historia del Sindicalismo Antioqueño, Medellín, IPC, 1987 pp. 10-11. Se refiere a Miguel Urrutia, The Development..., p. 80.

(6) Entrevistas con Ismael Escamilla y Bernardo Medina, Barranquilla, 1986. Ver también de Justiniano Espinoza, "Apuntes Históricos de la UTC", mimeo, Bogotá, 1971, p. 2. Todavía en 1927 se establecía una mutuaria en los trabajadores de los barcos en Barranquilla (Ver Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol IV, pp 184-188 y 253-261).

(7) Hernán Darío Villegas, "Facetas..." p. 172. Carlos E. Restrepo, benefactor de la Sociedad de San Vicente De Paul de la ciudad de Medellín, decía a los trabajadores vinculados a ella: "... tenemos derecho a exigiros que seáis siempre laboriosos y cristianos sinceros, para que no hagáis inútiles tantos esfuerzos, tanto dinero, y tantos desvelos como se os han consagrado". (Conferencia pronunciada el 26 de nov. de 1892 en Reglamento de la Sociedad de San Vicente, Medellín, 1893, anexo.) Germán Mejía menciona también la presencia de dicha Sociedad en la capital del país a fines del siglo XIX ("...Condiciones de vida...", p. 37).

(8) *El Obrero*, 18 nov., 1911; ver también 19 ag.; 16 sept.; 7, 14 y 21 oct., 1911; 13 enero; 25 mayo; 10 ag. y 12 oct., 1912. Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., pp. 361 y 362.

(9) *La Defensa*, 23 junio, 1922; 12 Ag, 1924; 14 y 21 marzo, 1927; 5 nov., 1928; 22 abril y 22 nov., 1929; y 15 sept. y 17 nov., 1931; *El Correo Liberal*, 13 marzo, 1922 y 5 abril, 1923. Ver también Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., pp.361-371. Según un entrevistado, el periódico *El Obrero Católico* era el más leído por los obreros en los años treinta y cuarenta en Antioquia (Luis E. Bolívar, Medellín, 1987).

(10) *La Defensa*, 3 sept., 1923; Alberto Mayor, Etica, Trabajo..., pp.260-267 e Iván Darío Osorio,...Sindicalismo Antioqueño, p. 11. Este último autor menciona además la existencia de un Patronato para obreros en Medellín en 1916, con un carácter más gremial que asistencialista (ibid. p. 9). Fabio Zambrano habla de la intención de agrupar gremios artesanales en un 'patronato obrero' en Bogotá en 1921 (Historia de Bogotá, p. 192).

(11) Entrevista con Esperanza Hernández, Medellín, 1987. Ver también las entrevistas con Lucía Botero, María C. López, Fabiola Roldán y Genivera García, Medellín, 1987. En *La Defensa* (26 agosto, 1925) se publicó esta crónica sobre un Patronato de obreras: " La casa es muy amplia. Alguna de las obreras me dijo que parecía un pueblito... los dormitorios tienen capacidad de hasta 20 obreras y en cada uno de ellos hay una celda especial para la Hermana inspectora ... hay talleres de hilados y tejidos y talleres de pastas alimenticias... el comedor tiene capacidad de 56 obreras que es el número actual de las que viven aquí ...". Sobre el patronato de obreras de Fabricato ver el texto de Luz G. Arango, Mujer, Religión e Industria...

(12) *Boletín del Círculo de Obreros* # 136, 155 y 159 de 1923. En general este semanario es útil para hacer un seguimiento de la obra del Padre Campoamor. Ver también entrevistas con el Padre Eustoquio Guarín, Carlos Pardo, Helena de Sánchez y María B. Romero (Bogotá, 1988).

(13) Iván Darío Osorio, ...Sindicalismo Antioqueño..., p. 129 y entrevista con el Padre E. Guarín, Bogotá, 1987. Los jesuitas construyeron también en el barrio La Perseverancia el templo llamado Cristo Obrero (Grupo Cultural Vikingos, Perseverancia..., pp 37-39).

(14) *El Espectador*, 27 junio, 1917 y *El Colombiano*, 12 julio, 1917. Según D. Sowell, desde los años diez hay pronunciamientos de la iglesia apoyando la creación de mutuarias ("...Artisans and Politics...", p. 296).

(15) David Sowel, ibid, pp 289-292 y 300-301. Gerardo Molina, vagamente, reseña el intento de formar un partido obrero en el mismo año, el que naufragó en los ajetreos electorales (Las Ideas Socialistas..., pp 197-199.) Posiblemente se trate del mismo proyecto.

(16) Rafael Uribe U., Escritos Políticos, p. 203. Para la trayectoria del primer Partido Obrero ver a D. Sowell, "...Artisans and Politics...", pp. 302-312.

(17) *El Comunista* #1, 1910. Ese periódico mostraba simpatías con el socialismo de Jaurés.

(18) David Sowell, "...Artisans and Politics...", pp. 316-318 y *El Espectador*, 5 mayo, 1918 y 28 abril, 1919.

(19) *Partido Obrero* 22 y 29 enero; 4 marzo y 20 junio, 1916. "El Partido Obrero condena el anarquismo de hecho y de derecho, inclinándose por el socialismo" (1 mayo, 1916).

(20) Ibid, 29 enero; 13 y 20 junio, 1916; y *El Espectador*, 22 marzo, 1916. Ver también D.Sowell, "...Artisans and Politics...", p. 330. En un editorial *El Espectador* se cuestionaba si no existía una manipulación conservadora de dicha organización (30 dic., 1916.) Ante el contexto internacional, el Partido Obrero era "enemigo implacable de la guerra" (29 enero, 1916).

(21) Ibid, 25 marzo y 1 mayo, 1916. Ver también D. Sowell, "...Artisans and Politics...", p. 326 y Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., pp. 200-202.

(22) *El Espectador*, 31 julio y 3 dic., 1918; *El Luchador*, 29 ag., 1918 y 19 enero, 1919. Ver Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 210.

(23) Juan Carlos Eastman y Germán Mejía, "Comunismo, Socialismo ..." p. 5; Orlando Fals Borda, Retorno a la Tierra, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986, pp.104-108; e Informe Diplomático Norteamericano, junio 10 de 1926, N.A.W. 821.00 Socialism/ 1. Jorge Regueros P. recordaba la fundación, por dos intelectuales santandereanos, Luis

M. Rovira y Jorge Pieschacón, de un Partido Socialista en Bucaramanga, inspirado en el homólogo español. Parece que no tuvo trascendencia (Entrevista, Bogotá, 1988).

(24) *El Socialista*, 11 feb. y 6 marzo, 1920; *El Luchador* 16 mayo, 1919; David Sowell,"...Artisans and Politics...", pp. 333 y siguientes; y Darío Acevedo, "El Primer Partido...", p. 19.

(25) *El Socialista*, 26 feb.; 20 abril y 19 mayo, 1920. Ver también Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas ..., pp. 211-219; Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol. III, pp. 675 y ss., y Darío Acevedo, "El Primer Partido...", pp. 19 y ss.

(26) *El Socialista*, 10 feb., 1920 y *Boletín del Círculo de Obreros* # 43, 1919. Gerardo Molina describe los ataques conservadores del Doctor Yépez y Monseñor Carrasquilla contra el incipiente socialismo (Las Ideas Socialistas..., cap. 13).

(27) En las elecciones de febrero de 1921 al Partido Socialista le fue mejor que en las posteriores de mayo. En las mesas del ejército en Bogotá --los soldados podían votar pero en mesas diferentes, como también lo hacía el clero--, se contaron 13 votos socialistas, 28 liberales y 775 conservadores (*El Tiempo*, 7 Feb, 1921). Para 1923, en Girardot se inscribió una lista 'socialista', quedando en segundo lugar, muy cerca de la liberal (ibid 8, oct., 1923). En 1922 el liberalismo, en la Convención de Ibagué, había señalado que "las aspiraciones socialistas han sido y son parte de su finalidad como colectividad política y serían una realidad si gobernara en el país" (*El Espectador*, 3 abril, 1922).

(28) Para una visión de los conflictos agrarios ver los citados trabajos de Marco Palacios, El Café...; Catherine Legrand, Colonización ...; Michael Jiménez, "Traveling Far..." y Charles Bergquist, Labor in Latin America.... Ver también Diego Castrillón, El Indio Quintín Lame, Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1974.

(29) Medófilo Medina, La Protesta Urbana, Bogotá: Ed. Aurora, 1984, p. 24; Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, pp. 206-215 y Anita Gómez de Cárdenas, Medellín..., pp. 46-47. Ver también mi artículo, "Los Movimientos Sociales entre 1920 y 1924", Cuadernos de Filosofía y Letras, Vol. III, No. 3, 1980, pp. 203-212.

(30) Miguel Urrutia, The Development..., p. 55. Para un investigador social el uso impropio de la palabra huelga en los años veinte por parte de la prensa ofrece problemas. Prácticamente a cualquier protesta se la llamaba 'huelga'. Así hubo 'huelga de voto' (abstención), de impuestos, de 'lista' (no responder al llamado de lista en las clases), de arriendos, etc. En otros casos el simple hecho de presentar las peticiones producía el que los periódicos hablaran de 'huelga'. Nosotros fuimos cuidadosos al contabilizar los conflictos, incluyendo como huelgas aquellas que merecieron más de una mención en la prensa de la época. Cuando se pudo, se hizo la confrontación con periódicos de provincia o prensa obrera para aclarar el tipo y duración de los conflictos. Los resultados se resumen en nuestro Apéndice.

(31) *El Espectador*, 4, 10-15, enero, 1918. Se habló de huelgas paralelas en la zona bananera y en las industrias barranquilleras (ibid. 16 y 19 enero, 1918). Pedro Amuray Múnera, en su recuento personal, designa esta huelga como la lucha por los 'tres ochos' ("Aspectos Principales...", p. 5).

(32) Hasta el momento no existe una serie histórica de huelgas en Colombia, sino a partir de los años sesenta (Alvaro Delgado, "Doce años de Luchas Obreras", Estudios Marxistas, No. 7, 1974-1975,pp. 3-58). Los máximos momentos de actividad huelguística han sido, según el mismo autor, 1966 con 111 y 1975 con 110. Como se ve, los años señalados por nosotros resaltan por su combatividad en una perspectiva histórica.

(33) *El Tiempo*, 1-11 enero, 1920; *El Espectador*, 1-13 enero, 1920 y Torres G., Los Inconformes, Vol III, pp.123-124.

(34) *El Espectador*, 3-14 oct., 1922; 21 abril, 3 junio, 1924; *El Tiempo*, 4-10 oct., 1922, 21-22 abril y 13 mayo, 1924. Ver también Torres G., Los Inconformes, Vol. III, pp. 175-176 y 189.

(35) Comunicación de Samuel Piles, 8 nov., 1924 en N.A.W. 821.504/17. Para la huelga petrolera, además de la prensa del momento, ver Torres G., Los Inconformes, pp. 199-206 y el extenso informe del representante de la multinacional al embajador norteamericano ya citado. Este último resalta la posibilidad de una huelga de solidaridad a lo largo del Río Magdalena. Según Alfredo Gómez, los grupos anarquistas de Bogotá estuvieron coordinando una huelga general por la época (Anarquismo... pp. 49-50). Las empresas que finalmente negociaron fueron la de Energía Eléctrica y Cementos Samper, La Cía. Colombiana de Curtidos, Ferrocarriles del Sur, de Girardot, de la Dorada y del Pacífico.

(36) *El Espectador*, 8 enero, 9 feb.; 20 abril; 20 oct. y 22 dic., 1925; 12 y 26, marzo, 1926. Ver también Iván D. Osorio, ...Sindicalismo Antioqueño, pp. 31-32 y nuestra nota 59 del capítulo 4.

(37) Además responsabilizaron del fracaso a 'los cobardes traidores' (*El Espectador* 16,enero, 1926). Ver también 19-30 dic., 1925 y Torres G., Los Inconformes, Vol. III, pp. 244-245.

(38) *El Espectador*, 28 junio-18 julio y 2-19 sept., 1926; *El Tiempo*, 21 ag. y 2-4 sept.,1926. Mientras el primero simpatizó con los huelguistas, el segundo periódico señalaba que Colombia no era tierra para el bolchevismo pues lo que predominaba era la clase media. Ver también Torres G., Los Inconformes, Vol. III, pp. 258-277.

(39) *El Tiempo*, 14 enero -29 febrero, 1927 y Torres G., Los Inconformes, Vol IV, pp. 16-30.

(40) *El Espectador*, 1 nov.-15 dic., 1928; Torres G., Vol IV, pp. 30 y ss.; y Judith White, Historia de una Ignominia, pp. 89 y ss. Véase también la correspondencia diplomática norteamericana del 20 y 23 de dic., 1928, N.A.W. 821.5045/98 y 100. Según

el *New York Times*, "agentes de la U.F.C. dicen que lo que hay no es una huelga de sus trabajadores sino un tipo de desorden contra el que el Congreso pasó recientemente una ley" (7 dic., 1928).

(41) Miguel Urrutia afirma: "las primeras huelgas en Colombia no fueron lanzadas por organizaciones permanentes de trabajadores. Ellas fueron espontáneas y efímeras" (The Development..., p. 55). Erasmo Egea, en su entrevista, decía: "dentro de su concepción poco letrada pero revolucionaria, el proletariado concibió esa cosa, tal vez por insinuación de gentes políticas de la época y produjo esa asonada" (Barrancabermeja, 1985). Claro que el gobierno usaba la figura legal de 'asonada' precisamente para condenar a los dirigentes de las huelgas (Torres G., Los Inconformes, Vol III, p. 251).

(42) *La Humanidad*, 12 Feb., 1927. En la huelga petrolera del 27, según Mahecha, "llamamos a la solidaridad de los obreros del [Río] Magdalena... el gobierno mandó 2.000 hombres a Girardot para masacrar a los obreros en huelga, pero los compañeros marítimos se negaron a embarcarlos!... Vinieron 3.000 hombres de Bogotá y los compañeros no les dieron buques; mandaron fuerzas de Medellín y los compañeros solidarios con nosotros, les respondieron que no había trenes para transportar a los masacradores" (Primera Conferencia Comunista, 1929 p. 114; ver también pp. 96 y 117). El embajador norteamericano opinaba en ese momento que "como resultado de la huelga ...el tráfico de todo el Río está trancado. La ley Marcial [ha sido] declarada a lo largo del Río Magdalena. [Una] huelga general en todo el país parece inminente..." (N.A.W. 29, En., 1927, 821.5045/15). *La Defensa* mencionó un amotinamiento en Puerto Berrío contra los buques de la multinacional petrolera (4 feb., 1927). Durante la huelga bananera, el vice-cónsul americano en Santa Marta señalaba que "los comerciantes en esta ciudad y en las ciudades de la zona bananera están contribuyendo con provisiones para los huelguistas... comerciantes de la ciudad de Ciénaga han admitido que ellos son responsables de la inclusión del punto 5o en el pliego de petición de los huelguistas" (26 nov., 1928, N.A.W. 821.5045/28).

(43) La comunicación atribuida a Uribe Márquez reposa en la documentación de Ignacio Rengifo en el Archivo del Cisde de la Universidad del Valle. El uso de la violencia defensiva por parte de los bananeros fue ilustrada por Mahecha así: "como teníamos noticias de que el gobierno se preparaba para masacrarnos, el 15 de noviembre hicimos una reunión general de todos los comités de huelga y allí repartimos machetes, revólveres y otras armas. De esta manera quedaron armados mil compañeros trabajadores". La fraternización del ejército era parte del plan de huelga: "Estuve a la cabeza", continúa el mismo Mahecha, "mientras otros compañeros se encargaron de infiltrarse en el ejército para hacer propaganda y conseguir que los soldados fraternizaran con nosotros". Después de la masacre, la violencia se incrementó. "Comprendimos entonces, que había empezado la reacción y nos aprestamos a la defensa. Reunimos unos 12.000 hombres de nuestra gente y nos trasladamos a otros pueblos donde desarmamos a los soldados de guardia y nos armamos con sus equipos. En Río Hueco nos encontramos con un batallón contrario, que nos recibió con un tiroteo,

el cual contestamos, ganándose la batalla" (Primera Conferencia, pp. 118 y 120). Torres Giraldo, por su parte, criticó a Mahecha de exagerar los sucesos y su participación, al mismo tiempo que señalaba que el principal 'error' en la huelga fue que Mahecha creía en el papel 'patriótico' del gobierno colombiano, que apoyaría a los trabajadores (María Cano..., pp. 134 y 141).

(44) Los analistas del movimiento obrero colombiano señalan generalmente las debilidades que se escondían detrás del revolucionarismo de los años veinte (Ver por ejemplo Edgar Caicedo, Las Luchas Sindicales..., p. 66). Urrutia sostiene que las debilidades principales era la baja calificación de la mano de obra y la falta de apoyo estatal (The Development...., p. 70). Daniel Pecaut, por su parte, insiste en la poca politización de la clase obrera, haciendo que las huelgas fueran explosiones pasajeras que, según él, no implicaban un proyecto revolucionario (Política y Sindicalismo, pp. 99 y 107). Tal vez esto último es pedir mucho a una clase apenas en formación.

(45) Entrevista con Guillermo Hernández R., Bogotá, 1988. Las estadísticas sindicales están en Torres Giraldo, Los Inconformes, Vol IV, y Edgar Caicedo, Las Luchas Sindicales... Para la realización del Tercer Congreso Obrero, *La Humanidad* exigía que las organizaciones invitadas fueran permanentes, excluyendo a las "que se hayan llevado a cabo para obtener el éxito de realizaciones inmediatas o de fines accidentales" (11 sept., 1926).

(46) Informe de Geo C. Schgweickert, 27 de oct., 1924, N.A.W. 821.5045/ 13. Para las formas organizativas en las huelgas ver Alfredo Gómez, Anarquismo..., pp. 49-50 y *La Humanidad*, 18 Sept, 1926.

(47) El caso de la Dorada en *El Tiempo*, 1 enero, 1920. Torres Giraldo en el Anecdotario cuenta tanto las actividades de la Sociedad de Iguales como de clubes culturales y políticos de artesanos de Cali (pp. 56-61). El Líbano ha sido trabajado por Gonzalo Sánchez, Los Bolcheviques..., pp. 76-77 y 84. Información sobre las Casas del Pueblo en *La Humanidad* # 11 y 14, 1925; *El Tiempo*, 4 sept., 1925; Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, p. 192 y Entrevista con Gilberto Mejía, Medellín, 1988.

(48) *El Tiempo*, 8 enero, 1925; informes diplomáticos en N.A.W 821.5045/13 y 821.504/20 y 25. Ver también Judith White, Historia de una Ignominia, p. 89.

(49) Ezequiel Romero en su entrevista insistía en que el primer 'sindicato' de Barrancabermeja integraba, además de petroleros, a artesanos y braceros (Barrancabermeja, 1985). Bernardo Medina, a quien entrevistamos en Barranquilla en 1986, guardaba en su 'archivo de baúl' los originales de los estatutos de dos sindicatos que su hermano, el anarquista Víctor A., había ayudado a fundar. Según el entrevistado, dos anarquistas guatemaltecos habían facilitado copias de similares estatutos en su país. Con su consentimiento los publicamos en la Sección Documental del Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 15, 1987, pp. 315-321.

(50) *Boletín del Círculo de Obreros* # 47, 1919 y 287, 1924. Según Fernando Cubides ("Institucionalización del Sindicalismo en Colombia, 1930-1946", Inédito, Universidad

Nacional, p.35), un libro del director de la Acción Social Católica, el Padre Jesús Fernández, reconocía desde 1915 la existencia de sindicatos como las organizaciones propias de los obreros. Daniel Pecaut hablaba de dos orientaciones sindicales para esta época: la de revuelta y la de negociación económica (Política y Sindicalismo... pp. 89-99). Alfredo Gómez distingue un sindicalismo de acción autónoma, cercano del anarquismo, y otro inmediatista, que no cuestiona el orden vigente (Anarquismo..., pp. 40-50).

(51) Citas tomadas de Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 94-95 e Ignacio Torres G, Los Inconformes, Vol IV, pp.182-183.

(52) *El Espectador*, 16 feb., 1924. Para el pasado de Gutarra ver Denis Sulmont, El Movimiento Obrero Peruano, p. 24.

(53) Juan C. Eastman y Germán Mejía, "Comunismo, Socialismo...", mencionan además de estos nombres otros 10 de extranjeros procesados y eventualmente expulsados por motivos políticos en esos años. Para las acciones de Vicente Adamo, además de las fuentes ya citadas, ver *El Espectador*, 11 feb, 1924 y *La Humanidad*, 31 oct., 1925. Sobre otros extranjeros ver Ignacio Torres, Anecdotario, p. 60 y Gonzalo Sánchez, Los Bolcheviques..., p. 25.

(54) *El Socialista*, a lo largo del año 1920 y Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., cap 11 y 13.

(55) Los Inconformes, Vol III p. 230 y Vol IV pp. 9 y 35-36. Incluso Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., no escapa de esta tendencia (ver, por ejemplo, pp. 199-203).

(56) E*l Martillo*, 29 oct., 1916. El autor se firmaba Luis Pérez y el artículo había aparecido en *El Obrero* de Barranquilla. Para los años veinte ver *Vía Libre*, 10 oct., 1925. Hay que recordar que el Partido Liberal Mexicano, de los hermanos Flórez Magón, fue de inspiración anarquista (James Cockroft, Intellectual Precursors of the Mexican Revolution. Austin: University of Texas Press, 1976).

(57) Alfredo Gómez, Anarquismo..., pp. 32-40, 57-68 y 87-97. Entrevistas con Andrés Barandica y Bernardo Medina, Barranquilla, 1986; Gilberto Mejía, Medellín, 1988; Carlos Hernández, Manuel Abella y Jorge Regueros, Bogotá, 1988. *El Espectador* publicó una convocatoria del grupo Antorcha Libertaria de Bogotá el 16 de enero de 1925.

(58) *El Espectador*, 24 enero, 1925; *La Humanidad*, 16 y 23 mayo; 20 y 27 junio 1925. Véase también Eastman y Mejía, "Comunismo, Socialismo...", p. 23.

(59) Primera Conferencia... p. 113. Alfredo Gómez sostiene que al igual que el Partido Liberal Mexicano, el PSR tenía gran influencia anarquista (Anarquismo..., pp. 53-57, 73 y 83-87). Ver también Eastman y Mejía, "Comunismo, Socialismo...", pp. 25-28. Mahecha sostenía que los obreros desconfiaban "de los pillos que se decían anarquistas y

que vivían a costa del sindicato; muchos de ellos eran extranjeros" (Primera Conferencia..., p. 115).

(60) Sobre los estatutos de los sindicatos anarquistas de Barranquilla ver nota 49. Además véase Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol. IV y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 95. Las referencias al 'socialismo integral', opuesto a las conquistas parciales, en *Claridad*, 8 nov., 1928. La biografía del anarquista Biófilo Panclasta en Osorio Lizarazo, Novelas... pp. 365-370, y entrevistas con Gonzalo Buenahora, Erasmo Egea y Rafael Núñez (Bogotá y Barrancabermeja, 1985). Vargas Vila, declarado liberal radical, coqueteó con el anarquismo (Diario Secreto, pp. 50, 97-98 y 121). La evolución de Carlos F. León y Servio T. González ilustra el acercamiento de esa corriente al liberalismo. Según Jorge Regueros, uno de los pocos que permaneció fiel al anarquismo fue Luis A. Rozo, del sindicato de voceadores de prensa (Entrevista, Bogotá, 1988).

(61) Torres G., Anecdotario, pp. 61 y 65. En *La Humanidad* (13 marzo, 1926) el mismo autor, al hacer un recuento de las organizaciones a las que pertenecía en Cali, menciona un Club Marxista cuyos miembros se conocían con letras del alfabeto griego. Para el caso de Medellín ver entrevista con Gilberto Mejía, 1988. El de Barranquilla en las entrevistas a Julio Morón, Ramón de la Hoz y José Ortega, 1986. Para el grupo de Savinsky en Bogotá, entrevistas con Guillermo Hernández, Jorge Regueros y Manuel Abella, 1988. Este último recordaba que con su incorporación al grupo, jocosamente dijeron los otros integrantes del grupo: "ahora sí ingresa el proletariado".

(62) *El Espectador*, 19 nov. 1923 y 2-21 mayo, 1924. La muerte de Luis Tejada en Ibid 1-8 oct., 1924. Torres Giraldo consideraba a Tejada como el prototipo de la pereza y el ocio! (Anecdotario p. 28). Francisco de Heredia, de familia aristocrática pero marxista convencido, había elaborado antes de su muerte un detallado proyecto de "Bases y Programa de un Partido Socialista en Colombia" (*El Tiempo* 6, mayo, 1925). Heredia murió un par de años después en Centroamérica.

(63) *La Humanidad*, 27 junio; 4 y 11 julio; 22 ag. y 19 sept., 1925; y *El Espectador*, 20 julio -8 agosto, 1925. Según *La Humanidad* al congreso se hicieron presentes cuatro corrientes -dos de izquierda, una de centro y otra de derecha-, ganando las dos primeras, sin especificar sus programas (5 Sept, 1925). Ver también Alfredo Gómez, Anarquismo..., pp. 53-54.

(64) *El Espectador*, 22 nov. -3 dic., 1926 y *La Humanidad*, 9 oct. 1926. Ver también Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., capítulo 13 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp 94 y 97. Según entrevista con Manuel Abella, el grupo de Savinsky era el que impulsaba el nombre de Comunista, mientras Torres, Mahecha y María Cano se opusieron (Bogotá, 1988).

(65) *La Humanidad*, 29 enero; 20 feb.; 15 marzo y 17 julio, 1927, e Ignacio Torres, Los Inconformes, Vol. IV p. 8.

(66) Primera Conferencia, pp. 117-119; Torres Giraldo, Los Inconformes, Vol IV, p. 26 y María Cano..., p. 107. Ver también entrevista con Rafael Núñez, Barrancabermeja,

1985. En la gira por el Occidente del país, María Cano saludó así a un viejo obrero que se le acercó a saludarla: "preste usted acá esa mano negra y encallecida, yo la beso, y beso en ella la bandera desplegada a todos los horizontes de rebelión"(*El Relator* 6, junio, 1927). En un articulo Neftalí Arce señalaba que el socialismo revolucionario era la expresión de la tradición socialista europea desde Babeuf hasta Marx y Lenin, pasando por Saint-Simon, Proudhon y Luis Blanc (*La Humanidad*, 19 junio, 1927). Sobre Tomás Uribe ver Torres G., Anecdotario, pp. 77-78.

(67) Documento que reposa en el Archivo del Cidse de la Universidad del Valle. En un aparte de otro panfleto a los soldados, citado por un informe diplomático, se decía: "Compañeros soldados: debemos, al mando de una voz de estos jefes inicuos, partida de bandidos carente de toda compasión, responderles en la misma forma que respondieron los soldados cuando la Revolución Francesa: Vueltas las bocas de los fusiles hacia ellos!..." (Informe de S. H. Piles el 8 de mayo de 1928, N.A.W. 821.00 B/6.).

(68) Primera Conferencia, pp. 117, 127-128 y 179 y Torres G. Anecdotario, pp. 40-41.

(69) *El Tiempo*, 27 y 29 abril, 1927; *La Humanidad*, 8 y 29 oct., 1927 y Primera Conferencia pp.108-121 y 177-179.

(70) Orden y Violencia, p. 98. Ver también *Claridad*, 30 ag., 1928; Primera Conferencia pp. 112-122 y 129-130; y Anecdotario p. 78. Guillermo Hernández se consideró en su entrevista como un 'liberal-socialista' y hablaba así de la participación de Liberales en el PSR: "Los supervivientes de las guerras civiles, jefes liberales, comenzaron a vincularse orgánicamente a ese movimiento naciente para tratar con ellos de hacer una revolución al estilo del siglo pasado. De otro lado los liberales de antes eran más avanzados que los de ahora" (Bogotá, 1988).

(71) *Claridad*, 24 abril, 1928. Solano exigía, eso sí, que el socialismo condenara la violencia. Para otros liberales-socialistas ver ibid, 11 mayo, 1928; *El Socialista*, 29 julio y 9 sept., 1928; y Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., capítulo 13. En la Conferencia Comunista Latinoamericana de 1929 se oyeron frases como ésta de Moisés Prieto, Secretario del PSR en ese momento: "tenemos influencia sobre las masas, [pero] esa influencia la podemos perder si los liberales llegan a declarar su revolución porque seguramente las masas se irán con ellos" (Primera Conferencia..., p. 112).

(72) *El Socialista*, 18 y 29 nov, 1928 y 5 junio, 1932; *Sanción Liberal*, 4 sept. y 14 dic., 1928; y *Claridad*, 13 sept., 1928. Regueros Peralta reconocía críticamente que a Romero y Valencia "se les golpeó mucho, se les combatió mucho... con una saña que no se justificaba" (Entrevista, Bogotá, 1988). Formalmente *El Socialista* siguió por más tiempo llamando a la libre expresión de los distintos sectores obreros (15 ag., 1928).

(73) *El Socialista*, 29 jul., 29 nov., 1928; *Sanción Liberal*, 14 dic., 1928; *El Diario*, 10 enero, 1933 y *Claridad*, 2 abril, 1937. Durante los ocho meses que Romero estuvo enfermo no hubo muestras de solidaridad del PSR, lo que agravó la división (*El Socialista*, 15 ag., 1928). Años después Valencia fundaría el Partido Agrario Nacional y luego se acercaría

al gaitanismo. Romero, mientras tanto, siguió de asesor del sindicalismo, especialmente del artesanal (D. Pecaut, Orden y Violencia, p. 98).

(74) *Boletín del Círculo de Obreros* #s 35 y 49, 1919; *La Defensa*, 17 feb.; 12 marzo, 1920; 24 ag.; 1 y 21 sept.; y 6-17 oct., 1923; 1-21 ag., 1925; 19 abril y 9 julio, 1926; *El Espectador*, 1 abril, 1924 y 19 julio, 1925.

(75) *El Tiempo*, 25 marzo y 6 abril, 1924.

(76) Cartas de Joaquín Correa (17 sept., 1926) y José E. Rivera (12 feb., 1927) a Rengifo en Archivo del CIDSE de la U. del Valle.

(77) *Boletín del Círculo de Obreros* # 42, 1919 y *Unión Colombiana Obrera* # 68, 1928.

(78) H. Freeman Matheus decía en 1928: " La legación ha expresado en el pasado su opinión de que el gobierno ha exagerado mucho dichos daños en favor de sus propios propósitos, y que el objeto inmediato de los pasajes pertinentes del mensaje [del gobierno] parecen estar dirigidos a obtener apoyo para la famosa Ley Heroica que daría al gobierno central más autoridad para reprimir todos los disturbios y tomar medidas preventivas a este respecto" (4 oct., 1928, N.A.W 821.00/646). Para los sucesos de las bananeras según las fuentes diplomáticas, ver N.A.W. 821.5045/21, 34, 36,37 y 39. El General Cortés Vargas usó la amenaza de invasión de marines como disculpa para 'solucionar' rápidamente la huelga (Los Sucesos de las Bananeras. Bogotá: 1930).

(79) *El Espectador*, 7 nov., 1928; Fernando Cubides, "Institucionalización...", pp. 16-36. La correspondencia diplomática señaló también la existencia, para 1930, de un proyecto de Código Laboral (30 sept., 1930, N.A.W. 821.504/ 43).

(80) *New York Times*, 4 marzo, 1928. Ver también ibid, 31 jul., 1928; Catherine Le Grand, Colonización..., pp. 134-135. Moisés Prieto denunció que los representantes norteamericanos habían llegado incluso a ofrecer dineros " para fomentar una revolución que sería apoyada por los Estados Unidos, pero con la condición de pasar todos los yacimientos petroleros del país a manos de Wall Street" (Primera Conferencia ...pp. 113 y 179).

(81) Rafael Uribe U., Escritos Políticos, pp. 130 y 190-192.

(82) *El Espectador*, 24 dic., 1925; 3 sept., 1926 y 23 sept., 1927; *El Tiempo*, 17 junio, 1923 y 28 dic., 1924.

(83) Torres G., Los Inconformes, Vol IV, pp. 77-78.

(84) *El Socialista*, 23 junio y 4 sept., 1928; Torres G., Anecdotario, pp. 85-88; y la comunicación atribuida a Uribe Márquez en Archivo de Historia del CIDSE de la Universidad del Valle.

(85) Moisés Prieto dirá luego que fueron llamados engañosamente por el Gobierno. (Primera Conferencia, pp. 111-112 y 122.) Ver también el documento

incautado a Torres Giraldo el 22 de mayo de 1928, que reposa en el Archivo del CIDSE de la Universidad del Valle. Mirar además a Torres G., Anecdotario pp. 83-88 y Gilberto Mejía, El Comunismo..., pp. 65-66. Una versión diferente de la misma Conferencia de Bogotá en *Claridad* # 58 de 1928. Un informante del gobierno infiltrado en el PSR denunció que Torres Giraldo y María Cano estaban predicando una insurrección en el Río Magdalena. (Carta de sept. de 1928 en el Archivo del CIDSE de la U. del Valle).

(86) *El Tiempo*, 5 enero - 7 feb. y 30 julio, 1929; *New York Times* 10 y 24 feb., 1929. Una descripción amplia de la insurrección en Gonzalo Sánchez, Los Bolcheviques.... El *New York Times* informó así sobre el suceso: "fueron planeados levantamientos a lo largo de los ferrocarriles en los departamentos de Cundinamarca, Tolima, Valle, Cauca, Antioquia y Santander, y en la zona bananera de Santa Marta" (6 ag., 1929). Por su parte, las fuentes diplomáticas señalaron que "las autoridades colombianas han demostrado un celo poco usual para proteger nuestros intereses". En realidad tropas especiales fueron movilizadas a las áreas de trabajo de las multinacionales (N.A.W 821.5045/71-83).

(87) Reproducción de la carta de la Comitern de febrero del 29, en donde ya afloraban críticas a la planeada insurrección, en Gilberto Mejía, El Comunismo..., pp. 55-67. Ver también Primera Conferencia pp. 96-106 y 127-132.

(88) José C. Mariátegui, Temas de Nuestra América, p. 159; Primera Conferencia, pp. 127-128; Ignacio Torres, Los Inconformes, Vol. IV, pp. 169-172 y correspondencia diplomática en N.A.W. 821.00/664 y 821.504/33.

(89) Carta de López aparecida en *El Tiempo*, 26 abril, 1928. Ver también Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 97-100.

(90) Lo sucedido al PSR colombiano no fue un caso único. El Partido Revolucionario Venezolano recibió el mismo tratamiento. Ni Sandino ni Mariátegui escaparon de la crítica de la Internacional Comunista en su afán de 'bolchevizar' a las organizaciones afiliadas, como estaba sucediendo en Europa. (Dorothea Melcher, "La Solidaridad Internacional..." y Fernando Claudín, The Communist Movement. New York: Monthly Review Press, 1975.)

(91) Charles Bergquist, Labor in Latin America..., p. 346.

(92) A similares conclusiones llega el sociólogo José María Rojas en la Introducción a la selección que hizo de documentos del General Rengifo (Archivo del CIDSE, Universidad del Valle). Para el autor, tanto la estrategia insurreccional del PSR como la respuesta conservadora se alimentaron mutuamente en una especie de delirio dialéctico que a la postre condujo a los fracasos militar del PSR y político del conservatismo doctrinario del general Rengifo.

6

LAS ILUSIONES DE REFORMA SOCIAL: 1930-1938.



En diciembre de 1934 se presentó de nuevo agitación en la Zona Bananera del Magdalena. A seis años de la masacre, los trabajadores volvían a enfrentarse a la multinacional, la que ahora llevaba el nombre de Magdalena Fruit Co.. Estimulados por la retórica del recién inaugurado Presidente Alfonso López Pumarejo, los trabajadores presentaron un pliego de peticiones que en poco difería del de 1928. Como en ese fatídico año, la multinacional volvió a responder con arrogancia, desconociendo al Comité de Acción Sindical que reunía a los 15 sindicatos en los que estaban organizados los bananeros.

De nuevo se adujeron las clásicas acusaciones de agitación subversiva en la Zona, y de nuevo hubo movilización de tropa. Hasta aquí parecía estarse repitiendo el viejo libreto de fines de la Hegemonía Conservadora. Pero ésta había sido reemplazada por la flamante República Liberal y un nuevo clima laboral se respiraba en el país.

Los conflictos del 28 y del 34 fueron bien diferentes en verdad. Los trabajadores consiguieron extender el movimiento por toda la Zona Bananera, obteniendo la solidaridad de los sindicatos de ciudades vecinas. Los empresarios bananeros nacionales, subyugados hasta el momento por la multinacional, expresaron sus contradicciones con ésta. El cultivo del banano estaba atravesando tal crisis por la aparición de una enfermedad mortal para las plantaciones, la Sigatoka, que la multinacional estaba pensando en cerrar operaciones en Colombia para concentrarse sólo en Centroamérica. Finalmente, y lo que constituyó tal vez el factor más novedoso en la coyuntura, el Estado tomó una actitud bien diferente de la del 28. El Presidente López envió al Ministro de Guerra como delegado personal, con el objetivo de mediar en el conflicto. Aunque dicho Ministro no parecía el indicado para arbitrar una huelga, rápidamente sus actitudes le ganaron la admiración de los trabajadores. Mientras él denunciaba irregularidades laborales en las plantaciones, una comisión de la Cámara de Representantes, que se desplazó igualmente a la zona, declaraba que allí "la soberanía nacional es nominal". Contrastaba la negativa de la empresa a negociar, con el entusiasmo de los trabajadores, los que terminaron nombrando al enviado presidencial como su delegado en la Conciliación convocada por él mismo.

Por presión estatal se firmó un Pacto favorable a las peticiones obreras, que la multinacional se negó sistemáticamente a cumplir. En 1937, el gobierno denunció negocios ilegales e intentos de soborno a las autoridades por parte de la Magdalena Fruit. Procedió en seguida a encarcelar al gerente y al abogado de la empresa, infringiéndoles una humillación que fue bien recibida por los trabajadores del país (1). En vez de responder con ametralladoras a los reclamos

obreros, el nuevo gobierno liberal parecía ponerle freno a la voracidad de las multinacionales. Estas acciones, cargadas de simbolismo, tendrían gran impacto en las mentes de los colombianos. Se había producido un cambio en las relaciones entre el Estado y los movimientos sociales.

A finales de los años veinte y comienzos de los treinta, tanto en Colombia como en otros países latinoamericanos se vivía una conmoción social y política de gran envergadura. La Gran Depresión, al mismo tiempo que debilitaba los lazos de dependencia, servía de catalizador interno del descontento social y de acelerador de la crisis política. Pero en la forma como se superó la crítica coyuntura radica la especificidad del caso colombiano (2). El cambio político en el país se dio pacíficamente, por medio del ascenso electoral del liberalismo. Fue el Partido Liberal el encargado de recoger la presión social de sectores populares rurales y urbanos. De esta forma se preservaba lo que los politólogos designan como 'democracia oligárquica', superándose temporalmente la crisis de legitimidad del Estado, la que era evidente a fines de los años veinte. Aunque el gobierno de Alfonso López P., 1934-1938, fue definitivo en este proceso, justo es señalar que las bases del reformismo liberal habían sido sentadas por su predecesor, Enrique Olaya H., 1930-1934. Veamos, pues, estos años cruciales en la formación de la clase obrera y en general en la historia contemporánea colombiana.

1. Legislación Laboral y Sindicalismo

Desde el punto de vista elitista, el ascenso de Olaya Herrera no podía ser más oportuno. Aunque fue un político liberal, su figura no levantaba temores en los sectores conservadores, a los que llamó a gobernar en una coalición bipartidista llamada La Concentración Nacional. Embajador en los Estados Unidos por cerca de ocho años, Enrique Olaya tranquilizó también a los representantes de los intereses norteamericanos, preocupados por los últimos intentos nacionalistas conservadores en materia petrolera.

Actuando bajo presión --primero por las difíciles condiciones económicas, fruto de la Gran Depresión, y segundo por el conflicto limítrofe con Perú--, Olaya hizo realidad cierta intervención del Estado en aspectos no sólo económicos sino también laborales. Además, en cuatro años de gobierno el Partido Liberal desbordó al conservatismo electoralmente. Si en 1930 el liberalismo había tenido acceso a la presidencia por división conservadora, para las elecciones de febrero de 1931 era ya el 53.8% del electorado, aumentando el margen en febrero de 1933 al 61.6% (3). Este creciente apoyo electoral lo consiguió el liberalismo incorporando algunos sectores agrarios y especialmente urbanos que años antes estuvieron al borde de destruir el sistema de dominación.

Uno de los primeros pasos que dio el gobierno de la Concentración Nacional fue expedir leyes que otorgaran 'ciudadanía' a los sectores sociales que, como la clase obrera, habían sido excluidos por la Hegemonía Conservadora. En 1931 se consagró la ley 83, que legalizaba la existencia de los sindicatos, aun cuando se mantenían imprecisiones conceptuales (por ejemplo, la ley permitía que el nombre sindicato fuera usado por asociaciones patronales). Simultáneamente se expidieron otras disposiciones laborales como las que consagraron las vacaciones remuneradas, la supresión del sistema de subcontratación y la adopción formal del acuerdo de la OIT sobre las ocho horas de jornada laboral (esta última fue la ley 129 de 1931, que fue reglamentada sólo hasta 1934 por el Decreto 895).

Pero no todas las disposiciones laborales fueron favorables para la clase obrera. De una parte, las mismas leyes que reconocían demandas obreras limitaban su accionar. Por ejemplo la ley 83, aunque reconocía la existencia de los sindicatos permitía el paralelismo, debilitando su impacto. Además prohibía la 'acción política' y restringía la huelga en los sectores considerados como servicios públicos --que coincidían, como lo señala Miguel Urrutia, con los sectores que más hacían uso de ella. Finalmente, para que la huelga fuera legal, en donde era permitida, debía ser votada por el 66% de los trabajadores. De otra parte, la expedición formal de legislación no significaba que las prácticas laborales en los sitios de trabajo se modificaran inmediatamente. Por ello los obreros debían ejercer permanentemente presión para que al menos se cumplieran las leyes laborales (4).

Adicionalmente, el gobierno de Olaya no sólo evadió legislar en materias tan urgentes como el desempleo, sino que enterró incluso el proyecto de Código Laboral desarrollado por el conservatismo a fines de los años veinte. A pesar de todo, el liberalismo presentaba una nueva imagen del Estado ante los trabajadores, otorgándoles algunas concesiones y modernizando las relaciones con los movimientos sociales (5).

La nueva legislación laboral no tuvo un impacto inmediato, al menos si juzgamos por el número de organizaciones que solicitaron reconocimiento oficial. Ello se debía en gran parte a la situación organizativa a fines de los años 20. La pervivencia de la mentalidad mutuaria y la fuerte represión conservadora, produjeron que el sindicalismo prácticamente no existiera al comienzo de la gestión liberal. Todavía en 1933, *Claridad* se quejaba de que "aquí por desgracia no existen verdaderos sindicatos ... el hecho es que las instituciones existentes tienen un carácter puramente mutualista, confunden el sindicato con una casa de beneficencia". Además, dada la pequeña escala con la que funcionaban muchos sitios de trabajo, era difícil conseguir los 25 trabajadores que la ley exigía para formar un sindicato. Peor aún, para la mentalidad paternalista crear el sindicato era un acto de deslealtad para con la empresa. Allí donde el paternalismo subsistía, como en la industria textilera

antioqueña, era difícil construir modernas organizaciones de defensa de los trabajadores. Un textilero recordaba que se había retirado del sindicato "porque a mí no me ha gustado ser contrario a la fábrica, porque por la fábrica tengo todo lo que tengo". Otra textilera rechazó ingresar a la organización "porque querían irse contra la fábrica ... si es que los pobres tenemos que trabajarle a los ricos y los ricos necesitan de los pobres para que les sirvan". Un ferroviario, también antioqueño, opinaba: "el sindicato lo necesitan los malos trabajadores. Al buen trabajador no tienen que hacerle reclamos". Finalmente, algunos artesanos, también de Antioquia, criticaban al sindicalismo por elevar los costos de la mano de obra haciendo poco competitivos los talleres y dificultando el empleo en ellos. Claro está que el temor al sindicalismo no fue exclusivo de los trabajadores antioqueños, ni tampoco fue un fenómeno común a todos ellos. Otra textilera, por ejemplo, decía: "ingresar al sindicato era una cosa necesaria, le hacía bien al trabajador" (6).

En esas condiciones era explicable el lento proceso de sindicalización. Según estadísticas oficiales, en 1931 sólo 16 organizaciones se acogieron a la ley, 17 en 1932 y 20 en 1933. Sin embargo, a partir de 1934 las cosas comenzaron a cambiar y más de 60 solicitaron legalización. Ese año marca el inicio real del proceso de institucionalización de las agremiaciones obreras.

Una observación más cuidadosa de las organizaciones legalizadas por esos años muestra la pervivencia de los aspectos que caracterizaban el sindicalismo del decenio anterior: predominaba la organización por gremios o de oficios varios, designadas ampliamente como Sociedades o Uniones Obreras; era escaso aún el sindicalismo de empresa, especialmente del sector industrial manufacturero; adicionalmente, con la desaparición de la CON brillaba por su ausencia una entidad de carácter nacional, e incluso las federaciones regionales tenían vida corta (7).

Como la ley permitía el paralelismo sindical, no era extraño encontrar 2 y 3 organizaciones legalizadas en un mismo sector. En Barrancabermeja se reconocieron simultáneamente tres sindicatos de petroleros en 1934. En la Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá hubo hasta cuatro. Adicionalmente, cuando los patronos no podían impedir la formación de un sindicato, trataban de quitarle legitimidad construyendo paralelamente uno a su servicio. Todo ello no contribuía a darle fortaleza al movimiento obrero.

Además la aparición de un criterio legalista, fruto del lento proceso de institucionalización, restringía la movilización de las bases observada en las grandes huelgas anteriores. Por ejemplo, en 1931 un sindicato ferroviario pospuso en varias ocasiones el lanzamiento de la huelga con la disculpa de "respetar la ley". El predominante papel de los abogados laborales --en particular Gaitán--, en la negociación de los pliegos de petición, era otro aspecto de ese creciente legalismo. En 1934 comentaba preocupadamente el

Partido Comunista que "existen tendencias a limitar los movimientos, a resolverlos por medio de abogados, es decir entregarlos a las negociaciones secretas, a las oficinas del Estado patronal" (8).

Las estadísticas sindicales mostraban adicionalmente una concentración de los sindicatos en las grandes ciudades, especialmente en Bogotá y Barranquilla. Más del 50% de las organizaciones reconocidas entre 1931 y 1934 tenían como sede a la capital del país. En Medellín, la cuna de la industrialización en el país, el sindicalismo manufacturero era prácticamente inexistente. El grueso de la organización estaba centrado en los sectores artesanales o en los trabajadores de la ramas agropecuaria y de transportes. Más grave aún era la baja proporción de agremiación en la fuerza asalariada, la que no era mayor del 5% (9). En pocas palabras, el sindicalismo en 1934 adolecía de profundas debilidades a pesar del apoyo que el gobierno liberal parecía ofrecerle.

La situación laboral no había sido mágicamente transformada por unas cuantas leyes. Había resistencias, y no sólo patronales, a la institucionalización sindical. Como decíamos antes, las tradiciones organizativas artesanales aún sobrevivían con fuerza. En un periódico obrero de la Zona Bananera en 1935 se criticaba la reciente formación de una Sociedad de Mutuo Auxilio en la filial de la cervecería Bavaria en la región. Según el articulista, lo que se debió crear era un sindicato, "siguiendo el orden evolucionista actual. [El sindicato] es un grupo de obreros que se une ideológicamente en sociedad para contrarrestar al patrón, cuando entre las dos fuerzas se presenta un conflicto,por medio de la solidaridad". El pedagógico ensayo terminaba diciendo que no había que temer por llamar sindicatos a las asociaciones obreras puesto que estos estaban protegidos por la ley. Otro órgano de prensa obrero insistía, por la misma época, en que "el sindicato es la organización natural de los trabajadores". Finalmente, un periódico de choferes intentaba convencer a sus lectores de que el sindicalismo era la expresión moderna de la organización obrera: " Si de un plumazo se suprimieran ahora los sindicatos, el mundo, la sociedad daría un salto a la Edad Media. El sindicato es justicia, es bondad, es fraternidad y equilibra las desigualdades" (10). Como se observa en estos ejemplos, aunque existía el cubrimiento legal, muchos trabajadores no daban el paso a organizarse, y los que lo daban enfrentaban múltiples problemas que iban desde el rechazo patronal hasta la misma división obrera. Un ejemplo ilustrativo de estas últimas dificultades fue el ya mencionado caso de los petroleros de Barrancabermeja, quienes para 1934 contaban con dos sindicatos reconocidos legalmente, unificándose finalmente en un tercero, la Unión Sindical Obrera (USO) (11).

Ahora bien, el lento proceso de legalización sindical hasta mediados de los años treinta reflejaba también otra dimensión diametralmente opuesta: el rechazo de ciertos sectores no tanto a organizarse sino a aceptar la

institucionalización. Aunque no muy general, esta postura contaba con adeptos entre los trabajadores, especialmente los influidos por las organizaciones de izquierda. El ascenso del liberalismo ofrecía condiciones para una nueva imagen del Estado. Pero ello no era un proceso de un día para otro. Además el liberalismo mantuvo algunas disposiciones conservadoras, aunque con una retórica bien diferente. La intelectualidad liberal veía como tarea prioritaria, a principios de los años treinta, rescatar para su partido a las organizaciones obreras. *El Espectador*, poco antes del triunfo de Olaya Herrera, señalaba que en los últimos cinco años el liberalismo se había ausentado del país dejándole la iniciativa política al socialismo. "Parecía que las masas liberales hubieran entrado al comunismo criollo... Pero el obrerismo colombiano no es bolchevique. Nuestro obrerismo no persigue quimeras, quiere hechos, realidades,bienestar económico" (12). Para probar que ello era cierto, el Estado Liberal debía ganarse la confianza de la clase obrera en su conjunto, cosa que no le sería tan fácil. Los conflictos laborales de estos primeros años reflejarán bien estas contradicciones.

2. Conflictos Sociales, 1930-1934

Cuando se mira nuestro Cuadro 3, se nota un descenso cuantitativo en el número de huelgas para principios de decenio que nos ocupa: sólo 2 huelgas se contabilizaron en 1930, 8 en el año siguiente y nuevamente 2 en 1932. Sin embargo, lo anterior no quiere decir que hubiera paz social. Por el contrario, formas más desinstitucionalizadas y violentas de protesta social estaban al orden del día. La disminución en el número de huelgas respondía a otro tipo de factores. En parte era resultado del desempleo en los sectores impactados por la Gran Depresión Mundial (obras públicas, agricultura, transportes y minería principalmente). Con desempleo el éxito de la huelga disminuye. Aunque nuevamente debemos señalar la ausencia de estadísticas para medir este fenómeno, los estudiosos hablan de un desempleo cercano al 10% de la población trabajadora. Las obras públicas parecen haber reducido cerca de 20.000 plazas y en sólo tres ferrocarriles hubo licenciamientos hasta de 7.500 trabajadores. Miguel Urrutia habla de 26.000 desempleados para sólo 7 departamentos en 1929. Adicionalmente hay que indicar que, al menos hasta 1933, la estabilidad de los salarios reales no alimentaba presiones salariales de los trabajadores (13). Pero las dificultades socio-económicas no explican totalmente el reflujo huelguístico.

CUADRO 3

HUELGAS POR SECTORES ECONOMICOS,

1930-1945*

	Agricultura	Mineria	Industria** A.	Industria** B.	Construcion	Serv. Comunes	Gob.	Transporte	TOTAL
1930								2	2
1931		3						5	8
1932				1				1	2
1933			6		1			12	19
1934	4	5	4	7	1	2		14	37
1935	7	2	13	7	1	2		6	38
1936	4	2	2	2	1	1	3	5	20
1937	9	5	7	4	2	1	1	8	37
1938	3	1	2				3	4	13
1939	2	2	3				1	1	9
1940		2					3	2	7
1941		3	3					2	8
1942		1	5					6	12
1943	1		5	2				6	14
1944	2	3	6	2	1		1	3	18
1945		2	6		1	1		3	13
TOTAL	32	31	62	25	8	7	12	80	257

La rígida actitud del Estado para controlar los movimientos sociales no desapareció con el ascenso de Olaya Herrera. Aunque de una forma más

---

* FUENTES: Vease Apendice

** A. se refiere a trabajadores asalariados y B. a trabajadores por cuenta propia o artesanales.

disfrazada, los liberales siguieron haciendo uso de formas preventivas de control en las zonas conflictivas. Pero ahora, en vez de esperar hasta que las huelgas tomaran dimensiones desbordantes, el gobierno optó por militarizar las áreas de conflicto, reprimiendo cualquier brote considerado como 'subversivo'. Las fuentes diplomáticas norteamericanas ilustran lo sucedido en la Zona Bananera a principios del decenio. Ante los rumores de una nueva huelga en febrero de 1930, a petición de la U.F.C. se aumentó el pie de fuerza a 510 soldados y policías bien equipados. En noviembre del mismo año, un movimiento de protesta en Ciénaga fue rápidamente desmontado. Así informaron los diplomáticos norteamericanos: " hace unos días un movimiento comunista de menor escala tuvo lugar en el distrito de Ciénaga y fue rápidamente reprimido por las autoridades de la Policía Nacional que mataron a un amotinado e hirieron a cuatro más ... las autoridades militares y de la Policía estaban listas para aplastar cualquier movimiento subversivo". En 1931 seguía aún la militarización de la Zona, en prevención de cualquier movimiento de los trabajadores (14).

Paradójicamente tampoco podemos descontar la dimensión integradora que trajo el ascenso liberal entre los sectores obreros. Es bien posible que ante las promesas liberales, algunos grupos obreros no hayan ejercido mucha presión por alzas salariales y hayan pospuesto la negociación o la hayan conducido pacíficamente. También parece que los empresarios estaban más dispuestos ahora a negociar. El Cuadro 4 muestra que, de hecho, entre 1930 y 1934 el promedio de días por huelga disminuyó, sugiriendo una mayor flexibilidad en conseguir acuerdos de parte y parte.

CUADRO 4

DIAS-HUELGA POR SECTORES ECONOMICOS,

(1930-1945)*

	Agricul-tura	Minería	Industria** A.	B.	Construc--cion	Serv Comunes	Gob	Transporte	TOTAL	Duración Promedio (días/huelga)
1930								3	3	1.5
1931		4						14	18	2.3
1932				4				4	8	4.0
1933			31		2			44	77	4.1
1934	25	18	66	76	8	2		107	302	8.2
1935	37	22	86	18	7	9		33	212	5.6
1936	34	7	21	3	18	3	5	24	115	5.8
1937	44	69	107	21	10	2	4	59	316	8.5
1938	21	15	6				12	19	73	5.6
1939	5	12	27				1	4	49	5.4
1940		25					9	5	39	5.6
1941		76	21					2	99	12.4
1942		48	56					16	120	10.0
1943	1		37	33				62	133	9.5
1944	8	6	67	2	1		14	25	123	6.8
1945		18	32		21	1		16	88	6.8
TOTAL	175	320	557	157	67	17	45	437	1775	-
Dura-ción días/huelga	5.5	10.3	8.9	6.3	8.4	2.4	3.8	5.5	-	**6.1**

* FUENTES: Véase Apéndice.

** **A.** se refiere a trabajadores asalariados y **B.** a trabajadores por cuenta propia o artesanales.

De esta forma, combinando una política de represión preventiva con un discurso de armonía entre el capital y el trabajo y con la emisión de leyes laborales, el Gobierno de Olaya Herrera iniciaba el proceso de institucionalización de los movimientos sociales. Aunque esta política mostró sus primeros frutos desde temprano --por ejemplo con la disminución del número de huelgas--, también es cierto que produjo temporalmente un desplazamiento de la protesta social hacia formas poco institucionalizadas.

En realidad llama la atención la coincidencia entre el bajo número de huelgas y la efervescencia social que se reflejó en las marchas de desempleados de 1930 y las marchas del 'hambre' de 1932. Intuitivamente los sectores populares en general recurrían a formas de protesta nuevas cuando las tradicionales se veían obstaculizadas, o no ofrecían las garantías de éxito requeridas. El desempleo, por ejemplo, que comenzó a aflorar con los signos recesivos de 1928, amenazaba con convertirse en causa de agitación, a juicio de la élite y los agentes norteamericanos. Uno de estos últimos comentaba: "el desempleo en este país está rápidamente convirtiéndose en un serio problema: no hay organización para manejarlo, ni legislación que lo cobije... ni aparente inclinación de las clases ricas para hacer algo que lo solucione ... [Si los desempleados] continúan sufriendo de hambre, sus ideas acerca de los derechos de propiedad pueden ser afectadas radicalmente" (15).

No era para menos la preocupación de esos sectores, si se mira cuidadosamente la prensa de la época. En enero de 1930 hubo una marcha de desempleados en Bogotá, la que degeneró en pedrea y saqueo de almacenes. En marzo una organización obrera moderada de Medellín --muchos de sus dirigentes eran Liberales--, convocó a una manifestación en pro de quienes estaban sin trabajo. En medio de los discursos apaciguadores comenzó a oírse la consigna de: "QUEREMOS TRABAJO Y NO DISCURSOS". La manifestación rápidamente se transformó en un agresivo mitin en el que se intentó tomar la plaza de mercado y se rompieron numerosos vidrios de edificios cercanos. Luego se informó de dos muertos: un obrero y un policía. La élite antioqueña reaccionó contra el movimiento, aprobando en la Asamblea Departamental una moción de duelo por el policía muerto sin mencionar al obrero. Tanto el Directorio Liberal como la Dirección Regional Comunista negaron haber promovido los luctuosos hechos.

En septiembre del mismo año, el turno le tocó a Barranquilla. Allí también hubo una marcha de desempleados que degeneró en motín. En octubre, cerca de 300 obreros desfilaron por las calles de Cali, volviendo a hacerlo en diciembre. En octubre también se había presentado otra manifestación de desempleados en Bogotá, ante el gobernador del departamento de Cundinamarca. Aunque en el año siguiente disminuyó ese tipo de movilización, de todas formas se dieron manifestaciones en septiembre en las principales ciudades. El gobierno respondió usando la doble táctica de

prometer soluciones, mientras encarcelaba a los dirigentes de las protestas y reprimía duramente los desbordes populares (16).

La movilización urbana no era la única causa de preocupación del gobierno. En realidad la agitación agraria, que venía en ascenso desde fines de los años veinte, era otro dolor de cabeza. Esa lucha seguía concentrada en zonas de reciente colonización, como en el Valle del Magdalena, en la región cafetera de Cundinamarca y Tolima y en algunas comunidades indígenas. Las movilizaciones rurales abarcaban dos dimensiones: las luchas por la tierra (colonos, arrendatarios y comunidades indígenas) y las demandas de mejores condiciones laborales (peones y jornaleros). Eran, sin embargo, unas luchas restringidas regionalmente. En 1930 la prensa informaba sobre la creciente agitación, especialmente en las regiones de Sumapaz y Tequendama, en Cundinamarca, y en las comunidades indígenas de Natagaima y Coyaima, en Tolima. El primero de mayo de 1931, por ejemplo, cerca de 400 indígenas se tomaron a Coyaima y, según la gran prensa, estaban fuertemente armados. El gobernador desplazó inmediatamente tropa, la que fue recibida pacíficamente por los amotinados, procediendo a encarcelar a un centenar de ellos. Finalmente, después de unos días, los indígenas regresaron a sus comunidades consiguiendo algunas promesas oficiales (17).

Aunque 1932 sólo registra 2 huelgas --braceros de Barranquilla y panaderos de Bogotá--, y un conato en Tejidos Monserrate, de la capital del país, fue un año de mucha agitación social. Desde los primeros días de enero circulaban rumores de invasiones 'comunistas' a tierras y aldeas, y hasta se habló de supuestos planes para 'tomarse' las grandes ciudades. En realidad lo que ocurría es que el recientemente creado Partido Comunista venía organizando unas Marchas del Hambre que, originándose en las áreas rurales, convergían en las grandes ciudades. En efecto, el plan se comenzó a llevar a cabo, para gran temor de la élite. En Bogotá se decía, por ejemplo, que de Viotá --la plaza fuerte del comunismo por mucho tiempo-- se desplazaban gran número de campesinos en actitud desafiante. Se habló también de motines en muchas poblaciones de la región cafetera de Cundinamarca, a la que Viotá pertenecía. Incluso en el cercano puerto de Girardot hubo manifestaciones. La represión no se hizo esperar: numerosos dirigentes comunistas, o simplemente campesinos movilizados, fueron detenidos en las aldeas cercanas a Bogotá.

De esta forma, cuando se convocaron coordinadamente las Marchas del Hambre a nivel nacional, sólo la de Medellín tuvo relativo éxito, o al menos se pudo llevar efectivamente a cabo. En Barranquilla hubo más de 30 detenidos y las cifras de Bogotá iban por los cientos. El Partido Comunista volvió a convocar marchas de protesta para el primero de mayo de ese año, ocurriendo efectivamente en Medellín, Cali, Barranquilla y Girardot. Se habló también de invasiones de tierra, para la misma fecha, en las zonas más conflictivas, incluyendo el Valle del Cauca. En Bogotá, la Policía impidió la marcha. En el

puerto antioqueño sobre el Río Magdalena, Puerto Berrío, se denunciaba el encarcelamiento de 40 trabajadores. Un mes después, en Cali, se dijo que todavía había 18 manifestantes presos (18).

Después de septiembre de 1932, un hecho ajeno a la dinámica de agitación vino a transformarla. Se trató de la invasión por parte de unos 200 peruanos del puerto colombiano sobre el Amazonas, Leticia. Como ya lo anotábamos, este hecho produjo que el enemigo popular no fuera la crisis económica sino Perú. El torrente nacionalista arrastraría a distintos sectores de la sociedad colombiana. El apoyo popular que hasta ahora no había logrado el Presidente Olaya, lo obtuvo después de la invasión peruana. Desde la élite hasta sectores obreros, con excepción de la influidos por la izquierda, ofrecieron su concurso tanto a la empresa militar como a la diplomática, para recuperar el pedazo de territorio amenazado.

Para 1933 las cosas comenzaron a cambiar en muchos aspectos. Por un lado se iniciaba lentamente la recuperación económica. Mientras el desempleo disminuía, los precios volvían a subir, creando problemas para los ingresos reales de los trabajadores. En el conflicto limítrofe, el énfasis se había desplazado del plano militar --después de unas pocas batallas en la zona de conflicto--, al diplomático, cediendo un poco la movilización nacionalista. En estas condiciones no fue extraño el repunte del movimiento huelguístico, particularmente a partir de septiembre de ese año. Hasta ese mes sólo se había registrado la huelga de los braceros del puerto de La Dorada, sobre el Río Magdalena. La agitación agraria repuntaba también, especialmente en la región del Sumapaz, en donde el conflicto en la Hacienda El Chocho concentraría parte de la atención pública (19).

En Septiembre de 1933 se dio el punto de quiebre en la curva huelguística del país, iniciándose un ciclo que se prolongaría casi hasta fines de los años treinta. Aunque en apariencia continuaban vigentes las tendencias observadas para los años veinte, algunas diferencias afloraron nítidamente. De las 19 huelgas contabilizadas ese año, 12 fueron en el sector transporte. Las áreas geográficas de concentración del movimiento huelguístico también seguían reflejando patrones previos: Barranquilla y el Río Magdalena, Cali y el occidente del país, y Bogotá.

Pero si se mira con más detalle, se perciben cambios importantes. Ya no se trataba tanto de huelgas artesanales o de trabajadores independientes. De esta forma se insinuaba la presencia del moderno sector manufacturero. En octubre dos fábricas textileras de Barranquilla estaban en huelga. En noviembre era la Cervecería Bavaria y Vidrios Fenicia de Bogotá. A fines de ese mes la fábrica de calzado la Corona vivió un conflicto que se prolongó por más de 20 días. En diciembre los trabajadores de Tejidos Monserrate, de la misma ciudad, se lanzaron a la huelga, obteniendo como respuesta el 'lock-out' patronal. Por la

misma época, además de estos conflictos abiertos, se vivía un clima de agitación en otras industrias, los ferroviarios, choferes y en la Zona Bananera. Incluso se rumoró la posibilidad de paros generales en las ciudades de Bogotá, Cali y Barranquilla (20). Ante estas amenazas, y en general por el renacimiento de la protesta laboral, el Estado buscó intervenir, presionando a las partes enfrentadas para que se llegara a acuerdos. Esa fue la fórmula que usó en la mayoría de las grandes huelgas del momento, salvo en el caso de Tejidos Monserrate, donde la declaratoria de ilegalidad de la huelga acompañó a la dura respuesta patronal.

El relativo éxito de muchas de las huelgas del 33 no se debió exclusivamente a la nueva dimensión mediadora del Estado. Gran parte del mérito lo tuvo el renacimiento de los movimientos de solidaridad, algo que preocupaba a la élite. En octubre la huelga de braceros de Barranquilla y la agitación en algunas industrias de la ciudad, desembocó en un movimiento que la paralizó temporalmente. Aunque las autoridades departamentales actuaron torpemente, haciendo temer un desenlace violento, finalmente los trabajadores en conflicto lograron los principales puntos que exigían. Ante la ausencia de una organización confederal, la solidaridad la canalizaban grupos de coordinación local de sindicatos o algunas efímeras federaciones. La agitación en Barranquilla, por ejemplo, había sido coordinada por un Comité de Acción Sindical, de aparente inspiración comunista.

A mediados de noviembre 1.500 trabajadores del Ferrocarril del Pacífico, agrupados en el Centro Obrero Ferroviario de Cali, se lanzaron a la huelga pidiendo incremento salarial, jornada de ocho horas y otras reivindicaciones consagradas formalmente por la ley, pero inexistentes en la práctica. Como en el conflicto de 1926, los ferroviarios de Cali lucieron una gran capacidad organizativa, recibiendo también amplia solidaridad ciudadana. En los pocos días que duró el conflicto no sólo todo el transporte estuvo clausurado, sino también el comercio y muchas industrias. El balance final fue ampliamente favorable a los trabajadores (21). El uso de la herramienta de la solidaridad fue garantía de triunfos obreros, especialmente en el sector transporte, en donde existía en esos años una Federación controlada por el gaitanismo, con sede en Cali precisamente. El temor de un desborde obrero del proceso de institucionalización ponía al Estado en la búsqueda de mejores mecanismos de contención.

En esas condiciones se inició 1934. Este sería el año del ascenso de López Pumarejo y de la solución del conflicto internacional con Perú. Pero también sería el año con el mayor número de huelgas hasta ahora registrado, 37, sin incluir dos paros generales. Además de la participación del sector transporte con 14 huelgas, hubo una gran repunte de sectores tradicionales de la economía como agricultura, minería, servicios comunitarios y la industria artesanal. En el sector agrario resaltaron, además del conflicto bananero reseñado al principio

de este capítulo, las huelgas de trilladoras de café. En realidad la agitación había crecido entre los distintos trabajadores vinculados a la economía cafetera, llegando a su punto máximo al año siguiente, con el intento de una Huelga Cafetera (22).

Las tendencias del movimiento huelguístico iniciado a fines del año anterior se mantenían a principios del 34. La solidaridad seguía haciéndose presente, especialmente entre los trabajadores del transporte. Incluso, en junio se vivió una huelga general nada menos que en Medellín. Este conflicto llama la atención no tanto por la ciudad en que ocurrió --tradicionalmente ajena a esa forma de protesta--, cuanto por la creciente importancia que la variable partidista comenzó a jugar en las luchas obreras. Desde abril los trabajadores del Ferrocarril de Antioquia venían discutiendo un pliego cuyas principales peticiones eran --al igual que muchos conflictos del momento--: el incremento salarial, el derecho a la sindicalización y la jornada de ocho horas. Aunque en general las peticiones fueron vistas con simpatía, la Junta Administradora del Ferrocarril, de mayoría conservadora, las rechazó por considerarlas 'exageradas'. El Concejo de Medellín, controlado por los liberales, apoyó en un principio a los trabajadores. Por su parte los comunistas, que no contaban con presencia en el sindicato, concentraron en la huelga sus efectivos, presionando por la radicalización del conflicto. Los dirigentes sindicales llamaron al prestigioso abogado laboralista Jorge E. Gaitán para que los asesorara en la negociación. De esta forma todas las fuerzas políticas convergían en el conflicto, defendiendo cada cual sus intereses. Después de nutridas manifestaciones de solidaridad, en las que Gaitán arengó a las multitudes, se convocó a un paro general en Medellín para el 5 de junio, como último recurso para presionar la negociación. Ese día, efectivamente, el transporte se paralizó en la ciudad, el comercio cerró sus puertas y en más de 24 industrias no se laboró. A pesar de las directrices pacifistas de los organizadores, se presentaron hechos de violencia ese día y los siguientes. Las autoridades reportaron pedreas, tranvías incendiados, un policía y al menos tres trabajadores muertos. Ante el rumbo que tomaron los acontecimientos, el gobierno decidió intervenir, declarando el Estado de Sitio en el departamento. Ello le permitía tanto controlar los excesos de los manifestantes como también intervenir en la empresa. Una vez dado ese paso, el gobernador pactó con los trabajadores aumentos del 40% y otros puntos demandados por ellos. Con este desenlace los ferroviarios regresaron al trabajo, a pesar de los llamados comunistas para seguir la lucha (23).

Entre junio y agosto, mes en que se posesionaba el nuevo presidente, la agitación laboral tomó dimensiones realmente preocupantes para la élite. Además del paro general de Medellín, hubo huelgas en el sector transporte --braceros y otros ferroviarios-- y en algunas empresas industriales. La prensa consultada también sugiere una amplia discusión de pliegos de petición, sin que desembocaran en abiertas huelgas, en todos los sectores en los que se contaba

con mano de obra asalariada. En julio, por ejemplo, estalló la huelga en la Cervecería Germania de Bogotá. El pliego de 29 puntos, redactado con la asesoría de Jorge E. Gaitán y Juan de Dios Romero, combinaba, novedosamente para la época, reivindicaciones salariales con aspectos específicos como el establecimiento de escuelas para los hijos de los trabajadores. Alegando insultos a la familia Kohn, dueños de la empresa, Germania amenazó con un 'lock-out'. (Este mecanismo, que negaba toda negociación, se practicó en otras cinco empresas en conflicto a lo largo de ese año.) Por el temor al cierre definitivo de la empresa, y a pesar de la solidaridad ofrecida por otros sindicatos de la ciudad, los trabajadores regresaron a laborar aceptando la destitución de ocho dirigentes sindicales (24). Se iban incubando así las condiciones para un paro general, ahora en la capital del país.

En agosto estalló la huelga de los Taxis Rojos en Bogotá. Como era común en la época, Gaitán asesoró al sindicato. Con su ayuda se consiguió que el Sindicato Central de Choferes convocara a un paro general de transportes, en la capital, para el 22 de ese mes. Otros sindicatos de la ciudad se unieron al movimiento, incluyendo reivindicaciones específicas y ampliando su cobertura. Sin embargo, la solidaridad de sectores claves como tranviarios y ferroviarios no se hizo presente, impidiendo la paralización total del transporte. El gobierno, mientras tanto, militarizó la ciudad. El acuerdo logrado por Gaitán, en nombre de los huelguistas, no fue satisfactorio. La falta de solidaridad de los otros trabajadores del transporte fue señalada como la causa principal del poco éxito del movimiento. Las trabajadoras de una fábrica de fósforos de la ciudad airadamente decían:

> "Nosotras preguntamos por medio de esta nota en qué consiste que cada vez que hay una huelga en Bogotá, los trabajadores ferroviarios y tranviarios se limitan a mandar unos centavos para ayudar al desayuno y siguen trabajando. Acaso no son obreros como nosotros? [sic] o es que todavía carecen de conciencia revolucionaria y objetiva para creerse distintos a nosotras? ... o son organizaciones únicamente para enviarle saludos al gerente que los explota?" (25).

Si estos conflictos eran ilustrativos de los cambios que vivía la clase obrera durante los años de gobierno liberal, hubo uno que fue especialmente significativo en este sentido: la nueva huelga de los ferroviarios de Cali en septiembre. El conflicto se inició dentro de los parámetros de otros ya reseñados: módicas peticiones, ofrecimientos de solidaridad y el nombramiento de Gaitán como negociador. La organización que dirigía la huelga, el Centro Obrero Ferroviario, manifestó así la perspectiva con la que se lanzaron a ella: "Nosotros no predicamos revueltas ni asonadas, puesto que atemperamos nuestros actos a las más estrictas normas legales, pero sin que ello implique vacilaciones timoratas, cuando así lo requieran las circunstancias, ya que estamos plena y absolutamente empapados del espíritu de solidaridad". En esta

ocasión, al contrario del año anterior, la empresa y las autoridades estaban preparadas para impedir a toda costa la paralización del transporte. La solidaridad prometida, además, no llegó, y los dirigentes del movimiento veían con desesperación que los mismos ferroviarios que habían votado por la huelga estaban regresando masivamente a trabajar. Gaitán renunció a continuar de negociador alegando intransigencia patronal e 'infiltración comunista' en el sindicato. La huelga, finalmente, fracasó (26).

¿Qué estaba ocurriendo en el movimiento obrero para que, en medio del resurgimiento de la protesta, mostrase signos de desunión, falta de solidaridad y excesiva confianza en los políticos tradicionales? Había un claro contraste no sólo con los movimientos de los años veinte, sino incluso con las movilizaciones de principios de los treinta. Una vía de respuesta sugiere que el proceso de institucionalización liberal estaba apoderándose de sectores de la clase obrera. En 1933, perceptivamente reportaba un diplomático norteamericano: "En casi todos los casos, el motivo de huelga no fue político sino económico: los huelguistas exigían mejores salarios pero rechazaban todas las ofertas de apoyo provenientes de miembros de organizaciones comunistas". Esta impresión sobre la evolución del movimiento obrero sería confirmada un año más tarde por funcionarios del mismo gobierno:

> "Las huelgas que se han presentado en el país constituyen fenómenos naturales de conmoción por la época de reajuste ..., pero no hay una sola que sea reveladora de fermento revolucionario o subversivo. Los obreros reconocen sistemáticamente los fueros legítimos del capital y los esfuerzos personales de los patrones para el desarrollo del país".

Tal vez era aún apresurado considerar que la clase obrera había aceptado la institucionalización liberal, pero es indudable que ésta estaba ganando adeptos en su seno. La ambigüedad de la clase ante este proceso se manifestó dramáticamente en el fracaso de la huelga ferroviaria de Cali. Según Torres Giraldo, "mientras Gaitán salía silenciosamente de Cali, los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico, en un acto de rencor, de justa ira, encienden una hoguera en el patio grande de la estación principal de la ferrovía y en ella queman la flamante personería jurídica otorgada un año antes a su Centro Obrero Ferroviario!" (27).

La acción del Estado, por más hábil que sea no explica la historia obrera en su totalidad. Factores como la escasa presencia de la organización sindical en el conjunto de la fuerza de trabajo, la ausencia de federaciones o confederaciones, y la misma crisis y aislamiento de las organizaciones de izquierda, jugaban su papel en los cambios que sufría el movimiento obrero por esa época. En el plano socio-político, además, había un factor coyuntural que estaba ejerciendo un magnetismo entre crecientes sectores obreros y populares en general: el ascenso a la presidencia de Alfonso López Pumarejo. Aunque se

trataba de un político tradicional, hijo de banquero y consentido por la élite, López sería hasta mediados de los años cuarenta la figura determinante para la clase obrera colombiana.

Con López volvían a revivir las ilusiones que el liberalismo había despertado en 1930. En efecto, su ascenso al poder en 1934 estuvo acompañado --como acertadamente lo señala Daniel Pecaut--, de la sensación, por parte de los sectores populares, de que la hora de la revolución social se acercaba. No por casualidad el movimiento huelguístico se intensificó en el período comprendido entre las elecciones y la posesión del nuevo presidente. Era la oportunidad de ganar el espacio negado por la Hegemonía Conservadora y pospuesto por Olaya Herrera. "Vamos a empezar la lucha de clases", decían unos obreros de Manizales por esos días, "no podemos seguir en la comedia sirviendo de marionetas a los señores feudales" (28). Antes de considerar esta importante parte de la historia del país, y tal vez para entenderla mejor, conviene mirar la crisis de la izquierda y de los proyectos políticos autónomos de la clase obrera.

3. El Triunfo Liberal y el Aislamiento de la Izquierda

Para comienzos del decenio de los treinta era evidente la crisis de las organizaciones que se reclamaban voceras de la clase obrera, especialmente el PSR. Un dirigente de izquierda veía así el panorama social, en agosto de 1930: " año y medio de desconexión con las masas, de silencio, de pasividad, ha dado el resultado que contemplamos: las masas han sido secuestradas por la burguesía. Es necesario recobrarlas..." (29). Pero lo anterior no era una tarea fácil en el nuevo contexto socio-económico y político que vivía Colombia a principios de ese decenio.

En medio de la euforia de sectores populares urbanos y rurales por el triunfo liberal, un puñado de dirigentes obreros, artesanos e intelectuales se reunían en Bogotá en julio de 1930, para evaluar la acción del socialismo revolucionario y trazar nuevos derroteros. La principal resultante del evento fue la transformación del PSR en una organización más ortodoxamente leninista, el Partido Comunista de Colombia, ahora sí oficialmente incorporado a la Tercera Internacional. Cuatro años más tarde un periódico comunista señalaba que el PSR había sido una organización de transición hacía "el verdadero partido del proletariado". El había sido sólo un partido 'pequeño burgués' con influencia liberal. De acuerdo con eso, concluía el periódico, se debía luchar para 'liquidar' la herencia liberal y del PSR dentro de la nueva organización (30).

Si en la tarea de rescatar a las masas 'secuestradas' por el liberalismo no se logró mucho, en la de 'liquidar' la herencia del socialismo revolucionario sí se avanzó más, aunque los negativos efectos de esa política no fueron percibidos inmediatamente por los dirigentes del flamante Partido Comunista.

Superar la herencia del socialismo revolucionario significó costosas renuncias para la izquierda colombiana. No era un simple cambio de formas organizativas; también se hacía necesario modificar el lenguaje y, sobre todo, 'ajustar cuentas' con los dirigentes que simbolizaban el pasado socialismo. En los panfletos de ese momento, por ejemplo, se abandonó el lenguaje pedagógico y directo, remplazándolo por un discurso más doctrinario, impregnado de sectarismo y centrado en la defensa de la URSS y las garantías para el nuevo partido, adornadas con exigencias de carácter reivindicativo. El 'ajuste de cuentas' con los dirigentes del PSR no fue menos drástico. Con la excepción de Torres Giraldo, quien se encontraba en la Unión Soviética, la plana mayor del socialismo revolucionario fue expulsada, o al menos purgada. Pero allí no terminó el ataque. Se hicieron circular agresivas denuncias contra esos dirigentes. En una entrevista periodística en 1931, el entonces líder comunista, Servio Tulio Sánchez, trataba a Raúl E. Mahecha de "aventurero" y lo acusaba de ser una persona "cuyos antecedentes no podían inspirar crédito". De Diego Castrillón --dirigente de la huelga bananera y candidato presidencial-- dijo que "fue expulsado por su claudicación ante la burguesía pidiendo su libertad". Sánchez criticaba también a Tomás Uribe Márquez porque tenía dos caras: con una asentía a los dictados del PSR y con la otra movía sus propios planes. Finalmente, la crítica de Sánchez fue más benigna con los que "se vendieron" al liberalismo, como Moisés Prieto y Felipe Lleras (31). De esta forma el PCC interpretaba el fracaso, intentando una suicida ruptura con las tradiciones obreras que encarnaba el socialismo de los años veinte.

Los vientos ideológicos que soplaban internacionalmente no eran los más tolerantes. Desde fines de los veinte la Internacional Comunista venía enarbolando la táctica del Frente Unico del Proletariado, que en concreto se traducía en una lucha sin cuartel contra las organizaciones populares que no fueran comunistas. En Colombia, los comunistas la asimilaron rápidamente, declarando al liberalismo, especialmente el llamado 'de izquierda', como el enemigo principal! En aras de conseguir en el menor tiempo posible una autonomía política, los nuevos dirigentes comunistas rechazaron todo lo que sonara a liberalismo, sin prestarle atención al tipo de expectativas que el reformismo estaba comenzando a levantar entre los sectores populares. "No nos dimos cuenta", recordaba un entrevistado, "que el liberalismo estaba haciendo reformas progresistas, y en vez de apoyar esas reformas nos fuimos ciegamente como un toro bravo contra Olaya". Los comunistas no sólo tildaban al popular presidente --como hicieron luego al principio con López-- de "lacayo del

imperialismo", sino que utilizaban epítetos vulgares en su contra, provocando, contrariamente a lo que querían, un mayor aislamiento (32).

Con una escasa formación teórica --se conocían sólo los textos divulgativos del marxismo y el sindicalismo, pero no la teoría que los sustentaba--, la táctica del Frente Unico se tradujo en Colombia en una lucha contra los líderes populares no cercanos al PCC. Las épocas de tolerancia y pluralismo ideológico estaban cada vez más distantes. A Juan de Dios Romero, el disidente de los años veinte, se le trató de 'traidor' por aconsejar la negociación en los conflictos laborales. A los dirigentes sindicales no-comunistas se les calificaba de 'amarillos' y hasta de 'social-fascistas'. Pero la principal batalla ideológica del PCC fue contra la organización política que Gaitán fundó por esos años, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria, UNIR.

Por su parte, los atacados respondían con iguales epítetos a los comunistas. La excepción fue Romero, quien todavía en 1932 insistía en acciones unitarias, mientras exclamaba: "en ningún caso vamos a declararle la huelga al Partido Comunista, ni muchísimo menos a la Internacional Comunista". Paradójicamente, las relaciones de la izquierda con el liberalismo no fueron tan distantes. A pesar del discurso anti-liberal, hubo acercamientos coyunturales. En 1933 se firmó un pacto secreto entre comunistas y liberales en la ciudad de Tunja, para excluir a los conservadores de los puestos públicos. Posteriormente el pacto fue rechazado y los comprometidos sancionados, pero era una evidencia de la dificultad de romper con las tradiciones radicales (33).

En términos organizativos el nuevo partido sufrió también transformaciones fundamentales. De la asociación no-celular y federativa que era el PSR, se pasó a una rígida organización centralizada. Se abandonaba así el intento de darle una fisonomía propia a la organización política. La lucha de tendencias fue abolida, pues " no hay lucha fraccional por fútil que no sea utilizada por la policía!". La sucesión de cuatro Secretarios Generales en un lapso de cinco años es indicio de la inestabilidad de la nueva estructura organizativa (34).

Sin embargo, la aproximación a la Internacional Comunista tuvo también algunas ventajas. Aparte de superar el provincialismo tradicional de la política colombiana --aunque introduciendo polémicas y actitudes propias de otras organizaciones europeas y especialmente del proceso soviético--, la apertura internacional permitió la vinculación a organizaciones como la Internacional Sindical Roja y, especialmente, el Socorro Rojo. Este último, una interesante forma de solidaridad, fue un gran apoyo para los dirigentes políticos perseguidos o en prisión. Adicionalmente, por orientación del Comitern, los líderes comunistas procuraron construir organizaciones juveniles, así como sindicatos y ligas campesinas, buscando cubrir los principales sectores sociales.

Aunque electoralmente fuera muy débil, el Partido comenzó a tener influencia en ciertos sectores agrarios y urbanos. Esto le permitió crear organizaciones federales como la Unión Sindical Local --posteriormente Federación Unitaria de Bogotá, o el Comité de Acción Sindical de Barranquilla. Ninguna de estas organizaciones había solicitado legalización pues el Partido Comunista se oponía, en ese entonces, a cualquier proceso de institucionalización liberal (35).

Mención aparte merece el trabajo al interior del Ejército que el Partido practicó por esos años. El socialismo revolucionario, como ya veíamos, había dirigido en varias oportunidades panfletos a soldados y policías llamándolos a desconocer las órdenes de los superiores y a confraternizar con los obreros. En febrero de 1927, cuando Torres Giraldo fue llamado a prestar servicio militar, hizo tal agitación el día de ingreso al cuartel que por la noche estaba de regreso en su hogar. Sin embargo, según la crítica de la I.C., el PSR no hizo un trabajo sistemático entre el ejército. En los años treinta se harían intentos más organizados como el que narra Carlos Hernández en un libro testimonial sobre su experiencia en el ejército en Cali. Con métodos muy artesanales, Hernández logró organizar una red clandestina en el batallón donde prestó servicio militar, consiguiendo no sólo un cierto grado de agitación entre los soldados, sino su neutralidad en los conflictos sociales de la ciudad. El trabajo de Hernández, aunque espontáneo y aislado, no parecía ser el único, como lo atestiguan las continuas denuncias de soldados en la prensa comunista, o la amenaza de insubordinación que ocurrió el 4 de abril de 1935, cuando 40 reclutas que eran trasladados a Bogotá "se sublevaron contra la disciplina despótica y el mal trato de los oficiales"(36). Estos intentos de trabajo dentro del ejército coincidían con tensiones internas en la oficialidad, fruto del cambio político que significaba el ascenso liberal.

En el momento del conflicto con Perú, las élites se preocuparon por el posible efecto del antibelicismo comunista en la fuerzas armadas y en el conjunto de la sociedad. Pero allí no le fue muy bien al PC. Fiel a la consigna de "Guerra a la Guerra" se enfrentó a la movilización nacionalista que siguió a la invasión peruana de Leticia. Catalogando el conflicto como rivalidad inter-imperialista, se opuso abiertamente a la guerra. En esta postura fue acompañado por algunos antiguos socialistas, como Romero y Valencia. *El Socialista*, por ejemplo, decía que con la guerra "los traficantes de carne humana desean atesorar dinero, con la vida de miles de hogares enlutecidos". El grueso de las organizaciones obreras y populares, sin embargo, apoyó entusiastamente los esfuerzos oficiales por preservar la soberanía nacional. El nacionalismo fue hábilmente explotado por el liberalismo, que lo aprovechó para controlar a la izquierda antibelicista y desprestigiarla. Los dirigentes comunistas, tachados de espías, eran continuamente encarcelados, y sus casas o sitios de actividad pública fueron atacados por multitudes nacionalistas. El *New York Times* informaba así, un mes después de la invasión peruana: "Acusándola de ser una

publicación antipatriótica durante el 'asunto de Leticia', una multitud invadió las oficinas del periódico [comunista] *Tierra*, destruyendo muebles, y requisando y quemando copias del periódico."

A pesar del aislamiento que su política anti-belicista le trajo, el Partido Comunista no renunció a ella sino hasta el momento en que se produjo la invasión nazi a la URSS, en 1941. Muestras de ello fueron sus denuncias sobre los roces internacionales del país. En 1934, cuando aún estaba fresco el conflicto con Perú, se presentaron fricciones fronterizas con Venezuela. El PC hizo entonces un llamado a una conferencia 'anti-guerrera' en Bogotá, mientras en Medellín organizó a los reservistas en un comité contra la guerra (37).

La acción del PC no era obstaculizada sólo por causa de la guerra con Perú. En realidad, desde el ascenso de Olaya Herrera los comunistas enfrentaron un permanente hostigamiento. Las marchas de desempleados del 30 y del Hambre en el 32, así como las huelgas de años posteriores, generalmente terminaron con líderes izquierdistas en las prisiones. El solo hecho de organizar una manifestación de protesta era motivo de vigilancia policíaca, cuando no de abierta represión. A los pocos comunistas elegidos como concejales se les limitaba su acción proselitista. La falta de libertades políticas para la oposición explicaba también el aislamiento de la izquierda no liberal.

En esas condiciones resulta entendible el escaso apoyo electoral con que contó el PC, fenómeno también común a otras organizaciones de izquierda como el gaitanismo de la época. El 5 de febrero de 1933 el PC obtendría sólo unos 2.000 votos en todo el país, y otros tantos recibiría en las elecciones presidenciales un año más tarde. La campana anti-comunista caló en amplios sectores de la población, aún entre los sectores obreros. El periódico de los ferroviarios de Cali --con indudable influencia gaitanista-- decía, por ejemplo:

> "Los comunistas [son un] hato de haraganes, rebuscadores de escándalos, que sólo persiguen la matanza de los obreros honrados... incapaces por sí mismos de formarse un ambiente, por sus teorías utópicas e inadaptables a nuestro medio; que basan la liberación de los obreros en la destrucción de todos los sentimientos; en la abolición de la Fe, de la familia, de la propiedad, de la Patria ..." (38).

Aunque la crítica situación del naciente PC no era atribuible sólo a factores internos --en realidad la limitación del sistema político y el anti-comunismo circulante eran también responsables--, indudablemente sus nuevas posturas políticas fueron costosas en términos de respaldo popular. Finalmente, las energías invertidas tanto en 'liquidar' la herencia del socialismo revolucionario como en distanciarse del liberalismo serían una dilapidación de esfuerzos. A pesar del discurso 'bolchevizante', de las expulsiones y sanciones, el Partido Comunista seguirá arrastrando con tradiciones culturales que sus

dirigentes despectivamente consideraban como lastre artesanal (39). Pero el P.C. no era la única organización de izquierda que existía en el momento, aunque sí fue la única que sobrevivió. En diciembre de 1933 Jorge Eliecer Gaitán fundó una organización de corta existencia, pero de gran importancia tanto para la trayectoria del dirigente político como para el entendimiento del proceso de institucionalización que adelantaba el liberalismo. Se trató de la UNIR, una organización nacionalista similar al APRA peruano, de la que Gaitán indudablemente tomó ejemplo.

Para el dirigente político colombiano, la situación de pobreza del grueso de la población era la expresión de la ausencia de un Estado realmente democrático. En la transformación revolucionaria, mas no violenta, del Estado, Gaitán opinaba que no servían los partidos tradicionales, pues ambos compartían el mismo proyecto. (El período de la UNIR es el único en el que Gaitán abandonó su tesis de que el cambio social en el país llegaría por medio del Partido Liberal). Pero, a sus ojos, tampoco la solución era el Partido Comunista. La UNIR se distanciaba de los comunistas tanto en la estrategia --aquella perseguía un Estado democrático y un capitalismo nacional--, como en la táctica --"Nosotros no tenemos el sarampión extremista de fáciles cambios revolucionarios". Finalmente, el cambio social propugnado por la UNIR beneficiaría no sólo a los sectores populares incluidos por los comunistas en su proyecto político, sino a todas las clases 'productivas': obreros, campesinos, empleados y clases medias. "Nuestro enemigo no es la riqueza, sino la pobreza", señalaba Gaitán para resumir su programa, en el que ya se insinuaban elementos populistas (40).

Tanto el discurso de Gaitán como el de la UNIR estaban formalmente influidos por el marxismo. Desde sus escritos de los años veinte, él reconocía los préstamos teóricos de la concepción materialista. En el periódico oficial de la UNIR aparecieron, además, numerosos artículos en donde afloraba un discurso marxista. De hecho, muchos socialistas al margen del PC se articularon rápidamente a la organización gaitanista. Pero esa era la apariencia. El gaitanismo tomaba también elementos de Haya de la Torre, de Sorel y aún del mismo Mussolini, a quien Gaitán admiró cuando estuvo estudiando en Roma a mediados de los años veinte. Parece que la organización campesina unirista, compuesta de Legiones y Equipos, así como las marchas gaitanistas, copiaban aspectos del fascismo italiano. El eclecticismo de la UNIR le permitía hablar de corporativismo y, al mismo tiempo, de modernización del Estado. Incluso, cuando de criticar al capitalismo se trataba, no faltaron las frases anti-semitas en la prensa unirista. Pero el punto no es tanto que ella fuera ecléctica, sino que apuntaba en una dirección distinta de las organizaciones marxistas o aún socialistas tradicionales. La lógica de Gaitán, como lo señala Daniel Pecaut, reforzaba la dependencia del pueblo, supuestamente inerte, hacia sus caudillos y la institucionalidad. En el plano obrero esta lógica se traducía en el

predominante papel del abogado laboralista para orientar hacia la victoria a los sindicatos. De hecho esa concepción tuvo resonancia en el movimiento huelguístico de la época. El gaitanismo, además, logró controlar organizaciones campesinas (especialmente en la región de Sumapaz, cerca a Bogotá) y obreras, tales como la Federación Local del Trabajo en Bogotá y la Federación de Transportes con sede en Cali (41).

Gaitán no sólo despertó simpatías obreras o campesinas: algunos intelectuales de la izquierda no comunista también acudieron a sus filas. Carlos Melguizo, uno de los fundadores del primer Partido Socialista en 1919, Luis A. Rozo, dirigente obrero de pasado anarquista, y hasta el joven socialista Gerardo Molina, figuraron en las listas electorales de la UNIR en 1935. Moisés Prieto, ex-dirigente del PSR, y Erasmo Valencia, socialista 'integral', fueron asesores de organizaciones gaitanistas. Pero al concentrar esfuerzos en una estéril disputa con los comunistas, el unirismo perdió capacidad de atracción de la 'intelligentia' colombiana. Aunque ciertamente el PC fue más virulento en la crítica del gaitanismo que viceversa, no es menos cierto que este último no se le quedó muy atrás (42). Al final, la disputa entre las organizaciones de izquierda dejó el terreno abonado para que fuera el liberalismo el encargado de atraer a esa intelectualidad colombiana.

A pesar del éxito jurídico de la UNIR, y particularmente de Gaitán, esta organización no contó con gran apoyo electoral. En parte ello se debe a que nunca logró ser una organización de cobertura nacional. Mientras el unirismo lograba resonantes avances laborales, el terreno político lo seguían llenando los partidos tradicionales. Luego de los fracasos electorales de 1934 y 1935, en donde no obtuvo más de 3.000 votos, Gaitán decidió retornar al liberalismo, para no abandonarlo más. Como acertadamente recordaba un entrevistado:

> "Gaitán se da cuenta de que ... la ilusión liberal es muy grande, que es muy difícil romper esa ilusión. [Es] un pueblo que vuelve a vivir esa ilusión que está afincada en su tradición, en su historia, y en una historia muy gloriosa. Entonces [él] se da cuenta de eso y regresa al Partido Liberal, pero comienza a hacer su gran campaña reformista "(43).

En un comportamiento contradictorio, que dejó sorprendidos a amigos y enemigos, Jorge E. Gaitán, después de negar que tenía alianzas con el liberalismo, apareció en una lista oficial de ese partido a la Cámara. Cuando fue elegido renunció a la UNIR, dejando huérfana a la organización, la que prontamente desapareció. Ese paso era más que lógico, de acuerdo a los intereses de Gaitán. Para ejercer con éxito su profesión de abogado laboralista no se justificaban los costos de una organización independiente, máxime si el presidente López anunciaba unas reformas que sintetizaban los anhelos de la UNIR. Pero ese salto político del gaitanismo tuvo efectos en el proceso de institucionalización que avanzaba el lopismo. En la izquierda no quedaban

enemigos, salvo el pequeño pero combativo Partido Comunista, que pronto haría también su acercamiento a López.

El liberalismo, por su parte, no se quedó con las manos cruzadas esperando que los sectores urbanos acudieran a sus filas. Además de las ya mencionadas leyes, el Partido Liberal trató de fortalecer las instancias mediadoras estatales en los conflictos laborales. Cuando aún se estaba en la transición de gobiernos, meses antes de la posesión de Olaya Herrera, el intelectual socialista José Mar fue encargado de la Oficina del Trabajo. Desde 1931 se inició además la práctica de incluir en las listas electorales liberales un renglón 'obrero'. En Bogotá ese puesto fue ocupado por Guillermo Rodríguez, otro antiguo simpatizante socialista. Años después se decidió que dos obreros hicieran parte de la Dirección Nacional Liberal, lo cual era una forma ingeniosa de reconocer la existencia de la clase obrera y de darle ciudadanía con etiqueta liberal. Simultáneamente el liberalismo, apoyándose en tradiciones artesanas, estableció las Casas Sindicales o las Casas Liberales, para apoyar el proceso de incorporación de los movimientos sociales. Dichas entidades, aunque tenían más un propósito electoral que propiamente social, lograron influencia entre los sectores obreros, especialmente del sector público. Así, en 1934 surgió en Bogotá el Instituto de Acción Social, que combinaba la acción asistencialista con el apoyo organizativo popular al servicio del partido (44).

La mayor presencia liberal en los sectores urbanos estuvo acompañada del retorno de la intelectualidad radical que temporalmente había abrazado las banderas del socialismo. Se conformó así un ala izquierdista alrededor del semanario *Acción Liberal*. El retorno de Gaitán y el acercamiento del P.C. serían los momentos culminantes de este proceso. En esta cooptación de la intelectualidad radica uno de los secretos del éxito liberal y de la estabilidad de la llamada democracia oligárquica en Colombia. Se ahogaban así las posibilidades de contar con una 'intelligentia' independiente del bipartidismo y de construir un partido de sectores medios, como los que surgían en otras partes de Latinoamérica (45).

A fines del Gobierno de Olaya Herrera este proceso estaba pendiente y, peor aún para la élite, había serios indicios de resistencia obrera y campesina al proyecto institucionalizador. Por tanto, parecía urgente acelerar el proceso reformista, y la persona escogida para ello era Alfonso López. Aunque en la campaña electoral no hizo gala de veleidades socialistas ni de demagogia populista, los sectores populares lo identificaron como la esperanza de cambio. Un periódico tan radical como *Claridad*, que había criticado de cobardes a los socialistas revolucionarios, hablaba así en nombre de los campesinos: "Doctor Alfonso López: los campesinos ya no pueden resistir más tanto dolor... haga usted algo ya que puede hacerlo, en bien de tanta pobrería torturada y desesperada de todos y de todo". En un editorial advertía más tajantemente el mismo periódico: "O López hace la revolución social o lo tumba la revolución".

En esas condiciones se esperaba un gran respaldo popular, pero no el abrumador resultado electoral en su favor: 938.608 votos se consignaron en su nombre el 11 de febrero de 1934, más que los logrados por algún otro presidente, por lo menos hasta los años cincuenta. El otro candidato, pues el conservatismo se había abstenido para socavar la legitimidad del gobierno liberal, fue el indígena comunista Eutoquio Timoté, que obtuvo escasamente 1.974 votos! (46). El favoritismo popular era claro y las suertes estaban echadas. Así se inició el gobierno de la llamada Revolución en Marcha.

4. El Reformismo Lopista

A pesar de las particularidades del caso colombiano --especialmente la preservación de la 'democracia oligárquica' en los años treinta--, la irrupción del reformismo lopista no era algo aislado en el contexto latinoamericano. Por el contrario, el nacimiento de movimientos populistas en Perú y Brasil, el gobierno del Frente Popular en Chile y la profundización de la Revolución Mexicana por el General Lázaro Cárdenas eran, entre otros ejemplos, indicios de una nueva coyuntura internacional. El caso colombiano puede ser también interpretado dentro de los parámetros con que Nora Hamilton explica el gobierno de Cárdenas en México, aunque el de Alfonso López se haya quedado muy corto en reformas. Para Nora Hamilton lo que sucedía en México, como en general en la periferia del capitalismo en los años treinta, era una debilidad temporal de los lazos de dependencia, fruto precisamente de la Gran Depresión. Esa coyuntura permitió lo que ella designa imprecisamente una 'autonomía relativa' del Estado. En un contexto internacional estimulante de la sustitución de importaciones, las políticas destinadas a incentivar el mercado nacional se hicieron posibles. Ello permitía una acción estatal aparentemente favorable para los sectores populares. En lo que difiere el caso colombiano del mexicano no es sólo en la radicalidad de las reformas, sino en la debilidad de una política nacionalista por parte del gobierno (47).

En todo caso, según esta perspectiva, Alfonso López Pumarejo no sólo era la persona correcta para dinamizar el reformismo liberal, sin alterar el sistema vigente, sino que accedió al poder en el momento acertado.

Como ya veíamos en el primer capítulo, López intentó devolverle la legitimidad al Estado, modernizándolo y dándole la posibilidad de intervenir en la economía. La Ley de Tierras y otras leyes dictadas en favor de los sectores populares, eran consecuencias de la reforma constitucional llevada a cabo durante su gobierno. En lo que toca a la clase obrera, la primera administración de López Pumarejo no dio pasos sustanciales en materia legal. Por ejemplo, el proyecto de establecimiento de un salario mínimo quedó nuevamente empantanado. Lo más destacado en este terreno fue la creación del Ministerio

de Trabajo en 1938, en las postrimerías de su gobierno. El proyecto de institucionalización del sindicalismo se vio fortalecido con la Ley 40 de 1937, la que reglamentaba los congresos obreros. Igualmente se elaboró algo sobre la proporción de trabajadores extranjeros en las empresas y sobre la carrera administrativa para empleados públicos.

Aunque en materia de legislación laboral el gobierno de López fue relativamente pobre, no lo fue tanto en lo relacionado con la intervención estatal en los conflictos. Allí radicó el éxito de la política laboral de su primera administración. Lo sucedido con la U.F.C., descrito a inicios de este capítulo, es un buen ejemplo de la nueva actitud estatal. Por eso el Presidente se ufanaba de que su gobierno era realmente revolucionario. En un mensaje al Congreso Obrero de 1936, decía: " la agitación política desde 1929 hasta hoy es de izquierda, porque es un movimiento de liberación espiritual de ese criterio ... Este gobierno abrió ancho campo al esfuerzo revolucionario y no detuvo con el peso de su autoridad ninguna iniciativa de cambio" (48). El hecho de que la institucionalización del sindicalismo avanzara en estos años más por manejo del Ejecutivo que por el camino legal de reforma laboral, indica cierta debilidad del Estado mismo. La tradicional manipulación del aparato estatal por alguno de los viejos partidos era una manifestación clara de esa debilidad. Lo que sucedió a mediados de los treinta, más que resultado de una 'autonomía relativa' del Estado, fue consecuencia de la manipulación del aparato estatal por parte del ala lopista, eso sí en condiciones internacionales y nacionales propicias para el reformismo. Coincidimos así con Daniel Pecaut cuando señala que: "...la alianza entre élite dirigente y las masas populares, que se adornaba con los colores de la 'Revolución', cedía el paso a la simple alianza electoral en provecho de un Partido --el Liberal-- que se enraizaba, tanto como su rival, en las modalidades de dominio de la sociedad oligárquica" (49).

Los nuevos vientos internacionales soplaban también en las filas obreras. A raíz del ascenso de Hitler en Alemania, la Internacional Comunista comenzó a cuestionar la validez de la táctica del Frente Unico Proletario para la contención y derrota del fascismo. Las experiencias de Francia y España, en donde los comunistas se habían aliado con sectores burgueses para preservar la democracia, fueron definitivas. En esas condiciones, el Séptimo Congreso de la I.C. decidió promulgar una nueva táctica: los Frentes Populares. En Colombia el viraje táctico fue acogido con mucho entusiasmo por los comunistas, sin que lo entendieran completamente. Los fracasos electorales y la atracción reformista de López sobre los sectores populares los preocupaba mucho. De otra parte, la agrupación de fuerzas derechistas para oponerse a López les hizo temer la formación de un bloque fascista. En ese contexto se entiende la rapidez y simplicidad, con que el PC asumió la táctica del Frente Popular. En el grito "CON LOPEZ CONTRA LA REACCION" se consagró lo que parecía un temporal apoyo al lopismo para frenar un supuesto fascismo, apoyo que derivó

en adhesión a la persona del presidente (50). De esta forma se producía una reconciliación con la tradición radical-liberal que aún sobrevivía en el Partido Comunista a pesar de las campañas de bolchevización.

Es necesario aclarar que en Colombia el Frente Popular no gobernó, como sucedió en Chile, en España y Francia, sino que apoyó a la administración de López. Si bien el presidente no desechó el apoyo, no hizo ninguna concesión que significara ceder algo de poder. Más aún, parece que salvo en algunas ciudades, especialmente Bogotá y Barranquilla, y en algunas regiones, el Frente Popular fue más una consigna que una realidad organizativa. En muchos casos era la expresión de la alianza del PC con sectores de izquierda, y en otros simplemente se trató de disidencias liberales.

Pequeños grupos de izquierda adhirieron entusiastas a la nueva política. Uno de ellos fue Vanguardia Socialista. Conformada por intelectuales como Gerardo Molina o políticos como Diego Luis Córdoba, contaba con un electorado guarnecido a la sombra del liberalismo. Desafortunadamente no se desarrolló nunca como un moderno Partido Socialista. Otras organizaciones de izquierda, de carácter más local, secundaron la iniciativa de apoyar a López. En Cundinamarca, Erasmo Valencia había conformado en 1935 el Partido Agrario Nacional, P.A.N., participando en elecciones en la región de Sumapaz. Cuando crecía un desencanto con la política electoral, surgió la iniciativa del Frente Popular a la que el P.A.N. inmediatamente adhirió. Su vocero, *Claridad*, decía: "las agrupaciones de izquierda han acertado al conjugar en una sola voluntad para respaldar eficazmente al gobierno democrático del Doctor Alfonso López ... sea ésta la oportunidad de declarar que los campesinos de Cundinamarca respaldan sincera y desinteresadamente su gobierno" (51).

Una de las consecuencias inmediatas del cambio de táctica del PC, y de la creciente adhesión de grupos de izquierda al presidente López, fue la posibilidad de la unidad sindical. Un periódico obrero de orientación liberal decía, a fines de 1935, que "el comunismo ordenó a todos los sindicatos... cambiar de táctica en las campañas unificando las fuerzas izquierdistas y suspendiendo los ataques contra el gobierno Liberal". Aunque había disponibilidad oficial para apoyar el proceso unitario, aún subsistían tensiones entre los comunistas y los liberales o uniristas. En el allanamiento de esas asperezas jugó un papel importante la llamada Izquierda Liberal, que se había fortalecido con el ascenso de López al poder (52).

Las posibilidades de unidad sindical, por supuesto, fueron bien recibidas por los sectores organizados de la clase obrera. Para el gobierno de López era un paso necesario --pues era la única forma de darle capacidad de presión a la clase obrera, controlándola--, aunque no exento de riesgos. Al bloque de derechas le preocupaban precisamente esos últimos --básicamente el temor de un desborde de la institucionalidad por una clase fortalecida

organizativamente--, y por eso miró con sospecha tanto el proceso de unidad como el acercamiento obrero a López. Se aducía que la agitación huelguística y el rígido control comunista de algunas zonas campesinas eran expresiones de nuevos intentos insurreccionales. El PC en realidad había desechado ya la táctica de la insurrección, aunque aún conservaba estricto control sobre zonas campesinas en el Río Magdalena y especialmente en la región del Tequendama en Cundinamarca, cuyo centro era Viotá. El control de la vida cotidiana de esas comunidades campesinas que el PC ejercía, tenía una dimensión más defensiva que ofensiva (53). Algo similar diremos de los conflictos huelguísticos orientados por este partido. Los comunistas habían concentrado sus energías en un nuevo proyecto: la construcción de una alianza entre los sectores populares y la llamada burguesía nacionalista, para consolidar la democracia en el país. Eso se traducía simplemente en un apoyo a la gestión de López. Ahora sí, el presidente de la Revolución en Marcha podía exclamar confiado que no tenía enemigos a la izquierda.

5. Las Respuestas Obreras (I): el Movimiento Huelguístico

Los obreros responden de diferentes formas a las iniciativas estatales o patronales, las que abarcan desde rechazos individuales hasta luchas colectivas. De las últimas nos ocuparemos ahora. Si se mira nuevamente el Cuadro 3 se ve que las estadísticas de huelgas para los años del primer gobierno de López son las más altas del período estudiado: en 1934 registramos 37 huelgas; en 1935, encontramos el pico de 38 conflictos; al año siguiente el número bajó a 20; en 1937 contabilizamos 37 huelgas. Lo que se desprende inmediatamente de este recuento estadístico es la importancia que la variable política juega en la lucha huelguística. Veamos en detalle los principales conflictos para poder llegar a conclusiones más solidas.

El año de 1935 continúa las tendencias huelguísticas ya vistas para el 34, especialmente con relación a las expectativas de cambio social despertadas por la elección de López. Se inicia con dos huelgas que son prolongación de conflictos anteriores: la huelga bananera ya reseñada y la del Ferrocarril de la Dorada. Ambas eran empresas de capital extranjero, en ambas hubo amplia solidaridad ciudadana y, finalmente, en ambas intervino el Estado presionando a los empresarios a negociar. En el caso de los ferroviarios, el 5 de enero el presidente convocó a los dirigentes a una reunión conjunta con el gerente de la empresa en Bogotá. Ese mismo día se llegó a un acuerdo, relativamente favorable a los trabajadores, y la huelga se levantó (54).

En los días que siguieron continuó la agitación entre artesanos, trabajadores del transporte en general y de las trilladoras de café. Como se recordará, la movilización de trabajadores cafeteros venía en ascenso desde fines de los años veinte. El Partido Comunista había convocado a una huelga cafetera para 1935. Aunque ésta nunca se produjo en la forma generalizada que se pretendía, sí hubo agitación campesina, especialmente en Cundinamarca y Tolima, y huelgas parciales de trabajadoras de las trilladoras. La más importante fue la ocurrida en el área del antiguo departamento de Caldas a principios de año. Durante diez días las asalariadas de las principales trilladoras de la región sostuvieron valientemente la huelga. Las huelguistas pedían incremento salarial, cumplimiento de las leyes de trabajo, libertad de organización y "mejor trato por parte de los administradores". Después de actos de violencia en la ciudad de Pereira, que dejaron como saldo unas 70 obreras presas, el gobierno exigió la dimisión de las autoridades departamentales y locales por los excesos cometidos. En cuanto a las reivindicaciones, parece que algo consiguieron las trabajadoras. Sin embargo, un mes más tarde estalló un paro, localizado en la población de Montenegro, más o menos por los mismos motivos. Las huelgas cafeteras contaron con gran apoyo ciudadano, a pesar de los rumores que circularon sobre infiltración comunista (55).

Para mediados de año, el énfasis de las huelgas por sectores comenzó a variar lentamente, tomando relevancia el conflicto laboral en las grandes industrias del país, las cuales se preciaban de tener excelentes relaciones laborales. El uso de nuevas formas de presión obrera fue también destacado en el período. En abril hubo una huelga conjunta en Bavaria y Vidrios Fenicia, que tuvo como novedad la 'toma' de la fábrica por parte de los trabajadores, ante la intransigencia patronal. Aunque el gobierno intervino declarando ilegal el movimiento, los empresarios accedieron a negociar, pero en este caso por la presión obrera. Dos meses después estalló el conflicto en la empresa textilera antioqueña Rosellón. Los huelguistas recibieron amplio apoyo ciudadano e incluso por un día hubo paro de transportes y de servicios públicos como energía en Medellín. El gobierno, apresuradamente, envió dos ministros, el de Industrias y el de Guerra, para buscar un acuerdo. Los dueños, los Echavarría, declararon que aceptaban el arreglo en aras de la paz social, aunque dejara en malas condiciones a la empresa! (56).

A fines de 1935 los conflictos laborales adquirían nuevamente dimensiones preocupantes para la élite. En Medellín, en noviembre, treinta sindicatos, catorce de ellos en servicios públicos, conformaron una organización coordinadora: el Frente Unico de Obreros. La amenaza de paro general en la ciudad, que se llevó parcialmente a efecto, obligó a los directivas de las empresas municipales a negociar. En Bogotá, a principios de diciembre estalló una nueva huelga con 'toma' de fábrica, en este caso en la industria alimenticia El Papagayo. El gobierno se negó a mediar mientras las 28 mujeres y los 12

hombres trabajadores estuvieran en control de la fábrica. Una vez desocupada la planta, unos días después, el Ministro de Industria convocó a las partes a negociar. En Cali, por la misma época, los trabajadores de la seccional de Bavaria declararon apresuradamente una huelga, sin seguir los pasos legalmente establecidos, 'tomándose' las instalaciones. El gobierno declaró ilegal el conflicto y obligó a los trabajadores a desocupar la fábrica y a reintegrarse sin ninguna conquista, con la promesa de que apoyaría un proceso legal de negociación.

Estas huelgas --llamadas 'locas' por la gran prensa--eran las que más preocupaban a los círculos elitistas y al mismo Estado, pues significaban un desborde práctico de la institucionalidad que se quería imponer. Para la izquierda este revivir huelguístico, e incluso las tentativas de formar una confederación de carácter nacional, reiteraban las potencialidades revolucionarias de la clase obrera. *Claridad* decía a fines de ese año, haciendo gala de un lenguaje que pronto superaría:

> "Los obreros, organizados lejos de la tutela de los gobiernos y de los patrones burgueses, usan la huelga ... como arma de combate para imponer sus reivindicaciones inmediatas y preparar el ascenso del proletariado al poder político. La huelga que no tenga como móvil estas dos finalidades de clase no es huelga" (57).

El conflicto que selló ese año fue la de los petroleros de Barrancabermeja contra la Tropical Oil Co. y la empresa del oleoducto, la Andian. Las peticiones de los trabajadores eran similares a las planteadas en los años veinte: incremento salarial, mejor alimentación, supresión de los monopolios comerciales de las multinacionales, jornada de ocho horas y "destitución de algunos empleados extranjeros y colombianos que tiranizan a los obreros". Ante la inminencia de la huelga, las organizaciones obreras de la capital, aún divididas entre liberales y comunistas, enviaron sendos delegados al puerto petrolero. Pero ya se percibía un nuevo espíritu en las distintas organizaciones: El delegado comunista, Gilberto Vieira, según información de prensa, "recalcó la necesidad de prestarle apoyo irrestricto al actual gobierno y prescindir de toda clase de violencia en el reclamo de los derechos". El Ministro de Industrias, desplazado por el gobierno para atender el conflicto, señaló que "el gobierno respeta y reconoce el derecho de los obreros a la huelga y mantendrá una actitud de expectativa mientras ellos permanezcan dentro de la ley". Como medida preventiva, el Gobierno desplazó tropa adicional. Los obreros hicieron exhibición de gran capacidad organizativa al controlar no sólo el consumo alcohólico, sino prácticamente la vida de la ciudad durante la huelga. El resultado, sin embargo, distó de ser favorable para los huelguistas. Aunque se consiguieron algunas prebendas, la Tropical Oil Co. se reservó el derecho de expulsar a los dirigentes considerados comunistas (58).

En 1936 hubo una disminución del número de conflictos abiertos, mas no en la combatividad que continuaba lo insinuado el año anterior. A mediados de enero, por ejemplo, volvió a estallar una nueva huelga en la fábrica textil de Rosellón. Las peticiones repetían las de ocasiones anteriores: mejoras salariales, estabilidad en el trabajo, vacaciones remuneradas, cambio de personal directivo, buen trato a las trabajadoras --que componían dos terceras partes de la fuerza de trabajo-- y cumplimiento de las leyes laborales. Aunque no se consiguió la solidaridad de los trabajadores de otras industrias textileras, especialmente de la cercana Coltejer, tanto el concejo de Envigado --en donde estaba situada la empresa-- como la población en general apoyaron a las huelguistas. El gobierno declaró ilegal el conflicto y sólo intervino para encarcelar a los dirigentes, tachados de comunistas. Las trabajadoras continuaron la huelga sin buscar acuerdos, pues "si ya es ilegal, para qué dialogar". La empresa, apoyándose en las disposiciones oficiales, cerró la planta. Finalmente, por intervención de políticos liberales, entre ellos Gaitán, el gobernador presionó un acuerdo relativamente favorable a las trabajadoras (59).

En lo que siguió del año se presentaron nuevos conflictos entre los trabajadores asalariados agrícolas, en minería y en obras públicas, mientras que en otras esferas se daban pasos firmes para la creación de una organización nacional. Para octubre estalló un paro de los sindicatos de constructores y reparadores navales de Barranquilla. Ante la gran solidaridad obrera de la ciudad y del Río Magdalena, tanto el gobernador como el Inspector Nacional del Trabajo, desplazado a Barranquilla a raíz del conflicto, presionaron a las empresas navieras a negociar. Las empresas accedieron a regañadientes, y no sin protestar por la 'parcialidad' de las autoridades (60).

Durante el año de 1937 se presenció un gran número de huelgas. Tantas que Alfonso López, preocupado, solicitó a los trabajadores acudir a otros caminos de negociación. En el contexto de polarización política que vivía el país, continuamente se acusó al movimiento huelguístico, de parte y parte, de estar politizado. Como era ya casi tradicional, los ferroviarios iniciaron el año con paros. En enero fueron a la huelga los de Cartagena y en marzo los de Cali. En este último caso se habló de una huelga generalizada de todos los ferrocarriles. Ante ello López intervino directamente, pidiendo a los huelguistas levantar el paro para iniciar negociaciones. Estos así lo hicieron, consiguiendo prácticamente todo lo que pedían (61).

En junio le correspondió el turno al otro sector fuerte de transportadores: los trabajadores del Río Magdalena, agrupados a la sazón en la FEDENAL, Federación Nacional de Trabajadores del Transporte. Dicha Federación coordinó la presentación de 32 pliegos, correspondientes a los sindicatos afiliados. Los trabajadores no sólo aceptaron sino que pidieron la mediación del gobierno. Ante la negativa empresarial, la FEDENAL decretó un paro en todo el Río Magdalena. López intervino en persona, nuevamente, solicitando levantar

la huelga para propiciar la negociación. La Federación aceptó, aunque no todos los afiliados la secundaron. Finalmente el gobierno, representado por tres ministros, obligó a los navieros a firmar un histórico pacto con la FEDENAL, el que produjo no solamente incrementos salariales del 63% sino que exigía la sindicalización obligatoria de los trabajadores del Río!. Las navieras, a su vez, fueron autorizadas para aumentar las tarifas de transporte (62). De esta forma ferroviarios y trabajadores fluviales se convertían en los ejes de la presión obrera.

En 1937 se presentaron además conflictos que enfrentaron a los trabajadores con las autoridades locales, por lo que fueron catalogados nuevamente como politizados. En febrero se vivió la famosa huelga de choferes de taxi de la ciudad de Bogotá contra el entonces alcalde Jorge E. Gaitán. El dirigente político buscó aplicar sus ideas de educación del pueblo, dándole prioridad a la higiene y a la presentación externa como símbolos de mejoramiento social. Por ello, prohibió el uso de ruana y alpargatas en la ciudad y exigió el uso de uniformes a los trabajadores de los distintos servicios públicos. En consecuencia, choferes y lustrabotas debían estar uniformados. Los choferes se fueron al paro ante tan caprichoso decreto. La prensa liberal catalogó como de inspiración conservadora la huelga, presionando al gobierno a declararla ilegal, cosa que efectivamente sucedió (Por esa época el conservatismo, efectivamente, estaba organizando a gremios de transportadores para protestar contra el gobierno). Pero a Gaitán no le fue bien, pues a raíz del conflicto se vió obligado a renunciar (63).

En abril nuevamente fueron los trabajadores antioqueños los que ocuparon amplias páginas en la prensa del momento. Ante la negativa de las autoridades locales a considerar su pliego, los trabajadores de las empresas públicas se lanzaron a un paro. El 16 de abril sólo el Acueducto estaba funcionando, mientras energía, tranvías y teléfonos estaban paralizados. El movimiento en estos sectores terminó siendo una huelga general. Los ministros de Gobierno e Industria se desplazaron a Medellín con el doble objetivo de levantar el paro y presionar al concejo municipal, con gran peso conservador, a negociar. Mientras las autoridades locales denunciaban la politización del conflicto, el Ministro de Gobierno la negaba. Al respecto es necesario precisar que no era muy claro qué querían decir los miembros de la élite cuando hablaban de 'huelga política', pero ciertamente era una forma de crear el clima para decretar su ilegalidad (64).

Ese mismo año, además de lo ya visto, los trabajadores hicieron uso de nuevas formas de presión laboral como la 'huelga sentada' (parece que los huelguistas se sentaban en un sitio público durante los días del conflicto) y los paros 'escalonados' (paralización de sección por sección de una gran empresa). Del recurso a la huelga hicieron también uso los empleados, quienes pararon

por dos horas en octubre de ese año, para presionar legislación laboral en su favor.

Así se llegaba al final del gobierno de Alfonso López Pumarejo, en 1938. La disminución de los conflictos abiertos obreros --13 en todo el año-- y de la agitación campesina, sugieren un éxito en el intento de control estatal de los movimientos sociales. En el plano laboral, la patronal venía presionando una legislación más restrictiva del derecho de huelga. La confianza que los sectores empresariales habían colocado en el gobierno de López comenzaba a desvanecerse, y en algunos casos se tornó en franca oposición. Por ejemplo, en abril de 1937 un grupo de empresarios antioqueños había solicitado precisión sobre los sectores a los que se les prohibía el ejercicio de la huelga, la disminución de la proporción de trabajadores en los tribunales de negociación y la ilegalización definitiva de las huelgas de solidaridad. En efecto, a principios de 1938 el gobierno presentó al Parlamento un proyecto de ley recogiendo esas peticiones. El Congreso Obrero de Cali, en abril de ese año, se opuso al proyecto, pero apoyó al gobierno en su llamado a restringir el uso de la huelga. En dicho evento se condenó la lucha de clases, la intervención de los sindicatos en política, advirtiendo a los obreros que sólo se apoyarían aquellas huelgas que siguieran el curso legal (65). Estos pasos sugerían la imposición lenta de la institucionalización, y el freno al proceso reformista del gobierno de López. Previamente, en diciembre de 1936, para apaciguar la oposición conservadora y las críticas patronales, el mismo López había proclamado la necesidad de hacer una 'pausa' en la Revolución en Marcha.

En los últimos meses del gobierno de López se dieron aisladas huelgas en sectores agrarios y de choferes, además de una 'huelga de brazos caídos' en la empresa Bavaria. Pero el nuevo paro de los trabajadores petroleros de Barrancabermeja, en abril del 38, fue sin lugar a dudas el conflicto más destacado del momento. Desde febrero se venía discutiendo el pliego de peticiones y cuando las conversaciones se interrumpieron por negativa de la Tropical Oil Co., los trabajadores pidieron la instancia de conciliación, procurando evitar el desenlace huelguístico. La conciliación falló y los trabajadores apelaron al último recurso posible: la arbitración del gobierno. El Ministro de Gobierno aceptó, pero la multinacional rechazó la solución. No quedándoles más alternativa, los petroleros se lanzaron a la huelga, recibiendo apoyo político de las fuerzas lopistas a lo largo del país. Cuando el dirigente socialista Diego Luis Córdoba pronunciaba un discurso de solidaridad con los huelguistas, las fuerzas del orden dispararon contra la multitud que lo escuchaba, con saldo de tres muertos y varios heridos. Ante la gravedad de la situación, un sector de huelguistas decidió pactar, dejando a la organización sindical sumida en una división que será superada solamente años más tarde.

Para los trabajadores petroleros fue claro que, a pesar de la retórica nacionalista de López, las multinacionales seguían haciendo lo que se les venía

en gana. Un testigo recordaba que "en la Revolución en Marcha aquí llegó un Ministro a decir que era más potente la Tropical que el gobierno...". Este amargo sentimiento también se reflejó en unos versos que circularon por esos días en Barrancabermeja bajo el título de El Son de la Huelga:

"Es un desfile de overoles
es un desfile de camisas de color de aceite [...]
y el grito más fuerte aún ...Colombia sí, Troco no ...
[...] la guardia los va mirando
hasta que escucha la orden
de disparar a la masa
que si es masa es liberal [...]
y son los mismos fusiles
que en tiempos de Hegemonía
también al pueblo abalearon,
sangre obrera lava las calles de Barranca ...
y al final de la matanza
se oye aún el grito doloroso y sarcástico ...
López sí, Troco no" (66).

Se cerraba así lánguidamente el ciclo reformista que se había iniciado con promesas revolucionarias y acciones espectaculares por parte del gobierno. Pero, a pesar de la 'pausa' y del desencanto, tanto con la Ley de Tierras como con la política laboral de los últimos meses, siendo la matanza de Barrancabermeja el punto culminante, el primer gobierno de Alfonso López será recordado por generaciones obreras como el más favorable para la clase. El primer Ministro de Trabajo haría por su parte el siguiente balance de la gestión lopista, en julio de 1938: "El Gobierno puede declarar con base en las realidades evidentes que su acción social no sólo libró al país de la anarquía que se presagiaba en 1934, sino que ha contribuido al desarrollo de todas las fuerzas productivas de la sociedad" (67).

A pesar del ascendiente que López logró entre los trabajadores, no todo estaba bajo su control. Por el contrario, la irrupción de movimientos de solidaridad, de paros generales, de huelgas en sectores públicos en los que supuestamente no se podían hacer, de 'tomas' de fábrica y novedosos mecanismos de presión, así como de formas de coordinación más efectiva, eran motivo de preocupación para los sectores de la élite. La irrupción de huelgas en el sector manufacturero era un indicio más de la crítica situación. La posibilidad de desbordamiento de la legalidad vigente, cuestionando el éxito del proyecto liberal institucionalizador, además de la desconfianza que fomentaba entre los sectores patronales, exigía mecanismos más eficaces de control, que al mismo tiempo permitieran canalizar en favor del lopismo las energías obreras. La oportunidad de presentó con la construcción de formas organizativas de cobertura más amplia, que no dejaban de ser simultáneamente un riesgo por el poder de presión que podían dar a los obreros. Esas tensiones entre el intento

de institucionalización y el desbordamiento obrero vamos a considerarlas con más cuidado a continuación.

6. Respuestas Obreras (II): El Sindicalismo

Desde la desaparición de la CON, a fines de los veinte, se veía la necesidad de contar con una organización nacional que coordinara la solidaridad, presionara al Estado, estimulara la creación de organizaciones sindicales y fortaleciera las existentes. Después de intentos efímeros, a mediados de 1935 algunos sindicatos de Bogotá convocaron una amplia asamblea sindical. Las distintas fuerzas políticas, desde los sobrevivientes anarquistas hasta los liberales, pasando por los comunistas y uniristas, secundaron la iniciativa. Aunque formalmente de esa asamblea surgió la Confederación Sindical Colombiana, era muy prematuro hablar de unidad sindical. De una parte, el PC anclado aún en la táctica del Frente Unico, protestó la elección del Comité Ejecutivo, pues quedó en minoría. De otra parte, algunos sectores liberales boicotearon el evento por considerarlo manipulado por fuerzas izquierdistas. El resultado fue la existencia de dos directivas que reflejaban la tensión de las dos grandes tendencias del sindicalismo del momento: el liberalismo y el comunismo (68).

El ambiente político en 1936, sin embargo, se fue tornando cada vez más propicio para la anhelada unidad sindical. El gobierno de López, contando con un Parlamento exclusivamente Liberal --por la abstención Conservadora--, estaba dispuesto a implementar el proyecto reformista. Los sectores obreros percibieron más claramente la necesidad de contar con una sola organización nacional para presionar cambios en su favor. El primero de mayo de 1936, en el desfile unitario de trabajadores que analizaremos con más detalle en el último capítulo, se le presentaron al gobierno una serie de peticiones que incluían la organización de un Ministerio de Trabajo, el nombramiento de Inspectores Laborales con base en los candidatos presentados por los obreros y la modificación de las leyes de vagancia. Paralelamente, las fuerzas políticas de izquierda se articulaban lentamente al proyecto Lopista: primero la UNIR, luego otras organizaciones locales y finalmente el mismo PC. Al abrigo de la política de los Frentes Populares se fueron organizando federaciones regionales, como la Federación Local del Trabajo de Barranquilla.

En agosto fue convocado un nuevo Congreso Obrero, bajo el signo de la unidad sindical, en la ciudad de Medellín. La elección de la ciudad buscaba incluir a los obreros manufactureros, quienes estaban débilmente representados en la C.S.C. Ello, sin embargo, no se consiguió, y por el contrario se exacervó el enfrentamiento entre obreros y sectores conservadores antioqueños. La elección del nuevo Comite Ejecutivo --8 liberales, 4 comunistas, 3 socialistas y un anarco-

sindicalista--, más que un balance del peso de cada fuerza política, fue el resultado del nuevo espíritu unitario. La presencia de dos ministros en el evento, por primera vez desde 1924, y el apoyo financiero que otorgó el gobierno, sugiere el interés que para el Estado tenía el proceso organizativo obrero, y atestigua la nueva relación que se iba construyendo entre esos polos. Las conclusiones del Congreso Obrero así lo reafirman. Al lado de peticiones que recogen necesidades sentidas --salario mínimo, jornada efectiva de ocho horas, derecho de huelga, democratización del crédito y abolición de obligaciones 'feudales' para los campesinos--, la asamblea obrera hizo un vehemente llamado a, "apoyar decididamente al gobierno que preside el Doctor Alfonso López" (69).

Aunque formalmente se consagraba el apoliticismo --entendido como la no participación oficial de los sindicatos en la disputa política, básicamente electoral--, en la práctica la confederación se convertía en una defensora incondicional del lopismo. La ambigüedad con relación al apoliticismo continuaría por lo menos hasta mediados de los años cuarenta. En julio de 1936, por ejemplo, se había llevado a cabo una singular asamblea sindical en Barranquilla, en donde tanto los delegados de la Confederación como del PC insistían en el apoliticismo sindical. Para ello se apoyaban en diversas citas de Marx y de Bakunin. Por su parte, sectores socialistas como el de Gerardo Molina insistían precisamente en la necesidad de politizar el sindicalismo.

En enero de 1937 la CSC no participó como tal en elecciones, dejando en libertad a sus afiliados para que votaran, eso sí, por quienes defendieran los intereses obreros. Pocos meses más tarde se haría evidente la artificialidad de la fórmula apolítica. En mayo de 1937, en una jugada política que se repetiría mucho en el futuro, López amenazó con renunciar para presionar un apoyo masivo a su gobierno. La clase obrera respondió con paros escalonados, a pesar de los llamados del mismo López para evitar más huelgas. Paralelamente la CSC organizó manifestaciones en todo el país, logrando que el parlamento rechazara la renuncia de López. Como premio, el gobierno logró que el Congreso de la República, después de caldeada oposición de la derecha liberal, aprobara la Ley 4a, que reglamentaba los eventos obreros nacionales. Por medio de ella el gobierno financiaba, y podía controlar, su realización (70).

En enero de 1938 se llevó a cabo el Tercer Congreso Obrero Nacional en la ciudad de Cali. De allí surgiría la organización con el nombre que aún subsiste hasta nuestros días: Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC. El Ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo, recalcó en dicho evento que "el Estado liberal apoya al sindicalismo que busca regular las fuerzas del mercado laboral. No debe exagerar el sindicalismo y menos se puede permitir un sindicalismo político pues debilitaría la democracia". Pero para ilustrar en la práctica la ambigüedad del pretendido apoliticismo, los delegados se ligaron en una batalla en torno al apoyo del candidato centro-derechista Eduardo Santos.

La mayoría había simpatizado con el izquierdista liberal Darío Echandía, y por eso la resolución final del congreso obrero guardó silencio en torno a candidaturas presidenciales. El evento, sin embargo, apoyó al gobierno en su intento por frenar el 'excesivo' uso de la huelga. Las federaciones regionales de la CTC se encargaron de aplicar ese criterio comprometiéndose a no apoyar aquellos conflictos que no hubieran seguido los pasos señalados por la ley (71).

A pesar de la importancia de la organización confederal, tanto para los obreros como para el Estado, ella adolecía de debilidades que no eran sino el reflejo de la situación del sindicalismo. Aunque el número de organizaciones sindicales legalizadas aumentó entre 1934 y 1938 --84 en 1935, 38 en 1936, 157 en 1937 y 93 en el último año--, el sindicalismo seguía siendo una expresión minoritaria de los trabajadores asalariados. Para 1939 la tasa de sindicalización se calcula en menos del 10%. Según Miguel Urrutia, la CTC abarcaba escasamente el 40% de los sindicatos reconocidos legalmente, aunque incluía más del 50% de la población sindicalizada (72).

Aunque parezca obvio, no sobra recalcar que se trataba de un sindicalismo diferente del de los años veinte. Era diferente no sólo porque era más estable, sino porque perseguía objetivos diferentes. Si en los años veinte las reivindicaciones conducían al movimiento obrero a enfrentar a la Hegemonía Conservadora, ofreciendo la perspectiva antiestatal ya analizada, en los años treinta fue tomando fuerza el sindicalismo orientado a objetivos más inmediatos. Pero, al mismo tiempo, esa inmediatez en la lucha reivindicativa y ese apoliticismo sindical se vieron acompañados de una creciente dependencia del Estado. La debilidad organizativa se hacía fuerte estrechando lazos con los aparatos estatales. Aunque esta tendencia se insinuaba desde los años veinte, fue con el Gobierno de López cuando tomó más fuerza. El sindicato de los ferroviarios antioqueños decía en 1934: "no es el obrero el que tiene que ir contra el Estado, sino el Estado quien viene hacia el obrero". La concepción liberal comenzó a ganar adeptos entre los sindicalizados. El periódico *El Obrero* de Barranquilla decía, en 1935: "En nuestra ciudad... las organizaciones obreras sufren diariamente fracasos en sus propósitos de proporcionarse el mejoramiento de sus vidas porque se dejan dominar lamentablemente por un pequeño grupo de explotadores que con el rótulo de 'revolucionarios' traicionan infamemente sus justas aspiraciones perdiendo la capacidad de negociación razonada". Más explícitamente, el órgano de prensa de los ferroviarios de Cali resumía así la nueva visión organizativa: "el último sentido de los sindicatos es hacer avanzar las leyes y hacer que ello se cumpla, vigilar para que ello sea una realidad e impulsar la cooperación de los trabajadores". El gobierno mismo se ufanaba, en 1938, de que "el liberalismo permitió la existencia de los sindicatos, alimentando reclamaciones legales no políticas" (73).

La nueva concepción sindical se traducía también en el tipo de organización que se buscaba construir. Si hasta fines de los años veinte

predominaba ese sindicalismo que hemos llamado 'externo' a las empresas, en los años treinta comenzó a insinuarse la organización 'interna' a ella, posteriormente llamada de 'base' por la legislación. También apareció el sindicalismo que agrupaba a los trabajadores de una rama industrial, especialmente en Barranquilla y Bogotá, aunque no logró ser la forma dominante de organización gremial. De un total de 520 sindicatos existentes en 1939, sólo 77 pertenecían a la última categoría. Por sus obvias ventajas organizativas --el sindicalismo de industria podía enfrentar al conjunto de una rama productiva--, fue poco estimulado por la patronal (74).

La presencia de nuevos sectores asalariados, mas no necesariamente 'obreros' según nuestra definición, como profesores y maestros, trabajadores de notarías, empleados públicos y privados, daba también nuevos rasgos al sindicalismo. En el caso de profesores y maestros, ello era un paso notorio en la ruptura de su imagen como 'apóstoles' o 'misioneros'. Sin embargo, sólo hasta los años sesenta integrarán sus organizaciones a las confederaciones obreras, permaneciendo durante el tiempo anterior bajo la influencia de concepciones políticas tradicionales. Los empleados, por su parte, sufrieron también el impacto movilizador de la Revolución en Marcha y decidieron probar suerte organizándose gremialmente con cobertura nacional, movilizándose simultáneamente por sus conquistas legales. La CTC apoyó decididamente estas movilizaciones, produciéndose un cierto acercamiento entre obreros y trabajadores de 'cuello blanco'.

El mismo éxito no se observó en el importante sector manufacturero. Con excepción de las industrias de Barranquilla y Bogotá, la rama manufacturera tenía baja representación en el sindicalismo constituido, siendo especialmente notoria la ausencia antioqueña. Según datos de la Oficina seccional del Trabajo, en Antioquia había, en 1938, unos 7.000 sindicalizados, pero no aparecía registrado ningún sindicato textilero o, en general, manufacturero. El grueso de los trabajadores sindicalizados antioqueños estaba concentrado en transportes, servicios públicos y artesanías. Parecía que la desconfianza clerical ante el sindicalismo mantenía su impacto en esa región. A nivel nacional, en 1939, el sindicalismo manufacturero era el segundo en número después del agrícola, pero este dato debe ser matizado pues incluía aún muchos talleres artesanales y además su tasa de sindicalización era muy baja en comparación con ramas como transportes o actividades extractivas (75).

Esos dos últimos sectores económicos eran desde los años veinte los ejes sobre los que giraba el sindicalismo, cuando las organizaciones artesanales pasaron a un segundo plano. Allí se presentaba también la mayor actividad huelguística, como ya veíamos. Estas tendencias obviamente se reflejaron en la nueva organización nacional, la CTC, y a nivel regional ellas también tenían impacto en la forma como se construía localmente la clase obrera. Ya hemos analizado el caso antioqueño. Bogotá, por ser centro político y administrativo

del país, concentraba desde el principio, el mayor número de sindicatos y de afiliados. En Barrancabermeja, a pesar de la crisis de la USO, la vida cotidiana seguía siendo marcada por los ritmos de trabajo y de lucha de los petroleros. En Barranquilla, el fenómeno sindical había cobrado fuerza. De hecho, para 1939 era la segunda ciudad tanto en número de sindicatos, 55, como de afiliados, cerca de 10.000. Ello llevó a los trabajadores barranquilleros a considerarse la vanguardia de la lucha obrera en el país. No era por azar que la ciudad fuera la sede de la poderosa Fedenal. Un viejo dirigente sindical decía en su entrevista: "Yo a veces me pongo a pensar que el movimiento sindical de Barranquilla, del Atlántico, fue el ejemplo para el movimiento sindical colombiano" (76).

La presencia determinante de los sectores de trabajadores del transporte en la recientemente creada CTC se sentía no sólo por el impacto regional, sino por las federaciones que se construyeron por la época. Si hay algo distintivo de este período, con relación al sindicalismo, es el gran poder de negociación que desarrollaron especialmente dos federaciones, Ferrovías, de los ferrocarrileros --fundada en 1936 pero sólo integrada formalmente a la CTC en 1939--, y Fedenal --fundada en 1937 y desde el inicio integrada a la confederación. Dichas federaciones consiguieron no sólo grandes prebendas para sus trabajadores, incluso un control de la oferta de trabajo como fue el caso de FEDENAL, sino que en la práctica eran las instancias negociadoras de los sindicatos afiliados. La relación que construyeron con el régimen liberal, mediada por el proyecto lopista, legitimó su capacidad negociadora y permitió la conquista de algunas reivindicaciones. Los ferroviarios fueron los primeros que se inclinaron por el discurso liberal. En 1936, el sindicato de ferroviarios de Antioquia consagró a Olaya Herrera como el "presidente honorario del sindicato". Similares actitudes se veían en los de Cali y Bogotá (77).

La Fedenal, por su parte, desde sus orígenes tuvo fuerte influencia comunista. Fundada en Barranquilla en enero de 1937, integraba a cerca de 40 sindicatos de los distintos trabajadores del Río Magdalena y los puertos fluviales, en un número cercano a los 6.000 trabajadores. La federación no sólo acabó con la competencia entre los braceros y demás personal poco calificado, sino que trajo un sustancial mejoramiento de las condiciones de vida de los afiliados. Desde el principio buscó la mediación oficial, apelando no pocas veces al mismo López, quien efectivamente intervino directamente en los grandes conflictos del sector. Pero esa participación no era gratuita. En contraprestación, el gobierno exigía de la federación frenar la actividad huelguística a lo largo del Río. En el informe al Congreso Obrero de 1938 la Fedenal reconocía que " es peligroso en grado sumo abusar del recurso de la huelga y del paro parcial, porque ello contribuye a formar un ambiente de desconfianza acerca de la capacidad directriz de los sindicatos y la Federación da armas a las fuerzas reaccionarias para combatir el movimiento sindical" (78). Aparece así un nuevo

elemento en la necesidad de controlar el desbordamiento huelguístico: el temor a la reacción derechista, que como veremos en la siguiente sección no era un simple fantasma.

En todo caso parecía que el proyecto institucionalizador del liberalismo calaba en grandes núcleos de la CTC. El sector extractivo, especialmente petrolero, sería un buen ejemplo de ese proceso. En 1937, el vocero de los petroleros barranqueños decía:

> "El sindicato tiene como misión defender al trabajador, evitando al máximo las divergencias entre el capital y el trabajo... El sindicato [la USO] no patrocinará campañas políticas tendenciosas, ni permitirá que nadie trate de imponer su política ... Nuestra política de apoyo a López no variará en lo más mínimo porque vemos y comprendemos que ha sido López el propugnador y el defensor de leyes que favorecen a los trabajadores".

El periódico concluía con referencias al ambiguo apoliticismo propio de la CTC y con un explicito señalamiento de que "no somos súbditos de Moscú" (79).

Para resumir esta sección podemos decir que la respuesta organizativa de la clase obrera era resultado tanto de sus condiciones de debilidad, como de la particular coyuntura política que se presentó a mediados del decenio de los treinta. La alianza cada vez más estratégica con el Estado, sin embargo, no significaba que las organizaciones obreras fueran simplemente correas de transmisión del proyecto oficial. De hecho ellas eran expresión de la tensión entre el desbordamiento anti-institucional y el control estatal. Ciertamente el proyecto de una revolución social por la vía insurreccional parecía haberse dejado de lado, pero ello no significaba que la clase obrera aceptara el discurso liberal en su totalidad, y menos que lo siguiera en la práctica. La efervescencia huelguística, las poderosas organizaciones federales y la creación de la CTC hacían presagiar nuevas confrontaciones sociales, con una clase obrera mejor organizada. Esto era precisamente lo que más preocupaba a las fuerzas de derecha del país.

7. La Derecha se Pone en Marcha

Así como la coyuntura internacional era propicia para el avance de políticas reformistas en la periferia, y aún en el centro capitalista, también era favorable para el desarrollo de fuerzas derechistas con cierta dosis nacionalista. El ascenso del fascismo en Europa había ilusionado a algunas mentes conservadoras del país. Papel destacado en la estructuración de las derechas colombianas jugarían también los sucesos de la República española y la Guerra Civil. Aunque en Colombia nunca hubo un bloque de izquierda efectivamente en el poder --más bien se trató de una adhesión izquierdista a López--, la derecha se encargó de alimentar su existencia.

Antes de continuar, es necesario hacer una precisión conceptual: por 'derecha' entenderemos el conjunto de fuerzas que abarcaban al Partido Conservador (dirigido férreamente por Laureano Gómez), sectores del clero, del empresariado rural y urbano, e incluso elementos de la derecha liberal. Como se ve, no se trata de un bloque monolítico y unificado. Pero las tensiones sociales que implicaban las reformas liberales --de las que hemos desarrollado sólo las relacionadas con el sindicalismo--, produjo una gran polarización en el país en torno a los dos bloques. El Partido Conservador comenzó a abstenerse de participar en elecciones en 1934, con el objetivo de ilegitimar tanto al Gobierno como al Parlamento. La participación de la jerarquía católica dio a la confrontación política un sabor de 'guerra santa'. Los mutuos recelos entre los bloques desembocaron en confrontación casi abierta, en la que cada uno tenía más éxito en denunciar al contrario que en lograr el consenso dentro de su propio polo.

Cuando aún no había pasado un año de gobierno de López, un grupo de empresarios, mayoritariamente liberales, creó una organización de carácter gremial para oponerse a las reformas. Así surgió la APEN --Asociación Patriótica de Empresarios Nacionales--, que con una retórica liberal se oponía a cualquier intervención estatal. Su función fue más simbólica que real, pues en el momento de la confrontación electoral tuvo menos votos que la UNIR o el Partido Comunista. En la práctica también intentaba coordinar la respuesta patronal a las demandas de los trabajadores. López respondería así a esta oposición:

> "Para los patrones colombianos, educados en la escuela conservadora, aferrados al cómodo principio de la autoridad patronal, las reivindicaciones obreras son siempre un fermento comunista... profesan los empresarios evidente repugnancia por la asociación sindical ... se resisten a reconocer el carácter legal de la huelga ...[El gobierno] es mirado con desconfianza por los patrones, como un instituto izquierdista de agitación, cuando no hace sino representar un sentimiento democrático y liberal "(80).

Con la discusión de la Reforma Constitucional el Partido Conservador y la jerarquía eclesiástica se sintieron amenazados. Aunque el transfondo del debate era el papel intervencionista del Estado y sus relaciones con la Iglesia, la derecha tomó como punto de denuncia la existencia del Frente Popular, atribuyéndole más poder del que realmente tenía. El gobierno, torpemente, respondía haciendo gala también de anti-comunismo, aceptando al mismo tiempo el apoyo izquierdista que se le ofrecía. Las reacciones oficiales a la consigna del Frente Popular no diferían de la retórica conservadora. El *New York Times* reportaba estas palabras del Ministro de Gobierno en 1936: "Si es cierto, como se dice, que la extrema izquierda se ha unido para fomentar la rebelión en este país, aún amenazando la vida... este es el momento para oponer un frente nacional a los agitadores de la lucha de clases".

Para tranquilizar a las derechas tampoco valió el escepticismo con que López recibió el respaldo del PC. En efecto, a fines del mismo año, López comentaba que el Frente Popular era "un movimiento exótico que no corresponde a la realidad del país". Para él se trataba de simples disidencias liberales, agigantadas por el conservatismo para crear un clima de alarma en el país (81).

Los intereses norteamericanos también miraban con preocupación las reformas liberales, a pesar de que López nunca había recurrido a una consistente retórica nacionalista. Por el contrario, a principios de su gobierno había firmado un convenio comercial con Estados Unidos, permitiendo la importación de productos que competían con la industria nacional. Continuamente López señaló que su gobierno no era hostil al capital externo y, aunque criticó actitudes de las multinacionales, no hizo ningún intento de modificar los términos de las concesiones a ellas. En el plano de la deuda externa, el gobierno de López reinició el pago con la intención de solicitar en el futuro nuevos créditos. Con todo, las fuentes diplomáticas seguían preocupadas informando que, por ejemplo, "liberales y conservadores sienten que el Frente Popular ha recibido muchas concesiones del gobierno del presidente López que pueden conducir a dificultades en el no muy distante futuro" (82).

El temor al 'comunismo' fue tomando fuerza a medida que avanzaba el acercamiento de la izquierda al gobierno. Aunque hubo un florecimiento de organizaciones de extrema derecha, el grueso del conservatismo las rechazó por sus vinculaciones con el fascismo o el nazismo. El Partido Conservador continuaba aferrado a sus tradicionales valores católicos e hispánicos, lo que le hacía sospechar de Mussolini o Hitler, a pesar de la simpatía que despertaban las acciones anti-comunistas de éstos. Para *El Siglo*, periódico fundado por Laureano Gómez en 1936, la confrontación se reducía a la lucha entre marxismo --incluido el liberalismo allí-- y catolicismo. Según ese periódico, masonería, sindicalismo o liberalismo eran todas versiones del mismo comunismo criollo. Incluso no faltaron alusiones anti-semitas en esta campaña, y hasta se publicó

en sus páginas uno que otro artículo favorable a las potencias fascistas. La política del Frente Popular era, para *El Siglo*, la mejor expresión de la identidad de la izquierda con el gobierno. Copiando de la experiencia española, se denunciaba que el Frente Popular estaba armando al pueblo para defender el gobierno. Pero la derecha no se limitó a llamados a la desobediencia civil, sino que también inició el proceso de dotarse de armas. El clima de guerra santa legitimaba los crecientes estallidos de una violencia que comenzaba a abarcar nuevas áreas del territorio nacional (83). A la vieja contradicción decimonónica entre catolicismo y radicalismo se le agregaba ahora el elemento anticomunista.

Si las organizaciones propiamente fascistas no prosperaron en el país durante el gobierno de la Revolución en Marcha, las influidas por el catolicismo --más impregnadas del espíritu falangista español-- tuvieron un relativo auge. A principios de los años treinta, con el apoyo de Monseñor Juan M. González, los hermanos Jorge y Luis M. Murcia fundaron la JOC, Juventud Obrera Católica, siguiendo el modelo belga. Desde el principio la organización levantó recelos entre los liberales y los izquierdistas. En 1936 el Doctor Luis M. Murcia tuvo que aclararle a la prensa bogotana que la JOC no tenía una finalidad política y que sus miembros no recibían formación militar. Mencionaba el fundador de la organización que en cuatro años de existencia la JOC contaba con más de 20 centros, unos dirigidos por obreros liberales y otros, la mayoría, por conservadores.

Pero los recelos no se limitaban a la izquierda. En 1941 Laureano Gómez pedía a las fuerzas conservadoras retirar de sus listas al Doctor Murcia. Por esa misma época la jerarquía eclesiástica comenzó a ver con preocupación el desarrollo de una organización en manos de laicos que podía salírsele de las manos. Por esa razón decretó su disolución a principios de los años cuarenta. Según un antiguo miembro de la organización, para la jerarquía eclesiástica los de la JOC "eran unos tipos raros, como peligrosos, como unos tipos que se querían sustraer de la iglesia ... En el movimiento no estaba presente el señor Obispo, se le invitaba y toda la cosa pero no nos manejaban directamente los obispos. Esto creaba celos "(84).

La Acción Social Católica, al contrario de la JOC, siguió desarrollando un trabajo silencioso en el mundo obrero, creando formas organizativas más sólidas. Las jornadas huelguísticas de mediados de los años treinta en Medellín y Bogotá le habían mostrado a la jerarquía el peligro de descuidar la organización sindical. Comenzaron así a darse pasos definitivos para la creación de sindicatos confesionales. Por esa época la Acción Social reinició una campaña para evitar que los trabajadores se afiliaran a sindicatos 'comunistas', insistiendo en que cada diócesis debía tener un experto en sindicalismo y cooperativismo, y que cada párroco debía propiciar la sindicalización, especialmente de los trabajadores del campo.

Persiguiendo la colaboración obrero-patronal en las disputas reivindicativas, la Acción Social contó con apoyo de los empresarios. Se daban pasos así para una estrategia que sería exitosa pocos años más tarde: crear una amplia red organizativa en los campos, contando con bases fuertes en la industria, especialmente la textilera antioqueña. Como la ley permitía la existencia de varias organizaciones paralelas, la ofensiva católica privilegiaba la creación de sindicatos confesionales. En 1938 *La Defensa* decía: "Los católicos no pueden apoyar en forma alguna el crecimiento del sindicalismo que depende de la federación [afiliada a la CTC] porque de esta manera coadyuvarían al fomento del comunismo que proclama la violencia por medio de la feroz lucha de clases" (85).

Los primeros frutos de esta nueva posición de la Iglesia --especialmente en el interior del país--, se vieron en las estadísticas sindicales de 1939. La Acción Social Católica contaba con 73 sindicatos --contra 224 de la CTC--, 48 de ellos en sectores agrarios y 11 en industria manufacturera. A nivel de afiliados las estadísticas arrojaban la cifra de 10.515 en el sindicalismo católico, mientras la CTC contaba con cerca de 41.000. Como era de esperarse, las ciudades del interior eran las que más afiliados a las organizaciones clericales tenían: 5.873 en Bogotá y 2.175 en Medellín, mientras que en los departamentos de la Costa no contaba con afiliados. Aunque estas cifras eran menores de las que la Iglesia clamaba, son indicio suficiente de la presencia de otro tipo de sindicalismo cuyos efectos serían percibidos con claridad a mediados del siguiente decenio.

Por distintos métodos la 'contrarrevolución' iba ganando terreno en el escenario público colombiano. Desde el púlpito hasta la conspiración clandestina, desde los sindicatos confesionales hasta las organizaciones fascistas, desde las condenas episcopales hasta el llamado a la desobediencia civil, la oposición a López iba ganando opinión. Pero el bloque que lo apoyaba no se quedó con las manos cruzadas. Crecientes movilizaciones y huelgas apoyadas por novedosas formas organizativas eran testimonio de esa respuesta. Con el fin de evitar lo que parecía una inminente guerra civil, el Presidente López decidió poner freno a sus reformas y decretar una 'pausa' a fines de 1936. No obstante, aunque la oposición perdió intensidad, la polarización de la sociedad colombiana siguió vigente. En esa situación el grueso del sindicalismo afiliado a la CTC hacía parte, cada vez más estrechamente, del bloque lopista. En un momento como el que vivía la clase obrera, de construcción de su identidad, esa alianza con López dejará una marca imborrable (86).

8. Para concluir

Hobart Spalding, en su ya clásico trabajo comparativo sobre el movimiento obrero latinoamericano, postulaba un tercer período a partir de la

Gran Depresión, caracterizado por los intentos de controlar a la clase obrera por la combinación de represión y cooptación estatal. El caso colombiano, aunque coincide con la cronología, ofrece particularidades que requieren un análisis más complejo. La introducción de variables culturales y políticas, que matizan el énfasis dependentista de Spalding, permite entender el proceso en términos más dinámicos.

En los trabajos recientes de Charles Bergquist y Daniel Pecaut, por ejemplo, se ve que el éxito de la integración liberal de la clase obrera colombiana fue en parte resultado de su misma debilidad, para Bergquist derivada de la evolución de los trabajadores cafeteros y para Pecaut de la ausencia del sector manufacturero, entre otras variables. El énfasis de esta nueva perspectiva historiográfica no reside tampoco en el voluntarismo que centraba la explicación en los errores o aciertos de unos pocos, los dirigentes (87).

En comparación con el resto de América Latina, resalta el caso colombiano en los años treinta por tratarse de la recuperación pacífica de la legitimidad del Estado, previamente amenazada por la irrupción obrera y de sectores campesinos, dejando intacto el bipartidismo. Dejemos que sea el mismo Alfonso López quien precise las intenciones del liberalismo ante esos movimientos sociales. En una carta de principios de 1942 decía así el estadista liberal, a la sazón candidato por segunda vez a la presidencia:

> "...la oposición ha pretendido que soy el inventor de un monstruoso instrumento de la lucha de clases. Los sindicatos que existían estaban previstos, ordenados, estimulados y protegidos por la ley. Pero no estaban dentro de la ley. Procedían irregular y revolucionariamente... El Gobierno Liberal logró que los sindicatos actuaran dentro de la ley, se sometieran a ella y que los obreros y campesinos se convirtieran, desde entonces, en celosos vigilantes de la ejecución cabal de las leyes de trabajo existentes, en vez de ser como eran, sus adversarios. El proceso de conflictos de trabajo que fue hasta entonces revolucionario, se convirtió paulatinamente en una evolución casi judicial, con la intervención del gobierno... El haber convencido a los patronos y obreros, a los representantes del capital y el trabajo, de que podían discutir directamente sus conflictos, y que no eran en forma alguna los agentes de dos clases sociales en lucha, sino los interesados comunes en la prosperidad de sus empresas, no fue ciertamente fácil ... Así se ve que la famosa Revolución en Marcha no fue sino un paso hacia la normalidad" (88).

Aunque indudablemente el liberalismo hacia 1938 había avanzado en esta 'normalidad' o institucionalización, ella distaba de copar por entero las contradicciones sociales. Las movilizaciones de principios de los años 30 y el mismo desborde huelguístico, en contra de la voluntad del presidente López, mostraban serias resistencias al proyecto liberal. Es cierto que con la legislación

sindical y el apoyo a la CTC, el gobierno dio pasos firmes en la incorporación de la clase obrera a su política. Pero también es cierto que propició el fortalecimiento organizativo de la clase. Por más que lo hubiera buscado, el reformismo liberal distó mucho de hacer de los trabajadores un grupo dócil y ciego ante sus intereses.

Sin embargo, la atracción del reformismo lopista dejó una imborrable marca en la clase obrera colombiana. En momentos en que ella se identificaba como grupo con cobertura nacional para salir del aislamiento en que la dejó la represión de los años veinte y la crisis de la izquierda, encontró en el Estado Liberal un aliado que le otorgaba poder de presión. La polarización creciente de la sociedad colombiana en esos años terminó arrojando a la clase obrera, así como a la dispersa izquierda, al bando lopista. Dentro de esas circunstancias no había mucho espacio para dar respuestas diferentes a las que dio la clase obrera colombiana en esos años. Sin que puedan ser tachadas absolutamente como simples actos de integración o de resistencia, las múltiples respuestas obreras contribuyeron a delinear los contornos de la clase, con un matiz de identificación política con el destino de la República Liberal y en particular con el de López mismo.

NOTAS

(1) *El Espectador*, 5 - 29 dic., 1934; 4 enero- 13 feb., 1935 y 12-17 nov., 1937; *El Bolchevique* Nos. 37-39, 1934 y 40, 1935. Ver también Judith White, Historia de una Ignominia, pp. 118-120.

(2) Para estos aspectos comparativos, además de la literatura ya citada, ver también la obra coordinada por Pablo González C., América Latina, Historia de Medio Siglo.

(3) Contraloría General de la República, Anuario Estadístico de Colombia, 1934, p. 595.

(4) Fernando Cubides, "Institucionalización...", capítulo 2o; Miguel Urrutia, The Development..., p. 118 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 195-209.

(5) El recientemente creado Partido Comunista se opuso vehementemente a las leyes y en general a la aceptación de lo que sonara a legalidad 'burguesa' (D. Pecaut, ibid, p. 203). En 1931 un grupo obrero, el Comité Sindical Nacional, solicitó una ley de seguro contra el desempleo, que se quedó sin respuesta oficial (*El Espectador*, 13,abril, 1931). Para la legislación laboral del período ver Edgar Caicedo (Las Luchas Sindicales, p. 77) y Miguel Urrutia (The Development..., p. 109).

(6) *Claridad*, 11 julio, 1933. Entrevistas con Antonio Pineda, María C. López, Genivera García, Aldemar Cano, Norberto Velázquez, José Villegas y Eduardo Palacios, Medellín, 1987-88. Torres Giraldo opinaba que "en el conjunto de las organizaciones --muy diezmadas-- que sobrevivían en 1930, superaba seguramente un sector de vieja

mentalidad artesanal mutualista que fue por aquellos tiempos del gobierno de Olaya Herrera (1930-1934) el núcleo principal de la tendencia legalista, 'apolítica' del movimiento sindical en Colombia"(Los Inconformes, Vol IV, p. 133).

(7) Contraloría..., Censo Sindical de 1947, p. 3. Torres Giraldo, Los Inconformes, Vol IV, pp. 253-261, trae una información detallada de las organizaciones legalizadas, aunque las cifras agregadas no coinciden con las de la Contraloría.

(8) Citado por Pecaut, Política y Sindicalismo, p. 124. Ver también p. 129 y *El Espectador*, 6 mayo, 1931.

(9) Los cálculos de la clase obrera en Colombia según el Censo poblacional de 1938, incluyendo a artesanos y pequeños trabajadores de talleres, da aproximadamente 650.000. La Contraloría (Anuario Estadístico de Colombia, 1935, p. 276) habla de 22.474 afiliados a sindicatos legalizados en 1935. Si a este número le agregamos las cifras de otras organizaciones obreras tendremos unos 43.000, que no es ni el 10% de la población asalariada urbana. El sindicalismo colombiano tradicionalmente no ha abarcado más del 15% de la población susceptible de ser organizada.

(10) *El Escalpelo*, 9 nov., 1935; *El Sindicalist*a, 10 oct., 1936 y *Avance*, 1 oct., 1937.

(11) Entrevistas con Erasmo Egea, Manuel Hernández y Ezequiel Romero, Barrancabermeja,1985; Julio Morón y Eduardo Noriega, Barranquilla, 1986. Ver también *Acción Obrera*, No.1, 1934 y *El Bolchevique*, 23 feb., 1935. Las derrotas de las huelgas del 35, y especialmente del 38, hicieron que el número de afiliados a la USO disminuyera. En los cuarenta volvería a renacer, para adelantar las luchas por la nacionalización del petróleo.

(12) *El Espectador*, 6 enero, 1930.

(13) Según Hobart Spalding, los años de la Depresión fueron acompañados en América Latina por un bajo número de huelgas, con la excepción de Cuba (Organized..., pp.80 ss). Para el desempleo ver Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 198 y Miguel Urrutia, The Development..., p. 108. El embajador norteamericano calculaba en 70.000 los desempleados para 1930, cifra que parece un poco exagerada (NAW 821.504/33). Según cifras de organizaciones obreras de Medellín, para abril de 1930 había 1.464 albañiles, 910 jornaleros, 564 carpinteros y 258 zapateros desempleados en la ciudad (*El Diario*, 16 abril, 1930). Sobre salarios recordar nuestro punto 3 del capítulo 3o.

(14) Informes del 3 feb. y 7 nov., 1930, NAW 821.5045/ 106 y 129. Ver también los reportes en 821.5045/101-105, 107, 125, 130-136.

(15) Comunicación del 21 feb, 1930 en NAW 821.504/33. Ver también 821.504/35.

(16) *El Correo Nacional*, 21 y 22 marzo y 16 abril, 1930; *El Diario*, 20-24, marzo, 1930; *El Espectador*, 19 sept., 7 oct., 27 dic., 1930; 21 sept., y 2 oct., 1931. Ver también el *New York Times*, 22 marzo, 1930 y reportes diplomáticos en NAW 821.504/44-48; 821.5045/116-122. En abril de 1930 se detuvo al dirigente comunista Hernández

Rodríguez; en julio 6 comunistas fueron puestos en prisión y otros 3 en diciembre. En enero del año siguiente otros 3 más, 14 en mayo y así sucesivamente (*El Espectador*, 20 jun; 5 jul. y 19 dic, 1930; 27 enero, 2 mayo, 6 julio y 13 agosto, 1931).

(17) *El Espectador*, 4 mayo, 1931 y reportes diplomáticos en NAW 821.00B/28 y 29. Pierre Gilhodes señala que los conflictos por condiciones de trabajo fueron alentados por los comunistas especialmente, mientras las luchas por la tierra lo fueron por los liberales y en particular los gaitanistas ("La Cuestión Agraria en Colombia, 1900-1946", en Alvaro Tirado Mejía, La Nueva Historia de Colombia, Tomo III, pp. 310-318).

(18) *El Espectador*, 2, 20, 22 y 25 enero; 8, 11, 15 y 29 feb.; 2 y 9 mayo y 20 junio,1932. El *New York Times* informó sobre la invasión de tierras en el Cauca de esta forma: "el comunismo con todas sus feas características ha invadido el bello Valle del Cauca en Colombia" (22 mayo, 1932).

(19) Para la agitación campesina ver los trabajos de Hermes Tovar, El Movimiento Campesino. Bogotá: Ediciones Libres, 1974; Pierre Gilhodes, "La Cuestión Agraria..."; Gonzalo Sánchez, Las Ligas Campesinas. Bogotá: Ed. Tiempo Presente, 1977: Catherine LeGrand, Colonización... y Michael Jiménez, "Traveling...". Para el caso específico de El Chocho ver además NAW 821.00B/21.

(20) Para una referencia más detallada sobre huelgas ver nuestro Apéndice. Para los paros generales o intentos, ver la prensa del momento: *El Espectador*, 21 oct; 13-16 y 20-29 nov., 1933.

(21) Las fuentes diplomáticas americanas percibieron con preocupación la generalización de la protesta y la solidaridad que se creaba. Sobre el paro de Barranquilla se decía: "la huelga se extendió a la mayoría de las grandes fábricas y establecimientos en Barranquilla y en Puerto Colombia. Amenazas de movimientos similares habían surgido en Santa Marta, Cartagena, Medellín y Bogotá, sin que se pudiesen concretar" (NAW 821.5045/139). El paro del occidente recibió también apoyo de los comerciantes, pues éstos protestaban las altas tarifas del ferrocarril, y de choferes de la zona por la exigencia de pavimentación de las vías (*El Espectador*, 21 nov., 1933).

(22) *El Bolchevique*, 4 ag., 1934. Ver también el análisis de Charles Bergquist sobre este proceso (Labor in Latin America, cap. 5).

(23) *El Espectador*, 22 mayo- 8 junio, 1934 e Ignacio Torres G., Huelga General en Medellín.

(24) *El Espectador*, 9 julio- 3 ag., 1934. Los reportes diplomáticos norteamericanos destacan el papel de Gaitán en la agitación huelguística (NAW 821.5045/142-144).

(25) Citadas por Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 199. Ver también *El Espectador*, 14-27 Ag.,1934. *El Bolchevique*, órgano del Partido Comunista, dice que la huelga fracasó por el terror oficial y la traición del Gaitanismo (25 ag, 1934).

(26) *Ferrocarril*, 8 junio, 1934. Gaitán diría posteriormente que "hubo obreros que después de ser los más entusiastas para decretar el paro, fueron los primeros en sacrificar su deber de solidaridad para conseguir beneficios personales" (Citado por Daniel Pecaut, Política y Sindicalismo, p. 129). Ver también *El Espectador*, 14 ag.- 5 sept., 1934; *El Bolchevique*, 8 sept., 1934 y NAW 821.5045/146.

(27) Informe del embajador el 15 de diciembre de 1933, NAW 821.5045/141; el informe de la Oficina del Trabajo citado por Pecaut, Política y Sindicalismo, p. 123. Para la versión de Torres Giraldo, Los Inconformes, Vol IV, p. 275.

(28) Citados por Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 212. En México, con el ascenso del General Lázaro Cárdenas, también se presentó un auge huelguístico para presionar mejoras y reformas (Ver a Nora Hamilton, The Limits of State Autonomy. Princeton: Princeton University Press, 1982).

(29) Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol IV, p. 183.

(30) *El Bolchevique*, 17 julio, 1934.

(31) Ver, por ejemplo, el panfleto dirigido a los obreros del Magdalena incluido en el informe diplomático del 16 de nov. de 1934, NAW 821.00B/35. La entrevista con Servio T. Sánchez en *El Tiempo*, 8 oct., 1931. La evolución del mismo Sánchez en Torres Giraldo, Anecdotario, p. 50. Raúl E. Mahecha, por su parte, atacaría al PCC de ser financiado por la URSS y terminaría sus días en absoluto olvido. Con Tomás Uribe Márquez y María Cano hubo intentos de reconsideración en los años cuarenta. *El Diario Popular*, por ejemplo, recordaba al primero con cariño, aunque insistía en sus errores (20 mayo, 1942). A María Cano se le hizo un homenaje comunista en 1945 (ibid, 6 y 26 julio, 1945). Pocos días antes de ese homenaje salió en el mismo periódico un artículo de Arturo Guillén diciendo que "ningún movimiento más calumniado, más combatido, más falsificado que el Socialismo Revolucionario Colombiano" (8 junio, 1945).

(32) *El Bolchevique*, 17 jul., 1934 y 9 marzo, 1935. Entrevista con Gilberto Mejía, Medellín,1988. Carlos Hernández (Mi Trabajo en el Ejército...), señala que a Olaya se le decía en forma vulgar 'lambeculos del Imperialismo' (p. 9).

(33) *El Socialista*, 15 jul., 1932. Para la literatura que se leía y el tipo de lenguaje usado por los comunistas ver *El Bolchevique*, 12 enero, 2 feb., y 2 marzo, 1935; Gilberto Mejía, El Comunismo...pp. 150-151 y 178-192; Carlos Hernández, Mi Trabajo..., p. 9. El lenguaje usado en respuesta a las críticas del comunismo ver *El Socialista*, 5 junio, 1932 y *Claridad* 1 y 16 mayo, 1932. El Pacto con el liberalismo en Tunja fue criticado por *El Bolchevique*, 17 jul., 1934 y *Claridad* 21 jun., 1933. Ver también Medófilo Medina, Historia del Partido Comunista, pp. 190-191.

(34) *El Espectador*, 30 jul, 1933; 4 y 30 enero, 1934; *El Bolchevique*, 8 dic., 1934; 6 y 12 abril, 1935. Ver también D. Pecaut, Orden y Violencia, pp. 202-204.

(35) Carlos Hernández, Mi Trabajo..., p. 17. En entrevista con ese autor, él dijo: " El Socorro Rojo era una organización para ayudar a los camaradas... a todas las víctimas de la reacción ...[en esa época,] la cordialidad, la unidad, la solidaridad, la ayuda era una vaina que brotaba espontáneamente" (Bogotá, 1988). Ver también *El Bolchevique*, 12 enero, y 23 feb., 1935; y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 201. La ausencia de organizaciones juveniles comunistas construidas a partir de los trabajadores fue criticada por la Internacional Comunista en 1929 (Gilberto Mejía, El Comunismo..., pp. 66-67). Para los aspectos organizativos ver también las entrevistas con Gilberto Mejía, Medellín, 1988; Carlos Hernández, Jorge Regueros P. y Guillermo Hernández R., Bogotá, 1988.

(36) El caso de Torres Giraldo en *La Humanidad*, 26 feb., 1927. Para la posición de los socialistas ante el ejército ver *El Luchador* No. 239, 1923 y *La Humanidad* No 4, 1925 y 33, 1926. Los anarquistas, también en los años veinte, hicieron llamados a la deserción militar (Alfredo Gómez, Anarquismo..., pp. 61-64). Para el trabajo en el ejército en los años treinta ver Carlos Hernández, Mi Trabajo... pp. 20 en adelante y *El Bolchevique*, 2 feb., y 6 abril, 1935.

(37) E*l Socialista*, 1 mayo, 1934; *New York Times*, 21 sept., 1932; *El Bolchevique*, 29 sept. y 7 nov., 1934 y Gilberto Mejía, El Comunismo..., pp. 170-180. Contrasta el anti-belicismo comunista con la actitud de la mayoría de la prensa obrera del momento. *La Voz del Obrero* de Buga, de orientación liberal, decía: "La soberanía nacional se consolida definitivamente bajo el gobierno del Doctor Olaya Herrera" (1 enero, 1933). Pero ese periódico no se quedó en discursos. El administrador se unió a los cuerpos militares voluntarios para ir a combatir en el sur (15 enero y 19 feb., 1933).

(38) *Ferrocarril*, 3 ag., 1934. Para cifras electorales ver Anuario Estadístico 1934, p. 595. Algunos entrevistados recordaban que en los momentos de persecución liberal a los comunistas, algunos conservadores ayudaban a estos últimos (Gilberto Mejía, Medellín, 1988 y Carlos Hernández, Bogotá, 1988). Ver también *El Diario* 27 y 28 nov., 1933.

(39) Ver Gilberto Mejía, El Comunismo..., pp. 73-77 y 154-155. El mismo se casó por lo católico después de vivir una historia de amor más o menos tradicional (ibid 197-204). Por su parte Torres Giraldo recordaba despectivamente la existencia de hechiceros y pitonisas en las filas del PC. Tanto esto, como las fiestas que se hacían para recoger fondos por parte de algunos militantes, eran considerados por el autor como un lastre artesanal (Anecdotario, pp. 123-126).

(40) Ver su tesis de grado en 1924, "Las Ideas Socialistas en Colombia", en la compilación de Emiro Valencia, Antología del Pensamiento Social y Económico de Gaitán. Apartes del discurso Gaitanista en Richard Sharpless, Gaitán of Colombia, p. 47. La influencia del APRA en la UNIR fue percibida desde el principio. Ver, por ejemplo, NAW 822.00B/47. Para la ideología del APRA, Steve Stein, Populism in Perú, pp. 175-178 y Denis Sulmont, El Movimiento Obrero Peruano, ...

(41) *Unirismo* Nos 35, 42 - 44, 1935. Ver también Sharpless, Gaitán of Colombia, p. 47 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 148 y 204-207. Gaitán, cuando fue alcalde, intentó imponer su visión sobre el pueblo como un ente inerte que había que conducir (Herbert Braun, Mataron a Gaitán. Bogotá: Universidad Nacional, 1986, cap. 3o.).

(42) *Unirismo* Nos. 35, 40, 41 y 45, 1935; *El Bolchevique* Nos. 17, 24, 27, 28, 1934; 43, 45,46, 48 y 57, 1935. *El Espectador*, 30 jul., 1933, señala que a Luis Vidales el PC lo sancionó por proponer una alianza con la UNIR.

(43) Entrevista con Jorge Regueros Peralta, Bogotá, 1988. En las elecciones para la Cámara de Representantes de mayo del 35, la UNIR tuvo 2.937 votos y el PC 2.249 (*El Tiempo*, 28 mayo, 1935). R. Sharpless comenta así sobre el intento de la UNIR : "la decisión de Gaitán de colocarse aparte de las entidades políticas tradicionales no fue impulsiva. Fue el resultado de su frustración por haber fallado en conseguir alguna transformación fundamental del Partido Liberal" (Gaitán of Colombia, p. 71). Daniel Pecaut, por su parte, señala que Gaitán regresó al liberalismo ante la imposibilidad de lograr un movimiento político al margen de los partidos tradicionales, que son "subculturas más que organizaciones políticas" (Orden y Violencia, p. 208). H. Braun señala que la relación de Gaitán con los dirigentes del liberalismo será siempre tensa (Mataron a Gaitán, Cap. V). Finalmente, la entrevista con José F. Torres, Bogotá, 1988, muestra la persecución de que fueron víctimas los uniristas, a los que se identificaba como 'comunistas'.

(44) *El Espectador*, 18 mayo, 1930; 22 abril, 1931; 1 abril, 1932; 22 sept., 1934; 3 julio, 1935 y 15 abril, 1937. Ver también D. Pecaut, Orden y Violencia, pp. 209-210 y entrevista con Jorge Regueros P., Bogotá, 1988.

(45) Daniel Pecaut, Ibid., pp. 131 y 209. Fernando Cubides cita una conferencia de Alberto Lleras, destacado intelectual liberal, en la que se hablaba del compromiso de ese partido en la institucionalización social ("Institucionalización...", cap. 2o) Guillermo Hernández R., primer secretario del PC. declaró en su entrevista que él siempre fue un 'liberal-socialista' (Bogotá, 1988).

(46) *Claridad*, 5 feb., y 19 oct., 1934. Anuario Estadístico 1934, p. 595 y D. Pecaut, Orden y Violencia, p. 130. El resultado electoral no deja de ser sorprendente, si se considera que en las elecciones previas y en las posteriores el liberalismo escasamente llegaba al medio millón de votos. Indudablemente López atrajo votos abstencionistas y de una franja conservadora.

(47) Nora Hamilton, The Limits... La categoría 'autonomía relativa' del Estado, acuñada por Poulantzas, remite a una característica inherente al Estado y no un fenómeno de coyuntura como parece sugerir Hamilton.

(48) *El Sindicalista*, 12 sept., 1936; *El Espectador*, 20 dic., 1937 y 5 Ag., 1938. Ver también NAW 821.504/68, 87-90, 96 y 97; y Fernando Cubides, "Institucionalización...", caps 4o y 5o.. Cubides sugiere que la escasa legislación laboral en el período se debió más bien a la ausencia de una estrategia de cooptación y al predominio de una táctica

espontánea de seguimiento del ritmo de conflicto por parte del liberalismo. El *New York Times* denunciaba que todavía en 1938 socialistas y comunistas presionaban al Congreso por leyes que permitieran la injerencia política (?) de los sindicatos y reglamentaran el arbitramento (8 feb., 1938).

(49) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 242.

(50) *El Espectador*, 15 nov., 1935; D. Pecaut, Orden y Violencia, pp. 218-225 y Medófilo Medina, Historia del Partido Comunista, Cap. 3.

(51) *Claridad*, 30 sept., 1936; Medófilo Medina, "Los Terceros Partidos en Colombia", Estudios Marxistas, No. 18 (sept-dic., 1979) e Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol IV, pp. 284-286. Este último autor insiste en que el intelectualismo de Vanguardia Socialista fue lo que impidió su desarrollo. El antecedente de este movimiento político parece ser el Grupo Marxista que convocaba a conferencias públicas para exponer sus criterios desde 1934 (*El Espectador*, 15 marzo, 1934 y 4 mayo, 1935). En las elecciones de mayo de 1935, el dirigente socialista Diego Luis Córdoba obtuvo en su región, Chocó, más votos que el Unirismo o el PC en todo el país. Gerardo Molina fue elegido a la Cámara de Representantes en una lista liberal de Antioquia (*El Tiempo*, 28 mayo, 1935). Para la evolución del PAN ver *Claridad* Nos.143, 144, 1935; 150, 1936; y 154, 1937.

(52) *El Obrero*, 16 nov., 1935. Jorge Regueros decía en su entrevista: "Hay que decir hoy, serenados los ánimos, que esos liberales que formaban parte de la CTC, como Raimundo Aguirre Agudelo, hoy olvidado (tío de Indalecio Liévano Aguirre), fueron hombres muy honestos, eran liberales que defendían la ideología liberal pero también tenían en cuenta los derechos del proletariado" (Bogotá, 1988). Otro de esos dirigentes sindicales liberales recordado con mucho aprecio por los ferroviarios antioqueños fue Pablo Estrada. (Entrevistas con Jesús A. Gaviria y Martín Suárez, Medellín, 1988.)

(53) *El Espectador*, 28 y 30 nov., 1935 e Ignacio Torres G., Anecdotario, pp. 118-121. Este autor narra los juicios 'populares' que se practicaban en las comunidades campesinas controladas por el PC contra los infractores de las normas de convivencia colectiva. Para el caso de Viotá, Michael Jiménez, "Traveling...".

(54) *El Espectador*, 4 enero-13 feb., 1935.

(55) Ibid,18 enero -1 feb. y 9-11 marzo, 1935; *Unirismo*, 31 enero y 14 marzo, 1935; *El Bolchevique*, 26 enero - 9 feb. y 17 marzo, 1935. Este último periódico hizo el siguiente balance de la huelga: "se incorporaron nuevos contingentes de proletarios, mujeres en este caso; se fortaleció el sindicato y el PC fue vanguardia. Hay fallas: la huelga no se hizo en centros estratégicos como Manizales o Armenia, y no creció la militancia. Se privilegió la lucha directa a la conciliación". El 18 de agosto hubo otro paro de escogedoras en Girardot, y en octubre y noviembre otros en Armenia y Medellín. (*El Espectador*, 14-28 ag.; 19-21 oct y 2 nov., 1935; y *La Defensa*, 2 nov., 1935). Para la agitación cafetera en esos años ver Charles Bergquist, Labor in Latin America, pp. 351-354.

(56) *El Espectador*, 9-11 abril., 1935; *El Tiempo*, 15-21 jun., 1935; *El Diario*, 6-20 jun., 1935 y *La Defensa*, 14-21 jun., 1935. Según el Partido Comunista, la huelga cervecera fue un ejemplo triunfante: "Bavaria señala el camino" (*El Bolchevique*, 12 ab., 1935)

(57) *Claridad*, 23 dic., 1935; *El Espectador*, 2- 27 dic., 1935 y *El Diario*, 29 nov.-4, dic., 1935. Ver también Gilberto Mejía, El Comunismo..., Cap. 20.

(58) *El Espectador*, 27 nov.- 28 dic., 1935; 11-13 enero; 18 feb.; 11 y 28 marzo, 1936. La intransigencia patronal se percibe claramente en los informes diplomáticos (NAW 821.5045/152-162). Tanto las multinacionales como el gobierno propalaron el rumor de que el comunismo se había infiltrado en el movimiento. Las primeras para negarse a negociar y el segundo para mostrar que aunque reconocía las peticiones no aceptaba el desafío 'comunista'. Era una prueba de fuerza en la que el gobierno esperaba que los sectores populares lo apoyaran. Para los eventos de la huelga ver entrevistas con Erasmo Egea --de filiación liberal y presidente en ese entonces de la USO--, Arturo Solórzano, Pedro R. Galindo, Manuel Hernández y Roque Jiménez, Barrancabermeja, 1985.

(59) *El Espectador*, 16 enero-3 feb., 1936; *El Diario*, 14 enero- 11 feb., 1936 y *La Defensa*, 17 y 20 enero, 1936. Ver también Gilberto Mejía, El Comunismo..., cap. 22.

(60) *El Espectador*, 20 oct.-3 nov. y 21 nov- 3 dic., 1936. Ver también Iván D. Osorio, El Sindicalismo Antioqueño, p. 62.

(61) *El Espectador*, 15 enero- 1 feb. y 23 feb.-20 marzo, 1937. Carlos Hernández cuenta que siendo él recluta consiguió neutralizar parte de la tropa enviada a reprimir a los huelguistas de Cali. Para ello "les recordábamos [a los soldados] su conciencia cristiana y su ancestro campesino y trabajador" (Mi Trabajo..., p. 55).

(62) *El Espectador*, 2 jun -17 julio, 1936. Ver la tesis de grado ya citada de Amanda Gómez y Berta Malpica, pp. 29-30.

(63) *El Espectador*, 25 enero-16 feb., 23 mayo y 18 agosto, 1937.

(64) ibid. 15 marzo - 26 abril y 9 oct., 1937; *La Defensa*, 22 marzo-23 abril, 1937 y *El Diario* 20-22 marzo, 1937.

(65) *El Espectador*, 30 abril, 1937 y 14 y 23 marzo, 1938. La ley 200, o ley de Tierras, obró en sentido contrario, provocando la expulsión de colonos de tierras en disputa. *El Espectador* (12, oct., 1938) informaba, por ejemplo, la expulsión de 50 colonos de la Hacienda Florencia en Viotá. Hubo también agitación entre las escogedoras de café de El Líbano (Tolima). (Ibid. 20 y 26 dic., 1938)

(66) Citado por Gonzalo Buenahora, Huelga en Barranca, pp. 102-104. Considerar también las entrevistas con Pedro R. Galindo, Roque Jiménez, Erasmo Egea y Luis Rojas, Barrancabermeja, 1985 y *El Espectador* 23 feb. - 12 abril, 1938.

(67) *El Espectador*, 19 julio, 1938 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 232. Nuestro Cuadro 4 muestra que, salvo 1937, los otros años tuvieron un cociente de días-

huelga por debajo de lo normal, lo que indicaría una menor dificultad en la negociación, contrario a lo sugerido por Pecaut en su análisis de este período.

(68) *El Espectador*, 9 y 15 ag., 1935. Entre los organizadores del evento aparecían Juan de Dios Romero y Raúl E. Mahecha, en lo que parece ser su última actuación pública. Ver también Miguel Urrutia, The Development..., pp. 170-172.

(69) *El Tiempo*, 12 mayo, 1936; *El Espectador*, 8 y 15 julio; 12 ag., 1936. Ver también M. Urrutia, The Development..., pp 172-173 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, 223-226. La ambigüedad ante lo político fue denunciada por Gerardo Molina, diciendo que lo que la clase obrera debía hacer era política, y en concreto apoyar al gobierno de López (*El Sindicalista*, 12 sept., 1936). Antiguos socialistas como Juan C. Dávila vieron en el congreso "un nuevo espíritu, una elevación cultural y un verdadero re-surgimiento de la clase obrera" (*Unión y Trabajo*, 26 ag., 1936).

(70) *El Espectador*, 28 julio, 1936; 9 enero; 26-28 mayo y 20 dic., 1937.

(71) Ibid, 20 enero; 14 y 23 marzo, 1938; *El Diario*, 15-27 enero y 30 abril, 1938 y el *New York Times*, 26 enero, 1938. Ver también M. Urrutia, The Development..., pp. 174-176 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 230-231 y 250.

(72) Censo de Población 1938 y Miguel Urrutia, The Development..., pp. 183, 203 y 210. Sus cálculos de la tasa de sindicalización son aún más bajos para 1939, el 2.7% (ibid. p. 184). Ver también el Primer Censo Sindical, 1947, p. 3

(73) *El Espectador*, 19 jul., 1938. Para las otras referencias ver E*l Obrero*, 5 dic., 1935; *Unión y Trabajo*, 23 jun., 1936; *Renovación*, 20 feb., 1937 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 212.

(74) *El Diario*, 2 marzo, 1938; Miguel Urrutia, The Development..., p. 157 y las entrevistas con Ramón de la Hoz y Andrés Barandica, Barranquilla, 1986.

(75) *El Radio*, periódico del magisterio caldense, apoyaba la sindicalización y publicaba poemas de V. Alexandre y cuentos de Máximo Gorki. Pero también respaldaba la construcción de una Casa de Ejercicios Espirituales para el magisterio (3 y 17 oct., y 28 nov., 1936). Para otros aspectos del sindicalismo del período ver también *El Espectador*, 7-10 feb., 1936; 3 marzo y 1-12, oct., 1937; Miguel Urrutia, The Development..., p. 203 y D. Pecaut, Orden y Violencia, pp. 224 y 230-231.

(76) Entrevista con Andrés Barandica, Barranquilla, 1986. Estos aspectos se desarrollan en mis publicaciones ya citadas, en la serie **Controversia**, dedicadas a las historias locales obreras.

(77) *Unión y Trabajo*, 20 feb., 6 junio y 13 ag., 1936; y *El Sindicalista* #3, 1936. *El Diario* señalaría más tarde que el sindicato del Ferrocarril de Antioquia "es el más responsable que tiene la nación" (12 feb., 1941).

(78) Citado por Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 263-264. Ver también la tesis de A. Gómez y B. Malpica, pp. 29-30 y la entrevista con julio Morón, Barranquilla, 1986.

(79) *Voz del Obrero* [Barrancabermeja] 14 ag. y 27 nov., 1937. El periódico insistiría en que el desarrollo sindical era atribuible a López (7 ag., 1937). Ver también entrevistas con Erasmo Egea, Gonzalo Buenahora, Pedro R. Galindo y Rafael Núñez, Barrancabermeja, 1985.

(80) Reproducido en *Unión y Trabajo*, 23 julio, 1936. El *New York Times* reseña el origen de la APEN como una alianza liberal para luchar contra el 'socialismo' de López y su acercamiento al pueblo. (24 marzo, 1935). Ver también Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas..., cap. 15; Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol IV, p. 285 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 273. Este último autor señala que en la práctica la APEN, al menos electoralmente, no era tan poderosa como se pensaba. En las elecciones parlamentarias de 1935 obtuvo menos de 500 votos. La derecha liberal, después del fracaso de la APEN, siguió oponiéndose al reformismo del gobierno. Un senador de esa tendencia le decía al corresponsal del *New York Times* que la Reforma Constitucional era 'comunista', por lo cual todas las derechas se debían unir para derrotarla (21 nov., 1936).

(81) *New York Times*, 28 enero, 1936 y *El Espectador*, 18 sept., 1936. *El Obrero* de Barranquilla decía en 1935, a propósito de la huelga petrolera: "bien hace el Partido Liberal de ofrecerle al proletariado la garantía de velar porque no sea traicionado por el comunismo" (12 dic., 1935). Aunque después del primero de mayo del 36 se crearon seccionales del Frente Popular en el país, el Partido Liberal oficialmente anunció que no ingresaba (*El Espectador*, 15 jun., 1936). Por el contrario, a pesar del acercamiento, el liberalismo siguió mostrando desconfianza con el comunismo. Según un editorial del mismo periódico, este último, "sólo accidental y temporalmente ha suspendido sus ataques al Régimen Liberal" (31 jul, 1936). En 1938 el Ministro de Gobierno convocó a un Frente Nacional para evitar la infiltración del comunismo en las filas liberales (*El Diario*, 17 y 27 en., 1938).

(82) Comunicación del 6 de ag., 1936 en NAW 821.00/1106. Ver además 821.00/1111 y 1121; y el *New York Times*, 22 sept. y 11 dic., 1935.

(83) *El Espectador*, 16 y 18 sept., 1936. Para la formación de grupos fascistas ver Medófilo Medina, "Los Terceros Partidos..."; Gerardo Molina, Las Ideas Socialistas, pp. 303 y ss.; e Ignacio Torres G., Los Inconformes, Vol IV, pp. 284-286. Los diplomáticos norteamericanos reseñaron el origen de grupos fascistas pero sin considerarlos como una seria amenaza (NAW 821.00/1122 y 1215). Denunciaron también conspiraciones conservadoras (821.00/ 1099). Varios autores han insistido en que Laureano Gómez no fue estrictamente fascista sino un seguidor de la Falange española. También llaman la atención sobre la amistad de López y Gómez, que por supuesto se distanció en esa época. Ver David Bushnell, Eduardo Santos...; y Silvia Galvis y Alberto Donadio, Colombia Nazi. Para el lenguaje laureanista ver *El Siglo*, 1 8 y 30 abril, y 5 y 13 ag., 1936. En 1937 se reseñó uno de los tantos encuentros entre izquierda y derecha. En este caso la

organización 'Haz de Fuego' desfilaba con camisas negras por Bogotá cuando supuestamente fue atacada por comunistas (*El Espectador*, 24 jul, 1936).

(84) Entrevista con Eugenio Colorado, Bogotá, 1988. *El Espectador*, 20 ag., 1936 y 25 feb., 1941. Ver también Ana María Bidegain, Iglesia, Pueblo y Política, Bogotá: Ed. Universidad Javeriana,1985; Justiniano Espinosa, "Apuntes Históricos de la UTC", Mimeo, Bogotá, 1971, p. 2 y entrevista con Manuel Vargas, Medellín, 1987.

(85) *La Defensa*, 17 enero, 1938. Ver también el mismo periódico, 21 feb. 1936; 11 feb., 1937 y 22 enero, 1938; *El Diario*, 11 feb., y 3 oct., 1938.

(86) "La significación de la Revolución en Marcha y la adhesión que le guardan las masas populares liberales, a pesar de todas las decepciones, no son comprensibles sin este transfondo de 'contrarrevolución'" (Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 275). Las cifras de la Contraloría se hayan citadas en Miguel Urrutia, The Development..., pp. 203 y 210. Contrastan los datos del sindicalismo católico en Medellín con el número de afiliados que decía tener la Acción Católica a principios de los treinta. Por ejemplo, en 1933 clamaba tener 24.000 afiliados, claro que no todos en organizaciones estrictamente sindicales (*La Defensa*, 23 mayo, 1933).

(87) Hobart Spalding, Organized..., caps. 3-5. Charles Bergquist dice que "al final de los treinta la amenaza que colocaba a las clases dominantes el insurgente movimiento obrero había sido eliminada" (Labor in Latin America, p. 354).

(88) *El Espectador*, 7 abril, 1942



7

LA ORFANDAD DE LA CLASE OBRERA, 1938-1945



En diciembre de 1945 los trabajadores del Río Magdalena estaban adelantando tal vez la huelga más dramática de esos años. Desesperados por la hostilidad patronal y la del presidente encargado Alberto Lleras, decidieron jugarse la última carta y le pidieron a Alfonso López --quien había renunciado a la presidencia hacía poco--, que sirviera de árbitro en el conflicto, cosa que indudablemente rechazó. Lo que llama la atención es que estando fuera del gobierno, y derrotado como político, Alfonso López siguiera siendo considerado por muchos sectores obreros como la tabla de salvación.

Lo que ese hecho muestra es también la vigencia de la alianza construida entre los sectores obreros organizados en la CTC y el lopismo. Ni siquiera la derrota política de López y la caída de la República Liberal en 1946 rompieron esos lazos, aunque sí los dejaron bastante deteriorados. En efecto, durante el gobierno de Eduardo Santos, 1938-1942, el movimiento sindical luchó denodadamente por la reelección de López a la presidencia. Cuando lo lograron, en 1942, todo parecía augurar que ahora sí se llevaría a cabo la anhelada revolución social, sin más 'pausas'. Pero el López que llegó al poder por segunda vez estaba aún más distante del reformismo que cuando terminó la primera administración. La energía la concentró en defenderse de sus cada vez más numerosos enemigos. Los únicos que lo acompañarían hasta el fin serían los obreros de la CTC, la izquierda liberal y los comunistas. Fueron ellos quienes lo defendían en el Parlamento y en las plazas públicas, contra la cada vez más incisiva oposición. "Con López contra la reacción!" siguió siendo la consigna de esos años, pero su contenido sonaba cada vez más hueco.

1. Eduardo Santos continúa la 'Pausa'

Uno de los propósitos del gobierno de Eduardo Santos fue reconstruir el consenso entre los distintos sectores de la élite, polarizados por la 'Revolución en Marcha', así como fortificar los lazos con los Estados Unidos. Tal vez eran los mismos criterios que López había tenido cuando decretó en 1936 la famosa 'pausa' en el proceso reformista. Santos, por ser dueño del mayor periódico del país y por su postura de centro-derecha liberal, parecía ser el indicado para la reconstrucción del consenso elitista. Pero eso, que era ventaja para los sectores dominantes, era motivo de preocupación para los sectores populares, especialmente para la clase obrera.

Pero lo que presagiaba ser un período de crudo enfrentamiento social se vio mitigado por los mutuos esfuerzos que la Segunda Guerra Mundial exigió

de los colombianos. Ante las presiones alcistas de precios desde 1939, los trabajadores bananeros, por ejemplo, ofrecieron voluntariamente descartar el alza salarial, aduciendo tanto las consecuencias de la Guerra en general como la amenaza de suspensión de exportación de la fruta. No es por azar que los ritmos huelguístico y de sindicalización disminuyeron en esos años, a pesar de que las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo no fueron las mejores. La Guerra, finalmente, sirvió para que los Estados Unidos estrecharan lazos con Colombia, dada su estratégica posición para la defensa continental. La élite colombiana se favoreció no sólo por la ayuda militar sino por las posibilidades de apoyo económico ofrecidas por los Estados Unidos. El gobierno de Santos, en consecuencia, mantuvo una neutralidad inicial, favorable a la causa aliada. Después del ataque a Pearl Harbor, rompió relaciones con las potencias del Eje. En 1943 se declaró en estado beligerante, aunque nunca envió tropas al escenario de la guerra (1).

Que el gobierno de Santos no tenía intenciones reformistas se vio desde los primeros días. Por ejemplo, el proyecto de salario mínimo que había dejado la anterior administración se hundió a fines de 1938. En realidad, los sectores empresariales estaban preocupados con él pues implicaba la participación de los obreros en las ganancias de las empresas. Esto, a su vez, significaba que el recientemente creado Ministerio de Trabajo tendría autorización para revisar los balances de las empresas. Las multinacionales también estaban preocupadas por la propuesta, como se lo hicieron saber al Departamento de Estado norteamericano. Por su parte, al gobierno de Santos lo que más le molestaba era el poder de negociación que se le daría al sindicalismo, y en particular a la CTC, en la definición del salario mínimo. Los diplomáticos norteamericanos reportaron complacidos: "el presidente Santos rechaza el proyecto en su presente forma". Curiosamente, además de los sectores cetecistas y de izquierda que lo defendían, había un sector católico que lo apoyaba basándose en las nociones de 'salario justo' (2).

La administración Santos, sin embargo, se declaraba como continuación de la de López. Voceros del gobierno decían: "todo es la obra social del liberalismo", e incluso exclamaban que el presidente era "ampliamente reformista". Pero ese reformismo quedaba inmediatamente desenmascarado cuando de definirlo se trataba. Si había continuidad con López, fue precisamente con la 'pausa' que él introdujo en 1936. El ministro de Trabajo resumía así la política laboral del nuevo gobierno: "... [éste] excluye la lucha de clases, exótica en Colombia, donde no existe una concentración capitalista que la justifique o explique ...[y] donde el mayor problema es producir". En todo caso el gobierno de Santos presentó al Congreso tres propuestas laborales: consagración legal del contrato colectivo, establecimiento de una Caja de Seguridad Social y una reglamentación más precisa de las fases de negociación. De las tres propuestas sólo se desarrolló la última, tal vez porque servía para

controlar más el movimiento obrero. La primera fue rechazada por el Parlamento dizque porque era 'socializante'. La segunda sólo se desarrolló experimentalmente en sectores aislados, como sucedió con los trabajadores del Río Magdalena con la famosa Riocaja (3).

Si en materia de reformas laborales Santos se quedó corto, en cambio no ahorró esfuerzos para mostrar su profundo anti-socialismo y, en concreto, su rechazo a la presencia de comunistas en la CTC. La débil unidad sindical se pondría a prueba durante su gobierno. Para su congreso en 1940, la confederación, como era ya costumbre, acudió al gobierno para ayuda económica. El presidente negó cualquier apoyo económico, obligando a los trabajadores a hacer colectas para financiar el evento. Ese hecho abrió fisuras entre liberales y comunistas al interior de la central obrera. A lo largo de ese año la pugna aumentaría en forma tal que terminaron realizándose dos congresos: uno 'comunista' en Barranquilla, y otro 'liberal' en Barrancabermeja. El segundo, obviamente, contó con respaldo oficial.

Los comunistas, al mismo tiempo que criticaban el anti-socialismo de Santos, decían que era la oportunidad para "elaborar una plataforma sindical independiente del gobierno!". A su vez para los liberales fue el momento para excluir a la temida 'minoría' comunista y de "poner al descubierto ... al grupo de agitadores que es el verdadero y laborioso responsable de la crisis de nuestras organizaciones proletarias". *El Espectador*, y con él el grueso del liberalismo, defendía "una sindicalización entendida y practicada con un rígido criterio de disciplina, bajo la vigilancia y la protección del Estado" (4). Este último era el mismo criterio que antes había predicado López, sólo que él le había agregado algunas concesiones a los obreros.

La división sindical, en la que había metido la mano el gobierno, era un hecho para 1941. Las grandes federaciones expresaban también la ruptura política que atravesaba a la CTC. En el congreso 'liberal' de Barrancabermeja se dijo que había que reestructurar a la Fedenal. Para fines de febrero de 1941 se había convocado un evento de la federación con intenciones divisionistas. Ferrovías tuvo, a su vez, su tercera convención nacional a principios de febrero, en Bucaramanga. Allí se debatió extensamente la "infiltración comunista en el sindicalismo". Sin embargo, el presidente de la federación defendió la unidad sindical como instrumento de progreso obrero. Algo similar concluyó la Fedenal en su reunión. El transfondo de estos nuevos llamados unitarios estaba en la posibilidad de reelección de López. En una especie de plebiscito informal, numerosos sindicatos comenzaron a lanzar la candidatura reeleccionista (5). Pero, antes de considerar este importante hecho político, veamos la evolución del movimiento obrero durante el gobierno de Santos.

A partir de 1938 se observó un descenso en el ritmo de sindicalización: 93 en ese año, 56 en 1939, 71 en 1940, 54 en 1941 y 38 en 1942. Para este último año se contaban ya 809 sindicatos en total y 102.203 afiliados a nivel nacional.

Si estas cifras agregadas para todo el país no dicen mucho, miremos a manera de ejemplo la crisis del sindicalismo antioqueño para el período: No sólo el sector manufacturero seguía al margen del proceso organizativo, sino que algunos sectores ya organizados defeccionaban. En 1940, según informe especial de *El Diario*, 11 organizaciones sindicales dejaron de existir en esa región, 7 de ellas sin personería jurídica. El número de afiliados, según la misma fuente, bajó de 8.794 a 7.267 entre 1939 y 1940. Lo que más llamaba la atención al periódico liberal era la baja participación de la mujer en el sindicalismo, 649 en 1939 y sólo 291 en 1940. Contrasta esta pobre presencia organizativa femenina con los altos porcentajes de vinculación a la industria manufacturera hasta los años cuarenta. La ofensiva antisindical tenía éxito en la región antioqueña, especialmente entre las textileras. Según el mismo periódico, para 1941 funcionaban sólo 34 organizaciones con 6.485 afiliados, y para 1942 la crisis tocaba fondo con sólo 28 sindicatos sobrevivientes. Aunque hubo una tendencia a dramatizar la crisis por parte del liberalismo, es indudable que para 1942 el sindicalismo antioqueño, y en general el del país, no estaba en mejores condiciones que en 1938. Con excepción de los transportes y las actividades extractivas, los otros sectores seguían acusando notoria debilidad (6).

Estas condiciones de debilidad y desunión sindical, obviamente, no eran las más propicias para la lucha reivindicativa obrera, y más bien favorecían al gobierno en su intento de "erradicar la lucha de clases". El exministro lopista, Alberto Lleras, apoyaba por esos años el proyecto santista, diciendo que el trabajador colombiano "no necesita librar batalla alguna, ni tiene nada que conquistar. En Colombia, el trabajador puede contentarse con preservar la organización democrática existente y aprovecharla con intensidad" (7). Pero, en la práctica, ni eso último era estimulado por el gobierno.

El análisis del movimiento huelguístico ratificará el endurecimiento de la política laboral por parte del presidente Santos. Después de la gran actividad huelguística de 1937, en 1938 se contabilizaron sólo 13 huelgas, 9 en 1939, 7 en 1940, y 8 en 1941. Una vez López salió de la presidencia, en agosto de 1938, se presentó una drástica disminución en el número de conflictos, con la excepción de los trabajadores públicos y municipales, lo que se explica en parte por la crisis fiscal que se presentó en esos meses.

1939 se inició con la huelga en la seccional de Coltabaco en Bogotá, de la que ya hablamos en el capítulo tercero. En mayo hubo un movimiento de trabajadores de servicios públicos en Medellín. Desde principios de año los trabajadores de las empresas públicas --que ya habían desarrollado una acción conjunta en años anteriores--, presentaron un pliego común. Las negociaciones

se tornaron difíciles y las directivas sindicales, siguiendo la tendencia divisionista que se vivía en el momento, excluyeron a los comunistas del proceso, incluso rechazando la solidaridad de los sindicatos controlados por ellos. El 26 de mayo, lo que debía ser una huelga general se convirtió en un paro parcial en teléfonos, tranvía y aseo. El gobierno local destituyó a 275 trabajadores que participaron en el paro. Aunque eventualmente el conflicto se superó y al menos los huelguistas consiguieron construir un poderoso sindicato de todos los trabajadores municipales, varios trabajadores quedaron definitivamente sin trabajo (8).

El año terminó con huelgas en dos sectores con tradicional capacidad de lucha: los trabajadores de las minas de oro de Segovia, Antioquia, y los del Río Magdalena. La primera transcurrió en noviembre, en protesta por el anuncio de que los trabajadores que faltaran un día a la semana serían despedidos. En ese tiempo, la crisis de las minas servía de excusa para la expulsión de trabajadores por cualquier motivo. Con el paso de los días el conflicto atrajo la solidaridad de otros mineros, obligando al Ministro de Trabajo a desplazarse para mediar. Presionados por las autoridades, los huelguistas se reintegraron para discutir sus peticiones en la 'normalidad' laboral. Sin embargo, para diciembre se denunciaban más despidos. En ese mismo mes ocurrió un paro parcial de la Fedenal en Barranquilla, para protestar por la vinculación laboral de personal no sindicalizado. El conflicto también se superó con la mediación oficial, en este caso el Ministro de Obras Públicas (9). A pesar de que la intervención del gobierno aquietó el descontento social --recordando tenuemente el estilo de López--, era claro que el gobierno de Santos no había logrado controlar las explosiones sociales, al menos en sectores con tradición de resistencia a las imposiciones patronales.

En 1940 el número de huelgas llegó a 7, tres de ellas de trabajadores de 'cuello blanco'. El gremio de maestros paró por segunda vez, de acuerdo a nuestras estadísticas: en la Costa Pacífica hacia marzo y en el Departamento de Magdalena hacia junio. En agosto un grupo de empleados públicos también fue a la huelga. En todos los casos se denunció retraso en los pagos salariales a consecuencia de la ya mencionada crisis fiscal que se vivió en los inicios del gobierno de Santos (10).

En agosto los trabajadores del Río Magdalena volvieron a agitarse para presionar la prolongación del pacto con las empresas navieras, el que había sido firmado en 1937. Los empresarios, aprovechando la actitud del gobierno, decidieron lanzar una ofensiva para desconocer en la práctica el famoso pacto, especialmente el punto de contratación de personal sindicalizado. De hecho la Fedenal había aceptado la reducción de personal, como consecuencia de la disminución de la actividad transportadora por la coyuntura internacional. Finalmente la vigencia del pacto se prolongó sin que los trabajadores recibieran incrementos salariales, mientras las empresas sí consiguieron autorización para

incrementar las tarifas. En octubre estalló un paro parcial por horas extras. Tanto el gobierno como la misma CTC recomendaron levantar el movimiento para negociar. Después de dudarlo un poco la Fedenal aceptó, consiguiendo prebendas menores. Si hasta el momento había sido la federación la interesada en preservar la vigencia de los pactos, y los empresarios los interesados en denunciarlos, a partir de ese año las cosas serían inversas (11). Los trabajadores sentían el peso del esquema institucionalizador liberal, sin la presencia de López.

En 1941 las cosas empezaron difíciles para el movimiento obrero, por la división de la CTC entre otras cosas. Pero los cambios en el contexto internacional, especialmente el ingreso de la URSS y luego de los Estados Unidos al bloque de Aliados, favorecieron que el discurso unitario se impusiera nuevamente. La posible candidatura de López terminaría por aglutinar al movimiento obrero, al menos el cetecista. El conflicto de Bavaria, en abril, puso a prueba tanto los mecanismos de negociación diseñados por el gobierno como el sentimiento unitario que se volvía a respirar en los sectores sindicales. Desde el inicio de la discusión del pliego la planta de Bogotá fue militarizada, con la disculpa de que el sindicato era controlado por los comunistas. Una vez rota la etapa de conciliación, los cerveceros de Bogotá se lanzaron a la huelga, recibiendo el apoyo de las seccionales de Honda y Santa Marta. Otros sindicatos como los de ferroviarios, tranviarios, choferes, la Fedenal y los bananeros, enviaron dinero y ofrecieron parar un día en solidaridad, lo que efectivamente sucedió al menos en el caso de Fedenal. Las 'cocinas sindicales', en donde se daba alimentación a 800 huelguistas, fueron abastecidas por las Ligas Campesinas. Cuando la cerveza empezó a escasear en la capital, la empresa trató de traerla de municipios vecinos. Comisiones obreras fueron organizadas con el fin de bloquear las vías de acceso a Bogotá. Finalmente, el conflicto que duró 16 días se resolvió --de acuerdo con la nueva legislación laboral-- con la integración de un Tribunal de Arbitramento compuesto por un delegado obrero, otro de la empresa y un representante del gobierno. En festiva manifestación, los obreros regresaron al trabajo (12).

El desenlace de estos conflictos no quiere decir que las condiciones de negociación se hubieran ablandado en favor de los obreros. Así se vio en el caso de los ferroviarios de Cali (abril) y los trabajadores de Textiles Alicachín en Bogotá (junio). La declaratoria de ilegalidad de estos dos paros obligó a los trabajadores a reintegrarse sin haber conseguido mejoras sustanciales. En contraste, a fines de noviembre se dio otra huelga de mineros de la empresa El Zancudo, en Antioquia, ante el anuncio del cierre de unas minas de plata. Después de doce días, los trabajadores lograron echar de para atrás esa amenaza y conseguir importantes conquistas. Como expresión de la cultura popular de la que participaban los mineros antioqueños, la huelga concluyó con una fiesta a su patrona, Santa Bárbara (13).

El año de 1942 marcó un punto de cambio tanto en las luchas obreras como en sus relaciones con el Estado. Las condiciones internacionales y la candidatura de López produjeron acercamientos entre liberales y comunistas, con miras a reconstruir la unidad sindical. Aunque algunos sindicatos apoyaron al candidato de la coalición liberal-conservadora, Carlos Arango Vélez, la mayoría se inclinó por Alfonso López. Rompiendo en la práctica el pretendido apoliticismo, las organizaciones fueron declarándose en favor del candidato de su preferencia. Al pronunciamiento en favor de López de las federaciones de transportadores siguió la adhesión de la USO y otros sindicatos. Finalmente la reunificada CTC pidió a sus adherentes votar entusiastamente por este último. En diciembre de 1941 también se había celebrado el Congreso de Unidad en Bogotá, con la asistencia del Ministro de Trabajo. Con ello el gobierno reconocía, tal vez a su pesar, la convivencia de liberales y comunistas bajo el mismo techo.

La unidad sindical, sin embargo, no fue gratuita. El ala comunista no sólo perdió su relativa independencia política, sino que debió moderar su retórica anti-gubernamental. El recientemente creado *Diario Popular* hizo, desde el primer número, en enero del 42, un llamado "a la unidad nacional en torno a Santos, gobernante efectivamente demócrata". Aclaraba el periódico comunista, eso sí, que la adhesión al gobierno liberal no implicaba que callarían las críticas a los funcionarios oficiales (14).

La CTC asumió la misma perspectiva. En febrero y marzo estuvo llamando a movilizaciones para apoyar el gobierno de Santos, especialmente su política exterior, y la candidatura de López. Cuando se dirigía al gobierno, lo hacía respetuosamente, como en abril de ese mismo 1942. En esa oportunidad resolvió "solicitar comedidamente" control contra la especulación, rebaja de arrendamientos e incremento de salarios. Pero donde más se vio el nuevo giro político de las organizaciones obreras fue en el respaldo al gobierno en el control del movimiento huelguístico. El dirigente comunista Víctor J. Merchán escribió un artículo titulado "La Huelga un Arma, no un Deporte". Aunque no la rechazaba, señalaba que se necesitaban muchas condiciones para lanzarla: había que agotar todos los pasos de la negociación y seguir los trámites legales, dando a conocer las condiciones de los trabajadores y, finalmente, conseguir que todos los obreros la apoyaran!, cosa prácticamente imposible. Por otro lado, en editoriales del *Diario Popular* se lanzaba la sospecha sobre una posible influencia 'nazi' en algunos conflictos huelguísticos. La idea era la de que aunque se reconocía que las causas de las huelgas eran las condiciones socio-económicas creadas por la guerra, los agentes nazis en Colombia podían utilizarlas para debilitar la posición internacional del gobierno de Santos. Claro que a renglón seguido señalaban la debilidad del presidente en el manejo de la crisis económica, para lo que podría conseguir ayuda de "nuestros amigos del Norte", eufemismo para designar a los norteamericanos! (15).

A pesar de los intentos oficiales por parar el movimiento huelguístico, con el apoyo de la CTC y el PC, éste siguió haciéndose presente en el país, incluso en mayor número que antes. En enero de 1942 estalló una huelga en una vidriera de Pereira por el despido de trabajadores con la disculpa de escasez de materias primas. La solidaridad obrera, expresada en innumerables telegramas y movilizaciones, impidió que la empresa cerrara la planta. Pero el movimiento huelguístico aún estaba con paso lento. Después de las elecciones de mayo, en las que salió triunfante Alfonso López, se recrudecería la agitación laboral. Parecía que las ilusiones reformistas volvían a renacer. El Partido Comunista, sin embargo, prevenía a la clase obrera de las posibles consecuencias de una movilización huelguística. En un editorial de su periódico, en mayo de ese año, llamaba a una mutua colaboración entre gobierno, industriales y el pueblo que "está también interesado en la prosperidad de la burguesía nacional". Concluía el editorial diciendo: "a los sindicatos no les serían inútiles unas cuantas reflexiones para prevenirles contra el extremismo... que ahora puede ser fatal para el movimiento obrero. No es la hora de nuevas prestaciones sociales, de grandes conquistas sociales. Los pliegos deben ser sencillos y realistas para no perjudicar a la industria". Así iba desarrollando el PC la concepción de capitalismo nacional que Daniel Pecaut designa como 'social-capitalismo' a la colombiana. Los comunistas, sin embargo, secundaron paralelamente varias huelgas para no perder el apoyo obrero (16).

En efecto, casi para despedir a Santos, se presentaron dos huelgas en las que la presencia comunista fue definitiva. A principios de junio se dio el conflicto en Textiles Monserrate de Bogotá, el que se prolongó por más de un mes. La CTC, en solidaridad, convocó a unas marchas nacionales, coincidiendo con la agitación de la Fedenal. Cuando la huelga daba signos de cansancio, los trabajadores reiniciaron las movilizaciones callejeras, enfrentándose con la policía. El balance dejó como saldo un trabajador muerto y 38 detenidos. En esas condiciones el presidente Santos intervino directamente, solucionándose el enfrentamiento con algunos puntos favorables a los huelguistas.

Un comportamiento similar mostró el Ejecutivo en el nuevo conflicto de los trabajadores del Río Magdalena. Ante la negativa de las empresas navieras a discutir el pliego presentado por la Fedenal --en el que se pretendía revisar los pactos anteriores--, los casi 40 sindicatos afiliados a la federación decretaron un paro a fines de junio. El Río quedó paralizado, y con ello la economía del país se afectaba. El gobierno obligó a los empresarios a sentarse en la mesa de negociación con los trabajadores, a pesar de que los primeros aducían que les repugnaba dialogar con la Fedenal por 'instinto de defensa', según palabras textuales transcritas por la prensa. El gobierno convocó al Tribunal de Arbitramento y la Fedenal levantó el paro luego de tres días, pues había logrado el objetivo que se proponía: poner a los empresarios a dialogar. La federación adujo también que el ataque de otra goleta colombiana por

submarinos nazis exigía moderación de todos los sectores nacionales. Esta actitud mereció el elogio del gobierno y de la gran prensa. Sin embargo, aprovechando el espíritu colaboracionista de los trabajadores, el presidente promulgó un decreto en donde se prohibía explícitamente la huelga en el transporte fluvial (17). Era claro que la unidad sindical y el apoyo a Santos, aunque menos entusiasta que a López, tenía contraprestaciones para la lucha obrera. Pero en ese momento eso no parecía importar, pues estaba próximo el ascenso por segunda vez de este último a la presidencia. Los sueños parecían volverse realidad nuevamente.

Mas lo único que revivió el retorno de López no fueron las expectativas populares: los temores de la élite volvieron a aflorar, y de una forma más militante. Los sectores conservadores, que habían apoyado al candidato Arango Vélez --secundado además por Gaitán, entre otros--, regresaron a la táctica opositora que combinaba casi todas las formas de lucha. A las belicosas denuncias contra López, y por extensión contra Santos, se unieron llamados velados a la guerra civil e incluso al atentado personal. El clima de violencia volvía a crecer en el país, y los rumores de lado y lado contribuían a alimentarlo más. Cuando la campaña electoral estaba llegando a su tope, a fines de abril, el ambiente político se enrarecía aún más: Alfonso López atacó a Laureano Gómez de falangista; el candidato apoyado por Gómez, a su vez, incitó al ejército a desconocer las autoridades si López salía elegido. Finalmente López salió vencedor con un cómodo margen de más de 200.000 votos (18). Esto, lejos de frenar a la derecha, la condujo a una actitud cada vez más extrema.

El panorama político nacional comenzó a parecerse al de mediados de los años treinta. Las condiciones internacionales e internas eran nuevamente propicias para hablar de Frentes Populares, como efectivamente lo hicieron los comunistas secundados por la CTC. El Secretario del PC exigía, en enero de 1942, un gobierno de 'Unidad Nacional' en el que efectivamente estuvieran presentes miembros de la CTC y del mismo Partido. El proyecto económico era el que hemos llamado capitalismo nacional. Finalmente, en el contexto internacional de una amenaza fascista, los comunistas reclamaban una clara política de defensa nacional. Esta consistía no sólo en adquirir mejor armamento de "nuestros amigos del Norte", sino en una preparación general de todos los ciudadanos para la guerra.

Con esas condiciones era difícil que Santos aceptara la propuesta del Frente Popular. Con más desdén que en el 36, el presidente la rechazó, aunque tomó ventaja del acercamiento de las fuerzas obreras a su gobierno. Las organizaciones laborales apoyaron a medias a Santos, mientras ponían sus esperanzas en López. El ambiguo apoliticismo de los sindicatos quedó nuevamente revasado en la práctica. Incluso el mismo PC, que formalmente lo defendía, decía: "en la batalla por la democracia no puede haber neutralidad política" (19). Pero lo cierto era que, durante los años de gobierno santista, la

clase obrera no sólo no había olvidado a López, sino que seguía aferrada a él como su gran protector.

2. El Anhelado Retorno de López

En agosto de 1942 se posesionaba por segunda vez como presidente de Colombia Alfonso López Pumarejo. Los obreros y sectores populares que lo apoyaron, esperaban que ahora sí la 'revolución' se pusiera en marcha. Recogiendo el sentimiento popular, el periódico comunista decía simplemente: "el pueblo espera de la próxima administración serias reformas progresistas y ante todo una verdadera reforma agraria". Sin embargo, no se necesitará mucho tiempo para percibir que López estaba aún más lejos del reformismo que cuando dejó la presidencia en el 38. Como señalábamos en el primer capítulo, la idea de López en su segunda administración era restablecer el consenso elitista que ni el mismo Santos había logrado. A escasos dos meses de iniciado el nuevo gobierno, el mismo periódico insistía tímidamente que "el gobierno debe acercarse más al pueblo". Pocos días después rechazaba enérgicamente las acusaciones de deslealtad que le hacían a la CTC y al PC con relación a López: "Mienten miserablemente quienes afirman que los obreros y los comunistas quieren crearle dificultades al gobierno y no son leales a la democracia". Para ellos el problema era que López "vacilaba" porque estaba rodeado de una oligarquía que lo obligaba a conciliar con la reacción! (20). Lo que esto indicaba era que, a pesar de la nueva actitud de López con el resto de la élite, los obreros seguían aferrados a él, anhelando un gobierno reformista.

En una forma más sarcástica, pero tal vez más cercana a la realidad, un periódico conservador decía en enero de 1943 que los obreros "han recibido el golpe de gracia de quien dizque era su vocero y encarnación de sus máximas aspiraciones". Meses después afirmaría el mismo periódico que López había rechazado "la torpe agitación socialista" y estaba exigiéndole a los obreros disciplina social. En verdad, se trataba de un López que no sólo exigía mucho a los obreros, sino que pedía poco de los empresarios. Por ejemplo, el 27 de septiembre del 42 la fábrica de Calzado la Corona de Bogotá, desafiando al gobierno, decidió extirpar de raíz al sindicato que se había formado una semana antes. Para ello procedió a expulsar a 70 trabajadores, entre ellos los miembros de las directivas sindicales, reconociendo sólo la existencia de una organización patronalista fundada tiempo antes. Cuando los trabajadores apelaron al Ministro de Trabajo, éste declaró que era impotente para obligar a la empresa a reintegrar a los despedidos, impedir la contratación de nuevo personal e incluso cobrar la multa de $500 que el mismo gobierno había colocado al gerente por violar las leyes laborales! (21).

Si, según parecía, López estaba dejando de ser 'lopista', la clase obrera, especialmente la afiliada a la CTC, sí lo seguía siendo. Con el ascenso de López al poder nuevamente se aumentó el número de organizaciones sindicales legalizadas: en 1943, 76 organizaciones lo hicieron, 172 al año siguiente y 441 en 1945, para bajar a 116 en 1946, cuando el presidente había renunciado. A pesar de que no todos los sindicatos legalizados efectivamente funcionaban, las cifras hablan claramente del auge organizativo de ese momento. Si en 1941 había 742 sindicatos funcionando en el país, con 95.443 afiliados, para diciembre de 1942 había ya 809 organizaciones con 102.023 afiliados. La tasa de sindicalización manufacturera también estaba aumentado: según el Censo Industrial de 1945, ésta rayaba en 25.5% para obreros y 23.6% para empleados de una rama con poca sindicalización en los años treinta. Las mayores tasas en los sectores industriales las ostentaban las actividades petroleras, con más del 70%; textilera, 42%; cuero, 26%; y bebidas, 24%. El alto porcentaje de sindicalización textilera es notorio, no sólo en contraste con el pasado, sino por la abierta persecución patronal a las organizaciones, como la prensa lo ilustró en 1944. En fábricas textiles de Manizales, Medellín, Bogotá, Cali y Suaita (Santander) se presentaron, durante ese año, abundantes expulsiones de dirigentes y afiliados a las organizaciones gremiales. Debe tenerse presente, sin embargo, que gran parte del sindicalismo de ese sector estaba controlado por el clero, especialmente en Medellín (22).

A nivel regional la plaza fuerte del sindicalismo, no sólo del transporte sino también de la industria, seguía siendo Barranquilla. En esa ciudad, la industria manufacturera, según el mismo censo, tenía las mayores tasas de sindicalización, siendo éstas cercanas al 50%. Barrancabermeja gozaba también de una alta proporción de trabajadores sindicalizados, especialmente por la presencia de la actividad petrolera. Bogotá y Medellín, aunque tenían altas cifras en términos absolutos, relativamente no eran las ciudades con mayor tasa de sindicalización. En síntesis, las tendencias regionales de decenios anteriores se mantenían, salvo el caso de Medellín donde la nueva presencia del sindicalismo católico aumentaba las estadísticas.

En este período hizo también irrupción a escala nacional un sector no propiamente obrero, pero cuya importancia será definitiva en el futuro del sindicalismo colombiano: los trabajadores estatales. La efervescencia organizativa en este sector, que se sentía desde los años treinta, se hizo evidente especialmente en 1945. En enero se conformaba la Federación Colombiana de Trabajadores Estatales, anclada en dos políticas: apoyo al gobierno y mejoramiento salarial. Por la misma época hubo agitación laboral en los trabajadores de la rama judicial y de los ministerios: en febrero se reunió la Primera Convención de Trabajadores Municipales; en julio el Primer Congreso de Profesores y Maestros; en octubre se realizó el Congreso de Empleados. Adicionalmente, numerosos sindicatos de empleados y trabajadores estatales

reclamaron personería jurídica, contribuyendo al auge organizativo ya señalado. Aunque quisieron ingresar a la CTC, no les fue posible por un problema semántico: no eran propiamente 'obreros' sino 'empleados', y por lo tanto tenían una legislación específica (23).

La segunda administración de López seguía estimulando la oficialización de los sindicatos, aunque fuera incapaz en la práctica de garantizar su sobrevivencia. Así hacía explícita la continuidad no sólo con el anterior gobierno sino con la obra del liberalismo desde 1930. La agencia estatal de estadística, la Contraloría General de la República, mostraba así el supuesto éxito del proyecto institucionalizador del liberalismo:

> "En Colombia, los obreros han orientado ya su mentalidad hacia esa idea de servicio y aprovechamiento, y es por ello que ya se registra el caso de una completa armonía y absoluta cooperación entre capitalistas y asalariados, en las más grandes empresas industriales del país... Para el futuro, el obrero colombiano conseguirá, con una **sindicalicación bien entendida y racionalmente estructurada**, más elevados planes sociales y económicos que les permitan equipararse a sus hermanos del continente" (24).

Además del apoyo sindical al desarrollo industrial, del que hablamos en los capítulos 1 y 3, el contexto internacional explicaba también la política de colaboración obrero-patronal que se respiraba en la época. Para los obreros organizados, las limitaciones del comercio exterior y el apoyo a la causa Aliada exigían sacrificios a los distintos sectores de la sociedad. Sin embargo, fue la adhesión a López la que facilitó la adopción de esas políticas, llevándolas a terrenos impensables diez años antes. Uno de los puntos de acuerdo con los obreros, presionado por la patronal, era la limitación del derecho de huelga. Alfonso López, en enero de 1943, se pronunció abiertamente en favor de un proyecto de Ley restringiéndola, "para que no se convierta en instrumento de lucha de clases". El proyecto, además, ratificaba la prohibición de la huelga en los sectores públicos, pues "es inexplicable que la administración pública se paralice". Otra razón aducida para la limitación de la principal forma de protesta obrera fue su posible utilización con fines 'subversivos'. Por ejemplo la escasez de materias primas y de llantas llevó a dueños de vehículos y conductores a numerosos paros en 1942 y 1943. El gobierno y la prensa liberal denunciaban manipulaciones políticas en la mayoría de estos conflictos, mientras la prensa conservadora los convertía en bandera de lucha antilopista (25).

Aunque el movimiento obrero se pronunció también por la menor utilización de la huelga, no estaba dispuesto a ceder el derecho de usarla como último recurso. Ante la presentación del proyecto de limitación de la huelga presentado al Parlamento en 1943, la CTC y el PC, junto con dirigentes liberales como Gaitán, la atacaron y llamaron a la movilización general en defensa de los

derechos obreros. Cuando López mismo trató de justificar el proyecto diciendo que no los perjudicaba, el *Diario Popular* afirmó por primera vez en mucho tiempo: "esta vez López no tiene la razón!". Sin embargo, ilustrando la pervivencia de la 'lógica comunera', los obreros no dirigieron sus ataques a López sino contra el Ministro de Trabajo, Arcesio Londoño. En las manifestaciones convocadas por la CTC los obreros gritaban la consigna "López sí, Londoño no!". De esta forma los trabajadores buscaban preservar las buenas relaciones con el ejecutivo, sin aceptar pasivamente todo lo que viniera de él. Así lo expresaba la CTC a mediados de 1943: "los trabajadores no confundimos la adhesión que le damos al presidente con un silencio de aceptación tácita". En todo caso, los trabajadores lograron temporalmente parar el proyecto de limitación del derecho de huelga. Pero, astutamente, el gobierno lo volvería a introducir al año siguiente, en medio de un conjunto de leyes laborales en apariencia favorables a los trabajadores. Con todo lo anterior queremos resaltar cómo la situación de las organizaciones obreras, especialmente de la CTC, no era fácil, pues por una parte estaba sometida a presiones de la base y por la otra tenía el claro compromiso de apoyar al gobierno. De esta forma oscilaba entre la solidaridad con las huelgas y los llamados a no realizarlas; entre las reivindicaciones obreras y las políticas oficiales para controlar precios y salarios (26). Esa tensión, enmarcada en la polarización política del país, será característica de todo este período.

La misma tensión se vería reflejada en el movimiento huelguístico de esos años. Según la información del Cuadro 3, en 1942 se dieron 12 huelgas, 14 al año siguiente, 18 en el 44 y 13 en 1945. El número, ciertamente, es menor al de cuando López estuvo en la presidencia por primera vez, pero mayor que el promedio observado durante el gobierno de Santos. Ahora bien, si de las cifras agregadas poco se concluye, tal vez la revisión de los principales conflictos sea más ilustrativa.

La primera huelga del nuevo gobierno de López fue un anticipo de lo que le esperaba a los trabajadores. El sindicato de mineros de Segovia (Antioquia) había presentado oportunamente un pliego de peticiones a la empresa inglesa Frontino Gold Mines, pidiendo restitución de los directivos sindicales expulsados --práctica que se estaba generalizando entre los empresarios--, incrementos salariales y no cierre de una mina que dejaría cesantes a 500 trabajadores. La arrogante empresa extranjera rechazó el pliego y cerró la mina. Sin más alternativas, los trabajadores se lanzaron a la huelga. El gobierno --también como ya era práctica tradicional--, desplazó al Ministro de Trabajo a la zona. Una vez llegó allí, éste declaró ilegal el conflicto y pidió a los huelguistas levantar el paro para iniciar negociaciones. Aunque los trabajadores accedieron, la empresa se cerró al diálogo e incluso rechazó la convocatoria de un Tribunal de Arbitramento. Más aún, la Frontino dijo tener órdenes de Londres para cerrar las minas si se le obligaba a negociar. El gobierno, para sorpresa de los

trabajadores, aceptó sus razones y más bien nombró un alcalde militar para controlar la población de Segovia. Con la anuencia oficial, la empresa comenzó a contratar nuevo personal, mientras las fuerzas armadas allí acantonadas encarcelaron a más de 200 trabajadores que habían vuelto a la huelga. Después de 40 días el paro se levantó sin que los mineros hubieran conseguido algo (27).

Pero la intransigencia patronal no se limitaba a las multinacionales. El recientemente creado Consejo Administrativo de los Ferrocarriles Nacionales se negó a aceptar las reivindicaciones de sus trabajadores a fines de 1942. En diciembre, Ferrovías, la Federación de Ferrocarrileros, convocó a un paro nacional del sector. El gobierno rápidamente declaró ilegal el movimiento, mientras la CTC le daba un tímido respaldo, convocando a movilizaciones de solidaridad. Pero, al contrario de lo sucedido en Segovia, aquí el gobierno actuó directamente por medio del mismo López, quien se entrevistó con los dirigentes sindicales llegando al acuerdo de nombrar como árbitro único al exministro Alberto Lleras. El conflicto fue motivo de controversia en el país. Decían los sectores empresariales que la huelga "no es justa porque no piensa en todo el país ... las demandas son muy altas .... [y será] un fracaso de los intentos anarquizantes". Para el gobierno la resolución del conflicto fue un acto de confianza en él. Los ferroviarios, por su parte, aclararon que "la pasada huelga no iba dirigida contra el Gobierno" (28). La ambigua política laboral de López y la contradictoria respuesta obrera se hacían evidentes.

Una similar situación se presentó con el otro sector activo de transportadores: la Fedenal. Después de la huelga de junio de 1942, que contó con la intervención de Santos, se produjo una negociación entre las partes, la que terminó en un acuerdo --Laudo del 42-- poco favorable a los trabajadores. Estos ganaban algún incremento salarial y la disminución de la jornada de trabajo, pero perdían privilegios en la contratación de la mano de obra. A pesar de la protesta de algunos braceros, como los de Girardot que fueron un día al paro sin encontrar más eco, la Fedenal lo aceptó como símbolo de apoyo a la política de López. Para dar muestras de su espíritu de colaboración, la Federación, a principios de 1943, tomó asiento en la recientemente creada Comisión de Conciliación y Arbitraje que supuestamente dirimiría los conflictos en el Río Magdalena. Pero para junio de ese año le fue imposible a la Fedenal contener la presión de la base, ante las crecientes denuncias de violación de acuerdos previos por las empresas. La contratación de un piloto no-sindicalizado hizo que la copa se desbordara y Fedenal se lanzó a un paro que venía represando por meses. Por esta causa, la contratación del piloto fue anulada y la federación consiguió nuevamente imponer en la práctica la sindicalización obligatoria del personal del Río. Sin embargo, era evidente que el gobierno no estaba contento con los resultados. Por ello autorizó la suspensión de un mes a más de 100 braceros y ordenó investigaciones para analizar mayores sanciones para otros sindicalistas afiliados a la Fedenal (29).

A las huelgas ferroviaria y de trabajadores fluviales se les agregaban los abundantes conflictos del transporte por carreteras. Aunque la mayoría de estos últimos fueron lanzados por dueños de los vehículos, también se presentaron conflictos de los choferes asalariados, ante los cuales la respuesta estatal fue igualmente ambigua. A mediados de 1943 los choferes de Taxis Rojos de Bogotá se lanzaron a una huelga que duraría 45 días, solicitando incremento salarial y prestaciones sociales. El gremio de conductores de la capital apoyó solidariamente el movimiento. La empresa, en represalia, expulsó a los directivos sindicales y amenazó con cerrar si la obligaban a negociar. Las dos caras de la política laboral de López volvieron a aparecer en ese momento. Mientras los huelguistas se reunían con López, quien les prometió presionar a las empresas a negociar, el Ministro de Trabajo, Londoño, afirmaba que el carácter de la huelga no era laboral sino un caso de policía. Finalmente el gobierno convocó un Tribunal de Arbitramento Obligatorio, cuyos resultados serían medianamente favorables a las peticiones obreras. Pocos meses después hubo un paro de choferes de buses en Barranquilla por desconocimiento empresarial de pactos previos. En marzo de 1944 los conductores de buses de Bogotá se lanzaron a la huelga pidiendo incremento salarial, jornada de 8 horas y organización del trabajo por turnos. Ante la ya tradicional negativa de los empresarios a negociar, el gobierno convocó otro Tribunal de Arbitramento. Curiosamente, en esos conflictos los choferes venían solicitando que en términos de garantías laborales se les clasificara como empleados y no como obreros (30). Esa clasificación les permitía devengar por tareas y conservar ciertas prebendas propias de esa categoría. Aunque adecuada para los intereses de corto plazo, esta catalogación ofrecía problemas para la construcción de la identidad de la clase. En todo caso, a nivel agregado, el sector transportes seguía siendo muy activo en la lucha reivindicativa, con 18 huelgas en los cuatro años, superado sólo por la rama manufacturera, la que tuvo 26 conflictos en el mismo período.

Es precisamente en el sector industrial, especialmente en el textil, donde fue más notoria la posición anti-sindical de la patronal. De los casos ya mencionados destacaremos dos huelgas de empresas textileras de la ciudad de Manizales. A principios de 1944, las empresas textileras Unica y Manizales enfrentaron denuncias de sus trabajadores por impedirles la sindicalización y darles 'mal trato'. Los obreros, después de agotar todos los medios de negociación, se lanzaron a la huelga. El gobierno sugirió un Tribunal de Arbitramento --pues como se trataba de un sector no-público, ese mecanismo era de carácter voluntario--, que fue rechazado por las empresas. Los obreros denunciaron como anti-patriótica la actitud de los empresarios, logrando aislarlos. Finalmente éstos accedieron a firmar acuerdos que prontamente violarían, tomando represalias contra los huelguistas, lo que los obligó a mantenerse en estado beligerante (31).

En el mismo año de 1944 se vivieron algunas huelgas en los nuevos sectores que se venían incorporando al sindicalismo. En junio los maestros de Cali y Buenaventura decretaron paro para presionar incrementos salariales y prestaciones sociales. Aunque los padres de los estudiantes los apoyaron, el gobierno rápidamente declaró ilegal el conflicto. Los maestros eran, al fin y al cabo, empleados del Estado, a quienes se les prohibía la huelga. En noviembre del mismo año 400 empleados y pilotos de la recientemente nacionalizada empresa aérea Avianca se fueron al paro. En ese momento los empleados no contaban con sindicato. Ellos se quejaban de bajos sueldos y sobre todo de discriminación en comparación con lo que ganaban los trabajadores norteamericanos en rangos similares. Aunque los huelguistas se entrevistaron con López, el gobierno declaró ilegal el movimiento, que debió levantarse sin ninguna conquista. Lo que estaba en el fondo era la imposibilidad de la contratación colectiva en Avianca, dado el carácter de 'empleados' que tenían los trabajadores. Por tanto, cada asalariado debía arreglárselas directamente con las directivas de la empresa. Un mes después de la huelga se organizó el sindicato de Avianca --el primero de empleados-- comprometiéndose ante todo a luchar por un régimen de contratación colectiva (32).

Como se observa de este recuento del movimiento huelguístico, hubo en estos años un indudable despertar de la protesta obrera, aunque en menor proporción que a mediados de los años treinta. A pesar de los discursos de colaboración obrero-patronal, las luchas colectivas de los trabajadores no desaparecieron y, por el contrario, tendían a aumentar, ganando en cobertura. A partir de la unificación de la CTC en 1942, la central comenzó a practicar formas de presión más globales, como los paros generales, los que eran de carácter político pero incluían también aspectos reivindicativos. La clave de su éxito estaba en la brevedad --a veces 15 minutos, dos horas o un día cuando más--, y en la precisión de sus objetivos, que eran pocos pero altamente sensibles, como para conseguir amplio respaldo obrero y popular. El primero de estos paros generales, acordado en conjunto con la Confederación de Trabajadores de América Latina, CTAL, y la Federación Sindical Mundial, FSM (a las que pertenecía la CTC a la sazón), fue el 11 de diciembre de 1942, para protestar por la masacre de judíos por la Alemania Nazi. El éxito de la jornada fue total ya que no sólo obreros y empleados pararon durante los 15 minutos acordados sino que además el conjunto de la sociedad, incluidos los empresarios, la apoyó. En cambio, el paro de media hora en solidaridad con los trabajadores argentinos, llevado a cabo en enero de 1945, no contó con tanto respaldo. Además del cambio en la coyuntura a fines de la Guerra Mundial, el carácter de los paros generales se había tornado exclusivamente político, pues a lo largo del 44 la clase obrera organizada se movilizó en apoyo a López (33).

El mutuo apoyo entre el Estado Liberal y el movimiento obrero organizado, aunque ponía limitaciones a la lucha reivindicativa y a la

autonomía política de la clase obrera, no eliminaba la contradicción social ni hacía de la clase un fácil objeto de manipulación. Por el contrario, la creciente capacidad de presión del sindicalismo amenazaba con desbordarse. Incluso el discurso colaboracionista de sectores obreros ponía a veces en dificultades a los empresarios. En 1944, por ejemplo, los trabajadores de Bavaria, al mismo tiempo que ofrecían su colaboración para la buena marcha de la empresa, exigían hacer parte de la directiva de la empresa (34). Era cooperación lo que ofrecían, pero eso no ocultaba el deseo de un mayor control obrero.

La clase obrera organizada en la CTC apoyaba a López, pero no ciegamente. En 1943, ante la anunciada visita del Ministro de Trabajo, Londoño, a algunos sindicatos, el *Diario Popular* protestó enérgicamente, calificándolo de ser un intento de "domesticar a los sindicatos colocándolos bajo el control y la dirección del Estado". El periódico comunista recordaba que Colombia era un país democrático, en donde se suponía que los sindicatos eran independientes del Estado. La pugna con el ministro siguió subiendo luego en intensidad. Para mediados de 1943 la CTC, secundada por el PC, se lanzó a la batalla por la destitución del funcionario público, acusándolo de perseguir al movimiento obrero. La gran prensa liberal protestó, aduciendo que la presión de la confederación era "un acto de insensatez y subversión política" y señalando que "el gobierno no debe capitular ante este motín". El PC, por su parte, insistía en que Londoño era un miembro de esa "oligarquía en formación que quiere separar al Doctor López del pueblo". En consecuencia, exigía la destitución de los ministros 'reaccionarios'. López respondió tratando de mantener el frágil equilibrio: rechazó a la comisión de la CTC que buscó entrevistarse con él, pero privadamente recomendó a Londoño renunciar, como efectivamente sucedió pocos días más tarde (35).

En esas condiciones se realizó el Sexto Congreso Nacional de Trabajo en Bucaramanga, en diciembre de 1943, al que el gobierno volvió a apoyar económicamente. Además de los casi 700 delegados, también se hicieron presentes el entonces Ministro de Trabajo, Jorge E. Gaitán, y el Ministro encargado de la presidencia --pues López estaba temporalmente fuera del país--, Darío Echandía. El dirigente obrero mexicano Vicente Lombardo Toledano también se contaba entre los presentes.

Como era predecible, el Congreso Obrero ratificó el apoyo a López, exigió la declaratoria de beligerancia contra los países del Eje y estimuló la formación de federaciones regionales. A pesar de las tensiones divisionistas, la unidad sindical se mantuvo, traduciéndose en una dirección de la CTC compuesta por 19 liberales y 11 comunistas. López, aunque temporalmente fuera del país, seguía siendo el garante no sólo de esa unidad sino de la endeble paz social. La temida 'lucha de clases' parecía estar controlada. Sin embargo, eso no tranquilizaba a las élites, pues veían que el Estado mantenía solidas relaciones con las organizaciones sindicales y populares. El ataque a López era en el fondo

una ofensiva contra esos sectores populares. El lopismo como fuerza reformista, sin embargo, era ya una ilusión que caería prontamente como un castillo de naipes (36).

3. La República Liberal en Crisis

Para 1943, mientras el gobierno liberal parecía débil y en retirada, y el mismo López lucía cansado y derrotado, la oposición cobraba fuerza, sugiriendo la inevitabilidad de la crisis política. A medida que pasaban los meses, las críticas conservadoras arreciaban. Cualquier error oficial era motivo de desgastadores debates públicos. Primero fue denunciada la construcción de unas casetas de vigilancia en la finca privada del presidente, 'Las Monjas'. Eso le mereció una amonestación del Congreso. Luego vino el asesinato de un oscuro boxeador e informante de la policía, Mamatoco. Desde el principio se vio un motivo político en ese crimen, aunque gobierno y oposición responsabilizaban al contrario. Finalmente vino el debate sobre el manejo oficial de las acciones de la compañía holandesa Handel. Fruto de la política contra las potencias del Eje y los países controlados por éstas, se produjo la nacionalización de la Handel, que controlaba entre otras empresas a Bavaria, lo que dio origen a oscuros negocios en los que se vio comprometido el hijo del presidente, Alfonso López Michelsen. Aunque este debate no fructificó en el Parlamento como acusación formal al Ejecutivo, le hizo un profundo daño a su imagen. En esas condiciones López solicitó un permiso para ausentarse del país por tres meses, aduciendo el mal estado de salud de su esposa. Para la oposición esto era un claro signo de victoria. A regañadientes, el Congreso otorgó el permiso y nombró como encargado al liberal de izquierda Dario Echandía (37).

Con estos torpes pasos, el gobierno de López se iba aislando cada vez más. A la original oposición clerical-conservadora se le fueron sumando sectores empresariales --preocupados por el apoyo sindical a López-- y aún sectores liberales hasta ese momento 'lopistas'. Incluso algunos de sus ministros renunciaron para iniciar una campaña política, lo que de alguna forma significaba una crítica al Ejecutivo. A López sólo le quedaban como aliados la clase obrera organizada en la CTC, la cada vez más menguada izquierda liberal y el pequeño Partido Comunista. El contraste con lo sucedido en los años veinte salta a la vista. Si en esa época la subversión que amenazaba al Estado provenía de la izquierda, para mediados de los años cuarenta la izquierda era el único soporte que le quedaba al Estado contra la cada vez más agresiva oposición derechista.

El Partido Comunista, después del distanciamiento con el liberalismo durante el gobierno de Santos, volvió a revivir la táctica frente-populista con la candidatura de López. A lo largo de la segunda administración de éste, el PC

estuvo apoyándolo, presionando reformas que cada día parecían más distantes. Paralelamente el Partido vivía un proceso de renovación interna, en el que indudablemente tenían efecto los cambios en la situación internacional. La comunicación directa con la Unión Soviética se dificultó, pero sobre todo la evolución del conflicto mundial transformó las expectativas de los comunistas. En un contexto de convivencia pacífica entre capitalismo y socialismo, el Partido Comunista colombiano decidió posponer la revolución socialista y fortalecer el capitalismo nacional. Siguiendo los pasos de los movimientos comunistas de Cuba y los Estados Unidos, cambió de nombre --por el de Partido Socialista Democrático-- y volvió más flexibles los criterios de militancia. Así no lo percibieran sus dirigentes, se volvía a las tradiciones del Socialismo Revolucionario, aunque con una táctica política diferente. Años después a esta nueva concepción se le llamó 'Browderianismo' --por el dirigente del comunismo norteamericano del momento, Earl Browder-- y se la trató como una seria desviación ideológica o 'revisionismo', en la jerga de izquierda (38). Sin embargo, en los años de la Segunda Guerra parecía una política no sólo razonable en el contexto internacional sino exitosa en el plano interno, al menos en términos electorales.

Reflejando el nuevo ímpetu 'frente-populista', el Partido Comunista inició desde enero de 1942 la publicación de un diario --la izquierda, hasta el momento, había contado con semanarios o publicaciones ocasionales--, el *Diario Popular*. El periódico, más que ser vocero del Partido, pretendía expresar a los sectores sociales beligerantes contra las potencias del Eje. Según su primer administrador, el origen del diario fue acordado entre comunistas, liberales de izquierda, miembros de la comunidad judía, republicanos españoles y antifascistas en general. Con un lenguaje más fresco, menos dogmático, con variedad de temas y amplio cubrimiento del conflicto mundial, especialmente del Frente Ruso, el periódico reflejaba los nuevos vientos ideológicos que soplaban en el Partido.

En un intento de utilizar los modernos medios de comunicación, el PC hizo también uso de la radio, contando en 1945 con un programa de media hora los domingos a las 7.30 pm. Paralelamente, la rigidez doctrinaria de la prensa comunista de los años treinta parecía ceder terreno, dejando filtrar una actitud más lúdica, o al menos más cercana al colombiano común y corriente. Por ejemplo, un aviso en noviembre del 43 invitaba a una "regia kermesse democrática" para despedir a los delegados de Bogotá al Congreso Obrero y para recoger fondos para el periódico. Según el anuncio, el festival contaría con "dos amplios salones de baile, dos conjuntos de 'jazz-band', boxeo, desafíos de tejo, barcas, aeroplanos, 'whip', rifas... y un interesante torneo para elegir [la] madrina del *Diario Popular*" (39).

En el plano ideológico se dieron cambios importantes, más allá del apoyo al capitalismo nacional. Se intentó desdogmatizar el marxismo, aunque sin

mucho éxito, y acercarse a los símbolos de identidad nacional. La disolución de la Comitern en 1943 favorecía la búsqueda nacional de cada partido. En un artículo Gilberto Vieira, futuro secretario del PC, intentaba rescatar la figura de Bolívar, matizando los duros juicios de Marx contra el Libertador. Vieira insistía en que el marxismo no debía asumirse como dogma. Pero más importante en la renovación política del comunismo fue la apertura de un cierto pluralismo en torno a la discusión por el cambio de nombre. En efecto, a finales de marzo de 1944 la dirección del PC planteó que, para adaptarse a las nuevas condiciones políticas mundiales, era necesario cambiar de siglas. Se abrió una nueva sección en el periódico para que la militancia expresara sus puntos de vista. En lo que constituyó un interesante experimento democrático, entre abril y agosto salieron en las páginas del *Diario Popular* las opiniones más disímiles. Hubo posiciones desde las que ortodoxamente reivindicaban el nombre de comunismo hasta las que simplemente proponían convertirse en una asociación liberal más. Finalmente el Segundo Congreso de los comunistas --el primero fue en 1941-- adoptó el nombre de Socialista Democrático, transformando la estructura organizativa para dar cabida a los que simpatizaran con su política. Prácticamente se asumió que todos los que votaran por el PSD podrían hacer parte de él, lo que era un abandono de los criterios leninistas de militancia (40).

El gobierno de López, aunque apoyaba estos pasos y agradecía el respaldo ofrecido por los comunistas, en el fondo mantenía una prudente distancia. En septiembre de 1943, el nuevo Ministro de Trabajo, Abelardo Forero Benavides, habló en términos elogiosos de los comunistas:

> "Hasta ahora el Partido Comunista ha sido en su conducta lealmente defensor de la política del régimen... el comunismo ha sido conducido con cordura y responsabilidad. Sus voceros son infatigables y laboriosos, y en la realidad están dispuestos a trabajar con intensidad desconcertante al lado de los sindicatos en la obtención de sus garantías, en la discusión de sus pliegos".

El ministro lamentaba, sin embargo, que no hubiera muchos liberales en esa tónica. El asunto no era preocupante mientras el PC siguiera siendo una agrupación pequeña, concluía Forero Benavides. El reconocimiento estatal de la labor comunista se haría más evidente cuando al Segundo Congreso del Partido asistió el entonces Ministro de Trabajo, Adán Arriaga Andrade, en nombre del Presidente López. El Ministro agradeció a los comunistas la 'patriótica' colaboración en la crisis política que vivía el gobierno. Tal vez para premiar esa colaboración se habían abierto relaciones diplomáticas, por primera vez, con la Unión Soviética (41).

La apertura política del PC --PSD a partir de agosto de 1944-- atrajo la atención no sólo del gobierno sino de sectores intelectuales que medraban entre la izquierda y el liberalismo. El periódico *El Espectador*, vocero del centrismo liberal, alabó el cambio de nombre, señalando que el nuevo PSD no era

incompatible con el liberalismo, y nuevamente volvió a pronunciar la frase de mediados de los años treinta: "no hay enemigos a la izquierda". A los pocos días de celebrado el Congreso Comunista algunos intelectuales, agrupados en la Acción Política, disolvieron la organización para ingresar al PSD. Dirigentes políticos como Alvaro Pío Valencia --hijo del poeta Guillermo Valencia--, Diego Montaña Cuéllar --suplente de Gaitán a la Cámara--, Francisco Socarrás--destacado académico--, y otros tantos se sumaron a las filas del renovado PSD. En el corto plazo estos cambios políticos significaron un sustancial aumento electoral del Partido, aunque sin sobrepasar el 5% de la población votante. De los casi 3.000 votos que conseguía en los años treinta, se pasó a 17.113 en marzo de 1943. En octubre de ese año eligió 88 concejales municipales en todo el país, triplicando el número que tenía hasta el momento. En marzo de 1945 llegó casi a los 30.000 votos, y en octubre de ese año eligió 125 concejales. Además, por votación indirecta, en 1943 el PSD había obtenido un escaño en el Senado para su Secretario, Augusto Durán (42).

Pero si bien el estilo y la forma de comunicación de los comunistas cambiaron en esos años, las transformaciones eran más hacia el exterior que hacia el interior. En el plano interno subsistía la estricta disciplina y el centralismo seguía siendo dominante. Quienes no pensaban como la dirección eran sancionados e incluso expulsados. En 1942 se había expulsado no sólo a Ignacio Torres G., con acusaciones bajas, sino a dirigentes comunistas regionales como Angel María Carrascal. A fines de ese mismo año, el socialista Juan de Dios Romero volvió a ser objeto de implacables críticas por parte del PC. Se le acusó, por ejemplo, de intentar dividir el gremio de loteros para sacar provecho personal, por lo que el gremio lo declaró persona no grata. A principios de 1943 se expulsó a Eduardo Vanegas, dirigente de la Fedenal, por "caudillista, indisciplinado, y desertor de la lucha diaria de los trabajadores". Por razones similares se expulsaría a Manuel Marulanda Vélez, a quien luego se le readmitiría en sus filas. A mediados de ese mismo año se revivió la polémica con supuestos elementos 'troskistas' los que, "infiltrados en el movimiento obrero exigen la ruptura total con López y la neutralidad en la guerra". Las denuncias se dirigían contra un grupo de obreros que no estaba de acuerdo con las transformaciones del PC, y que serían expulsados en 1945. En ese mismo año, durante la huelga de Fedenal, se expulsaría a los comunistas que no hubieran apoyado el conflicto, como Raquel Mercado (43). A pesar de los cambios formales, el estalinismo seguía vivo en la organización.

De consecuencias políticas más graves fue el nuevo enfrentamiento entre el PC y Gaitán, una vez éste se retiró del gobierno para iniciar su campaña electoral. La enemistad venía desde los años treinta, y se había reforzado por los diferentes apoyos a los candidatos enfrentados en 1942. A partir de 1944 Gaitán iniciaba su campaña, por encima de la oficialidad liberal, apelando directamente al pueblo. Tanto por su concepción del proceso de cambio --en el

que era el conjunto del pueblo, incluidas sus clases medias, el que jugaba el papel revolucionario--, como por su desprecio a las burocracias, él adelantó una cruda denuncia de la CTC y del PSD, a los que veía como apéndices del oficialismo liberal. Los comunistas, a su vez, rechazaron esas acusaciones con igual o peor acidez. Lo tildaron de fascista y de aliado del conservatismo. A la par con el Partido, la CTC tomó partido contra Gaitán, a pesar de que había simpatía en las bases por él, sumándose no muy entusiastamente a la candidatura oficialista de Gabriel Turbay para las elecciones de 1946 (44). En la medida en que Gaitán criticaba a las oligarquías, incluyendo por supuesto a López, el PSD y la CTC salieron en defensa del presidente, consumando una ruptura que sería costosa para la clase obrera en su conjunto. Los entrevistados comunistas o ex-comunistas coincidieron en señalar como un error fatal el enfrentamiento con Gaitán. Contrastaba además el lenguaje sectario que usaban los comunistas para dirigirse a sus enemigos de izquierda o a los disidentes, con los calurosos términos con que se referían a López.

Cuando éste regresó al país después de los tres meses de permiso, en febrero de 1944, la actividad política volvió a caldearse. El *Diario Popular* pedía su regreso con titulares como éstos: "Ciudadano Presidente tu puesto y tu deber están en el solio de Bolívar... la Patria está en guerra, la democracia se halla amenazada, y el pueblo te apoya. No puedes vacilar". Cuando regresó al país, López percibió claramente la situación: "He observado con honda preocupación [...] un relajamiento de los resortes esenciales de nuestra vida política y no he ocultado a nadie mis temores de que la República se vea sorprendida por una auténtica crisis que no tendrá las soluciones tradicionales". En consecuencia, amenazó con renunciar nuevamente a la presidencia. La CTC y el PSD inmediatamente convocaron a manifestaciones en apoyo de López y en mayo del 44 organizaron un Paro Cívico Nacional para impedir que el Senado aceptara su renuncia. En efecto, el 15 de mayo la CTC llamaba al paro convencida de que "López reasumirá el mando si el pueblo unido le ofrece el apoyo". El paro fue reportado como un éxito y le aseguró temporalmente el puesto al presidente (45). Pero la crisis política distaba de haberse solucionado.

Para mediados de 1944 la oposición había aumentado en número y en calidad del ataque. Los gremios empresariales, algunos de ellos recientemente creados por presión estatal, emprendieron una campaña para romper la alianza entre Estado y sindicalismo. No era que temieran estrictamente a López --por el contrario, él era el mejor garante del orden social-- sino que temían a las fuerzas aliadas al lopismo, especialmente a la CTC y el PC. Algunos empresarios se empeñaron en destruir por su cuenta el sindicalismo. Otros, secretamente, comenzaron a apoyar a los sectores opositores, aunque públicamente seguían manifestando adhesión a López (46).

La oposición seguía teniendo en Laureano Gómez a su máximo jefe. Gómez como ya se ha dicho, no era fascista, aunque simpatizaba con el

falangismo. En su discurso integraba una retórica anti-comunista con cierto lenguaje populista, como su denuncia de la oligarquía. Sus llamados a una acción más decidida le ganaron tensiones con la jerarquía eclesiástica, aunque eso mismo hubiera despertado admiración en sectores del clero y del pueblo católico. La Iglesia, aunque básicamente opuesta a López, tuvo una gama de posiciones, desde la moderada de Monseñor Concha y Córdoba hasta la beligerante del obispo de Santa Rosa de Osos, Monseñor Builles. El peligro para el Estado Liberal estaba, por tanto, no estrictamente en el fascismo, como lo denunciaba la izquierda, sino en esa poderosa oposición de derecha. Para el año 1944 por todas partes se comenzaba a respirar el ambiente de guerra civil (47).

La ofensiva opositora iba escalando posiciones. A las denuncias parlamentarias y a la prédica en los púlpitos se les sumaron los paros de dueños de vehículos y el cierre de fábricas para bloquear cualquier negociación con los sindicatos. En 1944 también los estudiantes de las universidades privadas, especialmente las católicas, acudieron al paro y la movilización para oponerse al gobierno. En ese ambiente caldeado era obvio que una chispa tuviera dimensiones de incendio. Cuando en febrero de 1944 fue detenido Laureano Gómez por una demanda por calumnia, hubo enfrentamientos entre grupos falangistas y sindicalistas de la CTC. En abril del mismo año hubo un motín en la población tolimense de Purificación, aparentemente instigada por elementos opositores. La emisora conservadora La Voz de Colombia fue censurada en varias ocasiones, por hacer apología del levantamiento antigubernamental. La censura cayó también sobre otros órganos de prensa opositora, e incluso el fiel aliado, *Diario Popular*, también sintió su peso. Para mediados de 1944 circulaban abundantes rumores de complots secretos --pero conocidos por todos, incluidas las fuentes diplomáticas norteamericanas-- contra el gobierno de López (48). Aunque hubo participación de sectores rurales en esta creciente polarización política, como fue el caso de Purificación o de los sindicatos agrarios clericales, el escenario principal de la confrontación era la ciudad.

La oposición buscó también estimular el descontento de las Fuerzas Armadas contra López para propiciar un golpe militar. El desdén con que López había tratado al ejército en su primera administración, que contrastaba con el favoritismo por la policía, sería hábilmente utilizado por las fuerzas opositoras. La oficialidad del ejército tenía más simpatías conservadoras que liberales. En esas condiciones un grupo de oficiales jóvenes se lanzó el 10 de julio de 1944 a un golpe militar, cuando el presidente asistía a un desfile del ejército en el sur del país. El coronel Diógenes Gil y otros oficiales lo retuvieron, esperando el levantamiento de otras guarniciones y el prometido respaldo popular. Pero el ejército, salvo en Bucaramanga e Ibagué, permaneció fiel al gobierno. Los ministros Echandía y Lleras se apresuraron a reivindicar la vigencia del gobierno, ilegitimando a los golpistas. Los obreros se lanzaron casi espontáneamente a la calle y la CTC decretó un paro hasta cuando López fuera

reintegrado a la presidencia. Ante este masivo respaldo popular al gobierno y frente a la división de las fuerzas castrenses, los golpistas devolvieron al presidente, quien regresó triunfal a la capital. Los dirigentes conservadores, mientras tanto, huían sigilosamente del país. Los oficiales implicados fueron luego juzgados, pero para desilusión del PSD y de la CTC se les otorgó posteriormente una aministía. El gobierno, para recompensar los esfuerzos obreros, emitió una serie de decretos laborales sobre protección sindical y prohibición del paralelismo organizativo, que después se convertirían en la ley 6 de 1945 (49).

El golpe militar había cumplido el papel de tensionar los polos de la contradicción política que atravesaba al país y lo hundía en un conflicto cada vez más violento. Los obreros se dieron cuenta que la oposición no estaba amenazando sólo verbalmente, y por ello elevaron también el tono de su discurso. Días después del golpe militar frustrado, los petroleros de la USO exigían mayor vigilancia sobre los focos 'reaccionarios'. "Sería conveniente", decían, "que la policía cívica ... tomara datos sobre estos individuos a fin de hacerles aplicar los correctivos legales". La CTC fue más lejos: el mismo día del Golpe pidió "armas para el pueblo!". El PSD haría otro tanto, mientras apoyaba la medida de Estado de Sitio que se imponía en el país a raíz de los eventos de julio. En noviembre de ese año se volvió a rumorar otro golpe militar. Los comunistas juzgaron que la guerra civil estaba ya cerca y que en consecuencia no quedaba otro camino sino salir a luchar, aunque no de cualquier forma: "se trata hoy de la lucha armada... los obreros, los campesinos, los empleados pobres, y las fuerzas democráticas en general deben comprender que sólo con el fusil en la mano y un corazón intrépido podrán salvar la democracia y la patria". La CTC, mientras tanto, llamaba a la creación de Comités de Defensa Nacional, insinuándose también propuestas de creación de grupos de choque y de milicias populares! (50).

Así llegó 1945. Cuando a nivel mundial el problema ya no era estrictamente las potencias del Eje, sino lo que se avecinaba frente a su inminente derrota, en Colombia la crisis política tocaba fondo. Pocos días antes de las elecciones parlamentarias de marzo se descubrió un arsenal de bombas en la catedral de Bogotá. Inmediatamente la policía hizo requisas, encontrando más armas en la ciudad. El rumor de una conspiración opositora se volvió un grito a voces. La CTC convocó a una nueva manifestación en apoyo a López. Este, en uno de los últimos impulsos por conservarse en el poder, agradeció una vez más el apoyo popular mientras exclamó: "no pasarán los enemigos de la República!".

Pero como había sucedido en la guerra civil española, los enemigos sí pasaron. El gabinete renunció en pleno para darle a López carta blanca para superar la crisis. El PSD insistía en que la alternativa era un Gobierno de Salvación Nacional, en el que se incluyeran militantes del Partido o de la CTC.

López desechó la idea, y en un desesperado intento por apaciguar a la oposición ofreció unos ministerios al Partido Conservador. Los designados, después de consultar con las jerarquías opositoras, decidieron rechazar el ofrecimiento. Había fracasado el último intento de López por sobrevivir políticamente. A pesar de ello, el apoyo de los obreros seguía firme, no obstante los desplantes del presidente. En mayo, mientras se realizaba un desfile en Medellín para celebrar la derrota de la Alemania Nazi, un grupo de falangistas quemó la bandera rusa, por lo que recibieron una paliza de la multitud. Por esa época se intensificaron los paros estudiantiles exigiendo la renuncia de López. En junio, ante nuevos rumores de complots anti-lopistas, el PSD reiteró el llamado a la formación de milicias populares y la CTC convocó a nuevas manifestaciones. Pero este repetido guión se agotó. López, que nunca se había planteado ser el dirigente de una revolución popular, finalmente pasó al parlamento su renuncia, la cual fue aceptada el 20 de julio, a pesar de las demostraciones de apoyo en la calle. El ministro Alberto Lleras lo sucedería por el año que faltaba para completar el período presidencial (51).

A pesar del permanente apoyo que le brindaban a López la CTC y el PSD, parece que no todos los sectores populares estaban contentos con su triste gobierno. La participación electoral, un indicador del entusiasmo popular, descendió, según Daniel Pecaut, de 46% en 1939 a 41% en 1943 y a 39% en 1945. Parece que en las ciudades era aún mayor la abstención. Por concentrar su energía en defenderse inútilmente, López, en su segunda administración, había hecho poco por ganarse el respaldo popular, salvo unas reformas menores y algunos pasos audaces como nombrar al socialista Gerardo Molina rector de la Universidad Nacional. Los únicos que aparentemente se beneficiaron fueron los obreros, pues habían obtenido la ley 6a que fue la base del primer código laboral. Pero en esos agitados días de fines del gobierno lopista, los obreros no percibieron el transfondo de dicha ley. Aunque ciertamente había en ella aspectos progresivos, básicamente en torno a la contratación colectiva y a la protección sindical, también había elementos que intentaban controlar más el movimiento obrero. En efecto, la Ley 6 prohibía el paralelismo sindical y garantizaba un fuero especial a los directivos de los sindicatos, pero reglamentaba y limitaba aún más el derecho de huelga y, sobre todo, favorecía el desarrollo del sindicalismo de base o de empresa en desmedro de las federaciones o de los sindicatos de rama industrial (52). De esta forma se debilitaba implícitamente la forma de negociación que venía desarrollando el sindicalismo de la CTC.

Aunque no fue mucho lo que recibió, la clase obrera organizada seguía aferrada a López. Cuando renunció el presidente quedó como huérfana, aunque en teoría la República Liberal seguía en el poder. La prueba más dura para sus lealtades vendría prontamente.

4. ¿El regreso a la 'lucha de clases'?

Coincidió la renuncia de López con la difusión a nivel internacional de la llamada Guerra Fría. Para mediados de 1945 ya Alemania se había rendido y era inminente la derrota de Japón. Ahora lo que preocupaba a los aliados era la división del mundo y el balance de fuerzas. El prestigio de la URSS y de los comunistas durante el conflicto mundial hacía temer una expansión del socialismo no sólo en Europa sino en América Latina. Aquí la Guerra Fría se tradujo en acuerdos panamericanos de defensa continental y en el plano interno en una ofensiva de las clases dominantes contra las conquistas legales y organizativas de los sectores populares, especialmente obreros. Los Estados Unidos no sólo favorecían esa ofensiva, sino que la estimulaban en donde fuera necesario. En el plano laboral, concretamente, para fines del conflicto mundial la A.F.L. intentó crear una confederación continental paralela a la CTAL. Con una ideología 'apolítica', pero en el fondo anti-comunista y pro-norteamericana, nació en 1948 la Confederación Interamericana de Trabajadores, CIT, que a partir de 1950 se transformaría en la Organización Interamericana del Trabajo, ORIT. En Colombia los intentos de la AFL encontraron sintonía en sectores liberales de la CTC --de hecho, la ruptura definitiva de la central en 1950 se dio por la discusión sobre la afiliación internacional--, y especialmente entre los sindicatos orientados por el clero. El Padre Guarín, uno de los jesuitas envueltos en la formación de ese sindicalismo, recordaba:

> "Nosotros manteníamos muy buenas relaciones con los sindicatos americanos. Eran los que patrocinaban los cursos y nos ayudaban en todo. En los cursos que se daban, de importancia, no faltaba un gringo y se tomaba la lista de todos los que asistían al curso" (53).

Es claro que en Colombia, como en otras partes de América Latina, la Guerra Fría ya se vivía aún antes de culminar en conflicto mundial. En el plano sindical, ella se apoyaría en las tendencias que insinuaba el sindicalismo católico. La ofensiva patronal contra los sectores organizados obreros, que ya se había manifestado al final del gobierno de López, se desataría con más crudeza después de su renuncia. El movimiento obrero colombiano, aunque con menos poderío que en los países del Cono Sur, había logrado consolidarse al abrigo de la protección estatal. La utilización del paro general le había otorgado a la CTC una buena capacidad de presión. Sectores como ferroviarios y trabajadores del Río Magdalena habían logrado importantes reivindicaciones. Finalmente, la izquierda había obtenido avances electorales, pequeños pero suficientes para alimentar el pánico de la derecha. Para esta última el problema radicaba en la estrecha relación del Estado con los sectores urbanos, especialmente con los obreros y empleados. La situación para muchas empresas se tornaba más difícil por las condiciones económicas al final de la Segunda Guerra Mundial. Sin López de mediador, las fuerzas sindicales podían desbordarse en su lucha

reivindicativa. Por eso había que desmontar rápido el esquema sindical adoptado por el lopismo.

La clase obrera, no muy perceptiva de los cambios que se operaban, se prestaba a reiniciar la lucha reivindicativa represada durante la conflagración mundial. Curiosamente los esfuerzos de colaboración propiciados por la CTC y el PSD cristalizarían a mediados de 1945, cuando el lopismo estaba en crisis. Los sectores comprometidos, la CTC por la parte obrera y la ANDI por los empresarios, mantuvieron algunas reuniones conjuntas que rápidamente fracasarían. A principios de mayo de 1945 se reportarían esfuerzos de colaboración en los principales departamentos del país, especialmente en Antioquia. Al Congreso de la Federación de Trabajadores Antioqueños, FEDETA, asistió el presidente de la ANDI. En julio la Confederación seguía acudiendo al gobierno para solicitarle apoyo económico a los empresarios para que éstos no descargaran el peso de la crisis sobre los obreros. Para octubre del mismo año se iniciaron los diálogos entre la CTC y la ANDI, pero prontamente afloraron las diferencias. La central obrera ofrecía colaboración para el desarrollo económico y para el incremento de la producción, pero señalaba que ello requería mejores salarios y mejores condiciones, entre ellas un trato adecuado. Las condiciones internacionales e internas habían dejado sin piso esos diálogos que prontamente fracasaron. La colaboración obrero-patronal moría mientras cada lado se preparaba para una confrontación de fuerzas. La renuncia de López parecía dejar al desnudo el conflicto social, sin la tradicional mediación que él ofrecía (54).

El interrogante, entonces, estaba en la actitud que tomaría el nuevo gobierno de Alberto Lleras. La formación de un gabinete de coalición liberal-conservadora, obteniendo éxito donde López había fracasado, sugería por dónde iban las cosas. Sin embargo, todavía la clase obrera no había percibido que el cambio de presidente significaba el abandono de la retórica reformista y el reforzamiento de las tendencias regresivas que ya el mismo López había insinuado. La oposición conservadora aceptó ingresar al nuevo gabinete, solidarizándose con el nuevo gobierno, especialmente con las medidas de represión laboral (55).

Además de la renuncia de López, el sector organizado en la CTC tenía otras cosas de que preocuparse. En momentos en que las bases presionaban para desatar la lucha reivindicativa, nuevos signos de división sindical comenzaron a aparecer. La tensión entre liberales y comunistas se incrementó en la medida que Lleras exigía fidelidad a sus copartidarios y muestras de lealtad por parte de los comunistas. La misma división del liberalismo ante los candidatos presidenciales creaba zozobra dentro de la organización sindical. Por otra parte, el crecimiento sindical no se tradujo necesariamente en el fortalecimiento de esa confederación. Adicionalmente surgía con mucha fuerza el sindicalismo católico, que comenzaba a disputarle a la CTC la legitimidad de

ser la vocera obrera y no faltaron también intentos de crear una corriente gaitanista dentro del sindicalismo.

Aunque ya veíamos que la tasa de sindicalización había aumentado en los años de la segunda administración de López, llegando a ser del 25% en la industria manufacturera, todavía existían amplios sectores de trabajadores, especialmente los tradicionales como agricultura y minería, en donde el sindicalismo apenas si tenía presencia. Según Miguel Urrutia, la tasa de sindicalización global no pasaba del 5% en 1947. En ese año se realizó el censo sindical, hablándose de 165.595 afiliados para todo el país, 85% de ellos varones. Téngase presente que la organización cooperativa contaba en ese mismo año con 68.741 miembros, aunque, como no eran excluyentes, muchos trabajadores podían pertenecer a ambas. La CTC, siendo la fuerza mayoritaria, no abarcaba todo el sindicalismo. De las 1.610 organizaciones censadas en 1947, 892 estaban activas. De ellas, 471 pertenecían a la CTC. El número de obreros pertenecientes a ella era de 109.372 contra 56.225 no afiliados (56).

Había, sin embargo, una tendencia más preocupante para la CTC y era el favoritismo oficial por el sindicalismo de empresa o de base, institucionalizado en la Ley 6a de 1945. En contra de la negociación vía las federaciones y la presión política que ejercía la central, se levantaba un tipo de negociación más atomizada por empresas y con énfasis en lo económico. En el censo sindical de 1947 aparecieron 342 sindicatos de base, el 38% del total, mientras el sindicalismo de oficios o gremial bajaba al 41% (57). Se socavaba así la representatividad de la Confederación.

Apoyándose en ese sindicalismo de base tomaron impulso las organizaciones católicas, que a su vez serían estimuladas por el gobierno conservador que se instalaría en 1946. Ellas habían tenido que recorrer un largo camino para entrar en escena, pues la Iglesia había condenado el sindicalismo en un principio, apoyando más bien organizaciones mutuales y de caridad. A pesar de la eficiencia de la Acción Católica antioqueña, el sindicalismo radical seguía ganando terreno, en especial durante los grandes conflictos de mediados de los años treinta. Apoyándose en la experiencia europea, el clero comenzó lentamente a ingresar al mundo sindical. Para 1939 contaba con 73 sindicatos en el país y 10.515 afiliados, la mayoría reclutados entre los trabajadores rurales, aunque también en algunos sectores manufactureros antioqueños (58).

Para los años cuarenta un grupo de jesuitas estableció una escuela de formación de cuadros sindicales católicos. Con la disolución de la JOC, por celos de la jerarquía, algunos de sus integrantes, especialmente del núcleo del Barrio Ricaurte en Bogotá, formaron la Unión Obrera, apoyados por un grupo de abogados de la Universidad Javeriana. Los jesuitas Vicente Andrade y Francisco Mejía iniciaron su actividad con ese grupo. Ambos habían tenido contacto con experiencias organizativas católicas, cooperativas y sindicalismo, en el

extranjero. Combinando la teoría --la Doctrina Social de la Iglesia--, con la práctica --cursos de oratoria y liderazgo--, fueron creando un grupo de líderes en la llamada Selección de Trabajadores Católicos, SETRAC. La organización era de tipo clandestino, tal vez por influjo del falangismo español. Como lo recordaba alguien que participó en estos eventos:

> "... llegamos a la conclusión de que tenía que ser una organización secreta, porque eso sicológicamente vincula mucho más y era prohibido que le contaran ni a la mujer que pertenecían a eso. Era una cosa muy seria. Esto tenía juramento. [Era] como una especie de masonería chiquita" (59).

Con la formación de cuadros católicos se facilitó la labor de penetración en los sindicatos existentes. Aunque oficialmente la Iglesia condenaba la afiliación de los fieles a organizaciones 'comunistas', en la práctica se comenzó a hacer una labor de infiltración en la CTC. Sin embargo, el grueso de la actividad estaba en las agremiaciones controladas por la Acción Católica. Los roces entre la jerarquía eclesiástica y el sindicalismo cetecista llegaron a su máximo punto en 1944, particularmente en el departamento de Antioquia. En septiembre de ese año los obispos del país, preocupados por el auge de la CTC, e incluso por la simpatía que ésta tenía entre sectores empresariales, decidieron lanzar un Plan de Acción Social, creando una Coordinación Nacional, bajo la dirección del Padre Vicente Andrade. Dicho programa incluía algunas reformas, dentro de una concepción de conciliación de clases impregnada de anticomunismo. Los obispos pedían, por ejemplo, la distribución justa de la propiedad, la existencia de un salario mínimo familiar y de prestaciones sociales. Apoyaban la creación de organizaciones sindicales que elevaran el nivel moral, además del económico, de sus afiliados. Al mismo tiempo, seguían elogiando las mutuales y las cajas de ahorro. A los obreros, a su vez, se les exigía respeto a los patrones y a la propiedad privada. Finalmente, y éste fue el punto de la polémica, se les prohibía el ingreso a organizaciones 'comunistas'. Sectores liberales y conservadores apoyaron la declaración de los obispos, especialmente en Antioquia. La última recomendación se tradujo en un ataque de frente a la FEDETA, que a la sazón estaba en muy buenas relaciones con la organización empresarial ANDI. Todo ello en medio del enrarecido ambiente político, fruto de la creciente oposición a López. Por ejemplo, el periódico conservador antioqueño *La Defensa* llamaba a los industriales a "romper la neutralidad y a enfrentar la creciente influencia comunista en la región" (60).

La FEDETA y el PSD --implicado también en la declaración de los obispos-- contraatacaron señalando la supuesta inspiración falangista de la declaración eclesiástica y denunciando los intentos divisionistas tanto del clero como de políticos conservadores y aún liberales, y especialmente del periódico *El Tiempo*. La respuesta de las organizaciones obreras recayó principalmente en el beligerante obispo Monseñor Builles. Este, en una de las muestras de su agresiva retórica, había dicho:

"Ningún hijo de la Iglesia puede pertenecer al Partido Social Demócrata Comunista colombiano y, por tocarnos más de cerca, mientras que la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA) insista en mantener la absoluta independencia del movimiento sindical frente a las autoridades eclesiásticas y civiles emanadas de Dios, prohibimos a los católicos inscribirse en cualquier sindicato de los afiliados a dicha federación!" (61).

Con el ambiente político que se respiraba en el momento, rápidamente se polarizaron las organizaciones obreras en el departamento de Antioquia y en general en el país. El sindicato de Choferes de Medellín se desafilió de la FEDETA; simultáneamente se escribieron cartas de apoyo a Monseñor Builles firmadas por 900 trabajadores de Textiles Rosellón, 1.846 de Coltejer, y otros tantos de Fabricato, además de innumerables sindicatos agrarios. Por su parte el sindicato ferroviario, el más poderoso de la región, así como los de trabajadores públicos y artesanales, apoyaron a la federación (62). El conflicto siguió a lo largo de ese año y del siguiente. Sólo le restaba al sindicalismo católico dar el paso para agruparse organizativamente. Debía hacerlo, sin embargo, con mucho cuidado, pues la Ley 6a prohibía el paralelismo sindical en todos los niveles. En julio del 45 sectores católicos intentaron hacer un Congreso obrero anti-comunista, pero López, en una de sus últimas acciones como presidente, lo impidió.

El primer paso organizativo del sindicalismo católico fue la fundación, en diciembre de 1945, de una federación, la Unión de Trabajadores de Antioquia, UTRAN. La base la constituían 32 sindicatos agrarios y manufactureros controlados por la Acción Católica. La UTRAN afirmaba que no era una asociación patronal y que lucharía por reivindicaciones obreras, pero en un plano de colaboración con los empresarios. Paralelamente en el país cobraba fuerza una federación de trabajadores rurales, la FANAL, que constituiría, junto con la UTRAN y las federaciones de trabajadores mineros y del departamento de Boyacá, las bases de la nueva confederación que surgiría en 1946, la Unión de Trabajadores de Colombia, UTC. Igualmente, desde el primero de mayo de 1945 comenzó a ser publicado y difundido por el clero un antiguo boletín barrial transformado ahora en periódico nacional, *Justicia Social* (63).

La nueva confederación tendría indudablemente su principal punto de apoyo en Antioquia, región en donde el clero ejercía amplio control del mundo obrero. En el censo sindical de 1947 las cosas evidenciaban una mayor tendencia en favor de la UTRAN, 32 sindicatos contra 23 de la FEDETA, aunque en afiliados estaban casi parejas. En otras regiones las cosas no eran tan agudas, aunque ya se insinuaba la crisis de representatividad de la CTC. En Bogotá en 1947, por ejemplo, 83 sindicatos estaban afiliados a ella, contra 88 que no lo estaban, lo que no quiere decir que estos pertenecieran a la UTC. En número de afiliados a nivel nacional la antigua Confederación era aún mayoritaria. En Barrancabermeja, por ejemplo, las tres organizaciones sindicales estaban

afiliadas a ella. Barranquilla seguía siendo su plaza fuerte, con 15.234 afiliados contra 3.309 no afiliados. La ciudad portuaria, en el censo sindical del 47, seguía contando con un importante sector sindical por rama de industria, el 50% de las organizaciones de la ciudad (64).

Pero el clero no era el único sector que cuestionaba a la CTC. Como ya veíamos, Jorge E. Gaitán había iniciado su campaña presidencial enfrentando todos los símbolos de la oligarquía 'lopista', de la que hacían parte la CTC y el mismo PSD. A los ataques verbales les sucedieron enfrentamientos callejeros entre gaitanistas y comunistas. El líder populista comenzó a hablar en 1945 de una 'purificación' de la CTC, excluyendo a los dirigentes comunistas. Como la Confederación cerró filas en defensa de todos sus directivos, el gaitanismo decidió convocar en diciembre de ese año un Congreso Obrero paralelo al de la central, esperando contar, además de sus propias fuerzas, con el concurso del sindicalismo antioqueño. Dicho congreso fue un fracaso en cuanto a representación obrera, pues los esperados sectores de la CTC y del sindicalismo católico no acudieron a la cita. Sin embargo, se fundó una efímera organización, la Confederación Nacional de Trabajadores, CNT, que ni siquiera pudo consolidar una dirección. El PSD triunfalmente denunciaba el evento gaitanista como "una burda patraña del jesuitismo fascista". Gaitán, por su parte, sacará de lección la desconfianza en las estructuras burocráticas, insistiendo en la apelación directa al pueblo sin mediaciones organizativas (65).

En 1945 la CTC aún salía exitosa de esos ataques. Sus federaciones seguían siendo poderosas armas de movilización social. Ferrovías agrupaba cerca de 20.000 ferroviarios en 20 sindicatos. La Federación Petrolera a casi 8.000; las de trabajadores de carreteras y de empresas municipales a otros tantos respectivamente; la Fedenal, finalmente, agrupaba 37 sindicatos con 5.500 integrantes. Sin embargo, la representatividad de la central comenzaba a ser cuestionada por distintos sectores políticos y por importantes grupos obreros. Por ejemplo, en noviembre de 1945 un grupo de sindicatos antioqueños --entre ellos los de Coltejer, Pepalfa, Apolo, Fatesa, Indulana y Sedeco--, le escribían a Lleras manifestándole su respaldo y exigiéndole que suprimiera a la CTC. El Presidente les respondió reafirmando la neutralidad del Estado ante los sindicatos. La Confederación, por su parte, identificaba todo ataque como de origen fascista, mientras desechaba la participación de elementos católicos. Un directivo de la central en ese entonces reconocía autocríticamente:

> "Yo creo que si a Eugenio Colorado y a esas gentes los hubiéramos admitido entonces dentro de la CTC, pues habría habido muchos debates internos, habría habido muchos problemas internos pero se hubiera conservado la unidad sindical" (66).

La crisis tocaba también las puertas del PSD. A fines de ese mismo 1945 se realizaba el congreso del Partido, en donde se denunció la existencia de una

desviación 'browderiana'. Aunque por ahora no se presentó la división organizativa, se insinuaban ya los dos polos que reventarían en abierta confrontación en 1947. De un lado estaba el sector de Augusto Durán, simpatizante de las tesis de Browder, compuesto de importantes dirigentes sindicales. De otro lado estaba el de Gilberto Vieira --que reivindicaba el 'leninismo', aunque había participado plenamente en las nuevas orientaciones políticas--, al cual adherían sectores intelectuales y campesinos. Este último sería el que se impondría a la postre en la confrontación del 47, privando al comunismo de una importante base obrera (67).

En esas condiciones se llevó a cabo el VII Congreso Obrero de la CTC en Bogotá, a principios de diciembre de 1945. En contra de los ataques conservadores y gaitanistas, el evento había recibido ayuda económica del gobierno. A pesar de lo que estaba sucediendo en Antioquia con la UTRAN y del intento paralelo de Gaitán, el evento pareció ser intrascendente. Además de las tradicionales adhesiones al gobierno de turno y al candidato Gabriel Turbay, el Congreso Obrero solicitó aprobación del voto femenino en el Parlamento y ofreció formalmente solidaridad a los conflictos laborales que se desarrollaban o los que se venían encima, especialmente el de la Fedenal (68). De todas formas, percibiendo la creciente disputa de su legitimidad, la CTC decidió colocarse, con vacilaciones, al frente de la lucha reivindicativa que resurgía.

El pausado ritmo huelguístico durante los tres años de gobierno de Alfonso López sufrió un cambio luego de su renuncia. Desde mediados de 1945 se produjo una verdadera lluvia de pliegos de petición, aunque no todos desembocaron en conflictos abiertos. El fin de la Guerra Mundial y el fracaso de los intentos de concertación dejaron abiertas las puertas para que los trabajadores se lanzaran a la recuperación de las condiciones de vida previas a 1939. La coyuntural crisis que se vivía en algunos sectores económicos, fruto de la escasez de materias primas y repuestos para la maquinaria, se hacía más dramática al finalizar la Segunda Guerra Mundial, pues desaparecía la motivación para exigir sacrificios a todos los sectores involucrados en el proceso de producción. En el caso de algunas industrias, como la textil de Barranquilla, la situación se tornaba aún más difícil por la falta de competitividad con relación a la industria antioqueña y por la estrechez del mercado regional. Los trabajadores de esas empresas se encontraron con una terca negativa empresarial a discutir sus peticiones. La huelga fue la única alternativa que les quedaba. Así sucedió en la fábrica La Confianza de Bogotá, cuando la empresa, aduciendo crisis, expulsó a 62 trabajadores y amenazó hacerlo con otros 25 más. Se repitió en la fábrica Modelia de la misma ciudad cuando se despidió a 30 trabajadoras, justificando la medida por un supuesto traslado a Medellín. Los textileros afectados decidieron agruparse para enfrentar la crisis (69).

A comienzos de octubre estalló una huelga que tendría grandes consecuencias para la coyuntura laboral: la de la empresa Tejidos Monserrate

de la capital del país. Desde un mes antes, 600 trabajadoras y trabajadores habían presentado un pliego de peticiones que básicamente apuntaba al problema salarial y al cumplimiento de la Ley 6a. Como era ya común, la empresa rechazó el pliego aduciendo crisis económica. El 9 de octubre los trabajadores declararon la huelga. Mientras la ANDI se solidarizaba con los dueños de la empresa, los trabajadores de Bogotá y Barranquilla, esta última sede de la Federación de Trabajadores Textileros, apoyaban a los huelguistas. Muchos sindicatos afiliados a la CTC contribuyeron con un día de salario para la huelga. Los trabajadores de las empresas textiles en conflicto se sumaron al movimiento, intentando frenar los despidos. Los huelguistas de Monserrate, mientras tanto, recurrieron a la permanente movilización realizando mitines en frente del Ministerio de Trabajo. Se buscaba con ello presionar al gobierno para que interviniera en el conflicto obligando a los empresarios a negociar. Como se ve, para los trabajadores las tácticas lopistas de negociación seguían vigentes, aunque López ya estaba retirado del poder. Pero como esta táctica no parecía dar resultado, los trabajadores recurrieron a la huelga de solidaridad como instrumento de presión. La CTC decidió ponerse al frente, convocando a un Paro General de Solidaridad. Por primera vez la central acudía a esa arma sin tener una finalidad política, o al menos de apoyo a López. En efecto el 26 de noviembre, mes y medio después de iniciada la huelga, la central organizó un paro de media hora en servicios públicos y cuatro horas en otros sectores. Parece que la medida tuvo éxito pues dos días después los patrones accedieron a firmar un pacto para dar fin a la huelga (70). Los temores empresariales de un sindicalismo desbordado, y sin la mediación lopista, parecían volverse realidad.

Pero los textileros no eran los únicos en conflicto. Los trabajadores de minas de carbón, especialmente del Valle del Cauca, debieron también recurrir a la huelga, incluso con tomas de minas, para responder a la intransigencia patronal. El asesinato de un dirigente y la intervención de la policía complicaron aún más las cosas. Simultáneamente se acrecentaba la agitación entre los trabajadores petroleros y los del Río Magdalena, levantando el espectro de una huelga general de amplias proporciones. Desde octubre, los trabajadores petroleros de las distintas empresas presentaron simultáneamente pliegos de petición. Ante el rechazo inicial a la discusión de las reivindicaciones obreras por empresas como la del Catatumbo, la rama petrolera se vio paralizada por cuatro horas el 6 de noviembre. A raíz de ese paro, las empresas accedieron a regañadientes a negociar, sin que desapareciera del panorama la posibilidad de una huelga en ese crucial sector de la economía (71).

Como era de esperarse, el enfrentamiento entre empresarios y trabajadores fue subiendo de tono. Aunque aún había dudas sobre la posición que tomaría el gobierno, era claro que Lleras rechazaba las pretensiones de poder sindical y, sobre todo, estaba dispuesto a defender la legalidad laboral. El paro general de noviembre lo colocaba ante el hecho de un sindicalismo que no

apoyaba ciegamente al Estado Liberal, y ante una violación de la Ley 6a que prohibía las huelgas de solidaridad. A su vez, los comunistas comenzaban a percibir el cambio de política, desmitificando su idea de la neutralidad oficial: "El Estado ocupó el puesto que le corresponde: de instrumento de los patrones contra la clase obrera, en tanto que los obreros ocuparon el de masa oprimida sin Estado". En un momento de "diferenciación de clases", continuaba el vocero comunista, el sindicalismo estaba en posibilidad de imponerse por sus propios medios: "el hijo es ya mayor de edad!" (diciente imagen, esta última, para referirse a la clase obrera, llena de simbolismo y de auto-percepción de madurez). Los ferroviarios de Cali, conocidos por su moderación y lealtad al liberalismo, también sentían que el conflicto laboral era inevitable: "el reloj de la causa obrera ha sonado la hora con agudo campanazo; las energías dormidas durante algún tiempo se despiertan para corresponder a la necesidad del momento" (72).

5. La Derrota de la Fedenal

Cuando la Fedenal comenzó a negociar su pliego de peticiones a mitad de 1945, era claro que lo que estaba en juego no era una simple petición de alza salarial o de reintegro de trabajadores. Desde el principio el conflicto tenía sabor de guerra. Parecía que con la Fedenal se jugaba la suerte del sindicalismo existente en el país hasta el momento. Y eso fue lo que en realidad sucedió, pero más como un resultado de procesos de largo y mediano plazo que de una caprichosa coyuntura.

Desde su fundación en 1937, la Fedenal se había convertido en una de las federaciones más beligerantes de la CTC. Si en los años veinte el movimiento obrero giró en torno a los trabajadores de los enclaves extranjeros, a partir de los años treinta serán los trabajadores de los transportes los que marquen la pauta. La Fedenal, además, tenía su sede en Barranquilla, la plaza fuerte de la CTC. Era, suplementariamente, la más sólida de las federaciones orientadas por los comunistas. Tanto el secretario como gran parte de la dirección del PSD provenían de sus filas. En pocas palabras, para mediados de los años cuarenta la Fedenal era el símbolo de la clase obrera organizada en la CTC y orientada por los comunistas. Así lo comprendían todos los sectores involucrados en el conflicto laboral.

En un editorial del *Diario Popular* en medio de la huelga de diciembre, se retrataba acertadamente el significado del conflicto, aunque dramatizándolo un poco. El editorial se titulaba dicientemente : "La Batalla de Fedenal es la Batalla de la Clase Obrera". El periódico comunista afirmaba que ni los empresarios navieros ni los trabajadores del Río estaban solos. A los primeros los apoyaban toda la patronal, los partidos tradicionales, la gran prensa y la Iglesia. La clase

obrera, en consecuencia, debía rodear a la Fedenal. "Los patronos piensan que de triunfar la Fedenal, los otros sindicatos triunfarían. Por ello la solidaridad con la Fedenal es más que fraternal, es en defensa propia pues lo que está en disputa no son los intereses de un sector de la clase obrera, sino los de toda [ella], los del pueblo y aún de la nación". La solidaridad requerida no era de una hora o un día, sino que debía durar tanto cuanto durara la huelga (73).

Desde el conflicto laboral de 1943, la Fedenal había represado la lucha reivindicativa de la mayoría de sus trabajadores afiliados, tratando de contener el estallido de las huelgas a las que eran muy inclinados. En realidad hasta 1945 estallaron sólo paros parciales y aislados, aunque la Fedenal participó activamente en todas las jornadas convocadas por la CTC. Según lo acordado en 1942, lo pactado tendría vigencia por cuatro años, a no ser que la Guerra Mundial terminase antes. Cuando ella terminó, a mediados de 1945, la Fedenal se aprestó a presentar su pliego de peticiones. Desde septiembre se notaba agitación en los distintos puertos del Río Magdalena y en las tripulaciones de los barcos, con esporádicos estallidos de cortos paros que la Federación rápidamente desmontó. En octubre, formalmente, se presentó el pliego, centrado en reivindicaciones salariales y en las tradicionales exigencias de sindicalización obligatoria del personal contratado y de mayor participación obrera en los tribunales para dirimir conflictos. Ante la negativa de las empresas, el gobierno las presionó a discutir las peticiones obreras. En noviembre las negociaciones se interrumpieron y, para agotar los pasos legales, la federación nombró a Augusto Durán como conciliador. Pero los empresarios rompieron también con la conciliación. A la federación no le quedaba otro recurso que irse a la huelga, aunque la reciente legislación se lo prohibía. Claro que no se trataba de algo nuevo, pues ya en el pasado los trabajadores del Río habían acudido al paro a pesar de ser declarado ilegal.

En esas condiciones, el 17 de diciembre se inició la anunciada huelga en el Río Magdalena. Los sectores patronales inmediatamente exclamaron que era un movimiento político en contra del gobierno de Lleras. Incluso un escritor liberal, Juan Lozano y Lozano, la caracterizó como un intento de 'revolución comunista'. Después de quince años de discurso liberal, se volvía a la retórica de los años veinte para desechar la protesta laboral como simple cuestión de orden público. El presidente Lleras aceptó la tesis de la politización del conflicto, aprovechando que de hecho ya estaba fuera de la ley. En un famoso discurso pronunciado al otro día del estallido de la huelga, el presidente dijo:

> "En el país, de acuerdo con las leyes, no hay sino un gobierno, y ese es el que yo presido constitucionalmente, por voluntad del Congreso y de la opinión pública. Yo no puedo permitir sin escándalo, y sin que la autoridad quede confinada a la miseria, que haya dos gobiernos en la República: uno en el Río y otro en el resto del país" (74).

Con mucha razón el periódico *El Siglo* dijo que Lleras "ha hablado a la CTC en un lenguaje que no se escuchaba en los últimos quince años". Apoyándose en la Ley 6a, la misma que había sido aclamada por los trabajadores, el gobierno declaró ilegal la huelga y procedió en consecuencia con mano dura. Suprimió la personería jurídica de la Fedenal, congelando sus fondos; autorizó la contratación de esquiroles, desplazando tropa para tal efecto; y dio orden de captura contra los principales dirigentes de la federación. Simultáneamente, empresarios y gobierno buscaron desviar el transporte de carga hacia Buenaventura, el puerto sobre el Pacífico, evitando las congestiones en el Río Magdalena. Por último, el gobierno ejerció una celosa censura de las informaciones sobre el conflicto. La CTC, que acababa de afirmar protocolariamente su unidad en el VII Congreso en Bogotá, ofreció en principio solidaridad a la Fedenal, cosa que imitaron inmediatamente la mayoría de sus federaciones. Pero la sensación de aislamiento y de división era ya evidente. De hecho, el único sector en conflicto era la Fedenal, pues los petroleros hacía poco habían logrado un acuerdo con las empresas respectivas. Pero no sólo no llegó la anunciada solidaridad obrera, sino que no todos los sindicatos afiliados a la federación acataron la orden de paro. El 20 de diciembre aparecieron las primeras fisuras en la unidad de la CTC. Su presidente, el liberal Bernardo Medina, en común acuerdo con las directivas de su partido, planteó levantar el paro a condición de que no hubiera represalias. Los directivos de la federación y los comunistas rechazaron airados la propuesta 'entreguista' de los liberales. Como última salida la Fedenal pidió la mediación de López, proponiendo que fuera el único árbitro. El ex-presidente, obviamente, rechazó la oferta. Con consignas como "Viva López, Abajo Lleras!" los trabajadores del río ponían al descubierto las contradicciones de su adhesión política y la sensación de orfandad que se apoderaba de ellos (75).

A fines de diciembre la huelga había caído ostensiblemente, a pesar de los esfuerzos de las directivas de la Fedenal y del PSD para mantenerla en pie. Para ese momento algunas federaciones de la CTC habían retirado el apoyo a los trabajadores del río, para reafirmar su lealtad con el gobierno liberal. El 2 de enero de 1946 una asamblea de trabajadores fluviales, en Barranquilla, unánimemente decidió levantar el paro. En consecuencia, restaba esperar la decisión del Tribunal de Arbitramento, para el que fue designado el dirigente de la CTC Bernardo Medina. Mientras tanto se desataba la más cruda ofensiva patronal en el río. Hubo descensos salariales, las empresas rechazaron a los trabajadores sindicalizados, las organizaciones estaban ilegalizadas y sus fondos económicos congelados. El 3 de enero la Fedenal enviaba un telegrama a López diciéndole lacónicamente que las ilusiones que tenían en el régimen liberal se estaban desvaneciendo (76).

Finalmente, en mayo de 1946 se hizo público el resultado del Tribunal de Arbitramento, el que retrocedía en casi todo lo logrado por los trabajadores del

río durante años de lucha: se autorizaba la libre contratación, se disminuía el peso de los comités de trabajadores en los barcos, se restringían los aumentos salariales y, por último, se le daba partida de muerte a la Fedenal, pues de ahora en adelante la negociación sería a nivel de sindicatos y no de federación. En junio de 1946, en una tardía concesión a los trabajadores, el gobierno frenó mayores reducciones de personal. Aunque nominalmente la federación sobreviviría hasta los años sesenta, ya nunca más jugaría el papel destacado que jugó en esos años.

En ese momento los trabajadores sintieron que se había perdido una batalla, pero que la vida continuaba. A pesar de lo ocurrido, la CTC y el PSD llamaron a votar por el candidato oficialista, Turbay. Los conservadores aprovechando la división liberal, lanzaron a última hora al moderado Mariano Ospina Pérez, quien a la postre se impuso electoralmente. Gaitán, aunque ocupó el último lugar en número de votos --no muy lejos de sus rivales--, logró movilizar al pueblo prescindiendo de las formas tradicionales organizativas, incluida la CTC. Indudablemente recibió un gran apoyo urbano y en particular obrero. Con excepción de Medellín, en todas las grandes ciudades superó a Turbay y Ospina. En Bogotá obtuvo el 58% de todos los votos y en Barranquilla el 71%. Aunque Gaitán no pudo consolidar una estructura organizativa sindical, consiguió el amplio apoyo de las bases obreras. Por su parte, los sectores católicos sí tomaron ventaja organizativa de la crisis de la CTC: en 1946 estructuraron la UTC, con un programa similar al de la UTRAN. Sin embargo, sólo hasta 1949 la nueva central recibió aprobación oficial, cuando el gobierno conservador suprimió la sección de la Ley 6a referente a la prohibición del paralelismo sindical (77).

Aunque no fuera perceptible en ese momento, la huelga de la Fedenal marcaba el punto de quiebre en la historia de la clase obrera. Una nueva etapa se iniciaba a partir de ese evento: los cambios en la composición de la clase obrera, reflejados en el sindicalismo; la nueva forma de negociación impulsada por la ley, que lograba además imponer su señorío en los conflictos laborales; la división y el paralelismo sindical; el auge del populismo gaitanista y la distante relación con el Estado. Todo lo anterior constituía sólo parte de las facetas de lo que ocurría. Los cambios económicos del país explicaban otra parte de estos procesos, pero no todo. Para ilustrar la complejidad de la situación, tomemos el caso nuevamente de la Fedenal.

El proceso de industrialización estuvo acompañado de un desarrollo de vías de comunicación para abastecer mercados interiores. El transporte fluvial había sido orientado desde el principio al mercado exterior, y por tanto los ciclos de este último afectaban la actividad de los ríos. Adicionalmente no hubo un proceso de modernización de ese medio de transporte, lo que favoreció a otros como los ferrocarriles --que también tendrá su crisis años más tarde--, y especialmente a las carreteras. El Río Magdalena venía perdiendo desde tiempo

atrás importancia como medio de transporte por la disminución de su caudal --básicamente por la deforestación de sus riberas--, la aparición de numerosos brazos y la creciente sedimentación. Barranquilla dejaba de ser el primer puerto marítimo para ser desplazado por Buenaventura, favorecida a su vez por la apertura del Canal de Panamá. Estos cambios, que venían dándose imperceptiblemente, afectaban obviamente la capacidad negociadora de sus trabajadores (78). Sin embargo, la crisis del transporte fluvial --que no era fruto de una coyuntura sino de procesos de largo y mediano plazo--, no explica totalmente el fracaso de la Fedenal. Es necesario acudir también a variables políticas y aún culturales para entender este crucial evento.

La unidad que se reflejaba en la CTC era posible mientras la figura de López estuviera en el panorama político. Una vez éste se retiraba, como en el 38 o en el 45, la división afloraba. Así sucedió en el conflicto de la Fedenal cuando algunos sindicatos no acogieron la orden de paro. Incluso con la férrea disciplina del PSD, se presentó desobediencia de algunos de sus dirigentes. También se ha dicho que la tensión entre las facciones al interior del Partido se hicieron evidentes cuando los petroleros, orientados por Montaña Cuéllar, para evitar una derrota negociaron el pliego de peticiones, dejando aislada a la Fedenal, controlada por Augusto Durán (79).

La aparición de signos de división no significa la inmediata ruptura. La CTC seguirá formalmente unida por unos años más. La derrota liberal y el ascenso conservador la obligará a unirse a mediados del 46. Pero finalmente en el congreso de 1950 se oficializará la ruptura entre comunistas y liberales, la cual se produjo en un momento muy inoportuno pues debilitaba una de las pocas organizaciones con que la sociedad civil podía oponerse a La Violencia. La UTC, mientras tanto, tomaba la representatividad del movimiento obrero, en gran parte debido al apoyo que el gobierno conservador y los sectores empresariales le dieron. No es correcto, sin embargo, pensar que el sindicalismo se estructuraba con base exclusivamente en las líneas partidistas. No todos los dirigentes de la UTC eran conservadores e incluso los hubo con pasado izquierdista.

El PSD, por su parte, no escapó del vendaval destructor del proyecto lopista. El Partido venía incubando una profunda división, la que estalló en su congreso de 1947 en la ciudad de Bucaramanga. La exclusión del sector 'duranista' lo privó, además, de importantes núcleos obreros. Además el fatal enfrentamiento con Gaitán, hasta pocos meses antes de su asesinato, les quitó prestigio a los comunistas de ambos bandos entre los sectores populares (80).

6. Nota conclusiva

Lo que reflejaba tanto la huelga de Fedenal como los posteriores eventos era la crisis del proyecto liberal de alianza entre el Estado y la clase obrera. Ante esa inevitable crisis no bastaba gritar, como lo hicieron los trabajadores del Río, "López sí, Lleras no!". Lo que no percibían los obreros afiliados a la CTC era que el mismo López había iniciado desde tiempo antes el desmonte de su esquema de relación entre Estado y los movimientos sociales. En últimas, había más continuidad entre Santos, López y Lleras de lo que los trabajadores pensaban.

En su segunda administración Alfonso López Pumarejo había dado poco a los sectores populares. Por el contrario, la mayor parte de sus energías las consumió en superar las crisis políticas. En cambio, en términos de creación e imposición de una institucionalidad en la disputa laboral hubo una gran continuidad en los años de la República Liberal. Por ejemplo, Lleras declaró ilegal la huelga de la Fedenal con base en disposiciones de Santos, recogidas por la Ley 6a de López.

A estas alturas conviene preguntarse por qué importantes sectores de la clase obrera, tanto organizada como no organizada, seguían aferrados a un político que no sólo había estaba distante del reformismo sino que los había abandonado en el momento en que más lo necesitaban. Según la perspectiva enunciada en nuestra Introducción, este dilema no se resuelve con simples explicaciones mecanicistas --de costo-beneficio económico-- o voluntaristas --traición o inmadurez de la clase. El dilema tiene que ver con la particular construcción de la identidad de la clase obrera colombiana en ese tiempo. Durante el período de la República Liberal la clase obrera ganó no sólo presencia nacional, sino importantes conquistas para su existencia como tal. El liberalismo se propuso, y hasta cierto punto lo logró, imponer una institucionalidad en el conflicto laboral, conteniendo los ímpetus revolucionarios mostrados por la clase obrera en los años veinte.

Sin embargo, el permanente desborde de la institucionalidad por parte de los obreros y el temor a que adquirieran un poder desproporcionado llevaron a los sectores de la élite a quebrar esa alianza entre Estado y sindicatos. López mismo contribuyó a esa ruptura, la que consumó uno de sus ministros: Lleras. La huelga de la Fedenal fue la coyuntura que desató esas tensiones contenidas. El sindicalismo y la clase obrera colombiana no serán los mismos después, así no lo percibieran inmediatamente los actores de esos procesos. El protagonismo y liderazgo que los obreros habían jugado en la formación de una endeble sociedad civil desaparecieron en el punto menos propicio, cuando la espiral de Violencia se apoderaba del país. Es el momento de ocuparnos, pues, del problema de la construcción de la identidad de la clase, la que nos aportará muchas claves interpretativas de los procesos descritos.

NOTAS

(1) Para el contexto general del gobierno de Eduardo Santos ver los trabajos de David Bushnell, Eduardo Santos... y Silvia Gálviz y Alberto Donadio, Colombia Nazi. Sobre salarios, además de la sección 3 de nuestro Capítulo 3, ver *El Espectador*, 28 feb., 1939 y 25 y 27 marzo, 1940. La actitud de los trabajadores de las bananeras en ibid, 28 ag., 5 y 21 sept., 1939. En los años 30, aunque la situación internacional era importante, no concentraba tanta atención como sucedería a partir del estallido de la Guerra Mundial. Para referencias previas a problemas internacionales en la prensa obrera ver *El Escalpelo* #6, 1935 y *Claridad* #154, 1937.

(2) Sobre el salario mínimo ver comunicaciones diplomáticas americanas de oct. del 38 y enero del 39, NAW 821.5041/35 y 36 y *El Espectador*, 27 sept., 1938. Ver también Fernando Cubides, "Institucionalización...", cap V.

(3) *El Espectador*, 4 ag.; 25 oct., 1939 y 20 marzo, 1940. Ver también F. Cubides, "Institucionalización...", cap. VI. En la entrevista con Julio Morón (Barranquilla, 1986) se habla de Río Caja, una institución de bienestar social para los trabajadores afiliados a la Fedenal, anticipio de lo que sería los Seguros Sociales a fines de los 40.

(4) *El Espectador*, 1 enero; 14 feb.; 11 abril; 17 nov.- 9 dic., 1940; y 7 enero - 4 feb., 1941.

(5) Ibid, 24 enero, 4, 10 y 17 feb., 1941. Desde la convención de ferroviarios a principios de 1941 se lanzó la candidatura de López. (*El Espectador*, 13 feb., 1941). *La Defensa* denunció que en ese evento se violó la ley pues los ferroviarios se metieron en política al proclamar a López (17 feb., 1941).

(6) Censo Sindical, 1947, p. 3 y Miguel Urrutia, The Development..., pp. 208-209. Ernesto Hernstadt ("La Protección Social y la Organización de los Trabajadores en Colombia", Mes Financiero y Económico, Nos. 70-71, 1973, p. 102), da unas estadísticas menores para 1942: 742 sindicatos con 95.443 miembros; 8.735 de ellas mujeres. Para el caso antioqueño ver *El Diario*, 11 abril, 1940; 19 nov., 1941; 31 marzo y 24 sept., 1942.

(7) Citado por Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 305.

(8) Además de la información sobre conflictos en nuestro Apéndice véase *El Espectador*, 4 mayo - 14 junio, 1939; *El Diario*, 12 mayo - 5 junio, 1939; *La Defensa*, 24 mayo y 5 junio, 1939 e Iván Darío Osorio, El Sindicalismo Antioqueño..., p. 67. Para la prensa conservadora el paro era político, pues pretendía 'tumbar' al gobierno. La misma prensa comentó de la asamblea sindical antioqueña que ella "mostró sin ambages ni timideces que es fundamentalmente socialista y comunista" (*La Defensa*, 17 en., 1937)

(9) *El Espectador*, 7-14 nov. y 6-20 dic., 1939; *El Diario*, 28 sept., 7-14 nov., 1939 y 11 enero, 1940. Ver también Iván Dario Osorio, El Sindicalismo Antioqueño..., p. 69.

(10) El primer Ministro de Educación del segundo gobierno de López, Germán Arciniegas, diría luego que "el magisterio debe estar aislado de la agitación sindical" (*El Espectador*, 3 ag., 1942). A partir de los años 60 el magisterio será uno de los sectores más activos en el sindicalismo colombiano.

(11) Ver la Tesis de Amanda Gómez y Berta Malpica ya citada y la entrevista con Julio Morón, Barranquilla, 1986.

(12) *El Espectador*, 31 marzo - 18 abril, 1941.

(13) *El Espectador*, 21-24 abril; 3-18 junio; 7 julio y 24 nov. 1941; y *El Diario*, 20 nov. - 6 dic., 1941.

(14) *Diario Popular*, 2 enero, 1942. *La Defensa* informó que los sindicatos de Bavaria, Germania y Coltabaco apoyaron al candidato Arango Vélez (27 abril, 1942). *La Voz del Obrero* de Barrancabermeja decía en 1941 (#230): "las camarillas oligárquicas no pueden aceptar esa simpatía popular por López". Luego agregaba que si en la Convención Liberal López no era elegido candidato, "se sabrá que en Colombia no prima el querer de las mayorías sino las ambiciones e intereses de los señores afiliados a la APEN". Sobre adhesiones sindicales y la unidad de la CTC ver también *El Diario Popular*, 15 enero, 1942 y *El Espectador*, 30 ab.; 25 agosto; 18-22 dic., 1941 y 16 abril, 1942.

(15) *Diario Popular*, 19 y 22 en.; 9 feb.; 16 marzo; 6-14 abril, 1942 y *El Espectador*, 7 abril, 1942. Referencias a este cambio de actitud del Partido Comunista ante los Estados Unidos abundan en su periódico: "Estados Unidos nos tratará como un aliado ayudándonos a industrializarnos"; "Los Estados Unidos, nuestros poderosos y cercanos aliados ayudaran en la defensa nacional" (ibid, 6 en.; 4, 12 y 21 marzo, 1942). Cuando el vicepresidente Henry Wallance pasó por Colombia, el PC y la CTC le dieron una cálida bienvenida (ibid, 21 ab., 1943; y el *New York Times*, 21-23 ab.,1943). Que las cosas habían cambiado también se reflejaba en los informes diplomáticos norteamericanos. En enero de 1941, por ejemplo, se informaba al Departamento de Estado de la existencia de una red de espionaje anti-nazi organizada por los comunistas. La comunicación concluía lacónicamente: "ellos ofrecen informar sobre actividades nazis en Colombia" (NAW 821.00B/ 77-78).

(16) *Diario Popular*, 12-18 en., y 23 mayo, 1942. Ver también Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 313-332.

(17) *Diario Popular*, 16 mayo - 6 julio, 1942 y *El Espectador*, 2 junio - 27 julio, 1942. En el año anterior el gobierno había hablado de nacionalizar el transporte por el Río Magdalena, pero sin avanzar más al respecto. (Ibid, 18 julio y 2 nov., 1941).

(18) Eventos en los que hubo llamados a la violencia o ejercicio de ella en *Diario Popular*, 3 en.; 3 y 4 feb.; 20-24 abril y 7 julio, 1942. Resultados electorales en ibid 4-5 mayo, 1942.

(19) *Diario Popular*, 10 enero; 4 feb.; 16-21 marzo y 15 abril, 1942. Contrastaba la actitud condescendiente con el liberalismo, frente al lenguaje sectario usado contra Juan de Dios Romero (Ibid, 7 ab., 1942), y aún en contra de dirigentes comunistas expulsados como Torres Giraldo, a quien se acusó, injustamente, "de actos de la más baja degeneración que lo hacen indigno de pertenecer a las filas del proletariado" (18 feb., 1942). Torres había sido destituido de la Dirección del Partido Comunista en 1939.

(20) Ibid, 15 mayo; 19 y 24 oct., 1942; 9, 15 y 18 enero, 1943.

(21) Ibid, 4 feb., y 1 mayo, 1942; *El Espectador*, 27 sept., y 16 oct., 1942; 2 y 15 enero, 1943. No se puede olvidar que en esos años siguió la protesta campesina, aunque con menos intensidad que diez años antes.

(22) *El Espectador*, 22 oct., 1943; Censo Sindical 1947, p. 3; Censo Industrial 1945, pp. 465-466; Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 411 y Miguel Urrutia, The Development..., p. 184. Para la persecución sindical en la industria textil ver El *Diario Popular*, 23 junio - 2 julio, 1943; 27 mayo y 26 junio, 1944; y *El Espectador*, 1 enero; 27 junio y 8 dic., 1944.

(23) Ibid, 21 y 31 enero; 4 y 9 feb.; 23 marzo y 18 abril, 1945 y *Diario Popular*, 21 julio, 1945. En julio la Asociación Nacional de Empleados Bancarios recibió personería jurídica, pero por estatutos de la CTC no pudo afiliarse a ella pues se excluían los 'empleados' (*El Espectador*, 19 julio y 12 dic., 1945).

(24) Ibid, 22 oct. 1943. El énfasis es nuestro.

(25) Palabras de López aparecidas en ibid., 4 feb., 1943. La información de prensa habla de paros del transporte en Tolima (enero, 1942), Valle del Cauca (sept., 1942), Antioquia (feb. 1943), Boyacá y Santander (mayo, 1943) y Cauca y Nariño (oct., 1943). Este último se generalizó a Tolima y Caldas (Ibid 9, oct., 1943). El periódico conservador *La Defensa* apoyó decididamente el paro antioqueño (15 y 26 feb., 1943).

(26) *Diario Popular*, 4-13 feb. y 21 mayo, 1943; *El Espectador*, 6 jul., 1943.

(27) *El Espectador*, 17 sept.-16 nov., 1942; *El Diario*, 14 sept - 17 nov., 1942 y *Diario Popular*, 17 sept - 18 nov., 1942.

(28) *El Espectador*, 16-24 dic., 1942 y 16 enero, 1943; *Diario Popular*, 16-23 dic., 1942. Ver también el artículo "El Fracaso de una Huelga" en Revista Colombiana de Economía, No. 9, 1943, p.326. La misma revista criticaba las ilusiones obreras con López: " se ha creído, con falsos motivos, que al Gobierno y especialmente al Presidente López, le agradan y satisfacen estos movimientos y le seducen estas manifestaciones del proletariado aún cuando se presenten sin razón y se provoquen sin justicia". Los trabajadores del Ferrocarril del Pacífico, por no secundar la orden de paro, fueron acusados de 'traidores' y sancionados por Ferrovías (*Diario Popular*, 7 mayo, 1943).

(29) Ibid, 5-27 oct., 1942; 22 abril y 28 mayo - 9 junio, 1943; *El Espectador*, 1-3 junio, 1943. Según la prensa conservadora las cosas fueron distintas. La intransigente fue la

Fedenal, mientras se elogiaba a las empresas navieras que, supuestamente, estaban al borde de la quiebra por el pacto de 1942 (*La Defensa*, 16 julio y 2 oct., 1942).

(30) *Diario Popular*, 9 julio-18 sept., 1943 y 2-4 marzo, 1944; y *El Espectador*, 1-4 marzo, 1944. Desde 1941 algunos gremios de choferes venían haciendo la solicitud de ser clasificados como empleados (Ibid, 26 feb., 1941). La agitación laboral en el sector transporte nos trae a la mente la hipótesis de Charles Bergquist, Labor in Latin America, sobre el papel central que juegan los trabajadores de los sectores de exportación en las economías de la periferia del capitalismo. Lástima que Bergquist se hubiera concentrado más en los campesinos cafeteros que en estos sectores transportadores, pues aquí hubiera funcionado mejor su hipótesis.

(31) *Diario Popular*, 26 enero - 23 marzo, 1944 y *El Espectador*, 7 feb., 1944.

(32) *El Espectador*, 16 junio y 14 oct.- 2 dic., 1944 y *Diario Popular*, 19 abril, 1944.

(33) *El Espectador*, 11 dic., 1943; 15 mayo y 10-11 julio, 1944 y 25 enero, 1945.

(34) El caso de Bavaria en Juan José Echavarría, "External Shocks...", p. 167.

(35) *El Espectador*, 1 junio; 2, 6 y 24 julio, 1943; y *Diario Popular*, 22 feb. y 2-24 julio, 1943. El nuevo Ministro, Abelardo Forero Benavides, contó inmediatamente con el apoyo de la CTC (Ibid 27 y 30, agosto, 1943). A Forero Benavides le sucederá temporalmente Gaitán y luego Adán Arriaga Andrade.

(36) *Diario Popular*, 23 oct.; 29 nov.; 6-31 diciembre, 1943; y *El Espectador*, 9-11 dic., 1943.En su libro Renán Vega, Crisis y Caída de la República Liberal, argumenta que la contrarrevolución empezó con el mismo López y no con los posteriores gobiernos conservadores como tradicionalmente se entendía.

(37) *Diario Popular*, 16 julio y 18 nov., 1943; *El Espectador*, 19-19 julio; 28 sept. y 24 noviembre, 1943. Ver también el recuento de estos hechos en Carlos LLeras, "Crónica de mi Vida", en Nueva Frontera, No. 516 (enero, 1985).

(38) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 313-333. El Partido Comunista se opuso a las propuestas conservadoras de nacionalización de la Handel, pues dicha política asustaría la inversión capitalista y frenaría el desarrollo que el país necesitaba (*Diario Popular* 9 y 16, dic., 1944 y Medófilo Medina, Historia del Partido Comunista, cap. 4o.).

(39) Carlos Hernández, Mi Trabajo..., pp. 76-80; *Diario Popular*, 24 mayo; 25 nov., 1943 y 1 mayo, 1945.

(40) Ibid, 18 y 25 marzo; 4 julio y 4-9 ag., 1944.

(41) Ibid, 11 sept., 1943 y 5 ag., 1944. *New York Times*, 14 enero y 9 feb., 1943. No exageraba el ministro de Trabajo cuando hablaba de la infatigable labor de los comunistas. Carlos Hernández, en su libro testimonial, insistía en que en ese tiempo la

militancia no tenía límites, pues consumía tanto la vida pública como la privada de los individuos (Mi Trabajo..., p. 62). La misma impresión arrojaron las entrevistas con los activistas de izquierda de la época, especialmente con Gilberto Mejía, Medellín, 1988 y con Manuel Abella y Jorge Regueros P., Bogotá, 1988.

(42) *El Espectador*, 5 mayo; 5 agosto y 18 sept., 1944 y *Diario Popular*, 29 ag. y 14-19 sept., 1944. Para los resultados electorales ibid., 24 marzo y 15 oct., 1943; 8 abril y 9 oct. 1945. La elección de Augusto Durán como senador en ibid. 28 abril, 1943. Durán, además de ser casi el único defensor fiel del Presidente López en esos años, presentó proyectos progresistas como el de dar el voto a la mujer, que fueron generalmente derrotados. (30 sept., 1943 y 7 dic., 1944)

(43) *El Diario*, 21 enero, 1942; *Diario Popular*, 18 feb., 15 oct., 1942; 18 enero; 8 julio, 1943 y 26 agosto, 1945; y Carlos Hernández, Mi Trabajo..., pp. 62-65. Según Hernández, Melco Galindo y él mismo fueron expulsados injustamente del Partido por oponerse al 'browderianismo'.

(44) *Diario Popular*, 22 abril; 18 mayo; 4 dic., 1944; 26 ag.; 19 y 27 sept., 1945. A Gabriel Turbay el PSD lo acusó de anti-comunista por un supuesto fraude electoral en contra de la izquierda en las elecciones de marzo de 1945 (ibid, 29 marzo; 15 y 25 abril; y 30 mayo, 1945). Los comunistas presionaron en vano por la candidatura de Darío Echandía. En vista de ese fracaso, adhirieron sin mucho entusiasmo a la de Turbay. Los dirigentes petroleros de Barrancabermeja estaban más entusiasmados por éste, aunque reconocían que Gaitán también "interpreta el sentir popular" (*La Voz del Obrero*, #348, 1944).

(45) La cita de López en Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 348. Las otras en *Diario Popular*, 12 feb. y 13 mayo, 1944. Ver también ibid, 3 marzo; y 5-14 mayo, 1944; y *El Espectador*, 2 y 8 feb. y 15-16 mayo, 1944.

(46) Renán Vega, Crisis y Caída..., pp. 35 y 57-63.

(47) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 335-344; David Bushnell, Santos..., y S. Gálviz y A. Donadio, Colombia Nazi, pp. 285-286. Estos últimos hablan de la existencia de un partido Nazi en Colombia, con sede en Barranquilla, que hizo propaganda dentro del ejército. La prensa comunista denunció desde sus orígenes tales organizaciones, a las que acusaba genéricamente como instrumentos de la 'Quinta Columna', según el lenguaje de la época (Véase, por ejemplo, *Diario Popular*, 17 nov., 1942).

(48) Ibid, 10-11 feb.; 11 ab.; 9 mayo; y 11-12 ag., 1944; y Gálviz y Donadio, Colombia Nazi, pp. 291-317. El temor a la utilización de las huelgas por parte de la derecha llevó a la CTC y al PSD a negar el apoyo a movimientos populares en 1944, como las protestas contra los servicios públicos en Cali (marzo), Cartagena (mayo), Ibagué (junio) y Armenia (nov.).

(49) *Diario Popular*, 11-24 julio; 14 sept.; y 2-4 oct., 1944; *El Espectador*, 10-12 julio,1944; Daniel Pecaut, Orden y Violencia, 346-347; y S. Gálviz y A. Donadio,

Colombia Nazi, pp. 308-325. Estos últimos insisten en que López sabía del Golpe Militar y caminó concientemente hacia la 'trampa' para provocar el respaldo popular. Carlos Hernández (Mi Trabajo..., pp. 39-40) habla de descontento en el ejército por las reformas de López en los años treinta.

(50) *Voz del Obrero* [Barrancabermeja] # 365, 1944 y *Diario Popular*, 11 y 29 julio; 30 nov.; y 2-5 dic., 1944. Según Carlos Hernández, el Partido Comunista dio pasos para la formación de organizaciones militares, pero como instrumento de defensa de la democracia (Mi Trabajo..., pp. 81-83).

(51) *Diario Popular*, 11-24 marzo; 1-3 abril; 3 y 23 mayo; 2 y 12 junio; 10-20 julio, 1945.

(52) Fernando Cubides, "La Institucionalización...", Capítulo 7; Víctor M. Moncayo y Fernando Rojas, Las Luchas Obreras... y Miguel Urrutia, The Development..., p. 151. Este último dice que el sindicalismo de base es una lógica consecuencia de la combinación de la estructura monopolista de la economía y la protección estatal. El nombramiento de Gerardo Molina como Rector de la Universidad Nacional asustó mucho a la élite, pues Molina claramente se declaraba marxista (*Diario Popular*, 20 abril, 1944).

(53) Entrevista con el Padre Eustoquio Guarín, Bogotá, 1987 y Ch. Bergquist, Labor in Latin America, p. 358. Para el sindicalismo a nivel continental véase Hobart Spalding, Organized..., pp. 252-260. Su Capítulo Sexto explica los mecanismos de control laboral por parte de los Estados Unidos. En reciente artículo, Leslie Bethell e Ian Roxborough, "Latin America Between the Second World War and the Cold War", ilustran las políticas comunes de Guerra Fría en América Latina a partir de 1946.

(54) *Diario Popular*, 31 mayo, 1944; 24 en.; 9 y 11 mayo; 1 jun.; 29 julio y 11-17 oct. 1945.

(55) Renán Vega, Crisis y Caída..., pp. 123-158 y Thomas Ch. Tirado, López...El Conciliador.

(56) Censo Sindical, 1947, p. 4; Anales de Economía y Estadística No. 73, 1952, p. 135; y Miguel Urrutia, The Development..., p. 184.

(57) Censo Sindical, 1947, pp. 10-13 y Miguel Urrutia, The Development..., p. 157.

(58) Ibid. pp. 203-210. Por mucho tiempo la acción de la Iglesia continuó siendo básicamente asistencialista. Una información de prensa en 1943 decía, por ejemplo, que el Arzobispo de Popayán convocaba a una asamblea de trabajadores católicos que se afiliaron a la Sociedad de Jesús Obrero, presidida por él. La dicha Sociedad disponía de Caja de Ahorros y de Mutuo Auxilio (*El Espectador*, 22 enero, 1943).

(59) Entrevista con Eugenio Colorado, Bogotá, 1988. También la realizada con el Padre E. Guarín, Bogotá, 1987 y James Baker, "La Historia y la Influencia de la Iglesia sobre el Sindicalismo Colombiano", Razón y Fábula, No. 22 (1970). El *Diario Popular*

denunciaba que la Casa Universitaria, de estudiantes Javerianos, el Círculo de Obreros y el doctor Recio, eran todos 'falangistas' (21 nov., 1945). Según Eugenio Colorado, Arturo Abella, Recio y otros intelectuales conservadores eran los asesores del grupo Unión Obrera. Para Justiniano Espinosa el futuro periódico de la UTC, *Justicia Social*, había sido durante mucho tiempo el boletín del Centro Jocista del barrio Ricaurte ("Apuntes Históricos...". p. 3). De todas formas salta a la vista la importancia del núcleo jocista del Ricaurte y de los intelectuales javerianos en la formación de la UTC.

(60) *La Defensa*, 28 y 10 sept., 1944; *El Espectador*, 8 y 9 sept., 1944.

(61) *La Defensa*, 10 sept, 1944.

(62) Ibid, 12 sept.- 31 nov., 1944 y *Diario Popular*, 14-29 nov., 1944.

(63) Ibid, 17-18 abril y 5 mayo, 1945; *La Defensa*, 18 dic., 1945; J. Espinosa, "Apuntes Históricos...", p. 2 y Miguel Urrutia, The Development..., pp. 204-211. Según Eugenio Colorado (entrevista, Bogotá, 1988), la primera intención de los sindicatos católicos fue participar en el Congreso de la CTC en diciembre del 45, pero como se les negó esa posibilidad decidieron formar una organización aparte, a pesar de que en ese momento la ley no les favorecía. La misma versión ofrece J. Espinosa ("Apuntes Históricos..." p. 3), quien agrega que la respuesta del secretario de la CTC a la comisión de trabajadores católicos fue "no solamente negativa sino descortés". El PSD, sin mucho análisis, consideró que esas eran organizaciones falangistas y patronales (Véase *Diario Popular*, 30 nov., 1945).

(64) Miguel Urrutia, The Development..., p. 210 y Censo Sindical 1947, pp. 6-9.

(65) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 395-407; *Diario Popular*, 28 ag., 19 y 27 sept. y 11 dic., 1945; y *El Espectador*, 5-12 dic., 1945.

(66) Entrevista con Jorge Regueros Peralta, Bogotá, 1988; ver también Censo Sindical 1947,pp. 148-174. La declaración de los sindicatos antioqueños en *El Diario*, 28 y 29 sept., 1945.

(67) *Diario Popular*, 31 oct., y 13 dic., 1945. Ver también Medófilo Medina, Historia del P.C..., pp. 532-544.

(68) *Diario Popular*, 7-12 dic., 1945 y *El Espectador*, 5-12 dic., 1945.

(69) Ibid, 29 oct., 1945 y *Diario Popular*, 30 sept.; 18 y 31 oct., 1945. A mediados de año hubo crisis en la fábrica de vidrios Vinal, lo que significaba dejar cesantes a 20 trabajadores. La empresa textil barranquillera Rayon-Viscosa también amenazaba con cerrar (Ibid, 28 y 29 julio, 1945). Daniel Pecaut, Orden y Violencia, habla de conflictos laborales en otras industrias textiles como Tejidos Obregón y Marysol (de propiedad de los Matarazzo), en Barranquilla, y la fábrica de Suaita en Santander (p. 416). Para la crisis de las industrias en Barranquilla ver Alfredo Meissel, "Por qué se disipó...".

(70) *Diario Popular*, 26-28 sept., 1945 y *El Espectador*, 9 y 29 oct. y 26 nov. 1945.

(71) Ibid, 5 nov. - 15 dic., 1945 y *Diario Popular*, 31 oct. - 16 dic., 1945.

(72) Citados por Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 417-418.

(73) *Diario Popular*, 27 dic., 1945. Para un recuento de la huelga véase ibid, 11 oct., 1945 -6 enero, 1946; *El Espectador*, 10 dic. 1945 - 3 enero, 1946; Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 416-423; la tesis de grado ya citada de A. Gómez y B. Malpica, y las entrevistas con Shen Vásquez y Julio Morón, Barranquilla, 1986.

(74) Citado por la tesis de grado de A. Gómez y B. Malpica, p. 181.

(75) Menciones a esa consigna en Renán Vega, Crisis y Caída..., p. 158 y Fernando Cubides, "Institucionalización...", p. 191.

(76) *Diario Popular*, 3 enero, 1946.

(77) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 394 y 434-439.

(78) Entrevista con Julio Morón, Barranquilla, 1986. Según Emilio Latorre (Transporte y Crecimiento..., pp. 75-80), en 1947 por las carreteras se transportaba ya el 36% de la carga del país, mientras sólo el 29% lo hacía por los ríos. Para 1976 la proporción había variado a 73% por carretera y 21% por los ríos. El gran perdedor en este último período fue el ferrocarril. Véase también Eduardo Posada, Una Invitación ..., cap. 2o y entrevistas con Manuel de la Hoz y Julio Morón, Barranquilla, 1986.

(79) Versión de Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 421-422 y confirmada directamente por el mismo Montaña Cuéllar en una conversación informal en mayo de 1990. Julio Morón, por su parte, como buen 'duranista', no deja de ver en este acto una 'traición' del otro sector comunista. Otro entrevistado, Sehn Vásquez, opinó que la USO, al ver la actitud del gobierno, "se olió la cosa y negoció rápidamente" (Entrevistas, Barranquilla, 1986).

(80) Eugenio Colorado, dirigente liberal de la UTC, señalaba que por 1946, "... nos bautizaron de 'godos'... y como Ospina Pérez nos dio la Personería [jurídica]... esa idea se mantuvo, y todavía se habla de la central conservadora y de la central liberal, pero [eso] no corresponde exactamente a la verdad" (Entrevista, Bogotá, 1988). Ver también Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 423-430.



8

DE POBRES A OBREROS: LA CONSTRUCCION DE LA IDENTIDAD



En su exhaustivo trabajo sobre los artesanos de Bogotá a lo largo del siglo XIX, David Sowell trae a colación un suceso de 1893 que a los ojos de un lector desprevenido pasaría simplemente por pintoresco pero el cual, para nosotros, es muy significativo por cuanto refleja las luchas de los trabajadores manuales y artesanos por construir una imagen adecuada de sí mismos.

A fines de 1892 los artesanos de la capital presenciaron una severa crisis económica. Un oscuro escritor, José I. Gutiérrez, publicó en un periódico clerical una serie de artículos en los que responsabilizaba a los artesanos de las difíciles condiciones económicas de sus familias. Más que ver el problema como resultado de tendencias estructurales de la economía, lo atribuía al exceso de consumo alcohólico por parte de los artesanos. Estos, especialmente los más prominentes, organizados en la Sociedad Filantrópica, en vez de desmontar fácilmente la falacia del escritor --los pobres no son los culpables de su pobreza--, optaron por una respuesta más compleja. Lo que les preocupaba era la imagen que esos artículos proyectaban. Por eso apelaron al gobierno para que éste, apoyado en la Ley de Prensa de 1888 --que prohibía publicaciones que incitaran al enfrentamiento de clases--, obligara al autor a retractarse. En otras palabras, los artesanos trataron de jugar con las mismas reglas de la élite. El gobierno de la Regeneración no hizo caso a esas presiones, pues era claro que el caso se salía del espíritu de la ley, dirigida más bien contra publicaciones 'subversivas' que incitaran a la lucha de clases. Desesperados, los artesanos decidieron cambiar de táctica, recurriendo a formas de acción directa. Comenzaron a realizar mitines en las calles de la capital, especialmente frente a la casa del escritor, la que era vigilada celosamente por la policía. Hacia mediados de enero de 1893 las cosas se tornaron más violentas al disparar la policía sobre una agresiva multitud. Durante diez horas Bogotá vivió un levantamiento urbano con ataques a los edificios públicos y a las casas de dignatarios oficiales. Finalmente la expedición de la Ley Marcial y la intervención del ejército apaciguaron los ánimos. El saldo de los trágicos hechos, según el mismo Sowell, fue de cientos de presos, innumerables heridos y entre 40 y 45 muertos (1). A diferencia de otras revueltas de artesanos --por precios de bienes de consumo o por aspectos políticos--, en este caso el motor de la protesta fue el insulto a su imagen.

Un largo camino debió recorrer la clase obrera colombiana para confrontar esas imágenes negativas y construir su propia identidad. Para 1945 lo que preocupaba a la élite no era tanto el consumo alcohólico por parte de los trabajadores asalariados, cuanto su aparente poderío organizativo y la creciente capacidad de presión que demostraba. Si por medio de la estrecha relación que

la clase obrera había construido con el Estado Liberal, especialmente con el Presidente López, ella ya no representaba el papel de una fuerza destructiva del orden vigente, sí quería ofrecer el de una clase que quería tomar parte activa en la evolución económica y política del país. Estaba lejos, por tanto, de proyectar una imagen de pasividad y sometimiento. Los sectores organizados alrededor de la CTC sentían que ya habían madurado, lo que expresaban en la expresión: "el **hijo** es ya mayor de edad"!.

Tal vez el hijo efectivamente fuera ya mayor de edad, pero ¿cómo era su relación con el padre o los padres? ¿Quién era el **padre**: López o el Estado Liberal en general? ¿La 'madurez' de clase era un estado definitivo, o así como se podía conseguir se podía perder? Sin ánimo de abusar de la imagen edípica que sugiere la frase ya citada durante el conflicto de la Fedenal, conviene responder a éstos y otros interrogantes similares mirando con cuidado el proceso de construcción de la identidad de la clase obrera colombiana a lo largo de los años estudiados.

Antes de avanzar más en la materia debemos agregar una palabra sobre nuestra conceptualización de la **identidad** obrera. Como señalábamos en la Introducción, nuestra definición de clase obrera no es esencialista, como tampoco lo fue la que los trabajadores iban adoptando en las distintas coyunturas históricas. Por tanto, la identidad es también fruto de procesos históricos cuyos resultados no pueden ser fijados a-priori por los actores, ni interpretados esquemáticamente por los científicos sociales.

A estas alturas surge la pregunta sobre la utilidad de un esfuerzo investigativo que busque reconstruir el proceso de construcción de una identidad de clase. La pregunta se torna más incisiva cuando comprendemos que los individuos que conformaban el conglomerado designado 'clase obrera' tenían múltiples identidades.

Como ya indicábamos en la Introducción, hay identidades más totalizantes que otras (y la de 'clase' es una de ellas). Las imágenes que otras clases proyectaban de los obreros y sus mismas condiciones de existencia, dentro y fuera de los sitios de trabajo, los presionaron a identificarse como un nuevo conglomerado social, como una nueva clase. Así había sucedido en Europa durante la Revolución Industrial, así estaba ocurriendo en otras partes de América Latina a comienzos del siglo XX. Por tratarse de mano de obra principalmente nativa, el caso colombiano se parecía más al Mexicano que a lo ocurrido en el Cono Sur, aunque en ambas partes la segregación social fuera similar. En Colombia se podría decir, con las palabras de Rodney Anderson para México, que los obreros debieron enfrentar desde el principio la exclusión social como si fueran "parias en su propia tierra", y no simplemente "extranjeros". No obstante lo anterior, los resultados en los procesos de

construcción de identidad serán diferentes, como diferentes son los movimientos obreros de México y de Argentina (2).

Pero la construcción de identidad no es algo estático o el resultado de un acto contemplativo de espejos, reflejos e imágenes. Por el contrario, es el fruto de la confrontación con otros conglomerados sociales. Los conflictos y las alianzas son definitivas en esa construcción de la clase obrera. El resultado, tomando el caso colombiano hasta 1945, dista del ideal que una definición a-histórica pretendería. Si no se puede decir que la clase obrera colombiana fue 'revolucionaria', tampoco se podría simplemente catalogar como 'reformista' o 'cooptada'. Más aún, en este punto de nuestra exposición es claro que dichas categorías, impregnadas de voluntarismo, lejos de ayudar en la explicación histórica la confunden.

Sin más preámbulos, acerquémonos al proceso de construcción de la identidad de la clase obrera colombiana, tratando de entender desprevenidamente su génesis y sus resultados.

1. Las Primeras Imágenes Obreras

El uso del vocablo 'obrero' a fines del siglo XIX y comienzos del XX, estaba conectado con el mundo artesanal. Obrero era el trabajador manual de los talleres artesanales, aunque no necesariamente contara con una relación salarial. De esta forma, durante los primeros años de formación de la clase, el productor directo artesanal fue catalogado como obrero. A los dueños de talleres o maestros se les designaba así mismo 'industriales'. Cuando en 1904 se creó la Unión de Obreros e Industriales, lo que se quería era integrar los dos polos en los que crecientemente se diferenciaba el artesanado.

Para los años diez ya era común identificar como obrero al trabajador manual asalariado. Así lo reflejó Rafael Uribe Uribe en sus discursos. Para los años veinte, como resultado de la difusión de las ideologías revolucionarias, hubo una mayor precisión conceptual, sin que desaparecieran ciertas ambigüedades. En un artículo publicado en un periódico socialista a mediados de ese decenio se decía, por ejemplo: "Obreros son los que trabajan en las artes y oficios, y quienes tienen en su fuerza de trabajo el único medio de vida." Pero a renglón seguido se agregaba confusamente que "existe una buena cantidad de obreros directores de obra que se convierten en rudos capataces, humillando al obrero que de ellos depende con salarios infelices" (3).

En todo caso, por lo menos en los primeros años de existencia de la clase obrera, la identificación con el estrato bajo del mundo artesanal fue indudable. Por tanto, los obreros heredaron también las imágenes que sobre ese sector circulaban en el país. El desprecio con que la élite los comenzó a mirar se

remontaba a tiempos coloniales. Los artículos de Gutiérrez en 1892, o el velado racismo de las campañas anti-alcohólicas, no eran sino expresiones de esa tradicional actitud de las élites colombianas. Con su particular fatalismo, el novelista Osorio Lizarazo insistía en la humillación y el rechazo con que las élites trataban a los artesanos a principios de siglo. Estos, dice el autor, "tenían que usar ruana para distinguirse de la 'gente'. Vivían en un mundo aparte y se veían tratados con despótica inclemencia". La élite bogotana 'cachaca' los identificaba como 'guaches' --expresión despectiva para referirse a los estratos bajos de la población (4).

Ante esta imagen negativa, que en el fondo reflejaba el terror con que la élite veía a estos sectores potencialmente destructivos del orden establecido, los artesanos desarrollaron una imagen alternativa que valoraba su trabajo y su posición social. David Sowell, quien ha trabajado con rigor estos temas, resume así esos intentos:

> "Los artesanos deseaban proyectar las contribuciones sociales, económicas y políticas de su clase con la intención de adquirir la imagen pública positiva que ellos sentían merecer. Este orgullo de 'ser artesano' es visible en todos los documentos que declaraban los intereses de la clase artesanal y servía para reforzar la demanda de los artesanos para expresarse por sí mismos públicamente".

Según el autor, la idea de ser productores directos, y especialmente de ser 'independientes', les daba un motivo de orgullo que los colocaba por encima de otros sectores populares. Políticamente también se sentían importantes pues no sólo sostenían al Estado con sus impuestos y lo legitimaban con sus votos, cuando se les permitía, sino que también lo presionaban en defensa de sus intereses (5). En el proceso de construcción de una imagen positiva, los artesanos, especialmente en sus estratos más altos, introyectaron valores de la élite. Recuérdese la primera táctica usada por la Sociedad Filantrópica para luchar contra el escritor que los insultaba.

De esta forma surgieron dos tipos de imágenes sobre el mundo artesanal que la élite iría a proyectar a los distintos sectores obreros de acuerdo con la cercanía a sus valores y con las posibilidades de control. De una parte, la masa de seres desposeídos y miserables que amenazaba con destruir todo. Ante ellos la élite demostró terror y desprecio al mismo tiempo. De otra parte estaba una minoría de artesanos, con recursos económicos, que trabajaban 'honradamente' a los ojos de la élite y que compartían sus valores. Estos eran los trabajadores 'respetables'. Pero, en los primeros años de la formación de la clase obrera, predominaría la primera imagen.

Como consecuencia de la crisis económica de fines del siglo XIX, a la que acompañó la Guerra de los Mil Días, mucha gente de los campos comenzó a migrar hacia las ciudades, en donde la apertura de fábricas, la expansión de

vías de comunicación y la construcción parecían brindar mejores condiciones. La infraestructura de las aldeas grandes de ese momento era incapaz para albergar a los nuevos migrantes. El resultado fue el hacinamiento, la escasez de servicios públicos y hasta la propagación de violentas epidemias. Las élites observaban asombradas el crecimiento de esos cinturones de miseria en las grandes aldeas --llamados dicientemente en la época 'barrios obreros'--, especialmente de los que se incrustaban cerca al centro de ellas. Temían no sólo por su salud sino por sus privilegios. Para explicarse el fenómeno, acudió a un vocablo de amplia tradición cristiana: los **pobres**. Aunque la pobreza existía desde los tiempos coloniales, sólo a comienzos de siglo se vivió como un fenómeno masivo. En Colombia, como en la Inglaterra del siglo XVII descrita por Christopher Hill, "los pobres eran desvalidos, analfabetas, sin derechos: su único recurso ante el hambre era la revuelta ciega. Ellos no solamente existían para ser gobernados; mantenerlos en sujeción y hacerlos trabajar fue un objetivo clave del gobierno y de las clases potentadas" (6).

Algunos obreros, más cercanos a la prédica religiosa, introyectaron esa imagen de pobreza. Esto no era extraño, pues los periódicos clericales eran los que más la difundían. En una descripción del barrio 'obrero' de Villa Javier en Bogotá, el *Boletín del Círculo de Obreros* decía en 1918: "como todos somos pobres, pues este es el palacio de la pobreza, aquí no se da cabida al lujo ...este paraíso se ha hecho sólo para que los pobres podamos gozar a nuestras anchas la holgura y la felicidad de la pobreza cristiana". Un entrevistado, habitante del barrio, recordaba que éste estaba poblado "de obreros, todos obreros y gente pobre, todos absolutamente gente pobre". El mismo *Boletín*, sin embargo, introducía en 1919 una distinción entre obreros-pobres y miserables: "[Las casas del barrio] son para obreros y no pobres de solemnidad, pues tienen que pagar un arriendo y ese arriendo lo han de pagar con el fruto de su trabajo y no con limosnas que reciban".

En todo caso, la identificación entre obrero y pobre --no de solemnidad-- continuará hasta los años veinte. Otro periódico clerical decía en 1928: "Los obreros somos pobres [pero] muchas veces agregamos a nuestra pobreza nuestros vicios". Volvía a así a emerger la idea que presidía las campañas moralizadoras: el pobre está expuesto no sólo a la miseria material sino espiritual. Por ello había que protegerlo, controlándolo de paso. En algunos casos, los grupos más radicales proyectaron una identificación con el miserable, pero con la intención de provocar una reacción rebelde en los obreros (7).

Ante esta imagen del obrero-pobre la élite se comportaba con temor y desprecio, especialmente en aquellas regiones en donde ella estaba consolidada. La resultante era la necesidad de mantener distancia en todas las dimensiones de la vida. En el caso de Bogotá esta diferenciación, que se remontaba a tiempos coloniales, se iniciaba desde la apariencia física y el vestido. Un viajero

norteamericano recordaba así la Bogotá de los años veinte, agregándole un sesgo racista:

> "La gente parece ser de dos clases: hombres y mujeres bien vestidos de puro ancestro español, y la cuasi-harapienta peonada --las clases trabajadoras-- cuyas caras evidencian que la raza india, aunque desvanecida en su pureza, todavía se mantiene en la sangre de este tenaz pueblo del altiplano" (8).

Un obrero entrevistado recordaba la vestimenta típica de las primeras generaciones obreras cundi-boyacences: "el vestuario aquí de todos los trabajadores era estrictamente dril y paño Samacá [una tela de algodón gruesa] y alpargatas... o simplemente descalzos". A este atuendo se le agregaba la ruana que los protegía del frío (9).

Un urbanista continuaba reflejando el desprecio tradicional de las élites bogotanas hacia los obreros, cuando hablaba de la formación de los 'círculos de miseria' en 1948:

> "De las colinas que eran su refugio natural, descendieron los humillados y ofendidos... Hacia el sur, hacia el occidente, bien lejos del área céntrica y de los barrios residenciales, se agrupaban los menesterales [sic], los artesanos, los trabajadores manuales, los albañiles y similares, los oficiales de carpintería y mecánica" (10).

Las diferencias regionales son notorias en este punto. Como vimos en el capítulo inicial, en Medellín las cosas eran similares, aunque se notaba una menor distancia entre la élite y los obreros, especialmente los manufactureros y artesanos pudientes. Estos últimos eran vistos no como 'pobres' sino como gente 'respetable'. Barranquilla, por ser una ciudad de reciente formación, no contaba con una élite tan consolidada como las ciudades del interior o las vecinas Cartagena y Santa Marta. Por ello los elementos discriminatorios fueron más débiles. Además la tensión entre la región costeña y el interior hizo que obreros y miembros de la élite compartieran una gran identidad regional, que por supuesto no ocultaba las diferencias de clase, pero les daba un matiz especial.

Finalmente, ante los trabajadores de Barrancabermeja hubo una situación bien específica, derivada en parte de las condiciones del enclave petrolero. La ausencia de una élite local, por lo menos hasta los años cuarenta, hacía que en el puerto petrolero la discriminación social asumiera los parámetros del conflicto laboral entre obreros y la multinacional. Pero hacia afuera de Barrancabermeja las cosas eran diferentes. Precisamente por los rasgos radicales de la cultura popular de la zona, la élite nacional proyectaba una imagen muy negativa de sus obreros y habitantes en general. Según una nueva 'leyenda negra', los barranqueños eran negros, prostitutas o 'comunistas', es decir todo lo que la élite rechazaba. Este mismo desprecio, aunque aisló a los petroleros, les

permitió también la cohesión que ya hemos observado en los conflictos laborales del período estudiado (11).

Aunque en una forma diversa, dependiendo de los contextos regionales, la discriminación hacia el obrero-pobre fue común al territorio nacional en los primeros decenios de este siglo. La imagen del pobre estimulaba una respuesta discriminatoria pero también caritativa. Al fin y al cabo la caridad parecía ser la mejor forma de atenuar los peligros subversivos de la pobreza. La compasión estaba presente en las relaciones paternalistas en los sitios de trabajo y en los afanes moralizadores del tiempo libre de los trabajadores. Por ello hacía parte de las relaciones laborales que enfrentaron las primeras generaciones obreras, y no desapareció rápidamente.

En 1921 se informó que ante el desempleo en la región antioqueña, la Acción Social Católica dio un auxilio económico a los sin trabajo y más de 25.000 almuerzos gratis en los Patronatos. Para 1924 la misma organización ofrecía servicios gratuitos médicos y odontológicos a los obreros. En 1929, ante la recesión económica mundial, un grupo de comerciantes antioqueños decidió hacer caridad con los desempleados para evitar la "hidra del comunismo", como ellos lo afirmaron. En mayo de 1931 la policía bogotana ofrecía sopa diaria a más de 200 desempleados y la prensa informaba que cerca de 500 obreros desocupados desfilaban por la ciudad prácticamente "pidiendo limosna". (Es que también asumirse como pobre y vivir de la caridad era una opción de sobrevivencia, especialmente en el caso de los desempleados). Años más tarde, en una acción de sabor populista, extraña a su personalidad, el Presidente López apoyó la repartición de regalos de navidad a casi 23.000 niños 'pobres' de la capital (12).

En todo caso la caridad era esporádica y lentamente fue desechada tanto por obreros como por miembros de la élite, quienes buscaron formas más eficaces de controlar el peligro subversivo que implicaba la pobreza. Recogiendo ese sentimiento, Gaitán en su tesis de grado en los años veinte decía de la caridad:

> "Ella era una virtud perversa y peligrosa. Perversa porque humilla y peligrosa porque no presta sus favores basándose en derechos, sino en piedad. Nosotros no queremos caridad para los hombres que por la virtud de su trabajo adquieren el derecho a la justicia ... Un trabajador que ha laborado durante toda su vida no merece la humillación de recibir algunas monedas ... lo que necesitamos es que ese trabajador consiga, por ser trabajador, los medios para tener una vida decente, servicio de salud y educación para sus hijos sin recurrir a la caridad" (13).

Dentro de ese sentimiento caritativo de proteger al obrero-pobre fue que se avanzó la inicial legislación laboral y se lanzaron las campañas moralistas. Con el tiempo las élites regionales buscaron ofrecer servicios especiales a los

obreros. En Bogotá y Medellín, por ejemplo, se les trató de favorecer en cuanto a transporte público correspondía. Primero fueron establecidos unos tranvías 'obreros' a menor tarifa que la normal, que los recogían a tempranas horas de la mañana y los devolvían al atardecer. Posteriormente se expidieron tiqueteras especiales para abaratar el costo del transporte en bus para obreros y estudiantes. También hubo intentos de ofrecer servicios públicos más baratos a los barrios 'obreros', pero en ello no hubo una política constante y coherente, debido en parte a la evolución misma de esos servicios. Mientras tanto, las empresas comenzaron a construir barrios para sus trabajadores, comedores especiales y clubes para la recreación. Finalmente los sectores políticos hicieron también uso de esos mecanismos para ganar adeptos. El liberalismo, posiblemente haciendo uso de dineros oficiales, no sólo estimuló la vivienda obrera sino que a través de las Casas Liberales ofrecía servicios médicos y odontológicos, así como asesoría legal sin costo para los asalariados (14).

Casi simultáneamente a la asimilación entre pobres y obreros por parte de la élite, los trabajadores comenzaron a identificarse de una forma más positiva: como parte del **pueblo**. Al contrario de la conmiseración que creaba la imagen de pobres, la asimilación al pueblo era más dinámica, pues enfatizaba el potencial transformador de quienes así se veían. Por supuesto que sobre el concepto pueblo había distintas definiciones, pero dos elementos eran comunes a todas ellas: el pueblo era la mayoría de la población --la discusión empezaba cuando de enumerar los sectores se trataba-- y era la fuerza legitimadora o transformadora de las democracias.

En Colombia, a principios de siglo, todavía no había una clara diferenciación entre 'pobres' y 'pueblo', al menos no como Hill plantea que sucedió en la Inglaterra del siglo XVII. El activista obrero Carlos Hernández señalaba los orígenes de su militancia de izquierda: "por herencia paterna, desde mi infancia fui un sentimental enamorado de la causa redentora de los pobres, de los desposeídos" (15). A pesar del uso indiscriminado que se hacía de los dos vocablos, era clara la diferencia de sentido cuando se quería connotar miseria y cuando se afirmaba el principio de legitimidad o de rebeldía. Con esta segunda acepción era que la naciente clase obrera buscaba identificarse.

Las tradiciones artesanas jugaron nuevamente un papel en la transmisión de la imagen del trabajador como pueblo. En el siglo XIX los artesanos fueron vistos no sólo como parte del pueblo, sino como su mejor expresión. De hecho, en términos electorales, era el único sector popular al que se dejaba participar. En los debates sobre el proteccionismo a mediados del siglo pasado, el intelectual radical Lorenzo M. Lleras dijo así al Parlamento: "Si nosotros no consideramos los intereses de la clase trabajadora llamada artesanos, entonces nosotros no estamos legislando para la mayoría de los colombianos". Si ellos fueron los que transmitieron esa imagen de pueblo, los políticos radicales fueron los que más la alimentaron (16).

Con la formación de la clase obrera, el vocablo de pueblo fue crecientemente usado. Uno de los primeros periódicos obreros, *El Comunista*, escribía en el editorial inaugural que "era defensor de los intereses obreros, [es decir] los intereses de los oprimidos que constituyen la mayoría ... Esos oprimidos es lo que se llama pueblo: por él y para él escribimos". En los años veinte la prensa socialista avanzaría un poco más al señalar que la presencia obrera había transformado al pueblo en una fuerza nueva, más moderna. *El Luchador* decía: "la hora de las reformas sociales ha llegado. El pueblo de hoy no es el de otros tiempos pasados. El pueblo de hoy persigue con afán incesante la civilización y ya muy pronto la alcanzará. Y los partidos [tradicionales] dejarán de ser" (17).

Para los años veinte, también por la influencia de las ideologías revolucionarias, se proyectó la imagen de los obreros como **pueblo rebelde**. Un folleto escrito por Torres Giraldo y María Cano, dirigido a la Confederación Obrera Nacional, se titulaba 'Gobierno del Pueblo, por el Pueblo y para el Pueblo'. Allí se señalaba escuetamente la existencia de dos clases: los ricos y los pobres. Mientras los primeros estaban unidos, los segundos no, y por eso se escribió el folleto. Los autores señalaban luego: "el pueblo es un esclavo de los ricos. Es el pueblo mismo el que tiene que liberarse de las cadenas. Los ricos han mantenido en tinieblas al pueblo, le han sembrado el vicio para debilitarlo más, pero lo que nunca podrán suprimir es el anhelo de justicia". El folleto terminaba haciendo una apelación a la transformación radical, exenta de todo vanguardismo, de la sociedad: "Quién realizará esa magna obra de la liberación en Colombia? El pueblo! y quien dirigirá a ese pueblo? Los acontecimientos lo dirán!" (17b).

La importancia que los grupos artesanales y obreros dieron durante los años veinte a la construcción de las Casas del Pueblo --lugares de reunión y esparcimiento--, habla por sí misma de la identidad básica de la naciente clase. En los años treinta se hablará de Casas Sindicales, lo que indica una apelación identificadora distinta.

A la inversa de la imagen de pobres que promovía una visión degradada y humillante de los obreros, la identidad como pueblo era constructiva y hasta revolucionaria. Basta ver los nombres de algunos periódicos obreros de la época, para constatar hasta dónde esta segunda imagen caló: El Luchador, La Humanidad, Voz Popular, El Rebelde, La Justicia, El Baluarte y La Lucha son algunos ejemplos. A partir de los años treinta, aunque los obreros mantendrán esa básica identidad como pueblo, relegando cada vez más la imagen de pobres, se proyectará más específicamente la identificación como **clase obrera**. En los años cuarenta esta identidad se profundizará, pero el populismo gaitanista, junto con otros elementos de la coyuntura de fines de la Segunda Guerra, volverá a revivir ambiguamente la imagen de pueblo, provocando el temor de

las élites ante esas 'masas peligrosas', según Pecaut, o ante esas 'multitudes', en el decir de Herbert Braun (18).

Pero antes de avanzar cronológicamente, veamos los intentos por transformar la imagen negativa de obreros-pobres. Aunque esta es una tarea adelantada básicamente por los dirigentes proletarios por medio del discurso hablado y escrito --como lo refleja la prensa consultada--, tuvo impacto entre los trabajadores de base, como se constata en las entrevistas y otras fuentes utilizadas aquí.

2. Valoración del Trabajo y Exigencia de Respeto

Para llegar a una identidad como clase con proyección nacional, los obreros y obreras recorrieron un largo trecho. Ante todo, tuvieron que romper con el desprecio racista que se escondía detrás de la imagen de pobre. Debieron recalcar, como lo hizo el periódico *El Partido Obrero* en 1916, que no eran una raza 'degenerada' y que su cerebro era igual que el del resto de los seres humanos. Pero no bastaba con eso, y debían dar un paso más: valorar su trabajo ya no por ser independientes como los artesanos, sino por ser productores de riqueza simplemente. Por eso el mismo periódico decía: "en donde quiera que se fije la vista por la superficie del mundo se ven las obras de la mano del hombre trabajador" (19).

Aunque las ideologías revolucionarias contaban con definiciones más precisas de clase obrera, ello no significaba que los trabajadores se las apropiasen con la misma claridad. No se debe olvidar que el concepto de clase es también una construcción histórica. En 1934 el periódico de los braceros de Barrancabermeja reflejaba simultáneamente esas dificultades y la riqueza de las conceptualizaciones hechas por trabajadores menos calificados:

> "El obrero es el que sintiendo dominio de sí mismo no es un autócrata ni es un esclavo (...) No es obrero aquel que se siente poseído de los vicios sociales ... Obrero es aquel que trabaja por ser cada vez mejor en todos los conceptos de la socialidad... no soporta las opresiones e insiste en la necesidad de la solidaridad, y de la asociación" (20).

Por lo pronto, en los primeros decenios de este siglo, la valoración como productores de riqueza se tradujo en una identidad como gremio, en el caso de los artesanos, o con la empresa, para los trabajadores asalariados en general, pero especialmente para los manufactureros. Los artesanos, como ya anotábamos, tenían un gran orgullo de su arte y de su profesión. Un cronista de Bogotá narraba que a principios de siglo: "las artes cuentan en esta ciudad con

sobresalientes obreros, notables mecánicos y gran número de industriales cuyas manufacturas ha admirado el público en las exposiciones nacionales". El gremio de tipógrafos fue proverbial en su orgullo, a pesar de las penurias que enfrentaron por el desarrollo de las modernas imprentas. Otro cronista de la capital anota que en los años treinta "los impresores nunca se consideran como simples obreros. Miran de soslayo a los operarios de otras profesiones y forman siempre círculos que más parecen sociedades de literatos que asociaciones de artesanos" (21). Esta percepción concuerda con la tendencia general en América Latina, de que los tipógrafos fueron uno de los sectores más radicales del artesanado en las primeras fases de la industrialización.

Los gremios artesanales más expuestos a la ruina por la competencia de la moderna industria comenzaron a presentar una imagen menos positiva. Tal fue el caso de los sastres, según lo recordaba un entrevistado: "actualmente un sastre es un trabajador del montón, antes sí valorizaban a un sastre. Yo recuerdo que iba uno a un pueblo por ahí y era bien atendido. Ahora no". Algo similar ocurría con los zapateros, carpinteros, mecánicos, albañiles y aún tipógrafos. El protagonista de la novela de Osorio Lizarazo decía (hacia los años treinta): "Hace veinte años los tipógrafos éramos personas consideradas y no se nos negaba el saludo" (22).

En el caso de los trabajadores del transporte o de las modernas manufacturas, la identidad no era tanto con el oficio cuanto con la empresa como tal o incluso con el sindicato (por ejemplo los trabajadores del Río Magdalena). Esta identificación era más intensa si pervivían las relaciones paternalistas. Los primeros trabajadores de las grandes industrias, de los ferrocarriles y tranvías, e incluso de los enclaves extractivos, proclamaban con orgullo la pertenencia a esas empresas, como se constata en innumerables testimonios recolectados por nosotros, especialmente entre trabajadores y trabajadoras de base. Pero si bien tanto la identidad con el oficio como con la empresa eran pasos positivos en la valoración del trabajo, tenían sus límites, ya que era una identidad reducida en su ámbito espacial o profesional e impedía proyecciones más amplias a los trabajadores asalariados.

En el contexto discriminatorio y racista en que surgió la clase obrera, la valoración del trabajo implicaba también la exigencia de **respeto**. En Colombia, como un siglo antes en Inglaterra, la búsqueda de 'respetabilidad' se inició individualmente. Sin embargo aquí, al contrario del caso inglés, tomó rápidamente una expresión también colectiva, sin que la individual desapareciera. Desde sus orígenes, los obreros trataban de presentarse como seres dignos de respeto. La educación era el mecanismo más comúnmente señalado para conseguirlo, aunque no faltaron también las referencias a la apariencia externa, lo que sugería ambiguamente un deseo de imitar la forma de vestirse de la 'gente respetable'. Un corresponsal de *La Humanidad* decía:

> "Si al obrero se le paga mejor su trabajo, se le ilustra sobre economías del salario ganado y se le enseña a **dignificarse**, estará asegurado su triunfo. Opino que si el obrero se viste bien, tendrá cabida en cualquier sociedad".

El último sentido de esta 'dignificación' era valorar al trabajador. Un periódico clerical decía: "ser obrero es ser un hombre **digno**... los obreros tenemos una bandera, la de nuestra honradez, la de nuestro trabajo". En otro número, el mismo órgano de prensa complementaba así el ideal del trabajador: "el uso de cuchillos y armas blancas en obreros que se estimen como personas honradas, no es cosa aceptable ... el obrero debe ser hombre pacífico, debe huir de la violencia, de la pelea, de la muerte" (23).

En el caso antioqueño se presentó un fenómeno muy similar al mito de la respetabilidad que proyectaron los sectores medios en los trabajadores ingleses del siglo XIX. En las campañas moralizadoras, la Iglesia y la élite regional siempre buscaron distinguir entre el obrero 'bajo', o casi miserable, y aquél 'digno' con el que podían contar precisamente por la cercanía de valores. A esta última categoría pertenecían los artesanos más prósperos, las textileras y obreros manufactureros en general y los ferroviarios. A dos de ellos, que construyeron por su cuenta un repuesto para las locomotoras, se les llamó literalmente 'self-made'. El tradicional espíritu de inventiva de los antioqueños era exaltado de nuevo en estos trabajadores (24).

Ya se dijo que en Colombia la búsqueda de respeto, ejercida cotidianamente por los individuos, tuvo casi desde el principio proyecciones colectivas. En sus primeros artículos de 1916, Torres Giraldo reflejaba esa tendencia:

> "Los obreros de Pereira que son generalmente honrados, parcos, buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos, forman un **gremio respetable** ... Hoy se trata de reunirlos, agremiarlos, ponerlos en contacto directo. Si es para fines sociales y económicos muy bien; si es para fines políticos y para hacer de ellos un rebaño de carneros para elecciones... no y mil veces no... nada de política, ni de poner a los obreros como peona [sic] para fomentar el fanatismo y la vagancia" (25).

De una forma espontánea el sindicato de braceros de Barrancabermeja, en 1934, concretaba en el sindicalismo esa búsqueda de respetabilidad: "Obreros! reuníos, juntáos buenos hombres, que si un obrero es respetable por sí solo, dentro del derecho de asociación encontraréis el eco poderoso de las multitudes". Por la misma vena, muchas organizaciones comenzaron en ese decenio a construir la imagen del sindicalista 'respetable'. Véase, por ejemplo, las recomendaciones que hacía el periódico de los ferroviarios antioqueños a sus suscriptores:

"Todo sindicalizado debe ser el mejor trabajador de la empresa... no [debe] mentir. El hombre que miente por miedo, calumnia por odio y pierde todo lo grande que hay en la vida: el carácter!... No olvidemos que el servilismo, la bajeza y la falta de honorabilidad nunca han visitado esta organización ... se puede ser respetuoso sin ser servil; franco sin ser grosero y obediente sin ser esclavo" (26).

Los obreros colombianos comenzaban a identificarse no sólo como seres físicamente iguales a los demás, sino como un grupo social productivo y digno de respeto. Recuérdese la permanente exigencia de los primeros pliegos de petición por un 'trato justo'. Pero también los asalariados fueron avanzando nuevos elementos de identidad, para diferenciarse tanto de los empresarios y demás integrantes de la élite, como de otros sectores populares. La lucha contra la 'opresión' llevó cada vez más a los trabajadores asalariados a enfrentarse con los empresarios, desarrollando en esa lucha mecanismos de solidaridad y organización que se distanciaban también del individualismo de las élites. En la medida en que el Estado durante la Hegemonía Conservadora se alineaba claramente con los empleadores, especialmente los extranjeros, la lucha obrera se hacía cada vez más política y anticonservadora.

En los años veinte los obreros se sentían parte de una nueva colectividad social que era temida por las élites y mirada con esperanza por parte de intelectuales y otros sectores populares. Conviene mirar el proceso de diferenciación de la naciente clase con esos últimos sectores. Los obreros sintieron desde el principio que eran parte del pueblo, que sus luchas eran continuidad de gestas populares del pasado, pero que ellos eran radicalmente diferentes de otros grupos populares. Cuando exigían un nuevo trato, enfatizaban que ya no eran siervos ni esclavos. Ellos eran el producto de la modernidad capitalista. Aunque tal vez los obreros de base no hicieran una reflexión tan sofisticada, ciertamente se sentían en mejores condiciones que sus antepasados, especialmente rurales, como ya veíamos en el Capítulo 3. Un trabajador cementero de la población de La Calera, respondía así a la pregunta de si era mejor trabajar en la industria que en el campo: "Claro, porque el pobre campesino raso no vivía sino por ahí de la siembra de papas o de fabricar carbón de palo ... porque allá [en la fábrica] tenían algo y semanalmente; en cambio en el campo no tenían nada" (27).

A esa sensación de bienestar del obrero, en comparación con el campesino e incluso con otros sectores populares urbanos, se le agregó el protagonismo que las ideologías revolucionarias le atribuían a la nueva clase. La difusión ideológica, aunque fue desigual y limitada, tuvo su impacto en la formación de la identidad obrera. Con el convencimiento que tienen los que creen haber descubierto la verdad, los núcleos socialistas y anarquistas iniciaron la prédica de su nuevo 'evangelio', como ellos mismos lo llamaron. De una forma u otra esos núcleos se sentían las vanguardias de ese proceso de

redención de la clase obrera y del pueblo en general. Por eso, paradójicamente, en aras de provocar la rebeldía popular, desarrollaron un discurso vanguardista que en la práctica despreciaba al pueblo, visto como ente pasivo y manipulable por las clases dominantes.

En la cuidadosa lectura de la prensa obrera de los años veinte pudimos constatar este discurso, especialmente en los voceros socialistas. *La Humanidad*, por ejemplo, decía en uno de sus primeros números: "El pueblo colombiano es solamente hipócrita. El narcótico que se le da por educación, le hace sonámbulo y el ambiente envenenado por las pasiones políticas le ayuga [sic] al servilismo del perro hambreado de que habla Bakunin". En un número más adelante explicaba la razón de esa 'hipocresía': "como todo es un producto del régimen burgués ... la mentalidad del pueblo es hechura burguesa". En aras de provocar una respuesta rebelde, el periódico terminaba prácticamente culpando a los vencidos:

> "El pueblo que hizo cuanto existe sobre la faz de la tierra no debe, no puede vivir con su miseria, besando sus cadenas y adulando a sus amos. Que se rebele. La esclavitud voluntaria no sólo es un crimen, es también una vergüenza: quien pudiendo no rompe sus cadenas, no sólo es un cobarde sino que las merece ... el pueblo colombiano es un esclavo culpable porque no se rebela".

La distancia entre los proyectos políticos de esas vanguardias y la realidad popular las llevó a proferir duras imprecaciones contra el pueblo, las que tal vez no dirían abiertamente ni los miembros de la élite:

> "Difícilmente se conocerá un pueblo más incapaz. La pereza le ha creado una carroña que lo hizo insensible a la luz de su miseria. Cobarde para pensar e impotente para obrar. Un pueblo que no estudia es un cretino que no piensa ... Espíritus serviles, almas de esclavos... tristes, con la rara tristeza de los idiotas ... El pueblo colombiano no quiere sembrar, no quiere caminar, no quiere vivir. Qué triste es la realidad!" (28).

Aunque tal vez el caso de *La Humanidad* sea excepcional en ese vanguardismo, se encuentran rasgos similares, aunque tal vez no tan extremos, en otros periódicos socialistas de la época. *Claridad*, para citar otro ejemplo, exclamaba a propósito del primero de mayo en 1932:

> "Los obreros de las ciudades y los campos, triste es decirlo, ignoran la magna efemérides que hoy conmemoran los trabajadores de otros pueblos menos retardados en el camino de la civilización que el nuestro gracias a su gris resignación y a su melancólico analfabetismo" (29).

Con esa prepotencia de los núcleos políticos, y con la sensación de superioridad sobre otros sectores populares, era difícil construir alianzas con

éstos, al menos durante los años veinte. Recordemos que en el informe que dio Torres Giraldo del Congreso Obrero de 1925, señaló innumerables acuerdos entre los delegados, menos en lo relacionado con los trabajadores del campo, en donde "no se halló una solución sincera y eficaz". La prensa socialista también fue ambigua con relación a la alianza obrero-campesina. *La Humanidad*, por ejemplo, a veces llamaba a vagas transformaciones en la propiedad de la tierra y en el crédito, como la solución del problema agrario. En otras ocasiones insistía en que los obreros debían educar a los campesinos, pues éstos carecían de política propia. Finalmente, en una oportunidad se llegó a decir que como el campesinado estaba tan sometido a las clases dominantes, era necesario primero hacer la revolución y luego sí transformarlo (30).

Diez años después, para el Congreso Obrero de Medellín, Juan de Dios Romero y Erasmo Valencia elaboraron un completo informe sobre el movimiento campesino. En la sección sobre la alianza obrero-campesina señalaban que a pesar de que el 70% de los obreros tenían orígenes campesinos, era poco lo que se había hecho para "hermanar la lucha de la ciudad con la del campo". Con una concepción todavía imbuida de vanguardismo obrero, señalaban así la solución: "... la organización sindical tiene que llevarse al campo... pero para ello tienen que ir los obreros al campo con sus enseñanzas... esto se consigue estudiando pacientemente sus problemas". Aunque sin el dramatismo del caso mexicano --cuando en la Revolución los Batallones Rojos de artesanos y obreros se enfrentaron a los ejércitos campesinos de Zapata y Villa--, en Colombia también era difícil la construcción real de una alianza obrero-campesina en los primeros años de la industrialización. Con la excepción de algunas zonas conflictivas indígenas y de reciente colonización, la tal alianza no pasaba de ser una consigna (31).

Ello no significa un desinterés por los campesinos. Desde los primeros periódicos se publicaron continuamente denuncias sobre la situación en los campos y se hicieron intentos por 'hermanar' las luchas en la ciudad y en el agro. En los años treinta estos esfuerzos cristalizaron en alguna medida. La Gran Depresión había producido el desempleo de numerosos trabajadores de las Obras Públicas, que se vieron obligados a regresar a sus lugares de origen. Pero regresaban con una mentalidad diferente de la que tenían cuando salieron. El 'veneno' de la lucha contra la opresión los había tocado. Aprovechando la irrupción de conflictos en zonas indígenas, cafeteras y de colonización, las organizaciones de izquierda intentaron extender su influencia al campo. Aunque no siempre tuvieron éxito, en algunas zonas su presencia fue definitiva, particularmente en la del Tequendama --el Partido Comunista--, y en la de Sumapaz --la UNIR de Gaitán--, ambas cercanas a Bogotá. En un acto de gran simbolismo para estrechar esos lazos, el Partido Comunista escogió al indígena Eutoquio Timoté como su candidato presidencial en 1934.

Cuando en 1936 se proclamó la política del Frente Popular, la alianza obrero-campesina era concebida como su pieza central. Pero como ya hemos visto en el capítulo 6, el Frente Popular en la práctica fue implementado sobre todo como una adhesión política que como una alianza de clases. La lucha en los campos, mientras tanto, respondía más a las contradicciones de las estructuras agrarias que a la presencia de activistas revolucionarios urbanos, aunque éstos indudablemente ayudaron en la clarificación de objetivos y en la organización de los trabajadores rurales (32).

Un panfleto que circuló en la conflictiva Hacienda El Chocho, en la región de Sumapaz, reflejaba tanto el aporte de los activistas urbanos como los intentos de 'hermanar' las luchas:

> "Entre la clase patronal y la clase trabajadora habrá lucha hasta que los trabajadores se organicen como una clase, tomen posesión de la tierra, de los medios de producción y distribución, y establezcan el gobierno de los concejos obreros...
>
> La época en que se vendía a los esclavos en las plazas públicas ya pasó, tal vez para no volver más... En cambio ahora los capitalistas y los dueños de las grandes haciendas o latifundios, explotan a sus anchas el esfuerzo del trabajo ajeno, ya en forma directa al jornalerismo, o bien mediante lo que producen los arrendatarios...".

Los nuevos valores que los núcleos de izquierda buscaban introyectar en los campesinos --a los que en este caso asimilaban simplemente al proletariado--, se reflejan al final del panfleto:

> "No merece el nombre de trabajador el que deje de practicar la orden del día dada a los explotados: una ofensa hecha a un trabajador es una ofensa hecha a todos los trabajadores. Sólo merece desprecio quien deje de practicar la obligación impuesta a la doctrina socialista, que es la misma tesis de Jesús y de Lenin: PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES UNIOS!" (33).

Para los años cuarenta, aunque tampoco se podría hablar de una sólida alianza obrero-campesina, se prestaba mayor atención a los problemas agrarios y se tenía menos desconcierto ante las luchas campesinas, al menos en los órganos de prensa obrera. El *Diario Popular*, por ejemplo, hizo desde sus orígenes permanentes denuncias de la situación de los trabajadores del campo, exigiendo más coherentemente una verdadera reforma agraria --lo que de paso cuestionaba a la ley 200 de 1936--, y estimulando formas organizativas, incluida una Federación agraria diferente de la agenciada por el clero (34).

La relación de la clase obrera con otros sectores populares no rurales es aún más difícil de reconstruir. En el caso de los empleados --trabajadores de cuello blanco--, hay algunas pistas, especialmente desde los años treinta. Con el

fortalecimiento organizativo de la clase obrera, los empleados se sintieron alentados a intentar lo mismo. Durante la Revolución en Marcha hicieron presión al gobierno buscando leyes en su favor, e incluso hablaron de la necesidad de contar con expresiones organizativas propias. En los años cuarenta ese segundo anhelo no se había realizado, y por el contrario los empleados seguían las pautas dictadas por la CTC. Incluso se habló de la posibilidad de modificar las leyes laborales para permitir no sólo la sindicalización de los empleados sino la vigencia de la contratación colectiva para ellos. En este caso parece ser la clase obrera la que obra como paradigma en la identidad de los trabajadores de cuello blanco. Osorio Lizarazo coloca la siguiente reflexión en el protagonista de su novela 'Hombres sin Presente': "El obrero adquiere con [las huelgas y los sindicatos], como clase, una más robusta y definida personalidad y va perdiendo la nebulosa contextura social del empleado" (35). Claro que también hubo ambigüedades por parte de sectores obreros, tal fue el caso de los choferes, quienes pedían ser clasificados como empleados para poder trabajar sin límite de jornada y recibir el pago al destajo.

Antes de culminar esta sección sobre la diferenciación con otros sectores populares y las posibles alianzas con ellos, elementos ambos de la construcción de la identidad de clase, vamos a mencionar brevemente la identidad de género y la visión de la mujer por parte de los obreros. Aunque las mujeres constituían una parte no despreciable de la mano de obra, especialmente en las primeras fases, la imagen que se proyectaba de obrero era masculina, como el lector habrá captado en la mayoría de las fuentes hasta ahora citadas. Más aún, aunque hubo avances en denunciar la opresión de la mujer y en apoyar luchas en su favor, en general el discurso obrero durante el período estudiado siguió sumido en los marcos de la sociedad patriarcal que imperaba en el país.

En la prensa socialista y anarquista de los años veinte hubo (por primera vez que sepamos en cuanto a prensa política), especial atención a la situación de la mujer. *La Humanidad*, por ejemplo, contó con una columna al menos semanal sobre temas de la mujer, firmada con el seudónimo de Clara Luna. Allí se desarrolló una crítica, avanzada para la época, sobre la condición de la mujer. La columnista decía que además de compartir la explotación común al obrero varón, la mujer sufría otra, pues "ella es considerada inferior, sociológica y fisiológicamente, por el hombre que es quien legisla en su favor. Por tanto la mujer tiene un doble motivo de rebeldía en la doble tiranía que sufre". Según la articulista, la desigualdad de géneros era producto del desequilibrio social y la falta de oportunidades educativas, lo que producía el marginamiento en el hogar y el sometimiento al varón.

Las socialistas no estaban solas en estas denuncias. Los periódicos anarquistas, de una forma más radical aún, denunciaban la doble opresión de la mujer. La escritora Ana María García escribía en *Vía Libre*: "Basta ya [de] que la mujer siga siendo exclusivamente el mueble de adorno, como la mayoría de los

hombres suelen decir... Basta ya de que el hombre vea en ella un objeto de placer, sin tener en cuenta para nada su preparación y su grado de conciencia".

Para las escritoras anarquistas y socialistas de los años veinte, en concordancia con las tradiciones liberales-radicales, la salvación estaba en la educación. "Una mujer educada ya no se deja someter", opinaba Clara Luna, mientras Ana María García proclamaba: "Guerra a la ignorancia, Viva la Revolución Social!" (36).

Sin embargo, tanto este pensamiento crítico como la actividad de mujeres de la talla de María Cano, Betsabé Espinosa --líder de la huelga de Bello en 1920--, Juana Julia Guzmán --dirigente socialista de Montería--, Elvira Medina y Enriqueta Jiménez --cofundadoras del PSR--, Carlota Rúa --líder sindical de Puerto Berrío-- y otras elegidas 'Flores del Trabajo', para citar las más destacadas, eran excepcionales en un mundo cultural popular aún dominado por el machismo y las estructuras patriarcales. Prueba paradójica de ello es que en las mismas páginas de los periódicos que denunciaban la doble opresión de la mujer, líneas más abajo la llamaban a reducirse al hogar. *La Humanidad* reprodujo un artículo de un periódico liberal, sin ninguna salvedad, en el que se insistía que la mujer era la reina del hogar y desde allí debía gobernar. Ella tenía la responsabilidad de hacer del hogar un sitio agradable para que su marido no fuera a las cantinas a matar el tedio. En otro artículo se condenaba la infidelidad de la mujer, pues "no solamente hace desgraciado al hombre que le cayó en suerte [?], sino que también constituye un deshonor para los hijos" (37). Esto sin mencionar la prensa clerical o incluso liberal, para la cual no había ningún cuestionamiento, ya que solamente reforzaban el ideal tradicional de mujer.

En forma igualmente contradictoria, la prensa rebelde de los años veinte insertaba frases de sabor machista en medio de incendiarios discursos en favor de la revolución social. *La Humanidad* decía, por ejemplo: "Si los obreros no quieren romper la coyunda [sic] que los ata al poste de los bueyes, la culpa es de los obreros que tendrán que llorar como mujeres lo que como hombres no supieron defender". Algo similar opinó *El Socialista* a propósito de la comparación entre la huelga de 60 telefonistas y la pasividad de 800 tranviarios en 1928: "Qué se hizo la hombría de estos cientos de hombres?... [los tranviarios] necesitan un gesto, una actitud viril, una actuación de hombres". Finalmente, al igual que en la relación entre vanguardias obreras y pueblo, algunos articulistas varones, por estimular la rebeldía femenina, terminaban condenando a la mujer:

> "[Ella] está fatalmente ayugada al servilismo. Ignorante por abandono y cobarde por su ignorancia, recibe en su anquilosada masa encefálica las impresiones más absurdas... la mujer ignorante es un ser inferior: ni conoce la felicidad, ni la merece... como hija es un peligro al honor del hogar; como hermana es una temeridad; como esposa un martirio y como madre una vergüenza" (38).

En los años treinta se notan algunos cambios en la prensa obrera. Si bien se mantienen y hasta aumentan las denuncias sobre la situación de la mujer trabajadora, y las presiones por legislación en su favor, desaparece la preocupación por los problemas de género como tal. No se encuentran, por ejemplo, secciones o columnas en los periódicos obreros dedicadas a ese tema, e incluso no hay muchas mujeres escribiendo artículos. Por la urgencia de la construcción de organizaciones de clase y de alianzas políticas para frenar al fascismo, parecía que los problemas de género quedaban relegados a un segundo plano. Fue en esta época en la que María Cano, la gran propagandista del socialismo en los años veinte, fue marginada del Partido Comunista, permitiéndosele sólo labores de apoyo desde su hogar en Medellín. Tal vez la excepción a esta tendencia dominante en los círculos obreros, fue en los núcleos que aún mostraban un desteñido anarquismo. Uno de tales periódicos, de la ciudad de Cartagena, decía en 1936:

> "Haciendo caso omiso de los vicios de educación o de falta de ella, la mujer en nuestro país es una esperanza de salvación para el conglomerado mediocre y claudicante por causa del hombre... el verdadero feminismo consiste en salvar a la mujer de la esclavitud de los maridos holgazanes y parasitarios" (39).

En los años cuarenta volvió a aparecer de nuevo la preocupación por la situación de la mujer, pero con un claro contenido de clase --la mujer trabajadora-- y enmarcada en la polarización internacional. Por ejemplo, el *Diario Popular* comenzó a publicar semanalmente una sección, Página Femenina, en donde aparecieron artículos que reflejaban el sabor de la época: "La Familia en la Sociedad Socialista"; "Unidad de la Mujer Frente al Fascismo"; "Himno de las que Cosen Blusas para los Obreros", etc. La sección era coordinada por la dirigente comunista Mercedes Abadía. Mientras tanto las denuncias y la presión en favor de la mujer trabajadora continuaron. Incluso en esa época el PC, luego PSD, se comprometió en la lucha parlamentaria para consagrar el voto femenino, lucha de la que salió derrotado. Ese mismo partido, en febrero de 1945, apoyó y estimuló la realización de la Conferencia Nacional de Mujeres (40).

Pero, a pesar de estos avances, en los años cuarenta no se vio una actitud abierta para considerar los problemas de género, al menos como sucedió en los veinte. Es cierto que este cambio coincidió con el descenso de la participación de la mujer en la fuerza de trabajo asalariada, pero igualmente el proceso de construcción de la identidad de clase, en medio de una gran polarización política, continuó dejando en un plano secundario los problemas específicos de la mujer trabajadora.

No obstante todo lo anterior, la clase obrera, a pesar de las dificultades para establecer alianzas con otros sectores populares y de la ambigüedad con que manejó el problema de género, se sentía parte del pueblo. Incluso, por

influencia de las ideologías revolucionarias, se sintió como la mejor y más moderna expresión de éste. Con el tiempo, especialmente durante los esfuerzos colaboracionistas en la Segunda Guerra Mundial, los obreros también se sintieron la mejor expresión de la **nación**. Pero una cosa era esa identificación amplia como pueblo o nación, y otra la identidad de clase como tal. Veamos con detenimiento este segundo aspecto.

3. Cultura e Identidad de Clase

Ya hemos afirmado a lo largo de las páginas anteriores que fue la confrontación social la que definitivamente permitió la identificación como clase obrera. Lo que ahora nos interesa destacar es cómo se dio en concreto, y sobre todo cómo se expresó en la dimensión cultural, esa construcción de identidad de clase.

Por las condiciones en que surgieron los obreros, tuvieron que iniciar con afirmaciones simples de su igualdad con el resto de la humanidad, de su carácter productivo, y de su pertenencia al pueblo. Para dotarse de una identidad de clase, los trabajadores asalariados echaron mano tanto de las tradiciones heredadas del artesanado como de los nuevos elementos de las ideologías revolucionarias. Pero las tradiciones artesanas, al mismo tiempo que definían un cierto conglomerado social de trabajadores productivos, no permitían construir, a partir exclusivamente de ellos, una identidad específica como clase obrera. De otra parte el socialismo en general, el anarquismo e incluso el mismo marxismo, sirvieron principalmente para construir imágenes que estimulaban su protagonismo y hasta cierto vanguardismo. Aunque no se puede afirmar que la clase obrera haya asimilado totalmente los credos socialista o anarquista, sí se puede decir que esas ideologías estimularon en ella una mayor participación en la vida nacional, hasta el punto de poner en jaque a los gobiernos conservadores o de ser el principal soporte de los liberales. Pero si no fueron las tradiciones artesanas ni las ideologías revolucionarias las que aportaron definitivamente el contexto cultural en el que la identidad obrera se generó, ¿cual fue ese contexto?

Veamos ante todo los intentos contra-culturales. Aunque los hubo, especialmente en los años diez y veinte, ellos no pasaron de ser experimentos efímeros y bastante aislados. Según la pintoresca prosa de Osorio Lizarazo, a comienzos de siglo un radical de tendencias socialistas, Jacinto Albarracín, intentó establecer una 'comuna' en las selvas del Magdalena Medio Boyacense. "Albarracín fundó en Colombia el primer soviet auténtico en fuga de la tiranía del General Reyes". En las montañas del Carare fundó, con 40 personas más, una colonia que emprendió "la explotación agrícola del lugar, sin ley, sin autoridad, ni conceptos de propiedad, ni poderes judiciales". Cuando la colonia

tomó fuerza, se hicieron presentes los odiados símbolos de poder: la Iglesia y el gobierno. La comuna entró rápidamente en decadencia hacia los años diez y Albarracín mismo "regresó a Bogotá en donde moriría años más tarde en la miseria" (41).

Para los años diez y veinte hubo también manifestación de 'rituales' obreros muy marginales a la cultura popular del momento. En su mayoría eran heredados de sociedades secretas artesanas o radicales, o de disidencias religiosas como las sociedades teosóficas o espiritistas. Por eso mismo eran fenómenos aislados geográficamente, o circunscritos a ciertas profesiones. En algunos gremios artesanales se practicaban ritos de iniciación, como el juramento de bandera. La consecuencia de esos actos no era sólo la afiliación al gremio, sino la necesidad de acomodar la conducta de los individuos a las normas morales de la organización. Esas prácticas fueron recogidas lentamente por las organizaciones políticas de los trabajadores.

El Partido Socialista de 1919 escogió como símbolo una bandera roja sobre la cual había un triángulo con tres ochos bordados y la significativa leyenda de Libertad, Igualdad y Fraternidad. El Socialismo Revolucionario también recogió esas tradiciones artesanales y practicó, por ejemplo, el juramento sobre una bandera roja con una hoz y una espiga, o simplemente roja. Las primeras asociaciones obreras ponían énfasis en la adopción de banderas e himnos como símbolos de identidad de los integrantes. Las Flores del Trabajo tenían también como función la identificación de los obreros de una ciudad. Una de las primeras tareas de ellas era la escogencia de símbolos que las identificara, además de proponer también himnos y banderas para los grupos que las seguían.

Finalmente, recientes investigaciones históricas han puesto de manifiesto la existencia de ceremonias 'socialistas' paralelas a las tradicionales religiosas. Gonzalo Sánchez, por ejemplo, ha ilustrado la práctica de 'matrimonios' y 'bautismos socialistas' en El Líbano, Tolima, durante los años veinte. Estas ceremonias parecían ser transformaciones de las practicadas desde el siglo pasado por los grupos teosóficos que tenían asiento en la región. Ellas se registraron, aunque de modo aislado, en otras regiones. Según testimonio de la hija de Tomás Uribe Márquez, Tila Uribe, sus padres tuvieron una boda 'socialista', y ella misma fue 'bautizada' siguiendo esos curiosos rituales en donde un líder socialista oficiaba de 'sacerdote' y se recitaban unas plegarias laicas con fuerte contenido ideológico (42).

En *La Humanidad* apareció registrada la celebración de un 'bautismo socialista' en la población de Dagua, Valle del Cauca, durante la gira de María Cano por esa región en 1927. El rito fue narrado así:

"Orden del día:

1o. Saludo a María Cano y constancia en el acta del día de su presencia en Dagua.

2o. Institución del Bautismo Socialista en Colombia. Al efecto: Presentes los ciudadanos Cenón Solano O. y Eva Gómez A., ponen en brazos de los camaradas María Cano y Torres Giraldo, el hijo varón, nacido el día 21 de julio de 1925, a quien se determinó distinguir y honrar con el nombre de Lenin.

Los ciudadanos miembros del Directorio Socialista Revolucionario de Dagua, ante los testigos nombrados por los genitores del niño, camaradas María Cano y Torres Giraldo, prometen por el santo nombre de la fraternidad humana, velar por la libertad espiritual y corporal del bautizado y confirmado con el nombre y apellido de Lenin Solano Gómez, contribuir a su educación y a su bienestar sobre la tierra".

La noticia salió publicada con una anotación según la cual se solicitaría a "los Directorios Nacionales del Proletariado la aprobación y adopción del presente sistema de bautismo, que no priva la observancia de los ritos religiosos propios del pueblo colombiano". Curiosamente, en reconstrucciones posteriores de su vida, tanto Torres Giraldo como María Cano negaron que se hubiera dado tal ceremonia. Ambos querían mostrar la distancia que, años más tarde, tenían de esas prácticas que consideraban 'lastres artesanales'(43). En términos metodológicos éste es un buen ejemplo de como la memoria del pasado se va modificando de acuerdo a los distintos presentes. Pero aún la negación del hecho, o su reconstrucción distorsionada, arrojan verdades parciales: la existencia de ritos 'artesanales' en las filas obreras; la admiración que la gente sentía por los líderes socialistas, especialmente María Cano y Torres Giraldo; y la misma evolución ideológica de dos destacados dirigentes socialistas que en los años veinte participaron en esos ritos y cuarenta años después los rechazaban con desdén.

En todo caso estos rituales no fueron muy extendidos, y además fueron rápidamente controlados o suprimidos tanto por las autoridades estatales y religiosas como por las mismas organizaciones obreras que sospechaban de su sabor religioso.

Más permanentes fueron las prácticas cada vez más simples y secularizadas que practicaron crecientemente los gremios artesanales y especialmente los sindicatos obreros. En vez de ritos de iniciación y de compromisos morales, se firmaba el acta de afiliación a la organización, se asistía a las asambleas y se pagaba la cuota. Aunque contaban con himno y bandera, éstos eran cada vez más símbolos seculares de solidaridad. Así como el lenguaje obrero evolucionó de una connotación religiosa, como veíamos en el capítulo 2, a una más secular, los ritos y símbolos obreros siguieron el mismo proceso. Seguían cumpliendo, eso sí, una función identificadora. Gilberto Mejía cuenta que en Medellín los obreros compusieron un himno para cantarlo en las

manifestaciones. Con el tiempo la Marsellesa se combinaría con esos himnos, y posteriormente con La Internacional, dándole a la clase obrera fronteras más amplias de identidad (44).

Los intentos contra-culturales fueron esporádicos y circunscritos a regiones o gremios específicos. Por las condiciones de minoría cuantitativa y de aislamiento relativo en el que surgieron los obreros colombianos, no es posible hablar de algo parecido a una 'cultura' obrera en el país, al estilo de la inglesa en el siglo pasado o bonaerense a principios de este siglo. Los obreros colombianos surgieron incrustados en sus regiones, participando de las culturas populares de sus localidades. Es en ese contexto en el que dan sus luchas y en el que inician la construcción de la identidad de clase. Las tradiciones artesanales y las ideologías revolucionarias aportaban especificidades a esa identidad, pero no daban cuenta de la cultura de los obreros; ella era una expresión más de las culturas populares locales o regionales. Estas, a su vez, introducían acentos o matices a las tradiciones o ideologías. Por ejemplo la preeminencia de la religión católica en Antioquia reforzó más la tradición cristiana artesanal; o, al contrario, el radicalismo del artesanado encontró en el liberalismo barranquillero un terreno abonado.

Sin embargo, tanto los procesos externos a la clase como los cambios que ésta sufre van rompiendo los moldes regionales en los que se inscriben inicialmente los obreros. La economía de mercado fue integrando cada vez más al país, mientras el sistema político evolucionaba hacia la consolidación del Estado-Nación. Aunque no eran procesos terminados, y en algunos aspectos aún se estaba muy atrás, tenían consecuencias en los patrones de identificación obrera. Adicionalmente la difusión de medios de comunicación --en esa época la prensa y luego la radio--, fue universalizando más las culturas populares regionales. La clase obrera, el producto social del desarrollo capitalista, no podía ser ajena a estos procesos. Las identidades regionales comenzaron a ser desbordadas por el encuentro con otros obreros en circunstancias iguales o similares. No quiere decir esto que las lealtades regionales desaparezcan, pero son trascendidas por una proyección nacional, condición para la identidad de clase.

De los primeros que entendieron la existencia de esa nueva 'comunidad' de intereses, con proyección nacional, fueron los trabajadores del transporte, encarnación además de la lenta integración del país. Aunque este proceso se puede generalizar para las distintas regiones en donde surgió la clase obrera --y así lo confirman los casos de Bogotá, Medellín y Barranquilla--, el caso de Barrancabermeja presenta particularidades especiales que conviene reseñar brevemente.

Por las condiciones de enclave petrolero desde los años veinte, Barrancabermeja presenció dos procesos que marcaron su evolución: de una

parte, la migración interna que dio origen a un 'cosmopolitismo' cultural; de otra parte, la producción petrolera como tal, que concentró desproporcionadas cantidades de trabajadores asalariados. Aunque en Barrancabermeja se vivió lo más cercano a una cultura 'obrera', en realidad se trataba de expresiones culturales propias de zonas de frontera, eso sí con gran acento obrero. Es lo que en un trabajo previo titulábamos "cultura popular radical". (Por ésta entendemos una posición cultural más abierta y tolerante, y una inclinación política a un discurso de izquierda, aunque no socialista o comunista necesariamente).

Los estudios de Michael Jiménez para Viotá y de Alvaro Delgado para el Caquetá ilustran, en regiones campesinas, la presencia de elementos culturales radicales parecidos a los del puerto petrolero. Pero, definitivamente, lo ocurrido en las zonas bananeras del Magdalena antes, y de Urabá en tiempos recientes, es lo más parecido en términos culturales a lo que observamos en Barrancabermeja hasta los años cincuenta (45). La cultura popular radical, en todo caso, no trascendió más allá de estas regiones.

En el caso de Barrancabermeja lo que sucedió es que, al contrario de los petroleros venezolanos --como lo ilustra Bergquist en su trabajo comparativo--, los asalariados del petróleo no sólo no fueron la médula de la clase obrera colombiana, sino que en muchos aspectos estuvieron al margen de su desarrollo. La poca cantidad de crudo producido y exportado, la aislada ubicación geográfica de Barrancabermeja, y las diferencias culturales con relación a otras regiones, fueron elementos utilizados por la élite central para aislar a los petroleros. Muchos obreros los miraban con prevención, bien por su radicalismo, o bien por las diferencias remunerativas. Por ello las expresiones de su cultura radical no trascendieron más allá del ámbito local.

En cambio en la vida municipal, por los menos hasta los años cuarenta, eso mismo se tradujo en un gran peso, cuantitativo y cualitativo, de los trabajadores. De ahí que los grandes conflictos laborales del puerto petrolero hayan mostrado, hasta los años cuarenta, una dimensión de temporal 'control' obrero. Los diez días de poder alterno después del 9 de abril de 1948 refuerzan esta explicación (46). Por ello es que la élite central buscó a toda costa marginar al trabajador barranqueño y sus expresiones culturales, del conjunto de la clase obrera, teniendo relativo éxito hasta los años cuarenta.

En el proceso de construcción de una identidad de clase con cobertura nacional jugó también un papel importante el cambio de lenguaje por parte de los grupos obreros. Ya veíamos la secularización del discurso obrero, pero ese no fue el único cambio de lenguaje. En 1926, la Confederación Obrera Nacional, CON, hizo un significativo llamado a los trabajadores del país, pero especialmente a los de Cundinamarca, Boyacá y Nariño, para que dejaran de usar expresiones humillantes ante los patrones, tales como "su merced" o "mi

amo". La clase obrera exigía no sólo un nuevo trato sino un nuevo lenguaje, acorde con las relaciones sociales entre capital y trabajo. La palabra 'compañero' comenzó a ser usada distintivamente por los trabajadores. A principios de los años treinta decía un periódico socialista:

> "Empleemos el término compañero, con la seguridad y satisfacción consiguiente a la real valoración de la conceptuosa [sic] idealidad que la expresa y procuremos en nuestros actos y procedimientos ser consecuentes con tan dignificante significación" (47).

Lo que encerraban esos cambios de lenguaje era también la adopción de nuevos valores, bien fueran los de la lucha contra formas precapitalistas de dominación, o bien la prédica de la solidaridad de clase. Aunque con distinto contenido, todas las corrientes ideológicas que influían sobre la clase obrera estaban de acuerdo con esos nuevos valores. Los círculos clericales aceptaban tanto la necesidad de superar formas de dominación del pasado, aunque de una manera pacifista, como la importancia de reforzar la solidaridad de los trabajadores. Por supuesto que lo hacían en un contexto religioso que distaba de la creciente secularización que vivía la clase obrera (48).

Las tradiciones heredadas y los nuevos valores fueron transmitidos por diversos medios, tanto tradicionales como modernos. Dentro de los primeros estaba la intercomunicación diaria en la fábrica y fuera de ella. Dentro de los segundos debemos destacar la labor de la prensa obrera. En un período en que las dificultades de comunicación eran casi insalvables, la prensa fue el medio de comunicación por antonomasia. Por lo menos hasta los años treinta, en que la radio comenzó a difundirse, cada ciudad y casi cada aldea contaba con al menos un periódico local, además de los de circulación nacional. Los activistas obreros rápidamente comprendieron la importancia de ese medio de comunicación y se entregaron de lleno a la tarea de consolidar periódicos locales y nacionales que apelaran a la nueva clase. Según Torres Giraldo, hacia 1920 circulaban en el país cerca de 60 periódicos obreros o socialistas, y cinco años más tarde el número subió a 80.

Por prensa obrera entendemos no propiamente periódicos escritos por los obreros, sino principalmente para ellos, aunque no faltaron las corresponsalías de trabajadores de base. Generalmente ellos, al menos en los años 10 y 20, eran la expresión de grupos intelectuales y artesanos que perseguían un proyecto político. En ese sentido la transmisión de valores y tradiciones siempre estuvo mediada por el discurso ideológico del núcleo que publicaba el periódico. La intención de la prensa obrera de los primeros decenios fue más formativa que informativa (en realidad eran publicaciones ocasionales y con pocos recursos como para hacer cubrimiento de noticias). La intención educativa, y por ende política, de la prensa obrera la retrata muy bien el primer editorial de *El Socialista*:

> "Tímidamente, casi con la intención de confesar nuestra deficiencia en materias de tan honda meditación mundial, presentamos esta hoja socialista. Ella tiene la urgencia de la hora que se vive y el anhelo de corresponder a las reformas a las que aspira el proletariado colombiano, hasta hoy desoído y extrañado, como si sus necesidades no hicieran parte del haber colectivo que los partidos y los pueblos reclaman" (49).

A partir de los años treinta la prensa obrera sufrió algunas modificaciones. El énfasis ideológico cedió terreno a una mayor identificación con el mundo sindical, aunque subsistieran aún periódicos explícitamente políticos. La amplitud temática era más restringida en relación con la prensa de los años veinte. Un ejemplo de la nueva tendencia la encontramos en *El Sindicalista*, de mediados de los años treinta:

> "Los componentes de la agremiación Sindical de Artes Gráficas nos han entregado... la dirección de esta publicación y hemos aceptado la responsabilidad porque la exigencia viene de los compañeros de trabajo".

Aparentemente en los años treinta la proliferación de periódicos locales disminuyó, al menos a juzgar por los que se conservaron en los archivos. La simbología y retórica de los periódicos que continuaron su labor también sufrieron importantes cambios. *Claridad*, expresión de un socialismo anarquizante en los veinte, a partir de 1932 suprimió de su encabezamiento las frases radicales, y la hoz y el martillo --ahora símbolos apropiados por el Partido Comunista--. *El Socialista* también tuvo un proceso similar, aunque conservó la clásica consigna "Proletarios de todos los Países Uníos". Sanción Liberal, que en 1928 estuvo cercana a los anteriores periódicos, a partir de 1930 se hizo abiertamente liberal y olayista, para más señas. Pero si unos se moderaban, otros se radicalizaban. *El Unirismo*, órgano del gaitanismo, y especialmente *Tierra* y *El Bolchevique*, expresiones del comunismo, eran ejemplos de esta radicalización de la prensa obrera, por lo menos hasta el ascenso de López Pumarejo al poder en 1934.

En los años cuarenta se mantuvieron las tendencias hacia una prensa o bien sindical, o bien política, aunque esta última mucho más moderada y enmarcada en el conflicto mundial. La adhesión al lopismo mostraba ya sus marcas en la clase obrera. Por ejemplo el periódico *Voz del Obrero* de Barrancabermeja, que en los años treinta decía ser vocero de la Unión Sindical Obrera, en los años cuarenta simplemente afirmaba ser un periódico liberal. El Partido Comunista, por su parte, inició a partir de 1942 la publicación de un diario que tuvo gran acogida por su flexibilidad temática y apropiada información nacional e internacional, especialmente en lo relacionado con la evolución del Frente Ruso. Durante la Guerra, como hemos visto, el PC se transformó en PSD, modificando temporalmente su simbología. La hoz y el

martillo de su escudo fueron reemplazados por los signos del nuevo ideario: una estrella, un libro, un martillo y un machete! (50).

En general la prensa obrera de todo el período estudiado jugó un papel central en la construcción de la identidad de clase. No se limitó a transmitir tradiciones y nuevos valores en un lenguaje más o menos ideologizado. También denunció atropellos, informó sobre conflictos que la gran prensa ocultaba, apoyó campañas en pro de los trabajadores, fomentó organizaciones y estimuló luchas y, en fin, sirvió para que obreros de distintas regiones se comunicaran y percibieran la 'comunidad' de intereses.

Pero también hubo una serie de rituales que trascendieron las regiones y, aunque comenzaron como expresiones de contra-cultura, lograron, no sin dificultad, ser socialmente aceptados. Ellos simbolizan el proceso de construcción de la identidad obrera. Nos referimos a los rituales alrededor de la celebración del primero de mayo. La forma como los obreros lo celebraron año tras año, refleja tanto los procesos internos de conformación de la clase como la actitud ante la lucha reivindicativa y el enfrentamiento con la patronal y el Estado. Lentamente el primero de mayo se fue convirtiendo en el día de los trabajadores.

Aunque no poseemos información precisa, parece que en Colombia la celebración del primero de mayo fue relativamente tardía con relación no sólo a Europa sino a otros países latinoamericanos. La primera referencia que aparece que tenemos con relación a tal efemérides es de 1916. El periódico *Partido Obrero* trae una exhaustiva descripción de los eventos realizados el primero de mayo de ese año en Bogotá:

" El día anterior, fuegos artificiales en La Perseverancia.

- 10 am: Instalación del Directorio Obrero.

- 12 m: Desfile hacia San Diego y Chapinero con delegaciones obreras, el alcalde, delegación del Concejo, delegación de la Policía y el Ejército...

- 2 pm: Inauguración de una fuente pública en la Plaza del Trabajo del Barrio Unión Obrera.

- 3 pm: Colocación de la primera piedra para el edificio obrero en Chapinero.

- 6 pm: Instalación de cuatro faroles en la plaza de Las Cruces.

- 8 pm: Representación del sainete cómico 'Generales y Tenorios' para los obreros" (51).

Algunas características se desprenden de esta celebración que interesa destacar para comprender mejor la evolución de los rituales de ese día. Ante todo, resalta el hecho de que era una celebración básicamente de artesanos,

aunque se notó la presencia de los obreros de las cervecerías Bavaria y Germania. En un número posterior del mismo periódico se enumeraban los integrantes del Directorio Obrero: albañiles, conductores de carruajes, carpinteros, relojeros y tipógrafos. Aunque hubo explícita afirmación de espacios 'obreros' (barrios, edificios o plazas), la identidad que reflejaban los rituales era más como **pueblo** que como **clase**. La presencia del alcalde, la policía y el ejército así lo testimoniaba. Desde el punto de vista cultural, llama la atención la variedad de expresiones: fuegos artificiales, inauguración de obras, desfile y obra de teatro. Nótese que aún el deporte no era parte de la celebración, como lo será posteriormente. Pero lo que más interesa destacar es que se trataba de una **fiesta**, casi de un carnaval: no hay referencias explícitas a los 'mártires de Chicago' o a la celebración internacional; los rituales eran comunes a los realizados en las fiestas patrias; la obra de teatro escogida fue un sainete cómico; lo principal no fue la toma de las calles, sino actos dispersos en la ciudad y un desfile que era más una 'parada' para ser contemplada, que una activa manifestación. En las gentes que "culta y disciplinadamente" desfilaron por Bogotá el primero de mayo de 1916 no había aún atisbo de desafío al orden vigente ni una identidad como clase.

Para el año de 1920 la prensa registró jornadas más agitadas en el primero de mayo. El nacimiento del Partido Socialista el año anterior le dio un nuevo matiz a las celebraciones a lo largo del país. En Bogotá se realizó un acto a recinto cerrado en el Teatro Colón, con la intervención de oradores socialistas. En Honda, el puerto sobre el Río Magdalena, se llevó a cabo el Congreso Socialista. En Medellín se reportó un mitin de más de 5000 trabajadores. En Ibagué se colocó la primera piedra para la Casa del Pueblo. Finalmente, en Girardot se llevó a cabo una marcha con la bandera roja del socialismo y al compás del 'Himno del Trabajo'. Según la gran prensa, todos los oradores atacaron a los partidos políticos, la burguesía y el clero. Paralelamente las organizaciones clericales, con apoyo de los empresarios, boicotearon los actos exigiendo que la celebración se trasladara a una fecha más religiosa (52). La aparición de mítines y marchas, bien diferentes de simples desfiles, daban indicio de una nueva actitud en los trabajadores.

Durante lo que restó del decenio de los veinte hubo una creciente polarización entre los círculos clericales obreros y los orientados por el liberalismo o por las ideologías revolucionarias, con relación a la celebración del primero de mayo. En Popayán, en 1919, Torres Giraldo recordaba que se habían celebrado dos actos paralelos: uno promovido por las mutuales católicas y otro por el liberalismo, en el que él participó como orador. En 1923 los obreros de Medellín se quejaban de que la alcaldía no había otorgado garantías para la realización de la fiesta, mientras el clero se dedicaba a acusar ante la patronal a los trabajadores que planeaban celebrar la efemérides. En 1924, mientras se celebraban en Bogotá el Congreso Obrero y la Conferencia Socialista, el clero

organizó una celebración en el barrio Villa Javier. Los principales eventos en ese barrio fueron una misa con asistencia del presidente de la República y del gabinete ministerial; luego, un acto cultural con los gremios católicos; por la tarde, juegos olímpicos y deportivos; y, por la noche, comedias y zarzuelas. En Medellín, el mismo año, los círculos católicos impulsaron actividades similares a las de Villa Javier: ejercicios espirituales como preparación de la fecha; inauguración de la nueva sede de la Acción Social Católica; reunión de los obreros con el Arzobispo y el Gobernador; y, finalmente, proyección de una película instructiva y declamaciones poéticas (53). Como se ve, por lo menos en estos círculos confesionales la dinámica de la fecha seguía siendo básicamente la de 1916, con pequeñas modificaciones que no la alteraban. Una de ellas fue la elección de las reinas obreras o Flores del Trabajo que ya reseñamos en el capítulo 4.

En 1925 comenzó a hacerse sentir la influencia de las corrientes ideológicas en la realización del primero de mayo. En Bogotá, por ejemplo, las celebraciones se orientaron a la instalación del Segundo Congreso Obrero, dominado por los anarquistas. Los círculos católicos del Padre Campoamor, mientras tanto, decidieron hacer una celebración parecida a la del año anterior en Villa Javier. En Cali, los gremios artesanales, como era tradición, invitaron a toda la sociedad, incluidas las autoridades civiles y religiosas, a la colocación de la primera piedra para la Casa del Pueblo. Los dirigentes socialistas, Torres Giraldo y Neftalí Arce, aprovecharon la ocasión para lanzar incendiarios discursos que fueron aplaudidos por los obreros y rechazados airadamente por los miembros de la élite allí presentes. En Medellín ese año fue la elección de María Cano como Flor del Trabajo, y también se colocó la primera piedra para la Casa del Pueblo (54).

Para 1926 la intensificación de la represión estatal a los núcleos obreros no clericales propició transformaciones sustantivas en el carácter de la celebración del primero de mayo. La fisonomía festiva que hasta ahora había mostrado fue cuestionada. La CON decía en una circular a los obreros del país: "El primero de mayo... no debe celebrarse con Fiestas Nacionales Patrióticas, sino con actos netamente internacionales y de recogimiento espiritual en el que todo obrero consciente debe pensar en la lucha de clase, en la independencia frente a los partidos burgueses...". La resolución terminaba con un llamado a recordar "a los compañeros muertos por el Estado en todos los países de la tierra". El periódico *La Humanidad* publicó ese día artículos de carácter internacionalista, mientras informaba de la realización de conferencias, a recinto cerrado, en la ciudad de Cali. Parece que esa fue la tónica en todo el país. En todo caso, la circular de la CON marcó un momento de cambio en el sentido de los rituales del primero de mayo. Se buscaba hacer una afirmación más clasista e internacionalista de la efemérides. Se intentó dejar de lado el carácter festivo,

para convertirla en "día de reflexión". Por las condiciones de represión, los eventos debían ser a puerta cerrada, lo que impedía un énfasis en la acción (55).

De hecho, en los años siguientes el gobierno de Abadía Méndez no sólo no daría aprobación a la realización de actos públicos en espacios abiertos, sino que haría circular rumores de huelgas generales o insurrecciones en esa fecha para justificar la creciente represión. En 1927 el Partido Socialista Revolucionario tuvo que emitir un comunicado desmintiendo que estuviera organizando una huelga general para ese día y denunciaba las intenciones del gobierno con esos rumores. En las grandes ciudades no hubo actos públicos por temor a desórdenes. *La Humanidad* publicó un editorial en donde insistía en la transformación de los rituales. El primero de mayo, se decía en el escrito, "es día de unión, día del trabajador, no de fiesta, porque los esclavos sólo tendrán su pascua de resurrección cuando rompan la última cadena en la cara del último verdugo" (56).

Al año siguiente todo parece indicar que las únicas celebraciones permitidas fueron las de los círculos católicos que mantenían los mismos parámetros desde los años diez. Por ejemplo, el programa en Bogotá consistía en misa por la mañana, oficiada por el Nuncio, con la presencia del Presidente y los ministros; por la tarde, desfile de los "obreros que aman el trabajo y tienen buenas ideas". En el desfile participaron carruajes con nombres alegóricos: La Paz, El Progreso, El Hogar Obrero, etc (57). Paralelamente crecían los rumores, que ya no eran sólo rumores, de posibles insurrecciones. La represión había relegado el primero de mayo a los templos o a los centros culturales artesanales u obreros.

Con el ascenso del liberalismo no desaparecieron ni las medidas para controlar al movimiento obrero ni los temores de los trabajadores a la represión oficial. Por ello, a principios de los años treinta no encontramos reseñas de celebraciones multitudinarias de los primeros de mayo. En 1931 la única noticia que se publicó fue la supuesta toma de Coyaima (Tolima) por más de 400 indígenas en esa fecha. En 1932, después de las Marchas del Hambre, las autoridades municipales prohibieron las manifestaciones en el día de los trabajadores, como sucedió en Bogotá, o las restringieron al máximo, como fue el caso de las otras grandes ciudades. El saldo de detenidos por roces con las autoridades subió en los días siguientes. Los periódicos obreros, por su parte, se quejaron de la baja participación de trabajadores en las marchas realizadas. En Bogotá, ante la prohibición oficial, los grupos obreros liberales organizaron un acto en recinto cerrado, el que supuestamente fue saboteado por los comunistas (58).

En 1934 el ascenso de López produjo cambios políticos que afectaron a la clase obrera. En ese año, aunque aún subsistían diferencias entre las distintas vertientes ideológicas que orientaban a la clase obrera, se llevó a cabo una

jornada unitaria. La gran prensa reportaba que en Bogotá más de 5.000 trabajadores de distintas organizaciones y de todas las tendencias políticas desfilaron por las calles. Al año siguiente se reportó no sólo la movilización obrera, sino acciones más beligerantes. En Bogotá, por ejemplo, fueron apedreadas la embajada alemana y las oficinas de la organización derechista APEN (59). Parecía que la clase obrera no sólo iba dándole un contenido más clasista a la efemérides, superando divisiones ideológicas, sino que hacía una presencia más activa y beligerante en las calles. Ese era el tipo de desborde de la institucionalidad que López quería controlar.

Así llegamos a 1936, un momento clave en los rituales del primero de mayo. Ese año había sido el más dinámico en el proceso reformista y el tiempo definitivo de acercamiento de la izquierda a López. Bajo los auspicios del Frente Popular, las organizaciones sindicales, así como los Partidos Liberal y Comunista, junto con el resto de la izquierda, organizaron las mayores movilizaciones urbanas que había visto el país hasta el momento. La de Bogotá, al menos, fue multitudinaria. Cerca de 35.000 personas, después de marchar por la ciudad organizadamente y sin ningún acto de violencia contra los conservadores, como éstos temían, se dirigieron al Palacio Presidencial a expresar su apoyo a López. Hablaron los voceros de la CSC --luego CTC--, Gerardo Molina por los socialistas y Gilberto Vieira por los comunistas. Era la primera vez para la izquierda, desde la fundación del Partido Socialista en 1919, que eso sucedía. Luego López respondió a la entusiasta multitud, agradeciendo la adhesión obrera. Señaló que no le sorprendía la multitudinaria manifestación pues su gobierno estaba al servicio del pueblo y en contra de los privilegios de las castas. Continuó explicando el alcance de la transformación que el liberalismo venía realizando desde 1930. Finalmente pidió que el apoyo popular se expresara masivamente en las próximas elecciones de 1937. De forma igualmente ordenada, los trabajadores desocuparon las calles que pocas horas antes habían abarrotado. En Medellín concurrieron casi 10.000 personas a una manifestación similar. También las hubo masivas en Barranquilla, Santa Marta y Tunja (60). Por primera vez se hacían movilizaciones multitudinarias --que incluían obreros, artesanos, estudiantes, campesinos de regiones cercanas y habitantes de barrios populares--, convocadas por la clase obrera, pero precisamente se hicieron para adherir al presidente López.

Si 1926 marcó el cambio del sentido de la celebración, reflejando las difíciles condiciones de la clase obrera en el momento, 1936 también indicó claramente un nuevo estadio en la relación con el Estado. Era obvio que ya los rituales artesanales quedaban como cosa del pasado. Aunque la dimensión festiva volvió a aparecer, ya no era tanto como carnaval sino como fiesta política. Es cierto que a partir de este año, y hasta 1945, los primeros de mayo serán el mejor momento para renovar la adhesión a López, al menos de los sectores organizados en la CTC (61). Pero este hecho no puede ocultar otra

dimensión igualmente importante de las efemérides: el primero de mayo se volvió el día de los trabajadores!. Aunque distintas clases populares desfilaran, eran los obreros organizados los que convocaban a esas jornadas.

Una vez retirado López de la presidencia en 1938, la presencia de multitudes disminuyó en los primeros de mayo. Ello se debía en parte a la división sindical y a que la figura del presidente Santos no era tan atractiva para los obreros. En 1940, por ejemplo, la CTC hizo un lacónico llamado a que el primero de mayo fuese el 'día sindical nacional' y a que por medio de diversos actos se recolectara dinero para sostener a la Confederación, a la que el gobierno había dejado de apoyar económicamente. En 1941, en Medellín, siguiendo las líneas de la división sindical, hubo marchas paralelas en las que mutuamente se acusó a los otros grupos de saboteadores.

El regreso de López a la presidencia por segunda vez volvió a reproducir los rituales de adhesión expresados en 1936, aunque sin la espectacularidad que rodeó esa gran movilización reseñada. La confrontación internacional entre las potencias del Eje y los Aliados también se reflejaría en los primeros de mayo de esos años. En 1943, por ejemplo, se organizó una nueva manifestación con tres objetivos: apoyo al presidente, exigencia de control de precios y petición de declaratoria de guerra a las potencias del Eje. Como en 1936, se contó con oradores de las distintas fuerzas políticas que secundaban al régimen liberal. También, como en ese otro año, las manifestaciones terminaron en el Palacio Presidencial, o en las sedes regionales del gobierno. Sin embargo, había diferencias en las celebraciones entre la capital y las otras ciudades. En esas últimas se mantenían vivos algunos de los rituales de épocas pasadas. Por ejemplo en Medellín, en 1943, hubo actos populares en el Bosque de la Independencia y películas en el Circo España. Igualmente en Barrancabermeja, en 1944, los petroleros aprovecharon la fecha para celebrar el triunfo en la reciente negociación y elegir la 'madrina' o reina del sindicato. Finalmente, en 1945, la prensa reportó una celebración similar a la de años anteriores en la capital del país, solamente que fue la última vez que López se dirigió a los manifestantes como presidente. Dos meses después renunciaría (62).

Resumiendo, vemos que en un lapso de treinta años los rituales del primero de mayo cambiaron notoriamente. Sus organizadores y su simbología dejaron lentamente de ser artesanales. Los obreros industriales y del transporte, y las instancias federales y confederales, comenzaron a ejercer la conducción de las celebraciones en la fecha. La fiesta, o casi carnaval, de los años diez fue reemplazada, en parte como resultado de la represión oficial, por jornadas de 'recogimiento espiritual' y reflexión. La dimensión internacionalista comenzó a hacerse cada vez más explícita, sin perder el carácter nacional de la efemérides. Los desfiles fueron reemplazados primero por eventos a puerta cerrada, para luego volver a las calles en forma más activa en los años treinta. El carácter festivo se volvió a recuperar, pero ahora con una dimensión política. La

identidad como pueblo fue cediendo terreno a una identidad de clase. Pero fue cuando ésta se hizo evidente, cuando también se produjo simultáneamente la adhesión al proyecto liberal del presidente López. Aquí está el meollo del complejo proceso de construcción de la identidad de los obreros.

La clase obrera, para mediados de los años treinta, había recorrido un largo trecho, tal vez en menor tiempo que en otros países, para identificarse como una nueva colectividad social, con intereses propios y una proyección nacional que trascendía los ámbitos locales o gremiales. Aunque la identificación con las regiones no desapareció, e incluso generó algunas tensiones dentro de la clase obrera, era cada vez más evidente su proyección nacional e incluso internacional. En efecto, a partir de los años veinte sectores obreros colombianos se solidarizaban con las luchas que se libraban en otras partes del mundo: la defensa de la Unión Soviética, el apoyo a los procesos revolucionarios en Europa, la solidaridad con Sandino en Nicaragua, la denuncia del caso de Sacco y Vanzetti y, por supuesto, la solicitud de ingreso a las organizaciones internacionalistas, fueron las principales manifestaciones del creciente internacionalismo de la clase obrera colombiana (63).

Para los años treinta era claro que la clase obrera tenía una imagen de sí misma bien diferente de la que la élite proyectaba a comienzos de siglo. Durante el primero de mayo de 1934 la efímera Federación de Transportes, con influencia gaitanista, proclamaba que " rechaza el estúpido concepto de clase 'desvalida', de 'clase humilde' ... los trabajadores no son desvalidos; no deben vivir en humildad mendicante quienes forjan a diario la grandeza de la nacionalidad". Dos años más tarde el periódico de los ferroviarios antioqueños proyectaba también la nueva imagen de la clase obrera:

> "No somos, ni queremos ser, la desventurada tribu de miserables; que no somos vencidos como un pueblo infeliz de escarabajos. Ya no debe haber amos ni esclavos, pues ya rompimos las cadenas ... Ya somos los hijos de Anarkos, hijos del trabajo,... [tenemos] el sindicalismo que significa reivindicación sin guerra, unión y trabajo, libertad y orden" (64).

Durante los años veinte las distintas corrientes ideológicas revolucionarias intentaron inculcar en la clase obrera una absoluta diferenciación de intereses con los sectores patronales. La frase aparecida en los periódicos socialistas y anarquistas, así como en estatutos de sindicatos o simplemente en panfletos agitacionales, era explícita: "La clase obrera y la clase patronal no tienen nada en común!". Sin embargo, para los años treinta esta consigna deberá ser matizada, pues sí había cosas comunes, como el desarrollo económico 'nacional', en el plano material, y la derrota de la 'reacción', en el plano político. Por ello, en el momento en que la clase obrera precisó sus intereses como clase, tuvo lugar el acercamiento a López. Y fue un acercamiento tal que el lopismo se volvió prácticamente la expresión política de la clase

obrera. En 1942 el periódico comunista decía que el triunfo de López "ha infundido más confianza en sus propias fuerzas a las masas trabajadoras" (65). ¿Cómo explicar que el triunfo electoral de un típico miembro de la élite haya significado mayor confianza en 'las propias fuerzas' de los trabajadores? Ese es el interrogante que intentaremos responder a continuación.

4. La Adhesión al Proyecto Lopista

El proceso que simultáneamente otorga identidades de clase a los obreros colombianos, y que los hace acercarse al proyecto liberal en la figura de Alfonso López P., no puede ser explicado --como ya he dicho-- en términos de inmadurez, falsa conciencia, o simplemente traición. Pero tampoco se puede entender solamente como resultado de determinismos económicos o de la inagotable habilidad de las clases dominantes y el Estado para controlar y/o cooptar a los trabajadores. Para nosotros este complejo proceso es fruto de respuestas de la clase obrera ante las condiciones que la rodean --económicas y políticas--, respuestas que en gran parte la benefician, pero también le colocan límites. Para el Estado y la patronal también sucede algo similar: tanto el acercamiento de la clase obrera al lopismo como los intentos de colaboración obrero-patronales los benefician, pero a su vez les infunden nuevos temores. Históricamente, es tan explicable el comportamiento obrero --y también de los otros sectores participantes-- que es difícil imaginar, en las coyunturas vividas, unas respuestas diferentes --aunque siempre la posibilidad existe. Por tanto, el interés que nos guía no es el juzgar si fueron 'buenas' o 'malas' las respuestas, sino precisar las motivaciones y señalar los resultados.

En los capítulos anteriores se han señalado algunas debilidades que arrastraba la clase obrera casi desde sus orígenes. Las condiciones de un desarrollo capitalista dependiente, que privilegió desproporcionadamente la actividad exportadora, constituye una de las explicaciones estructurales de esas debilidades. Las dificultades para constituir un proletariado industrial, los desequilibrados procesos de urbanización y por ende de escasa concentración de trabajadores asalariados --lo que a su vez tiene consecuencias en las expresiones culturales--, el peso de lo regional sobre lo nacional, e incluso los bajos niveles de calificación, tienen también que ver con esos condicionantes estructurales. Pero históricamente las restricciones socio-económicas no constituyen hechos infranqueables. Por el contrario, ellas pueden convertirse en puntos fuertes, más que débiles, para sectores de la clase obrera. Por ejemplo, el desarrollo exportador otorga gran poder de negociación a los asalariados vinculados a él, especialmente a los transportadores. Y así se podría construir casi un contra-argumento paralelo frente a quienes intentaran únicamente privilegiar los factores estructurales arriba señalados como fuente de la debilidad.

Otros signos de debilidad de la clase corresponden al proceso de gestación. La clase obrera colombiana, en el período estudiado, era una pequeña proporción de la población económicamente activa del país. Sin embargo, por estar ubicada en los sectores punta de lanza de la economía, contó con una capacidad de presión que ningún otro grupo popular había tenido en el pasado, ni aún los artesanos del siglo XIX. Desde el principio el sector organizado fue minoría en el conjunto de la clase, representando no más del 15%. La CTC recogería un poco más de la mitad de ese porcentaje. La escasa sindicalización de los trabajadores manufactureros y la más escasa aún de los sectores tradicionales como agricultura y minería, explica tanto la preeminencia de los artesanos y transportadores en las expresiones organizativas de la clase como las debilidades que ella arrastraba. Aunque algunas se superaron parcialmente --mayor calificación de la mano de obra, sindicalización del proletariado industrial y fortalecimiento de las federaciones--, seguían arrojando un balance débil para el conjunto de la clase y explicaban en parte por qué ella buscó fortaleza en una alianza con el Estado Liberal. El escaso impacto económico del movimiento huelguístico motivó una búsqueda de presión política. El éxito de los paros generales en los años cuarenta se debía en gran parte a la alianza que la clase obrera había construido con López (66). En dicha alianza, de pronto la clase obrera escondió sus debilidades, pero también consiguió sustantivos beneficios, y en todo ese proceso no fue un ente pasivo.

Pero el acercamiento al Estado Liberal no se puede explicar solamente en términos de condicionamientos socio-económicos. Fue también una respuesta enmarcada en contextos políticos y culturales. De esta forma se percibe más claramente el papel activo que jugó y juega la clase obrera en la historia contemporánea del país. Acertadamente Charles Bergquist ha señalado la adopción de valores liberales por parte de los trabajadores colombianos a partir de los años treinta. Ello no fue resultado exclusivo del desarrollo de la economía cafetera y su impacto en los trabajadores vinculados al grano. Las tradiciones artesanales estaban imbuidas de radicalismo liberal y así las heredaron las primeras generaciones obreras. Las corrientes ideológicas revolucionarias, desde el socialismo hasta el anarquismo, tenían su deuda con el pensamiento liberal europeo, aunque se apartaran del individualismo por él predicado. Sin embargo, ese individualismo le llegó a la clase obrera por otras vías: los orígenes campesinos o artesanales, que mantenían vivo, al menos por las primeras generaciones, el sueño de trabajar 'independientemente'. Por supuesto que la clase obrera tuvo expresiones colectivas de mejoramiento de sus condiciones de existencia, pero parece que fueron más eficaces las estrategias individuales, que además eran las que marcaban la cotidianeidad. En consecuencia, culturalmente existían muchas razones para explicar la cercanía de la clase obrera al liberalismo (67).

Políticamente también hay muchos elementos para explicar la adhesión al proyecto liberal por parte de la clase obrera, especialmente a partir de los años treinta. En Colombia, al contrario de otros países latinoamericanos, particularmente en el Cono Sur, no hubo una fuerte influencia anarquista que hubiera colocado una gran sospecha sobre los partidos tradicionales y el Estado. Claro que en los años diez y veinte hubo pronunciamientos en ese sentido, pero rápidamente los acontecimientos mostraron que fueron retóricos. A los pocos meses las organizaciones obreras estaban apoyando electoralmente al liberalismo, o incluso hasta complotando con él. La Hegemonía Conservadora, que excluía cualquier expresión política diferente, incluido el liberalismo, explicaba también estos acercamientos. El PSR en los veinte, la UNIR y el PCC a principios de los treinta, fueron los intentos más serios de ruptura del bipartidismo, pero aún esas agrupaciones políticas no pudieron sustraerse al poder de atracción del liberalismo. La mayoría de la militancia de ellas tenía orígenes culturales radicales. En momentos críticos de persecución, o de inicios de un trabajo político, esa militancia se mimetizaba como liberal. Eso tuvo su impacto en la identidad de los militantes. Por último, el fracaso del PSR y de la táctica del Frente Unico del PCC, que intentaban diferenciarse de la patronal y de otros sectores medios, explican la celeridad de la adhesión a López cuando la coyuntura la hizo posible (68).

La pervivencia del sistema político colombiano, a pesar de la crisis que tuvo a fines de los años veinte, constituye otro elemento de explicación de la adhesión obrera al lopismo. El sistema político de 'democracia oligárquica' se modificó levemente en los años treinta para incluir al liberalismo --que de hecho nunca estuvo totalmente al margen--, haciendo que a partir de ese decenio el espacio político fuera claramente cubierto sólo por el bipartidismo y sus cadenas clientelistas. Los trabajadores de base entrevistados, casi invariablemente señalaban la esfera política como competencia exclusiva del bipartidismo, mientras la económica era la reservada a la lucha obrera. Las organizaciones de izquierda, a pesar de los esfuerzos que hicieron por ganar audiencia, eran vistas por los trabajadores de base como marginales a la política. En el plano reivindicativo, a los trabajadores les gustaba elegir a activistas de izquierda pues eran 'buenos' para la pelea. Pero ese apoyo no se traducía en votos cuando de participar en elecciones se trataba. Además, dada la cultura política del pueblo colombiano --marcada por el arraigo de los partidos tradicionales-- era difícil esperar que los trabajadores de base buscaran una identidad política al margen del bipartidismo. Si ello se logró fue por tiempos cortos --fines de los años veinte por ejemplo-- o en regiones en donde las características de zonas de 'frontera' así lo permitían, como el caso de Barrancabermeja. Hasta hace poco la gente en Colombia nacía liberal o conservadora y eso constituía uno de los elementos claves de identidad. La clase obrera, en el período estudiado, no se distanció de esa característica de la

cultura política de los colombianos (69). Y aunque hubo simpatías obreras por el conservatismo, fue el liberalismo el que cosechó más triunfos.

En la medida en que el Partido Liberal se movió a captar el voto urbano y, sobre todo, en la medida en que desde el poder otorgó garantías para la existencia de la clase obrera, en esa medida fue teniendo más acogida dentro de ella. Las leyes de legalización del sindicalismo, de la jornada de ocho horas y la posterior ley 6a, fueron pasos definitivos en ese acercamiento. Un entrevistado en Barrancabermeja recordaba: "el Partido Liberal en los años treinta empezó a aceptar leyes que favorecieron directamente a los trabajadores".

Pero, al margen de la legislación laboral, lo que atrajo más a la clase obrera fue el manejo lopista de los conflictos. Los gobiernos liberales de los años treinta hicieron realidad lo que Rafael Uribe Uribe predicaba desde los años diez: aceptar el conflicto laboral, pero dándole una salida institucional. Los trabajadores colombianos comenzaron a sentir que eran ciudadanos, que dejaban de ser los 'parias en su propia tierra'. Los liberales hicieron que se les respetaran sus organizaciones, que se les oyeran sus reclamos e incluso que se les permitiera hacer huelga, siempre que fuera dentro de los marcos institucionales. En este plano la habilidad de López sobresalió, al ir más allá de los otros dirigentes liberales. Por medio de acciones simbólicas, los hizo sentir no sólo ciudadanos de Colombia, sino que los mostró como una pieza fundamental de su proyecto modernizador. Por ello, casi sin excepción, todos los trabajadores y trabajadoras entrevistados recordaban con gratitud al estadista liberal. Por ejemplo, un obrero barranquillero decía: "Yo considero, o es mi criterio personal, que el doctor López Pumarejo fue el que despertó la conciencia de la clase obrera". Un textilero de Bogotá rememoraba vagamente, pero con la misma gratitud: "Pues yo que recuerde el doctor López Pumarejo fue el que trajo el asunto de las ocho horas y el pago de los domingos, el asunto de las cesantías, vacaciones, creo que él fue el promotor de eso" (70).

Estos testimonios, y muchos otros que podríamos citar hasta el cansancio, muestran una adhesión a la figura de López, más que al liberalismo como tal. Esta distinción, que en la práctica escondía la mímesis entre ambos, hizo carrera --con resultados negativos como se vio en la huelga de la FEDENAL-- en sectores de la clase obrera, especialmente los influidos por la izquierda. El *Diario Popular*, en su segundo número en 1942, salió en defensa de López con estas significativas expresiones: "Alfonso López es en estos precisos momentos, más que un caudillo político, un verdadero 'estado de alma' colectivo del pueblo colombiano simbolizado en un hombre". La administración lopista estaba tan segura de la adhesión obrera que el Ministro de Gobierno llegó a proponerles a los asistentes al Congreso Obrero de principios de 1944: "... es preciso que el trabajador logre adquirir más bien que la llamada conciencia de clase, la conciencia de su función como colaborador activo de la riqueza nacional" (71). Ciertamente la clase se sentía 'colaboradora' activa, pero exigía

también condiciones económicas al menos similares a las que tenía antes de la Segunda Guerra Mundial. Precisamente por ello estalló el movimiento huelguístico de fines del 44 y el 45: había adhesión obrera al lopismo y había hasta aceptación de la necesidad de colaborar para el desarrollo nacional, pero ni una ni otra eran incondicionales.

La aproximación que la clase obrera hizo al Estado en los treinta --y de pronto hubiera sido antes si la Hegemonía Conservadora no lo hubiera impedido-- respondía a procesos que trascendían sus meras debilidades. La clase obrera colombiana, como en otras partes del mundo, necesitaba crear una normatividad que le permitiera existir como tal. Ella sí estaba interesada en fijar unas reglas de juego con la patronal y el Estado. Ante el trato despótico, con señuelos paternalistas, que se vivía en muchos sitios de trabajo a principios de siglo, los asalariados necesitaban unas normas sobre las cuales construir unas relaciones sociales acordes a su nueva situación. Esto obviamente, al contrario del querer de los anarquistas, le exigía un mínimo acercamiento al Estado.

Alfonso López Pumarejo, el aristocrático hijo de banqueros educado en Inglaterra, el miembro de exclusivos clubes y el consentido de la élite, fue paradójicamente la principal figura de identificación política de la clase obrera a partir de los años treinta. Para Jorge Regueros Peralta "Alfonso López es el autor de esa victoria; no el Partido [Liberal], no el doctor Olaya, ni el doctor Santos, ni nada de eso". Además, fue una victoria en la que él no tuvo que renunciar a sus orígenes elitistas ni acudir a una demagogia populista. En realidad, como lo señala Daniel Pecaut, López estaba más cercano de las políticas de New Deal de Franklin D. Rossevelt que del reformismo radical del General Cárdenas o del populismo de un Haya de la Torre o un Perón (72).

Pues bien, al iniciarse la República Liberal se produjo esa aproximación. La clase obrera obtuvo algunas leyes en su favor, y en específicas coyunturas logró importantes avances reivindicativos. Coadyuvó a la modernización de las relaciones sociales, siendo mirada como parte de la nación, y por momentos hasta como parte esencial. El Estado Liberal también se benefició con ello pues no sólo canalizó el desborde social que estaba causando la lucha obrera en los años veinte, sino que logró hacer a la clase su aliada en el proyecto modernizador. Todo esto sin los traumatismos de otros países latinoamericanos. Sin embargo, a pesar de las mutuas ventajas, la alianza clase obrera-Estado Liberal no dejaba de ser inestable pues cada lado pretendía algo más del otro, circunstancia que aprovechaban los sectores más tradicionales de la élite para intentar destruir esos lazos.

La oposición al modelo lopista de relación entre Estado y clase obrera fue aumentando en adherentes y fuerza a medida que la segunda administración de López se hundía en la crisis. A los sectores derechistas de la élite se les unieron empresarios y gremios que hasta hacía poco habían posado de ser

lopistas. El presidente rechazó lanzar una ofensiva reformista, incluso como la del 36, pues en parte ya había conseguido lo que buscaba con relación al mundo laboral y en parte porque sus energías las concentró fue en defenderse. La clase obrera expresada en la CTC seguía aferrada a López, a pesar de lo poco que éste hizo por conservarla como aliada. Pero ese apoyo no lo daba la confederación gratuitamente, o por simple inercia. A la sombra del lopismo ella lograba más prestigio en la negociación y se dotaba de mecanismos de presión cada vez más poderosos. La huelga de la Fedenal significará el fracaso del esquema lopista y el inicio, por lo menos en gran escala, de la ofensiva antilaboral en el contexto internacional de la Guerra Fría. Después de ella la CTC comenzará a perder terreno en dos dimensiones vitales para su subsistencia: organizativamente, ante el sindicalismo católico que impulsaba una lógica de negociación más economicista y por la base; y políticamente, ante el populismo gaitanista que estaba arrastrando a las bases obreras a pesar de las condenas de los dirigentes sindicales. La central lucharía contra estas tendencias que socavaban su legitimidad, pero sin contar con el apoyo del Estado Liberal, ni de López mismo, la tarea se tornaba muy difícil. Parecía, pues, que el 'hijo' --la clase obrera--, no tenía una 'mayoría de edad' muy consolidada, o ella era algo artificial, pues aún dependía en mucho del 'padre': el Estado Liberal o el mismo López (73).

Ante la crisis del lopismo y el abandono del presidente no sólo de su antigua aliada, la clase obrera, sino del mismo puesto como mandatario del país, los trabajadores temporalmente se identificarían con Jorge E. Gaitán. Pero la identidad ofrecida por el gaitanismo fue diferente de la lopista. Veamos por qué:

Al contrario de López, que se apoyaba en una clase obrera identificada como tal, Gaitán ofrecía era nuevamente una identidad de pueblo. El 'pueblo' que tenía en mente Jorge E. Gaitán era la gran mayoría de la población que estaba sumida en la ignorancia y en la apatía y que, por tanto, necesitaba de un líder o caudillo que la condujera. En el gaitanismo había una ambivalente actitud ante el pueblo, ya que encerraba tanto desprecio como valoración. Cuando fundó a principios de los años treinta la UNIR, Gaitán dijo en una entrevista periodística que el cambio social en Colombia iba a ser difícil porque la población carecía de cualquier conciencia política o cultural. Según él, lo que Colombia necesitaba era un gobierno **para** el pueblo y no uno **del** o **por** el pueblo. Lo anterior, el caudillo lo traducía en que una minoría debía sacrificarse para liberar a la mayoría que no estaba en condiciones de hacerlo (74). En últimas era una concepción vanguardista que implicaba, por lo menos, desprecio por el pueblo.

Según Daniel Pecaut, en Gaitán el pueblo, que era necesario educar, tenía inclinaciones bárbaras y/o patológicas. La higiene y la presentación externas eran los primeros pasos para 'redimirlo'. Así lo intentó poner en práctica cuando

fue alcalde de Bogotá, sin mucho éxito. Refiriéndose a sus propuestas, Gaitán llegó a usar un lenguaje que rayaba en racismo: "no habrá agricultura, no habrá industria próspera si persistimos en tener la raza débil que hoy tenemos; una raza tarda y lenta para el trabajo...". Sin embargo, sería injusto decir que ésta es toda la concepción gaitanista sobre pueblo. El líder populista en realidad fue uno de los grandes estimulantes del potencial transformador popular. Al contrario de López, que buscó que los sectores obreros y campesinos se acercaran a él, Gaitán salió al encuentro de la gente común, identificándose con ella. Dentro de la tradición latinoamericana de los caudillos, él se sintió el conductor natural de esas multitudes, y en efecto lo logró hacer con bastante eficacia (75).

Para Jorge Eliécer Gaitán no tenía importancia afirmar las identidades de clase, pues la confrontación social era entre pueblo y oligarquía. Más aún, para él la clase obrera no era la vanguardia de las luchas populares. La vanguardia era él mismo, que conducía una alianza de clases 'productoras', desde empresarios hasta campesinos. Por tanto, Gaitán le negaba a los sectores obreros, hasta ese momento identificados con López, lo que este último les había apoyado: identidad de clase y protagonismo político. Por eso para la CTC el gaitanismo no sólo era criticable sino peligroso. Adicionalmente, en Gaitán no tenía mucho sentido fortalecer organizaciones de clase, y menos si las burocracias de ellas estaban de alguna forma ligadas a los privilegiados, como era el caso, según el líder populista, de la CTC y el PCC. El gaitanismo proponía en cambio una relación directa entre pueblo y el caudillo, en donde no hubiera mediaciones organizativas. Por ello no es de extrañar que el intento de algunos gaitanistas de formar una confederación paralela, en 1945, haya fracasado desde el principio. Gaitán, personalmente, estaba más inclinado por apoyar el sindicalismo católico que se insinuaba con fuerza en la capital antioqueña. Los mutuos recelos entre el caudillo y la CTC --incluyendo a los comunistas y liberales de izquierda que estaban por detrás de ella--, se fueron transformando en guerra verbal cada vez más abierta. Aunque había antecedentes de ello en los años treinta, la rivalidad estalló desde las elecciones del 42, cuando Gaitán apoyó al otro candidato, Arango Vélez. Alfonso López, con ánimos de ganar el consenso al menos de su partido, le ofreció a Gaitán el Ministerio de Trabajo. Desde allí éste siguió con las criticas a la central. En un discurso en la Cámara de Representantes en noviembre del 43 dijo:

> "... porque el día en que ese sindicalismo sea grande, el día en que todos los obreros estén organizados, no podrán ser dirigidos por **pequeñas gentes incapaces**; no podrá guiarse por pequeñas ambiciones. Será una fuerza poderosa que requerirá de poderosas capacidades para dirigirlo".

Un mes más tarde, en la inauguración del congreso de la CTC en Bucaramanga, Gaitán, siendo aún ministro, reprochó a los asistentes "la falta de un mayor espíritu revolucionario, de una mayor preocupación por los

problemas de las masas" (76). Una vez salido del gabinete de López, arreciarían sus críticas a la central obrera y a sus dirigentes, rechazando en no pocas circunstancias los llamados a paros generales de éstos.

La respuesta de la CTC, y de los comunistas y lopistas que la apoyaban, aunque explicable no fue menos virulenta. A Gaitán lo acusaron de fascista y de títere de la reacción. Pero mientras los dirigentes rechazaban confiados el discurso gaitanista, las bases obreras se sintieron interpeladas por él. Como dice Richard Sharpless, "el abismo cada vez más amplio entre la dirigencia y las bases de la CTC fue explotado con intensidad por los gaitanistas". Los resultados electorales de 1946 mostraron que Gaitán se impuso sobre el candidato oficialista Liberal, e incluso sobre el conservador, en las grandes ciudades de concentración obrera, con la excepción de Medellín. Claro que es necesario tener en cuenta que la actitud neutral de López ante los candidatos pudo favorecer este resultado (77).

Ingenuamente la CTC y el PSD habían pensado que el fracaso de la CNT en diciembre de 1945 era la derrota del gaitanismo. Pero a Gaitán no le interesaba reforzar la identidad de clase, estimular el protagonismo obrero, ni crear organizaciones que interfirieran en su relación directa con el pueblo. Su propuesta era integrar a las bases a su proyecto populista, cosa que parece haber logrado. Pero precisamente por no contar con instancias organizativas de clase, el gaitanismo desapareció como fuerza política a la muerte del caudillo. Culturalmente parece haber sobrevivido dispersamente, sin que hasta el presente haya podido ser recogida esa presencia.

La simpatía gaitanista también fue reflejada abrumadoramente en las entrevistas realizadas: "era que la masa petrolera radicalizada era gaitanista", decía un trabajador barranqueño. Otro agregaba: "el pueblo era un pueblo que concentraba en Gaitán sus grandes esperanzas de liberación, de redención". Finalmente otro decía, exagerando: "Barranca siguió a Gaitán ciento por ciento, desde la época de la UNIR". Pero el fenómeno no se circunscribía a Barrancabermeja, en donde la llamada cultura popular radical se articulaba al discurso gaitanista. En Barranquilla y en Bogotá hubo expresiones similares. Incluso en Medellín, un obrero reconocía no haber votado por Gaitán por no ser el candidato oficial, pero confesaba su admiración por él, tanto que lo había llevado en hombros después de uno de los discursos preelectorales (78).

El populismo gaitanista, al contrario del peronista, no reforzó identidades de clase, sino que buscó integrar éstas al torrente popular en una identidad ambivalente como 'pueblo'. Aunque el gaitanismo haya sido el más poderoso movimiento popular de desafío a la 'democracia oligárquica', no se puede negar también que en relación a la clase obrera tuvo efectos debilitadores. La disolución temporal de la identidad de clase, y la crisis organizativa, aunque no fueran resultados exclusivos del discurso gaitanista, favorecieron la ofensiva

anti-laboral que las élites lanzaron en el contexto de la Guerra Fría. La resultante fue la pérdida del protagonismo que la clase obrera tenía, tal vez un poco artificialmente, hasta mediados de los años 40.

5. A Manera de Síntesis

A lo largo de este capítulo hemos intentado resumir los argumentos insinuados en secciones previas de este texto, y por ello es también su conclusión. Partíamos de una definición histórica --no-esencialista--, de la clase obrera. Desde esa óptica la construcción de la identidad de clase entre 1910 y 1945 fue resultado tanto de las condiciones de existencia de los trabajadores como de las imágenes que de ellos tenían las élites. En un principio se proyectó la imagen del obrero como 'pobre', y con ello se quería indicar tanto la situación de miseria en todos sentidos, como la necesidad de una respuesta caritativa, que en el fondo mantenía un humillante trato al trabajador. Por herencia radical se proyectó casi en paralelo la imagen de 'pueblo', con la que la clase obrera se identificó por los aspectos dinámicos que ella encerraba. En esos primeros decenios predominó también la representación del obrero-varón a pesar del importante número de mujeres asalariadas.

Tanto las condiciones de existencia en los sitios de trabajo, como fuera de ellos, fue creando un sentimiento de 'comunidad' entre trabajadores de similares condiciones. Los asalariados manuales a los que se designaba 'obreros' por similitud con los sectores bajos del artesanado, reivindicaban su carácter de productores de riqueza y exigían un trato 'justo' diferente del esclavismo y de la servidumbre. Eso mismo los llevó a diferenciarse de otros sectores populares, especialmente del campesinado, lo que iba a dificultar la construcción de una verdadera alianza de clases.

Fruto de procesos como la ampliación del mercado interior, de la construcción lenta del Estado-Nación, y de la misma universalización de la cultura por los medios de comunicación, la clase obrera tuvo la posibilidad de trascender los ámbitos locales para dotarse de una identidad más nacional y con proyección internacionalista. Las formas organizativas, especialmente la confederal, cristalizaron esa ampliación de límites en la identidad obrera. De esta forma, hacia los años treinta los trabajadores asalariados colombianos estaban adquiriendo una básica identidad de clase.

Pero simultáneamente a esta construcción de identidad, la clase obrera adhirió crecientemente al proyecto liberal del presidente López. Tanto el Estado como la clase obrera se beneficiaron de esta alianza, así les haya colocado ciertos límites y siempre haya estado amenazada por su inestabilidad y las fuerzas opositoras derechistas. Para 1945 dicha alianza entre Estado Liberal y

clase obrera había entrado definitivamente en crisis. Por un lado,la ofensiva opositora logró que López renunciara, aunque no hubiera hecho gran cosa por profundizar el proceso reformista. La clase obrera quedó 'huérfana' temporalmente, pues Jorge Eliécer Gaitán encarnó la alternativa al lopismo, pero la identidad que el gaitanismo ofrecía era como pueblo, y en una imagen ambivalente, no como clase. Por otro lado, el sindicalismo católico venía ganando presencia organizativa con sus banderas apolíticas y de negociación económica de base. Los sectores obreros 'lopistas', aglutinados básicamente en la CTC, recibieron el golpe de muerte con la derrota de la Fedenal en diciembre de 1945. La Guerra Fría cobraba sus primeras víctimas.

A partir de ese año, límite cronológico de nuestro estudio, el protagonismo obrero desapareció lentamente, para volver a surgir en los años cincuenta en las jornadas contra la dictadura militar. Los paros generales de fines de los cuarenta fueron cada vez más débiles y en los eventos del 9 de abril de 1948 ni la CTC ni el PCC jugaron un papel protagónico. El campesinado será el que tome las banderas de la resistencia democrática cuando la Violencia empiece a extenderse por el territorio nacional.

Pero durante los años treinta y comienzos de los cuarenta era difícil prever el rumbo que tomarían los acontecimientos. En esos años la clase obrera intentaba dar respuestas ajustadas a las condiciones socio-económicas y políticas que enfrentaba. En ese contexto es que construyó temporalmente su identidad de clase.

NOTAS

(1) David Sowell, ..."Artisans and Politics...", pp. 272-275.

(2) Rodney Anderson, Outcasts in Their Own Land. Delkab: Northern Illinois University Pres, 1976. Daniel James señala también este sentido de segregación social que vivieron los trabajadores argentinos antes del ascenso de Perón (Resistance and Integration, pp. 26-31). Pero en el caso argentino pesó mucho el componente inmigrante en la clase obrera.

(3) *La Humanidad*, #22, 1925. Ver también Rafael Uribe U., Escritos Políticos, p. 202; David Sowell,..."Artisans and Politics...", pp. 289-292 y Fabio Zambrano, Historia de Bogotá, pp. 189-190.

(4) José A. Osorio Lizarazo, Novelas..., p. 426. Ver también D. Sowell, "Artisans and Politics...", p. 135.

(5) Ibid pp. 350 y 355.

(6) Cristopher Hill, "The Poor and the People in Seventeenth-century England" en F. Krantz, History From Bellow, p. 82. Para Gareth Stedman-Jones, con el crecimiento de la mano de obra 'casual' en Londres, hubo una mayor identificación entre pobres y las especies próximas a desaparecer en la visión del positivismo darwinista (Outcast London, capítulo 16). El cronista de Bogotá, Antonio Gómez, dice que "desde el tiempo de la colonia existían habitaciones de gentes pobres, es decir, antros infectos sin luz ni ventilación en donde los dueños vivían como en el Arca de Noé, rodeados de animales" (Bogotá, p. 92).

(7) *Boletín del Círculo de Obreros* #2, 1918 y #2, 1919; *Unión Colombiana Obrera*, 5 mayo, 1928; *Partido Obrero* #1, 1916 y entrevista con Carlos Pardo, Bogotá, 1988. Tal vez Osorio Lizarazo es quien mejor proyecta ese fatalismo de la pobreza. En el fondo ello significa un desprecio profundo por el pueblo al atribuírsele una resignación e indolencia que le impedía salir de la situación de opresión (Ver, por ejemplo, Novelas, pp. 302-308). El artesano de su novela, 'Casa de Vecindad', dice: "el mundo está mal hecho, pero es preciso dejarlo así" (ibid, p. 82).

(8) Wilson Popenoe, "Round about Bogotá", The National Geographic Magazine, feb. 1926, Vol XLIV No. 2, p. 128. Otro viajero norteamericano decía, usando terminología racista: "Bogotá no tiene el elemento negroide que forma una gran parte de la población de las tierras bajas. En su lugar nosotros encontramos los tenaces y rudos descendientes del tipo Chibcha, nativos de esta región" (Frank Chapman, "Over the Andes to Bogotá", ibid., Vol. XL, No. 4, oct. 1921, p. 371).

(9) Entrevista con Juan Pablo Escobar, La Calera, 1988. El vestido típico del pueblo bogotano era descrito así a principios de siglo: "el suaza era el sombrero del pueblo; usábanlo los hombres como complemento de su vestido de manta, su ruana de lana y sus alpargatas" (Rafael Serrano, En Aquella..., p. 63). Mirando las fotos históricas de los dirigentes obreros de la época, se percibe que ellos se vestían con el atuendo más propio de las élites que de los obreros de base.

(10) Crónica de Hernando Téllez, recopilación de Carlos Martínez, Bogotá, p. 168.

(11) Estos aspectos han sido desarrollados en mis trabajos publicados en la serie Controversia: Aquí Nadie es Forastero, pp. 88-90 y 104-107; Barranquilla y el Río, pp. 35 y 84-85; Ni Amos ni Siervos, pp. 98-100.

(12) *La Defensa*, 23 en., 1921; 4 dic., 1924; 6 ag., 1929; *El Espectador*, 2 oct., 1931 y 16 dic., 1944.

(13) Antología de Pensamiento de Jorge E. Gaitán, p. 194 y R. Sharpless, Gaitán of..., p. 49.

(14) Miguel Urrutia, The Development..., p. 176. Entrevistas con Alfonso García, Eliécer Pérez, Edelmira Ruiz de Sánchez, Bogotá, 1988 y José F. Valencia, Medellín, 1988.

En los casinos o restaurantes de las empresas se percibían también diferencias entre altos empleados y trabajadores de base (Entrevista con José N. Torres, Bogotá, 1988).

(15) Carlos Hernández, Mi Trabajo..., p. 7. Ch. Hill dice: "Yo estoy sugiriendo que la distinción entre el 'pobre' y el 'pueblo' estaba profundamente incrustada en la realidad social del siglo XVII en Inglaterra" ("The Poor...", p. 86). Según Peter Burke (Popular Culture in Early Modern Europe, London: Harper Torchbooks, 1978) en el siglo XIX se hizo el descubrimiento cultural del 'pueblo', al que se definiría como lo primitivo, lo no contaminado, refiriéndose básicamente al campesinado (pp. 3-22). Para la imagen de 'pueblo' en Colombia desde la Independencia, ver los artículos de Fabio Zambrano en Análisis Nos 1-3 (1988-1990).

(16) David Sowell, "Artisans and Politics...", p. 113. Según William Sewell Jr., los trabajadores franceses, aún en 1848, se identificaban de una forma dual: gremialmente como pertenecientes a oficios específicos más que como clase obrera propiamente dicha. En el plano político se identificaban como 'pueblo soberano' (Work and Revolution in France. Cambridge: Cambridge University Press, 1980, especialmente pp. 200 a 270).

(17) *El Comunista* No 1, 1910 y *El Luchador*, 15 jun., 1923.

(17b) *La Humanidad*, 15 marzo, 1927.

(18) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 348-352 y Herbert Braun, Mataron a Gaitán, caps. 6 y 7. George Rude en un artículo sobre crecimiento urbano y revueltas populares señala que en París en el siglo XVIII los términos clases 'laboriosas' y clases 'peligrosas' llegaron a ser sinónimos (en The Face of the Crowd. Atlantic Highlands: Humanities Press International, 1988, p. 222).

(19) *Partido Obrero* # 11, 1916.

(20) *Acción Obrera* #1, 1934.

(21) Crónica de Manuel Zapata, 1907, recopilada por Carlos Martínez, Bogotá, p. 133 y Luis M. Mora, Croniquillas de mi Ciudad, Bogotá, 1936, p. 45.

(22) José A. Osorio L, Novelas..., p. 5 y entrevista con Norberto Velázquez, Medellín, 1988. El gremio de choferes de Antioquia tenía este curioso himno gremial: "Libertad, Igualdad y Justicia / Rectitud, Patriotismo y Unión / El trabajo sin odios ni envidias / de este gremio su lema será" (*Avance* # 1, 1937).

(23) *Unión Colombiana Obrera*, 14 y 21 julio, 1928 y la cita de *La Humanidad*, en 4 julio, 1925. Los subrayados son nuestros. Para el caso inglés dice Trygve Tholfsen, "el culto de la respetabilidad entonces socavó los valores de la subcultura obrera mientras profesaba avanzarlos" (Working-Class Radicalism... p. 218). Ver también la obra de Gareth Stedman-Jones, Outcast London, cap. 10.

(24) *Unión y Trabajo* # 72, 1936. Ver también Ana María Jaramillo, "La Moralización...", p. 26.

(25) *El Martillo*, 17 nov., 1916.

(26) *Acción Obrera* #1, 1934 y *Unión y Trabajo* 24, en., 1936.

(27) Entrevista con Juan Pablo Escobar, La Calera, 1988. Recordar los testimonios mencionados en la sección 4 del Capítulo 3.

(28) *La Humanidad*, 6 jun., 1925; 20 marzo, 1926; 12 y 14 sept., 1925. Un editorial del mismo periódico decía : "El hombre: he ahí al animal más cobarde en el reino animal. Se le roba y no protesta; se le esclaviza y calla; se le hambrea [sic] y adula; se le ahorca y pide perdón" (10 jul, 1926). Ver también mi artículo al respecto: "*La Humanidad*, un Periódico Obrero en los años Veinte", Boletín Bibliográfico y Cultural, No. 3, 1986.

(29) *Claridad*, 1 mayo, 1932. Esto para citar periódicos radicales, pues los clericales abundaban en desprecio 'moral' por los pobres.

(30) *La Humanidad* # 17, 1925. Ver también 30 mayo, 22 ag., 1925 y 9 oct.,1926.

(31) *Claridad* # 152, 1936. Para la comparación con México ver julio Godio, Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano, pp. 103 y ss., y John Hart, Anarchism and the Mexican Working Class. Austin: University of Texas Press, 1978. (Hay traducción española en Sep-Setentas).

(32) Medófilo Medina, Historia del PCC, pp. 161-191 y 214-230; Catherine LeGrand, Colonización...,pp. 143-148. Para Marco Palacios la articulación de las luchas de los jornaleros y los arrendatarios en las haciendas cafeteras en los años treinta fue la expresión de la alianza obrero-campesina (El Café..., 143-174).

(33) Citado por Elsy Marulanda, "Colonización, Hacienda y Movilización Campesina: el Caso de Sumapaz", Tesis de Grado, Universidad Nacional, Bogotá, 1988, pp. 134-136. El subrayado es nuestro.

(34) *Diario Popular*, 15 mayo; 13 y 15 oct., 1942. Casi diariamente aparecían denuncias sobre la situación en los campos (Ver, por ejemplo, 9 en., 1943 y 12 may, 1945). El mismo periódico reflejó que la cuestión étnica no estaba al orden del día; sin embargo, apoyó una solicitud del Club Negro Colombiano para que cesara el prejuicio racial (29 jun, 1943).

(35) Novelas, p. 191. Ver también *Voz del Obrero*, Barrancabermeja, # 87, 1934 y el *Diario Popular*, 25 enero, 1943. En alguna ocasión *El Sindicalista*, a mediados de los años treinta, lamentó la inexistencia de un partido propio de los sectores medios, añorando a la UNIR que "fue precisamente un movimiento partidista de la clase media sin declararlo explícitamente" (21 nov., 1936).

(36) *La Humanidad*, 3 oct. y 14 nov., 1925; *Vía Libre*, 4 oct., 1925 (citada por Alfredo Gómez, Anarquismo..., pp. 66-67). En Colombia no hubo la presencia de núcleos feministas anarquistas como sí se vieron en Argentina desde fines del siglo XIX. Ver

Maxime Molyneux, "No God, No Boss, No Husband: Anarchist Femminism in Nineteenth-Century Argentina", Latin American Perspectives 48, Vol 13, No 1, 1986.

(37) *La Humanidad*, 13 y 20 feb., 1926. Ver también ejemplos de la prensa clerical en *Unión Colombiana Obrera*, 10 nov., 1928 y de la Liberal en *Voz del Obrero* [Buga], 18 jun., 1932. Para la actividad de las mujeres socialistas en los años veinte ver Tila Uribe, "Enhebrando Historias", Opción, No. 23 (mayo 1989), p. 13.

(38) *La Humanidad*, 16 en., y 31 jul., 1926; *El Socialista*, 23 jun., 1928. Del mismo tenor era la poesía "Llorar como Hembras" publicada por el último periódico el 12 de ag., 1928.

(39) *El Sindicalista* # 6, 1936. Para denuncias sobre la situación de la mujer trabajadora y peticiones de legislación en su favor ver, a manera de ejemplo, *El Bolchevique* Nos. 44 y 45, 1935; *Claridad* # 144, 1935 y *Unirismo* # 33, 1935.

(40) *Diario Popular*, 13 en. y 3 jun., 1942; 8 y 15 ab., 1943; 10 nov., y 3 dic., 1944; 12 y 13 feb., 1945.

(41) Novelas... pp. 426-434. *Claridad* definía así a Albarracín: "Un Don Quijote rojo en busca de andanzas, amores y pesares. La Revolución es para él la Dulcinea... realiza el tipo complejo del revolucionario sabanero" (# 52, 1928).

(42) Gonzalo Sánchez, Los Bolcheviques..., pp. 78-84, Tila Uribe, "Enhebrando Historias", pp. 16-17 e Ignacio Torres G., María Cano, pp. 43 y 49. El mismo autor en su Anecdotario (p. 122) atribuye esos ritos a la presencia de artesanos sin claridad ideológica. Por su parte Gonzalo Sánchez dice que "era comprensible que la pertenencia a una sociedad obrera exigiera restricciones a la conducta individual y cambios en la conducta de sus integrantes" (Los Bolcheviques..., p. 85). Ver también James Henderson, When Colombia..., pp. 69-70. Ejemplos de las restricciones a la conducta de los integrantes abundan en la prensa obrera de la época, especialmente con relación al consumo alcohólico (Ver, por ejemplo, *La Humanidad* # 59, 1926). Para esta sección fue muy sugestivo el artículo de Eric Hobsbawm, "Los Rituales Obreros", El Mundo del Trabajo....

(43) *La Humanidad*, 26 jun., 1927. En Anecdotario..., Ignacio Torres Giraldo niega que la ceremonia se hubiera dado, y menciona remanentes de supersticiones en los habitantes de Dagua (pp. 77-78); mientras en el libro María Cano..., señala que la ceremonia sí tuvo lugar pero sin que ellos participaran (pp. 123-124). Por su parte, María Cano en una entrevista para *La Calle* (30 oct., 1961) y publicada por Iván Marín, El Amanecer..., p. 118, dijo que en Dagua un campesino la llamó para que bautizara a su hijo: "nos creía con potestad para casar gente". María Cano insistió en esa entrevista que la gente los tomaba como 'santos'. Sin embargo, el contenido de la ceremonia reproducido en el periódico ya citado, cuyo director era en ese entonces Torres Giraldo, sugiere una orientación bien distante de la católica.

(44) Gilberto Mejía, El Comunismo..., p. 155. Desde 1916 La Marsellesa era el himno que identificaba a los obreros radicales y en 1920 sería cantada también en el Congreso Socialista de Honda (Ver *Partido Obrero* # 10, 1916 y *El Socialista* 1 may, 1920) No sabemos a ciencia cierta desde cuando La Internacional comenzó a ser el himno para identificar a los trabajadores en eventos como los del primero de mayo.

(45) Alvaro Delgado, Luchas Sociales en el Caquetá, Bogotá: Ed. CEIS, 1987, pp. 43-44. En su prospecto para convertir su investigación sobre Viotá en libro, Michael Jiménez dice: "Finalmente, los migrantes del altiplano encontraron una cultura política en la zona de frontera caracterizada por el constante combate entre cuadros conservadores en la burocracia y una ruda, independiente de pensamiento, y amplia pequeña-burguesía liberal. En los tempranos 1920s, una cultura de resistencia campesina --usualmente individual, ocasionalmente colectiva, aunque rara vez políticamente articulada-- había florecido en los distritos cafeteros del centro de Colombia, dejando al Estado y a los hacendados a la defensiva" (mimeo, p. 15). Ver también mi Aquí Nadie es Forastero, Capítulo 3o.

(46) Charles Bergquist, Labor in Latin America, Capítulo 4o. Se podría hablar de un sentido de los que Gramsci da a la 'hegemonía' de clase. Para Antonio Gramsci, según María A. Macciochi, "la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como dominio y como dirección intelectual y moral. Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos aliados o afines" (Gramsci y La Revolución de Occidente, México: Ed. Siglo XXI, 1977, p. 157). Para los sucesos de Barranca en abril de 1948 ver Apolinar Díaz Callejas, Diez Días de Poder Popular, Bogotá: Fescol-El Labrador, 1988.

(47) *El Espectador*, 5 mar., 1926 y *Claridad*, 30 mayo, 1932. Sobre el lenguaje obrero fueron de mucha utilidad las ideas contenidas en el libro de Gareth Stedman-Jones, Languages of Class, Oxford: Cambridge University Press, 1983.

(48) Ver llamados a la solidaridad, por ejemplo, en *El Luchador* # 199, 1922; *La Humanidad* # 52, 1926; *Unión Colombiana Obrera* #32, 1928 y *Acción Obrera* #1, 1934. Los dos primeros eran periódicos socialistas, el tercero clerical y el cuarto liberal.

(49) *El Socialista*, 10 feb., 1920 y Torres Girado, Los Inconformes, Vol III, pp. 698-699.

(50) *El Sindicalista*, 29 ag., 1936 y *Diario Popular*, 23 sept., 1944. Sobre este aspecto ver mi artículo "La Otra Opinión: La Prensa Obrera en Colombia, 1920-1934", Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Nos. 13-14, 1985-1986.

(51) *Partido Obrero* #s 15-17, 1916. En uno de los números anteriores el periódico hacía una propuesta de celebración de un Congreso Obrero para la misma fecha en donde se difundirían los proyectos del Partido Obrero, y se establecerían una Biblioteca y un Banco para obreros. También se premiaría a los ganadores del concurso del Himno

Obrero. El acto se iniciaría con el Himno Nacional y concluiría con la Marsellesa (ibid # 10).

(52) *El Tiempo*, 3-4 mayo, 1920; *El Socialista*, 1 mayo, 1920 y *La Defensa*, 9 ab., 1920.

(53) Anecdotario, pp. 42-43; *El Luchador*, 8 jun., 1923; *El Correo Liberal*, 4 mayo, 1923 y 2 mayo, 1924; *Boletín Círculo de Obreros* #291, 1924; *El Espectador*, 22 mayo, 1924; *La Defensa*, 9 mayo, 1924. En Medellín el primero de mayo de 1924 eligieron a Teresita Acosta como Flor del Trabajo y la coronaron en el Bosque de la Independencia (Ignacio Torres G., María Cano..., p. 18). Todavía en 1942 los grupos clericales insistían en cambiar la fecha de la Fiesta de los Trabajadores pues la que se celebraba era 'comunista' (*La Defensa*, 1 mayo, 1942).

(54) *El Espectador*, 2 mayo, 1925; Torres G., Anecdotario pp. 63-64; y María Cano..., p. 21.

(55) *La Humanidad* #s 41 y 46, 1926.

(56) Ibid #s 75 y 76, 1927.

(57) *Unión Colombiana Obrera*, 5 mayo, 1928; *El Socialista*, 1 mayo, 1928 y *El Correo de Colombia*, 4 mayo, 1927.

(58) *El Espectador*, 4 mayo, 1931; 2 mayo, 1932; *Claridad*, 1 mayo, 1932 y *El Socialista*, 1 mayo, 1932. En 1932 se anunció que a partir del primero de mayo saldría un nuevo periódico comunista llamado *Tierra* (*El Espectador*, 9 marzo, 1932).

(59) Ibid, 2 mayo, 1934 y *El Bolchevique*, 4 mayo, 1935.

(60) *El Tiempo*, 3-6 may, 1936 y Medófilo Medina, La Protesta Urbana, cap 4. La prensa conservadora atacó la celebración de ese primero de mayo. *La Defensa* dijo que los eventos de Medellín habían sido sectarios y anti-religiosos (2 may, 1936). *El Siglo* dijo que la marcha de Bogotá se financió con dineros oficiales y que "los peores criminales de Boyacá se están escogiendo para traerlos ese día". Finalmente alabó el 'decoroso' discurso de López en contraste con el 'abusivo' de los comunistas (30 ab. y 3 mayo, 1936).

(61) Aunque el primero de mayo de 1936 en Colombia no puede ser considerado como un evento de las magnitudes del 17 y 18 de octubre de 1945 en Argentina, de alguna forma ambos reflejaron las adhesiones de la clase obrera a las figuras de López y Perón. En el segundo caso la beligerancia de las jornadas que siguieron al encarcelamiento de Perón reflejaron también la profunda identidad que la clase obrera argentina tendrá con el peronismo. Lo mismo no se puede decir del caso colombiano, en donde lo que marcó ese primero de mayo fue el carácter de fiesta política pacífica. Ver Daniel James, "october 17-18, 1945: Mass Protest, Peronism and the Argentinian working-class", Journal of Social History, Otoño, 1987, pp. 441-461. Para los sucesos del 37 ver *Claridad*, 1 may, 1937.

(62) *El Espectador*, 11 ab., 1940; 28 ab, 1943 y 2 mayo, 1945; *Diario Popular*, 1 mayo, 1942; 1-3 mayo, 1943; *El Diario*, 14 mayo, 1941 y 30 ab., 1943; y *Voz del Obrero*, Barrancabermeja, # 353, 1944.

(63) Para las tensiones regionales ver *Voz del Obrero*, Barrancabermeja, #s 85, 1937 y 336, 1943. Muestras del internacionalismo en *El Socialista*, 26 ag., 1920 y #524, 1928; *La Humanidad* #s 25,1925; 66, 1926 y 88, 1927. A mediados de los años treinta circuló la propuesta de una organización confederal de los trabajadores de los países que conformaban la Gran Colombia, con la intención de unificar la lucha anti-imperialista y estimular la integración latinoamericana por la base (*El Sindicalista* #s 1 y 2 1936, *Unión y Trabajo* # 86, 1936).

(64) Ibid, 20 feb., 1936 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 210.

(65) *Diario Popular*, 23 may, 1942. La consigna citada en los años veinte se puede ver, por ejemplo, en *La Humanidad* # 87, 1927.

(66) Ver especialmente Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 234-236.

(67) Remitimos al lector a las referencias mencionadas en capítulos anteriores de lo que aquí se reseña condensadamente. Para esta sección fue sugestivo el capítulo sobre Colombia de la obra de Charles Bergquist, Labor in L.A..

(68) Entrevistas con Guillermo Hernández Rodríguez, Bogotá, 1988 y José Acosta, Barrancabermeja, 1985. Este último decía: "yo por lo menos cuando me apresaron pasaba por liberal, porque yo votaba siempre por el Partido [Comunista]". Carlos Hernández, Mi Trabajo..., p. 66, cuenta que se camufló de liberal de izquierda para empezar un trabajo popular en Cali. Gilberto Mejía estuvo 'retirado' del Partido Comunista por veinte años, apareciendo como liberal, pero manteniendo una militancia clandestina (El Comunismo..., p. 320).

(69) Entrevistas con Eugenio Colorado, Padre Eustoquio Guarín, Bogotá, 1988; Eduardo Palacio y Aldemar Cano, Medellín, 1988.

(70) Entrevistas con Rafael Núñez, Barrancabermeja, 1985; César Ahumada, Barranquilla, 1986 y Miguel Buitrago, Bogotá, 1988. Luis A. Moreno decía en su entrevista: "A él lo recuerdan los obreros y los empleados también por la Revolución en Marcha y él fue el que aprobó las primeras leyes de beneficio: no había cesantía, ni vacaciones ..." (Bogotá, 1988).

(71) *Diario Popular*, 3 en., 1942; y *El Espectador*, 7 en., 1944. Años más tarde Gaitán diría de sí mismo : "Yo no soy un hombre, soy un pueblo!".

(72) Entrevista con Jorge Regueros P., Bogotá, 1988 y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 284.

(73) Daniel Pecaut en su libro publicado en 1973 analizaba esta coyuntura en términos de tres lógicas de acción en las que se escindía la clase obrera: la 'política'

encarnada por la CTC, la 'económica' por la UTC y la 'social' por el gaitanismo (Ver Política y Sindicalismo, Capítulo 3).

(74) Emiro Valencia, Antología del Pensamiento de Gaitán, pp. 119-120.

(75) Daniel Pecaut, Orden y Violencia, p. 380. Ver también pp. 375-395 y Herbert Braun, Mataron a Gaitán, cap. 3.

(76) Mes Financiero y Económico #77, 1943, p. 39 y *El Espectador*, 9 dic., 1943. Ver además Herbert Braun, Mataron a Gaitán, pp. 216 ss y Daniel Pecaut, Orden y Violencia, pp. 395-407.

(77) R. Sharpless, Gaitán of..., p. 121 y Pecaut, Orden y Violencia, p. 394.

(78) Entrevistas con Jorge Matéus, Pedro R. Galindo y Rafael Núñez, Barrancabermeja, 1985; Ramón de la Hoz, Barranquilla, 1986; Guillermo Hernández Rodríguez, Bogotá, 1988 y Aristóbulo Marulanda, Medellín, 1988. Sobre la permanencia cultural del gaitanismo ver la ponencia de Sergio Otálora al Coloquio de Alternativas Populares, Cinep-Participar, Bogotá, abril de 1987.



APENDICE

HUELGAS ENTRE 1919 Y 1945 *

1919 (15 huelgas)

- Ferrocarril de Girardot, Cundinamarca [7-12 abril]
- Ferrocarril de la Dorada y Cable Aéreo de Mariquita [19 abril - 16 mayo]
- Minas inglesas de Segovia, Antioquia [13-18 julio ?]
- Telegrafistas de Bucaramanga y Barranquilla (300 huelguistas) [18-22 julio]
- Ferrocarril del Atlántico, Barranquilla [21-25 julio]
- Portuarios de Buenaventura [5-8 septiembre]
- Talleres del Ferrocarril de la Sabana, Bogotá [27 octubre]
- Ferrocarriles de Girardot [19-24 noviembre]; generalización del PARO a los ferrocarriles de la Sabana, del Sur (Cundinamarca) y a los tranviarios de Bogotá [22-24 nov.]
- Cervecería Bavaria, Bogotá [25 nov.] (¿Paro de solidaridad con ferroviarios?).
- Fábrica de Fósforos 'Sucesores de Viduela y Cia.', Bogotá [27 nov.]
- Sastres y zapateros de Tunja [29 nov.- 4 diciembre]
- Mineros de Zipaquirá y Zipacón, Cundinamarca [2-3 dic.]

---

* La información resumida en este Apéndice proviene de la prensa leída, complementada con referencias de los estudiosos de la historia laboral colombiana. Las fechas son aproximadas y reflejan la información que sobre ellas publicó la prensa consultada. En donde se encontraron datos sobre el número de huelguistas, se incluye entre paréntesis. Se mencionan los paros generales locales o nacionales y se excluyen aquellos paros claramente patronales.

- Panaderos de Bogotá [4-8 dic.]
- Trabajadores del Acueducto de Cali [5 dic.]
- Pilotos del Río Magdalena, Barranquilla [26-30 dic.] (?)

1920 (31)

- Ferrocarril de la Dorada y Cable Aéreo de Mariquita [31 dic. de 1919 a 10 enero de 1920 y 19-21 enero]
- Ferrocarril de Antioquia, Cisneros [13-15 enero]
- Sastres (80 a 100) de Medellín [13-23 enero]
- Sastres de Caldas, Antioquia [15-18 enero]
- Trabajadores de Sanidad, Buenaventura [15-17 enero]
- Ferrocarril del Pacífico, Cali y otras ciudades del Valle del Cauca [18 enero]
- Muelle de Puerto Colombia, Atlántico [2-5 febrero]
- Costureras de ropa de cargazón, Manizales [2 feb.]
- Mineros, Manizales [3-8 feb.]
- Zapateros, Manizales [3-9 feb.]
- Zapateros, Medellín [9-18 feb.]
- Paileros, Carpinteros y Mecánicos fluviales (400), Barranquilla [10-13 feb.]
- Arrieros (50) del Departamento de Santander [10-17 feb.]
- Vidriera Caldas (25 huelguistas), Medellín [11-18 feb.]
- Braceros, Barranquilla [12-21 feb.]
- Fábrica de Tejidos de Bello, Antioquia [13 feb. -10 marzo] (500 huelguistas, de los cuales 350 eran mujeres)
- Sastres y zapateros de Bucaramanga [15-18 feb.]
- Braceros de la Empresa Pineda López, Cartagena [18 feb.]
- Tipógrafos de la Imprenta Industrial (20), Medellín [8-10 marzo]
- Fábrica de Tejidos Obregón, Barranquilla [13 abril]
- Ferrocarril de la Sabana, Bogotá [10-12 mayo]
- Ingenio Sautatá, Chocó [30 julio]
- Ferrocarril de la Sabana, Bogotá [5 sept.] (50 huelguistas)
- Expendedores de Plaza de Mercado, Bucaramanga [3-6 sept.]
- Minas inglesas de Marmato [13 o 23 de sept. ?]
- Fogoneros de la Empresa Pineda López, Barranquilla [25-26 oct.]
- Panaderos, Cúcuta [26-28 oct.]
- Ferrocarril de Calamar, Barranquilla [8-11 nov.]
- Periódico 'Correo del Cauca', Cali [15 nov.]
- Trabajadores de reconstrucción de vías del Ferrocarril del Pacífico, Dagua (Valle) [2-6 dic.]
- Fábrica de Telas ... (?), Cartagena [9 dic.]

1921 (9)

- Aurigas (100) de Bogotá [1-3 junio]
- Obreros de la construcción (72), Manizales [15 junio]

- Braceros Ferrocarril de la Dorada en Beltrán [17-19 agosto]
- Talleres del Ferrocarril del Pacífico, Cali [1 sept.]
- Maestros de Escuela, Cúcuta [14 sept.]
- Imprenta Nacional, Bogotá [24-26 sept.]
- Trabajadores de la Construcción en el Puente de Juanchito, Cali [25 oct.]
- Fábrica de Tejidos de Samacá, Boyacá [14 nov.]
- Imprenta Nacional, Bogotá [25 nov. - 5 dic.]

1922 (4)

- Ferrocarril de la Sabana, Cundinamarca [30 enero- 1 feb.]
- Choferes de servicio público, Cartagena [4-5 mayo]
- Mina 'La Coqueta', Manizales [6 julio]
- Ferroviarios del Tolima (80), Flandes [3-10 oct.]

1923 (8)

- Oleoducto de la Andian, Cartagena [1 feb.]
- Sastres, Armenia [13-15 feb.]
- Aurigas, Cartagena [14-15 feb.]
- Trabajadores del transporte de gasolina de la Tropical Oil Co., Barranquilla [4 mayo]
- Matarifes de Medellín [5 mayo]
- Choferes de taxi, Manizales [10-18 agosto]
- Matarifes de Manizales [8-10 oct.]
- Empleados de la Junta de Fomento de Barranquilla [13-15 oct.]

1924 (18)

- Trabajadores (20) de la zapatería 'Manuel Gallego', Barranquilla [30 enero]
- Reparación de carreteras del Departamento del Atlántico, Barranquilla [9 abril]
- Tranvía de Bogotá [20-22 abril]
- Barrenderos (54), Bogotá [12-14 mayo]
- Vendedores de Lotería, Bogotá [14-16 mayo]
- Ferrocarril de la Dorada [15-23 mayo]
- Vendedores de Lotería, Medellín [17-20 mayo]
- Lavanderas (300) de Cali [20-22 mayo]
- Zapateros de Cúcuta [1 julio]
- 'Industria Harinera' de Bogotá [25 julio - 6 ag.]
- Minas de oro, Marmato [4-9 ag.] (400 trabajadores en paro)
- Mina 'La Golondrina', Valle [18-23 ag.]
- Empresa textil 'La Garantía', Cali [un día de agosto ?]
- Fábrica de Hilados y Tejidos Sociedad Industrial Franco-Belga, San José de Suaita (Santander), [20-28 ag.] (400 huelguistas)
- Periódico 'Antioquia Liberal', Medellín [21-23 ag.]

- Estibadores, bodegueros y cargueros de Girardot, Beltrán y La Dorada [14-19 sept.]
- Tropical Oil Co., Barrancabermeja [8-14 oct.] (cerca de 3.000 huelguistas)
- United Fruit Co., Magdalena (trabajadores del ferrocarril y del puerto) [2-4 nov.]

1925 (15)

- Ferrocarril de la Dorada y Cable Aéreo de Mariquita [8-10 enero]
- Tipógrafos de la Imprenta Departamental de Caldas [22 abril]
- Trabajadores (200) de la construcción del Ferrocarril del Pacífico [29 mayo]
- Tejidos e Hilados de Manizales [9-10 junio] (200 huelguistas, mujeres en su mayoría)
- Braceros (150) de la Andian, Cartagena [9-10 junio]
- Tripulantes de embarcaciones del Alto Magdalena agrupados en el Sindicato de Obreros Libres, Neiva [19 junio- 13 julio]
- Mina de carbón 'La Curtimbre', Valle [11 julio]
- Tripulantes de embarcaciones del Río Sogamoso [20 julio]
- Ferrocarril del Magdalena de la United Fruit Co. [21-23 julio]
- Trabajadores (400) de obras municipales de Bogotá administradas por la casa Ulen [24 julio]
- Mina 'El Silencio', Remedios-Segovia, Antioquia [13-14 oct.] (400 huelguistas)
- Choferes de la empresa urbana Taxímetros, Bogotá [19-21 oct.]
- Sindicato de mineros, Bogotá [13-19 nov.]
- Trabajadores de Bocas de Ceniza, Atlántico [20 nov.]
- Tranvía de Bogotá [25-30 dic.]

1926 (15)

- Sastres de Manizales [29 enero- 6 feb.]
- Panaderos de Barranquilla [1-5 feb.]
- Obreros (60) de bodegas del Ferrocarril de Cundinamarca, Bogotá [27-28 abril]
- Ferrocarriles del Sur y de Cundinamarca, Bogotá [18 mayo] (200 huelguistas)
- Ferrocarril de Girardot [23-25 mayo] (1.000 huelguistas)
- Braceros de Buenaventura [13-16 junio]
- Braceros y maquinistas (800) de Girardot [26 junio-8 julio]
- Choferes públicos de Barranquilla [8-14 julio]
- Barrenderos de Buenaventura [24-26 ag.]
- Ferrocarril del Pacífico, Valle [1-3 sept.] (PARO GENERAL en el occidente del país)
- Braceros de Barrancabermeja [17 sept.]
- Tipógrafos y linotipistas de Cali [27-30 sept.]
- Braceros del Alto Magdalena [10 oct.]
- Carpinteros del Palacio de Gobierno, Bogotá [29 nov.] (?)
- Trabajadores de 'El Espectador', Bogotá [20-21 dic.]

1927 (10)

- Tropical Oil Co., Barrancabermeja [14-29 enero]
- Ferrocarril de Ambalema e Ibagué [27 feb.-2 marzo]
- Choferes del servicio público, Bogotá [21-23 marzo]
- Braceros (100) de Barranquilla [5-15 mayo]
- Braceros (200) de Cartagena [15-21 mayo]
- Sastres de Bogotá [7 junio]
- Choferes de Girardot [23 junio]
- Braceros de Beltrán [18-19 julio]
- Taxistas de Medellín [8 agosto]
- Choferes de bus, Bogotá [11 nov.]

1928 (10)

- Cargueros del Ferrocarril del Atlántico, Barranquilla [30 marzo- 8 abril]
- Braceros de la Andian, Cartagena [4-12 abril]
- Braceros de Girardot [9 junio]
- Operarios y telefonistas (en su mayoría mujeres) de la empresa inglesa de teléfonos de Bogotá [13-19 junio]
- Cervecería Bavaria, Bogotá [17-19 julio]
- Cargadores y chequeadores del Ferrocarril del Atlántico, Barranquilla [6 ag.- 5 sept.]
- Braceros de Puerto Colombia, Atlántico [16 ag.]
- Trabajadores de los puertos del Río Magdalena [10-29 oct.]
- Tejidos 'La Espriella', Bogotá [24 oct.]
- United Fruit Co., Magdalena [13 nov.- 11 dic.] (MASACRE de huelguistas el 5 de dic.)

1929 (6)

- Choferes de Girardot [25 marzo]
- Trabajadores de la firma constructora Fred Ley Co., Bogotá [3 mayo]
- Choferes de Medellín [13-20 junio]
- Tejidos Rosellón, Medellín [18-20 junio] (200 huelguistas)
- Tejidos Monserrate, Bogotá [23 junio] (215 huelguistas)
- Trabajadores del Río Magdalena [24-30 nov.]

1930 (2)

- Braceros (800) de Puerto Colombia, Atlántico [17 y 18 feb.]
- Choferes de Cambao, Cundinamarca [29 marzo]

1931 (8)

- Choferes del servicio público, Barrancabermeja [7-8 enero]

- Braceros (300) de la Dorada [17-24 feb.]
- Minas de sal de Zipaquirá, Cundinamarca [2-3 marzo]
- Minas de carbón de San Vicente, Cundinamarca [17 marzo]
- Ferrocarril de Cundinamarca en Puerto Liévano [30 abril]
- Ferrocarriles de Girardot y Tolima-Huila, Girardot [6 mayo] (?)
- Trabajadores del muelle de la United Fruit Co., Magdalena [17-18 julio] (?)
- Mineros de Zipaquirá y Tausa, Cundinamarca [12 nov.]

1932 (2)

- Braceros de Barranquilla [14-17 sept.]
- Panaderos de Bogotá [17-20 dic.]

1933 (19)

- Braceros de La Dorada [12-16 marzo]
- Braceros de Caracolí, Bajo Magdalena [31 sept. -2 oct.]
- Braceros de Barranquilla [16 oct. -17 nov.] (PARO GENERAL en la ciudad el 21 de oct.)
- Fábrica de tejidos de seda FILTA, Barranquilla [24-26 oct.]
- Fábrica de tejidos Obregón de Barranquilla [25-26 oct. ?]
- Ferrocarril del Pacífico, Cali [13-16 nov.]
- Braceros de Buenaventura [13-19 nov.]
- Choferes de Armenia [13-21 nov.]
- Choferes de Cali [15-16 nov.]
- Sindicato de Motoristas de Barranquilla [17-18 nov.]
- Trabajadores (400) de Bavaria, Bogotá [18 nov.]
- Braceros (800) de Puerto Berrío [18-21 nov.]
- Fábrica de Vidrios Fenicia, Bogotá [20-22 nov.] (700 huelguistas)
- Albañiles (800) de Bogotá [27-28 nov.]
- Fábrica de calzado 'La Corona', Bogotá [27 nov.- 16 dic.]
- Braceros de Tumaco, Nariño [27 nov.] (?)
- Tejidos Monserrate, Bogotá [30 nov.-1 dic.] (150 huelguistas principalmente mujeres)
- Braceros (500) de La Dorada [1-4 dic.]
- Choferes de Taxis Rojos de Bogotá [30 dic.]

1934 (37)

- Mineros de Suesca y Sesquilé, Cundinamarca [2 marzo]
- Trabajadores (180) del Matadero Central de Bogotá [12 marzo]
- Choferes de Armenia [19-20 marzo]
- Trabajadoras de las trilladoras de café en el Tolima [13-19 abril]
- Ferrocarril del Nordeste, Bogotá [15-21 mayo] (de 1.500 a 2.000 huelguistas)
- Tejidos Monserrate, Bogotá [16-28 mayo] (185 huelguistas en su mayoría mujeres)
- Escogedoras de café de la firma W.R. Grace, Girardot [21 mayo]
- Ferrocarril de Antioquia, Medellín [2-7 junio] (PARO GENERAL en la ciudad, 5-7 junio)
- Ferrocarril de Caldas, Manizales [4-7 junio] (410 huelguistas)
- Braceros de Puerto Berrío, Antioquia [5-7 junio]
- Albañiles (600) de Barranquilla [21-28 junio]
- Trabajadores del Matadero Público de Bogotá [23 junio] (?)
- Braceros (160) de Puerto Liévano [3-18 julio]

- Braceros de La Dorada [12-23 julio]
- Minas de sal 'La Guaca' en Heliconia, Antioquia [10-15 julio ?]
- Cervecería Germania, Bogotá [11 julio-6 agosto] (140 huelguistas) (Acompañada de 'lock-out' o cierre de la fábrica)
- Escogedoras (400) y braceros (350) de las trilladoras de café en Girardot [16-17 jul.]
- Braceros (320) del puerto de Girardot [18-25 julio]
- Zapateros de Medellín [9-21 agosto] ('lock-out')
- Trabajadores (400) de la Colombian Petroleum Co. en Catatumbo, Norte de Santander [10-15 agosto]
- Choferes de Taxis Rojos de Bogotá [13-27 agosto] (PARO DE TRANSPORTE en Bogotá, 22-24 de agosto]
- Ferrocarril del Pacífico, Cali [3-5 sept.] (pararon cerca de 2.500 trabajadores afiliados al Centro Ferroviario de Cali)
- Ingenieros mecánicos, pilotos y navegantes de Barranquilla [20-25 sept.]
- Minas de carbón 'El Charquito', Cundinamarca [28 sept.]
- Choferes de Barranquilla [5-7 oct.]
- Mineros (250) de 'Canoas', Cundinamarca [5-8 oct.] ('lock-out')
- Fábrica de pastas 'El Gallo', Bogotá [22 oct.- 13 nov.] (40 huelguistas en su mayoría mujeres)
- Obreros (300) cigarreros de Cartago, Valle [25 oct.]
- Asalariados de talleres de carpintería, Medellín [29 oct.]
- Panaderos de Cali [12-13 nov.]
- Trabajadores asalariados de haciendas en Quipile, Cundinamarca [28 nov.- 2 dic.]
- Sastres de Pereira [29 nov.- 9 dic.]
- Zona bananera del Magdalena [1-24 dic.]
- Sastres de Ibagué [11-14 dic. ?]
- Sastres de Barranquilla [13 dic.]
- Fábrica de paños 'Colombia', Bogotá [24 dic.]
- Ferrocarril de La Dorada y Cable Aéreo de Mariquita [24 dic. - 5 enero de 1935]

1935 (38)

- Zapatería 'Vencedor', Manizales [12-16 enero]
- Zona bananera del Magdalena [14-18 enero]
- Ferrocarril de Antioquia, La Pintada [14 enero]
- Escogedoras (800) de café del Departamento de Caldas [18-28 enero]
- Sastres, Manizales [24 enero]
- Zapateros, Medellín [2 feb.]
- Fábrica de calzado 'Hamburgo', Bogotá [20 feb.]
- Ferrocarriles del Norte y del Sur, Bogotá [20-21 feb.] (1.500 huelguistas)
- Escogedoras (40) de café en Montenegro, Caldas [2-13 marzo]
- Fábrica de tejidos Samacá, Boyacá [14-15 marzo]
- Trabajadores (400) de la Constructura Fred T. Ley, Bogotá [15-21 marzo]
- Tejidos Monserrate, Bogotá [16 marzo]
- Zapateros, Pereira y Manizales [18 marzo]
- Paileros (400) de Barranquilla [2-5 abril]
- Ingenio de Sautatá, Chocó [3-6 abril] (600 huelguistas)

- Sastres y zapateros de Armenia [4 abril]
- Trabajadores (600) de Bavaria, Bogotá [9-11 abril] (TOMA de Fábrica)
- Trabajadores (520) de Vidrios Fenicia, Bogotá [10-11 abril] (TOMA de Fábrica)
- Trabajadores (88) de Tejidos Samacá, Boyacá [29 abril- 2 mayo]
- Textiles ESMAC (SMAG?), Bogotá [3-6 mayo]
- Mineros (400) de La Frontino, Segovia [6-15 mayo]
- Obreras de la Fábrica de Camisas 'Saratoga', Bogotá (?) [12-24 mayo]
- Braceros de la empresa Nardo, Barranquilla [15 mayo- 1 junio]
- Fábricas de fósforos (?), Barranquilla [25-28 mayo]
- Textiles Rosellón, Medellín [14-21 junio] (PARO de solidaridad en empresas públicas y transportes de la ciudad el 18 de junio)
- Matarifes, Medellín [4-6 julio]
- Fábrica de Tejidos de San José de Suaita, Santander [un día de agosto ?]
- Escogedoras de café, Girardot [13 agosto]
- Herreros de Medellín [10-15 oct.]
- Trabajadoras de la trilladora 'Rosita', Armenia [18-21 oct.]
- Trabajadoras (entre 150 y 300) de trilladoras en Medellín [2 nov.]
- Tranvía Medellín [29 nov. -3 dic.] (¿generalización del movimiento a todos los trabajadores municipales?)
- Paileros, Barranquilla [30 nov. 2- dic.]
- Sastres, Medellín [2-9 dic.]
- Petroleros (4.000) de la Tropical Oil Co. Barrancabermeja [7-20 dic.]
- Trabajadores (3.000 ?) de la Andian, Barrancabermeja [9-20 dic.]
- Trabajadoras (40) de la Fábrica de Confites y Galletas 'El Papagayo', Bogotá [5-27 dic.] (TOMA de Fábrica)
- Trabajadores (83) de Bavaria, Cali [19-24 dic.] (TOMA de Fábrica)

1936 (20)

- Constructores (700) del Ferrocarril del Pacífico en la Virginia, Caldas [16 enero]
- Textiles Rosellón, Medellín [15-31 enero] (400 huelguistas)
- Trabajadores (800) de Minas de Carbón en Angelópolis, Antioquia [25-28 enero]
- Choferes de Cartagena [6-7 feb.]
- Fábrica de Textiles de Bello, Antioquia [28 feb.- 3 marzo] (280 huelguistas en su mayoría mujeres)
- Sastres del taller 'La Moda de Londres', Bogotá [14 marzo]
- Trabajadores (100) de pavimentación, Cali [15 abril]
- Ingenio 'Manuelita' en Palmira, Valle [21-24 abril] (más de 1.000 huelguistas)
- Jornaleros (60) de la Hacienda 'Laboyos' en Pitalito, Huila [1-22 mayo]
- Trilladora 'La Estrella', Manizales [2-3 junio]
- Minas de Titiribí y El Zancudo, Antioquia [3-5 julio]
- Trilladoras de café de Girardot [8-13 julio]
- Sastres, Ibagué [17-18 julio]
- Trabajadores de la carretera al mar en Cañasgordas, Antioquia [1-3 sept.]
- Heladeros, Medellín [16-18 sept.]
- Constructores y reparadores navales, Barranquilla [22 oct.- 2 nov.] (PARO de solidaridad por un día decretado por la FEDENAL)

- Alfareros del tejar 'El Galpón', Medellín [2-19 nov.]
- Trabajadores de carreteras, Cartagena [20 nov.]
- Choferes de camión, Medellín [26 nov.]
- Carpinteros navales, Barranquilla [30 nov. -7 dic.]

1937 (37)

- Ferroviarios de Cartagena [17-28 enero]
- Obreros (18) del aserrío 'El Cometa' en Puerto Berrío, Antioquia [un día de enero]
- Escogedoras de café, Pereira [4 feb.]
- Taxistas de Bogotá [8-13 feb.] (Movimiento contra el alcalde Jorge E. Gaitán)
- Zapateros de Manizales [15 feb.]
- Ferroviarios de Cali [9-13 marzo]
- Trabajadores (340) de las minas de carbón de Angelópolis y Amagá, Antioquia [tres días de marzo ?]
- Fábrica de Tejidos Visbal, Cartagena [12 marzo- 19 abril]
- Escogedoras (200) de café en Viotá, Cundinamarca [5-6 abril]
- Braceros del Ferrocarril en Puerto Colombia, Atlántico [10-15 abril]
- Empleados municipales, Medellín [16-19 abril] (HUELGA 'SENTADA' en la telefónica)
- Fábrica Bufalo, Bogotá [19 abril]
- Jornaleros de la Hacienda 'Florencia' en Viotá [25-27 abril]
- Ingenio Central San Antonio en Anapoima, Cundinamarca [27 abril- 4 mayo] (500 huelguistas)
- Fábrica de Paños Colombia, Bogotá [29 abril - 8 junio] (HUELGA 'SENTADA' de 1.200 trabajadores en su mayoría mujeres)
- Trabajadores (350) de las minas de sal de Heliconia, Antioquia [6-20 mayo] (Cierre de minas paralelo a la huelga)
- Trabajadores de la construcción en Cali [25 mayo- 2 junio]
- Trabajadores del Río Magdalena agrupados en la FEDENAL [14-18 junio]
- Bavaria, Bogotá (Paros ESCALONADOS) [30 junio, 1 y 8 de julio]
- Trabajadoras (140) de la 'British Tobacco', Bogotá [13-19 agosto]
- Trabajadores de empresas de curtidos de Bogotá [18-26 agosto]
- Escogedoras (300) de café, Ibagué [19 agosto- 7 sept.]
- Trabajadoras (500) de Textiles 'La Garantía', Cali [1-18 sept.] (Hubo un día de PARO local en solidaridad)
- Minas de carbón de San Vicente, Cundinamarca [10 sept. -2 oct.] (300 huelguistas)
- Minas de carbón de Cali [18 sept- 6 oct]
+ PARO NACIONAL DE EMPLEADOS por dos horas [9 oct.]
- Trabajadoras de Comisarías, Cartagena [15-16 oct.]
- Hacienda Laboyos en Pitalito, Huila [7-11 nov.]
- Trilladora del café 'Aristizabal' en Tulua, Valle [17-20 nov.]
- Choferes de Ibagué [27 nov.- 3 dic.]
- Sastres de Palmira, Valle [2-3 dic.]
- Choferes de Barranquilla [2-10 dic.]
- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [3-12 dic.] (Amenaza de paro patronal)
- Zapateros (500) de Barranquilla [3-15 dic.]
- Trabajadores de la construcción en Medellín [17 dic.]

- Sastrerías 'La Moda Mundial' y 'Liverpool', Bogotá [18-22 dic.]
- Asalariados (58) de la Hacienda California en Viotá, Cundinamarca [23 dic.]
- Minas de Marmato, Caldas [23-31 dic.] (400 huelguistas)

1938 (13)

- Asalariados (200) de la Hacienda El Salitre en Paipa, Boyacá [17-21 enero]
- Choferes de Medellín [4-9 feb.]
- Tropical Oil Co., Barrancabermeja [8-12 abril]
- Trabajadoras de trilladoras de Girardot [22 junio- 6 julio]
- Choferes de Medellín [23-28 junio]
- Bavaria, Bogotá [27 junio] (HUELGA DE 'BRAZOS CAIDOS')
- Choferes, Cali [30 junio- 2 julio]
- Hacienda Laboyos, Huila [3 sept.]
- Braceros (110) de Certeguí, Chocó [4-7 sept.]
- Trabajadores del aseo, Santa Marta [26-28 oct.]
- Trabajadores del municipio de Quibdó, Chocó [9 nov.]
- Trabajadores de la carretera Pitalito - San Agustín, Huila [18-23 nov.]
- Minas de carbón de Angelópolis y Amagá, Antioquia [24 nov. - 8 dic.]

1939 (9)

- Coltabaco, Bogotá [25-30 marzo]
- Trabajadores municipales y de servicios públicos de Medellín [26 mayo]
- Fábrica de Cigarrillos 'La Competidora', Cartagena [11-13 junio]
- Trabajadoras (120) de la trilladora 'La Perla' de Armenia [17 agosto]
- Litografía Colombia, Bogotá [2-19 oct.]
- Trilladora 'Tulua', Valle [2-5 nov.]
- Trabajadores (2.200) de la mina 'El Silencio' en Segovia, Antioquia [4-14 nov.]
- Mineros (200) de Angelópolis y Amagá, Antioquia [6 dic.]
- Navieros afiliados a la FEDENAL, Barranquilla [6-9 dic.]

1940 (7)

- Mina de carbón San Vicente en Suesca, Cundinamarca [2-9 feb.]
- Magisterio en Tumaco, Nariño [25 marzo]
- Magisterio del Departamento de Magdalena [12-15 abril]
- Trabajadores de Unidad Sanitaria del Departamento de Nariño [1-4 agosto]
- Choferes de buses de Bogotá [2 agosto]
- Minas de carbón de Angelópolis y Amagá, Antioquia [13-19 agosto]
- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [4-7 oct.]

1941 (8)

- Minas de carbón en Suesca, Cundinamarca [31 dic. de 1940 - 9 enero]
- Editorial Minerva, Bogotá [27-29 marzo]
- Bavaria, Bogotá [2-17 abril] (Acompañada de PAROS de solidaridad en la ciudad)
- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [16 abril]
- Ferrocarril del Pacífico, Cali [21 abril]
- Textiles Alicachín, Bogotá [17-18 junio] (Acompañada de 'lock-out')
- Mineros (2.000) de la 'Chocó Pacific' en Andagoya, Chocó [3 julio- 26 agosto]
- Minas El Zancudo en Titiribí, Antioquia [24 nov.- 5 dic.]

1942 (12)

- Vidriera Pereira, Pereira [10-22 enero]
- Vidrios Peldar en Caldas, Antioquia [dos días de febrero ?]
- Choferes de buses urbanos, Cartagena [15-16 feb.]
- Braceros de la Magdalena Fruit Co., Santa Marta [28 abril]
- Trabajadores (400) de Cementos Diamante en Apulo, Cundinamarca [25 mayo]
- Tejidos Monserrate, Bogotá [2 junio- 5 julio]
- Gaseosas Postobón, Barranquilla [18-25 junio]
- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [23-26 junio]
- Minas de oro Frontino en Segovia, Antioquia [16-23 sept. y 5 oct.- 16 nov.] (2.500 huelguistas)
- Braceros, Girardot [19-20 oct.]
- Choferes de buses, Bogotá [2-5 nov.]

+ PARO CONTINENTAL de 15 minutos convocado por CTAL y CTC [11 dic.]

- Ferrocarriles del Norte, Girardot y Cundinamarca, Departamento de Cundinamarca [16-18 dic.]

1943 (14)

- Zapateros (500) de Cali [9-20 marzo]
- Escogedoras de café en Tuluá, Valle [31 mayo- 4 junio]
- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [2-7 junio]
- Zapateros, Ibagué [17 junio - 7 julio]
- Gaseosas Postobón, Bogotá [19 junio- 6 julio]
- Vidrios Fenicia, Bogotá [22-24 junio]
- Fábrica de Tejidos de Seda Colombo-Americana, Cali [22 junio-1 julio] (375 huelguistas)
- Taxis Rojos, Bogotá [8 julio - 20 agosto] (hubo un día de PARO de TRANSPORTE en la ciudad en solidaridad con los taxistas)
- Gaseosas 'Prado' de Barranquilla [10-14 agosto]
- Choferes de buses, Barranquilla [23 sept.]
- Fábrica de Tejidos Condor --Tejicondor--, Medellín [11 oct.]
- Paileros, Barranquilla [9-15 nov.]

- Braceros (300) de Magangué, Río Magdalena [22 nov.]
- Braceros de El Banco, Río Magdalena [11-12 dic.]

1944 (18)

- Fábrica de Concretos y Triturados, Barranquilla [7 enero]
- Tejidos Unica, Manizales [3-19 feb.]
- Tejidos Manizales, Manizales [3-27 feb.]
- Minas de Angelópolis y Amagá, Antioquia [un día de feb. ?]
- Choferes de Bogotá [1-4 marzo]
- Minas de carbón de Zipaquirá, Cundinamarca [14 abril]
- Trabajadores cafeteros de Viotá, Cundinamarca [19 abril]
+ PARO GENERAL en apoyo a López convocado por la CTC [15 mayo]
- Minas de San Vicente en Suesca, Cundinamarca [26-29 mayo]
- Fábrica de materiales de construcción Eternit, Bogotá [5 junio] ('lock-out')
- Magisterio de Cali y Buenaventura, Valle [7-20 junio]
- Sastres de Ibagué [27 junio]
- Fábrica de tapas 'La Corona', Bogotá [28 junio - 1 julio] (500 huelguistas)
- Paileros, Barranquilla [1-14 julio]
- Trabajadoras de trilladoras de Honda, Tolima [6-12 julio]
- Trabajadores (300) de la Empresa Colombiana de Curtidos, Bogotá [8-27 julio]
+ PARO GENERAL contra el golpe militar de Consacá, Nariño [10 julio]
- Fábrica de Galletas Noel, Medellín [un día de oct. ?]
- Empleados (400) de Avianca en todo el país [11-17 nov.]
- Zapateros de Pereira [13 dic.]

1945 (13)

- Braceros de Magangué, Río Magdalena [18 enero]
+ PARO CONTINENTAL de media hora convocado por CTAL y CTC [25 enero]
- Compañía Colombiana de Sombreros, Bogotá [29-30 enero]
- Reparadores navales, Barranquilla [23 feb.] (Le siguen PAROS escalonados en todo el Río Magdalena)
- Minas de carbón de Amagá y Angelópolis, Antioquia [1-9 marzo]
- Trabajadores de Ebanisterías Unidas, Medellín [2- 22 marzo]
- Fábrica de café 'Almendra Tropical', Barranquilla [17-19 mayo]
- Linotipistas del periódico 'El Pueblo', Medellín [11 julio]
- Fábrica de Textiles 'La Confianza', Bogotá [30 sept.]
- Tejidos Monserrate, Bogotá [9 oct. -28 nov.] (600 huelguistas) (Paro de Solidaridad de la CTC, 26 nov.)
- Tejidos Modelia, Bogotá [29 oct.]
- Petroleros de la zona Catatumbo, Norte de Santander [6 nov.] (Rumores de paro en Barrancabermeja)
- Minas de carbón del Valle del Cauca [22-30 nov.] (800 mineros en huelga)

- Trabajadores del Río Magdalena, FEDENAL [18 dic -1 enero de 1946] (No se producen los esperados paros de solidaridad)

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS

Entrevistas

Los entrevistados aparecen en el libro con sus verdaderos nombres. Se incluye además una pequeña reseña biográfica de cada entrevistado(a). Entre paréntesis, al final de cada reseña, se indica la ciudad y el año de la entrevista.

Abella, Manuel: nacido en Paipa (Boyacá) en 1899, albañil y uno de los fundadores del Partido Comunista en donde militó hasta los años cuarenta [Bogotá, 1988].

Acosta, José: costeño, nacido en los años diez, trabajador petrolero y militante del Partido Comunista hasta el presente [Barrancabermeja, 1985].

Ahumada, Cesar: nació en Candelaria (Atlántico), se inició en la sede de Bavaria de Barranquilla y luego fue dirigente de Fedepuertos y Fedetral [Barranquilla, 1986].

Arias, Marco Antonio: nacido en Aranzazu (Caldas) en 1898, trabajador de Fabricato [Medellín, 1987].

Barandica, Andres: costeño, nacido en 1919, dirigente del sindicato de la industria textil y de Fedetral, militante del Partido Comunista hasta 1947 [Barranquilla, 1986].

Bolívar, Luis Emilio: nacido en Titiribí (Antioquia) en 1923, trabajador de Sedeco-Coltejer [Medellín, 1987].

Botero, Lucía: nació en Abejorral (Antioquia) en 1925, trabajó en Fabricato [Medellín, 1987].

Buenahora, Gonzalo: santandereano, médico, escritor y político liberal en Barrancabermeja hasta los años cincuenta [Bogotá, 1985]* Murió en 1987.

Buitrago, Miguel: nacido en Guachetá (Cundinamarca), después de muchas actividades finalizó su vida laboral en Texmeralda [Bogotá, 1988].

Cadena, Abraham: nacido en Guachetá en los años diez, trabajador de Bavaria y habitante del barrio la Perseverancia [Bogotá, 1988].

Cano, Aldemar: nacido a principios de siglo en Amagá (Antioquia), ferroviario [Medellín, 1988].

Colorado, Eugenio: nació en Guasca (Cundinamarca) en 1914, zapatero, miembro de la JOC y luego dirigente de Fanal y UTC, politicamente liberal [Bogotá, 1988].

De la Espriella, Alfredo: cartagenero, historiador y folclorista, profesor universitario y director del Museo Romántico de Barranquilla [Barranquilla, 1986].

De la Hoz, Manuel: nació en Salamina (Atlántico), vinculado a la actividad portuaria en los años cuarenta [Barranquilla, 1986].

De la Hoz, Ramón: barranquillero, dirigente sindical y politicamente liberal [Barranquilla, 1986].

Díaz Raga, Gustavo: nacido en La Dorada (Caldas) en 1930, ferroviario y dirigente de la CTC [Bogotá, 1988].

Duque, Roberto: nació en Carmen de Viboral (Antioquia) en 1928, trabajador del municipio de Medellín [Medellín, 1988].

Egea, Erasmo: costeño, trabajó con la Tropical Oil Co. desde 1924 hasta 1935, primer presidente de la USO, politicamente liberal [Barrancabermeja, 1985].

Escamilla, Ismael: costeño, secretario de la Fedenal en 1945 y militante del Partido Comunista hasta 1947 [Barranquilla, 1986] **.

Escobar, Carlos Eduardo: nacido en 1921 en Pacho (Cundinamarca), trabajador de teléfonos de Bogotá [Bogotá, 1988].

Escobar, Juan Pablo: nació en La Calera (Cundinamarca) en 1923, trabajador de Cementos Samper [La Calera, 1988]*.

---

* En la entrevista participó ocasionalmente su esposa Aura.

** Las conversaciones con él no fueron grabadas por petición suya.

Farfán, Miguel Antonio: nacido en Subachoque (Cundinamarca) en 1909, vinculado a Coltabaco [Bogotá, 1987].

Franco, Marta: nació en San Roque (Antioquia) en 1929; trabajó en Fabricato [Medellín, 1987].

Galindo, Pedro R.: nacido en Cundinamarca, llegó a Barrancabermeja en 1927; fue petrolero y luego periodista y político liberal [Barrancabermeja, 1985].

García, Alfonso: nació en 1910 en Bogotá; albañil y habitante de la Perseverancia [Bogotá, 1988].

García, Eligio: costeño y dirigente de del sindicalismo agrario del Atlántico [Barranquilla, 1986].

García, Genivera: nacida en San José de la Montaña (Antioquia) en 1926, vinculada a Fabricato [Medellín, 1987].

García, Leonidas: bracero del Río Magdalena, dirigente sindical [Barrancabermeja, 1985].

Gaviria, Jesús A.: nacido en Barbosa (Antioquia) en 1913, ferroviario [Medellín, 1988].

Gómez, Celso A.: nació en Itagüí (Antioquia) en 1918, vinculado a Sedeco-Coltejer [Medellín, 1987].

Gómez, José D.: nacido en Envigado (Antioquia) en 1933, trabajador de calzado Grulla [Medellín, 1987].

Guarín, Eustoquio: nació en 1916, sacerdote jesuita y asesor de la UTC [Bogotá, 1987].

Hernández, Carlos: nacido en Bogotá en 1916, fue trabajador de la construcción y del municipio, activista del Partido Comunista hasta los años cuarenta [Bogotá, 1988].

Hernández, Esperanza: nacida en Barbosa (Antioquia) en 1923, trabajó en Fabricato [Medellín, 1987].

Hernández Rodríguez, Guillermo: nació en Facatativá (Cundinamarca) en 1908, abogado y fundador del Partido Comunista [Bogotá, 1988]. Murió en 1989.

Hernández, Israel: nacido en 1918 en Medellín, ebanista y dueño de pequeños talleres [Medellín, 1988].

---

* En la entrevista participó temporalmente otro cementero de nombre Pedro Guerrero.

Hernández, Manuel: costeño, llegó a Barranca en 1929 en donde trabajó en las petroleras hasta 1942, activista del Partido Comunista [Barrancabermeja, 1985].

Insignares, Roberto: nació en 1922 en Barranquilla, en 1936 se vinculó a la construcción y luego fue directivo de la Fedetral [Barranquilla, 1986].

Jiménez, Roque: hijo del comerciante barranqueño Evaristo Jiménez; trabajó como petrolero y fue dirigente sindical [Barrancabermeja, 1985].

Lalinde, María Rosa: nacida en Titiribí (Antioquia) en 1924, vinculada a Fabricato [Medellín, 1987].

López, María Concepción: nacida en San Roque (Antioquia) en 1900; trabajadora de varias empresas textiles de Medellín [Medellín, 1987].

Marulanda, Aristóbulo: nació en Cisneros (Antioquia) en 1913, ferroviario y activista liberal [Medellín, 1988].

Mateus, Jorge: original de Vélez (Santander); trabajador petrolero y militante del Partido Comunista [Barrancabermeja, 1985].

Mebarack, Antonio: costeño, llegó a Barranca a principios de los años treinta, por poco tiempo fue petrolero y luego se dedicó al comercio [Barrancabermeja, 1985][*].

Medina, Bernardo: nacido en Bogotá en los años veinte, de profesión sastre y militante del Partido Comunista. Su hermano Victor A. fue anarquista y luego asesinado durante la Violencia [Barranquilla, 1986].

Medina, (?) : originario de la Costa, de profesión maestro de secundaria [Barrancabermeja, 1985].

Mejía, Gilberto: nacido en 1908 en Sopetrán (Antioquia), sastre y militante del Partido Comunista [Medellín, 1988].

Moreno, Luis: antiguo empleado de Ecopetrol en Bogotá [Bogotá, 1985] [**].

Moreno, Luis A.: nacido en Duitama (Boyacá) en 1921, trabajador de Bavaria [Bogotá, 1988].

Morón, Julio: nacido en La Gloria (Cesar) en 1920; bracero y dirigente de la Fedenal, militante del Partido Comunista hasta 1947 [Barranquilla, 1986].

---

[*] La entrevista no fue grabada por petición del entrevistado; se tomaron notas de esta conversación.

[**] Por dificultades técnicas la entrevista no se pudo transcribir.

Moyano, Jerónimo: participó en el movimiento de Rangel Gómez después del 9 de abril [Barrancabermeja, 1985] [*].

Noriega, Eduardo: nació en 1920 en Barranquilla y luego se fue a Barrancabermeja en donde fue dirigente agrario. Luego de la Violencia regresó a Barranquilla para vincularse a la telefónica. Fue dirigente de la UTC [Barranquilla, 1986].

Núñez, Rafael: nacido cerca a Barrancabermeja en 1912, historiador [Barrancabermeja, 1985].

Ocampo, José B.: nacido en La Ceja (Antioquia) en 1928, vinculado a Coltejer [Medellín, 1987].

Ortega, José: nació en 1912 en Barranquilla; dirigente de la Fedetral y militante del Partido Comunista hasta 1947 [Barranquilla, 1986].

Palacio, Eduardo: nacido en Medellín en 1912, zapatero. [Medellín, 1988].

Pardo, Carlos: nació en Facatativá (Cundinamarca) en 1904, empleado del municipio de Bogotá y habitante del barrio Villa Javier [Bogotá,1988].

Peláez, Tomás C.: de Bello (Antioquia), trabajó en Fabricato. [Medellín, 1987].

Pérez, Eliécer: nacido en Bogotá en los años diez, trabajador de Germania y Bavaria [Bogotá, 1988].

Pineda, Antonio: nació en Medellín en 1907, trabajador de Fabricato [Medellín, 1987].

Pueyo, Erasmo: costeño, vinculado a los puertos desde los años cuarenta [Barranquilla, 1986].

Pulido, Salustiano: nacido en La Calera en los años veinte, trabajador de Germania y Bavaria [Bogotá, 1988].

Regueros Peralta, Jorge: nació en Bucaramanga (Santander) en 1910, abogado y fundador del Partido Comunista [Bogotá, 1988].

de Restrepo, Bárbara: nacida en Mosquera (Cundinamarca) en 1919, trabajadora de Texmeralda [Bogotá, 1988].

Rojas, Luis A. : nació en Subachoque (Cundinamarca) y en 1936 se desplazó a Barranca en donde fue embolador [Barrancabermeja, 1985].

---

[*] Por dificultades técnicas la entrevista no se pudo transcribir.

Roldán, Fabiola: nació en Santa Rosa de Osos (Antioquia) en 1920, vinculada a Fabricato [Medellín, 1987].

Romero, Ezequiel: costeño, trabajador petrolero desde los años cincuenta, activista sindical y de izquierda [Barrancabermeja, 1985].

Romero, María B. : nacida en Cogua (Cundinamarca) en 1917, esposa de un artesano y habitante de Villa Javier, perteneció a las Marías [Bogotá, 1988].

Ruiz, Edelmira: nació en Chía (Cundinamarca) en 1921, trabajó en la Litografía Colombiana [Bogotá, 1988].

de Sánchez, Helena: nacida en Pacho (Cundinamarca) en 1895, viuda de un artesano y habitante de Villa Javier. (Bogotá, 1988)*

Serrano, Vitelba: su familia salió de Zapatoca (Santander) a Barranca en 1922, trabajó en comercios y luego con Avianca [Barrancabermeja, 1985].

Solórzano, Arturo: nacido en Fusagasugá (Cundinamarca) llegó a Barranca en 1929, fue trabajador y luego empleado petrolero [Barrancabermeja, 1985].

Suárez, Martín Emilio: de Cisneros (Antioquia), ferroviario [Medellín, 1988].

Torres, José N. : nació en Tasco (Boyacá) en 1928, trabajador de Cementos Samper [Bogotá, 1988].

Torres, Luis F. : nacido en Mariquita (Tolima) en 1927, ferroviario [Bogotá, 1988].

Valdés, Roberto: nacido en Barrancabermeja en 1927, maestro y luego empleado petrolero [Barrancabermeja, 1985].

Valencia, José F. : nació en Rionegro (Antioquia) en 1908, fue trabajador del tranvía de Medellín [Medellín, 1988].

Valencia, Zoila Rosa: nacida en Concepción (Antioquia) en 1924, trabajó en Fabricato [Medellín, 1987].

Vásquez, Flavio: antioqueño, llegó a Barranca en 1938, comerciante y político liberal [Barrancabermeja, 1985].

Vásquez, Sehn: nacido en el Banco (Magdalena) en los años veinte, trabajó en las petroleras entre 1938 y 1950, simpatizante del Partido Comunista [Barranquilla, 1986].

Vargas Manuel: de Envigado (Antioquia), trabajó en Coltejer [Medellín, 1987]*.

---

* En la entrevista participó su hija Helena Sanchez.

* En la entrevista participó ocasionalmente otro trabajador de nombre Tiberio.

de Vélez, Elba : antioqueña radicada en Barranca desde 1941, viuda de un petrolero [Barrancabermeja, 1985].

Velásquez, Norberto: nacido en Medellín en 1924, sastre [Medellín, 1988].

Villegas, José Luis: nació en Envigado (Antioquia) en 1908, fue ferroviario y artesano [Medellín, 1988].

Archivos y Fuentes Originales

Archivos Nacionales, Washington (Correspondencia Diplomática Norteamericana sobre Colombia 1920-1945).[**]

CIDSE, Universidad del Valle [Cali]. Archivo de Historia Social (correspondencia del Ministro Ignacio Rengifo y otros documentos).

"Estatutos de Sindicatos Anarquistas en Barranquilla, 1928" Documentos originales publicados en Anuario de Historia Social y de la Cultura, No. 15, 1987.

Múnera, Pedro Amuray. "Aspectos Principales de la Historia del Movimiento Obrero de la ciudad de Cartagena de Indias", Memorias inéditas.

Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, 1929. El Movimiento Revolucionario Latinoamericano. Buenos Aires: Revista la Correspondencia Sudamericana, 1930.

Torres Giraldo, Ignacio. Anecdotario, Memorias inéditas.

Fuentes Estadísticas

de Abrisquieta, Francisco. "Las Condiciones y el Costo de la Vida de la Clase Obrera en Medellín", Anales de Economía y Estadística, Tomo III, Suplemento 6, 1940.

"El Reajuste Mensual de Salarios del Consorcio de Cervecería Bavaria", Anales de Economía y Estadística, Tomo IV, No. 5, 1941.

ANIF, "EL Uso del Tiempo en Bogotá", Documentos ANIF, 1985.

[**] En el texto se citan N.A.W. y sigue un número que corresponde a la forma como está clasificado ese material: 821 corresponde a Colombia y los siguientes números a la distinta temática --v.gr. 00 es asuntos políticos ; 5045 a huelgas y conflictos laborales; 51 a condiciones financieras, etc. Finalmente viene el número del documento como tal, al que a veces le colocamos también la fecha.

Baquero, Rafael. "El Costo de la Vida en Colombia", El Mes Financiero y Económico, No. 100, 1946.

Bernal, Rafael. "Las Condiciones Economico-Sociales y el Costo de la Vida de la Clase Obrera en la Ciudad de Barranquilla", Anales de Economía y Estadística, Separata especial, 1948.

"Las Condiciones Economico-Sociales y el Costo de la Vida de la Clase Obrera en la Ciudad de Manizales", Anales de Economía y Estadística, Nos. 43-48, 1948.

"La Alimentación de la Clase Obrera en Barranquilla", Anales de Economía y Estadística, No. 73, (Marzo), 1952.

Contraloría General de la Republica. Anuario Estadístico de Colombia, 1934-1935.

Censo General de Población 1938. Bogota: Ediciones Contraloría, 1942.

Primer Censo Industrial de Colombia, 1945. Bogotá: Publicaciones Contraloría, 1947.

Primer Censo Sindical de Colombia, 1947. Bogotá: Publicaciones Contraloría, 1949.

DANE. "Colombia Económica, 1923-1929." Boletín Mensual de Estadística, No. 300, 1976.

Colombia Estadística, 1986. Bogotá: Ediciones DANE, 1986.

Hermberg, Paul. "El Costo de la Vida de la Clase Obrera de Bogotá", Anales de Economía y Estadística, Tomo I, No. 1, 1938.

Hernstadt, Ernesto. "La Protección Social y la Organización de los Trabajadores en Colombia", Mes Financiero y Económico, Nos. 70-71, 1943.

Socarrás, Francisco. "La Alimentación de la Clase Obrera en Bogotá", Anales de Economía y Estadística, Tomo II, No. 5, 1939.

Tavera, Camilo. Habitaciones Obreras en Bogotá. Bogotá: Casa Minerva, 1922.

Urrutia, Miguel y Mario Arrubla. Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia. Bogotá: Ediciones Universidad Nacional, 1970.

Vidales, Luis. "¿Cuál fue el Costo de la Vida Obrera en Bogotá en el Mes Pasado?", El Mes Financiero y Económico, No. 49, (Junio) 1941.

Periódicos

Acción Obrera, Barrancabermeja, 1934

Avance, Medellín, 1937.

El Bolchevique, Bogotá, 1934-1935.

Boletín del Círculo de Obreros, Bogotá, 1918-1924.

Claridad, Bogotá, 1928-1937.

El Comunista, Cartagena, 1910.

El Correo Liberal, Medellín, 1920-1930.*

La Defensa, Medellín, 1920-1945.

El Diario, Medellín, 1930-1945.

El Diario Popular, Bogotá, 1942-1946.

El Escalpelo, Sevilla (Magdalena), 1935.

El Espectador, Bogotá, 1915-1945.

Ferrocarril, Cali, 1934.

La Humanidad, Cali, 1925-1927.

El Luchador, Medellín, 1920-1924.

El Martillo, Pereira, 1916.

The New York Times, Nueva York, 1910-1945.

El Obrero, Medellín, 1910-1912.

El Obrero, Barranquilla, 1935.

El Partido Obrero, Bogotá, 1916.

El Radio, Manizales, 1936.

Ravachol, Honda, 1937.

Renovación, Cali, 1937.

---

* El periódico tuvo varios nombres en los años estudiados: entre 1926 y 1928 fue *El Correo de Colombia*; y entre 1928 y 1930, El Correo Nacional.

Sanción Liberal, Bogotá, 1928 y 1936.

El Siglo, Bogotá, 1936.

El Sindicalista, Cartagena, 1936.

El Socialista, Bogotá, 1920, 1928-1934.

El Sol, Bogotá, 1937.

El Tiempo, Bogotá, 1919-1930.

Unión Colombiana Obrera, Bogotá, 1928.

Unión y Trabajo, Medellín, 1938 y 1941.

Unirismo, Bogotá, 1934-1935.

Vía Libre, Barranquilla, 1925.

La Voz del Obrero, Buga, 1932-1933.

La Voz del Obrero, Barrancabermeja, 1937, 1941-1944.

FUENTES SECUNDARIAS

Libros y Artículos Sobre Europa y Norteamérica.

Acuña, Victor (Comp.). Historia Oral e Historias de Vida. San José: Ediciones Flacso, 1988.

Bakhtin, Mikhail. Rabelais and His World. Bloomington: Indiana University Press, 1984.

Bettelheim, Charles. Las Luchas de Clases en la URSS, (Primer Período). México: Siglo XXI Eds., 1976.

Bezucha, Robert. The Lyon Uprising of 1834. Cambridge: Harvard University Press, 1974.

Braverman, Harry. Labor and Monopoly Capital. New York: Monthly Review Press, 1974.

Bridenthal, Renate y Claudia Koonz (Eds.). Becoming Visible: Women in European History. Boston: Houghton Mifflin Co., 1977.

Burke, Peter. Popular Culture in Early Modern Europe. Londres: Harper Torchbooks, 1978.

Claudin, Fernando. The Communist Movement. New York: Monthly Review Press, 1975.

Danilevich, Inessa. "Metodología Leninista para la Investigación de la Madurez de la Clase Obrera." Estudios Marxistas, No. 8,1974.

Edwards, Stewart. The Paris Commune, 1871. Londres: Eyre and Spottoswoode, 1971.

Evans, Fred. "The New Information Technologies and Democratization of the Work Place". Ponencia a la Conferencia de Filosófos Radicales, New York, Nov. 1989.

Foster, John. Class Struggle and the Industrial Revolution. New York: St. Martin's Press, 1974.

Gerschenkron, Alexander. Bread and Democracy in Germany. New York: Howard Fertig, 1966.

Ginzburg, Carlo. The Cheese and the Worms. New York: Penguin Books, 1982.

Gismondi, Michael A. "The Gift of Theory: a Critique of the 'Historie des Mentalités'." Social History, Vol. 10, No. 2 (Mayo), 1985.

Guttman, Herbert. Work, Culture and Society in Industrializing America. New York: Vintage Books, 1977.

Hobsbawm, Eric. Labouring Men. New York: Basic Books, 1964.

El Mundo del Trabajo. Barcelona: Editorial Crítica, 1987.

The Age of Revolution, 1789-1848. New York: New American Library, 1962.

The Age of Capital, 1848-1875. New York: New American Library, 1979.

Holloway J. y otros. La Crítica Marxista del Estado Capitalista. Bogotá: Ed. CINEP, 1980.

Joutard, Philippe. Esas Voces que Nos Llegan del Pasado. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Kaplan, Temma. Anarchists in Andalucia, 1868-1903. Princeton: Princeton University Press, 1977.

Kiernan, V.G. Marxism and Imperialism. New York: St. Martin's Press, 1974.

Krantz, Frederick, History From Bellow. Montreal: Concordia University Press, 1985.

Kriegel, Annie. The French Communists. Chicago: University of Chicago, 1972.

Lida, Clara. Anarquismo y Revolución en la España del Siglo XIX. Madrid: Siglo XXI Eds., 1972.

Le Roy Ladurie, Emmanuel. Montaillou. New York: Vintage Books, 1979.

Lenin, Vladimir I. ¿Qué Hacer?. Moscu; Editorial Progreso, 1974.

Lukacs, George. Historia y Conciencia de Clase. México: Editorial Grijalbo, 1983.

Maccioci, Maria A. Gramsci y la Revolución de Occidente. México: Siglo XXI Eds. 1977.

Magdoff, Harry. Imperialism: From the Colonial Age to the Present. New York: New Monthly Review Press, 1978.

Martínez-Alier, Juan. "Notas Sobre el Franquismo". Papers: Revista de Sociología, No. 8, 1978.

Marx, Karl. El Capital. 3 Vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.

Mayer, Arno. The Persistance of the Old Regime. New York: Pantheon Books, 1981.

Montgomery, David. Workers' Control in America. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

____________. The Fall of the House of Labor. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

Moorhouse, H.F. "The Marxist Theory of Labour Aristocracy." Social History, Vol 3, No. 1, 1978, pp. 61-82.

Moss, Bernard. The Origins of the French Labor Movement, 1830-1915. Berkeley: University of California Press, 1976.

Owen, Roger y Bob Sutclife (Eds.). Studies in the Theory of Imperialism. London: Longman Eds., 1972.

Perrot, Michelle. Les Ouvriers en Grève, France 1871-1890. Mouton: Mouton Co. 1974.

Rosenberg, William. Liberals in the Russian Revolution. Princeton: Princeton University Press, 1974.

Rosenzweig, Roy. Eight Hours for What We Will. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Rubin, Llian B. Worlds of Pain. New York: Basic Books, 1976.

Rude, George. Ideology and Popular Protest. New York: Pantheon Books, 1980.

The Face of the Crowd. Atlantic Highlands: Humanities Press International, 1988.

Samuel, Raphael (Ed.). Historia Popular y Teoría Socialista. Barcelona: Ed. Crítica, 1984.

Schorske, Carl E. German Social Democracy, 1905-1917. New York: Russel and Russel, 1970.

Scott, Joan. The Glassworkers of Carmaux. Cambridge: Harvard University Press, 1974.

y Louise A. Tilly. Women, Work and Family. New York: Rinehart and Winston, 1978.

Sewell, William H. Work and Revolution in France. Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

"The Working Class of Marseille under the Second Republic" en Peter Stearns y Daniel Walkowitz (Eds.). Workers in the Industrial Revolution. New Brunswick: Transaction Books, 1974.

Shorter, Edward y Charles Tilly. Strikes in France, 1830-1968. Cambridge: Cambridge University Press, 1974.

Stedman-Jones, Gareth. Outcast London. Oxford: Claredom Press, 1971.

Languages of Class. Oxford: Cambridge University Press, 1983.

Stearns, Peter. Revolutionary Syndicalism and French Labour. New Brunswick: Rutgers University Press, 1971.

Tholfsen, Trygve R. Working Class Radicalism in Mid-Victorian England. New York: Columbia University Press, 1977.

Thompson, Dorothy. The Early Chartists. Columbia (S.C.): University of South Carolina Press, 1971.

Thompson, Eduard P. The Making of the English Working Class. New York: Vintage Books, 1966.

Tradición, Revuelta y Conciencia de Clase. Barcelona: Ed. Crítica, 1979.

Thompson, Paul. The Voices of the Past. Oxford,1978.

(Ed.) Our Common History. Atlantic Highlands: Humanities Press, 1982.

Tuñón de Lara, Manuel. El Movimiento Obrero en la Historia de España. Madrid: Ed. Taurus, 1972.

Veyne, Paul. Writing History. Middletown: Wesleyan University Press, 1984.

Varios. "Historia Oral". Tarea, No. 11 (Noviembre), 1984.

Weber, Max. Economy and Society. 2 Vols. Berkeley: University of California Press, 1975.

Whol, Robert. French Communism in the Making, 1914-1924. Stanford: Stanford University Press, 1966.

Libros y Artículos sobre América Latina

Alba, Víctor. Politics and the Labor Movement in Latin America. Stanford: Stanford University Press, 1968.

Alexander, Robert. Organized Labor in Latin America. New York: The Free Press, 1965.

Anderson, Rodney. Outcasts in Their Own Land. Dekalb: Northern Illinois University Press, 1976.

Ashby, Joe C. Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1967.

Baily, Samuel. Labor, Nationalism and Politics in Argentina. New Brunswick: Rutgers University Press, 1967.

Bauer, Arnold. "Rural Workers in Spanish America: Problems of Peonage and Oppression." H.A.H.R. 59, No. 1, 1979.

Bethell, Leslie e Ian Roxborough. "Latin America between the Second World War and the Cold War." Journal of Latin American Studies, No. 20 (Mayo), 1988, 167-189.

Bergquist, Charles. Labor in Latin America. Stanford: Stanford University Press, 1986.

Blanchard, Peter. The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1982.

Cardoso, Ciro F.S. y Hector Perez. Historia Económica de America Latina. Vol II. Barcelona: Ed. Crítica, 1979.

Cardoso, Fernando y Enzo Falleto. Dependencia y Desarrollo en America Latina. México: Ed, Siglo XXI, 1969.

Clark, Marjoree R. "Organized Labor in México" Ph.D. Dissertation, University of North Carolina, 1934.

Cockcroft, James. Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913. Austin: University of Texas Press, 1968.

Dean, Warren. The Industrialization of Sao Paulo, 1880-1945. Austin: University of Texas Press, 1969.

De Wind, Adrian. "From Peasants to Miners. The Background to Strikes in the Mines of Perú." Science and Society, Vol. 39, No. 1, 1975, 44-72.

Durruty, Cecilia. La Clase Obrera y el Peronismo. Cordoba: Ediciones Pasado y Presente, 1969.

Erickson, Keneth Paul y otros. "Research on the Urban Working Class and Organized Labor in Argentina, Brazil, Chile: What Is Left to Be Done?" L.A.R.R., Vol. IX, No. 2, 1974, 115-142.

Fals Borda, Orlando. Conocimiento y Poder Popular. Bogotá: Siglo XXI Eds., 1985.

Feijoo, María del Carmen. Las Luchas de un Barrio y la Memoria Colectiva. Buenos Aires: Ed. CEDES, 1984.

Fox, Elizabeth. Comunicación y Democracia en America Latina. Lima: DESCO-CLACSO, 1982.

Frank, Andre G. Capitalism and Underdevelopment in Latin America. New York: Monthly Review Press, 1969.

French, John. "Industrial Workers and the Origin of Populist Politics in the ABC Region of Greater Sao Paulo, Brasil, 1900-1950." Ph.D. Dissertation, Yale University, 1985.

Frost, Elsa y otros. El Trabajo y los Trabajadores en la Historia de México. México: El Colegio de México, 1979.

García, Gastón. El Socialismo en México, Siglo XIX. México: Ediciones Era, 1969.

García Canclini, Néstor. Las Culturas Populares en el Capitalismo. Habana: Casa de las Américas, 1981.

Germani, Gino. Política y Sociedad en una Epoca de Transición. Buenos Aires: Ed. Paidos, 1965.

Godio, Julio. Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano. Vol l., México: Ed. Nueva Imagen, 1980.

Historia del Movimiento Obrero en la Argentina. Vol I. Buenos Aires : Tiempo Contemporáneo, 1973.

Gómez, Alfredo. Anarquismo y Anarco-Sindicalismo en América Latina. Barcelona: Ed. Ruedo Ibérico, 1980.

González C., Pablo (Ed.) América Latina: Historia de Medio Siglo. 3 Vols. México: Siglo XXI Editores, 1979.

Hall, Michael y Paulo S. Pinheiro. A Clase Operaria no Brasil. Sao Paulo: Ed. Alfa Omega, 1979.

"Elements for an Interpretation of the Early Brazilian Labor Movement", Mimeo, 1982.

Halperin-Donghi, Tulio. Historia Contemporánea de América Latina. Madrid: Alianza Editores, 1970.

Hamilton, Nora. The Limits of State Autonomy. Princeton: Princeton University Press, 1982.

Hart, John M. Anarchism and the Mexican Working Class, 1860-1931. Austin: University of Texas Press, 1978.

James, Daniel. Resistance and Integration. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

"October 17-18, 1945: Mass Protest, Peronism and the Argentinian Working Class" Journal of Social History, 1987.

Katz, Friederich. "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian México: Some Trends and Tendencies." H.A.H.R. 54, 1974, 1-47.

Klaren, Peter. Modernization, Dislocation and Aprismo. Austin: University of Texas Press, 1973.

Larson, Brooke. Colonial and Agrarian Transformation in Bolivia, Cochabamba, 1550- 1900. Princeton: Princeton University Press, 1988.

Lechner, Norbert (Editor). Estado y Política en América Latina. México: Siglo XXI Editores, 1981.

Long, Norman y Bryan Roberts (Eds.). Peasant Cooperation and Capitalist Expansion in Central Perú. Austin: University of Texas Press, 1978.

Molyneux, Maxime. "No God, No Boss, No Husband: Anarchist Feminism in Nineteenth- Century Argentina." L.A.P. 48, Vol. 13, No. 1, 1986, 119-145.

Mallon, Florencia. The Defense of Community in Peru's Central Highlands. Princeton: Princeton University Press, 1983.

"Labor Migration, Class Formation and Class Consciousness Among Peruvian Miners: the Central Highlands, 1900-1930" en Michael P. Hanagan y Charles Stephenson (Eds.). Proletarians and Protest. Westport: Greenwood Press, 1986, 187-230.

"Gender and Class in the Transition to Capitalism." L.A.P. 48, Vol. 13, No. 1, 1986, 147-174.

Mariátegui, José C. Temas de Nuestra America. Lima: Ediciones Amauta, 1978.

McCreery, David. "An Odious Feudalism." L.A.P. 48, Vol. 13, No. 1, 1986, 99-117.

Melcher, Dorotea. "La Solidaridad Internacional con Sandino, 1928-1930." Mimeo, Caracas, 1987.

Melgar, Ricardo. El Movimiento Obrero Latinoamericano. Madrid: Alianza Editores, 1988.

Meyer, Michael y William Sherman. The Course of Mexican History. New York: Oxford University Press, 1979.

Middleton, Alan. "Division and Cohesion in the Working Class: Artisans and Wage Laborers in Ecuador." Journal of Latin American Studies, Vol 14 (mayo) 1982, 171-194.

Mintz, Sidney. Worker in the Cane. New York: W.W. Norton, 1974.

"The Rural Proletariat and the Problem of Rural Proletarian Consiousness." en June Nash y Juan Corradi (Eds.). Ideology and Social Change in Latin America. Vol I, 1975.

Monteon, Michael. "The Enganche in the Chilean Nitrate Sector." L.A.P. 22, 1979, 66-79.

Moreno F., Manuel. The Sugarmill. New York: Monthly Review Press, 1976.

Munck, Rolando. "State, Capital and Crisis in Brazil: 1929-1979". The Insurgent Sociologist, Vol. X, No. 10, 1980, 39-58.

Nash, June. We Eat the Mines and the Mines Eat Us. New York: Columbia University Press, 1979.

"Gender Issues in Latin American Labor." I.L.W.C.H. No. 36 (otoño), 1989, 44-50.

Oved, Iaacov. El Anarquismo y el Movimiento Obrero en Argentina. México: Siglo XXI Editores, 1975.

Pareja, Piedad. Anarquismo y Sindicalismo en el Perú, 1904-1929. Lima: Rikchay Perú, 1978.

Pinheiro, Paulo Sergio. Politica e Trabalho no Brasil. Rio de Janeiro: Editora Paz e Terra, 1975.

Quintero-Rivera, A.G. "Socialist and Cigarmaker: Artisan's Proletarianization in the Making of the Puerto Rican Working Class." L.A.P. 37 y 38, 1983, 19-38.

Randall, Margaret. Testimonios (A Guide to Oral History). Mimeo, 1985.

Roxborough, Ian. "The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories." Bulletin of Latin American Research. Vol I, No. 1, 1981, 81-95.

Sánchez-Albornoz, Nicolás. The Population of Latin America: A History. Berkeley: University of California Press, 1974.

Scobie, James R. Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat. Austin: University of Texas Press, 1964.

Buenos Aires: Plaza to Suburb. Oxford: Oxford University Press, 1978.

Sofer, Eugene. "Recent Trends in Latin American Labor Historiography." L.A.R.R. Vol. XV, No. 1, 1980, 167-182.

Spalding, Hobart. Organized Labor in Latin America. New York: Harper and Row, 1977.

Stein, Steve. Populism in Peru. Madison: University of Wisconsin Press, 1978.

Stepan, Alfred. The Military in Politics. Princeton: Princeton University Press, 1971.

Stern, Steve (Editor). Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World. Madison: University of Wisconsin Press, 1987.

"The Struggle for Solidarity: Class, Culture and Community in Highland Indian America". Radical History Review. No. 27, 1983, 21-45.

Sulmont, Denis. El Movimiento Obrero Peruano, 1880-1980. Lima: Ed. Tarea, 1980.

Taussig, Michael T. The Devil and Commodity Fetishism in South America. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.

Vioti Da Costa, Emilia "Experience versus Structures" I.L.W.C.H. No. 36 (Otoño), 1989, 3-24.

Weinstein, Barbara. The Amazon Rubber Boom, 1850-1920. Stanford: Stanford University Press, 1983.

"The New Latin American Labor History: What We Gain" I.L.W.C.H. No. 36 (Otoño), 1989, 25-30.

"The Industrialists, the State, and the Issues of Worker Training and Social Services in Brazil, 1930-50". H.A.H.R. 70:3, 1990 (Agosto), 379-404.

Winn, Peter. Weavers of Revolution. New York: Oxford University Press, 1986.

Womack, John. Zapata and The Mexican Revolution: 1910-1940. New York: Vintage Books, 1968.

Libros y Artículos Sobre Colombia

Alvarez, Jaime. Las Putas También Van al Cielo (Novela). México: Costa-Emic Eds., 1984.

Arocha, Jaime y Nina S. de Friedeman. De Sol a Sol. Bogotá: Ediciones Planeta, 1986.

Arrubla, Mario. Estudios Sobre el Subdesarrollo Colombiano. Bogotá: Ed. Tigre de Papel, 1971.

Barriga, Julio. Del Bogotá de Ayer y Antier. Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1987.

Bejarano, Jesús A. "El Fin de la Economía Exportadora y los Orígenes del Problema Agrario". Cuadernos Colombianos, Nos. 6-8, 1975.

Bergquist, Charles. Coffee and Conflict in Colombia. Durham: Duke University Press, 1978.

Bidegain, Ana María. Iglesia, Pueblo y Política. Bogotá: Ed. Universidad Javeriana, 1985.

Botero, Fernando. La Industrialización en Antioquia. Medellín; Ediciones CIE, 1985.

Braun, Herbert. Mataron a Gaitán. Bogotá: Ediciones Universidad Nacional, 1987.

Briceño, Manuel. Los Jesuitas en el Magdalena. Bogotá: Ed. Kelly, 1984.

Bushnell, David. Eduardo Santos y la Política del Buen Vecino. Bogotá: El Ancora Eds., 1985.

Carnicelli, Américo. Historia de la Masonería Colombiana. Bogotá, 1975.

Castrillón, Diego. El Indio Quintín Lame. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1974.

Chapman, Frank. "Over the Andes to Bogotá", The National Geographic Magazine, Vol XL, No. 4, (oct.), 1921, 253-273.

Colmenares, Germán. Partidos Políticos y Clases Sociales. Bogotá: Ed. Universidad de los Andes, 1968.

Delgado, Alvaro. Las Luchas Sociales en el Caquetá. Bogotá: Ed. CEIS, 1987.

Díaz C., Apolinar. Diez Días de Poder Popular. Bogotá: Fescol-El Labrador, 1988.

Echavarría, Juan José. "External Shocks and Industrialization in Colombia: 1920-1950." Ph. D. Thesis, Oxford University, 1989.

Fajardo, Darío. Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia, 1920-1980. Bogotá: Ed. Oveja Negra, 1984.

Fals-Borda, Orlando. Mompox y Loba. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

El Presidente Nieto. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1984.

Retorno a la Tierra. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986.

Historia de la Cuestión Agraria en Colombia. Bogotá: Ediciones La Rosca, 1975.

Fluharty, Vernon Lee. The Dance of the Millions. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1957.

Gaitán, Jorge E. Antología de su Pensamiento Económico y Social. Bogotá: Ed. Suramerica, 1968.

Gálvis, Sivia y Alberto Donadio. Colombia Nazi. Bogotá: Ediciones Planeta, 1986.

García Márquez, Gabriel. Cien Años de Soledad. (Novela). Buenos Aires; Ediciones Suramérica, 1976.

El Amor en los Tiempos del Cólera (Novela). Bogotá: Ediciones Oveja Negra, 1985.

Gilhodes, Pierre. Las Luchas Agrarias en Colombia. Bogotá: Ed. La Carreta, 1972.

Gillard, Jacques. "Surgimiento y Recuperación de una Contra-Cultura en la Colombia Contemporánea". Huellas, No. 18, 1986, 41-46.

Gómez, Anita. Medellín en los Años Locos. Medellín : Universidad Bolivariana, 1985.

Gómez, Antonio. Bogotá. Bogotá: Ediciones ABC, 1938.

Gómez, Fernando. Biografía Económica de las Industrias de Antioquia. Medellín: Ed. Bedout, 1946.

González, Fernán. Educación y Estado en Colombia. Bogotá: Ed. CINEP, 1979.

Partidos Políticos y Poder Eclesiástico. Bogotá: Ed. CINEP, 1977.

Grisales, Orlando. "El Problema de la Productividad del Trabajo en la Industria: Bavaria". Monografía Sociológica, No. 4, 1981.

Grupo Cultural Vikingos. Perseverancia, un Barrio con Historia. Bogotá: Ed. Dimensión Educativa, 1988.

Guzmán, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. La Violencia en Colombia. (2 Vols), Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1963.

Henderson, James. When Colombia Bled. Alabama: The University of Alabama Press, 1985.

Herrera, Marta y otros. "Formar Docentes con Buen Criterio (Entrevista con José Francisco Socarrás)". Educación y Cultura, No. 7, 1987.

Herrera, Roberto y Rafael Romero. La Zona Bananera del Magdalena: Historia y Léxico. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1979.

Ibáñez, Pedro M. Crónicas de Bogotá. (4 Vols), Bogotá: Ed. ABC, 1951.

Jaramillo Uribe, Jaime (Editor) Manual de Historia de Colombia. 3 Vols., Bogotá: Colcultura, 1977.

"Perfil Histórico de Bogotá". Historia Crítica, No. 1, (enero- junio) 1989, 5-19.

Jiménez, Michael. "Traveling Far in Grand Father's Car" H.A.H.R. 69: 2, 1989, 185-219.

Johnson, David Church. Santander: Los Cambios Socio-Económicos en el Siglo XIX. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1984.

Kalmanovitz, Salomón. Economía y Nación. Bogotá: Ed. Siglo XXI, 1987.

Latorre, Emilio. Transporte y Crecimiento Regional en Colombia. Bogotá: CIDER-CEREC, 1986.

Le Grand, Catherine. Colonización y Protesta Campesina en Colombia, 1850-1950. Bogotá: Ediciones Universidad Nacional, 1987.

de López, Angela. "Algunos Aspectos de la Administración Pedro Nel Ospina, 1922-1926". Revista de Sociología, No. 14, 1978.

López, Hugo. "La Inflación en Colombia en la Década de los Veinte. Cuadernos Colombianos, No. 5, 1975.

Lleras, Carlos. "Crónica de mi Propia Vida", Nueva Frontera, No. 516, (Enero), 1985.

Martínez, Carlos (editor). Bogotá (Crónicas). Vol II, Bogotá: Ed. Escala, 1978.

Marulanda, Elsy. "Colonización, Hacienda y Movilización Campesina: el Caso del Sumapaz". Tesis de Master, Universidad Nacional, Bogotá, 1988.

Matter, Konrad. Inversiones Extranjeras en la Economía Colombiana. Medellín: Ed. Hombre Nuevo, 1977.

Mayor, Alberto. Etica, Trabajo y Productividad en Antioquia. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1985.

Mc Greevey, William P. An Economic History of Colombia, 1845-1930. Cambridge: Cambridge University Press, 1971.

Medina, Medófilo. Historia del Partido Comunista. Bogotá: Ed. CEIS, 1980.

La Protesta Urbana. Bogotá: Ediciones Aurora, 1984.

"Los Terceros Partidos en Colombia". Estudios Marxistas, No. 18 (sept- dic.), 1979, 3-31.

Meisel, Adolfo. "¿Por qué se Disipó el Dinamismo Industrial de Barranquilla?" Lecturas de Economía, No. 23,1987.

Mejía, Germán. "Bogotá: Condiciones de Vida y Dominación a Finales del Siglo XIX". Boletín de Historia, Vol 5, Nos. 9-10, 1989.

Melo, Jorge O. (Editor). Historia de Antioquia. Medellín: Editorial Presencia, 1988.

Molina, Gerardo. Las Ideas Liberales en Colombia. (3 Vols.), Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1979.

Las Ideas Socialistas en Colombia. Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1987.

Mora, Luis M. Croniquillas de Mi Ciudad. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1972.

Montenegro, Santiago. "Breve Historia de las Principales Empresas Textileras." Revista de la Universidad Nacional, No. 12, 1982.

Nichols, Theodore. Tres Puertos de Colombia. Bogotá: Ed. Banco Popular, 1973.

"The Origins of Barranquilla." H.A.H.R. Vol 34, No. 2, 1954. (La Cámara de Comercio de Barranquilla hizo una traducción en 1954).

Ocampo, José A. y Santiago Montenegro. Crisis Mundial, Protección e Industrialización. Bogotá: CEREC, 1984.

Ocampo, José F. Colombia, Siglo XX. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1980.

O'Quist, Paul. Violencia, Conflicto y Política en Colombia. Bogotá: Ed. Banco Popular, 1976.

Orrego, María E. y otras. "Guayaquil, Historia del Más Tradicional Sector Popular de Medellín". Tesis de Grado, Universidad Autónoma, Medellín, 1986.

Ortiz, Rafael. Estampas de Medellín Antiguo. Medellín: 1955.

Osorio L., José A. Novelas y Crónicas. Bogotá: Colcultura, 1978.

Barranquilla 2132. (Novela). Barranquilla: Tipografía Delgado, 1932.

Ospina V. Luis. Industria y Protección en Colombia, 1830-1930. Medellín, E.S.F. 1955.

Palacios, Marco. Coffee in Colombia. An Economic, Social and Political History. Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

Pardo P. Alberto. Geografía Económica y Humana de Colombia. Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1972.

Pardo, Camilo. Haciendas de la Sabana. Bogotá: Ed. Kelly, 1946.

Payne, Constantine A. "Crecimiento y Cambio Social en Medellín, 1900-1930". Estudios Sociales, No. 1, 1986, 111-194.

Pecaut, Daniel. Orden y Violencia. (2 Vols.), Bogota: Ed. CEREC- Siglo XXI, 1987.

Popenoe, Wilson. "Round About Bogotá". The National Geographic Magazine, Vol XLIX, No. 2 (feb.), 1926, 127-160.

Posada, Eduardo. "Un Empresario de los Años Veinte". Boletín Cultural y Bibliográfico, No.8, 1986, 4-20.

Una Invitación a la Historia de Barranquilla. Bogotá: CEREC, 1987.

Rippy, Fred. The Capitalist and Colombia. New York: The Vanguard Press, 1931.

Rodríguez, Oscar. Efectos de la Gran Depresión en la Economía Colombiana. Bogotá: Ed. Tigre de Papel, 1973.

Rueda Vargas, Tomás. La Sabana. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.

Sáenz, Eduardo. "Industriales, Proteccionismo y Política en Colombia." Monografías del Desarrollo Empresarial, No. 13, 1989.

Sánchez, Gonzalo. Las Ligas Campesinas. Bogotá: Ed. Tiempo Presente, 1977.

y Donny Meertens. Bandoleros, Gamonales y Campesinos. Bogotá: El Ancora Editores, 1983.

y Ricardo Peñaranda (Eds.). Pasado y Presente de la Violencia. Bogotá: Ed. CEREC, 1987.

Santiago Reyes, Miguel A. "Apuntes para unas Memorias de la Concesión De Mares". Revista De Mares, N. 119, (Sept-Oct), 1983.

Serrano Camargo, Rafael. En Aquella Mi Ciudad. Bogotá: Ed. Tercer Mundo, 1981.

Sharpless, Richard. Gaitán of Colombia. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1978.

Tirado, Alvaro. Aspectos Políticos del Primer Gobierno de Alfonso López P., 1934-1938. Bogotá: Procultura, 1981.

(Coordinador). Nueva Historia de Colombia. 10 Vols., Bogotá: Ediciones Planeta, 1989.

Tirado, Thomas. Alfonso López Pumarejo, el Conciliador. Bogotá: Ed. Planeta, 1986.

Torres, Guillermo. Historia de la Moneda en Colombia. Medellín: Ed. FAES, 1980.

Tovar, Hermes. El Movimiento Campesino en Colombia. Bogotá: Ed. Libres, 1975.

Universidad de los Andes. Barrancabermeja: Plan de Ordenamiento Urbano. Bogotá: Ed. Universidad de los Andes, 1969.

Uribe, Carlos. Los Años Veinte en Colombia. Bogotá: Ediciones Aurora, 1985.

Uribe Uribe, Rafael. Escritos Políticos. Bogotá: Ed. Populibro, 1977.

Valbuena, Martiniano. Memorias de Barrancabermeja. Bucaramanga: Ed. El Frente, 1947.

Vargas Vila, José M. Diario Secreto. Bogotá: Arango y Ancora Editores, 1989.

Vargas, Julian y Fabio Zambrano. "Santa Fe y Bogotá: Evolución Histórica y Servicios Públicos" en Varios. Bogotá 450 Años: Retos y Realidades. Bogotá: Ed. Foro-IFEA, 1988.

Vega, Renán. Crisis y Caída de la República Liberal, 1942-1946. Ibagué: Ed. Mohan, 1988.

Vélez, Humberto. "Rafael Reyes: los Inicios del Estado Moderno en Colombia" Lecturas Económicas, No. 21, 1986, 59-80.

Vergara José R. y F. Baena. Barranquilla, su Pasado y su Presente. Barranquilla: Ed. Banco Dugand, 1922. (Hubo una seguna edición aumentada en 1946.)

Vidales, Luis. La Insurrección Desplomada. Bogotá: Alberto Estrada Editores, 1979.

Villegas, Jorge. Petróleo y Oligarquía. Bogotá: El Ancora Editores, 1982.

White, Judith. Historia de una Ignominia: la U.F.C. en Colombia. Bogotá: Ediciones Presencia, 1978.

Wild, Alexander. "Conversations Among Gentlemen: Oligarchical Democracy in Colombia", en Juan Linz y Alfred Stepan (Eds.). The Breakdown of Democratic Regimes in Latin America. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1978.

Zambrano, Fabio. Historia de Bogotá. (3er Volumen), Bogotá: Villegas Editores, 1988.

Libros y Artículos Sobre la Clase Obrera Colombiana

Acevedo, Darío. "El Primer Partido Socialista de Colombia, 1917-1922." Trabajo de Curso, Universidad Nacional, Medellín, 1985.

______ y otros. La Investigación Sobre el Movimiento Obrero en Colombia. Medellín: Eds. IPC-ENS-CINEP, 1985.

Almario, Gustavo. Los Trabajadores Petroleros. Bogotá: Ed. CEDETRABAJO, 1984.

Arango, Luz Gabriela. Mujer, Religión e Industria. Medellín: Universidad de Antioquia-Universidad Externado, 1991.

Archila, Mauricio. Aquí nadie es Forastero. Bogotá: Ediciones CINEP, 1986.

______ Barranquilla y el Río. Bogotá: Ediciones CINEP, 1987.

______ Ni Amos Ni siervos. Bogotá: Ediciones CINEP, 1989.

Arturo, Julián. "The Formation of Industrial Workers in Bogotá, Colombia". Tesis de Master, University of Florida, 1987.

y Jairo Muñoz. "La Clase Obrera de Bogotá". Maguaré, No. 1, 1981.

Baker, James. "La Historia de la Influencia de la Iglesia Sobre el Sindicalismo Colombiano". Razón y Fábula, No. 22, 1970.

Bernal, Jorge. "Características de la Primera Generación de Obreros Antioqueños", Relecturas, No. 5, 1987, 6-21.

y Ana María Jaramillo. Sudor y Tabaco. Medellín: Ediciones Sintracoltabaco, 1987.

Buenahora, Gonzalo. Huelga en Barranca. Bogotá, 1938.

Sangre y Petróleo (Novela). Bogotá: Ediciones Nueva Colombia, 1970.

La Comuna de Barranca. Bogotá: Ed. Leipzig, 1972.

Caicedo, Edgar. Las Luchas Sindicales en Colombia. Bogota: Ediciones CEIS, 1971.

Cubides, Fernando. "Institucionalización del Sindicalismo en Colombia, 1930-1946" Mimeo, Bogotá 1987.

Delgado, Alvaro. "Doce Años de Luchas Obreras." Estudios Marxistas, No. 7, 1974-75, 3-58.

Eastman, Juan C. y Germán Mejía. "Comunismo, Socialismo y Anarquismo en Colombia Durante la Década de los Veinte: el Caso de los Extranjeros." Mimeo, Bogotá, 1983.

Equipo Laboral CINEP. "Las Huelgas del Mandato Claro". Documento Ocasional, No. 41, 1985.

Escobar, Carmen. La Revolución Liberal y la Protesta del Artesanado. Bogotá: Ed. Suramericana, 1990.

Espinosa, Justiniano. "Apuntes Históricos de la UTC", Mimeo. Bogotá: 1971.

Gómez, A. Beatriz y Bertha Malpica. "Historia de la Organización y Lucha de los Trabajadores del Río Magdalena". Tesis de Grado, Universidad Nacional, Bogotá, 1984.

Gómez Buendía, Hernando y otros. Sindicalismo y Política Económica. Bogotá: Fedesarrollo-CEREC, 1986.

Hernández, Carlos. Mi Trabajo en el Ejército y en Otros Frentes de Lucha. Bogotá: Librería Editorial, 1977.

Jaramillo, Ana María. "La Moralización de las Costumbres del Pueblo Trabajador Antioqueño". Relecturas, No. 5, 1987, 22-29.

Le Grand, Catherine. "Campesinos y Asalariados en la Zona Bananera de Santa Marta (1900-1935)". Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. No. 11, 1983, 235-250.

Marín, Iván. María Cano en el Amanecer de la Clase Obrera. Bogotá; Ediciones ISMAC, 1985.

Mejía, Gilberto. El Comunismo en Antioquia (Memorias). Medellín : Ediciones Pepe, 1986.

Mejía, Marco R. "Educación Sindical, Reflexiones sobre su Crisis." Documentos Ocasionales, No. 32, CINEP, 1988.

Meschkat, Klaus. "Movimientos Sociales y Partido Revolucionario". Mimeo 1982.

Moncayo, Víctor M. y Fernando Rojas. Las Luchas Obreras y el Derecho Laboral en Colombia. Medellín : Ed. La Carreta, 1978.

Osorio, Iván Darío. Historia del Sindicalismo Antioqueño, 1900-1986. Medellín: IPC, 1987.

Pecaut, Daniel. Política y Sindicalismo en Colombia. Medellín : Ed. La Carreta, 1973.

Sánchez, Gonzalo. Los Bolcheviques de El Libano (Tolima). Bogotá: Ancora Editores, 1981.

Savage, Charles. Sons of the Machine. Cambridge: The M.I.T. Press, 1986.

"Social Reorganization in a Factory in the Andes." Monograph, No. 7, Society of Applied Anthropology, 1964.

Sowell, David. "The Early Latin American Labor Movement: Artisans and Politics in Colombia, 1832-1919." Ph.D. Dissertation, University of Florida, 1986.

Torres, Camilo. La Proletarización en Bogotá. Bogotá: Ed. CEREC, 1986.

Torres G., Ignacio. Huelga General en Medellín. Medellín: Ediciones Vientos del Este, 1976.

Los Inconformes. (5 Vols.) Bogotá: Ed. Margen Izquierdo, 1973.

María Cano, Mujer Rebelde. Bogotá: Ediciones La Rosca, 1972.

Uribe, Tila. "Enhebrando Historias". Opción, No. 21 (mayo), 1990, 8-17.

Urrutia, Miguel. The Development of the Colombian Labor Movement. New Haven: Yale University Press, 1969.

Vargas, Gustavo. Colombia 1854: Melo, los Artesanos y el Socialismo. Bogotá: Ed. Oveja Negra, 1972.

Valencia, Enrique. "El Movimiento Obrero en Colombia", en Pablo Gonzalez C. (Ed.) Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano. Vol 3, México: Siglo XXI Eds., 1984.

Villegas, Hernán Darío. "Facetas Sociales de la Formación del Proletariado Antioqueño". Tesis de Grado, Universidad Nacional, Medellín, 1988.

Yunis, José y Carlos N. Hernández. Barrancabermeja: el Nacimiento de la Clase Obrera. Bogotá: Tres Culturas Eds., 1986.

Zuleta, León (Ed.). María Cano y su Epoca. Medellín: ENS-IPC, 1988.

Hoy más que nunca, es necesario hacer historias de los trabajadores que, rescatándolos del olvido en que los quieren sumir, ni los **idealicen** ni los **estigmaticen**. Se trata de "historias desde abajo hacia arriba" --según feliz expresión acuñada por los historiadores del Taller de Oxford--, que cuentan tanto los momentos épicos de las luchas obreras como su trascurrir cotidiano sin descuidar los contextos en que esos hechos se producen. Esta es una postura historiográfica que intenta ampliar el espectro temático sobre el pasado, sus actores y la misma concepción del hecho histórico. Lejos de pretender ser la verdadera historia, lo que se ofrece en *Cultura e Identidad Obrera* es una reconstrucción más de lo sucedido en el país entre 1910 y 1945. Es, en síntesis, una propuesta para explorar dimensiones oficialmente descuidadas del pasado que permite, además, acercar dos mundos tradicionalmente apartados: el de los trabajadores y el de los académicos. Si aún soñamos con transformar el presente es imprescindible contruir puentes entre esos mundos.